

Lázaro, Guzmán y Rico, treinta años después

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia literaria de los dos últimos siglos y entre sus libros más recientes están *La Edad de Plata* (1902-1939), *La doma de la Quimera*, *La corona hecha trizas*, *De postguerra*, *El aprendizaje de la libertad*, *La cultura de la transición* (con Santos Juliá), *además de los ensayos de teoría* Historia, literatura, sociedad (y una coda española) y *La escritura desatada*. El mundo de las novelas.

No es cosa corriente que un estudio filológico sobre un tema de historia literaria del Siglo de Oro alcance su sexta edición. Es cierto, apostillará un bibliógrafo metódico, que la inolvidable colección «Biblioteca Breve», fundada por Carlos Barral, ya no existe y que ahora se llama «Los Tres Mundos», pero las cubiertas de hogaño todavía recuerdan aquellas inolvidables de los años sesenta que ampararon también los relatos del «nouveau roman» y los comienzos de la difusión de Cesare Pavese, Robert Musil o Heinrich Böll, los libros de Castellet o Ferraté, los ensayos de Luis Cernuda o la *Obra abierta* de Umberto Eco. Fueron la universidad más verdadera de una generación y, en buena parte también, su educación sentimental. Y nuestro libro, *La novela picaresca y el punto de vista*, de Francisco Rico, sigue hoy tan lozano como entonces y tan insolentemente juvenil y hasta pedante como solía. Quien con veintitantos años –los que tenía su autor entonces– no sea pedante y provocativo es porque es un aburrido e indigno de los temas de que trata; quien con más de cincuenta no se sigue inflamando con lo que rebusca y encuentra y no se divierte ya con lo que escribe, ya no es digno de sí mismo, del joven que fue. No es el caso de Rico.

Ahí está el autor... En la contracubierta de la edición de 1969 dirigía la mirada, entre inquisitiva y absorta, a un horizonte que, sin duda, se hallaba más allá de las trazas neorrománicas del patio de Letras en la Universidad de Barcelona (donde se tomó la instantánea). En la fotografía de hoy, más convencional, las pesadas gafas de concha han pasado a ser unas delgadas y carísimas gafas



FRANCISCO SOLÉ

de diseño, pero la mirada sigue oteando lejanías (¿sólo bibliográficas?) y el rictus de los labios abultados esboza algo a medias entre la sonrisa y el desdén, el aplomo y el despiste. Genio y figura... El estilo del libro sigue siendo reconocible desde muy lejos. Los filólogos de poca imaginación le han imitado hasta la parodia las largas notas a pie de página que convocan bibliografía próxima y remota, en cataratas de erudición tentadoras: «amplificatio per expolitionem». Pero solamente los más aprovechados saben remedar, aunque sin mucho éxito, lo más personal de la escritura: la del hombre que es capaz de escribir «harmonía» con una rotunda hache o preferir «planteo» a «planteamiento», de combinar el giro castizo y el coquetón modismo extranjero y de utilizar todas las legítimas armas del ensayista (desde el «fijémonos» y el «no lo olvidemos» a la interrogación retórica o el final lapidario). Por no hablar de «incipit» tan felizmente arbitrarios y atractivos co-

mo los de su amigo Javier Marías (que, no en vano, ha «sacado» a Rico como personaje en *Negra espalda del tiempo*): ¿de cuándo a acá un libro de sesuda filología comienza con aquel «me pregunto si sólo el azar y la amistad (al mentarla nombre a Rosa Regás)» con que se inicia éste, o arranca –como sucede en *Alfonso el Sabio* y la «General Estoria»–, diciendo «tres tristes torsos –pues ni pueden ni quieren pasar de torsos–», con un guiño de complicidad a Guillermo Cabrera Infante? ¿Cómo una edición de *El desdén, con el desdén*, de Rojas Zorrilla, puede traer al paso de los galanes de entonces las andanzas de los niños barceloneses de finales de los sesenta que son ya, por cierto, tan nieves de antaño como los de 1600? Para hacerlo así, hay que saber hablar con desparpajo, como hacía este librito de 1970, del «nouveau roman» por cuenta de la perspectiva, traer a colación el *Paradiso* de Lezama Lima para caracterizar al beneficiado López de Úbeda o citar a Laurence Sterne como exergo del capítulo sobre *Guzmán de Alfarache*.

legado que habla de autoanálisis, erudición, pasión por la escritura. En diferentes encarnaciones, que han tomado figura de artículos y libros, eso ha podido ser la noción de microcosmos en la cultura española, el origen de la autobiografía en el *Libro de buen amor*, la lectura de fuentes y sentido del *Secretum* de Petrarca, la pelea de Nebrija contra los gramáticos bárbaros o la modesta pero pertinaz tradición del humanismo español de principios del siglo XVI. Allí donde hay un hombre que piensa y escribe, que cree en la dignidad de la cultura y que cree que esa cultura es esfuerzo que se hereda y se gana mediante la cita o el cotejo, Rico sabe recomponer los pasos que llevan del pensamiento a la escritura, de la historia colectiva a la conciencia personal. Lo aprendió, sin duda, en un libro deslumbrante y envidiable –*Edad Media latina y literatura europea* de Ernst Robert Curtius– y lo admiró en las muchas y tenaces páginas que María Rosa Lida de Malkiel consagró a los orígenes literarios de *La Celestina*: supo que en la historia de una metáfora feliz, o en la búsqueda de un género a vueltas de otros, o en la heroica renuncia a la originalidad por parte de un escritor, hay tanta vida como la que creen encontrar los que todo lo fían a la inspiración o a la espontaneidad.

Dos razones de peso

Pero los motivos de la perduración de este libro de 1970 son otros, al margen del estilo. El primer acierto fue el lugar de la búsqueda. Desde muy temprano, Francisco Rico se situó en un terreno de inusual fertilidad heurística: las deudas de la cultura medieval y humanística para con la cultura clásica (¿hay otra, se preguntará el autor?) o, si se prefiere, la esforzada aventura de la continuidad de un

El segundo acierto de este pequeño volumen sobre la novela de pícaros tuvo que ver con la historia intelectual de su tiempo. Surgió, y ahora lo vemos mejor, en un momento capital del curso de la filología española.



En este número

Artículos de

José-Carlos Mainer	1-2	Manuel Alvar	8-9
José María Mato	3	Antonio Domínguez Ortiz	10-11
José María López Piñero	4-5	Eloy Benito Ruano	12
Jesús Villa Rojo	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Lázaro, Guzmán y Rico, treinta años después

Acababa de morir don Ramón Menéndez Pidal que lo había sido todo: la voluntad hercúlea de saber, la herencia liberal del talante institucionista y, en el terreno del trabajo profesional, el fértil enlace de la paciencia positivista y la ilusión interpretativa idealista. Pero, a la vez, ralcaban ya los frutos de la estúpida escuela de estilística española. Tras el inimitable regalo de los dos Alonso –Dámaso y Amado–, habían proliferado demasiado las tesis sobre los temas mitológicos en la literatura de los siglos de Oro y los cansinos recuentos de recursos de estilo. Desde fuera, se agolpaban las incitaciones nuevas. Todorov había sistematizado los modos de análisis formal en su libro de 1965 y todos habíamos leído *Obra abierta* de Umberto Eco y reconocido los principios de una semiótica menos tediosa que la de ahora. El ruido de 1968 invitaba a la iconoclastia jubilosa, pero el estructuralismo de aquellas calendas exigía rigor y el marxismo demandaba convicciones (aunque Jean-Paul Sartre opinara que el estructuralismo era la última trincherera de

defensa del pensamiento burgués).

La picaresca y el nacimiento del realismo

La bibliografía que bulle «ad calcem» de este libro nos da pistas. En 1948, Enrique Moreno Báez publicó *Lección y sentido del Guzmán de Alfarache*, un estudio que se atrevió a leer el libro entero sin lamentar que las disquisiciones morales perjudicaran el cuento de las picardías. De finales de los cincuenta databan los primeros y deslumbrantes trabajos de Claudio Guillén sobre «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*» y de Carlos Blanco Aguinaga sobre los dos realismos potenciales, el de Cervantes y el de la picaresca. En 1958, Marcel Bataillon editó la novelita de 1554 y en 1963 desentrañó muchos problemas de *La pícaro Justina* y, por extensión, del relato de pícaros, mientras que en 1967 proclamó la defensa e ilustración del sentido literal (que luego aplicaría a la perfección a su lectura de *La Celestina*). Eugenio Asensio demostró su inigualable capacidad para el análisis de estructuras y huellas de artificios en el impagable *Itinerario del entremés* (1965), y además había leído a los formalistas rusos cuando nadie sabía nada de ellos. En 1969, Fernando Lázaro Carreter publicaba su trascendental estudio «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*».

Todo ello dejó sus huellas en este libro. Pero el acierto de la tesis capital es por entero de Rico. La *Vida del Lazarillo de Tormes* es, como toda la literatura, una maraña de huellas, un lugar de encuentros: facecias que vienen de la Edad Media, cartas que cuentan casos humorísticos, posos de folclore anticlerical, reflejos de la vida... Pero sólo en contacto con el reactivo indicado generan el milagro: aquí lo establecen la invención de un motivo de engarce (el «caso» contado a «Vuesa Merced»), la coherencia de un hilo conductor (la autobiografía selectiva narrada «à rebours») y el atrevimiento de un principio subversivo (todos tenemos derecho a contar nuestra historia, el digno y el indigno, el po-

brete y el rico). En 1599, Mateo Alemán, el mejor lector del *Lazarillo*, dio otra vuelta de tuerca a lo ya asentado: una historia que se escribe desde el arrepentimiento como ilustración de un proceso, como secuencia de «consejos» que fundamentan las «consejas». Uno y otro hallaron más que la estrategia de un punto de vista: establecieron a partir de él la posibilidad de la novela como universo que se autoconstruye a la vista del lector. Y luego, nadie entendió el subversivo mensaje, aunque fueran genios los que volvieron sobre los pasos de 1554 y 1599. López de Ubeda y Quevedo sólo entendieron un esquema mondo y cruel, un tropezón de anécdotas descalificadoras y un juego de idioma. Y la novela moderna, que pudo nacer ahí, se escapó rumbo a la Inglaterra de finales del XVII (la historia la contó Ian Watt en un libro modélico, *The Rise of the Novel*, que es de 1957).

Treinta años después, Rico vuelve sobre su conclusión de 1970 y sobre el estatuto de la narración. La «novela realista», nos recuerda, fue una excepción a una tradición inveterada de fictividad: siempre se contó en las novelas lo imposible, lo inusual, por más que se acuñaran instancias limitatorias –la verosimilitud– y se sublevaran a menudo los principios de la moralidad reinante. La subversión del *Lazarillo* fue dar por materia literaria lo que era fácilmente identificable en

la vida ordinaria, la que acaecía a nuestro lado. Por eso la novela picaresca nació acogida a la forma autobiográfica, marchamo de autenticidad. Pero de una autenticidad que, sin embargo, avisaba a las claras su condición de ficción: nadie, observa sensatamente Rico, podía presentarse seriamente como hijo de una madre que vive en concubinato con un esclavo negro, ni entender como cumbre de toda buena fortuna el adulterio consentido de su mujer con un arcipreste. El *Lazarillo* nos avisa que es fábula, fábula realista, y a la vez justifica así su anonimía: no tanto anónimo como apócrifo. O, mejor: resulta anónimo por mera coherencia literaria interna. Y así se resuelven varios siglos de candidatos infructuosos a la autoría... De aquellos modestos libros españoles del Quinientos nació el «realismo» que, como se sabe, aún demoró hasta 1825 su bautismo. ¿Se puede dar hoy por extinto? Comenta el autor: «Costó cerca de un siglo y toda la obra de Kafka, Unamuno, Joyce, Faulkner, Musil, Calvino, Beckett, García Márquez..., toda la estética del Novecientos recién cerrado, reconciliarla (a la novela) con la ficción y con la literatura y llegar a la conclusión de que aquel designio era más bien un espejismo o una trampa».

Bienvenido otra vez este libro de 1970, con su Postdata de ahora. Se puede seguir aprendiendo de él. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Treinta años después de la primera edición, la sexta le permite a José-Carlos Mainer recordar el impacto que supuso, entonces, un ensayo sobre la novela picaresca del que era autor un joven y audaz filólogo, Francisco Rico. Éste, señala el comentarista, supo detectar las deudas de la cultura medieval y humanística para con la cultura clásica en un ensayo que

apareció en un momento capital de la filología española, tras la desaparición de Menéndez Pidal y su magisterio. Y, sobre todo, Rico mostró cómo el *Lazarillo* es una maraña de huellas y encuentros literarios y subrayó el carácter subversivo de la novelita anónima: dar por materia literaria lo que era identificable con la realidad cotidiana de aquel tiempo.

Francisco Rico

La novela picaresca y el punto de vista

Seix-Barral, Barcelona, 2000. 192 páginas. 2.100 pesetas. ISBN: 84-322-0850-7.

SUMARIO

	Págs.
«Lázaro, Guzmán y Rico, treinta años después», por José-Carlos Mainer, sobre <i>La novela picaresca y el punto de vista</i> , de Francisco Rico	1-2
«Dolly y sus amigos», por José María Mato, sobre <i>The Second Creation. The age of biological control by the scientists who cloned Dolly</i> , de Ian Wilmut, Keith Campbell y Colin Tudge	3
«La medicina en la España del siglo XX», por José María López Piñero, sobre <i>100 médicos españoles del siglo XX</i> , de Manuel Díaz-Rubio	4-5
«John Cage: espacios en el vacío», por Jesús Villa Rojo, sobre <i>Escritos al oído</i> , de John Cage	6-7
«Del latín al rumano», por Manuel Alvar, sobre <i>Du latin au roumain</i> , de Marius Sala	8-9
«Los destinos de un reino hispánico», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Historia del Reino de Granada</i> , de Manuel Barrios Aguilera y Rafael G. Peinado Santaella (coord.)	10-11
«Jesús medieval», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>Jesús entre judíos, cristianos y musulmanes hispanos (siglos VI-XVII)</i> , de Mikel de Epalza	12

Dolly y sus amigos

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, hepatólogo, doctor por la Universidad de Leiden, ha sido presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y miembro del comité Internacional de Bioética de la UNESCO. Es profesor de investigación del CSIC, profesor ordinario de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación Ciencias de la Salud. Ha recibido los premios de investigación Kok (Holanda, 1977), Novo (España, 1987), Morgagni (Italia, 1988), Lennox K. Black (EE UU, 1994) y Lectureship Award del Research Center for Alcoholic and Pancreatic Diseases USCLA-UCLA (EE UU, 1999).

Cuando oímos hablar de clones, pensamos de inmediato en la oveja Dolly, y en Ian Wilmut, Keith Campbell y sus colegas del Instituto Roslin en Escocia. Quizá también en Megan y Morag —que pueden ser considerados como los más importantes, ya que con ellos se demostró por primera vez que era posible clonar mamíferos a partir de células en cultivo—, dos corderos creados un año antes, en 1995, por estos mismos investigadores. Los más enterados completarán el conjunto con Steen Willadsen, un veterinario danés, veterano de la clonación, que ha trabajado primero en el Reino Unido y después en los Estados Unidos, que consiguió en 1985 clonar el primer mamífero mediante transferencia nuclear, utilizando células embrionarias. Pensaremos también en las vacas, ratones, cabras, cerdos y el resto de animales que en los últimos cuatro años se han unido a las ovejas en esta lista creciente de mamíferos clonados. Pero hay que dejar claro que esta visión es la de los últimos años. En 1938, Hans Spemann, uno de los grandes expertos en biología del desarrollo del siglo XX, propuso un experimento que consistía en quitar el núcleo de una célula diferenciada y colocarlo en el citoplasma de un oocito maduro al que previamente se le había eliminado su propio núcleo (es decir, un oocito enucleado). Las dificultades técnicas que había que vencer para realizar este experimento de transferencia nuclear eran enormes y no fueron superadas, por primera vez, hasta 1951. En ese año, los estadounidenses Robert Briggs y Thomas J. King crearon los primeros animales clónicos mediante transferencia nuclear utilizando núcleos de células embrionarias de la rana americana común (*Rana pipiens*). Y a principios de los 60 el británico John Gurdon consiguió clonar la rana africana (*Xenopus laevis*) mediante transferencia de núcleos de células intestinales diferenciadas.

Es importante recordar que detrás de estos primeros éxitos de la clonación no había una industria de biotecnología interesada en comercializar dichos hallazgos, sino que lo que se pretendía era dar contestación a una pregunta que la biología del desarrollo había formulado hacía tiempo pero que permanecía inaccesible a la experimentación. Décadas de estudios previos sugerían que, a medida que progresa el desarrollo de un organismo, las células que lo integran se especializan más y más, y se restringe el número de funciones que pueden realizar. Así, mientras que las células que forman los primeros estadios de un embrión se caracterizan por su plasticidad —son totipotenciales, y pueden dar lugar a cualquier tipo celular—, las células de un organismo adulto se caracterizan por todo lo contrario, por haber diferenciado hasta especializarse en llevar a cabo una función celular concreta. ¿Retienen las células diferenciadas la plasticidad de las células embrionarias y es, por consiguiente, sólo cuestión de colocar el material genético de estas células, su núcleo, en el medio adecuado para que vuelvan a ser totipotenciales? ¿O, por el contrario, una vez que el núcleo de una célula ha

sido programado para desarrollar una función celular específica no hay vuelta atrás?

Los elegantes experimentos realizados por Briggs, King y Gurdon hace 50 años sugerían, ya entonces, que la plasticidad celular es extraordinaria y que el material genético del núcleo de una célula diferenciada se puede reprogramar para dar lugar a un nuevo animal, en este caso una rana. La importancia de Dolly, o si se prefiere de Megan y Morag, radica no tanto en que se trataba de clonar mamíferos —porque ¿acaso no es una de las reglas mejor establecidas de la biología la universalidad de sus principios?—, sino en que se conseguía obtener un animal nuevo a partir de células en cultivo. Y esta nueva tecnología tiene numerosas aplicaciones; entre ellas la de transferir genes de un mamífero a otro (animales transgénicos), y crear así «biorreactores» —ovejas, cabras, vacas— que excreten en la leche grandes cantidades de proteínas de interés terapéutico, tales como la alfa-I-antitripsina humana para el tratamiento de la fibrosis cística.

En *The Second Creation*, Ian Wilmut y Keith Campbell junto a Colin Tudge, escritor y divulgador científico, narran la historia de cómo Dolly y otros clones famosos fueron creados, y las distintas aplicaciones e implicaciones de esta nueva tecnología. El libro describe en detalle, en forma didáctica y con numerosos ejemplos, cómo técnicamente se realiza en mamíferos la transferencia de núcleos desde una célula donante a un oocito maduro aceptor y su posterior implantación y desarrollo en el útero de una madre subrogada. Finaliza *The Second Creation* con una copia del famoso artículo, publicado en 1997 en la prestigiosa revista *Nature*, en el que se anuncia el nacimiento de Dolly. Es como si se quisiera someter al lector a un examen para comprobar si, al finalizar la lectura del libro, es ya capaz de entender el famoso trabajo.

El libro tiene además un claro objetivo comercial; crear una opinión favorable en la sociedad hacia las aplicaciones de la clonación mediante transferencia de núcleos. No hay que olvidar que detrás del Instituto Roslin hay una empresa de biotecnología, PPL, y que sus accionistas confían en ver subir el valor de sus inversiones. Por ello, los autores tienden a exagerar la importancia de las posibles aplicaciones de la clonación y a minimizar sus problemas y desventajas respecto a otras técnicas alternativas. El libro presenta la clonación como una de las más importantes revoluciones biotecnológicas de la historia, y lo hace patente desde su pomposo título: *The Second Creation. The age of biological control by the scientists who cloned Dolly*.

A pesar del indudable éxito que ha supuesto clonar numerosos mamíferos mediante transferencia nuclear, quedan aún muchos problemas que tendrán que ser resueltos antes de que esta técnica tenga alguna aplicación comercial. En primer lugar está el problema de la eficiencia, que permanece alrededor del 2%; es decir, de cada cien intentos de clonar un animal sólo dos o tres llegan a término. Dolly fue el resultado de 434 intentos de transferencia nuclear. En segundo lugar, hay que hacer hincapié en que incluso cuando después de la transferencia nuclear se consigue implantar un embrión en el útero, muchos de estos embarazos acaban en abortos espontáneos. Y además está el problema de que numerosos animales mueren al poco tiempo de nacer. Y algunos de los que sobreviven presentan importantes problemas en el desarrollo. Como en el caso de las vacas, donde los terneros producidos mediante clonación son más grandes de lo normal y, con frecuencia, sus pulmones son como los de los terneros prematuros. Todo esto sugiere que algo marcha mal con las técnicas que se utilizan actualmente para llevar a cabo la transferencia de núcleos. Y es que se conoce muy poco sobre cómo se reprograman los genes de una célula adulta después de transferir su núcleo a un oocito maduro enucleado. ¿Qué

componentes —factores de crecimiento, hormonas, etc.— son necesarios para reprogramar «in vitro» una célula, para hacerla, por así decirlo, retroceder en el tiempo y convertirla en embrionaria? ¿Qué clase de células son las mejores donantes de núcleos? Para conseguir que la transferencia de núcleos sea una técnica eficiente, es necesario conocer mucho más acerca de los mecanismos moleculares que controlan la diferenciación celular y cómo estos mecanismos se pueden revertir para reprogramar el núcleo de una célula diferenciada de manera que pueda dirigir el desarrollo embrionario.

Finaliza *The Second Creation* con un capítulo dedicado a las aplicaciones de la clonación. En la actualidad, la aplicación con mayor potencial es la producción de animales domésticos transgénicos. Como se comenta en el libro, Campbell, Wilmut y sus colegas del Instituto Roslin incorporaron el gen humano del factor IX de la coagulación a un cultivo de células, seleccionaron las que lo habían incorporado, y las fusionaron con oocitos enucleados. Así crearon en 1997 a Dolly y otras cinco ovejas más que producían factor IX humano en la leche. Aunque interesante, es importante recordar que en 1997 muchos laboratorios llevaban ya varias décadas creando ratones transgénicos mediante inyección del gen adecuado en el núcleo de un óvulo fertilizado de ratón. Si bien es cierto que esta técnica aún no es aplicable a otros mamíferos.

Animales domésticos

Otra aplicación de las técnicas de clonación es la creación de animales domésticos a los que les falte alguna proteína específica (animales «knockout»). De nuevo es importante recordar que la creación de animales «knockout» —mediante inyección en blastocistos de «stem cells» (células madre totipotenciales) embrionarias a las que se les ha eliminado el gen adecuado— es práctica habitual en muchos laboratorios, aunque de momento esta técnica está también limitada a ratones. Desde el punto de vista del xenotrasplante, muchos científicos son de la opinión de que los órganos de cerdo ofrecen una serie de ventajas debido a que el tamaño y fisiología de sus órganos —corazón, riñón, páncreas, etc.—, son parecidos a los de los humanos. Una de las posibilidades de la clonación es crear cerdos sin el antígeno de superficie alfa-1,3-galactosil transferasa —responsable de la reacción hiperaguda en el xenotrasplante—, lo que proporcionaría órganos que serían más fácilmente tolerables por el sistema inmune humano. El éxito en la clonación de cerdos ha supuesto acercar un paso más el xenotrasplante a la realidad. Pero las recientes noticias informando que los retrovirus porcinos pueden infectar células humanas han supuesto una nueva preocupación sobre la seguridad del xenotrasplante.

Otra aplicación de la clonación es la de producir animales de experimentación que sean genéticamente uniformes, de manera que cuando los investigadores determinan el efecto de algún tratamiento estén seguros de que

las diferencias observadas se deben más al tratamiento que a diferencias genéticas entre animales. Las técnicas de clonación también pueden ser útiles para desarrollar modelos animales genéticamente homogéneos, pero que desarrollen alguna enfermedad —cardiovascular, neurológica, un cierto tipo de tumor, etc.—. También es posible pensar en la clonación de animales domésticos con características únicas —producción de leche, lana, etc.—. Y, por supuesto, la clonación puede tener un gran valor en la conservación de especies animales en peligro. Aunque dada la dificultad existente en clonar animales domésticos, sobre los que se conoce mucho acerca de su biología reproductiva, todo hace pensar que clonar animales, en los que el problema es precisamente que se sabe muy poco acerca de su fisiología, es una aplicación poco realista de momento.

Como es bien conocido, en 1999 dos laboratorios estadounidenses consiguieron cultivar «stem cells» embrionarias humanas. Esta técnica, junto a la de clonación mediante transferencia de núcleos, ha abierto la puerta a la posibilidad de preparar tejidos humanos aptos para el trasplante, y también a un fuerte debate sobre las implicaciones éticas de estos experimentos. Las células de una persona serían utilizadas para crear un embrión mediante clonación por transferencia nuclear; y las células de este embrión temprano se cultivarían para preparar tejidos que serían genéticamente idénticos al del paciente. En este momento, las dificultades técnicas en la clonación de cualquier especie, y en particular de otros primates, sugiere que la clonación humana con fines terapéuticos está lejana. Además no está claro que los tejidos preparados a partir de «stem cells» embrionarias sean seguros; es decir, que estas células no tengan mayor riesgo de transformarse en tumores. En experimentos realizados en ratones, cuando se hace una inyección subcutánea de «stem cells» embrionarias se forman teratomas —tumores que consisten en diversos tipos celulares—. Es obvio que antes de plantearse su utilización clínica será necesario aprender cómo hacerlas diferenciar tan sólo en el tipo de células deseadas.

El libro de Wilmut, Campbell y Tudge no menciona a las «stem cells» de células adultas. Experimentos realizados en los últimos años sugieren que la plasticidad de las «stem cells» de un organismo adulto es comparable a las «stem cells» embrionarias y, aunque quedan muchas preguntas sin resolver, tal parece que pueden diferenciar en cualquier tipo celular si reciben las señales biológicas apropiadas. Así, cuando se inyectan «stem cells» aisladas del cerebro de ratones adultos en un embrión temprano, su progenie contribuye prácticamente a cualquier tipo de célula del cuerpo del ratón. La ventaja de estas células radica en que, desde un punto de vista ético, su utilización clínica no plantea, en general, problemas.

Finalmente, sobre la clonación humana con fines de reproducción, la opinión de los autores del libro, como la de la mayoría de los científicos y comités internacionales de ética, es que no está justificada. □

RESUMEN

El libro que comenta José María Mato narra la historia de cómo la famosa oveja Dolly y otros animales clónicos fueron creados, así como las posibles aplicaciones e implicaciones éticas y sociales de la clonación de mamíferos. El libro explica con claridad, y a un nivel adecuado para los no científicos, en qué consiste

la clonación mediante transferencia de núcleos. En opinión del comentarista, aun con ser el libro interesante, se tiende a exagerar el éxito científico que supuso clonar a Dolly y otros mamíferos, así como las posibles aplicaciones de esta tecnología; al fin y al cabo hace ya 50 años que se clonó el primer animal, una rana.

Ian Wilmut, Keith Campbell y Colin Tudge

The Second Creation. The age of biological control by the scientists who cloned Dolly

Headline Book Publishing, Londres, 2000. 362 páginas. 18,99 libras. ISBN: 0-7472-2135-9.

La medicina en la España del siglo XX

Por José María López Piñero

José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) ha sido catedrático de Historia de la Medicina en el Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación «López Piñero» (Universidad de Valencia-C. S. I. C.). Ha publicado, solo o en colaboración, más de un centenar de libros sobre temas de su disciplina. Entre los recientes figuran *Introducción a la medicina*, *Bibliografía Cajaliana* y *Cajal*.

El estudio de la medicina en la España del siglo XX exige, por supuesto, su integración en el conjunto de la medicina internacional, así como en las cambiantes condiciones socioeconómicas, políticas y culturales de nuestro país. Por otra parte, no puede hacerse sin un conocimiento riguroso de sus etapas históricas anteriores.

La publicidad consumista que manipula hoy todos los medios de comunicación mantiene la creencia en un progreso continuo y desenfrenado, con noticias diarias de descubrimientos trascendentales. Su tópico favorito es el inicio de un milenio de «nuevas tecnologías», cuya directa relación con el lenguaje de las cotizaciones bursátiles es sobradamente conocida. En este contexto resulta impertinente considerar de forma seria y honesta los importantes adelantos de la medicina en el siglo XX y, todavía más, sus retrocesos.

Un obstáculo de otro tipo es el llamado «presentismo», desenfoco vulgar muy extendido entre los que pertenecemos a la profesión médica. Consiste en estimar exclusivamente actuales los conocimientos válidos y las técnicas avanzadas, reduciendo cualquier trayectoria anterior a una serie arbitraria de «antecedentes», como suele hacerse en las pintorescas cabalgadas pseudohistóricas que sirven de introducción a numerosos libros y artículos sobre ciencias de la salud.

En relación con la medicina en España, recientemente hemos comentado en las páginas de *SABER/Leer* que la historia de la actividad científica en nuestro país se considera habitualmente una cuestión de carácter ideológico ajena a la investigación y una «tierra de nadie». En consecuencia, se puede hacer sobre ella afirmaciones terminantes sin preparación específica de ninguna clase, casi siempre de acuerdo con los residuos de-

gradados de la lamentable «polémica de la ciencia española».

Adelantos y retrocesos de la medicina internacional

La medicina ha tenido en el siglo XX una trayectoria en cierto modo semejante a la que tuvo durante la Ilustración, época de desarrollo y enriquecimiento de la «nueva medicina» resultante de la Revolución Científica por antonomasia. Ha mantenido, en efecto, la práctica totalidad de los supuestos antropológicos y epistemológicos, los conceptos fundamentales y los planteamientos técnicos procedentes de la profunda renovación que tuvo lugar a lo largo del XIX. Basta examinar con un mínimo de rigor las ciencias médicas básicas, los saberes patológicos, la práctica clínica y la asistencia médica, la cirugía, la farmacología, la psicoterapia y la higiene pública, para comprobar que la mayoría de las presuntas novedades propias de nuestro tiempo son, a veces, meras pervivencias y, más a menudo, perfeccionamientos y consecuencias más o menos directas de aportaciones decimonónicas. Por ejemplo, continúan plenamente vigentes la explicación científica de los procesos orgánicos en estado de salud y enfermedad con los recursos de la física y la química que se inició a mediados del siglo XIX, la revolución microbiológica y la quirúrgica producidas poco después y el diagnóstico basado en signos factuales obtenidos con técnicas de creciente complejidad, cuyo origen fue el programa anatomoclínico de la escuela de París expuesto por Bichat en 1801. Este tipo de diagnóstico comenzó con signos de lesiones anatómicas, sencillos desde el punto de vista técnico, como la percusión y análisis químicos de orina. Sin embargo, acabó consiguiendo la visión directa de las lesiones internas, sobre todo mediante la endoscopia y la exploración radiológica, áreas que tuvieron un rápido y brillante desarrollo, a partir de sendas contribuciones de dos grandes genios de la física que merecen plenamente el calificativo de «nuevas tecnologías»: la invención del oftalmoscopio por Helmholtz (1851) y el descubrimiento de los rayos X por Roentgen (1895). Semejante fue la trayectoria de los signos de disfunción, principalmente trazados gráficos y datos metabólicos, desde la invención del esfigmógrafo por Vierdordt (1854) y su perfecciona-

miento por Marey (1860) y la conversión por Frerichs (1855) de la presencia en la orina de leucina y tirosina en signo de necrosis hepática masiva. En cambio, la semiología etiológica directa quedó prácticamente limitada durante el siglo XIX a signos de causas externas de enfermedad, como la detección química precisa de velenos en las intoxicaciones, introducida por Orfila en su segunda década, y las baciloscopias y pruebas inmunológicas consecutivas a la revolución microbiológica.

A las pervivencias y los perfeccionamientos de aspectos procedentes de los decisivos cambios de la medicina durante el siglo XIX, la del XX ha sumado auténticas novedades de primer rango, tanto en el terreno científico como en el técnico. No hace falta decir que la más importante es la constitución de la biología molecular como disciplina fundamental de gran parte de la ciencia biomédica. Su relieve histórico no puede en forma alguna limitarse a un extraordinario progreso cuantitativo, ya que ha significado un replanteamiento del llamado «Denkstil» científico, es decir, de supuestos básicos y conceptos fundamentales, sobre todo con la introducción de una mentalidad «informacionista» procedente del ambiente en torno a la mecánica cuántica, que al principio intentó ser descalificada por grupos poderosos de la comunidad médica internacional. Con la nueva genética molecular ha culminado la renovación, propia del siglo XX, de los saberes y los procedimientos diagnósticos relativos a las causas internas de enfermedad. Entre las demás novedades auténticas destacan el microscopio electrónico, la aplicación de la resonancia magnética nuclear y, sobre todo, el ordenador y la informática. En cambio, la ecografía y la endoscopia basada en la fibra óptica, aunque nuevas, son más bien ejemplos del retraso con el que la práctica médica asimila a veces los recursos científicos y técnicos, puesto que la explicación rigurosa de los ultrasonidos y la fabricación de fibras ópticas de milésimas de milímetro se habían conseguido ya a mediados del siglo XIX y fueron aprovechadas antes en muy distintos campos. A este respecto, conviene que los profesionales de la salud no olvidemos que un cambio de tanto relieve como la revolución microbiológica fue asimilado por la medicina académica más tarde que los criadores de gusanos de seda y de gallinas, los ganaderos y los fabricantes de productos lácteos y bebidas alcohólicas.

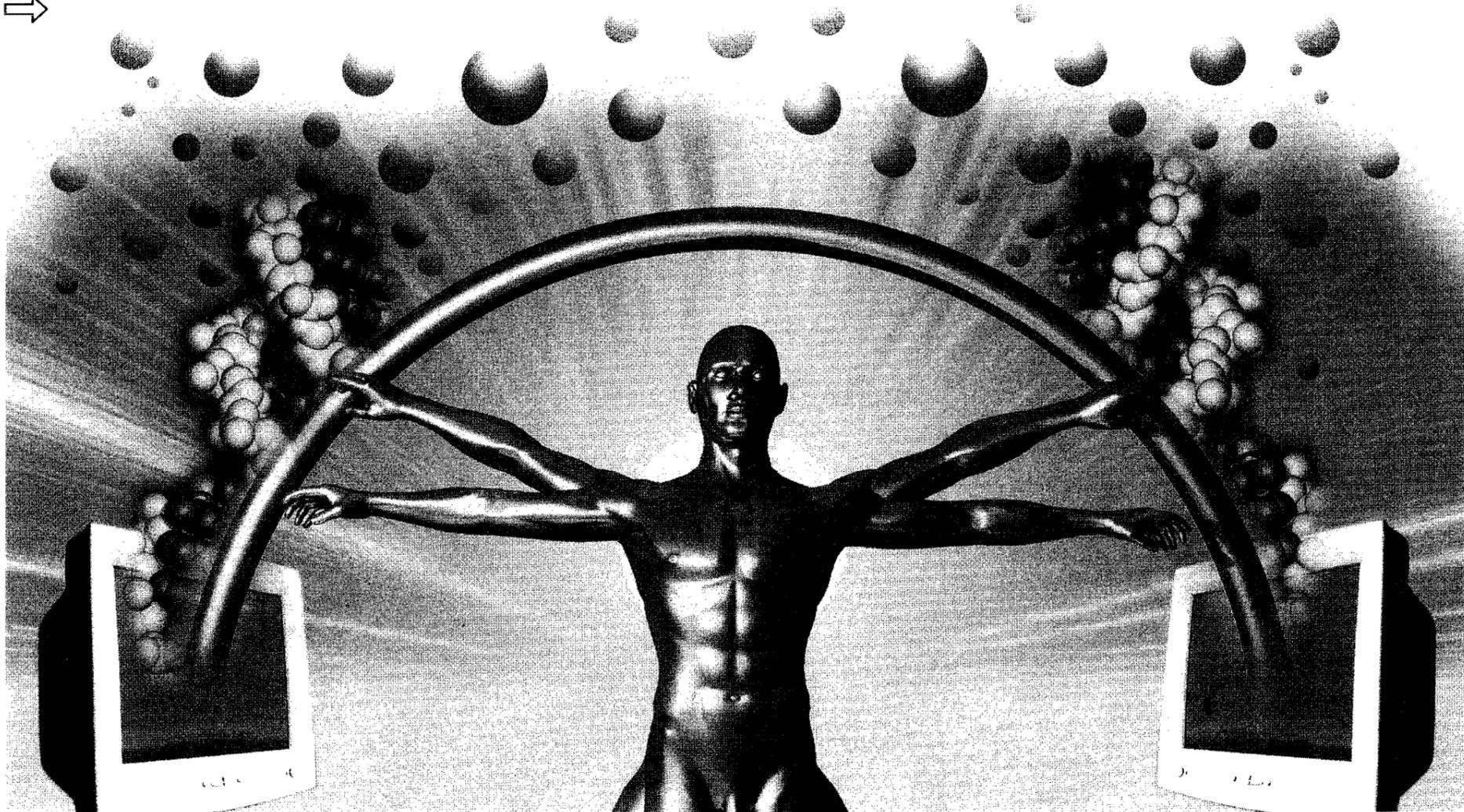
La publicidad, con todo su poder, es incapaz de ocultar el más grave retroceso que la medicina ha sufrido durante el último cuarto del siglo XX: el terrible paso atrás en el terreno de la salud y la enfermedad, objetivo específico de sus saberes y técnicas. El triunfalismo que teníamos los médicos al declararse en 1979 la erradicación mundial de la viruela parece un sueño de ilusos en la situación actual, cuando la tercera parte de la humanidad padece tuberculosis —que crece con rapidez incluso en los países más desarrollados— y la mitad, paludismo, que se ha reintroducido en zonas en las que estaba erradicado, como los Estados Unidos, lo mismo que lo han hecho la poliomielitis, la difteria, la fiebre tifoidea y otras afecciones que parecían superadas en naciones europeas que hace unas décadas tenían sistemas de salud modélicos. Las manipulaciones que pretenden enmascarar esta trayectoria negativa, atribuyéndola al manoseado «cambio climático» o achacándolo a la facilidad de las comunicaciones con la espantosa situación sanitaria del tercer mundo, son tan indignantes como inútiles. Parece oportuno recordar el título de un discurso académico en latín que en 1790 pronunció Johann Peter Frank, principal iniciador de la moderna higiene pública y consejero con mentalidad política muy conservadora del emperador de Austria: *De populum miseria, morborum genitrice*.

Por otro lado, no puede ignorarse el acelerado desmantelamiento de las instituciones públicas asistenciales y el de las académicas dedicadas a investigaciones «no rentables». El de las asistenciales puede ejemplificarse en el patético estado actual del National Health Service británico, admirable sistema sanitario que había posibilitado el consenso político, que se ve hoy obligado a recurrir a los diplomados en enfermería jubilados y a las unidades de cuidados intensivos de los hospitales franceses para enfrentarse con problemas nada excepcionales. Para referirse al desmantelamiento de las instituciones públicas dedicadas a la investigación, se dice en la jerga habitual de los estudios sociales sobre la ciencia que hemos pasado del período de la «big science» a la era de la «hobby research», en la que carece de justificación cualquier programa de trabajo que no conduzca a ganancias inmediatas. Ello



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

está conduciendo al cierre de centros sobre disciplinas que parecía que estaban fuera de toda discusión, como la cancerología.

Etapas anteriores de la medicina en España

La investigación histórica sobre la medicina en España es ignorada, tanto por los que aseguran de modo prepotente que «ha sido un país ajeno a la ciencia», evitando el riesgo de ser acusados de patriotismo con una «denuncia» que estiman valiente y progresista, como los que entonan panegíricos de «glorias científicas nacionales» desde el centralismo, los nacionalismos periféricos o el simple localismo. En cualquier caso, los resultados que dicha investigación ha conseguido hasta ahora resultan en su conjunto impertinentes e inaceptables para ambas posturas, sobre todo porque corresponden a una trayectoria con cambios de gran complejidad, lo mismo que la de cualquier otro país, en la que se suceden etapas de significaciones opuestas para los juicios de valor que emiten, no sólo los seguidores de ideologías, sino los cultivadores del ensayismo. El diccionario de la Real Academia define así este último vocablo: «Actitud del tratadista que deriva hacia lo general o superficial, cuando cabía esperar de él mayores precisiones y una actitud más técnica y comprometida». Desde tal actitud no pueden formularse afirmaciones terminantes que asuman seriamente, por ejemplo, los tres siguientes resultados generales: 1) la Península Ibérica fue uno de los escenarios centrales de la medicina islámica medieval y, más tarde, de la transmisión a Europa occidental, mediante traducciones desde el árabe, de los textos médicos de la Antigüedad clásica y helenística y del mundo islámico, pero sus reinos cristianos bajomedievales quedaron en segundo plano en el proceso de su asimilación por parte de la nueva institución universitaria; 2) los libros médicos españoles del Renacimiento tuvieron hasta 1800 en el resto de Europa más de medio millar de reediciones y traducciones a siete idiomas, además de plagios y numerosas reproducciones parciales, y algunos de ellos ejercieron una importante influencia hasta los primeros decenios decimonónicos; sin embargo, España permaneció al margen de la «nueva medicina» resultante de la Revolución Científica del siglo XVII, que no fue in-

troducida hasta el movimiento «novator» de finales de la centuria; 3) a partir del movimiento «novator», durante la Ilustración se produjo una continuada incorporación a las corrientes médicas europeas, que culminó con aportaciones originales de amplia repercusión internacional, pero que luego se interrumpió bruscamente a partir de la guerra de la Independencia.

Por las razones antes expuestas, la medicina en la España del siglo XX ha dependido muy directamente de sus etapas en nuestro país durante el XIX. En el estado actual de los estudios históricos sobre el tema puede decirse, de modo muy esquemático, que la primera fue el «período de catástrofe» integrado por la guerra de la Independencia y el reinado de Fernando VII, en el que se produjo un colapso de la actividad médica que frustró la tendencia ascendente de la Ilustración. La segunda debe considerarse una «etapa intermedia», que coincidió a grandes rasgos con el reinado de Isabel II, a lo largo del cual se introdujeron las principales novedades de la medicina de la época, gracias al crispado esfuerzo personal de médicos aislados o de pequeños grupos. En la tercera, comprendida entre la revolución democrática de 1868 y el final de la centuria, se elevó notablemente el nivel medio e incluso reaparecieron numerosas contribuciones originales, aunque en circunstancias que no permitieron una sólida institucionalización, perpetuando la dependencia del esfuerzo de determinados médicos y sus discípulos.

Tal era la situación de la medicina en España a comienzos de un nuevo siglo. Aunque se han realizado estudios monográficos valiosos, no existe todavía una imagen mínimamente rigurosa de la forma en la que se ha integrado durante el mismo en el conjunto de la medicina internacional y en las cambiantes condiciones socioeconómicas, políticas y culturales del país.

Un libro ejemplar e inusitado

Desde la constitución de la moderna historiografía médica como disciplina hace poco más de cien años, personalidades destacadas de todas las áreas de las ciencias de la salud no solamente la han asumido como una especialidad importante, sino que han realizado personalmente trabajos histórico-

médicos. Entre ellas se encuentran figuras de primer rango, como Aschoff, Celli, Cushing, Fahraeus, Fulton, Krapelin, Leriche, Osler, Rolleston, Politzer, Virchow, etc. y los españoles Barcia Goyanes, García Tapia, Grande Covián, Marañón, Ortiz Picón, Sanchis Bayarri, etc. A esta ilustre tradición se ha incorporado el gran internista Manuel Díaz-Rubio con su reciente libro *100 médicos españoles del siglo XX*.

En su introducción, Díaz Rubio comienza recordando la integración sociopolítica, económica y cultural de la medicina, frente al miopo iatrocentrismo de tantos profesionales del sector: «La profunda transformación que ha sufrido la medicina como ciencia viene de la mano de los grandes avances científicos y tecnológicos, pero también de otros aspectos que a su vez están cambiando sustancialmente la práctica médica, como son, entre otros, los cambios sociales, la evolución de la economía, la influencia de los medios de comunicación, la gestión de los recursos, la política, el uso racional de los medicamentos, así como los aspectos jurídicos y los éticos». Afirma a continuación que «el desarrollo de la medicina en España en este siglo» puede entenderse a partir de la vida y la obra de los «médicos que con su aportación sembraron nuestro país de un espíritu científico e ilusionaron a cuantos les rodeaban, creando escuelas que en muchos casos aún hoy permanecen vivas». Este punto de vista merece especial atención como hipótesis de trabajo, entre otras razones, por su coincidencia con uno de los principales resultados generales de los estudios sobre la medicina en la España decimonónica antes aludidos, conforme al cual la falta de una ins-

titucionalización sólida y la dependencia del esfuerzo personal figuraron entre sus características básicas.

Con su prestigio, Díaz-Rubio hubiera podido limitarse a exponer sus reflexiones y las perspectivas procedentes de su amplia experiencia. Resulta excepcional que las haya aprovechado para analizar en detalle la dispersa y desigual información existente en torno al tema, con el fin de ofrecer ajustados resúmenes de la biografía y las aportaciones de un centenar de médicos, «incluyendo algunos títulos de sus publicaciones más relevantes, así como su capacidad de crear escuela, mencionando algunos de los que fueron sus más destacados discípulos». A todo ello añade una importante serie de fuentes iconográficas—relativa a los biografiados, a su producción y a su marco institucional— y referencias bibliográficas precisas de una selección de los trabajos, notas y discursos utilizados.

100 médicos españoles del siglo XX no es solamente un libro recomendable para cualquiera que desee tener una noticia rigurosa de la medicina en la España del siglo XX, sino una obra de consulta obligada para todos los que desde ahora intenten contribuir a su estudio. «Otros muchos médicos»—dice Díaz-Rubio en la introducción— «hicieron igualmente una encomiable labor, lo que nos empuja a dar continuidad a este libro». Es un propósito que debemos alentar y elogiar abiertamente quienes pensamos que el conocimiento serio y honesto de la medicina española novecentista es necesario para superar la esquizofrenia cultural y los estragos del ensayismo que hoy padece la autoimagen de nuestro país. □

RESUMEN

Al comentar un reciente libro de Manuel Díaz-Rubio, López Piñero reitera que la historia de la medicina en la España del siglo XX debe integrarse en el conjunto de la medicina internacional, en las cambiantes condiciones de nuestro país y en un conocimiento riguroso de sus etapas históricas anteriores, anotando

los obstáculos que dificultan dicha tarea. Considera la obra como un libro ejemplar e inusitado, sobre todo porque asocia las perspectivas procedentes de la experiencia de un gran internista y el análisis que personalmente ha realizado de la dispersa y desigual información hasta ahora existente sobre el tema.

Manuel Díaz-Rubio

100 médicos españoles del siglo XX

You&Us, Madrid, 2000. 211 páginas. ISBN: 84-921474-5-8.

John Cage: espacios en el vacío

Por Jesús Villa Rojo

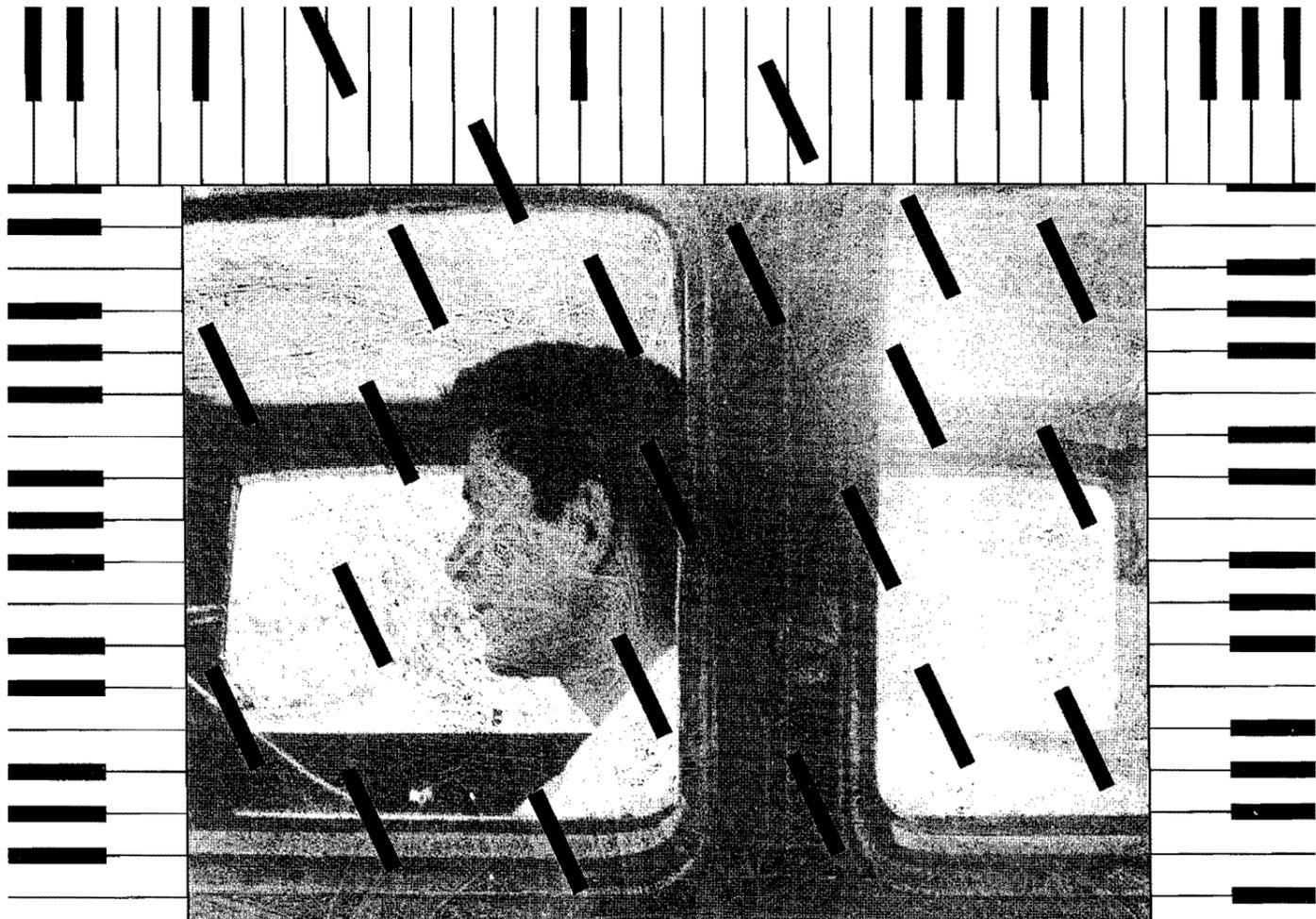
Jesús Villa Rojo (Brihuega, Guadalajara, 1940), músico, intérprete, compositor e investigador, formado en Madrid y Roma. Ha sido galardonado con el Premio Béla Bartók, Gran Premio Roma, Premio Nacional de Música y Premio Koussevitzky. Es director del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea. Es fundador del LIM (Laboratorio de Interpretación Musical), del que actualmente es director. Es autor de los libros *El clarinete y sus posibilidades*, *Juegos gráfico-musicales*, *Lectura musical I y II*, y *Notación y graffa en la música del siglo XX*.

La figura de John Cage, dada la infinita imaginación de sus ideas, posiblemente no sea lo suficientemente bien conocida. Es cierto que una parte importante de músicos abiertos al desarrollo de las demás artes han defendido y hasta venerado sus aportaciones, mientras que la otra parte, la que mantiene prejuicios académicos sobre el tratamiento y elaboración del sonido, encuentra serias dificultades para su comprensión. La intencionalidad sonora y artística de Cage no puede entenderse efectivamente desde la perspectiva dominante que ha promovido la tradición musical occidental. Sus logros fundamentales surgen de la ruptura y el distanciamiento con nuestro pasado representativo, al incorporar elementos marginales, desatendidos anteriormente o pertenecientes a otras culturas. Por ello es admisible y hasta puede que justificable la frialdad que provoca en algunos músicos.

Su figura supera ampliamente el ámbito estricto de lo musical para conducirnos por otros campos filosóficos y culturales, obligando al oído «a pasear por lo inesperado, por los sonidos no reconocidos», que en cada momento renuevan los medios expresivos empleados durante varios siglos.

Buena prueba de la personalidad de John Cage es la publicación *Escritos al oído*, presentada y traducida por Carmen Pardo, donde el músico es estudiado desde las perspectivas filosófica y conceptual con sensibilidad arquitectónica, sin desatender sus aproximaciones orientalistas, interculturales y sobre todo extramusicales. Olvidar los parámetros tradicionales de la elaboración sonora es primordial al ocuparse de Cage. Su educación primaria indecisa entre música-arquitectura-pintura sería el mejor pretexto para huir de las reglas que pueden encorsetar la libre expresión artística. Cualquiera de estos puntos de partida son buenos para llegar al arte, recorriendo todos los caminos posibles para conducir la imaginación creativa, multiplicar la singularidad de las ideas y de los objetivos. En este sentido, Cage quería conocer las reglas básicas que le llevaran hacia su propia personalidad de la mano de los maestros más prestigiosos y comprometidos de su época aunque los resultados pudieran ser contradictorios y hasta posiblemente traumatizantes como sucedió de su relación con Arnold Schönberg que le manifestó serias interrogantes sobre su devenir musical. «Al cabo de dos años se nos hizo evidente a los dos que yo no tenía sentido de la armonía» (escribe Cage). «Para Schönberg la armonía no era exactamente colorista: era estructural. Era el medio usado para distinguir una parte de la composición de otra. Me dijo que nunca podría escribir música».

No debió ser lo suficientemente traumatizante esta opinión porque Cage respondió a Schönberg que se pasaría la vida escribiendo música, como así fue. En la realidad, ante posiciones tan opuestas y definidas, resulta difícil inclinarse por alguna de ellas aunque desde el punto de vista efectivo, los ejemplos compositivos que Cage mostraba a Schönberg, manteniendo los criterios estéticos y técnicos del maestro, eran meros ejercicios de alumno obe-



ALFONSO RUANO

diente que en ningún momento representaban a la figura creadora e innovadora que conoceríamos después. Practicó las reglas schönbergianas del dodecafonismo con un criterio muy estricto donde la técnica se imponía a la imaginación. Ejercitar y conocer esta técnica ha sido muy beneficioso para poner orden en el caos atonal, pero al valerse de ella con finalidades creativas ha bloqueado por lo general la libertad expresiva individual. Por tanto, es una etapa en la trayectoria de Cage que no debería haber tenido mayores consecuencias de no haber sido por la trascendencia del personaje.

«No estoy libre. No, no tengo ningún momento libre», fue la respuesta de Schönberg cuando Cage le invitó para que escuchara una de las interpretaciones de sus primeras composiciones para percusión «construidas a partir de motivos breves que expresaban o un sonido o un silencio de la misma duración, motivos que estaban dispuestos sobre el perímetro de un círculo que podía recorrerse hacia adelante o hacia atrás». Después de estas experiencias, trabajando en la Cornish School en Seattle, «descubrí lo que llamé la estructura rítmica micromacrocosmica. Las grandes partes de una composición guardaban la misma proporción que las frases de una unidad simple. De este modo una pieza entera tenía el mismo número de medidas que una raíz cuadrada. Esta estructura rítmica podía expresarse con cualquier sonido, incluso con ruidos, o podía expresarse no como sonido y silencio sino como quietud y movimiento en la danza. Fue mi respuesta a la armonía estructural de Schönberg». El sentido estructural y organizativo resuelto por Cage algunas veces al azar, ha sido y lo seguirá siendo, la permanente preocupación de los artistas del sonido: crear la forma (figurativa o abstracta) de la obra. La evolución y el transcurrir de los últimos años ha reducido la separación que podía existir en el momento en que se produjeron estas circunstancias.

El sentido organizativo del sonido ya acoge con la misma validez el sonido, el ruido que el silencio, o las vibraciones instrumentales, mecánicas-eléctricas, percusivas... El proceso de

organización puede plantearse con criterios aleatorios, al azar como es frecuente en John Cage, imaginando posibles variantes en cada interpretación o representando una figuración convencional que pueda ofrecer resultados no previstos en los códigos establecidos en el vocabulario de la notación musical. Cage da por superadas estas diferenciaciones y lo mismo anota sus ideas valiéndose de una simbología estrictamente tradicional que incorpora signos y grafismos nunca empleados anteriormente o textos, determinando comportamientos interpretativos o simplemente instrumentales. O sea, para representar sus originales e innovadoras *Sonatas e Interludios* que suponen uno de los grandes logros de la música del siglo XX por los resultados que se obtienen del piano, transformándolo en un instrumento de sutiles combinaciones tímbricas, desconocidas hasta entonces en la música occidental; emplea una escritura tradicional acompañada de una minuciosa tabla de indicaciones que detalla las características de los elementos que transforman el mecanismo del piano, «son un intento de expresar con medios musicales los 'eternos impulsos del espíritu' ilustrados según la tradición hindú: heroísmo, erotismo, asombro, alegría, tristeza, miedo, ira, odio y la tendencia común a todos ellos sobre la quietud».

Sonatas e interludios

Las primeras ocho, la duodécima y las últimas cuatro sonatas, son compuestas según estructuras rítmicas de proporciones variables del tipo AA BB, mientras los primeros dos interludios no tienen repeticiones. Exactamente lo opuesto surge en los dos últimos interludios y en la novena, décima y undécima sonata, que tienen respectivamente un preludio, un interludio y un postludio».

El ejemplo de *Aria* para una cantante se sitúa en el lugar opuesto, eliminando todo rasgo de escritura tradicional empleando los más variados grafismos, aunque algunos de los resultados sonoros estén plenamente identificados con técnicas interpretativas vocales tradicio-

nales. La representación de los diez tipos de canto es indicada por medio de signos coloreados. Cada uno de los tipos de canto puede ser usado a elección, haciéndolo corresponder a un color. «La cantante Berberian ha elegido: azul oscuro, igual a jazz, rojo, igual a contralto (y contralto lírico), negro, soprano dramática, morado, Marlene Dietrich, azul pálido, bebé, rosa, soprano ligera (y lírico ligera), verde, igual popular, anaranjado, voz oriental aguda (un celeste), marrón, igual nasal, amarillo, coloratura (y coloratura lírica)».

Su «obra silenciosa» 4'33 (sólo se ve), donde «se produce la primera composición para piano sin emisión de ningún sonido a lo largo de esos cuatro minutos treinta y tres segundos que compone en 1952 para David Tudor, es escrita con estas elementales y sencillas anotaciones:

I
Tacet
II
Tacet
III
Tacet

El título se refiere a la duración total en minutos y segundos. En su estreno, Tudor subdividió las tres partes en 33", 2'40" y 1'20", «quien indicó el comienzo de cada parte cerrando la tapa del piano y el final abriéndola». Es por tanto, uno de los ejemplos de teatralidad, medio al que Cage recurre frecuentemente, reducido a la mínima capacidad expresiva. Su aproximación a la variante teatral denominada «happening» la hizo en el Black Mountain College. «Los espectadores estaban sentados en cuatro secciones triangulares isométricas, los vértices de las cuales estaban en contacto con una pequeña área cuadrada de ejecución frente a ellos y que comunicaba por medio de los pasillos con la amplia zona de ejecución que les rodeaba. Las actividades eran dispares, danza con Merce Cunningham, la exposición de pinturas y la interpretación con un fonógrafo Vic-



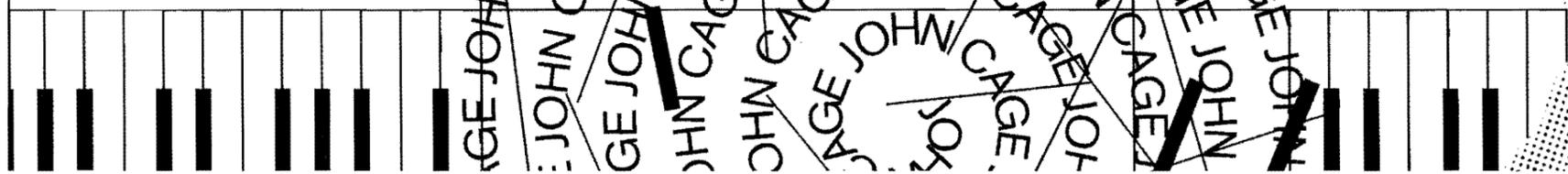
Viene de la página anterior



CAGE



JOHN



ALFONSO RUANO

trola por Robert Rauschenberg, la lectura de sus poemas por Charles Olson o los de M. C. Richards desde lo alto de una escalera fuera del auditorio, David Tudor tocando el piano, todo tenía lugar en períodos de tiempo determinados al azar, dentro del tiempo global de mi conferencia».

«... algunos años después, me desplacé de la estructura a los procesos, desde la música como objeto con partes, hacia la música sin comienzo, medio, o fin: música como el tiempo». Su «oído a la intemperie» le ha permitido sentir los espacios en el vacío como nadie los había sentido, por eso sus silencios «suenan». Cage teoriza alrededor del silencio, considerándolo materia audible, despreocupado de las tradicionales barreras que habían dividido estos medios de expresión como «un bosque de sonidos, silencios, ruidos y duraciones que hacen olvidar los entornos que distinguan el sonido musical. Incorporar el ruido y el silencio al ámbito de lo musical implica encontrar un parámetro que pueda englobarlos sin crear jerarquías». La valoración jerárquica del sonido desaparece de las estructuras armónicas cuando surgen criterios atonales, debiendo matizarse que fueron las reglas dodecafónicas las que establecen la igualdad entre los sonidos y teniendo presente que en esas reglas sólo era concebible el sonido, sonido para ser más precisos, con una determinada calidad tímbrica.

«Durante muchos años he repetido que la música —como una actividad separada del resto de la vida— no me entra en la cabeza. Las cuestiones estrictamente musicales ya no son cuestiones serias». Efectivamente, la sociedad actual ha asumido el sonido como algo multidimensional que no intenta encontrar prioridades u orden a las innumerables propuestas surgidas. Cage contribuye a la ampliación de propuestas y contribuye objetiva e intencionadamente a que la música forme parte de nuestras vidas. «Casi todo el mundo que escucha actualmente el sonido escucha fácilmente sin importarle cuáles sean las estructuras armónicas que los sonidos tengan. Ya no practicamos la discriminación contra los ruidos.

Podemos oír también cualquier sonido, forme parte o no de una escala, de un temperamento o de otro, occidental u oriental. Los sonidos que antes se consideraban desafinados

ahora se llaman microtonos, son parte integrante de la música moderna».

Cage depura y simplifica los prejuicios de siempre, relacionados con la apreciación y la sensibilidad musical que ponían condicionantes a quienes escuchaban música... «escuchar es algo propio que hacemos nosotros: no algo que nos hagan —que para ser directa (la escucha) no tiene que ser seguida de ninguna otra actividad de conocimiento (intelectual) o de desconocimiento (emocional, cinestática, crítica, discursiva), haciendo posible de esta manera una transformación de la experiencia (¿cuál era cuál? ¿los sonidos o yo?); así: composición —que para ser directa no tiene que ser precedida, etc.— hasta que ¿cuál era cuál? que está borrado, ya que nada ha sido interpretado todavía, es decir, llegado a la existencia». Manifiesta la pureza imaginativa de la escucha desprovista de formación/malformación que dirige inevitablemente la transmisión del mensaje musical emitido.

Propuestas sonoras de Cage

Aunque las propuestas sonoras de Cage no siempre hacen necesario planteamientos escénicos o auditivos distintos de los habituales, era lógico que su pensamiento, cuando manifiesta: «mis problemas se han vuelto más sociales que musicales», intentara plantear unas condiciones para escuchar la música desde la libertad expresiva y comunicativa que evitaran las limitaciones impuestas por el conocimiento estético o técnico tanto espacial como temporal.

Escritos al oído muestra una personalidad musical fuera de lo común que desarrolla el fenómeno sonoro desde una amplitud inimaginable en su época. La música para John Cage era un concepto que había perdido su significado histórico, planteando el inicio de unas proporciones sociales y culturales que en ningún momento se detenían en lo meramente artístico donde «la estética como disciplina que explica o regula el arte debe desaparecer». Iniciaba planteamientos que requerían una libertad ideológica de difícil comprensión para que fueran relacionados con las disciplinas de la música. «La música que escribí estaba compues-

ta con algún procedimiento matemático que ya no recuerdo. No me parecía que fuera música, por lo que cuando me fui de Mallorca la dejé para aligerar el peso de mi equipaje. En la esquina de una calle de Sevilla me di cuenta de la multiplicidad de acontecimientos simultáneos, visuales y auditivos, que se dan juntos en una experiencia y producen goce. Para mí fue el principio del teatro y el circo».

El estudio de culturas y sobre todo religiones orientales guía buena parte de sus comportamientos. El azar no surge de la nada en su pensamiento aunque sí teorizará «sobre nada». «Estoy aquí y no hay nada que decir (...). Déñle a un pensamiento cualquiera un empujón: se cae fácilmente; pero lo que empuja y lo que es empujado producen ese entretenimiento llamado una discusión (...) no quería hacer al Zen responsable de mi trabajo, porque sentía que el Zen cambia según los diferentes tiempos y lugares». Los textos budistas siempre están presentes en su pensamiento: «Fue Ramakrishna quien dijo que todas las religiones eran la misma, como un lago al que la gente sedienta acude desde diferentes direcciones, llamando a esta agua con diferentes nombres. Además esta agua tiene muchos sabores diferentes. El sabor del Zen proviene para mí de la mezcla de humor, intransigencia y desapego».

La voluntad rompedora de Cage no dejaba de ser la base de todos sus proyectos por lo que su seguimiento de la electrónica desde el ori-

gen y en la evolución, no le pasa inadvertida. Se vale del nuevo medio en la proporción que resulta útil a su trabajo. «A principios de los cincuenta con David Tudor y Louis y Bebe Barron hice numerosas obras sobre cinta magnética, obras de Christian Wolff, Morton Feldman, Earle Brown, y más también. Del mismo modo como mi noción de estructura rítmica siguió la estructura de la armonía de Schönberg, y mi pieza silenciosa siguió las pinturas blancas de Robert Rauschenberg, así mi *Music of Changes*, compuesta por medio de operaciones de azar del I Ching, siguió la música gráfica de Morton Feldman, música escrita con números para cada altura, las alturas indicadas solamente como agudo, medio o grave». Su relación intercultural que tanto interesa en la actualidad, la había asumido con plena lucidez desde el comienzo de su carrera. Las primeras composiciones para percusión o piano preparado ya sacan a la luz matices y colores tímbrico-rítmicos claramente relacionados con Oriente que se incorporan a la música occidental. Así, su misticismo oriental unido a la superposición de materiales de las más distantes proveniencias, sin preocuparle la valoración artística o cultural, abrió una vía que ha permitido la convivencia de elementos representativos estética y técnicamente, nunca relacionados entre sí. «Mi música favorita es la música que todavía no he escuchado. No escucho la música que compongo. Compongo para escuchar la música que todavía no he escuchado». □

RESUMEN

Desde la tradición musical occidental no puede entenderse, escribe Jesús Villa Rojo, la intencionalidad sonora y artística del músico norteamericano John Cage, pues su obra supera el ámbito estricto de lo musical para ir a otros campos filosóficos y culturales. Su personalidad y su manera de entender su trabajo queda reflejado en este libro, donde Cage

es estudiado desde perspectivas filosóficas y conceptuales con sensibilidad arquitectónica, y sin descuidar sus aproximaciones orientales, interculturales y, sobre todo, extramusicales. En esta obra Cage muestra una personalidad musical fuera de lo común que desarrolla el fenómeno sonoro desde una amplitud inimaginable en su época.

John Cage

Escritos al oído

Ed. de Carmen Pardo, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Murcia, Murcia, 1999. 208 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-89882-10-X

Del latín al rumano

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

Marius Sala es un infatigable —y distinguido— investigador. Ahora se enfrenta con unos problemas crizados de dificultades. Porque, a estas alturas del siglo XXI, pretender hacer la historia de cualquier lengua románica es una aventura que asustará al lingüista más denodado. Y no olvidemos que el rumano cuenta. Pienso en unas obras magistrales como son las de Jon Cotceanu (*Structura și evoluția limbii române*, 1981), María Cvasuș Cățănescu (*Limba română. Origini și dezvoltare*, 1996), Florica Dumitrescu (*Istoria limbii române*, 1978), Sextil Puscariu (*Limba română. I. Privire generală*, Bucarest, 1940, que, traducida al alemán por otro insigne lingüista, Heinrich Kuen, Leipzig, 1943 alcanzó una notoria difusión). No pretendo hacer una enumeración exhaustiva sino —simplemente— llamar la atención del lector en unos problemas de carácter general. Pero el, digamos, atrevimiento de Marius Sala está en la originalidad con que se ha enfrentado a tantos y tantos problemas: ha concedido al léxico un lugar de privilegio en la historia del rumano para deducir cómo la estructura latina se ha transmitido precisamente en el léxico que «es el ámbito menos estructurado, el más abierto de una lengua». Tendríamos que recordar ahora la intención de dos libros distintos, pero útiles, el de Nicolae Stoicescu (*Continuitatea românilor*, Bucarest, 1980) y, sobre todo, el de Stelian Dumitrăcel (*Lexic Românesc*, Bucarest, 1980).

No es pues la obra que me ocupa la vez primera en que se da valor prioritario al estudio del léxico. Hace bastantes años, Walt-

her von Wartburg y Gerhard Rohlfs señalaron que el análisis de este campo debería ser el inicio para que pudiéramos conocer la evolución de ese gran mundo que es la historia de las lenguas románicas. Tenemos aquí la respuesta a algo que por 1928 se había formulado en una conferencia de Rohlfs (*Sprache und Kultur*), pero que ahora vemos en unos alcances mucho mayores. Repetir las palabras de Puscariu según las cuales el «rumano es el latín hablado sin interrupción en la parte oriental del Imperio Romano, es decir, en las provincias danubianas romanizadas (Dacia, Panonia meridional, Dardania, Mesia superior e inferior), desde la penetración del latín en tales provincias hasta nuestros días». Ahora bien, guardando la estructura latina, ha sufrido unas interferencias que lo han hecho diferenciarse de la lengua de Roma. Acaso un lector no especialista se planteará no pocos problemas que la obra de Sala intenta resolver: 1) la lengua es una estructura y 2) la lengua es un fenómeno social. Entonces aceptamos los planteamientos del autor porque se encara con el problema de la romanización y de su carácter. Éstos son los condicionamientos de cualquier lengua, pero que en rumano nos sorprenden con sus características muy bien diferenciadas. Sin embargo, es necesario ver la historia social para que podamos conocer la historia lingüística y entonces se nos abrirán unas perspectivas que aclararán lo que creíamos ajeno a la realidad. Pero no puedo descender a peculiaridades que son propias del rumano (como otras lo son del italiano y otras del francés y otras del español), sino que participan de unos principios que ha venido a establecer la geografía lingüística. Pienso en algo que nos es muy necesario conocer por más que no sea ningún secreto. Se ha dicho del carácter periférico del rumano (hecho cierto), pero también debemos tener en cuenta el carácter periférico del español (hecho no menos cierto) y entonces, aplicando los principios de la geografía lingüística, veremos cómo se configuró aquel latín que vino a dar la especial fiso-

nomía a estas lenguas casi dos mil años más tarde. Nos valdrá un sencillísimo esquema:

IBERIA	GALIA	ITALIA	DACIA
magis	plus	plus	magis
fervere	bullire	bullire	fervere
rogare	precare	precare	rogare
humerus	spatula	spatula	humerus
afflare	topare	topare	afflare
equa	jumentum	jumentum	equa

Vemos la correspondencia entre las dos zonas externas de la Romania pero evidentemente, también, que el arcaísmo léxico de Rumanía se apoya en una fase latina según estableció (1940) Matteo Bartoli al parangonar unas cuantas palabras:

IBERIA	GALIA	ITALIA	DACIA
COCHLEARIUM	COCHLEARIUM	COCHLEARIUM	LINGULA
cuchara	cuillière	cucchiaio	lingură
(RES) CAUSA	(RES) CAUSA	(RES) CAUSA	LUCRU
cosa	chosc	cosa	lucru
FLOS ILLA	FLOS ILLA	FLOS ILLA	FLOS ILLA
la flor	la flor	la fiore	floara

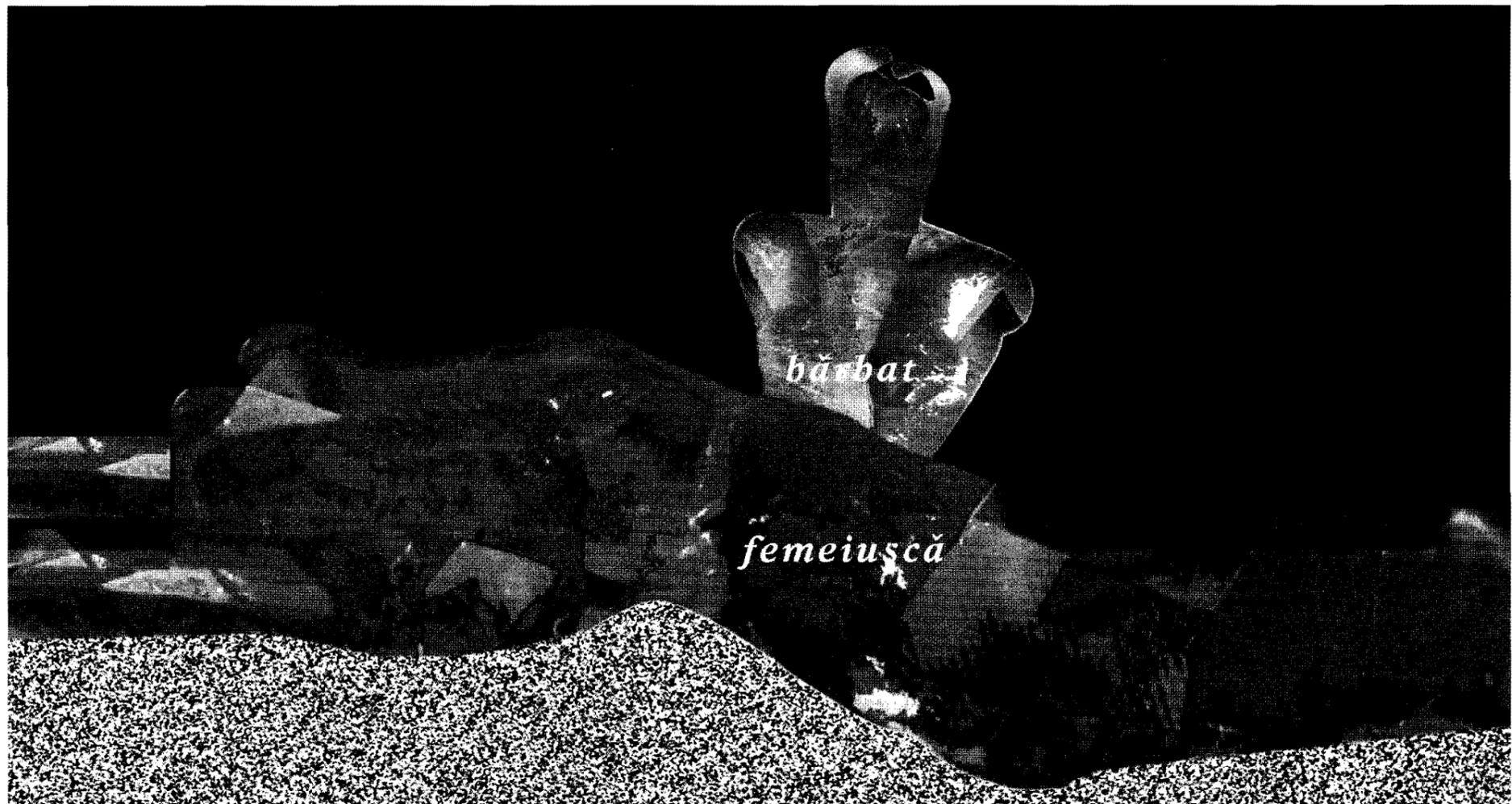
Claro que la situación no se repite hasta el infinito, sí desde unas peculiaridades que unen al rumano con el italiano, por motivos no siempre sencillos, pero podemos afirmar que el rumano es rico en preciosas reliquias latinas (*lingula*), pero tenía «audaces innovaciones (*lucru*), ambas más abundantes en el dominio oriental que en el resto de la Romania». Pienso, al leer estas páginas, en un libro que afecta a nuestra lengua: me refiero a la *Variación léxica del español en el mundo*, Varilex 8 (Tokio, 2000), rico proyecto en el que se puede confiar. Pero volvamos al libro de Sala.

El léxico románico

Unos dos mil términos latinos han pasado del latín al rumano y de ellos unos quinientos son comunes a todas las lenguas románicas.

Lógicamente, con ellos se construyó una posibilidad de comunicación, pero hay otros términos que son propios de ciertas lenguas románicas y otro grupo de ellos ha pasado solamente al rumano. Ya en 1920, Sextil Puscariu lo señaló «en su célebre discurso de recepción en la Academia rumana» (*Locul limbii române între limbile romanice* [«situación de la lengua rumana entre las otras románicas»]). Hemos citado la persistencia de *lingula* frente a *cochlearium*, que era la cuchara utilizada para comer caracoles y huevos, y podríamos añadir *venetus* convertido en *vinat* frente a *bleu*, *azul*, etc. Oponiéndose a estos arcaísmos, el rumano no ha conservado unas docenas de palabras que se han mantenido en todas las lenguas románicas (caso de *păcură* 'mazout', *rețea* > *rețea*, 'red') y es de señalar que los términos caídos en desuso afectaban a objetos de «civilización», puesto que la vida en las regiones danubianas era fundamentalmente rústica, y han sido también los términos técnicos (marinerismos, ejército, etc.), o de la lengua corriente, reemplazados por sinónimos vulgares o familiares (*pater* = *tata* 'padre'). Un caso notable es la conservación del latín *plango* (> *plange*) 'llorar', mientras que la Romania occidental ha preferido *plorare*, bien es verdad que en nuestra tradición folclórica se ha conservado un derivado (*plănidera*, por ejemplo) que ha servido para poder escribir hermosas páginas que tienen que ver con los cantos de muerte y con los usos de lamentaciones y ritos de paso, que, por ejemplo, duran todavía en la tradición sefardí. Recuerdo en este momento un texto de Salónica en que se nos comenta que «la muerte era anunciada por las mujeres de la familia del finado mediante gritos de angustia y de dolor».

El «léxico fundamental» del rumano ha sido considerado desde diversos puntos de vista (frecuencia, polisemia, riqueza de la derivación). A partir del estudio de A. Graur (1954) se ha intentado establecer el inventario.



JUSTO BARBOZA

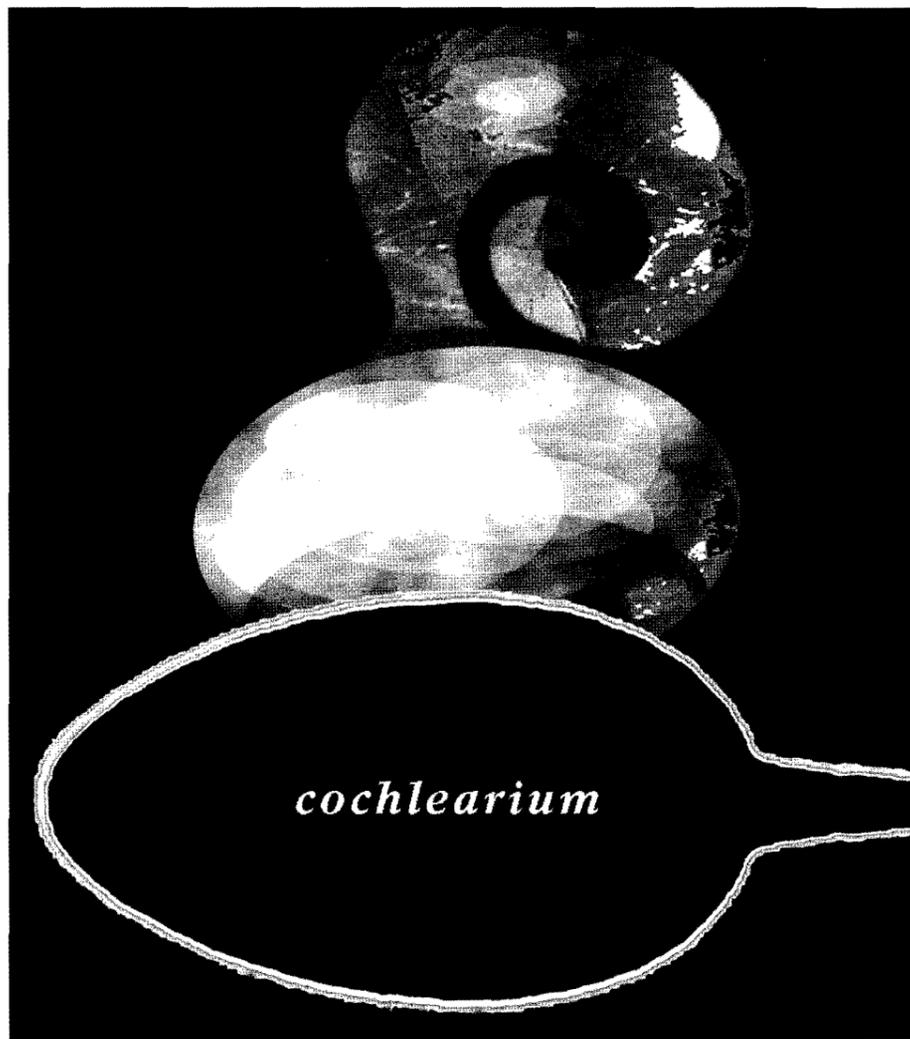
Viene de la página anterior



Gracias a sus estudios de polisemia, derivación y antigüedad de las palabras se ha podido llegar a una valiosa conclusión: el 60 % de los términos considerados son herederos del latín: unos años después, en una obra colectiva (*Vocabularul reprezentativ al limbilor romanice*, «Vocabulario representativo de las lenguas románicas») se parte de unas 2.500 palabras de cada lengua. Esto aparece en los nuevos léxicos fundamentales de las lenguas románicas. La vieja tesis de P. Hasdeu, reconsiderada por Puscariu, permite unas conclusiones dignas de consideración: en una página tomada al azar, Coşbuc emplea 113 palabras de las cuales 102 (un 80 %) tienen origen latino y, en la obra maestra de Eminescu (*Luceafărul*, «Hiperion»), de las 1.907 palabras del poema, 1.658 tienen origen latino (86,6 %); es decir, unas 11 veces más que los eslavismos.

Todo esto nos muestra el fondo léxico tan acusadamente latino que tiene la lengua rumana, aunque haya habido formas que presionaron en busca de su originalidad. Quiero considerar tan sólo un caso en el que se encaran diversas posibilidades a partir de un concepto cultural. Gerhard Rohlfs señaló cómo el concepto 'mujer' tenía en latín dos designaciones: *femina* y *mulier*. «El primero subrayaba la diferencia sexual en oposición al hombre (*vir*); el segundo designaba a la mujer madura en oposición a *puella*. *Mulier* era sin duda palabra más fría, puesto que *femina* encerraba en sí la idea de 'animal hembra' (*canis femina*); claro está que una cultura adelantada había de escandalizarse con la doble significación de *femina*». En las lenguas románicas se dio la distribución de significaciones que llevó a la aceptación de *femina* como 'mujer' (francés, por ejemplo) o 'animal hembra' (español). Es decir, las dos lenguas peninsulares mantienen una designación que ya estaba en latín clásico frente a *femina*; es decir, el mantenimiento de un fuerte arcaísmo, mientras que en rumano se encontró «una solución totalmente singular: abandono de un modo completo a *femina*, reemplazándola por *familia* (> *femeie*), según una concepción en la que la mujer es el fundamento familiar. La hembra se denomina aquí *femeiuşcă* (con un diminutivo)».

Una parte del libro de Marius Sala (*Los cambios significativos*, a partir de la página 78) estudia la evolución semántica del rumano, que se ilustra por la de ciertos sinónimos románicos (*bărbat* 'hombre, marido' < *barbatus*; *inimă* 'alma' pasó a ser 'corazón' < *anima*; *tânăr* 'joven' < *tendre* 'tierno'; y así en no pocos testimonios). Esto nos llevaría a algún estudio como el de Matilda Caragi-Marioşeanu cuando establece el diastema de las hablas «no estandarizadas» frente a las diferencias que existen entre ellas. Estamos ante hechos que Klaus Heger escogió para hacer el análisis de la descripción léxico-estructural de algunas hablas con la caracterización, y estaríamos dentro de los planteamientos de Marius Sala, de algo que nos sirve para la «diferenciación semántica del vocabulario», pues el vocabulario no es un granero de significantes, sino un sistema de significados, que se basan en un conjunto de sutiles relaciones, según vemos al leer estas páginas del lingüista rumano. Esto nos valdría muy bien para que tengamos en cuenta —y no salgo del libro de Sala— tres hechos para mí fundamentales: 1) El análisis geográfico-lingüístico de los tipos léxicos. 2) Los problemas teóricos en relación con las definiciones de las palabras. 3) Las diferencias históricas, lingüísticas y etimológicas con referencia a las acciones del sustrato y del superestrato. De acuerdo con estos principios sería muy útil leer las páginas 81-85, en las que se deslizan los principios teóricos que acabo de exponer. Pienso en el valor doctrinal que tienen las «relaciones de sinonimia» no po-



JUSTO BARBOZA

co significativas para entender el léxico rumano tan ahincadamente valorado (relaciones con el cristianismo, la vida rústica de la Dacia, condiciones sociales del país, etc.).

De todo ello se infiere la posición de la lengua rumana y la posición de esta lengua en la historia de la Romanidad. Es decir, algo hartamente significativo: «l'histoire du vocabulaire et l'histoire du peuple roumain». Entonces quedamos sorprendidos de cómo el léxico pastoril sirve para conservar hasta hoy las designaciones del vocabulario, pongo por caso, las clases de carneros, la edad de los animales, su tamaño o su color, foco de irradiación que pasó a las designaciones de los hombres: *fată* 'hija' significó primeramente la 'cría de un animal'; *uia* fue reemplazado por *callis* 'calle' con el sentido estricto de 'sendero de montaña' y otros muchos casos, de tal modo que el estudio del léxico rumano sirve para comprender la historia de los rumanos pero esto —a mi modo de ver— es un hecho de lingüística general que, en las tierras de la vieja Dacia, tiene un hondo significado: la persistencia de la romanización.

En otros apartados, Sala estudia las palabras traco-dacias, que sirven también para ilustrar el pasado de los rumanos que con unos ochenta términos transmitidos nos dan cierta idea de la vida de estas regiones (nombres de plantas y animales). Capítulo difícil de caracterizar éste, porque las informaciones directas son escasas, pero que, siguiendo los métodos más seguros, se intentan fijar de acuerdo con la comparación del rumano y del albanés y por la reconstrucción de las palabras traco-dacias, comparando algunas antiguas indoeuropeas, es decir, rastreando huellas de muy antiguas persistencias. Tendríamos, entonces, la comprobación de doctrinas muchas veces consideradas: las relaciones de lengua y cultura son mucho más evidentes en el mundo de la cultura material, lo que sirve para explicar la estructura de estratos lingüísticos latinos desaparecidos de las

lenguas románicas occidentales.

No acaban con esto las sugerencias que motivan el libro que comento. Baste con recordar los capítulos dedicados a las viejas palabras griegas o germánicas, al latín medieval y el eslavón, el húngaro, el turco y el eslavo moderno. Tenemos unas conclusiones muy importantes: el fondo léxico de la lengua rumana es latino, con cuantas modificaciones ha impuesto la historia de la sociedad, y, en función de ella, la historia de la lengua. Pero con esto y todo existen numerosos elementos que no proceden del latín, según nos pueden servir de resumen unos cuantos datos estadísticos: el elemento heredado representa un 30,29 % del inventario léxico, pero llega a un 54,97 % si se añaden las creaciones específicamente rumanas y se alcanza un 75,60 % con los préstamos latinos tomados de otras lenguas. Es decir, el respeto por la herencia es importantísimo y bien podemos admirar unos resultados mantenidos a lo largo de casi dos mil años.

Complementos

El libro se concluye con un capítulo so-

bre la formación de palabras, que interesa desde los planteamientos de J. Fischer (*Lexikon der Romanischer Linguistik*, 1988) donde, sobre unas bases de historia medieval, se asientan otras: la occidentalización de Rumanía en el siglo XIX (reflejo francés, italiano, cultismos latinos) que han servido para consolidar la posición de las palabras heredadas del latín y el estudio de la derivación por prefijos y por sufijos. Después, sendos capítulos de Morfología, de Sintaxis y de Fonética y Fonología sirven para completar el cuadro general de la lengua rumana.

Estamos en un punto final pero no último. Quiero ser fiel a la historia: el miércoles 10 de mayo de 1978 se celebró la solemne apertura de los *Juegos de la Latinidad* en Avignon. Se conmemoraban los cien años de la reunión que un siglo atrás, y bajo la presidencia de Mistral, coronaba al poeta rumano Vasile Alecsandri por su *Ode à la Race Latine*. Se ha acuñado un concepto nuevo: «la idea latina». Esta concepción del origen, el sentimiento, la manera de pensar de medios de aquí y de deseos que veían en la huella de Roma y del latín (diversificado en las lenguas románicas) «un préstamo imborrable que daba a muchos países como un aire de familia». Estamos en un ámbito totalmente distinto del que pudiera ser poético, pero los resultados vienen a ser idénticos.

Palabras finales

En la última página del libro de Marius Sala se dice: «Presentar en algunas decenas de páginas dos mil años de la historia de una lengua es en efecto una empresa temeraria». Es cierto. Mucho más si pensamos que la lengua de Dacia quedó como un eslabón desprendido de lo que fue —y es— la latinidad. Pero con nuestros lamentos no llegamos muy lejos, aunque científicamente queramos justificar las limitaciones humanas: es cierto lo que en las conclusiones se nos dice. Pero no es menos cierto que este libro existe, que en él hemos encontrado muchos saberes y, sobre todo, hemos podido considerar la fidelidad a una estirpe, luchando con mil avatares adversos. Hace muchísimos años, cuando por 1941 empezaba a caminar por estos recuerdos, anoté una ficha que está en *El lenguaje y la vida* de Charles Bally que me viene bien para terminar estos comentarios a un libro de Marius Sala, mi amigo entrañable desde el 14 de septiembre de 1959: «El lenguaje natural, ese que todos hablamos, no está al servicio ni de la razón pura ni del arte; no apunta ni a un ideal lógico ni a un ideal literario; su función primordial y constante no es la de construir silogismos, ni la de redondear períodos, ni la de plegarse a las leyes del alejandrino. El lenguaje está simplemente al servicio de la vida, y no de la vida de unos pocos, sino la de todos y en todas sus manifestaciones: su función es biológica y social».

Este manojuelo de palabras parece inspirado por la historia lingüística de Rumanía. Las copio en honor de Marius Sala. □

RESUMEN

El filólogo rumano Marius Sala se ha enfrentado, en el libro que comenta Manuel Alvar, a una empresa temeraria: presentar en doscientas páginas dos mil años de la historia del rumano, que surgió del latín en la parte oriental del Imperio Romano. Como recuerda Alvar, una lengua es una estructura y un fenómeno social y el

rumano ha sufrido mil avatares y transformaciones desde entonces; y aun así unos dos mil términos latinos han pasado al rumano actual y de ellos unos quinientos son comunes a todas las hablas románicas. Todo esto muestra el fondo léxico tan acusadamente latino que tiene esta lengua, aun con su lógica evolución semántica.

Marius Sala

Du latin au roumain

Editions L'Harmattan, Univers Encyclopedic, París, 1999. 188 páginas. ISBN: 2-7384-8563-4.

Los destinos de un reino hispánico

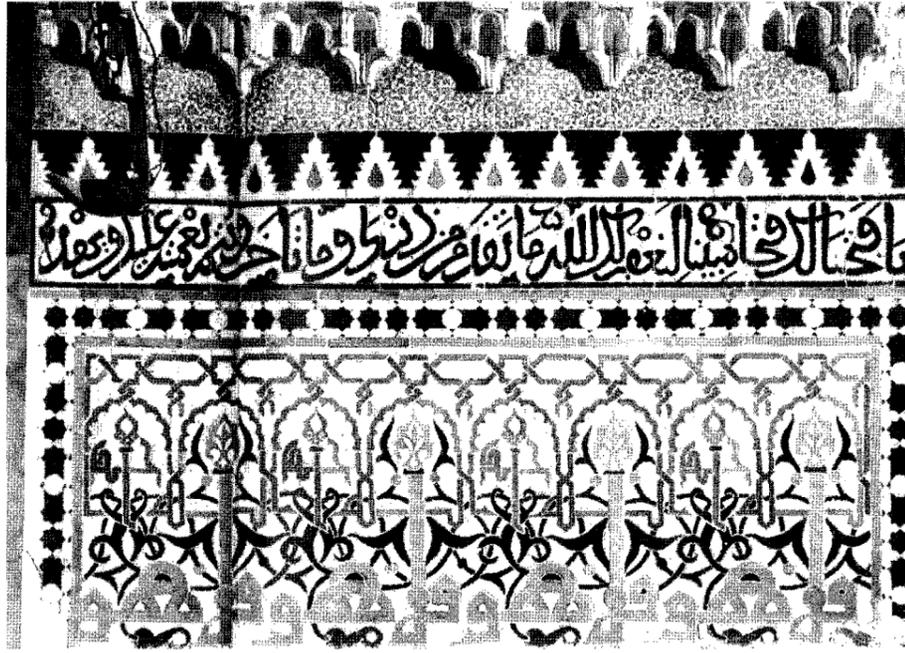
Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

No es frecuente que medio centenar largo de historiadores (sólo uno extranjero) colaboren en una misma obra, máxime teniendo en cuenta que no se trata de una Historia Universal, ni siquiera de España, sino de uno de los reinos que han contribuido a formarla. Los estados de la Europa que podemos llamar visceral, la Europa centro-occidental en sus dos vertientes, alpinoatlántica y mediterránea, han dado pruebas de una cohesión que, a través de siglos y milenios, se mantiene a pesar de cataclismos formidables e incursiones devastadoras: las de los árabes en el Mediterráneo, las de las hordas de las estepas al norte de los Alpes. ¿Fue la acción unificadora de Roma o su propia estructura interna la que ha proporcionado a esas grandes unidades esa estabilidad? Sin duda han intervenido los dos factores: Roma no trazó fronteras arbitrarias en los territorios sometidos, como el siglo pasado hicieron las potencias colonialistas en África con resultados catastróficos que ahora comprobamos; Roma delineó su mapa político respetando realidades preexistentes y las cimentó con los más eficaces materiales: la lengua, la religión, el urbanismo, el derecho, las vías de comunicación, formando un entramado solidísimo que no sólo respetó el paso de los siglos sino el hundimiento del Imperio mismo, tras cuya desaparición la Iglesia cristiana y luego el Imperio Romano Germánico continuaron su labor, de suerte que al cabo de dos milenios las grandes naciones europeas coinciden con las grandes unidades administrativas del Bajo Imperio: Italia, Hispania, Germania, Galia, Britania. Sólo África, o sea, Túnez y otras zonas del Magreb, ha sido arrastrada a otra área cultural por el vendaval de las incursiones árabes. Hispania, concretamente, pertenecía a la prefectura de las Galias en calidad de diócesis con personalidad propia, prolongada en lo esencial en el reino visigodo y sin perder nunca, a pesar de la disgregación medieval, la conciencia de su fundamental unidad.

Cada una de las grandes divisiones administrativas romanas se dividía en provincias cuya personalidad también se ha conservado en muchos casos a través de los siglos. El sur de Hispania se repartía entre una Baetica cuyo eje era el que luego los árabes denominaron Río Grande (Guadalquivir), pero se prolongaba hacia el norte por tierras que hoy denominamos Baja Extremadura, y la porción occidental de la Cartaginense, que ocupaba el actual sureste peninsular. Lo que hoy denominamos Andalucía es una formación mucho más reciente. La gran masa montuosa que en un mapa hipsométrico aparece con toda claridad ocupando todo el sureste peninsular no adquirió unidad política hasta mucho más tarde, hasta la fundación del reino de Granada.

Pero, ¡atención!, ha habido dos reinos de Granada. El primero fue uno de tantos reinos de taifas, producto de la disgregación del Califato cordobés en el siglo XI. Adquirió cierto brillo con la dinastía de los Ziríes, de origen bereber, y coexistió con otros dos reinos de taifas, el de Málaga y el de Almería. Una trilogía que demuestra que la actual división provincial no es tan artificial como se ha pretendido; tiene profundas raíces geográficas e históricas. En la Hispania cristiana también campeaban los particularismos, pero así como no tuvo un siglo de esplendor como el Califato, tampoco conoció la atomización que siguió a la caída de éste. La España cristiana recibió un discreto apoyo



Zócalos de cerámica alicatada en el Cuarto Real de Santo Domingo, Granada.

de su retaguardia europea, no las brutales oleadas invasoras que desde el Magreb llegaron con almorávides y almohades, que colocaban a los musulmanes hispanos en el penoso dilema de elegir entre dos enemigos igualmente odiados: los cristianos del norte y los fundamentalistas islámicos del sur. A pesar de sus divisiones los estados cristianos tenían una estabilidad y cohesión que faltaba a los efímeros reinos de taifas, y esa circunstancia fue decisiva para el desenlace final.

La monarquía granadina de los ziríes no sobrevivió a las convulsiones ocasionadas por las invasiones africanas. Pero hubo luego otro reino de Granada, único trozo islámico superviviente a la gran ofensiva cristiana del siglo XIII, cuya prolongación fue el reino cristiano de Granada y que es el objeto del libro que comentamos. Su «acta de nacimiento» fue el tratado de 1246 por el que Muhammad, primer soberano de la dinastía nazarí, abandonaba Jaén a Fernando III y se reconocía su vasallo; a cambio de este reconocimiento de vasallaje feudal y de un enorme tributo anual, el soberano castellanoleonés le garantizaba la posesión de Granada, Málaga y Almería. Los forcejeos posteriores alteraron poco el trazado de las fronteras; levemente alteradas por las luchas fronterizas, quedaron congeladas cuando, tras la conquista de Granada en 1492, los Reyes Católicos reconocieron la personalidad del antiguo reino, ya no independiente, pero tampoco subordinado, sino integrado en plan de igualdad en la Monarquía Hispánica. Los casi seiscientos años transcurridos entre 1246 y 1833,

fecha de la división provincial que independizó a Málaga y Almería de Granada, integran la trama de la obra que comentamos.

No carece de precedentes la referida obra. Pero, si comparamos su contenido con el de la Historia que escribió Lafuente Alcántara en el pasado siglo, nos percatamos de los inmensos progresos realizados por la ciencia histórica; la contraposición entre una narración ideal de hechos políticos, con abundancia de elementos anecdóticos, información reducida y escaso espíritu crítico, y la mera inspección del índice de la obra de referencia resulta harto elocuente: a los capítulos dedicados al entramado político, que sigue siendo básico, se agregan otros que se ocupan de la sociedad, la economía, la cultura, la familia, la vida cotidiana, cada uno encomendado a un especialista que añade su investigación personal a las aportaciones de una bibliografía que en las últimas décadas se ha incrementado en progresión geométrica. En la etapa cristiana, la explotación de las fuentes archivísticas está iluminando detalles, parcelas, zonas amplísimas antes poco o nada integradas en nuestra visión del pasado. Y para los siglos islámicos, en los que la escasez de documentos dificulta la labor del historiador, el estudio de los textos narrativos está siendo complementado por los progresos de la arqueología medieval, una ciencia reciente de muy prometedor desarrollo.

Cada uno de los tres volúmenes que integran la obra nos descubre algo parecido a los tres actos de un drama en el que el escenario natural es el mismo, pero muy distintos los per-

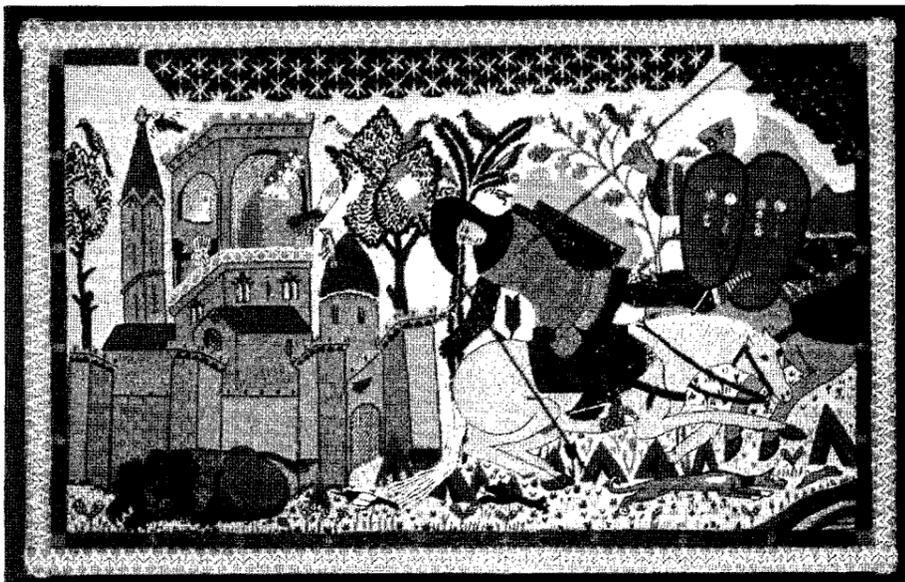
sonajes; en el primero se nos pintan los esfuerzos de la porción remanente de al-Andalus por sobrevivir frente a una Castilla enormemente superior; primero, apoyándose en sus correligionarios del Magreb y después, cuando la pérdida de las plazas del Estrecho cortó esta ayuda, revistiéndose de un caparazón de fortalezas que reforzaban las defensas naturales de un territorio de muy acusada orografía. La primitiva idea de Fernando III y Alfonso X de asociar el reino granadino a la corona de Castilla mediante los lazos de un vasallaje feudal fracasó y quedó reducido a la exigencia de unas parias mediante las cuales Castilla participaba en la corriente de oro del Níger que a través de las caravanas del Sahara llegaba hasta el reino granadino.

Pero esa integración subordinada, ese vasallaje, nunca fue admitido por los granadinos como una solución normal a su problema; cada vez que la posición de Castilla se debilitaba por sus discordias internas, se renovaban las hostilidades en la frontera, se ganaban y perdían plazas, e incluso en las épocas de paces o treguas la inseguridad reinaba en esa frontera, que no era una línea sino una amplia faja de tierras fértiles desde las proximidades de Lorca hasta la campiña jerezana. Desde el siglo XV los «romances fronterizos» tejieron leyendas que idealizaban la vida de la frontera con leyendas que mezclaban las lides amorosas y las guerreras, pero la realidad era menos grata: luchas, muertes y duro cautiverio amenazaban a los habitantes de esas comarcas; había que animar con ventajas, exenciones fiscales e incluso indulto de crímenes a los que fueren a poblar las poblaciones fronterizas.

Labor desmitificadora

La labor desmitificadora de la historiografía reciente alcanza también a las realidades internas del reino nazarí; la vida no era fácil para los trescientos o cuatrocientos mil habitantes de ese solar montuoso y en gran parte de acusada aridez. Las necesidades defensivas y el boato de la corte obligaban a los emires a imponer pesados tributos. Las discordias nobiliarias originaban odios, venganzas, luchas civiles, que ni siquiera amenguaban ante la amenaza del enemigo cristiano. Tanto más hay que admirar el esfuerzo de aquella población laboriosa para mantener una capital de tamaño desproporcionado, proveer a su defensa y arrancar su sustento a una tierra no menos regada con el sudor de los campesinos que con el agua de sus montañas. En cuanto a la pregonda atmósfera de tolerancia y convivencia, también hay en los capítulos de este primer volumen datos y elementos de juicio para calibrar la realidad: el reino nazarí era monolíticamente islámico, con escasa presencia hebrea después del pogrom de 1066 que arrasó la judería granadina, y una minoría cristiana reducida a prisioneros, esclavos, algunos trásfugas y, como sector privilegiado, la colonia genovesa que acaparaba el comercio exterior.

El siglo XIV no tuvo en el reino granadino tintes tan sombríos como en el resto de España; no causó tantos estragos la Peste Negra. Se edificaron las partes esenciales de la Alhambra y la cultura islámica española lanzó sus últimos resplandores con la obra del polígrafo Ibn al Jatib, figura central de este escenario; pero el hecho de que muriera en el destierro, que personalidades norteafricanas de la talla de Ibn Jaldun e Ibn Batuta, atraídos por el esplendor nazarí no arraigaran, que místicos de la importancia de Ibn Abbad de Ronda también emigraran, indican que al esplendor del siglo XIV sucedió un empeoramiento en todos los órdenes de la vida, hecho tanto más grave cuanto que paralelamente se robustecía



Tapiz de M. Linares inspirado en una de las pinturas de la sala de los Reyes, Alhambra de Granada.

Viene de la página anterior



Castilla, en especial el valle del Guadalquivir, la Andalucía cristiana, y su consolidación era premisa indispensable del desenlace final: porque, si los Reyes Católicos actuaron siguiendo impulsos políticos y religiosos al conquistar el reino granadino, difícilmente hubieran coronado la ardua empresa sin un fortalecimiento previo de la Andalucía cristiana que fue la que suministró los elementos esenciales de aquel magno esfuerzo.

Y así se llegó al desenlace de aquel drama, que para los granadinos fue doble tragedia: los diez años de guerra devastadora, que culminaron con la rendición de Granada, y los diez años siguientes, durante los cuales los vencedores se deshonraron rompiendo las capitulaciones, forzando a los vencidos a una revuelta desesperada que terminó con la emigración o la conversión forzada.

En el volumen segundo, que abarca un siglo, desde comienzos del XVI a inicios del XVII, se narra con profusión de datos, muchos de ellos inéditos o poco conocidos, las luces y sombras de un siglo de conflictiva coexistencia entre la Granada cristiana y la morisca; la transformación de la capital, que combina su herencia árabe con las mejoras urbanas y la construcción de grandiosos edificios renacentistas. Sólo Hernán Ruíz consiguió casar los dos estilos en la Giralda sevillana, porque lo que se hizo en la mezquita de Córdoba fue un destroz. El palacio que Carlos V ordenó edificar en la Alhambra no fue ni una cosa ni otra: una yuxtaposición que no agredía la obra precedente, pero tampoco se fundía con ella.

La trasposición al plano humano de esta simbología arquitectónica muestra también una dualidad entre la relativa tolerancia de Carlos V con la población vencida y la intransigencia de Felipe II, que ocasionó una guerra asoladora y la dispersión de los miserables restos de aquella población digna de mejor suerte. En este segundo volumen se contiene también un capítulo de José A. González Alcantud, titulado «Las pervivencias de la civilización morisca», que presta mucha materia a la reflexión. Hay personas que se resisten a creer en la erradicación casi total de la población morisca, piensan que la mayoría evitó la expulsión, que fue cristianizada superficialmente y que, aún hoy, ahondando en los estratos profundos de la masa popular del antiguo reino se descubren las señas de identidad de la población aborigen, cuando lo cierto es que si se rasca la costra superficial lo que aparece es una maurofobia radical, herencia de siglos de hostilidad recíproca, no ajena a lamentables sucesos bien recientes. Ciertamente quedaron moriscos, pero en pequeño número y pronto asimilados. Incluso en las comarcas más recónditas, en las Alpujarras, el transplante de población es evidente. ¡Los componentes del típico «plato alpujarrero» se basan en productos del cerdo! Fueron los viajeros ingleses de fines del XVIII y los románticos franceses del XIX los que «descubrieron» que los andaluces somos en realidad árabes, ardientes y sensuales, no bien integrados en un mundo occidental y cristiano, y que esa herencia está lo mismo en la sangre que en el idioma y las costumbres. González Alcantud hace sobre este punto algunas consideraciones acertadas; por ejemplo, que la toponimia árabe abunda en la Andalucía oriental, pero el lenguaje hablado utiliza sólo un 2,5 por 100 de palabras de origen árabe.

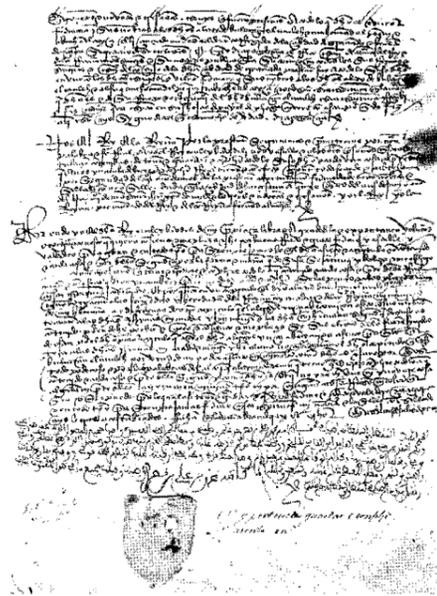
Renegar de la Granada islámica

La verdad histórica es que a partir de la expulsión de la minoría morisca la población cristiana renegó de la Granada islámica, y esa es una de las razones de la popularidad que alcanzaron las famosas falsificaciones conocidas como «los plomos del Sacromonte». Los falsi-



Vista general de la Alhambra de Granada.

Capitulaciones para la entrega de Granada. Archivo General de Simancas (Valladolid).



ficadores pretendían tender puentes entre las dos culturas, entre las dos religiones, pero el pueblo retuvo sólo las leyendas sobre los orígenes del cristianismo en Granada, sus santos y mártires, y trató de olvidar que durante siglos en Granada callaron las campanas y sólo se escuchó la voz del almuédano.

Esa otra Granada cristiana se expresó a través de las formas literarias y artísticas del Barroco, creaciones que se mantuvieron llenas de vitalidad casi hasta fines del XVIII a pesar de la concurrencia de un neoclasicismo académico favorecido desde las alturas. A esa Granada barroca, neoclásica y últimamente agitada por las tormentas culturales y políticas del tránsito a la Edad Contemporánea está dedicado el volumen tercero, de contenido no menos rico y variado que los anteriores. El reino de Granada seguía teniendo existencia jurídica; no tenía fueros, cortes y leyes propias como Aragón o Navarra, pero tenía más atribuciones que los reinos de la Andalucía Baja, Sevilla, Córdoba y Jaén. La Alhambra seguía siendo un centro de poder; desde allí se vigilaba la costa mediterránea, amenazada por la piratería. Ocasionalmente servía de prisión de Estado para personajes distinguidos, y gracias a esas tareas funcionales se mantuvo el frágil edificio en excelente estado de conservación. Granada ya no era la población más populosa de España, pero con cuarenta mil habitantes no hacía mal papel, tras Madrid, Sevilla, Valencia y al par de Barcelona. La Chancillería le suministraba una

dos en los capítulos de esta obra. Sólo citaré un detalle muy revelador para el estudio de la mentalidad: en el trágico año 1640 el cronista Henríquez de Jorquera, testigo de los acontecimientos, anota sobriamente la sublevación de Cataluña, la de Portugal, las guerras de Flandes, las exigencias de hombres y dinero para mantenerlas, pero en lo que más se expresa es en los actos de desagravio por un libelo injurioso contra la Inmaculada. Todas las corporaciones de Granada rivalizaron en fiestas, cortejos procesionales, fuegos de artificio, corridas de toros... Esto era lo que realmente apasionaba a la población.

En el siglo XVIII la

recuperación del Reino se intensificó; fue más visible en Málaga que en Granada; proseguía la transformación urbanística y se trataba ya de demoler las murallas que limitaban el crecimiento. El Antiguo Régimen se desmoronaba; la Revolución sólo aceleró un proceso que ya estaba en marcha; se relajaba la disciplina, se cuestionaba la utilidad de las riquezas de la Iglesia, disminuía el afán de hidalguía, el interés de pertenecer a la oligarquía municipal o ser familiar de la Inquisición. Los gestos de la dinastía borbónica aceleraban esta evolución y, a fuerza de exagerar la omnipotencia real, preparaban el camino para su no lejana sustitución. Conocidas son las circunstancias del paso del Antiguo al Nuevo Régimen, revolución renovadora y también destructora; y aquí es donde se detecta la única objeción importante que puede hacerse a esta obra, que teóricamente debería llegar hasta 1833, fecha en la que cesa la existencia del Reino, sustituido por la división provincial, marco de una nueva realidad institucional. El hecho se debe probablemente a ese encasillado que separa a modernistas de contemporaneistas; hubiera sido preciso contratar otro equipo de especialistas para describir ese cambio traumático en el que el reino granadino tuvo un protagonismo subrayado por figuras y episodios harto conocidos: fusilamiento de Torrijos, Mariana Pineda, Martínez de la Rosa y un muy largo etcétera. De hecho, la obra que examinamos termina en el reinado de Carlos IV, y la alta calidad del relato hace más sensible la falta de esa coda final, dejándonos con la sensación de una novela de intriga a la que faltan las últimas páginas. ¿Habrá algún medio de satisfacer la legítima curiosidad del lector? □

RESUMEN

El reino de Granada abarcaba las actuales provincias de Granada, Málaga y Almería. Su personalidad se basó en las características geográficas del sureste andaluz y se afirmó a través de los avatares de una peripecia histórica que comenzó en 1246 y terminó con la división provincial de 1833. Ese largo trecho de casi seis siglos se divide en dos fases muy dis-

tintas: una, bastante homogénea, constituida por el reino independiente de la dinastía nazarí; y otra, la etapa posterior a 1492 en la que el reino se integra en el conjunto español manteniendo algunas de sus señas de identidad, perdiendo y adoptando otras. Más de 50 historiadores narran su fascinante destino en esta obra comentada por Domínguez Ortiz.

Manuel Barrios Aguilera y Rafael G. Peinado Santaella (coord.)

Historia del Reino de Granada

Ed. Universidad de Granada, Granada, 2000. 3 volúmenes. 690, 757 y 672 páginas. 15.000 pesetas. ISBN: 84-338-2673-5.

Jesús medieval

Por Eloy Benito Ruano

Eloy Benito Ruano (Madrid, 1921), catedrático de Historia Medieval, es Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia. Ha sido Presidente del Comité Español de Ciencias Históricas (1974-1991) y Vice-Presidente del Internacional (1990-1995). Su libro *Orígenes del problema converso reúne diversos trabajos sobre el expresado fenómeno religioso-social en la Edad Media española*.

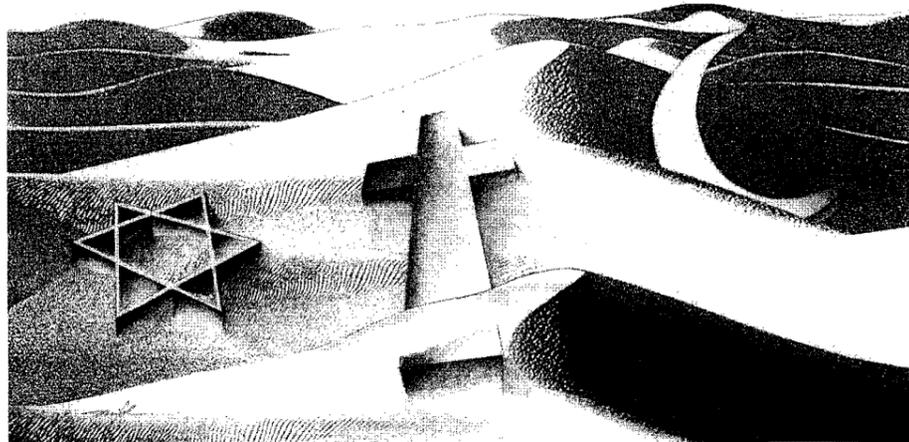
El 7 de septiembre de 1955 el Papa Pío XII, cuyo comportamiento político y hasta humanitario está siendo objeto de fuerte contradicción histórica, creemos que injusta, pero cuya calidad intelectual se mantiene inmune a toda consideración subvalorativa, recibía en su residencia del Vaticano a una nutrida representación de los más de dos mil historiadores procedentes de los cerca de cincuenta países que asistían en Roma al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas. En su discurso de bienvenida —verdadera enciclopedia científica-doctrinal— reconoció: «La Iglesia Católica es en sí misma un hecho histórico; atraviesa la Historia de los dos últimos milenios como una poderosa cadena de montañas y cualquiera que sea la actitud que se adopte al respecto, se hace imposible, por tanto, evitarla». Y más adelante: «La Iglesia tiene conciencia de haber irrumpido en la Humanidad como hecho histórico. Su divino fundador, Jesucristo, es una personalidad histórica».

Sólo el calificativo aplicado al nombre de Jesús disonó —lógica, aunque respetuosamente— en la audiencia de la exposición histórica con que el Papa hizo cumplida referencia enumerativa a las más significativas etapas y manifestaciones de la Iglesia en la Historia.

Vida y muerte, positivos sucesos humanos de la persona de Jesús, a los que, naturalmente, agregó el Papa el «hecho» sobrenatural de la resurrección. Jesús, por consiguiente, sujeto histórico, biografiado. ¿Cuántas semblanzas de esta naturaleza no se han universalizado a lo largo del siglo que va desde Ernesto Renán —agnóstico, pero historiador— hasta Giovanni Papini, apasionado y creyente biógrafo?

No una biografía laica, ni una devota versión más, sino la historia de la consideración de su figura en el dilatado enclave que constituye la Edad Media hispana, prolongada hasta nuestro siglo XVII, es lo que nos brinda un acreditado historiador compatriota, arabista y hebraísta de formación cristiana. Cuádruple condición difícil de converger con similar calidad en un solo autor: el profesor Mikel de Epalza, catedrático de la Universidad de Alicante. Es el suyo el estudio de una imagen que se vive «no sólo al interior de cada comunidad» sino «en función de sus relaciones con la imagen de los otros dos grupos, en grados diversos», en lo que constituye la mayor originalidad del ensayo.

¿Cómo perciben, en efecto, la imagen cristiana de Jesús los judíos y los musulmanes en general, pero en especial los de la península



PEDRO GRIFOL

ibérica en la Edad Media? Para los primeros es inaceptable la pretendida sucesión o herencia de la Sinagoga por la Iglesia, del Viejo por el Nuevo Testamento. De ahí el rechazo frontal de la figura de Jesús como maestro y mucho más, como Mesías. Para los musulmanes, más que de la figura de Jesús, el rechazo radical es el del Cristianismo, su derivación —la Iglesia y sus enseñanzas—.

La divinidad y la triple y única personalidad del Hijo son, desde luego, absolutamente inaceptadas por una y otra creencias. Y la presentación como perfecta, sublime —sobrehumana—, de su personalidad aparece igualmente falsa, así como todos los misterios, ritos, textos y doctrinas derivados de tal concepción. La contrafigura positiva de ambas negaciones, es decir, la imagen del Jesús cristiano mantenida en el seno social de uno y otro ámbitos no cristianos es, por mejor conocida en el medio occidental en que ha de tener mayor lógica difusión el libro, la que merece menor atención o dedicación por el autor. A las dieciocho páginas dedicadas a su estudio se contraponen, en efecto, las setenta asignadas a la imagen judía y las 121 del Jesús islámico.

La primera de estas dos imágenes últimas —la judía—, analizada punto por punto en su total negación de la versión cristiana, se caracteriza por el carácter «secundario», mediato en el tiempo en que fue perfilándose a medida del incremento de las consecuencias adversas que para el judaísmo —o los judíos— produjo la progresiva expansión e imposición de la fe cristiana. Todos los atributos asignados a la figura de Jesús dogmáticamente, tanto referentes a su vida temporal —encarnación, milagros, resurrección— como su condición divina —filialidad, mesianismo, misión salvífica— son en absoluto repudiados: se consideran infamantes su condena y ejecución, se rechaza su linaje davídico y hasta su judeidad (naturaleza étnico-jurídica); y por supuesto, se niega la interpretación supuestamente cristológica de aquellos pasajes vetero-testamentarios a los que se ha pretendido asignar dicho contenido.

No es extraño que el estudio de «la imagen islámica de Jesús» —tercera parte del libro

reseñado— atraiga preferentemente en cuanto a extensión la atención de su presentador, catedrático, como decimos, de lengua y cultura árabes. Tal como adelantamos al respecto, frente a la fórmula de «negación y rechazo» absolutos de la actitud judaica, la musulmana se sintetiza como «de recuperación reductora». Es decir, tendente a «recuperar al Jesús de los cristianos para el Islam, especialmente en función del profetismo de Mahoma/Muhámmad, el hombre religioso fundamental del Islam». «Para el Islam, en al-Andalus y fuera del al-Andalus Jesús es (en primer lugar) un 'Profeta' y un 'enviado de Dios'». Partiendo de estos puntos que eluden su consideración analógica respecto a patriarcas, reyes y hombres justos, el verdadero y único modelo profético es el de Mahoma. Y la imagen de éste, la de portavoz de un Dios único, de la revelación (*El Libro* por antonomasia), transmisor de su verdad al pueblo creyente, sí que es plenamente aplicable, aunque «servata distantia», a la figura de Jesús.

La gran diferencia existente entre Jesús y Mahoma es para los creyentes de éste el fracaso o limitación de la misión del primero y el éxito decisivo, definitivo del segundo. Por lo demás, el tratamiento de aquél, tanto en el Corán como en los textos teológicos y en los relatos hagiográficos musulmanes (a los que el expositor recurre recogiendo elocuentes pasajes), la figura de Jesús aparece positivamente reconocida y respetada. Sólo la pérdida de un supuesto Evangelio por él recibido, sustituido en la tradición cristiana por «otros Libros» múltiples y corrompidos (el Nuevo Testamento), es lo que inicia la desviación trinitaria de la vieja Ley.

Sugestiva, y altamente ilustrativa para el profano en la materia, es la panorámica con que el profesor Epalza expone el tratamiento islámico de la revelación biográfico-sobrenatural entre Jesús y su Madre, María. Sencilla mujer ésta, no ser divino, aunque sí virgen y madre a un mismo tiempo por milagroso cumplimiento de la anunciación de Gabriel, sobre la cual y sobre cuyo hijo (aunque no reconocido como Hijo de Dios) convergen los prodigios divinos a los que ella responde con el dechado de sus personales virtudes, que permiten a su vez presentarla como modelo de mujer musulmana. Los pormenores de su vida y muerte compiten, y en ocasiones llegan a superar en maravilla y ternura a los más piadosos relatos marianos del catolicismo. Lo que justifica la apreciación por el autor, sin falsas deducciones etnológicas y aun folklóricas, de cierta afinidad de la imagen mariana de los musulmanes de Al-Andalus con la moderna devoción popular andaluza a María.

Secuencia consecutiva de la vida de la Virgen es la biografía de su Hijo, a partir del momento mismo de su nacimiento al pie de una vieja palmera seca, que vuelve a reverdecer apenas el niño ha sido alumbrado. Bella narración que se continúa con otras más sencillas

llas y con numerosos normales episodios: «De ochenta y un versículos (del Corán) que se refieren a Jesús, aproximadamente cincuenta y tres se refieren a la infancia, diecinueve a la vida pública y nueve son intemporales». Normalidad no exenta, sin embargo, de incidencias milagrosas coronadas por la de su elevación a los cielos que evita el dato, como hemos dicho infamante para los judíos, de su muerte; aunque eliminando la suprema gloria de su resurrección.

Tal es, en resumen, la detallada exposición de los términos en que la comprensión de la figura de Jesús se desarrolla en el seno de las tres religiones convivientes en la Edad Media española. En esencia, términos comunes, universales, con los cristianos, judíos y musulmanes de otros ámbitos geográficos e históricos. En su específico análisis peninsular y medieval, el autor ha utilizado fuentes no sólo descriptivas, directamente expositivas de las distintas creencias, sino también, y muy especialmente, las de carácter polémico, producidas, ya de manera espontánea, unilateral y libre, o ya en el seno de convocadas controversias, fenómeno éste repetido en tierra hispana a lo largo de los siglos medievales: Barcelona 1263, Ávila 1375, Tortosa 1413.

Con todo, un mayor desarrollo de la vivencia social de esta intrincada realidad, hubiéramos deseado ver afrontado por tan cualificado especialista como es el autor de este libro. Si bien comprendemos que acometer tal tarea habría necesitado todo otro extenso y diferente tratado. La ubicación de la realidad estudiada viene encuadrada, tal como nos tiene acostumbrados a situar el profesor Epalza, no en el seno de las famosas «tres culturas», sino en los respectivos encuadres de las tres religiones vigentes en el medioevo peninsular. Con diferente reparto cuantitativo, por cierto, según el grupo dominante en cada época y lugar. Y con diferentes efectos, por consiguiente, en la relación entre éste y los subgrupos minoritarios con él convivientes. Lo que sin duda atenúa la efectividad (o, por lo menos, la intensidad) del espíritu de tolerancia hoy tan invocado para nuestros siglos medievales. Virtud, sin embargo, ejercida en ellos, aunque de modo «sui generis».

Jesús en el año 2000

Apenas ultimado el presente comentario, hemos tenido ocasión de asistir en Oslo al XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas. Uno de los «workshops» («talleres») añadidos al Programa general, ha versado sobre el tema *Jesus at 2000*; y dentro de él, una de las comunicaciones presentadas lo ha hecho bajo el epígrafe «What have Historians done with Jesus?». A quienes hace cuarenta y cinco años escuchamos en Roma la erudita alocución de Pío XII dirigida a los historiadores de 1955, nos ha parecido, ciertamente, una débil e insuficiente respuesta. Carácter que, por otra parte, no han pretendido tener las exposiciones sobre «Recent Trends in the Research on the Historical Jesus», «Jesus in African Christianity and Culture» o «Jesus Modern Influence Outside the Church Institution»: casos de Mandela, Gandhi y William Wilberforce, campeón británico este último (1759-1833) del anticlavismo. □

En el próximo número

Artículos de *Luis Mateo Díez*, *Medardo Fraile*, *Eugenio Trias*, *Ismael Fernández de la Cuesta*, *Alberto Galindo*, *Carlos Gancedo* y *Juan Antonio Bardem*.

RESUMEN

La figura de Jesús como personalidad histórica ha sido ya biografiada entre otros, recuerda Eloy Benito Ruano, por un historiador agnóstico como Renán o por un escritor creyente como Papini. Pero el libro que comenta no es ni una biografía laica, ni una devota versión más, sino una detallada exposición de los términos en que la com-

prensión de la figura de Jesús se desarrolla en el seno de las tres religiones —cristiana, judía y musulmana— que convivían en la España de la Edad Media. Mikel de Epalza, un historiador español arabista y hebraísta, da respuesta a la pregunta de cómo percibieron judíos y musulmanes la imagen cristiana de Jesús.

Mikel de Epalza

Jesús entre judíos, cristianos y musulmanes hispanos (siglos VI-XVII)

Universidad de Granada, Granada, 1999. 290 páginas. 1.600 pesetas. ISBN: 84-338-2507-0.

La cripta del pasado

Por Luis Mateo Díez

Luis Mateo Díez (Villablino, León, 1942) es novelista. Autor de una extensa obra narrativa, por su última novela, *La ruina del cielo*, obtuvo el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Narrativa. En 2000 fue elegido miembro de la Real Academia Española.

El secreto de la vida de Joseph Roth nos ha sido desvelado por uno de sus más íntimos amigos, Soma Morgenstern, en *Huida y fin de Joseph Roth*. Este libro se emparenta con las *Conversaciones con Kafka*, de Gustav Janouch, y con los *Paseos con Robert Walser*, de Carl Seelig. Obras no estrictamente biográficas donde lo que se cuenta es la historia de una amistad. Las figuras del adolescente Janouch caminando al lado de Kafka por las enigmáticas calles de Praga, de Seelig acompañando a Walser en sus colaciones y paseos, de Morgenstern tratando de comprender la decadencia de Roth, constituyen un emotivo retrato de la amistad que los unió.

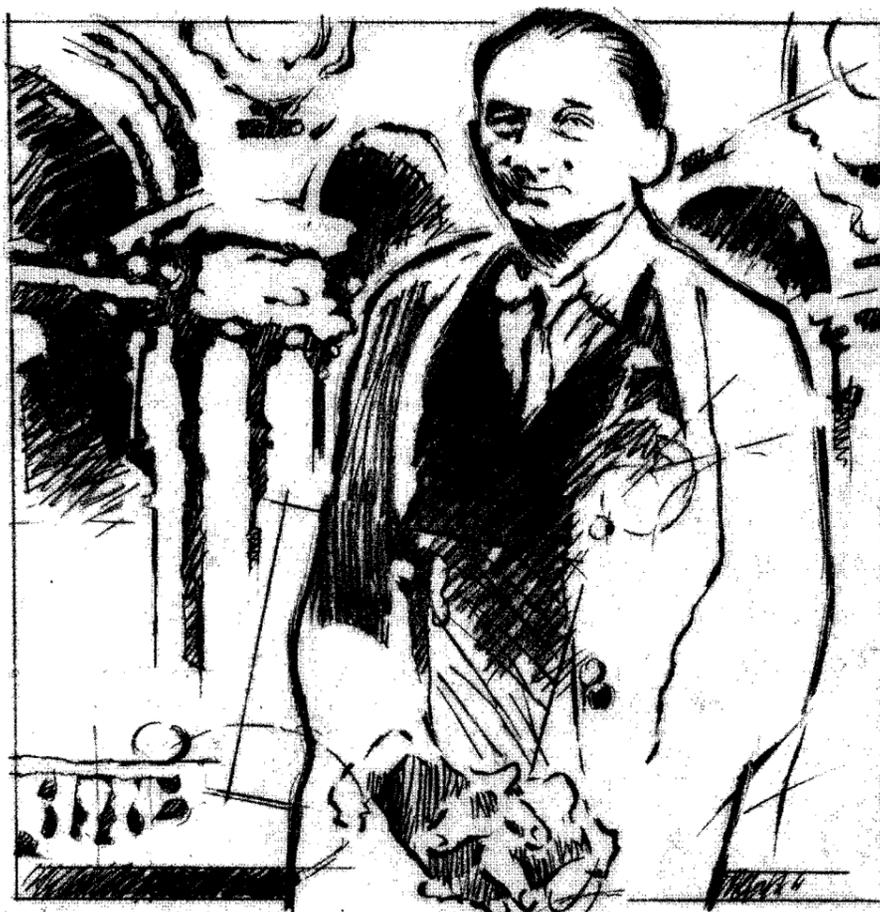
El propio Morgenstern define así su proyecto:

«Yo no soy biógrafo y ni siquiera, hablando con propiedad, autobiógrafo. En verdad, lo que, desde hace años, escribo podría llevar el título de *Una vida con amigos*. Pero, por desdicha, no puedo usar ese título porque pertenezco a la desventurada generación que naufragó en un diluvio de la historia universal, del que sólo unos pocos salvaron su vida, pero no salieron, en ningún caso, indemnes».

Morgenstern era, como Roth, un judío nacido en la Galitzia oriental cuando dicho territorio aún formaba parte del Imperio austro-húngaro. Tras la anexión de Austria en 1938 por los nazis, huyó a París y, un año después, al poco de la muerte de Roth, fue internado en varios campos de concentración franceses. En 1941, consiguió llegar a Marsella y, a través de Casablanca y Lisboa, a Nueva York, donde vivió a partir de entonces.

La pérdida de familiares y amigos, el descubrimiento de la verdadera proporción de los crímenes nazis y la vida en el exilio atormentaron a Morgenstern hasta el día de su muerte, el 17 de abril de 1976. Su obra sólo ha empezado a ser valorada desde hace menos de una década.

Huida y fin de Joseph Roth nos abre las



TINO CATAGÁN

puertas al irreplicable mundo de la Viena y el París de entreguerras. Morgenstern fue amigo íntimo de Roth y Alban Berg, tuvo relación con Stefan Zweig, Robert Musil, Otto Kemplerer y Anton Weber y frecuentó el círculo de intelectuales que se reunían en el taller de Anna Mahler, entre los que se encontraban Hermann Broch, Ernst Bloch y Elias Canetti.

La evocación de ese mundo es inseparable de la conciencia de su trágico destino, pero Morgenstern no se deja arrastrar por la melancolía o la amargura. Su empeño radica en preservar del olvido aquellas amistades, las conversaciones, los cafés y restaurantes donde la inteligente y cálida ironía vienesa campaba a sus anchas. Y, por encima de todo, llegar a entender la decadencia buscada

y deseada con extraño fervor por Joseph Roth.

El autor de *La marcha Radetzky*, como la mayor parte de sus personajes, se consideraba a sí mismo un apátrida, uno más de aquellos «desesperados» que «sin tener un presente y todavía en el camino del pasado, han caído en el futuro», un «extraterritorial entre los vivos».

La estilización de su propia persona en clave netamente antimoderna transmitía «la impresión de un aristócrata austriaco de la vieja escuela, distinguido aunque también degenerado» y se fundaba en una actitud «romántica» cuya legitimidad es defendida por Roth en los siguientes términos:

«Creo que, entre la tortura de soportar la realidad, esas categorías falsas, conceptos sin alma, esquemas vacíos, y el deseo de vivir en una irrealidad que se reconoce como tal, no hay elección».

El mundo de «los jóvenes aristócratas» y de «los artistas del antiguo imperio» destila las esencias morales e intelectuales más queridas por Roth: «la frivolidad escéptica, la melancólica petulancia, una negligencia enfermiza y un ascetismo altivo». Todos ellos rasgos de la «decadencia» de un mundo por donde «la muerte invisible cruzaba ya sus sudadas manos».

De esa mezcla de distinción y degeneración, de la idealizada figura de un tipo humano condenado por la historia, del romanticismo como actitud altiva y ascética; Jo-

seph Roth extraerá el alimento de su literatura y de su vida, el necesario paliativo para no tenerse que enfrentar a una realidad de perfiles monstruosos y poder perpetuarse como una leyenda del «antiguo imperio». No en balde, apunta Morgenstern, «tenía todo lo que hace falta para propagar la atmósfera donde nacen las leyendas. A saber: una vida pública, una ocupación pública, llevar una vida peligrosa y mostrar puntos de vista iconoclastas o, cuando menos, declamar para la galería bufonadas con gran patetismo».

El carácter público de la vida de Joseph Roth, en su etapa de exiliado en París, se asocia al hecho de que tuviese su cuarto de trabajo en la sala de lectura del hotel Foyot. Allí bebía, recibía a las visitas, leía los periódicos y, en el tiempo que le quedaba libre, escribía. Según Morgenstern, Roth «había adquirido desde siempre la costumbre de escribir en público» y, ya en Viena, «prefería escribir en un café tranquilo». Interrumpirle en su labor no suponía ninguna molestia para él pues afirmaba que «sólo la gente inepta no tiene tiempo».

La patria perdida

La otra faceta de la vida pública de Roth en París era su activa participación en las conspiraciones de los legitimistas austriacos para reinstaurar la Monarquía. La admiración que despertaba entre éstos empezó a decaer cuando corrió el rumor de que el heredero «no era lo bastante legitimista para Joseph Roth», el cual lo juzgaba con la vara de medir del gran Francisco José, del que hizo un retrato magistral en *La marcha Radetzky*.

El monarquismo de Roth constituye la vertiente política de su romanticismo y evoca la patria perdida, el sentimiento de la antigua seguridad, de un mundo ordenado en sus devociones, jerarquías, creencias, etc. El «espíritu de la vieja monarquía», en fin, por cuya mediación la «lejanía» se transforma «en algo cercano», lo extraño «en algo familiar» y lo que «tiende a disgregarse» en algo unido. Un «espíritu» que hacía que uno pudiese sentirse «en Zlotogrod tan en casa como en Sipelje o en Viena».

Al igual que el protagonista de *Fuga sin fin*, Franz Tunda, a Roth le «parecía que era en París donde estaba su puesto, y su decadencia». El «olor de la putrefacción», del «lodo», de «las casas en ruinas» y el «canto de los gusanos en la madera» alimentaban la inspiración de un novelista «extraterritorial», que vivía en un presente incomprendible con la certeza de que el pasado era su verdadera patria.

No sin un punto de cinismo, Roth consideraba que «la Reacción y la Humanidad no están en contradicción irreconciliable». Su conservadurismo vital, tan ligado a una pose de aristócrata decadente, expresaba un rechazo altivo e inmisericorde de la nueva realidad europea.



En este número

Artículos de

Luis Mateo Díez	1-2	Alberto Galindo	8-9
Medardo Fraile	3	Carlos Gancedo	10-11
Eugenio Trías	4-5	Juan Antonio Bardem	12
Ismael Fernández de la Cuesta	6-7		

SUMARIO en página 2



La cripta del pasado

El tono polémico de esa actitud remite a una visión histórica pesimista. Roth estaba persuadido de que, bajo el ideal de la «justicia absoluta», se escondía la «semilla de dragón», una suma de odio, envidia y afán de venganza capaz de motivar los comportamientos más crueles e inhumanos. Quienes cooperaron en la destrucción del viejo mundo en nombre de la democracia y el nacionalismo eran, a su juicio, los responsables de haber «allanado el camino a sus hermanos, los bárbaros de la justicia estúpida y plebeya».

Para entender el «reaccionarismo» de Roth, no hay que olvidar que la Revolución rusa y el nazismo se les apareció a un buen número de pensadores y escritores de entre guerras como una manifestación extrema de la bancarrota espiritual europea y del potencial de odio y violencia que contenían los ideales revolucionarios. Fundamentalmente, el ideal ligado a la destrucción de las antiguas jerarquías y a la creación de una «sociedad de iguales».

El joven aristócrata protagonista de *La*

cripta de los capuchinos ilustra perfectamente el talento ideológico de Roth cuando reconoce pertenecer «a un mundo claramente decadente, en el que parece natural que los pueblos estén para ser gobernados, y que, por tanto, si quieren seguir siendo pueblos, no se pueden gobernar a sí mismos».

La vertiente cultural de la modernidad tampoco se libró de las burlas de Joseph Roth. Morgenstern señala el rechazo que despertaba en su amigo una de las figuras más características de la cultura contemporánea: la de los «artistas pensadores», caso de Robert Musil, Ernst Bloch, Walter Benjamin, Theodor Adorno, etc., «nada más que filósofos» para Roth.

El lema con que arranca *Fuga sin fin* («Ya no se trata de 'poetizar'. Lo más importante es lo observado»), que escandalizó a Thomas Mann, da medida de que nos hallamos ante un narrador puro que se opone a la mezcla de literatura y pensamiento. «A Roth —dice Morgenstern— le interesaban muy poco las teorías de la novela» ya que «tenía la relación de un artesano con su oficio».

En una memorable conversación con el gran representante de la novela filosófica, Robert Musil, Roth asegura que él no es «un pensador» y apostilla: «Soma me indujo a leer una teoría de la novela de Georg Lukács. En atención a él, me tomé la molestia de leer el libro. Me torturé a lo largo de dos páginas y, con eso, lo dejé».

La lectura de *El hombre sin atributos* también le resultó insoportable por el hecho de que el «antiguo imperio» apareciese denigrado en la novela bajo el nombre de Cacanía. Por su parte, Musil opinaba que *La marcha Radetzky*, donde la devoción de Roth hacia el emperador Francisco José y el mundo que representaba alcanza su cota más alta, era simplemente una «novela cuartelera bonitamente escrita».

Esta marcada oposición a la novela filosófica no implica que Roth permaneciese anclado en los viejos esquemas de la novela del XIX. Él, que era un narrador de aliento clásico, tenía conciencia de que su mundo de escritor en nada se parecía al de, por ejemplo,

Tolstoi. Mientras la obra de éste había crecido bajo la poderosa luz de «la amplia y enorme Rusia, y el gran y amplio pueblo ruso», la suya, así como la de gran parte de sus contemporáneos, carecía de «asentaderas» y «estabilidad».

El realismo pasional tan definitorio de las grandes novelas del XIX se difuminaba en un paisaje literario donde «lo observado» era inseparable del sentimiento de la pérdida. De ahí ese tono melancólico y elegiaco que rezuma la obra de Joseph Roth y que confiere a la misma un carácter paradigmático dentro de la narrativa del siglo XX.

Más allá de la evocación del escritor y del amigo, de las páginas dedicadas a retratar el mundo de sus amistades, sus conversaciones y paseos, sus desencuentros, etc.; Morgenstern parece haber escrito este libro para liberarse del malestar que siempre le causó la tendencia autodestructiva de Roth.

Pasados los años, y después de haber intentado en numerosas ocasiones que su amigo dejase la bebida, Morgenstern nos confiesa que Roth «seguramente habría sido sólo un periodista —fascinante, eso sí— si sus borracheras no lo hubieran hecho artista. Porque tenía grandes inhibiciones para emprender un libro. El alcohol le suprimía esas inhibiciones».

Todos los «buenos amigos» de Roth, en-

tre los que se encontraba Stefan Zweig, estaban equivocados al intentar salvarlo, pues «sin alcohol» quizás «hubiera vivido más», pero difícilmente «hubiera sido lo que él quería».

«Éste soy yo, de veras —diría Roth un mes antes de su muerte al contemplar un retrato suyo—, malo y borracho, pero lúcido». Lucidez que le llevó a abrazar la decadencia como una actitud vital y estética sobre la que prevalecía una buena dosis de escepticismo y humor. Es decir, sin tomarse la misma con la gravedad filosófica y contrariada de los grandes pesimistas de su tiempo.

Roth se recreaba en sus novelas y él mismo cultivaba la imagen de un personaje legendario, de «un aristócrata austriaco de la vieja escuela» altivo, frívolo y negligente. Pero este «personaje» surgido de las sombras de la Primera Guerra Mundial nunca perdió, ni en su vida ni en su obra, la distancia necesaria a la hora de enjuiciar a los naufragos de su generación. El retrato entre malicioso y compasivo que hizo de ellos y de sí mismo trasluce una pasmosa lucidez sobre el carácter extravagante de «una generación elegida por la muerte y, por ella, repudiada» que, tras el fin de la guerra, «sin tener un presente y todavía en el camino del pasado», se vio arrojada «a un futuro totalmente incierto». □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Luis Mateo Díez comenta un libro sobre el escritor centroeuropeo Joseph Roth, que más que una biografía es la historia de una amistad, la que hubo entre Soma Morgenstern, el autor del libro, y Roth; una historia de amistad en la que el secreto de la vida del escritor queda desvelado, y en la que se da noticia de esa des-

venturada generación, a la que ambos pertenecieron, que naufragó en el diluvio de la historia universal, sometida por el nazismo. Pero, como añade el comentarista, esta obra además nos abre las puertas al irrepentible mundo de la Viena y el París de entreguerras, un período cultural especialmente fecundo y muy sugerente.

Soma Morgenstern

Huida y fin de Joseph Roth

Pre-Textos, Valencia, 2000. 446 páginas. 3.365 pesetas. ISBN: 84-8191-280-8.

SUMARIO

	Págs.
«La cripta del pasado», por Luis Mateo Díez, sobre <i>Huida y fin de Joseph Roth</i> , de Soma Morgenstern	1-2
«Sangre azul y roja», por Medardo Fraile, sobre <i>Aiding and Abetting</i> , de Muriel Spark	3
«La metamorfosis del espíritu», por Eugenio Trías, sobre <i>Nietzsche I y II</i> , de Martin Heidegger	4-5
«Música y nacionalismo», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>Nacionalismo musical en Venezuela</i> , de José Peñín, e <i>Indígenas y cultura musical de las Reducciones Jesuíticas</i> , de Piotr Nawrot	6-7
«En la espesura de la noche», por Alberto Galindo, sobre <i>Fearful Symmetry. The Search for Beauty in Modern Physics</i> , de Anthony Zee	8-9
«Maximus in minimo», por Carlos Gancedo, sobre <i>Many faces-Many Microbes: Personal Reflections in Microbiology</i> , de R. M. Atlas (coord.)	10-11
«Crimen y castigo en América», por Juan Antonio Bardem, sobre <i>Francis Ford Coppola's the Godfather Trilogy</i> , de Nick Browne (ed.)	12

Sangre azul y roja

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como Cuentos Completos, Autobiografía y Entre paréntesis; y editor de Cuento español de Posguerra.

El hecho ocurrió en 1974 y la novela de Muriel Spark sobre él, *Aiding and Abetting* (Ayuda y complicidad), ha aparecido veintiséis años más tarde.

El séptimo conde de Lucan, jugador empedernido anegado en deudas y separado de su esposa, decide asesinar a ésta para luego alegar que ha visto salir huyendo de su casa a un hombre con las manos y las ropas manchadas de sangre. El pobre conde metido a asesino lo hace todo mal; en la oscuridad de la cocina, confunde a la niñera de sus hijos con su mujer, la mata y, cuando su esposa aparece en el lugar del crimen, la golpea. Ella se defiende, pacta con él una complicidad imposible y el conde se encierra tranquilamente en el lavabo para quitarse la sangre de la «nanny». Mientras, la mujer sale de la casa mal herida, entra en un «pub» cercano y desde allí denuncia el hecho. Lord Lucan llama a su madre para que cuide a sus hijos, que están solos en casa, escribe un par de cartas ambiguas y erráticas, se entrevista con un matrimonio amigo y, a pesar de la actividad policíaca y las muchas horas transcurridas desde el crimen, Lord Lucan desaparece para siempre, aunque, de vez en cuando, alguien cree que le ha visto en Escocia, en África –sobre todo en África, donde él contaba con recursos y amigos–, en América o en Australia. Oficialmente le dieron por muerto, para liquidar su hacienda, en 1999 y, quizá por eso, Muriel Spark ha esperado veintiséis años antes de ofrecernos su hipótesis novelesca sobre la desaparición del aristócrata, tan sospechosamente misteriosa, aunque en estos años, desde 1974, se han escrito libros y han aparecido infinidad de noticias y artículos sobre el conde asesino, conocido como «Lucky Lucan».

El juego novelesco comienza con la creación de dos personajes casi idénticos, Walker y Lucan, que se presentan ambos como el asesino Lord Lucan y, en forcejeo de chantaje para obtener dinero, los dos son pacientes improbables de la misma psiquiatra que tiene, a su vez, un pasado ilegal de índole distinta, pero tan denunciado como el del propio Lucan. La psiquiatra, antes Beate Pappenheim, ahora Dr. Hildegard Wolf, ha estafado a miles de crédulos limosneros haciéndose pasar por estigmatizada con la ayuda de su menstruación y de una maquilladora. Cuando la descubren, cambia de nombre y huye a Praga, Dresden, Ávila (con su ambiente de «heated romantic ecstasies»), Marsella, Londres y, al fin, París, donde reside y practica la psiquiatría con éxito sin ser psiquiatra, al parecer. Hildegard es alemana y nació en Baviera, como otra estigmatizada célebre, Theresa Neuman, que procedía también, como Hildegard, de una familia muy pobre. No se alude en la novela a Theresa Neuman, pero Muriel Spark asegura que la historia de Hildegard Wolf se basa, como la de Lord Lucan, en un hecho real.

Hildegard vive despreocupada en París y cree que «de cualquier persona, en cualquier momento, puede surgir algo en el pasado» o, como dicen los ingleses (ellos sabrán por qué) que «hay siempre un esqueleto oculto en el armario» y es oportuno recordar aquí el excelente cuento de Ana María Matute con el mismo tema «La conciencia» –porque es justo em-



MARISOL CALÉS

pezar a citar cuentos con la frecuencia con que citamos novelas».

Desvelado el enigma de la pareja Walker y Lucan, el primero resulta ser un mayordomo inglés al servicio de un rancho rico mexicano, casado con una actriz boliviana. Lord Lucan recalca en México huyendo de la justicia y pasa con ellos una temporada en el rancho. Ante el parecido de Walker con él, se lo «regalan» para que él recaude el dinero que, periódicamente, le pasan a Lucan sus iguales en aristocracia y juego, y para descubrir y confundir juntos las pistas posibles de la policía. Y Walker se va con él y, por servirle mejor, se somete a leves cambios de cirugía estética, de maneras y de entonación. La solución que Muriel Spark nos ofrece de esa intriga básica –en muy pocos párrafos, además–, nos parece lo más inverosímil de la novela. ¿Por qué México? Argentina ostenta una buena proporción de haciendas de ingleses o descendientes de ellos; su literatura y su ingeniería e industria no escasean en apellidos ingleses, y hasta la entonación de un inglés-argentino sería más maleable que la de otro moldeado por la sociedad de México. Argentina era el sitio idóneo y verosímil para encontrar a Walker y aún faltaban ocho años para el conflicto de las Malvinas.

Un desenlace divertido

Alrededor de los tres personajes, y motivados por ellos, se mueven nueve o diez más, uno de los cuales, Karl Jacobs, un negro adinerado, sobrino del jefe de una tribu en África, será primordial en el desenlace divertido de la novela, y dos de ellos, Joe Murray y Lacey Twickenham, ambos en busca del real Lucan porque Lacey quiere escribir un libro sobre él, le dan a Muriel Spark la inevitable ocasión de esbozar un romance, o como queramos llamarlo, ya que la diferencia de edad entre ellos es notable y nos enteramos de pronto, sin más detalles, que «they had made love» en un hotel, igual que si nos dijeran que, por la noche, habían sufrido un cólico. Quizá no sea más que una concesión de la autora a estos tiempos que corren... La pretensión de Lacey de escribir un libro protagonizado por Lord Lucan, le hace ironizar a Muriel Spark sobre los muchos que hoy día escriben un libro, o pretenden escribirlo, sobre «algo»: «La gente que quiere escribir libros es porque siente que eso es lo más fácil que puede hacer. Saben leer y escribir, tienen dinero para comprar los utensilios que necesitan, bolígrafos, papel, computadores, magnetófonos y, en general, cuando toman esa decisión, han alcanzado ya una educación elemental».

Joe Murray se pregunta: «¿Por qué Lacey no escribe un libro sin pensárselo más? Un libro sobre Lucan. ¿Por qué andar preocupándose con Lucan?». Y eso es lo que hace Muriel Spark y no Lacey, porque ésta, como era de esperar, sólo quiere vivir la doble aventura de seguirle el rastro al aristócrata y encandilar a Joe y «lucirse», de paso, aireando que va a escribir un libro. La Spark está mucho más informada, naturalmente, que su personaje Lacey y no es la primera vez que una de sus novelas surge de un suceso en los periódicos. Uno de sus más breves y memorables relatos –107 páginas–, publicado en 1974, cuenta el extraño caso, ocurrido, de una muchacha nórdica, de vacaciones en Italia, que lo que busca en su viaje –y lo consigue– es que alguien la mate: *The Driver's Seat*, llevado a la pantalla el mismo año de su publicación, con Elizabeth Taylor de protagonista.

Lo que parece intrigar a la narradora de *Aiding and Abetting*, es la desaparición misteriosa de Lord Lucan del mundo de los vivos, tratándose, al parecer, de un hombre no muy inteligente que, por si fuera poco, estaba o está sujeto a aficiones y rutinas inseparables de él, como su práctica irresistible del juego y su comida invariable y diaria de salmón ahumado y chuletas de cordero. ¿Quién se las ingenió después del crimen para que no le encontrara la policía? ¿Quién le ha pasado dinero durante tantos años? ¿Qué cómplice suyo le presta ayuda? Si se suicidó, como algunos creen, no ha encontrado nadie su cadáver. Nadie ha vuelto a saber de él y no le han traicionado.

La noticia de que un aristócrata de tan alta alcurnia y tan conocido había matado a la niñera de sus hijos y había intentado hacer lo propio con su mujer, causó a casi todo el mundo en Gran Bretaña –la policía incluida–, descreimiento y estupor y hubo, por parte de Scotland Yard, cautela, interrogatorios discretos, dudas e indecisiones en las primeras cuarenta

y ocho horas. Luego, el pájaro voló, y quizá su escapada era lo más cómodo que podía ocurrir. Nadie quería que volviera al nido y, si lo hizo alguna vez en busca de dinero, nadie quiso enterarse. Eso es lo que se deduce, al menos, de este relato.

Aiding and Abetting no es lo que se conoce, comúnmente, por novela policíaca; le iría mejor novela conjetural, porque no es más que un planteamiento de probabilidades con enredo interpuesto: el de la psiquiatra Hildegard. La hipótesis de los dos Lucan inseparables –el falso y el real–, no sólo le sirve a la narradora para especular, e intrigar y mover a acciones consecuentes a sus personajes, sino para conducirnos al acierto cómico del último capítulo, en el que el malabarismo impecable de la autora descarga sus desvelos en una carcajada, aunque, en beneficio de los interesados en leer la novela, no diré nada más.

La mayor parte de la acción ocurre en París y, puesto que la novela está escrita en inglés, no deja de ser curiosa la obsesión de la autora para aclararnos –innecesariamente, creo–, que tal o cual personaje «dijo, hablando en inglés», puesto que ninguna de sus criaturas habla otro idioma, aunque no sean de lengua inglesa. Si lo que quiere decirnos es que su personaje es francés, israelí o alemán, no es difícil insinuarlo de otra forma, y la Spark, por supuesto, lo sabe hacer. Pero esa preocupación, que me ha parecido siempre extraña, la vemos también en otras novelas suyas situadas fuera del Reino Unido. Añadiré enseguida, sin embargo, que el encanto de su escritura es único.

A los 82 años, la Spark nos da otra lección sobre la doble realidad en la vida y en literatura y está claro que la realidad del séptimo conde de Lucan y su odisea, y la acumulada en los archivos de Scotland Yard o de la Interpol, habrán perdido mucho de su interés con este relato perdurable. □

RESUMEN

No es la primera vez, nos recuerda Medardo Fraile, que la novelista inglesa Muriel Spark utiliza un hecho real para escribir un relato, tal como ocurre en esta novela: una historia de crímenes y aristócratas ingleses, de desapariciones y suplantaciones, que tuvo lugar hace más de veinticinco años. A la escritora más que el crimen lo que le interesa esencialmente

es la huida posterior del aristócrata, dejando tras sí un reguero de interrogantes que son los que literariamente más juego le dan. Pero Muriel Spark no ha escrito una novela policíaca, ese género tan arraigado en Inglaterra, sino más bien, a juicio del comentarista, una novela conjetural, y así nos da una lección sobre la doble realidad en la vida y la literatura.

Muriel Spark

Aiding and Abetting

Viking, Penguin Group, Londres, 2000. 182 páginas. 12,99 libras. ISBN: 0-670-89428-1.

Las metamorfosis del espíritu

Por Eugenio Triás

Eugenio Triás (Barcelona, 1942) es catedrático de Historia de las Ideas en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Escritor, filósofo, conferenciante, es conocido en España y fuera de España por su extensa producción. Entre sus libros: *Lo bello y lo siniestro* (Premio Nacional de Ensayo), *Lógica del límite*, *La edad del espíritu* y *Ética y condición humana*. Se le otorgó en 1995 el Premio Internacional Friedrich Nietzsche por el conjunto de su obra.

Uno de los mejores modos de conmemorar el siglo transcurrido bajo la estela de Nietzsche ha sido la publicación en dos tomos, en lengua española, del mayor monumento interpretativo que se ha realizado sobre él, la obra de Heidegger. Acaba de publicarse en extraordinaria y cuidada traducción de Juan Luis Verma, en la que el traductor (e intérprete) ha dedicado muchos años y energías. El resultado es espléndido. Y es, también, una ocasión inmejorable para visitar de nuevo la obra de este filósofo del siglo XIX que domina por entero el siglo XX. Mi intención en este escrito es ir de nuevo al texto nietzscheano con el fin de aventurar una aproximación a su sentido.

Este año pasado se ha celebrado, en efecto, el centenario de la muerte de Nietzsche. La impresión general que los actos que esa efeméride ha provocado es la de que su figura está más viva y agigantada que nunca. Recientemente pude comprobar la gran audiencia que obtuvo un ciclo de gran rigor filosófico, coordinado e impulsado por Félix Duque, que revisaba desde distintos ángulos la obra del filósofo. Una obra en la cual la filosofía y la poesía logran hallar una penetración profunda. O en donde las dotes de gran escritor de Nietzsche se alían del mejor modo con sus concepciones genuinamente filosóficas. Especialmente en la obra que constituye, sin duda, su *Hauptwerk*, su obra culminante, la que alcanza mayores cimas en esa interesante convergencia de intuición e ideación metafísica y de gestación poética;

en *Así habló Zaratustra*.

Y la mediación entre esas dos tendencias entrecruzadas, la aptitud lírica y la fuerza conceptual, se halla (y no podía ser de otro modo) en la inteligencia simbólica. Todo el *Zaratustra* constituye un verdadero «bosque de símbolos», para usar la expresión de Baudelaire. En él la razón filosófica, y su capacitación para forjar conceptos, halla su aleación con la elevación lírica y poética a través de la simbolización. Un entramado poderoso de grandes símbolos atraviesa de parte a parte ese grandísimo «poema filosófico» que es *Así habló Zaratustra*.

Tiempo e instante

Mediante esos símbolos se intenta dar forma poética y filosófica a lo que resiste toda formación y formalización; el «nudo gordiano» en el que desde siempre se ha encajado y estrellado la reflexión filosófica: la aporía y dificultad relativa al tiempo, a lo temporal, a la temporalidad; y al soporte que lo sustenta, el instante. Desde Anaximandro hasta Bergson y Heidegger, este misterio, cifrado en una cuestión en la que parece darse de cabezadas toda reflexión filosófica, recorre como corriente principal el relato entero de lo que entendemos por filosofía.

También Nietzsche, en este gran poema filosófico, quiso desatar el nudo gordiano. Lo cual, como sabemos desde Alejandro Magno, es imposible; es necesario cortarlo de un tajo con la espada. De hecho el gran tema que recorre todo *Así habló Zaratustra* es el tiempo. Es un poema filosófico y simbólico sobre el tiempo. Y por ser un poema que tiene en el tiempo su principal «leitmotiv» (y todo el texto está urdido por una compleja trama de «motivos conductores»), por esa misma razón ese poema lo es sobre una condición, la nuestra, que tiene en el tiempo su cifra de identidad y su fondo abismal de enigma y aporía.

Es un poema ontológico: apela al ser («óntos ón») bajo el nombre de la «vida», como nos recuerda Heidegger en su gran monografía. Y concibe el ser, o expresa esa con-

cepción («lógos») a través de una expresión que es ubicua en el poema: sabiduría. De hecho Nietzsche concibe lo ontológico a través del más poderoso símbolo dual entrecruzado de nuestra tradición religiosa y mitológica: el doble árbol genesiaco de la Vida y de la Sabiduría.

El árbol de la ciencia (del bien y del mal) se auto-trasciende en sabiduría genuina, más allá de todas las superaciones particulares, o tablas suspendidas sobre etnias, pueblos o culturas. Ese árbol genesiaco de la sabiduría es, pues, el que se entrelaza, como la serpiente del saber en el cuello del águila del poder, sobre la figura encarnada de esa ligazón deseada de Vida y Sabiduría que Zaratustra encarna: son los animales emblemáticos de ese poeta y profeta.

Esa sabiduría «filosófica» se expande en formas simbólicas con el fin de urdir el texto poético que es *Así habló Zaratustra*, cuyo tema es el tiempo. En él se intenta cortar el nudo gordiano en el cual, de manera incomprensible, las tres dimensiones del mismo parecen anudarse de manera fatal: el futuro, el pasado y el presente. Un nudo en la garganta; un nudo que estrangula al pensador. Algo peor que la cuerda que ciñe su cuello: la propia imagen simbólica del tiempo, o de su forma más alta, la eternidad, la imagen de la serpiente, de una serpiente que se muerde la cola y que, de pronto, de cabeza, ha penetrado en la boca entreabierta del doble mismo del filósofo y poeta, o del profeta, Zaratustra: el pastor que, de pronto, se encuentra con una serpiente que ha penetrado por su boca y que le cuelga de modo espantoso. Zaratustra, su doble, su «alter ego», le grita, o se grita a sí mismo: ¡Muérdela! ¡Muérdela hasta arrancarla, y escúpela! Es una orden que se da a sí mismo. El tiempo, en su divergencia, en su desavenencia (pasado, futuro y presente), le exige cortar el nudo gordiano. Pues en el tiempo chocan, a modo de materia y antimateria, dos infinitos, dos calles de recorrido inabarcable: dos eternidades, el pasado y el futuro, de pronto confrontadas en un Portalón que dice «instante», «Augenblick», un abrir y cerrar los ojos a través del cual el tiempo «pestañea».

El poema constituye una rigurosa exploración de esas estancias o moradas del tiempo que son sus tres modos: primero el futuro (en la primera parte del poema), luego el pasado, en la segunda parte; por fin el presente (y también el Instante en que el tiempo parece anudarse): en esa gran culminación del poema que constituye la tercera parte del mismo.

El poema está, todo él, plagado de imágenes simbólicas de lo que yo llamo (según mi propia propuesta filosófica) el «ser del límite». Son imágenes simbólicas de lo liminar y lo limitrofe. Señala Georg Simmel en un hermoso trabajo (de cuyo conocimiento gozo gracias a la generosidad de este amigo e interlocutor que siempre es Andrés Ortiz Osés) la importancia simbólica del puente y de la puerta. Toda la primera parte del poema está trabada a través de imágenes «pontificales». La segunda, y sobre todo la tercera, promociona imágenes «jónicas»: la de una puerta con doble cara, como el dios Jano («Sanctus Januarius»), la que cierra y abre a la vez la doble cara entreabierta (en el Portalón llamado Instante) en relación con dos calles infinitas: el pasado que se entierra, el futuro que se avizora.

Imagen pontifical de nuestra condición, o de lo que somos, ese «mysterium magnum» de toda filosofía desde Sócrates, desde que la filosofía dejó de ocuparse sólo de las cosas del cielo, o de las fuerzas elementales de lo físico, y se enfrentó a eso físico/metafísico que es el hombre: un puente, en efecto; un puente lanzado hacia la otra orilla. Una imagen simbólica de rigurosa raigambre zoroastriana: se sabe que en el mundo del «Zend Avesta» se habla del «puente de la separación» (que se adelgaza o ensancha en el pasaje mortal, o en el umbral y estribo que une y escinde este mundo con el arcano).

Un puente sobre el abismo

El hombre es un puente; un puente alzado, en su levadiza liviandad, sobre abismos



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



por los cuales transita hacia la otra orilla; o hacia aquello que puede (y debe) sobrepasarle, lo que le desborda y trasciende; lo que realiza su propia esencia y realidad, dándole finalidad y sentido: el «Übermensch», eso que constituye el gran anhelo del hombre, o que debe constituir la Finalidad que puede dar sentido a su paso por la vida. La poderosa imagen del puente da la mejor definición simbólica, en esta primera parte del poema, de la esencia, y de la estancia, del hombre (un puente tendido entre la planta y la estrella, o entre el animal y lo suprahumano).

Es una primera imagen transeúnte, o transitiva, que expresa la primera dimensión del tiempo que es explorada, el futuro. La que deriva de la realización ontológica de la vida como voluntad de poder, según se desvelará en la segunda parte: una voluntad, de poder, que es voluntad de engendrar, o de procrear, o de recrearse recreando. De crear, en suma, algo que sobrepasa al propio sujeto interpelado, el hombre.

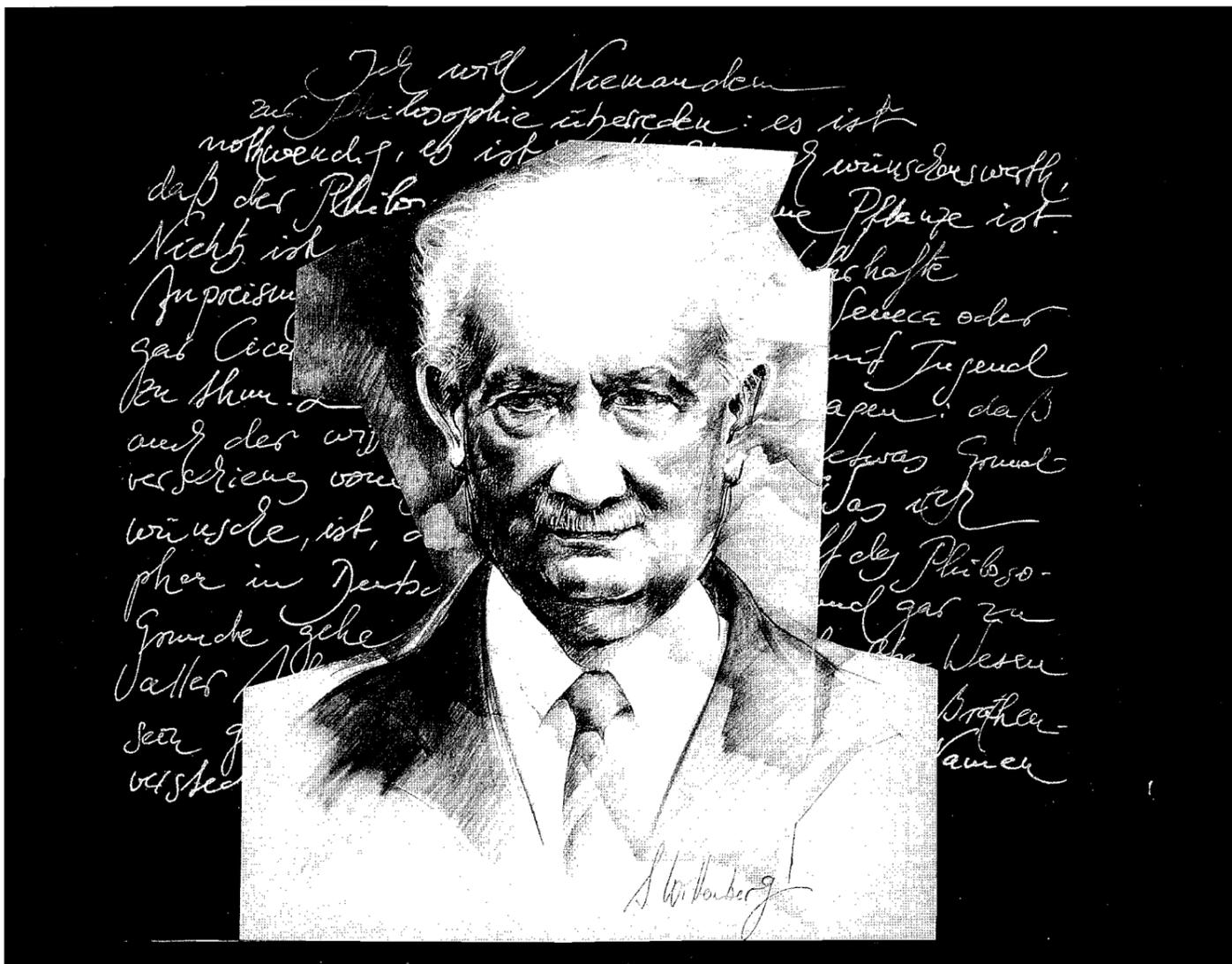
Más adelante se radicalizará la pregunta por el hombre a través de una profundización en la naturaleza del tiempo, emergiendo entonces, como imagen simbólica que define éste, la ambigua transitividad de un Partición jánico con dos caras opuestas en donde confluyen y refluyen dos calles de longitud infinita, el Pasado y el Futuro.

Toda la primera sección del poema nos sitúa en el escenario de un Gran Parto. Todo parece asistir a un aguardado Nacimiento. La exploración del país del futuro tensa la cuerda hacia lo que Ha de Venir: ese gran mar en donde las aguas (turbias y cristalinas) de los fluyente ríos humanos hallan su finalidad, su desembocadura. El superhombre es ese gran mar; o es la diana a la que apunta la naturaleza ágil y veloz de una flecha expresiva de la condición que somos: flechas del anhelo hacia la otra orilla. El hombre se realiza en su verdad si sabe interpretar su gran anhelo. Es su deseo, su «eros».

Se trata de propiciar esa voluntad de creación a través de un singular nacimiento; o de saltar por encima de la propia cabeza (del creador), gestando algo que desborda su condición, su género y especie. O de hacer posible la transformación, en el sentido radical («Verwandlung») de transfiguración, metamorfosis, según la inspiración que preside a lo largo y ancho del Zaratustra: la que se abreva de las mejores ideas (y formas expresivas) del gran poeta y filósofo al que este poema filosófico prolonga, o intenta incluso superar: Goethe. Y en particular su mejor criatura literaria y simbólica: el Fausto.

La idea goethiana de «metamorfosis», la mejor idea filosófica, poética y hasta científica del creador del Fausto, arroja una luz vivísima sobre este gran poema que es Zaratustra. Decía Otilia en su «Diario» en *Las afinidades electivas* que todo aquello que alcanza su perfección y su entelequia (dentro de su género o especie) tiene la virtud de rebasar y trascender ese género y especie. «Lo que es perfecto en su género (en el sentido aristotélico del acto enérgico consumado) rebasa el propio género». Y eso sólo es posible tensando la cuerda de la flecha con el fin de lanzar ésta hacia la estrella. O provocando del propio caos creador el parto de una «estrella danzarina». Pues «hay que llevar el caos dentro de sí para poder engendrar una estrella» que baila y revolotea a través de las eternidades.

Toda la primera parte constituye la asistencia mayéutica de un embarazo en el que la preñez en que se instala nuestra condición hace posible abrir la criatura del que puede acaso habitar «el árbol Futuro». En él asentará su nido, o construirá su hogar habitable, el que ha de venir, el que «siempre» ha de venir; el que desde siempre está llegando, cuya naturaleza «advenidera» le compone y co-



STELLA WITTENBERG

responde: el habitante de ese Futuro que realiza el gran anhelo que el hombre es; donde éste puede al fin ser definido por su «voluptuosidad de Futuro».

El que siempre ha de venir, o el sujeto que debe ser engendrado, es un dios niño (un dios niño que habita y baila en la entraña matricial del propio Zaratustra). Es el Niño de la tercera metamorfosis del espíritu, el que logra transformar al propio espíritu; o que transfigura el camello (venerador, cumplidor; el que acoge todos los pesos y las pruebas con que debe cargar en su ardua existencia en exodo a través del desierto) en el regio habitante del yermo, el león; el león rompedor y rugiente que pronuncia un santo No sobre toda legislación vigente. O que contrapone el «yo quiero» al «tú debes» del espíritu en su primera figura, la figura de la veneración. Ese león debe, sin embargo, transfigurarse en Niño; en el Dios Niño (Dionisos) que está siempre llegando a las orillas del mar, desde alta mar, al encuentro del hombre que refluye a través de su anhelo, y de su voluntad de engendrar, dotando a éste de su calidad de procreador y testigo (de esa gran anunciación).

Por eso el hombre es comparado, simbólicamente, a una densa nube, preñada de aguas cenagosas que, sin embargo, se subliman al desparramarse en tormenta. Del choque entre nubes surgirá el verdadero parto del hombre; pues el «superhombre» es ese Rayo que da sentido al paisaje tormentoso, agitado por vientos huracanados. Y Nietzsche sabe muy bien, y lo expresa, que espíritu significa en hebreo «ruha», viento de tormenta, viento tormentoso que arrebató e inspira, o que abre los cerrojos del sentido mediante su agitación iluminativa y volitiva.

La conciencia lingüística de Nietzsche constituye uno de los rasgos de máxima sabiduría anticipadora de su pensamiento filosófico; por algo ha podido señorear como

nadie en todos los rincones del pensamiento filosófico del siglo XX, el siglo del «giro lingüístico». Sabe, y así lo expresa, que «espíritu» es una forma de expresarse, un modo de uso verbal relativo a ese Sí-mismo que es lo que, como sujeto, habla a través suyo, teniendo por agente el Yo del propio sujeto. Ese sí-mismo es corporal y terrenal; y el espíritu es el modo verbal que mejor expresa esa complejidad de vida y sabiduría, o de inteligencia vital, que todo cuerpo humano (en mi terminología, toda «materia de inteligencia y pasión») puede plasmar. Eso no desautoriza hablar a través de ese término insustituible que una y otra vez asalta el texto de Nietzsche, o los discursos de Zaratustra.

Variaciones del espíritu

Y el espíritu, como todo lo viviente (tanto más en el viviente que es, además, inteligente), se caracteriza por sus propias transformaciones; por sus metamorfosis. En ellas siempre lo Mismo, el Sí-mismo, se va creando y recreando. O por usar una termi-

nología que he usado muchas veces, de procedencia musical: se va variando (al modo de las variaciones musicales, en la forma del Tema y sus variaciones sucesivas, de una sucesividad en progresión; en progresión musical; algo que nada tiene que ver con lo que cierta Ilustración insuficiente concibe como Progreso).

Con esa expresión musical doy mi personal versión, enunciada en palabras, del núcleo duro que Zaratustra apenas pudo nombrar (sin hacerse pedazos en su calidad de sujeto susceptible de uso y expresión lingüística): me refiero a su más recóndita y esotérica doctrina, la que anuda en nudo gordiano su reflexión sobre el tiempo; la que le constituye en «maestro del eterno retorno». Pero esa palabra (del ser), la que dice que éste, en su disposición como ser del límite, se recrea y varía en el modo de las variaciones musicales, no llega a ser pronunciada por Zaratustra; sólo puede soportarla en forma de canto o cantinela, o como estribillo de organillo, en boca de sus animales (que entre tanto la han convertido en eso: en una cancioncilla de organillo de manubrio). □

RESUMEN

El año pasado se celebró el centenario de la muerte de Nietzsche, un filósofo cuya obra ha dominado todo el siglo XX y que a Eugenio Trías le parece que está más vivo que nunca. Considera una adecuada conmemoración la aparición, en español, del monumental estudio que le dedicó Heidegger, en el que el análisis de

Así habló Zaratustra ocupaba un especial lugar, dado que es su obra culminante, en la que convergen la intuición e ideación metafísica y la gestación poética. En Zaratustra la razón filosófica, y su capacidad para forjar conceptos, halla su aleación con la elevación lírica y poética a través de la simbolización.

Martin Heidegger

Nietzsche I y II

Destino, Barcelona, 2000. 536 y 432 páginas. 5.900 pesetas. ISBN: 84-233-3207-1.

Música y nacionalismo

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de más de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, ha sido presidente de la Sociedad Española de Musicología. Por sus discos de Canto Gregoriano ha obtenido premios en París, Tokio, Washington y varios discos de oro y de platino.

«Los primeros músicos en llegar a América Colonial no fueron españoles, sino europeos del Centro, comprendiendo entre ellos a los italianos.» Esta increíble aseveración encabezaba un artículo de opinión titulado «Cuando España se abrió al barroco italiano» publicado en el diario *El Deber* de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), sábado 5 de agosto de 2000, suplemento «Brújula», página 5. La firma no era de un boliviano sino de un profesor italo-argentino de la Universidad de Venecia, Aníbal Enrique Cetrángolo. Argumentaba seguidamente este profesor sin ningún pudor que los españoles no pudieron llevar la música barroca a las misiones americanas, puesto que el barroco musical italiano sólo llegó a España con la dinastía borbónica, esto es, a partir de 1700. El error es craso, porque los hechos son otros y porque en España, antes de esa fecha, se practicó música barroca compuesta por excelsos compositores. Y hablando de Borbones, los seguidores de Jean-Baptiste Lully no dejaron que penetrara en Francia la ligereza musical italiana hasta principios del siglo XVIII, como bien demuestra el *Parallèle des italiens et des français* de François Raguenet publicado en 1702. Pero un simple error no tendría mayor trascendencia —¡tantas veces erramos quienes nos dedicamos a las pesquisas históricas!— si detrás de él no se ocultara una perversa intención de cambiar la realidad histórica con un propósito nacionalista y el de acotar ámbitos de influencia económica, política y cultural de ciertos países europeos en otros que aún se hallan en vías de desarrollo.

Enfoque nacionalista

El musicólogo hispano-venezolano José Peñín, en el libro objeto de nuestro comentario, aclara mucho las ideas sobre el enfoque nacionalista desde donde historiadores, musicólogos y compositores contemplan la música, incluida la actual, en los países iberoamericanos al vincular con exclusividad o singularidad hechos generales a la historia particular de una nación. El impulso que mueve a muchos eruditos a abordar el estudio de la música de tiempos pasados y a los compositores a crear la música de los tiempos presentes se ve frecuentemente afectado por este enfoque. En el mismo flujo hallamos también a investigadores y a estudiosos de algunos países europeos, excepto, quizá, a quienes podrían tener más derecho a proclamar su identidad con los pueblos iberoamericanos en el terreno de la música, los españoles. Por no asumir su pasado histórico musical, ni siquiera nuestro país es capaz de reconocer a aquellos grandes músicos del Siglo de Oro tan grandes en la música, como Calderón y Lope en la literatura, Velázquez en la pintura. Mencionaré a Carlos Patiño (1600-1675) en el IV centenario de su nacimiento, efemérides que no ha tenido celebración de ámbito nacional, ensombrecida por los fastos habidos en honor de su rigurosamente coetáneo Calderón, a excepción de un bello CD con su música, editado por la Sociedad Española de Musicología gracias al empeño personal de Lothar Siemens.

Los manuales de historia de la música consideran, sin embargo, al nacionalismo mu-



JUAN RAMÓN ALONSO

sical como una tendencia, un producto genuino del siglo XIX, que se prolonga en el siglo XX durante décadas. El nacionalismo cultural está directamente relacionado con el nacionalismo político, unas veces como efecto, otras veces como causa, si no como excusa de aquél. Desde el punto de vista artístico, el nacionalismo se encuadra históricamente dentro del romanticismo. Desde el punto de vista musical, hablamos de nacionalismo, además, para englobar a autores y obras de la segunda mitad del siglo XIX que, en países considerados de la periferia, por ejemplo, España y Rusia, buscan la inspiración en la música tradicional, que consideran identificativa del propio país como nación. Felipe Pedrell (1841-1922) pondría como lema del nacionalismo musical español una frase atribuida al jesuita expulso Antonio Eximeno (1729-1808): «sobre la base del canto nacional debía construir cada pueblo su existencia».

El libro de José Peñín sitúa el nacionalismo musical de los países iberoamericanos, no sólo el de Venezuela, como corriente continua derivada de la viva conciencia política de unos pueblos que no parecen haber conseguido su propia identidad histórico-cultural. Nada más abrirlo, sorprende contemplar bajo la misma etiqueta a folcloristas, musicólogos y compositores. Entre éstos aparecen músicos como José Angel Lamas (1775-1814) que no escribió, que haya quedado, sino música de iglesia, Vicente Emilio Sojo (1887-1974) y Antonio Estévez (1916-1988) junto a los jóvenes Juan Miguel Eduardo Astor (1958) y Francisco Sans (1960). José Angel Lamas, imbuido en el tenue neoclasicismo que venía practicándose en las catedrales de España, no pue-

de ser encuadrado, de ningún modo, en un nacionalismo venezolano, siquiera incipiente, como lo fueron plenamente Sojo en su producción profana y, sobre todo, Estévez, autor de la famosa *Cantata Criolla* (1954). Pero los historiadores de la música en Venezuela no pueden dejar de ver en aquel hombre, que vivió y murió miserablemente a la sombra de la catedral de Caracas, una de las glorias del pasado capaz de generar el mayor entusiasmo por la nación.

Desde una perspectiva, si cabe, más romántica, el estudio del folclore en los países iberoamericanos lleva siempre consigo un tinte, asimismo, nacionalista. Luis Felipe Ramón y Rivera (1913-1993), Rafael Salazar (*1944) y tantos otros recortarán por el perímetro de la actual Venezuela, como ya lo hicieron por el de Argentina y por el de otros países el gran folclorista Carlos Vega (1898-1966) y su alumna Isabel Aretz (*1913), la línea de tradiciones musicales que atraviesa verticalmente por los Andes todo el continente americano.

Por lo que se refiere a la creación, parece que gran parte de la música contemporánea en Iberoamérica tampoco llega a despejarse del nacionalismo, alentado en algunos países por el que Fidel Rodríguez Legendre llama «caudillismo cultural». Hugo López Chirico, profesor uruguayo de la Universidad venezolana de Mérida, engloba la música actual iberoamericana bajo el elocuente y curioso epígrafe de «Nacionalismo autoafirmativo». La creación contemporánea no buscaría simple y llanamente, por tanto, la identidad política de una determinada área geográfica. La autoafirmación sería consecuencia, más bien, de

un acto de autodefensa de otro tipo de colonialismo practicado en Iberoamérica por las grandes potencias occidentales. Al reseñar estas corrientes de la música contemporánea definidas por el profesor de Mérida, Peñín es muy crítico y pronuncia sobre las que él llama «nuevas músicas» un severo dictamen: «Creemos que bajo esa intención, aparente en muchos de los casos, se esconde una búsqueda de su afianzamiento personal como compositor sin recursos nuevos con qué expresarse» (pág. 67).

Investigación e información contaminada

La ideología nacionalista contamina también, como decíamos, la investigación histórica y la información sobre la llamada música colonial. En diversos países, México (CENIDIM), Venezuela (Instituto V. E. Sojo), Argentina (Instituto Carlos Vega) etc., existen apoyos oficiales para que la música del pasado colonial americano vaya aflorando en ediciones accesibles a los intérpretes. Sin embargo, los encomiables esfuerzos realizados por musicólogos competentes para recomponer con todo rigor histórico-artístico las partituras, se ven muchas veces arropados por una presentación localista, cerrada sobre el propio país y, peor aún, inductora de ambigüedades, si no de errores. Cuando en 1985, año europeo de la música, nos fue encomendada a los profesores José López Calo, Emilio Casares y a mí mismo la elaboración de un *Diccionario de la Música Española*, me impuse la obligación de atraer a mis dos colegas a mi idea de elaborar una obra de referencia inexcusable, también, para la música iberoamericana. Durante años, el profesor Peñín venía hablándome en Caracas, en la Fundación Sojo, y en Madrid, en la Sociedad Española de Musicología, de la necesidad de incorporar las investigaciones sobre Iberoamérica en los nuevos proyectos que se estaban fraguando en España, entre otros la celebración del Congreso de la Sociedad Internacional de Musicología del que yo era presidente y el nuevo *Diccionario de la Música*. Mis colegas co-responsables del proyecto aceptaron mi propuesta y hoy el *Diccionario de la Música Española e Hispano-Americana* es una realidad (son ya seis volúmenes los publicados por la SGAE).

Pero la culminación de un proyecto tan integrador no es suficiente, aún hoy, para superar el atávico enfoque absurdamente nacionalista, históricamente irreal, que tenían las investigaciones de los años 40, 50 y posteriores, como el del libro del jesuita Guillermo Furlong, publicado en Buenos Aires por Huartes, en 1945, cuyo título lo dice todo: *Músicos argentinos durante la dominación hispánica*. Causa cierto sonrojo observar cómo en los festivales organizados para dar a conocer la llamada música colonial, investigadores e intérpretes repiten no pocas veces etiquetas similares a las del Padre Furlong. Donde anida, a mi juicio, mayor afán por encontrar una identidad excluyente es en la presentación de la música de las Reducciones Jesuíticas de guaraníes, chiquitos y moxos. Hace pocos meses salió al mercado en Francia un CD por la firma K617 con música supuestamente de las misiones. La grabación, que incluía también música de Bach y de Händel, fue realizada en la misión franciscana de Urubichá (Bolivia). Los intérpretes no podían ser más auténticos: el Coro y Orquesta Juvenil de Urubichá, dirigidos por un intrépido y entusiasta joven músico profesional: Rubén Darío Suárez-Arana. Algunos de los componentes de este conjunto coral e instrumental apenas saben leer música, otros cantan y tocan de oído, exactamente como en el siglo XVIII. He tenido la inmensa suerte de



Viene de la página anterior



escucharlos el verano de 2000 en la Misión de San Javier (Bolivia) y confieso que pocas veces he salido tan conmovido después de una audición musical. Urubichá es un pueblo, por camino de tierra a cinco horas de Santa Cruz de la Sierra, que normalmente queda aislado en época de lluvias. Cooperación Española ayuda inteligentemente al mantenimiento del Coro y a otros proyectos educativos y estructurales en el pueblo. Director y músicos estaban disgustados con el tratamiento que la firma de discos había dado a su grabación. La carátula llevaba el siguiente título: «Baroque indien. Art baroque populaire guarayo». Aquellos entusiastas músicos me explicaban cómo se sentían objetos de exhibición por unos señores europeos, quienes con aparente generosidad les prestaban una cierta ayuda para volver a sus tierras con sus trofeos, en este caso el CD, como los viajeros románticos al estilo del célebre Alcides d'Orbigny (1831), narrando las aventuras tenidas con los indígenas de la selva. Para qué hablar de otros redentores, esta vez españoles, quienes en sus gloriosas actuaciones salvíficas a través de CDs promocionados en la televisión parecen enmascarar innecesariamente legítimos intereses comerciales como es el caso del Programa Repsol YPF para la Música en Latinoamérica, sin preocuparse de un patrimonio musical que se pierde y expolia de los archivos. (Véase la reseña de Susana Gaviña sobre este programa en el diario ABC, de 13 de enero de 2001).

Reducciones Jesuíticas

Las investigaciones sobre la música de las Reducciones Jesuíticas del Paraguay llevadas a cabo por el Padre Piotr Nawrot aportan tal cantidad de datos objetivos —la música como elemento sustancial—, que ya no es posible colorear con tintes extraños, por intereses espurios, el barroco musical de las misiones. Hasta el momento, los trabajos de este misionero, que sabe compatibilizar admirablemente su dedicación religioso-pastoral con la musicología, han dado como resultado la publicación de notables partituras, tales como la *Música de Vísperas en las Reducciones de Chiquitos. Bolivia 1691-1767* (La Paz, Don Bosco, 1995) y, muy particularmente, los cinco volúmenes de *Indígenas y cultura musical de las Reducciones Jesuíticas*, con cantos en lengua guaraní, chiquitana y moxeña, incluida la reconstrucción de un drama sacro-musical sobre San Francisco Javier. Para recuperar esta música, el Padre Nawrot ha realizado un trabajo excepcional estudiando los papeles celosamente guardados y bien conservados en el archivo de la Misión de Concepción, después de que fueran catalogados por Waldemar Axel Roldán, Gerardo Huseby y Leonardo Waisseman.

La música que pone Nawrot en manos de los intérpretes es esencialmente sacra, aun cuando a veces tiene texto en lengua indígena. Subraya el autor que «la música en las Reducciones fue, siempre y sólo, litúrgicamente relevante» (vol. I, pág. 3). Ello no obsta para que también en las celebraciones profanas, fiestas reales, visita del gobernador o de un personaje ilustre, se pudiese interpretar música de otro signo, canciones, danzas, óperas, etc. Lo que confirman las investigaciones y la música publicada es la penetración profunda de la música barroca en la vida de las misiones regentadas no sólo por los jesuitas, sino también por los franciscanos, quienes fueron, como es bien sabido, los creadores de la estructura misional de las Reducciones.

De la música de estilo barroco practicada durante el período colonial en las catedrales, conventos, cortes virreinales, casas nobles, Piotr Nawrot separa la de las misiones situándola bajo el epígrafe de «barroco misional» (vol. I, pág. 1). A lo largo de los cinco volúmenes des-

taca, asimismo, como significativa la presencia de misioneros, músicos o no, procedentes no sólo de la Península Ibérica, sino especialmente de otros lugares de Europa.

La variada procedencia de los misioneros no debe exhibirse, en mi opinión, para extraer consecuencias de sesgo nacionalista. Tal hecho indica justamente lo contrario de lo que, al subrayarlo, se pretende: que no es la respectiva nación de cada misionero la que ejercerá decisiva influencia sobre los indígenas de América, sino unas empresas «multinacionales», la Compañía de Jesús y el resto de las Órdenes Religiosas. En su objetivo misional, éstas aplicaban el proyecto evangelizador de la Iglesia católica todavía impregnado de contrarreformismo. En el aspecto organizativo, estaban sometidas al poder temporal de los Reyes de España, siendo abrumador, por otro lado, el peso de la cultura y presencia españolas (51 misioneros españoles frente a 17 de otros reinos sólo en las Misiones de Chiquitos, según la lista de Nawrot, vol. I, págs. 124-127).

Por lo que a la música se refiere, salvo el hecho de cantar más frecuentemente en lenguas indígenas por motivos evangelizadores, ni el estilo ni las formas revelan singularidades suficientes como para poder determinar un «barroco misional» diferenciado del de las catedrales y de otros centros importantes donde se practicaba la música sacra. Para llegar a esta separación ha influido, sin duda, la analogía de la música con la arquitectura y la pintura de las iglesias de las Misiones: Concepción, San Javier, Santa Ana, etc. Pero la equiparación es inadecuada. Pintura y arquitectura misionales llegan a nosotros como proyectos barrocos realizados en unas obras acabadas por los propios indígenas. En estas obras ya terminadas, la técnica y el arte barroco muestran un «mestizaje» en el que brilla el encanto y la singularidad puestos por los artífices que llevaron a la práctica el proyecto así como por los materiales que éstos tenían a su disposición en la selva. En cuanto al proyecto mismo, no me cabe la menor duda de que era, en su pretensión, plenamente barroco, sin otras limitaciones ni etiquetas, exactamente igual que el de las catedrales y demás iglesias.

Pero en el terreno de la música no ocurre lo mismo. Las partituras sólo nos presentan el proyecto artístico, no la realización, que es obra de los intérpretes. Es en este ámbito donde, según la técnica, calidad y recursos exhibidos por los intérpretes, se produce, o no, el «mestizaje».

Con esta perspectiva hay que contemplar en algunas partituras de las Misiones, por ejemplo, la música «facilitada», esto es adecuada a los efectivos reales de las iglesias de obras barrocas, sin etiquetas. Los compositores están inmersos en un mundo barroco español y europeo. Domingo Zipoli, considerado el compositor más representativo del «barroco misional», nunca estuvo en las Misiones de Chiquitos. Nacido en Prato (Italia), pasó tiempo en Sevilla antes de ser destinado a la Provincia del Paraguay para ejercer el cargo de Maestro de Capilla en la iglesia de los jesuitas de Córdoba (Argentina). Sus obras se conservan en el archivo misional de Concepción y también en el catedralicio de Sucre.

Así es que «lo misional», lo indígena, lo mestizo de estas obras no lo encontraremos sino en las hermosas realizaciones de los muchachos de Urubichá, imprevista que tendrán también las obras de Bach y de Händel interpretadas por ellos. Ésta es la cualidad que

no exhibieron los coros, la orquesta, los solistas de la ópera anónima «San Francisco Javier», estrenada en la basílica de Chiquitos bajo la brillante dirección del músico suizo-argentino Gabriel Garrido, pues no sonó de otra manera que la música de las cantadas y villancicos llevados a concierto y a CD por «Las Edades del Hombre».

- (1) *Música popular de Venezuela*, Caracas, 1976.
- (2) *Venezuela y su música*, Berlín, 1982; *Música y folclore de Venezuela*, Caracas, 1985.
- (3) *Música popular argentina*, 2 vols. II: «Fraseología. Proposición de un nuevo método para la escritura y análisis de las ideas musicales y su aplicación al canto popular». Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, 1941; *Panorama de la música popular argentina*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1944, ed. facs. por el Instituto Nacional de Musicología «Carlos Vega», Buenos Aires, 1998.
- (4) *Música tradicional argentina*, Buenos Aires Universidad de Tucumán, 1946; *El folclore musical argentino*, Buenos Aires, Ricordi, 1952.
- (5) *Música, Sojo y caudillismo cultural*, Caracas, Fundación Vicente Emilio Sojo, 1998.
- (6) *La cantata criolla de Antonio Estévez*, Caracas, 1987, págs. 265-266.

RESUMEN

A Ismael Fernández de la Cuesta dos obras muy distintas, una sobre la música contemporánea en Venezuela y la otra sobre la música con cantos indígenas en las Reducciones Jesuíticas del sur de América, le permiten no sólo glosarlas y recordar en el segundo caso el rico barroco musical de las misiones sino, a la vez, reflexionar sobre el

nacionalismo musical de Iberoamérica, que en un pasado reciente se dio con firmeza entre historiadores e investigadores de aquel continente y que todavía pervive, pese al proyecto integrador que pretende ser la aparición (van ya seis volúmenes) en España de un diccionario de música española e hispanoamericana.

José Peñín

Nacionalismo musical en Venezuela

Fundación Vicente Emilio Sojo, Caracas, 1999. 452 páginas. 3.200 pesetas. ISBN: 980-076235-3

Piotr Nawrot

Indígenas y cultura musical de las Reducciones Jesuíticas

Verbo Divino, Cochabamba, 2000. Cinco volúmenes. 10.000 pesetas. ISBN: 99905-43-74-7



JUAN RAMÓN ALONSO

En la espesura de la noche

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934), matemático y físico, es catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Es académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y miembro de la Academia Europaea. Es Premio Nacional de Investigación «Santiago Ramón y Cajal» (1985) y Premio Aragón 1991 a la Investigación Científico-Técnica.

Atravesamos una época en que ciencias duras como la física no ejercen sobre los jóvenes el atractivo de antaño. Si a la dificultad de su estudio, agravada por el bajo nivel de conocimientos con que actualmente llegan los estudiantes a la Universidad, añadimos la escasez de ofertas de trabajo, la exigua consideración social que se traduce en salarios comparativamente bajos, y la clara falta de puestos permanentes en las universidades y centros de investigación, empezaremos a entender el descenso acusado en las vocaciones. Sirenas de alarma están ya sonando en el mundo occidental. Como reclamo se han diseñado programas de acercamiento de la ciencia al ciudadano cuyos impuestos han de promover el desarrollo científico. Estas iniciativas procuran que la gente conozca los espectaculares logros de la ciencia, así como su enorme capacidad de transformación de la sociedad y de generación de riqueza.

El libro que ocupa nuestra atención replica el aldabón de otras sensibilidades. Porta en sus manos dos extraños estandartes: simetría y belleza. Con ellos aproxima la física finisecular al hombre de la calle transmitiéndole toda la maravilla que encierra el gran diseño del universo. Más que a los hechos, atiende a los principios. Y lo hace con insuperable maestría y efectividad. Su autor, Anthony Zee, un físico muy conocido entre los que cultivan la teoría cuántica de campos, se siente fascinado por la simplicidad estética de las leyes físicas, e intenta contagiar al lector. No busca a los especialistas. Se dirige a lectores medios (artistas, hombres de leyes, economistas, arquitectos, médicos, etc), dotados de cierta curiosidad intelectual por conocer cómo se ha ido tejiendo el tapiz de esa física moderna capaz de describir los fenómenos que ocurren tanto a escalas astrofísicas como en los más pequeños rincones del átomo.

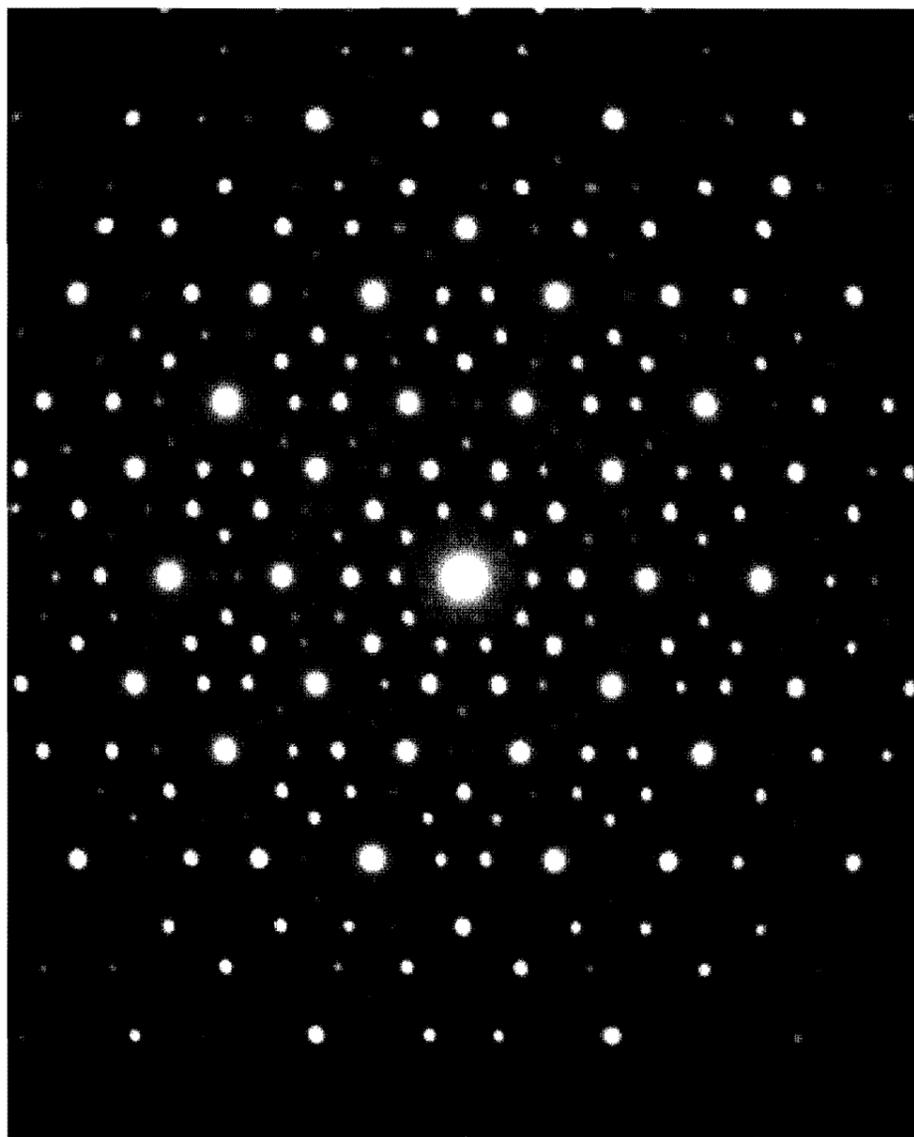
Dos prólogos (primera y segunda ediciones), cuatro capítulos, un epílogo y dos apéndices constituyen la obra, completada con una treintena de páginas adicionales llenas de interesantes notas. Como inspiración poética para poner título a su libro, escoge el autor el famoso poema del romántico William Blake

*«Tyger! Tyger! burning bright
In the forests of the night;
What immortal hand or eye
Could frame thy fearful symmetry?».*

En la misma fuente he bebido para titular esta revisión, y al mismo poeta acudiré para concluir la.

Tras la belleza

Decía Werner Karl Heisenberg que «la belleza es la conformidad propia de las partes entre sí y respecto del todo». Para Platón de Atenas, los ingredientes de la belleza como virtud estaban en la medida y en la proporción. Generalmente no necesitamos de una definición (que resume un sentimiento) para apreciar dónde hay belleza: la vemos sin más en una puesta de sol, en la concha de un molusco, en los restos del Partenón, y en mil



Simetrías en la imagen de difracción por un cuasicristal.

sitios más. Ayudados por microscopios y telescopios, podemos también maravillarnos ante la estructura de un copo de nieve o de una molécula de ADN, ante la majestuosidad de los anillos de Saturno, o el delicado colorido de la nebulosa Trifida.

Pero necesitaremos de una mínima educación y sensibilidad matemáticas para llegar a vislumbrar no ya la estética del producto final sino la belleza de las leyes mismas que rigen finalmente los procesos generadores de éste, a saber, las leyes fundamentales de la física. Sería inconcebible la fealdad en los principios rectores de un mundo en el que hay rosas y hay diamantes.

Una sola palabra tiene la clave para llegar a ese entendimiento: simetría. Según Herman Weyl, «mediante la simetría el hombre ha intentado percibir y crear orden, belleza y perfección». Y si no, que se lo pregunten a los griegos, que en su obsesión por la simetría llegaron a imponérsela al Universo. Hemos tardado siglos en darnos cuenta de su error. Johannes Kepler sustituyó los círculos pitagóricos perfectos, máximamente simétricos, por las elipses de Apolonio de Perge, órbitas planetarias que son soluciones asimétricas de unas ecuaciones para el movimiento celeste «simétricas» bajo rotaciones en torno al Sol.

No, no nos fijemos en el fruto final, sensible a unas condiciones de contorno circunstanciales, y que bien pueden ocultar, como hacen los planetas, las simetrías subyacentes. Enfoquemos más bien la atención en los principios que gobiernan el cosmos, para ver si en ese mundo ideal mora también la belleza.

La esfera nos sugiere de inmediato la idea de la simetría rotacional en un objeto. Las leyes físicas, todas sin exclusión, presentan asimismo esta simetría: operacionalmente se ma-

nifiesta esto en que la física no depende de la orientación espacial de los sistemas. Nunca se han observado resultados diferentes al girar solidariamente la colocación de los aparatos de medida, las condiciones de contorno relevantes y los sistemas físicos objeto de estudio. Otro tanto puede decirse con respecto a las traslaciones tanto en el espacio como en el tiempo. No importa que los experimentos los hagamos en el laboratorio de al lado, o que esperemos unos días a iniciarlos o a repetirlos. Arreglados estaríamos de haber sido de otro modo; la universalidad de la física se hubiera ido al traste, y sus leyes permanecerían ignotas.

Lunas rotas

Hasta 1957 creíamos en la simetría especular: los fenómenos conocidos hasta entonces y sus imágenes en un espejo obedecían a las mismas leyes físicas. Supongamos ahora un trompo que girase sobre el suelo al tiempo que de su interior emanaran gotas de agua que salieran preferentemente hacia arriba (abajo) si el trompo rotase a derechas (izquierdas) visto desde lo alto. En un espejo veríamos un trompo levógiro (dextrógiro) emitiendo gotas de agua hacia arriba (abajo). La física que gobierna a la peonza imagen no sería, por tanto, igual a la encargada de explicar lo que le ocurriría a la peonza real, y hablaríamos de violación de la paridad P en el sistema físico de la peonza. Pues bien, aunque no se conocen peonzas como la anterior, sí hay unos objetos mucho más simples con un comportamiento real similar al descrito; son núcleos de cobalto-60 polarizados en lugar de los trompos, y electrones sustituyendo a las gotas de agua. Con estos núcleos, y a propuesta

de Tsung-Dao Lee y Chen Ning Yang (1956), vió Chien-shiung Wu en el año antes mencionado que las interacciones débiles, responsables de la desintegración del cobalto, no presentan la simetría especular P. Se acababa de levantar la veda; todas las presuntas simetrías iban a pasar duras pruebas de convalidación.

No tardaría en seguir la misma suerte que la paridad la simetría C de conjugación de carga. Sabemos que para cada tipo de partícula elemental (electrón, protón, etc.) existe otro tipo (antielectrón o positrón, antiprotón, etc.) que difiere únicamente en el signo de sus cargas. Son sus antipartículas (predichas en 1928 por Paul Adrien Maurice Dirac y cuyas primeras muestras vio por primera vez en 1932 Carl David Anderson). La simetría C bajo el intercambio de partículas por antipartículas también se desmorona en el mundo de las interacciones débiles: experimentalmente se comprueba que los neutrinos son zurdos y los antineutrinos son diestros. Pero entonces un espejo mágico CP en que las imágenes no sólo intercambiaran derechas e izquierdas sino a la vez invirtieran las cargas tal vez restableciera la simetría. Así se creyó hasta 1964, año en el que un experimento de James Watson Cronin y Val Logsdon Fitch reveló que en el mundo de los kaones, unas «extrañas» partículas, esa luna CP también se rompe.

Hay un profundo resultado, conocido como teorema CPT, que afirma que toda teoría covariante relativista de campos locales necesariamente presenta la simetría CPT: si el espejo CP se combina con la operación T consistente en pasar al revés la película de los fenómenos físicos, éstos y sus imágenes en la nueva luna CPT obedecen a las mismas leyes físicas. No se ha hallado por ahora indicio alguno que sugiera un fallo de esta simetría compuesta, como sería el que las masas o las vidas medias de una partícula y de su antipartícula fuesen distintas. Pero es claro que si CPT es buena simetría, y CP no lo es, tampoco puede serlo T individualmente. Y efectivamente, así se ha comprobado por primera vez hace un par de años en el dominio, otra vez, de los kaones neutros.

En resumen, no le gustan mucho a la Naturaleza las simetrías discretas. En cuanto puede, las quiebra.

Lugares, instantes y graves

La física de Isaac Newton suponía un tiempo absoluto, independiente del movimiento: «Tempus absolutum verum & Mathematicum, in se & natura sua absque relatione ad externum quodvis, aequiliber fluit...» («El tiempo absoluto, verdadero y matemático, de suyo y por su propia naturaleza fluye uniformemente sin relación a nada externo...»). Einstein se vio obligado a relativizar el tiempo, y la constancia de la velocidad de la luz en todos los sistemas inerciales forzó a su fusión con el espacio en una unidad superior, el espacio-tiempo, colección de todos los sucesos (lugares e instantes) o cronotopos. La imposición de la simetría de las leyes físicas bajo el cambio einsteniano de inerciales tuvo consecuencias asombrosas, todas verificadas hasta la saciedad en los laboratorios de altas energías: la contracción de longitudes, la dilatación de tiempos, la equivalencia masa-energía, y en combinación con los principios cuánticos, el mundo de la antimateria. ¡Poderosa simetría!

La presencia de la gravitación impide la existencia de inerciales globales. Pero como todos los graves caen con igual aceleración en el mismo campo gravitatorio (recordemos el legendario experimento de Galileo Galilei desde lo alto de la Torre de Pisa), deján-



Viene de la página anterior



donos caer en un tal campo lo eliminaremos localmente, o lo que es igual, un campo gravitatorio no es distinguible de un campo de aceleraciones. Estas consideraciones llevarían a Albert Einstein (1907) a imponer la simetría de las leyes físicas bajo cualquier transformación del espacio-tiempo, y de aquí a conocer la física en ambientes gravitacionales arbitrarios siempre que se conozca en ausencia de gravedad. Más tarde (1912), propondría una descripción de la gravitación a través de una geometría curva, y por fin (1915) descubriría cómo actúa la materia sobre la curvatura. Es el viejo sueño de Kepler hecho realidad. Nunca el espíritu humano había volado tan alto: la simetría dictaba el diseño.

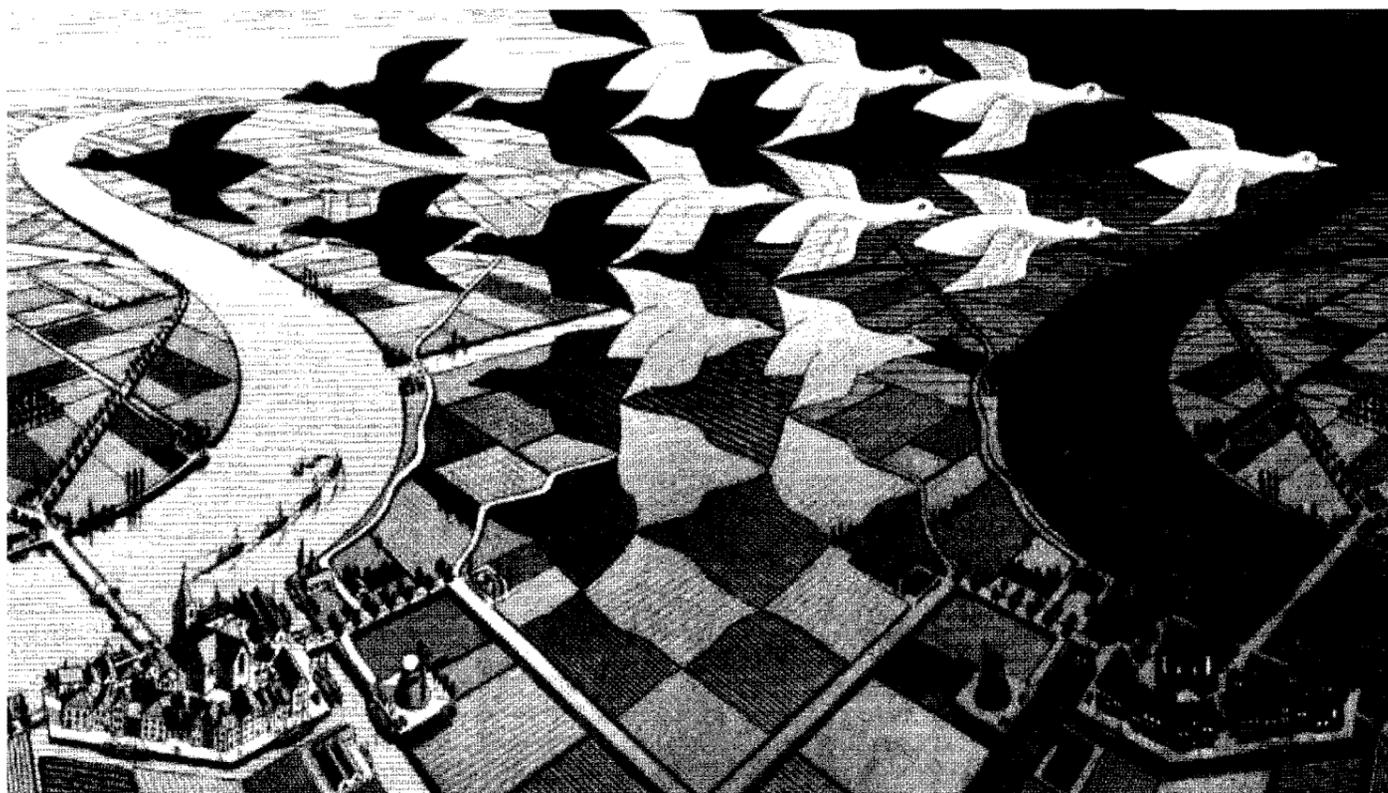
Con el tigre ardiente

La luz pasa de un punto a otro minimizando el tiempo de vuelo. De igual modo, las leyes básicas de la naturaleza obedecen a un principio de acción estacionaria (no necesariamente mínima): existe una función, conocida como acción, de la historia de un proceso, que no cambia al variar ésta de modo infinitesimal. La acción no sólo es una forma muy comprimida de englobar las ecuaciones del proceso. Las simetrías de éste dejan invariante la acción, y recíprocamente. (Aquí el autor escribe un encendido elogio de Emmy Noether, quien junto con Chien-shiung Wu, son los protagonistas femeninos del libro.)

Al aplicar los principios cuánticos, la acción y las simetrías pasan a desempeñar un papel mucho más destacado, determinando la amplitud de probabilidad para cada historia posible entre los estados inicial y final del sistema. Todas las historias imaginables cuentan e interfieren. Y las que dominan son las historias clásicamente realizables. Por otro lado, en el mundo cuántico, las simetrías no sólo delimitan las formas posibles de la acción, sino que además dicen algo sobre los estados mismos del sistema, regulando, por ejemplo, las probabilidades de transición entre ellos.

Durante varias décadas los físicos abandonarán la vena estética en la búsqueda de lo fundamental y se dedicarán a una fenomenología un tanto pragmática, dominada por simetrías aproximadas (desde el isospín de Heisenberg, hasta el camino óctuple de Murray Gell-Mann) en ciertos espacios internos que nada tienen que ver con el espacio-tiempo. Con ello se conseguirá algo importante: ordenar el atiborrado zoo de las partículas conocidas y predecir nuevos niveles de elementalidad (quarks). Pero los guardianes del arte seguían ahí, esperando confiadamente.

En 1954 el ya citado Chen Ning Yang y Robert Mills publicaron un artículo fundamental en el que introducían lo que hoy se conoce como simetrías gauge no-abelianas, una generalización de la conocida invariancia gauge en el electromagnetismo. (A lo largo de los años se han propuesto en nuestro país nombres como «afor», «contraste», «patrón», etc., como traducción del «Eichung» alemán, «gauge» inglés, «jauge» francés. Ninguno ha cuajado. Lamentablemente, el término científico no representa adecuadamente el espíritu de esta simetría —aunque sí lo hiciera al principio, cuando fue propuesto por Hermann Weyl—, y se ha hecho caso omiso a la autorizada recomendación de Yang de hablar en su lugar de simetría bajo cambio local de fases, campos de fase, etc.) Ninguna teoría física en aquel entonces presentaba este tipo de simetrías locales no-abelianas (en las que podemos elegir arbitrariamente en cada punto del espacio-tiempo la transformación a realizar en cada espacio interno), ni se conocían las partículas de masa nula (bosones gauge)

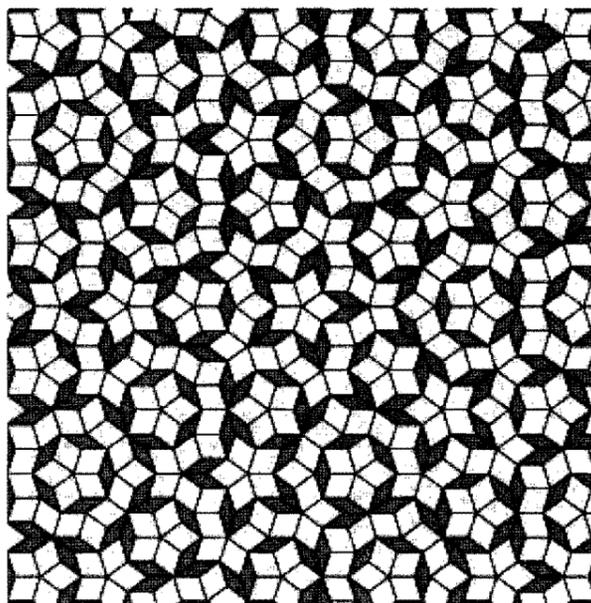


Día y noche (grabado de Escher) y simetría CP.

cuyo intercambio debía transmitir las fuerzas de esa teoría y cuya existencia era necesaria para implementar la simetría compensando la arbitrariedad en la elección local de esta. Como dice Zee parafraseando a Pirandello, teníamos una hermosa simetría en busca de un mundo al que describir.

Por fin, casi veinte años después, apareció el llamado modelo estándar como teoría gauge no-abeliana de las interacciones entre partículas elementales (gravitación excluida). Este modelo, de asombroso éxito predictivo, engloba la cromodinámica cuántica (CDQ) como teoría de las interacciones fuertes, y la teoría electrodébil de Abdus Salam y Steven Weinberg que unifica las interacciones electromagnéticas y débiles. No fue un camino fácil. En primer lugar, había que romper la tensión existente entre la unidad que propicia una simetría exacta y la diversidad del mundo elemental que nos rodea (interacciones con intensidades de acoplo distintas, partículas básicas de masas diferentes, alcances dispares de las fuerzas, etc.). En vez de un universo monótono y aburrido en su sencillez, como el esperado bajo unas leyes exactamente simétricas, observamos otro rebosante de contrastes y mudanzas, lo que parece apoyar una violación explícita de tal exactitud.

Esconder la simetría, compatibilizar exactitud y diversidad han sido un gran triunfo de la física moderna, basado en la idea de simetría espontáneamente rota (simetría de las leyes fundamentales, sí, pero no de su estado fundamental): cuando una simetría gauge no-abeliana se rompe porque en el vacío o estado de menor energía un determinado campo escalar llamado de Higgs tiene un valor medio no nulo, los bosones gauge que no aniquilan dicho vacío adquieren una masa efectiva. Éste es el mecanismo que ha dotado de gran masa a tres de los mesones gauge del modelo electrodébil, los bosones W y Z, y con ello originado el alcance muy corto de las fuerzas débiles. Recientemente, gracias al colisionador Large Electron-Positron (LEP) del CERN, se han



Enlosado rómbico de Penrose.

registrado atisbos de existencia de los cuantos del campo Higgs; si su hallazgo se confirma plenamente —ya con el futuro acelerador Large Hadron Collider (LHC) del CERN o con el Tevatrón de FermiLab— el éxito de la generación «à la» Higgs de masa en el modelo estándar será completo. Fundamentales para el establecimiento firme de este modelo fueron los resultados de Gerardus 't Hooft, quien probó en 1971 algo que inesperadamente

transformaría «la rana de Salam-Weinberg en un príncipe encantado» (en palabras de Sidney Coleman): las teorías con simetría gauge espontáneamente rota son renormalizables, es decir, sus divergencias son controlables y es posible sacar consecuencias precisas de sus ecuaciones.

¿El mundo en un papel?

El resto del relato (gran unificación, desintegración de la materia, supersimetría, cuerdas, teoría M, etc.) es una historia inacabada, sobre cuyo final, imprevisible, no se nos ha pronunciado aún la naturaleza. Podemos escribir en un trozo de papel una presunta acción total, mas no tenemos ni idea de si representará «la teoría definitiva».

Dejaremos que el lector, tras disfrutar con la lectura de este excelente libro, interprete y valore por sí mismo las conclusiones del autor. Son las esperadas tras su vehemente defensa de las simetrías como código rector del diseño último del Universo.

Sólo me asalta en este punto una duda razonable: ¿no estaremos extrapolando en demasía? ¿No pecaremos de excesiva ingenuidad y confianza? Reflexionemos, si no, sobre estos otros versos de Blake:

*«To see a World in a Grain of Sand
And a Heaven in a Wild Flower,
Hold Infinity in the palm of your hand
And Eternity in an hour».* □

RESUMEN

En una época como ésta, advierte Alberto Galindo, en que las ciencias duras como la física no resultan muy atractivas y se produce un descenso acusado de vocaciones, pese a campañas y proyectos de acercamiento de la ciencia al ciudadano, de cuyos impuestos depende el desarrollo científico, un libro como el que comenta es especialmente útil pues aproxima la física al hombre de la calle, intentando transmitirle la maravilla que encierra el diseño del

universo. El autor de esta obra, el físico Anthony Zee, se muestra fascinado por la simplicidad estética de las leyes físicas; y ese entusiasmo es el que pretende contagiar al lector no especializado, portando para ello, señala el comentarista, dos extraños estandartes: simetría y belleza. Hay belleza en una puesta de sol, pero también en una molécula de ADN o en los anillos de Saturno, y para entenderlo hay que recurrir a la simetría.

Anthony Zee

Fearful Symmetry. The Search for Beauty in Modern Physics

Princeton University Press, Princeton, 1999. 356 páginas. 14,95 dólares. ISBN: 0-69100946-5

Maximus in minimo

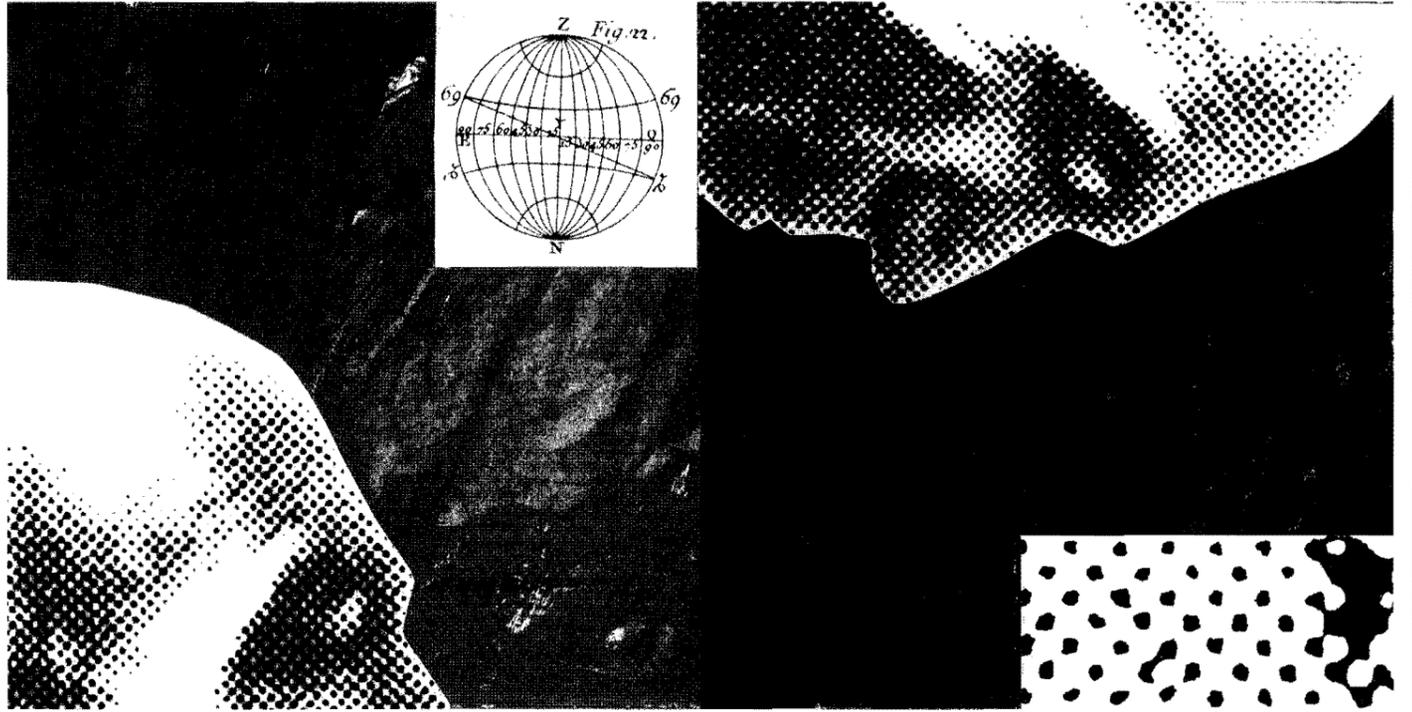
Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940) es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscrito al Instituto de Investigaciones Biomédicas. Se ha dedicado a la investigación sobre la bioquímica y la genética de levaduras, habiendo publicado varios trabajos originales sobre este tema.

Los microbios tienen mala fama entre la gente. Debido a que algunos producen enfermedades, la opinión más extendida es que lo mejor que podría hacerse con ellos sería eliminarlos radicalmente. Así en un reciente anuncio televisivo de un detergente se alarmaba a la audiencia diciéndola que «donde tu ves manchas puede haber bacterias», para inmediatamente tranquilizarla con el mensaje de que el tal detergente era —por supuesto— el único capaz de eliminar a la primera las unas y las otras. Sin embargo la realidad es que sin microbios, o para evitar el sambenito de la patogenicidad que le cuelga a este nombre, sin microorganismos, no podríamos vivir y nos veríamos privados además de una serie de agradables productos que usamos como alimentos. Pocas personas imaginan que la fabricación del chocolate se inicia con una fermentación llevada a cabo por diversos microorganismos que permite separar los granos de cacao de la pulpa que los envuelve en la vaina, y muchas otras se asombrarían al saber que normalmente somos portadores sin notarlo de diversas especies microbianas, en general no patógenas sino beneficiosas.

Hace unos cien años, un grupo de estudiosos de algunos de estos microorganismos fundó la Sociedad Americana de Bacteriología que poco después cambió su nombre al de Sociedad Americana de Microbiología. Andando el tiempo, esa Sociedad se ha convertido en una de las sociedades científicas con mayor número de miembros y más extendidas, no sólo en Norteamérica sino en el resto del mundo. Esta Sociedad con una gran actividad en diversos campos relacionados con la microbiología tiene una justificada preocupación por el alejamiento del gran público de los problemas científicos y en particular de los que conciernen a la microbiología. Como una forma de extender entre el público más información acerca de la microbiología y de acercar al profano el quehacer de los microbiólogos, dicha Sociedad aprovechó las actividades de la celebración del centenario de su fundación para encargar a cuarenta y dos de sus miembros unas páginas cortas describiendo su trayectoria personal y profesional en la microbiología. En la elección de los nombres no se buscaron figuras de escaparate, sino microbiólogos con contribuciones o actividades importantes en la microbiología actual, que mostrasen que esas actividades no están reservadas para algunos pocos elegidos por los dioses. Asimismo se repartieron las contribuciones al libro de manera tal que entre los autores hubiese igual número de mujeres que de hombres. El resultado es un librito de lectura en general fácil, accesible a cualquiera que tenga una educación biológica básica y que debería recomendarse a jóvenes investigadores en determinadas áreas de las ciencias biológicas. Este libro, de unas trescientas páginas, es el que es objeto de este comentario. Diez secciones con títulos tan diversos entre ellos como «Del libro de la inspiración», «La conversión a la ciencia», «La revolución biotecnológica», o «Pasando la antorcha», pasan revista a distintos aspectos de la investigación microbiológica. «Pasando la antorcha» cierra el libro con un tema de extrema importancia, cual es la enseñanza de la microbiología a las nuevas generaciones.

En este comentario se recogen algunas consideraciones derivadas de la lectura de las



ARTURO REQUEJO

distintas contribuciones que parecen de interés para un público general.

La vocación

Comenzaré por el que se refiere a la elección de la microbiología como actividad profesional, lo que podríamos llamar el descubrimiento de la vocación microbiológica. No sé me escapa la dificultad en el uso de la palabra «vocación» y más en un momento en el que la misma palabra parece olvidada, pero decidí recoger bajo ese nombre los diversos motivos que empujaron a los autores a escoger la microbiología como amada labor diaria. Como escribía Marañón, «pocas veces encubrimos con el nombre de 'vocación' la misma cosa, y por el contrario, es el vocablo ilustre pabellón que cubre y dignifica a mercancías de muy diferente dignidad». En numerosas contribuciones del libro que nos ocupa aparece nombrado un motivo común como generador de vocaciones: la lectura de un libro determinado. Y ese libro es el mismo en todos los casos; se titula *Microbe Hunters* (*Cazadores de microbios*) y su autor era Paul de Kruif. Se editó por primera vez en 1926 y su influencia ha sido indescriptible entre numerosos jóvenes norteamericanos. Al igual que otro célebre libro, *Arrowsmith* de Sinclair Lewis, el libro escrito por De Kruif determinó la dirección vital de muchos de ellos. En *Microbe Hunters*, el autor centra la atención en el trabajo de personas que se dedicaron a combatir enfermedades causadas por microbios y lo hace con una prosa fácil de leer y al mismo tiempo arrebatadora. Reeditado en numerosas ocasiones, la última hace cuatro años, el libro fue objeto recientemente de un gran debate por usar expresiones «políticamente incorrectas», e incluso algún grupo pretendió que se reescribiesen determinados párrafos para no herir susceptibilidades de género o raza. Personalmente no me agradó leer acerca de los emigrantes españoles a Cuba, algunos de los cuales fueron usados en experimentos sobre la transmisión de la fiebre amarilla, que «eran inmigrantes ignorantes, poco más inteligentes que animales»; numerosos familiares míos, entre ellos mi padre, estuvieron entre esos emigrantes. Pero no hay que olvidar que *Cazadores de microbios* se escribió en una época determinada y que ciertas expresiones u opiniones no constituyen la parte esencial del libro. Lo que ha determinado que su lectura haya decidido a muchos jóvenes a seguir el camino de la microbiología ha sido su forma de

relatar la emoción del descubrimiento, el sentimiento de lucha y de aventura que tiene una investigación, su estilo directo y su celo misionero. El párrafo final del libro es casi una invitación a tomar el camino de esos cazadores: «... Tan seguro como que el sol saldrá mañana, surgirán otros cazadores de microbios para fabricar balas mágicas, más certeras, más seguras, balas para eliminar para siempre los microbios más nocivos que han aparecido en esta historia...». Y eso le ha convertido en un despertador de vocaciones, como si hubiese escrito «¿qué esperas? Ven tú a cazar, eres necesario». Quizá ciertas biografías como la de Pasteur por su yerno Valléry-Radot o la de Madame Curie por su hija Eva, hayan actuado como catalizador de vocaciones en otros lugares. Sería interesante saber si entre nosotros ha habido algún libro con ese impacto. *Los tónicos de la voluntad* (*Reglas y consejos sobre investigación científica*) de Cajal se dirige a otro tipo de lectores y no puede despertar lo mismo que despierta *Microbe Hunters* a determinadas edades. No habría que olvidar al mencionar a estos despertadores de vocaciones que, de forma quizá inevitable, es seguro han producido frustraciones en personas que, siguiendo la llamada, encontraron en el laboratorio, no el gran descubrimiento sino largos períodos de trabajo de rutina y numerosos momentos de desánimo ante problemas que se resisten tenazmente a su resolución por el investigador.

Otro factor que aparece mencionado en varias ocasiones en el libro comentado es el contacto con personas de excelencia profesional o con un ambiente exigente de inquietud intelectual en el que los profesores transmiten el entusiasmo por la construcción de la ciencia que imparten. A menudo la chispa saltó durante unas vacaciones en las que decidieron, muchas veces sin un motivo claro, trabajar en un determinado laboratorio. Y con una cierta frecuencia se encuentra el caso de quien entró en un laboratorio como técnico y allí se entusiasmó con la materia. Ciertamente algunas de estas situaciones no son extrapolables a nuestras latitudes donde las normas administrativas pueden convertir en una pesadilla para el jefe del grupo el intentar pagar a un estudiante como ayudante o técnico en un momento determinado.

Frente al quehacer diario

Las trayectorias y los intereses de los distintos microbiólogos que aparecen en el libro

permiten asomarnos a la variedad de problemas que conciernen a la microbiología. Hay quien se ha dedicado a establecer un árbol filogenético universal que permitiese colocar a los distintos microbios en una perspectiva evolutiva. Los resultados de esta tarea, en apariencia aburrida y monótona, han traído cambios en la visión de la evolución que trascienden a la microbiología. Así se ha descubierto que las *Archaeobacteria* no son bacterias sino organismos que presentan algunas características de bacterias y otras de organismos eucarióticos. Otros microbiólogos, como el famoso Craig Venter, han desarrollado métodos de secuenciación de genomas que han cambiado el campo de forma radical, abriendo la puerta a una avalancha de información genética que permite replantearse un gran número de nuevos abordajes experimentales.

La tarea que otros se han fijado es la comprensión de la fisiología microbiana; ¿por qué los microbios se comportan de determinada manera en unas condiciones y de forma distinta cuando éstas varían?, ¿por qué ciertos elementos nutritivos estimulan la expresión de determinados genes e impiden la expresión de otros?, ¿cómo sienten algunos microbios la presencia de ciertos compuestos y se acercan a ellos mientras que tienden a huir de otros? Numerosas preguntas, cuyas respuestas abren siempre nuevos campos de conocimiento y de aplicación, aunque ésta última no sea siempre obvia al comienzo de la investigación ni siquiera inmediata al descubrimiento de las respuestas. Ya Pasteur en el prefacio de su clásico libro *Etudes sur la bière* escribía: «el tiempo es el mejor juez de los trabajos científicos y no me escapa el hecho de que un descubrimiento industrial rara vez da todos sus frutos entre las manos del primer descubridor». («Le temps est le meilleur appréciateur des travaux scientifiques, et je n'ignore pas qu'une découverte industrielle porte rarement tous ses fruits entre les mains du premier inventeur».)

Ciertos microbiólogos exploran las profundidades marinas y descubren nuevos organismos en inesperadas asociaciones con invertebrados, otros dedican sus esfuerzos a descubrir capacidades de los microbios que puedan ser susceptibles de aplicación industrial. Así el estudio de los organismos termófilos que viven a temperaturas elevadísimas, ha permitido la preparación y comercialización de



Viene de la página anterior



enzimas resistentes al calor; por ejemplo una enzima denominada *Taq* polimerasa usada en las reacciones de amplificación de DNA, bien conocidas entre el público por la película *Parque Jurásico*. En el otro extremo térmico, se encuentran los organismos psicrófilos, menos estudiados hasta el momento, pero en los que se confía encontrar enzimas que permitan llevar a cabo reacciones químicas a temperaturas bajas; por ejemplo proteasas que funcionasen eficazmente en esas condiciones resultarían útiles en la fabricación de detergentes que lavasen a temperaturas bajas con el consiguiente ahorro de energía.

Numerosos investigadores estudian procesos fermentativos, bien para mejorarlos en condiciones industriales, bien para buscar productos de gran demanda en nuevos mercados, por ejemplo carotenos para añadir a la dieta de gallinas y salmónidos, saborizantes para la industria alimentaria, ácido cítrico para bebidas... Y naturalmente, sigue habiendo microbiólogos que se dedican a «cazar microbios» que producen enfermedades, o que los usan para combatirlos. Así algunos encuentran priones en un organismo tan inesperado y tan adecuado para trabajar como la levadura y otros ponen a trabajar a *Salmonella* en terapias anticancerosas.

El libro que comentamos no se propone dar un panorama de las capacidades de los microbios, pero éstas se aprecian en los relatos de las tareas de los microbiólogos que han escrito sus cortas presentaciones. (Una estupenda visión de esas capacidades puede encontrarse en el libro *Microbes and Man*, escrito por J. Postgate, y publicado por Cambridge University Press, un libro de alta divulgación reeditado y revisado varias veces, la última en 2000.)

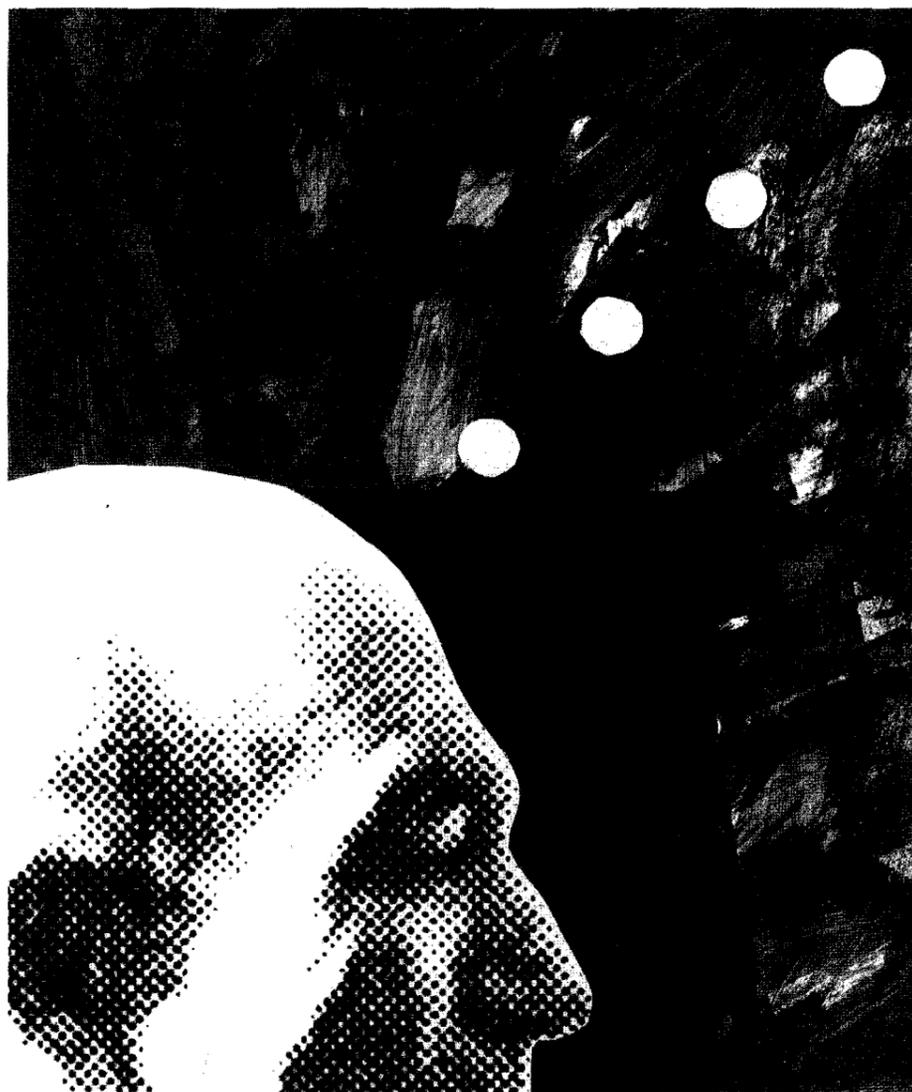
Pasando la antorcha

Hace unos cuarenta años se colocó en la Ciudad Universitaria de Madrid un grupo escultórico donado por Ana Hyatt Huntington, la esposa de Archer M. Huntington, el fundador de la Hispanic Society of America. Un hombre cansado, se diría agonizante, entrega una antorcha a otro que sin muestra de fatiga monta un caballo sin cabestro, sin silla, sin estribos. Los portadores de la antorcha, un símbolo de la transmisión de algo conquistado, del fuego, del progreso. ¿De qué valdría el conocimiento, la antorcha que ilumina el camino, si no se pasase a los que vienen detrás?

Varios microbiólogos que han destacado en su dedicación a la enseñanza de la microbiología reflexionan en el libro sobre este asunto y sobre el papel del maestro. El mejor método de enseñar ciencia tiene que combinar el contenido, el proceso, y la ética del discurso científico; tiene que seguir el modelo de los métodos practicados por los científicos en su labor. Hay que usar la controversia en la enseñanza, la controversia no sólo estimula el interés, es una generadora de ideas y de argumentos.

En el laboratorio de investigación la presencia viva del maestro animará a los estudiantes en sus tareas cotidianas que a menudo encierran grandes dosis de manipulaciones repetitivas. El mejor maestro será aquél que no asuma el papel de brillante intelectual superior, sino que cree una atmósfera en la que los estudiantes puedan desarrollarse y convertirse en investigadores independientes. Los mejores maestros aprenden de sus estudiantes.

Uno de los contribuyentes al libro comenta cómo recientemente oyó decir a uno de sus estudiantes que en el futuro la microbiología sería aburrida ya que es previsible que los cromosomas de todas las bacterias estarían secuenciados. Esta idea errónea puede no estar reducida al estudiante mencionado; es posible que en ciertos círculos, los planifica-



ARTURO REQUEJO

dores de políticas científicas caigan en la tentación de creer que la secuenciación de los genomas es lo único importante, que después de esto ya no habrá nada más por descubrir y que los planteamientos fisiológicos estarán caducos. Craso error, ya que el conocimiento de la secuencia de DNA es importante y la información contenida en las bases de datos elimina un trabajo tedioso y proporciona mucha información, pero no elimina la necesidad de creatividad en la interpretación de los resultados o en el planteamiento de nuevas preguntas. Por ejemplo en el caso de microorganismos patógenos, es necesario saber cómo el microorganismo interacciona con el huésped, por qué en determinadas situaciones expresa los genes que le confieren patogenicidad y en otras no. El comportamiento del organismo entero no puede reducirse a su secuencia de DNA aunque ésta sea determinante para aquél. Como nos recuerda otro participante en el libro, el abordaje utilizado por lo que él denomina «escuela francesa de microbiología» consistente en una mezcla equilibrada de genética, análisis de crecimiento y «atención escrupulosa al balance de los procesos biológicos» abrieron campos vastos e insospechados a la microbiología. Transmitir estas ideas a los jóvenes investigadores es una importante tarea para el microbiólogo.

Al hilo de estas reflexiones cabría preguntarse qué sucede en las etapas iniciales de la transmisión del conocimiento microbiológico. Es decir ¿qué pasa en las clases de las escuelas, de los institutos, donde con frecuencia se generan o se matan aficiones, vocaciones que determinarán la trayectoria de una vida?

A menudo la enseñanza de la ciencia se hace de forma aburrida y desprovista de estímulo o reto intelectual, precisamente lo contrario de lo que es la ciencia en la realidad. Según un artículo aparecido en la revista de la Sociedad Americana de Microbiología, en ju-

nio del año pasado, el 30 % de los candidatos a profesores en escuelas o institutos del estado de Massachusetts en 1998, no pasaron una prueba de lectura y escritura básica y el 63 % fracasaron en los temas científicos.

Para mejorar la enseñanza en el caso concreto de la microbiología, una Fundación para la Microbiología ha lanzado en Estados Unidos programas dirigidos a las escuelas. Estos programas han incluido en general la realización de cursos para el entrenamiento de los profesores. Algunos de estos cursos se han realizado en instituciones tan prestigiosas como el famoso Laboratorio de Biología Marina de Woods Hole. Se han creado lugares en la red en los que se describen experimentos que se podrían hacer en las clases para interesar a los alumnos. Uno de estos sitios de la Sociedad se ha traducido al español por un grupo de estudiantes voluntarios de diversas facultades de Bogotá.

Asimismo la Sociedad Americana de Microbiología ha colaborado en la realización de programas de televisión dirigidos al gran pú-

blico que han alcanzado índices de audiencia inesperadamente elevados. Estos intentos de mejorar la enseñanza y acercar la ciencia al público son fundamentales en un momento en el que, como se dice en algún lugar del libro, entramos en una era en la que la ignorancia científica no podrá ser una opción para los ciudadanos. Prácticamente cualquier decisión, privada o pública va a implicar algún conocimiento científico. Y los conocimientos biológicos serán extremadamente importantes. Por ejemplo, ¿se debe o no prohibir el uso de antibióticos en los piensos animales?, ¿es razonable votar a un político que quiera prohibir las plantas transgénicas?, ¿se puede diseminar un organismo modificado genéticamente para limpiar un derrame de vertidos tóxicos?, ¿hay que preocuparse ante el bioterrorismo y destinar una parte significativa del presupuesto a su estudio y posibles formas de combatirlo?

Si no se posee una buena base científica para razonar sobre los puntos de vista opuestos en esas cuestiones, existe el grave riesgo de caer en las manipulaciones de los siempre ardientes defensores de determinados puntos de vista que apelan falazmente a las emociones en vez de a la razón. Y esto es siempre peligroso en cualquier terreno.

«Small is beautiful»

Parece que cuando Linneo meditaba sobre su sistema de clasificación, escribió refiriéndose a los microbios «... son tan pequeños, tan confusos, que nadie podrá saber nada sobre ellos, simplemente los colocaremos en la clase Caos». Hoy está claro que Linneo, como tantas autoridades que hicieron predicciones, se equivocó. Hemos logrado saber mucho sobre ellos y en numerosos casos los hemos puesto a nuestro servicio de una manera controlada. Cuanto más sabemos de los microbios más claro queda que constituyen un mundo fascinante cuyos individuos nos maravillan con sus logros en la solución del problema de adaptación a diversos medios. Y todo ello en un grado de miniaturización que despierta envidia en los ingenieros que tratan de reducir las dimensiones de diversos aparatos. Asimismo vemos que numerosas disciplinas o proyectos biológicos aparentemente alejados de la microbiología son tributarios de ella; ¿imaginará el gran público que el proyecto de secuenciación del genoma humano, con todas sus implicaciones, hubiese sido imposible sin el conocimiento previo de la biología de sistemas bacterianos y de la levadura?

El libro que nos ha ocupado sólo ha tratado de los microbios como objeto de trabajo de una serie de personas que cada día conviven con ellos de una forma apasionada. Personas entusiasmadas con el estudio de lo muy pequeño, convencidas de que «small is beautiful» y que suscribirían sin reparos el sentido de la frase de San Agustín: «Deus magnus in magno, sed maximus in minimo». □

RESUMEN

Linneo al establecer su sistema de clasificación colocó a los microbios en la clase Caos, dado que por su tamaño y confusión nadie iba a poder saber nada sobre ellos. Popularamente, nos lo recuerda también Carlos Gancedo, los microbios arrastran la mala fama que supone que todos ellos producen enfermedades. La conmemoración de los cien años de la Sociedad Americana de Microbiología ha propiciado la

aparición en Estados Unidos de un libro divulgador, en el que 42 de sus miembros tratan de extender entre el público profano información sobre la microbiología y acercar a ese público no especializado el quehacer de los microbiólogos, una serie de personas que cree en el célebre «small is beautiful» o en el sentido de la frase de San Agustín: «Deus magnus in magno, sed maximus in minimo».

R. M. Atlas (coord.)

Many faces-Many Microbes: Personal Reflections in Microbiology

Sociedad Americana de Microbiología, Washington D. C., 2000. 300 páginas. 39,95 dólares. ISBN: 155-581-190-6.

Crimen y castigo en América

Por Juan Antonio Bardem

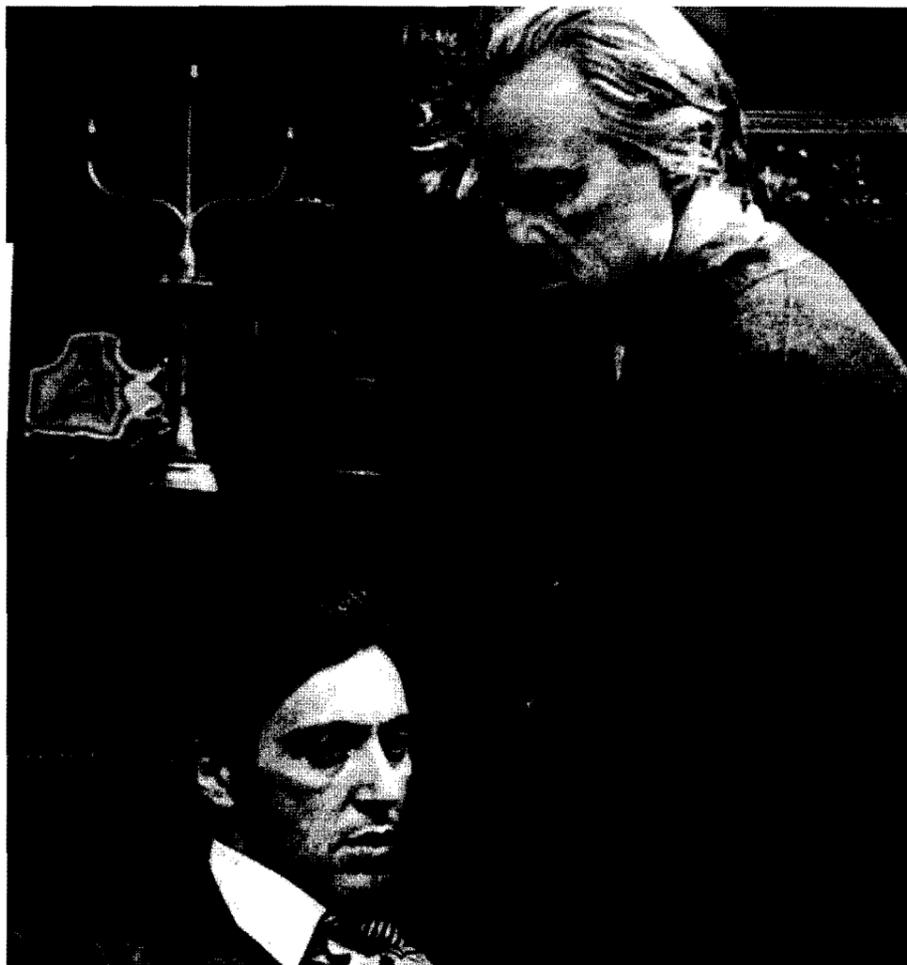
Juan Antonio Bardem (Madrid, 1922) es ingeniero agrónomo, aunque su vida está dedicada al cine. Su filmografía contempla una veintena de films realizados como guionista y director, entre ellos Muerte de un ciclista, Calle Mayor, El joven Picasso (serie para las televisiones autonómicas españolas) y Resultado final.

De pronto, surgen películas que conmueven tanto los cimientos de la industria como el corazón y el espíritu de los espectadores. Tal es, y fue, el caso de *El Padrino* (I) (1972) que se convirtió de la noche a la mañana en un monumento del paisaje del cine americano erigiéndose tanto para la opinión de la crítica como del público en una de las obras imperecederas del cine americano. La preeminencia de *El Padrino II* (1974) casi comparable al I, reside no solamente en sus cualidades artísticas, sino en la mirada crítica, tan rara en las películas americanas de los 70, sobre un atípico protagonista americano como emblema del imperio USA. *El Padrino III* trae a primer plano el tema de la «redención» de ese individuo, presente ya en la visión de Coppola desde el origen del primer *Padrino*.

Es pues natural contemplar esas películas como una trilogía desde la original continuidad de la visión de su director que cala a fondo en el crimen y el castigo dentro del íntimo santuario de una dinastía americana. Como aventura comercial, *El Padrino* y con menor impacto *El Padrino II*, fueron «taquillazos» fuera de serie. En su día *El Padrino* llegó a ser el film de mayor recaudación de todos los tiempos. En los años siguientes a su estreno, la trilogía *El Padrino* ha ingresado más de un billón de dólares. Y eso sin mencionar los numerosos galardones («oscar») de la Academia, a la mejor película, guión adaptado, actores protagonistas y dirección en sucesivas ediciones.

Mitología americana

Además, las dos primeras partes de la trilogía se convirtieron en un fenómeno social y penetraron en todos los niveles de la cultura americana, alta o baja, a veces por actitud, a veces por referencia y a veces, también por sus escenas icónicas reconocibles. Las dos primeras, no sólo entraron en la mitología americana y en la historia del cine, sino que permanecieron allí durante más de 25 años. Lo que confiere a la trilogía *El Padrino* su carácter distintivo viene dado por la intersección del carácter nacional del cine americano de «género» con la tradición artística del cine europeo. Esa trilogía exhibe un muy alto grado de calidad profesional en todos sus componentes: decorados, vestuario, iluminación, cámara, sonido, música y montaje. Juntos todos creativamente suministran



Marlon Brando y Al Pacino en «El Padrino».

un nivel extraordinario de espléndida sensualidad en su presentación y realización.

La trilogía *El Padrino* está, por tanto, enraizada en las convenciones del cine americano de «crímenes» y en la experiencia social de un ambicioso «extranjero» que da forma a esas características de película de «género». La invención fundamental de la adaptación cinematográfica de Coppola y Puzo, sobre la propia novela de Puzo reside en su reinterpretación de las convenciones de un cine de «género» criminal transformado ahora en melodrama familiar y épico. Y es precisamente esta transformación del «tema» lo que ha dado a la trilogía su atractivo popular.

La estética de Coppola, es decir, la sensibilidad y el concepto que dan forma a estas películas, es simultáneamente realista y teatral. Pudieran también considerarse estas películas como «antimodernistas» en el sentido de que las acciones que la cámara fotografía no necesitan para nada «efectos especiales» y porque su «puesta en escena» es de una transparencia y «clasicidad» absolutamente ortodoxas. Sin embargo el hecho que las más elogiadas escenas están concebidas dentro de la famosa yuxtaposición de Eissenstein (por ejemplo, el «montaje de atracciones» entre el bautizo del ahijado de

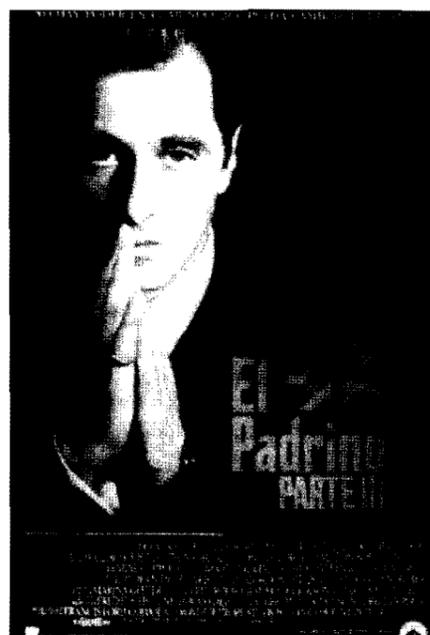
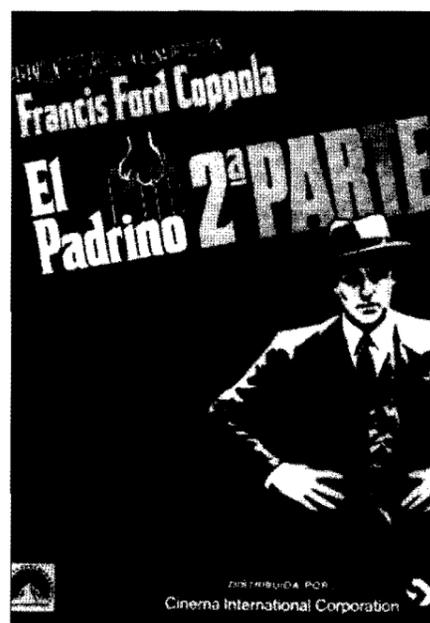
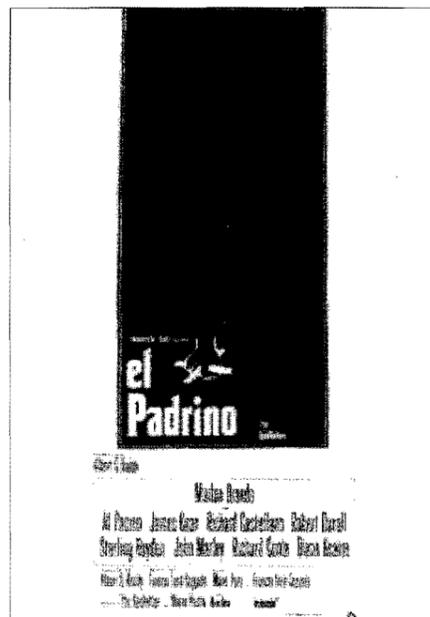
Michael y la «eliminación» violenta de sus enemigos al hilo de las palabras del sacerdote «¿Renuncias a Satanás?») nos hace concluir que en definitiva la estética coppoliana se asienta básicamente en su perfecta «puesta en escena», es decir en el decir y hacer de los actores delante de la cámara.

Actuación y dirección

El poder de estas películas está íntimamente ligado con las extraordinarias actuaciones de Brando y especialmente Pacino y su peculiar estilo de «actuar» —«el método»— que ellos utilizan. La brillantez de la dirección de Coppola reside en dos partes: la primera, el exquisito cuidado con el que trata al personaje que Brando incorpora, su envejecimiento, su juiciosa benevolencia para enfrentarlo a la aparición de un Pacino que se mueve desde su devoción filial hasta convertirse en el criminal calculador, agresivo, reprimido, asesino de sus enemigos y de su propia familia. La segunda cualidad del director Coppola consiste en el descubrimiento de un estilo cinematográfico, principalmente a través del trabajo de cámara y la composición de los encuadres individuales, que da un sentido épico y una significación al trabajo de sus actores.

Es un cine «transparente», decíamos antes, que no necesita llamar la atención sobre sí mismo sino sobre lo que está acaeciendo delante de la cámara, ese espacio donde «teatralmente» discurre la acción, sabiamente construido con la iluminación pertinente que da todo su sentido a la apariencia y la mirada de los actores, a sus movimientos y a sus frases. La importancia de la trilogía *El Padrino* reside tanto en el conocimiento y el nuevo uso de las convenciones de un género como en la inteligencia directorial trabajando dentro de los límites más diferenciados de la tradición del teatro americano adaptado sabiamente al cine.

Este libro aprovisionará esa orientación crítica de aquellas personas que quieren ir



Carteles de la trilogía.

más allá de los tópicos usuales de la historia de la producción de esos filmes, de la personalidad de sus creadores y de las anécdotas de rodaje y consideran críticamente dichas películas como obras maestras del cine americano de todos los tiempos. □

En el próximo número

Artículos de Guillermo Carnero, José María Martínez Cachero, José Luis Pinillos, Elías Díaz, José Antonio Campos-Ortega y Vicente Verdú.

RESUMEN

Juan Antonio Bardem comenta un ensayo sobre la popular trilogía *El Padrino*, de Coppola, ese monumento del paisaje del cine americano, que tanto crítica como público consideran como una de las obras imperecederas de esa poderosa industria, y que ha ingresado en casi treinta años más de un billón de dólares.

Para el comentarista, entre otros aciertos esta trilogía debe su éxito a la intersección del carácter nacional del cine americano de «género» con la tradición artística del cine europeo y a la reinterpretación de las convenciones de un cine de «género» criminal transformado en melodrama familiar y épico.

Nick Browne (ed.)

Francis Ford Coppola's the Godfather Trilogy

Cambridge University Press, Cambridge (EE UU), 2000. 191 páginas. 16,95 dólares. ISBN: 0-521-55950-2.

Guillermo de Torre: de la aventura al orden

Por Guillermo Carnero

Guillermo Carnero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista «Anales de Literatura española». Ha publicado, entre otros trabajos, Los orígenes del Romanticismo reaccionario español, Las armas abisinias, La cara oscura del Siglo de las Luces, así como ediciones críticas. Es Premio de la Crítica y Premio Nacional de Poesía 2000, por Verano Inglés.

De su tocayo Guillaume Apollinaire tomó Guillermo de Torre el título de uno de sus libros más conocidos, divisa conscientemente asumida de su trayectoria intelectual: *La aventura y el orden*. El texto al que me refiero es el poema «La hermosa pelirroja», uno de los mejores diagnósticos del adanismo que la Vanguardia ostentaba como signo de su sintonía con una época de crisis inaugural: «Sed indulgentes cuando nos comparéis, / a los que buscamos sin tregua la aventura, / con los que fueron la perfección del orden / (...) Piedad para los que combatimos siempre en las fronteras / de lo ilimitado y lo futuro, / piedad para nuestros errores, piedad para nuestros pecados». Si Apollinaire hacía suyo, como un destino trágico, el tránsito del orden a la aventura, el dinámico aventurerismo del primer Guillermo de Torre dio muy pronto paso a la búsqueda del orden y el equilibrio, en parte porque esa fue la tesis de la vanguardia hispánica desde los mismos años veinte, en parte porque de ese modo contribuía él mismo a convertir en clásica la década anterior a la constitución de la Generación del 27. Guillermo de Torre (1900-1971) fue uno de los testigos primordiales de aquella época, y al centenario de su nacimiento debemos la acertada iniciativa de publicar el facsímil de esta obra mítica e inencontrable. Ojalá hubiera aparecido también el de sus *Literaturas europeas de vanguardia* (1925). José M^a Barrera, buen conocedor del Ultraísmo, tiene en su haber las recientes ediciones de los facsímiles de las revistas *Grecia*, *Horizontes* y *Ultra*, los poemas de Rogelio Buendía y una larga lista de estudios que han contribuido a llamar la atención de los historiadores de la vanguardia española, y a redefinir, en su alcance más completo, el concepto de Generación del 27.



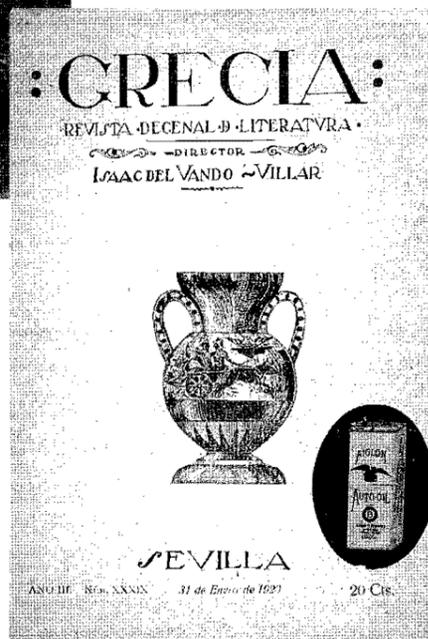
Retrato de Guillermo de Torre por Francisco Boreas (1923)

El profesor ex poeta

Guillermo de Torre tomó el camino del exilio, rumbo a Buenos Aires, en 1936, en compañía de Norah Borges —hermana de Jorge Luis—, con la que se había casado en 1928 y a la que había conocido en los años (1918-1921) de su primera estancia en España. A quien haya hojeado las más notorias publicaciones de aquel entonces le serán familiares sus xilografías expresionistas, «el arte candoroso y torturado» que, según proclamó a los cuatro vientos su futuro marido en el número de 15 de junio de 1920 de *Grecia*, iluminaba «ecuacionalmente con sus fulguraciones pictóricas el feérico vértice enedimensional donde maduran virgíneas perspectivas líricas», al sintetizar «candor purificado», «inquietud polirrítmica superatriz», «íntimas luminarias hiperconscientes» y otras bizarrías no menos estupendas. Guillermo fue, al otro lado del Océano, inspirador de los proyectos editoriales de Espasa-Calpe y Losada, editor de García



Primera edición de *El movimiento VP* de Rafael Cansinos Assens (1921)



Número 39 (enero 1920) de la revista *Grecia*.

Lorca, Ramón, Rubén, Antonio Machado, Unamuno y León Felipe, y autor de una extensa obra crítica que llevó al mejor nivel el ensayo español de su tiempo: *La aventura y el orden*, *Apollinaire y las teorías del Cubismo*, *Problemática de la literatura*, *Qué es el Superrealismo*, *Las metamorfosis de Proteo*, *El fiel de la balanza*, *Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneo*, *La aventura estética de nuestra edad*, *Tres conceptos de la literatura hispanoamericana*, *Al pie de las letras*, *Del 98 al Barroco*, *Nuevas direcciones de la crítica literaria*... En la España de la dictadura, las obras de Guillermo de Torre —tanto como las de Ortega y Gasset— fueron, además de una cantera de ideas y datos y un constante estímulo a la reflexión, una bocanada de aire puro que traía la nostalgia de un reciente pasado presidido por la perdida libertad de pensamiento. Los profesores en trance de oposición tenían como libro de cabecera *Nuevas direcciones*, que les aportaba

un útil compendio de metodología literaria hasta las entonces últimas tendencias (Formalismo y Estructuralismo), salpicado de referencias a Eliot, Barthes, Lukacs y Eco, y de equilibradas consideraciones sobre los hallazgos y peligros del marxismo, la sociología o la autocrítica de los creadores, y el deseable equilibrio de la crítica entre historiografía y teoría, entre ciencia e intuición personal basada en el gusto y el hábito de lectura. De Torre dejaba siempre traslucir entre líneas su visión de las épocas culturales desde la síntesis de arte y literatura comparada; su esfuerzo de comprensión de cualquier aventura intelectual y artística, con una voluntad integradora a la que no ha de achacarse más olvido que el tocante al siglo XVIII; su propósito de acercarnos el pasado con la exigencia del historiador minucioso pero también con el entusiasmo de quien lo sabe actual y vivo. Muchos de sus trabajos siguen hoy vigentes, por su información y por su espíritu. Al estudiar las revistas de fines del XIX dio una importante llamada de atención a los investigadores acerca del valor de las publicaciones periódicas como expresión de poética colectiva y como registro del pulso de la historia diaria de la literatura en marcha, o de la prehistoria de los escritores en sus momentos de indefinición juvenil. Destacó igualmente el género perdido de la Historia literaria española que constituyen memorias, autobiografías, diarios y epistolarios, diezmados por la incuria y la pudibundez de las familias. Valoró con ecuanimidad la curiosidad siempre atenta, y la claridad y precisión, del pensamiento de Ortega —simbolizado en su acierto por el arquero de un ex libris que también dibujó para él Norah Borges—, no sin dejar de señalar la poca fortuna, y la vocación de ser torcidamente interpretado, que desvirtuaban el concepto de «deshumanización del arte».

Intervino decisivamente en la discusión del concepto de «generación del 36», en un artículo de octubre de 1945 en la revista bonaerense *Cabalgata*, negando la validez de la nómina de escritores, en el exilio o no afectos al franquismo, propuesta aquel mismo año por Homero Serís, en respuesta a su vez al intento de Pedro de Lorenzo —en *Arriba y Juventud*, 1943— de definir la supuesta generación por su adhesión a la España de la sublevación de 1936. Si tanto la España de Franco como la del éxodo y el llanto intentaron convertir ese capítulo de la periodización literaria en una operación política, Guillermo de Torre —incluido en la nómina de Serís, y al margen de lo próximo que se sintiera a ella— no se avino a aceptar que la legitimidad ideológica autorizara la deformación de la verdad. Conocía muy bien, como historiador de la crisis del Superrealismo en su adhesión al Comunismo, la capacidad destructora que tiene toda manipulación, aun la emprendida en nombre de la más exigente necesidad histórica y de los principios más supuestamente legítimos.

En este número

Artículos de

<i>Guillermo Carnero</i>	1-2-3	<i>Elías Díaz</i>	8-9
<i>José María Martínez Cachero</i>	4-5	<i>José A. Campos-Ortega</i>	10-11
<i>José Luis Pinillos</i>	6-7	<i>Vicente Verdú</i>	12

SUMARIO en página 2





Guillermo de Torre: de la aventura al orden

El poeta más joven

El más autobiográfico de los libros de Guillermo de Torre —junto a *Literaturas europeas de vanguardia*— es *Apollinaire y las teorías del Cubismo*, en su evocación de la emergencia del Ultraísmo como época de agitación y cambio presidida por Ortega, Juan Ramón, Gómez de la Serna, Cansinos y Huidobro. La relación de Guillermo de Torre con los tres últimos no fue afortunada, quizá porque entre los cuatro se estableció una inevitable competencia en materia de liderazgo.

Es obvio que a Guillermo de Torre hubo de interesarle contar con la colaboración y el nombre de Ramón, por su indiscutible prioridad en la prehistoria del Vanguardismo español. Sin conseguir que se integrara en un grupo que hubiera desnaturalizado su Ramonismo, anduvo a su alrededor y sin duda le hizo la corte: así figura entre los asistentes (Bacarisse, Bergamín, Salinas, Valle...) al banquete que tuvo lugar, según *La sagrada cripta...*, el 6 de mayo de 1922, en honor del Don

Nadie que, como compendio de la mediocridad burocrática y conservadora, tuvo algo de anticipo de los enemigos de Góngora representados por los monigotes de Moreno Villa que se quemaron en el auto de fe del 27, según la crónica aparecida en la revista *Lo-la*.

Ramón nos dejó en *Pombo* una estampa ridícula del «muchachito inteligente y delirante, con su cara de niño de anchas, grandes y abanicadoras orejas», que le solicitaba ser aceptado como su discípulo, después de haber sido rechazado por Eugenio Noel y Cansinos, y al que examinó y admitió por lástima, «para que no se pasase la vida buscando a su maestro, yendo de la Ceca a la Meca por los desiertos calcinados y calcinantes».

A ese mismo episodio se refiere Cansinos en la cruel estampa que aparece en *La novela de un literato* (y ampliada en *La nueva literatura*), evocando la visita del «pollo pera» con «orejas como ventiladores» que, confesándose un expósito literario, vino a solicitar su paternidad espiritual. Y en *El movimiento VP* lo presentó con los rasgos grotescos del «poeta más joven» que se cree la quintaesencia y el líder natural de la ruptura literaria, cultiva el galimatías y abusa del neologismo:

«Yo no puedo sentarme. Yo soy hijo de la hora más moderna, y soy esencialmente dinámico. Yo debo estar en pie como una antena transmisora, como la Torre Eiffel. Acabo de nacer, ya lo notaréis en el temblor de mis orejas vibrátiles. No reflejáis bien la vida moderna, rafagueante, zigzagueante, centrífuga y centrípeta, vagorosa, tangencial y dehisciente. Soy producto de la mecánica moderna, soy el hijo de la Fémica aviadora y porvenirista. Vivo en las cuatro dimensiones y por eso soy intersticial».

Bien es verdad que Guillermo de Torre fue el primer responsable de esa imagen caricaturesca, por el estrambótico lenguaje y la ostentación crispada de la modernidad y la novedad que convierten en inconfundibles sus poemas y manifiestos, y que asumió como señal primordial de su personalidad: véase el autorretrato del número de 1 de agosto de 1920 de *Grecia*.

Guillermo de Torre y la poética vanguardista

Guillermo de Torre estuvo siempre en primera fila de la Vanguardia española, y colaboró en sus más relevantes revistas con poemas, manifiestos, noticias y traducciones de autores extranjeros. *Grecia* publicó (marzo de 1919) el manifiesto fundacional del Ultraísmo, que firmó junto a Bóveda, Comet, Garfias y Rivas Pinedas, y en el que, tras proclamar el magisterio de Cansinos, se propone el nombre de la tendencia y se anuncia la aparición de la revista que lo llevará por título. Como encarte del último número (noviembre de 1920) de la misma *Grecia* apareció el célebre *Manifiesto vertical*, en el que Guillermo de Torre basa el arte nuevo en la psicología entusiasta y dinámica, el asentimiento al presente tecnológico y el rechazo del realismo y el sentimentalismo, y define el Ultraísmo como «una escuadrilla aviónica de espíritus porveniristas que exultan impávidos en su tangencialidad solar». Desde comienzos de 1920 ha adquirido el nombre de Guillermo de Torre proyección internacional, pues el número 6 (febrero) de la revista *Dada* lo incluye entre los «presidentes» dadaístas junto a otros cinco españoles: «Cansino d'Assens» (sic) y Lasso de la Vega —alfabetizados respectivamente en la A y en la V—, Huidobro, Josep M^a Junoy y el galerista Josep Dalmau.

Según el número 1 de la revista *Ultra*, Guillermo de Torre participó en la velada ultraísta del 28 de enero de 1921 en el cabaret Parisiana, aunque el 2 no confirma que asistiera. Escribió sobre Ultraísmo, Dadaísmo y Cubismo en *Cosmópolis*, la revista de Enrique Gómez Carrillo. En *Ultra* apareció su «Diagrama mental» en el número de 10 de noviembre de 1921; en el de 1 de enero de 1922, la «Proclama», firmada también por Borges y otros, que había visto previamente la luz en la revista bonaerense *Prisma*. En *Tobogán* de agosto de 1924 dio unas «Bengalas» que reiteran los lugares comunes de su credo ultraísta; en *Alfar* firmó, como cofundador, el manifiesto del Salón de Artistas Ibéricos (1925). Se interesó tempranamente por el Superrealismo, en un artículo —«Neodadaísmo

y Superrealismo»— de enero de 1925, en la revista *Plural*, comentando el *Primer Manifiesto* con reservas tocantes a la posibilidad efectiva de acceso a lo irracional.

Escribió igualmente en *Cervantes*, *Mediodía*, *Reflector*, *Tableros*, *Revista de Occidente*, *El Sol*; en la parte más temprana de esa abundante obra periodística están los orígenes de lo que luego fue *Literaturas europeas de vanguardia*. Fue cofundador de *La Gaceta Literaria*, a la que entregó informes sobre la literatura y la edición en América del Sur, reseñas de novedades españolas, americanas, portuguesas y europeas, y algún artículo sobre cine a partir del extraordinario de 1 de octubre de 1928. Colaboró en el número gongorino de 1 de junio de 1927, y en el de 15 de noviembre de 1930 contestó a la encuesta de Miguel Pérez Ferrero sobre la Vanguardia, con un largo artículo que recalca la importancia histórica de aquella, señala la disolución del grupo y el credo superrealista y el peligro que para el pensamiento y el arte supone la politización, y al enumerar los ismos incluye el Ultraísmo pero no el Creacionismo, cuestión a la que dedicaré el siguiente apartado. El *Itinerario de la nueva pintura española*, la participación en la fundación de Amigos de las Artes Nuevas y la monografía sobre Picasso dan fe de su actividad en los años inmediatos al exilio.

La polémica sobre el Creacionismo

En *El movimiento VP* de Cansinos, Vicente Huidobro (transfigurado en un Renato cuya obra *El triángulo redondo* recuerda inmediatamente el *Horizon carré* del chileno) y Guillermo de Torre («el poeta más joven») aparecen enzarzados en una competencia de originalidad y caudillaje que alude a la que efectivamente mantuvieron en los años del Ultraísmo. Antes de la segunda estancia de Huidobro en Madrid, de vuelta de París, el espíritu vanguardista se había introducido en España gracias, fundamentalmente, a Ramón Gómez de

Qué es

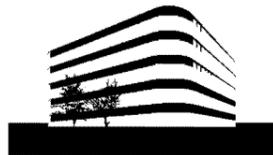
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Guillermo de Torre: de la aventura al orden», por Guillermo Carnero, sobre <i>Hélices</i> , de Guillermo de Torre	1-2-3
«Giménez Caballero, vanguardia y fascismo», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo</i> , de Enrique Selva	4-5
«Sobre el fin de la Historia», por José Luis Pinillos, sobre <i>La Gran Ruptura</i> , de Francis Fukuyama	6-7
«Fernando de los Ríos: biografía no equidistante», por Elías Díaz, sobre <i>Fernando de los Ríos. Biografía intelectual</i> , de Virgilio Zapatero	8-9
«Vida de un biólogo», por José Antonio Campos-Ortega, sobre <i>Time, Love, Memory: A Great Biologist and His Quest for the Origins of Behavior</i> , de Jonathan Weiner	10-11
«De una modernidad a otra», por Vicente Verdú, sobre <i>Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la Ilustración hasta la Postmodernidad</i> , de Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman	12

Viene de la página anterior



la Serna; pero parece difícil no relacionar con la citada visita de Huidobro –julio a noviembre de 1918– la aparición, al poco, de los primeros documentos del Ultraísmo. En *La nueva literatura* dice Cansinos que Huidobro tuvo para España una importancia semejante a la de Rubén Darío, y que gracias a aquella visita «pasaron por nuestro meridiano las últimas tendencias estéticas del extranjero», una de las cuales, el Creacionismo, correspondía conjuntamente a Huidobro y al poeta francés Pierre Reverdy.

En *La novela de un literato*, cuyo forzado tono de esperpento conviene tener siempre presente, la proclamación por Huidobro de la estética creacionista tiene las siguientes consecuencias: «Guillermito encuentra que nada de eso tiene novedad, ya que él se había anticipado al pretendido innovador. Ramón desautoriza a Huidobro y reclama para sí el título de único innovador. Huidobro va una noche a Pombo, discute con Ramón y lo llama despectivamente plagario (...) Guillermito, que considera igualmente viejos a Ramón y a Huidobro, hace las maletas y se planta en París, y vuelve de allá trayendo folletos y revistas que prueban que Huidobro es un simple plagario de Reverdy. Y Reverdy nos escribe sendas cartas denunciando al chileno como un mixtificador, que le ha usurpado el título de creador del Creacionismo».

La polémica comenzó con una entrevista de Gómez Carrillo a Reverdy («El Cubismo y su estética») en *El Liberal* de 30 de junio de 1920, en la que el poeta francés acusaba a Huidobro de imitarlo y de haber falseado una supuesta primera edición –de 1916, por lo tanto anterior al viaje a París– del libro *El espejo de agua*. La actitud de Reverdy fue, si creemos a Cansinos, instigada por la versión que de las declaraciones de Huidobro en Madrid le transmitió Guillermo de Torre, probablemente sin exageración teniendo en cuenta la conocida megalomanía del chileno. La respuesta de éste –tan violenta que llegaba a insinuar su disposición a batirse con Gómez Carrillo– no encontró quien la publicara, y pasó, remodelada, a la recopilación que publicó en 1925 con el título de *Manifestes*. Guillermo de Torre publicó en *Cosmópolis*, la revista de su amigo Gómez Carrillo, número de 20 de agosto de 1920, «La poesía creacionista y la pugna entre sus progenitores», reconociendo la acción conjunta de Huidobro y Reverdy; tres años después, en *Revista de Casa América-Galicia* de septiembre de 1923 (que cambió su título por el de *Alfar* en el número siguiente), «Los verdaderos antecedentes líricos del Creacionismo», a lo que replicó Huidobro –«Al fin se descubre mi maestro»– en el número de abril de 1924.

Ya hemos visto que, en *La Gaceta Literaria* de 1930, Guillermo de Torre no mencionaba el Creacionismo. Ésa fue su actitud en *Literaturas europeas de vanguardia*: para él, el Creacionismo era un episodio del Ultraísmo pero no una poética específica; tan sólo una amalgama de principios básicos y comunes de la Vanguardia, que por sí solos no singularizan a ninguno de sus movimientos. Ello no impide que Huidobro tuviera un papel decisivo en la gestación del Ultraísmo, como importador de novedades francesas. Cansinos dejó escrito al respecto en *La novela de un literato*: «Si no el creador, Huidobro, por lo menos, era el revelador». Ha de ser de Guillermo de Torre, aunque no va firmada, la reseña, en el número de 15 de diciembre de 1921 de *Ultra*, de la conferencia que pronunció Huidobro días antes en el Ateneo de Madrid: «Lo esencial de los postulados huidobrianos es lo que constituye el patrimonio de todo el arte nuevo, desde Apollinaire y Reverdy hasta las últimas exploraciones estéticas. En eso coinciden unos y otros, y no comprendemos la causa por la cual el sr. Huidobro se atribuye exclusivamente lo que es una característica y una aspiración común».

Guillermo de Torre mantuvo siempre, que



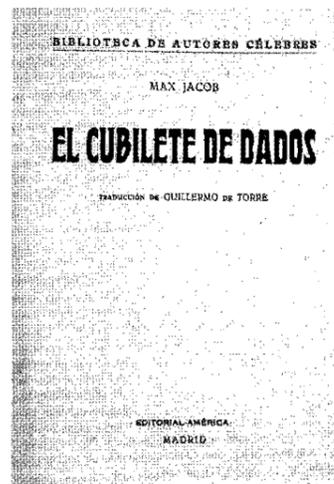
Primera edición de *Hélices* (1923) de Guillermo de Torre.



Retrato de Guillermo de Torre por Daniel Vázquez Díaz, en pág. 6 de *Hélices*.



Primera edición de *Literaturas europeas de vanguardia* (1925)



Traducción por Guillermo de Torre (1924) de *Le cornet à dés*, de Max Jacob

yo sepa, este mismo punto de vista: véase su artículo «La polémica del Creacionismo», en la revista bonaerense *Ficción* del primer semestre de 1962. Y quien quiera conocer la opinión de un testigo excepcional, lea lo que dice de Huidobro Juan Larrea en *Torres de Dios, poetas*.

Literaturas europeas de vanguardia

En 1925, cuando ya ha pasado la vitalidad del Ultraísmo, aparecen *La deshumanización del arte* de Ortega, *Literaturas europeas de vanguardia* de Guillermo de Torre y *El Ultraísmo en España*, insustancial y parcial opúsculo de Manuel de la Peña, director de *Tobogán y Vértices*. No podía faltar el comentario cáustico de Cansinos, en *La nueva literatura*, acusando a Guillermo de Torre de intento de apropiación del Ultraísmo. *Literaturas europeas de vanguardia* procede del espíritu de efervescencia combativa que fue distintivo de la primera Vanguardia española; pero también da cuenta de la inteligencia con que su autor quiso soslayar la agresividad rupturista para recalcar en su lugar, como aportación positiva del Ultraísmo, la oferta de un nuevo modelo de poema. Persisten las reservas en cuanto al Creacionismo, y aparecen las tocantes al Superrealismo y a *La deshumanización...* de Ortega, aparecida previamente, y por entregas, en la prensa.

Cuarenta años después, Guillermo de Torre reescribe la obra como *Historia de las literaturas de vanguardia*, justificando el nuevo enfoque y el abandono de la actitud apologetica y polémica en razón de la conversión de la Vanguardia en historia clásica y académica. El capítulo sobre el Ultraísmo lamenta el silencio y el desdén que cayeron sobre él una vez en escena la generación del 27. Sitúa su origen en la reacción generalizada contra el Modernismo y en la greguería ramoniana, más que en el purismo de Juan Ramón, extraño en espíritu –si no en ideal poético– a la Vanguardia; minimiza el papel de Cansinos, a lo sumo «promotor teórico o inductor de entusiasmos» pero autor de una obra «que venía de distintas fuentes y se ajustaba a otro estilo»; y en cuanto a Huidobro, persiste en la negación de la originalidad del Creacionismo, en las dudas acerca de la existencia de la supuesta edición de 1916 de *El espejo de agua*, y en la reducción de la influencia de su obra. Afirma también Guillermo de Torre haber inventado el término «Ultraísmo», e intenta infructuosamente distinguir la asunción ultraísta de la modernidad de la futurista y vincularla al Dadaísmo, quizá para alejar indeseables asociaciones ideológicas.

Hélices

Hélices (1923) es sin duda la obra más representativa que produjo el Ultraísmo espa-

ñol en su corta vida. Enrique Dfz Canedo, en un artículo de 1926 recogido en *Estudios de poesía española contemporánea*, definió el libro como «casi una antología», es de suponer que de influencias o imitaciones de Apollinaire, del Futurismo y del llamado Cubismo literario francés. Ángel Valbuena Prat, en el último capítulo de la primera edición (1930) de *La poesía española contemporánea*, sentenció que «del Ultraísmo se recuerdan metáforas aisladas, aciertos visuales, audaces anticpos», pero no obras de calidad. El inevitable Cansinos fue menos cordial, en *La nueva literatura*:

«*Hélices* bastaría a desacreditar esa poesía nueva cuya existencia es el postulado de toda su labor. En esos ritmos duros, rígidos y ásperos en que se engarzan palabras enfáticas, de un énfasis que se denuncia en la frecuencia del esdrújulo, no hay de nuevo más que la disposición tipográfica y el enunciado de los temas. En todo caso, una inclusión de términos tomados de las técnicas científicas, que le dan un enojoso aire de catálogo...»

Hélices apareció con cubierta de Rafael Barradas, un retrato de Daniel Vázquez Díaz y xilografías de Norah Borges. La colección va hisopada de citas de los autores que Guillermo de Torre consideraba compañeros de viaje: Apollinaire, Borges, Cendrars, Cocteau, D'Ors, Drieu la Rochelle, Epstein, Herrera y Reissig, Huidobro, Juan Ramón, Laforgue, Lautréamont, Mallarmé, Marinetti, Morand, Reverdy, Rimbaud, Soupault, Tzara, Whitman. Hay asimismo numerosas referencias a los ismos contemporáneos: Creacionismo, Cubismo, Dadaísmo, Futurismo, Nunismo, Simultaneísmo, Vibracionismo, Vorticismo (véanse págs. 13, 14, 25, 34, 36, 49, 61, 64, 77, 87, 88, 91, 115).

El espíritu de la modernidad viene asumido y exaltado desde la óptica futurista y simultaneísta: el dinamismo urbano (multitudes, rascacielos, focos, aviones, trenes, automóviles, telégrafo), el viaje y la velocidad, la Torre Eiffel (en un poema escandalosamente deudor del de Cendrars), el cine, Charlot, el arte negro, los ballets rusos, el jazz, la nueva mujer evadida del

gineceo y del papel de ángel del hogar. Son frecuentes y llamativos los neologismos, los tecnicismos y las palabras compuestas (agarófilo, aurirrosado, aurívoro, corniveleta, giróvago, pleonéxico, reóforo, roentgénico, undívago, velívolo), y algún barbarismo (inexhauriblemente). La técnica es una voluntaria enciclopedia de novedades. La sección cuarta, una obvia adaptación de las «palabras en libertad» de Marinetti; las descripciones, del modelo marinettiano de la aeropintura. El texto adopta unas veces la forma de torrencial versículo no desprovisto de gramaticalidad, y otras el fragmentarismo sin puntuación, el juego con el espacio en blanco y con el tamaño de letra, el esquema del cartel o del caligrama, y hasta el del haikú. Es muy patente el deseo de proclamar el advenimiento de la nueva literatura exigida por los nuevos tiempos. El poeta queda elevado a dimensiones cósmicas, dotado de un funcionamiento mental regido por la velocidad intelectual del Futurismo y por su percepción intuitiva sintética y simultánea, tal como mostró inmejorablemente el *Retrato psicológico de Marinetti* de Fortunato Depero, y como expresan, en *Hélices*, los poemas «Diagrama mental» y «Autorretrato»:

«Mi frente al nivel de un rascacielos
mis ojos, iones que buscan su cátodo (...)
un silbido de locomotoras
y un perfume transoceánico
me echan al cuello sus brazos (...)
un viento de estrellas
mueve mi corbata y mi nostalgia».

Hélices es, tanto como la obra primera de Gerardo Diego y Huidobro, un hito insustituible e imprescindible de la Vanguardia española. Sus extravagancias, sus dislates extremos y sus ostensibles deudas le confieren, aun en lo que tienen de desierto estético, el mejor valor documental. Las referencias del 27 al cine o a los temas de la modernidad tecnificada y urbana tienen en él un indudable precedente y un poderoso estímulo, tanto como el concepto y el modelo literario de la poesía pura. No hace falta más para recalcar la oportunidad y el acierto de esta reedición. □

RESUMEN

Reciente el centenario del nacimiento de Guillermo de Torre, uno de los testigos primordiales de las vanguardias españolas de las primeras décadas del siglo XX, la publicación conmemorativa de *Hélices*, la obra más representativa del Ultraísmo español y, en opinión de Guillermo Carnero, un hito insustituible e imprescindible de la Vanguardia española, le da

ocasión al comentarista para aproximarse no sólo al creador de ese experimento visual, lingüístico y poético, sino sobre todo al crítico, estudioso y animador de todos los «ismos» de la época, en lo que destacó Guillermo de Torre, primero en España, en los años de efervescencia vanguardista y, después, en el exilio argentino, tras la guerra civil.

Guillermo de Torre

Hélices

Facsímil de la edición de 1923, a cargo de José María Barrera. Centro Cultural de la Generación del 27, Málaga, 2000. 172 páginas. 2.300 pesetas. ISBN 84-7785-376-2

Giménez Caballero, vanguardia y fascismo

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de La novela española entre 1936 y el fin de siglo.

Unas palabras de Gramsci referidas a su compatriota el poeta futurista Filippo Tommaso Marinetti llamándole «personaje a veces ingenioso y siempre notable» pudieran aplicarse mutatis mutandis a nuestro Ernesto Giménez Caballero, con cuidado de no incurrir en una injusta y reductora simplificación de su personalidad; lamentable resulta asimismo la marginación que desde hace bastante tiempo y por motivos no siempre recomendables viene sufriendo. Sus penúltimos y últimos años de vida, pese a la reedición de algunos libros suyos y de *La Gaceta Literaria*, la revista por él fundada y dirigida, pese a la afición que le mostraban algunos jóvenes colegas, pese, también, a que continuara al pie de las letras, colaborando en la prensa y publicando nuevas obras, no debieron de ser muy gratos, patéticos inclusive, y en alguna ocasión lo dejó dicho: «Ciertamente mi querida patria no ha sido muy generosa conmigo». La nada reglamentaria presentación de su candidatura para cubrir una vacante de numerario en la Academia de la Lengua, hecha por un nutrido grupo de amigos (ministros, directores de periódicos, escritores, procuradores en Cortes, directores generales, enlaces sindicales, obreros y empresarios) y, por lo mismo, expuesta al rechazo (defecto de forma), rematado el suceso con que «no ha habido [se lamentaría el interesado] en esta Real Academia, en estos días [abril de 1975]

un académico que se haya arriesgado [tantos amigos suyos miembros de la docta corporación] a recordar mi solicitado ingreso (...), lo que atribuye a una sola causa: la política, quizá culminó dicho malestar. A su muerte –mayo de 1988; «escritor, alférez provisional, embajador de España», rezaba la esquela– hasta la prensa en que había colaborado se portó cicateramente con su figura.

Nacimiento de un escritor

A reparar en lo que cabe tales anomalías se dirige el libro de Enrique Selva, *Ernesto Giménez Caballero entre la vanguardia y el fascismo*, «comprensivo y crítico» a un tiempo, fruto de la reelaboración de una tesis doctoral. La vida personal de Giménez Caballero, la obra literaria –sus libros y colaboraciones–, sus varias empresas colectivas –a la cabeza, *La Gaceta Literaria*– más el tiempo español y no sólo español que le tocó en suerte y vivió intensamente, como personaje destacado en ocasiones, constituye el asunto de estas páginas, distribuido en seis capítulos y un epílogo, amén de un curioso apéndice documental –en él se ofrece el texto, redactado por Giménez Caballero, del discurso de Unificación de las fuerzas políticas actantes en la zona nacional (abril de 1937), leído por el Generalísimo Franco en Salamanca– y del obligado repertorio bibliográfico de y sobre. Adelanto que se trata de un conjunto bien estructurado, ricamente documentado, de limpia escritura y clara exposición que, por sus pasos contados y al hilo de la cronología, cumple el objetivo anunciado en sus primeras líneas: «la exposición razonada de una trayectoria intelectual y política [la del protagonista] en un período cronológico preciso», el que llega hasta la antes aludida Unificación, momento a partir del cual «Giménez Caballero empezó a sobrevivir».

Madrileño nacido en 1899, sin ninguna tradición intelectual en la familia, sus primeros escritos publicados (dejando aparte un soneto

titulado «El Siglo de Oro») salieron en la revista universitaria madrileña *Filosofía y Letras* y datan de 1918: artículos con nuestra literatura clásica como asunto y, formalmente, un estilo de resonancias azorinianas, probaturas en suma, pues el escritor que llevaba dentro el joven estudiante no dio señales de tal hasta 1923 con *Notas marruecas de un soldado*, consecuencia de su participación como combatiente en la guerra de África, un libro que (como le advirtiera Américo Castro) le creó problemas: un proceso ante la jurisdicción militar en el que fue absuelto y que resultó, por el escándalo provocado, medio eficaz para la penetración en el mundo de la literatura donde se mantuvo, con inclinaciones harto distintas, encumbramientos y caídas, hasta su muerte.

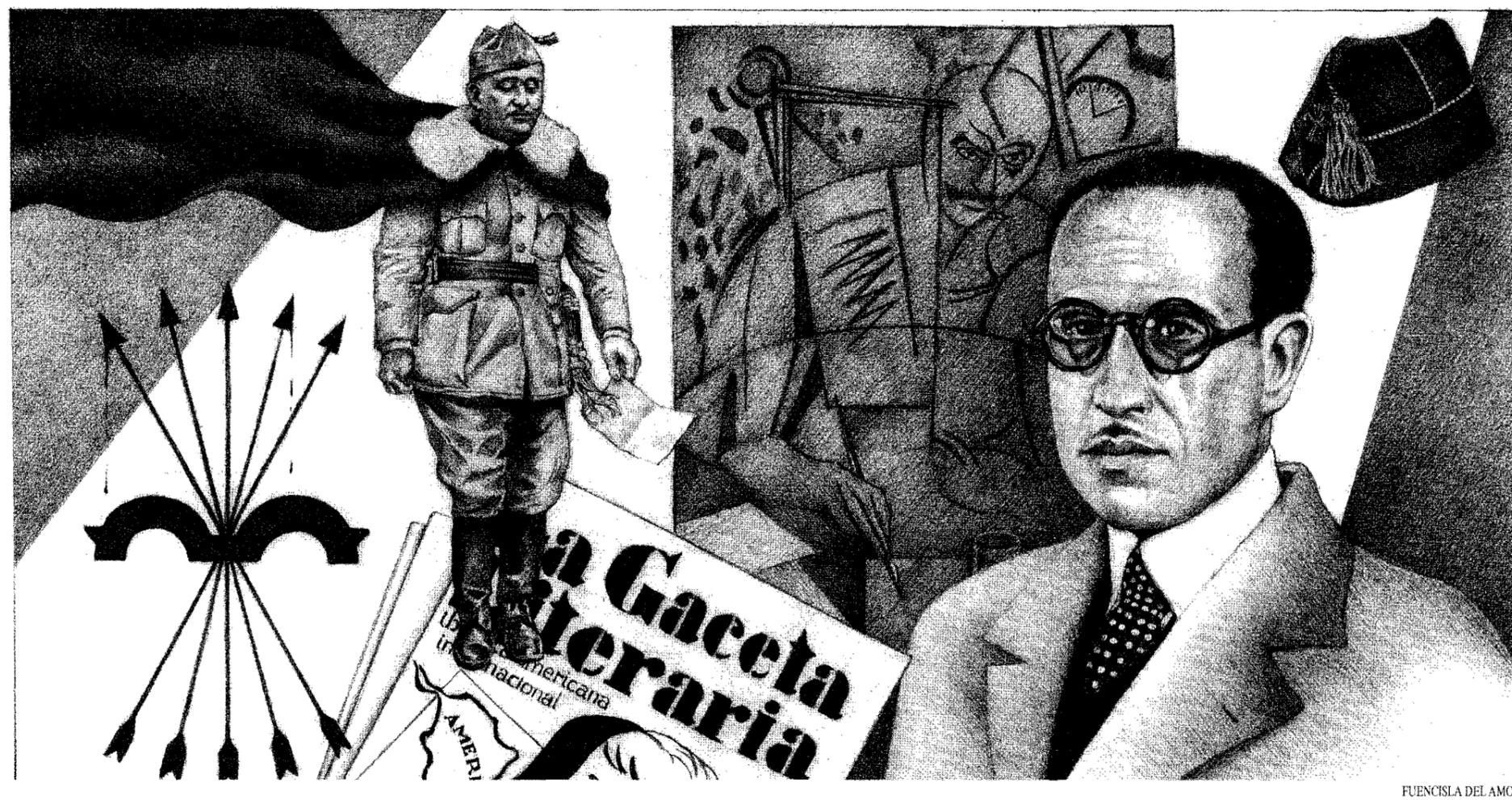
El servicio militar prestado en Marruecos interrumpió la estancia como lector de español en Estrasburgo, primera salida a Europa, que había comenzado en el curso 1920-21 y que concluyó en 1923-24; trajo consigo esta salida algunas importantes consecuencias: el matrimonio con una dama italiana; las excursiones por Alemania, Suiza, Francia, Holanda y Bélgica y el relato de sus impresiones en forma de crónicas de prensa (en *El Sol* y *La Libertad*, Madrid), iniciándose ahora una intensa dedicación al periodismo y quizá el abandono de una inclinación hacia la docencia y la investigación literarias que, sólo bastantes años más tarde, volvería a dar señales de vida con, v.g., *La Lengua y Literatura de España y su Imperio* (o de *la Hispanidad*, según las ediciones), seis volúmenes que vieron la luz entre 1940 y 1949 y merecieron elogios de Menéndez Pidal –«la renovación del sistema docente en esta obra es tan radical que sorprende el gran esfuerzo hecho para disponer y dar sentido a la sucesión histórica de los gustos y de las épocas dentro de un plan sintético. Y la evolución de la Lengua, de la Literatura y de las Artes, solidariamente trabadas entre sí»– y de Américo Castro –«es novedad digna de ser patentada. El trabajo interior para expresar en lenguaje accesible juicios muy complejos hace de esta obra lo

mejor que yo he visto. ¡Qué novedad y audacia!». Añádase a las consecuencias mencionadas, el descubrimiento de Roma y del fascismo que tanto juego iban a dar no tardando en su persona y personalidad.

La doble aventura de Giménez Caballero

Marinetti, militante fascista y adalid del Futurismo, cronológicamente el primer movimiento de vanguardia europeo, juntó política y arte convirtiéndose en ejemplo y referencia para buen número de jóvenes escritores que pretendían otro tanto; el poeta italiano vino a España en 1928 y Giménez Caballero, contrastando con la prevención de algunas gentes del gremio, le saludó clamorosamente en las páginas de *La Gaceta Literaria*: «¡Marinetti! Te saludamos con la eterna admiración española 'ante lo que se mueve, grita, se desenfrena y revoluciona'»; el italiano influirá en el español pero de sus dos facetas –la del compromiso político y la de la revolución artística– será esta última la que le deje mayor huella y, ya por el camino de las influencias, debe añadirse también la de Curzio Malaparte que le guió («mi Virgilio») en su visita de 1928 a Italia.

Por entonces había cumplido un año de existencia *La Gaceta Literaria*, una publicación periódica más vocada a la vanguardia que a la tradición y acaso la más representativa de las revistas de la generación del 27, no al estilo de otras creadas por integrantes de la misma –como *Carmen*, *Litoral* o *Mediodía*–, sino de mayor amplitud genérica y abierta a todo tipo de colaboradores, un «periódico de las letras» como la llamaría Ortega, periódico hasta en su formato y presentación, que se asemejaba a algunos coetáneos europeos (*Les Nouvelles Littéraires*, Francia, o *La Fiera Letteraria*, Italia). El título completo era *La Gaceta Literaria. Ibérica-Americana-Internacional. Letras-Artes-Ciencia*; contó con



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



numerosos colaboradores así españoles como extranjeros —los escritores hispanoamericanos, a la cabeza— sobre muy diversos temas; estuvo presente en acontecimientos traídos por la actualidad a un primer plano —como el centenario gongorino de 1927— y promovió algunas interesantes encuestas a propósito de cuestiones como «Política y Literatura» (en 1927) y, tres años más tarde, «¿Qué es la Vanguardia?», una y otra reveladoras en las respuestas de los encuestados de la situación reinante en la república intelectual española del momento, encuestados divididos ya (cuando la segunda) por mor de las circunstancias que pesaban sobre ellos.

Desde antes de *La Gaceta Literaria* pero también después, compatible con su dedicación a la revista, desplegaba Giménez Caballero una incesante actividad en forma de colaboraciones periodísticas y de libros: dos en 1927 —*Carteles*, libro de crítica literaria en imágenes; según el autor «una mezcla de literatura y plasticidad, de anuncio y biografía, de banderola y aleluya, de luz y pregón», y *Los toros, las castañuelas y la Virgen*—, dos en 1928 —*Yo, inspector de alcantarillas*, literatura surrealista en prosa, conjunto de historias-sueños no presidido por la lógica, y *Hércules jugando a los dados*—, dos en 1929 —*Julepe de menta* y *Círculo imperial*, que reúne las crónicas de su viaje europeo de 1928— y tres en 1932 —*Genio de España*, acaso el más comprometido e influyente de sus libros, *El Robinson literario de España* y *Manuel Azaña (Profecías españolas)*—. Crece su nombradía, pero también aumentan las discrepancias con determinadas actitudes suyas, producidas en un ambiente cada vez más cargado de beligerancia, cuando se está produciendo el paso o cambio de la pureza —diríase quedan muy en la lejanía la poesía llamada pura, la torre de marfil o el acolchado cuarto de trabajo juanramoniano— al compromiso. De tal proceso participó Giménez Caballero que, atento vigía de la marcha de los acontecimientos, afirmó en el libro *Arte y Estado* (1935) cosas como que «toda obra de arte es siempre política. Toda obra de arte es siempre partidista. (...) Lo que es intolerable es creer que el artista está por encima o por debajo de la vida. De la vida, que es combate. La vida, que es política». No por ello dimite de su condición de vanguardista neto que, con los altibajos impuestos por las circunstancias, mantuvo en todo momento; lo que ocurrirá en adelante es que dicha condición deja de ser algo solamente aplicable a la literatura para extenderse también a otros menesteres, animados asimismo por un impulso de signo vanguardista.

Puede situarse hacia 1932 el cumplimiento de aquella severa admonición de Ortega: «A usted [Giménez Caballero] hay que dejarle ya solo», tal como en efecto había sucedido y seguirá sucediendo al consumarse el abandono de algunos colegas y amigos, sus compañeros de antaño en el esfuerzo de *La Gaceta Literaria*, ahora enfrentados a él desde las páginas de otras publicaciones periódicas e incluso polemizando (como Díaz Fernández) con quien es visto como «una cosa muy rara». Le han dejado completamente solo, convertidos revista y director en *El Robinson literario de España*, «marginado», «en un callejón sin salida», como «sin lugar» en las letras y en la política —así le ve el autor del libro que nos ocupa—; una carta de Giménez Caballero, fechada en Madrid a finales de ese año y dirigida a don José Castillejo, prohombre de la Institución Libre de Enseñanza y secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, carta de tono unánimesco —Unamuno estuvo siempre muy metido en su ánimo—, resulta una patética confesión de alguien que se ve huérfano de comprensión y ayuda pero, soberbio, se considera «una fuerza natural» o «energía» que pide ser aten-



FUENCISLA DEL AMO

dida, no dejada «estrellarse» como «el agua en la peña». Cuando busque nuevas posibilidades de acción —dígase el fascismo de Ramiro Ledesma Ramos y de su revista *La Conquista del Estado*, en la que colaboró alguna vez; dígase, tras la ruptura con el jonsismo, el acercamiento a José Antonio Primo de Rivera, igualmente fracasado; dígase su esperanza en Azaña, puesta de manifiesto en el libro que le dedicó en 1932 («en Manuel Azaña apunta sencillamente: un Hombre, un Jefe»); dígase la creación (1935), que Giménez Caballero animó, del P.E.P.E. (Partido Económico Patronal Español), alianza de los patronos frente al peligro proletario—, todas serán intentos políticos, rematados por el fracaso. Si los hombres de la República del 14 de abril no le recompensaron por los méritos que creía haber contraído para con ella —*La Gaceta Literaria* [escribió entonces] no pide a la República española otra cosa que una estimación justa. Más que justa, justiciera—, y, a seguido, enumeraba tales merecimientos—, tampoco el franquismo le pagó como él deseaba los servicios prestados en la guerra (Salamanca, a las órdenes del general Millán Astray en prensa y propaganda) y en la posguerra (como exaltador del régimen y del Caudillo) pues la embajada en Paraguay ni mucho menos colmaba sus aspiraciones. Ahora, como en otras ocasiones, era perjudicado por el miedo que parece ser producía a la gente: «Cuando usted [Castillejo] me dice que causo a las gentes cierto temor, 'miedo', no es por lo que yo tenga de inmoral sino, justamente, por todo lo contrario. Por lo que las gentes tienen de inmorales. Es el miedo al 'moralista', o al «genial improcedente», como lo definió Francisco Franco.

Talento y talante

Quizá fuera «improcedente» por no darse cuenta (o no querer dársela) de cuanto exigía en un momento dado la realidad inmediata, saltándose a la torera con sus dichos y hechos, provocador deliberado como tenía por costumbre ser, pero también con frecuentes ramalazos de genialidad que solían marcarse externamente por un tono exaltador que incurre complacidamente en la desmesura verbal y, si el caso lo permite, gestual; in-

sistir reiteradamente en esto, con exclusión de otros aspectos de la personalidad del interesado, resulta muy peligroso porque podríamos quedarnos sólo con la caricatura de un fantoche. En honor a la verdad, Enrique Selva ha tenido que echar mano de calificaciones y expresiones como «retórica delirante», «poses irracionales y atrabiliarias», «manos de malabarista» o «capacidad manipuladora» para definir el talante de su personaje.

Séame permitido para concluir referirme a mi recuerdo personal de Ernesto Giménez Caballero, con lo que apoyo esa desmesura gestual antes aludida. Fue en Oviedo, mayo de 1954; había venido a clausurar un ciclo de conferencias políticas y trataría en la suya de Jovellanos. Yo fui su acompañante en la ciudad y creada cierta confianza entre ambos me pidió que, en mi calidad de colega suyo en el profesorado, asistiera a su conferencia del día siguiente pues tendría ocasión así de conocer una imagen de Jovellanos distinta a las acostumbradas, aunque fuesen éstas tan doctas como la de Ángel del Río, recordado y admirado por él. Claro está que acudí puntual al cine Aramo y ocupé una butaca en la primera fila para no perderme detalle del acto, que tuvo mucho de fulgurante representación. Solo en el escenario, de pie tras una mesita más que mesa, casi siempre con los brazos cruzados sobre el pecho, postura que rompía a intervalos para acompañar con enérgicos ademanes oratorios sus palabras, vistiendo la camisa azul falangista. Habló, primero, de Asturias —distinguida (a su

juicio) por ser «la cima, la roca, el castillo de peñas vigilante y poderoso»—, y de Jovellanos, después, haciéndose destinatario español en el siglo XX de las sátiras a Ernesto —a Ernesto, dijo jugando con su propio nombre: «La fantasía me ha hecho sentirme aludido con su mensaje a un Ernesto (...)»—, tan cargadas de la preocupación española de su autor, patriota ejemplar, adelantado de la modernidad al tiempo que instalado en la más legítima tradición —«católico y humanista, católico e ilustrado, europeo y patriota; nadie le ataque por descastado o extranjerizante»—. La sorpresa —que la hubo, y grande— vino ya al final de la conferencia, cuando abandonó su sitio detrás de la mesa para adelantarse hasta el proscenio y, puesto de rodillas en el centro del escenario, extendidos los brazos en cruz, dirigirse reverentemente, emocionado y agradecido, a los asturianos, representados por los oyentes, iniciadores en su tierra (o eficacísimos ayudadores) de las varias reconquistas españolas a lo largo de la historia: contra los moros —Covadonga—, contra los franceses en 1808, contra la hidra comunista —sitio y defensa de Oviedo en la guerra civil—; buen histrión, lo insólito de su postura, las calculadas inflexiones de voz y la exaltada asturianía de su casi oración arrancaron lágrimas en algunos ojos y sonoros aplausos de los espectadores. A la salida, en el vestíbulo del cine se me acercó Giménez Caballero para conocer mi impresión y mis palabras fueron, más o menos, éstas: «Tenía usted mucha razón ayer pues su Jovellanos no se parece al de ningún otro». □

RESUMEN

El título del artículo de Martínez Cachero, que a su vez se basa en el del libro que comenta, es indicativo de los límites culturales y políticos en los que se movió Ernesto Giménez Caballero: la vanguardia literaria y el fascismo; y es a su trayectoria intelectual y política a lo que Enrique Selva dedica este ensayo. Los límites analizados

vienen determinados por la efervescencia cultural de los años veinte, en la que a través de *La Gaceta Literaria* tuvo Giménez Caballero una gran influencia, y por el distanciamiento personal y político de esos intelectuales, que habían convivido en las mismas publicaciones en la década anterior, en el período republicano.

Enrique Selva

Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo

Pre-Textos, Valencia, 2000. 332 páginas. 3.000 pesetas. ISBN: 84-8191-325-1.

Sobre el fin de la Historia

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) es doctor en Filosofía por la Universidad de Madrid y estudió Psicología en las Universidades de Bonn y Londres. Es catedrático Emérito de la UCM, Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales y miembro de la Real Academia Española, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Academia Europea de Artes y Ciencia. Ha publicado una decena de libros, entre los que se cuentan *La mente humana*, *Principios de Psicología*, *Psicopatología de la vida urbana* y *El corazón del laberinto*.

La idea de hacer del mundo una comunidad universal, una «oikumene» de la que todos los hombres pudieran ser ciudadanos surgió en Grecia hará unos veinticinco siglos. Ya entonces, el sofista Antifón, contemporáneo de Sócrates, escandalizaba a los atenienses asegurándoles que, en todos los aspectos, griegos y bárbaros tenían la misma naturaleza. Pero fue más tarde, en los albores del helenismo, cuando la filosofía estoica elaboró la idea de un estado cosmopolita, proclamando que el hombre ideal, el sabio, era ciudadano del universo. Alejandro Magno —hechura de Aristóteles, pero macedonio de nación— llevó la cultura griega hasta el Yaxartes y las orillas del Indo, porque estaba convencido de que cuando la patria de todos los hombres fuera un mundo con un solo gobierno y una misma ley, desaparecerían las diferencias que separaban a los griegos de los bárbaros. La idea prendió en Roma, aunque no faltaron quienes, como el poeta Horacio, la consideraran pueril. Pues bien, ese ingenuo ideal estoico encendió en la vieja Hélade una luz que, desde entonces, no ha cesado de iluminar al espíritu humano, en su búsqueda de un mundo mejor.

Los cristianos añadieron que todos los hombres eran hijos de Dios y, siglos después, la Europa medieval creó una figura jurídico teológica, la «civitas maxima» que, al igual que la «ecumene» o que «La Ciudad de Dios», no era una gran urbe, sino un orbe político ideal. En el latín clásico, la expresión «civitas maxima» la utilizó Plauto para resaltar el esplendor de Atenas, y sólo para eso. Como el profesor Truylol ha señalado en su *Historia de la Filosofía del Derecho*, «civitas máxima» no designaba ya una cosmópolis al modo estoico, ni una familia de pueblos cristianos hijos del mismo Dios, ni un Super-Estado como la monarquía de Dante, sino una comunidad de estados soberanos, que, en el Derecho Internacional de Francisco de Vitoria se llamaba a veces «civitas».

Después de Westfalia se puso de manifiesto la necesidad de arbitrar un orden mundial estable, pero hasta el fin de las guerras napoleónicas no empezó a cobrar forma un proyecto moderno de mundo unitario. La idea sólo se materializó en la extinta Sociedad de Naciones y en la actual Organización de las Naciones Unidas, bajo el impacto de las dos monstruosas guerras mundiales que tuvieron por escenario la vieja Europa. Hace ya nada, en las postrimerías del siglo XX, ha hecho su entrada en escena un proceso de globalización liderado por Estados Unidos, que algunos adictos al capitalismo tratan de presentar al mundo como la culminación de la Historia.

Del Apocalipsis al fin de la Historia

Las antiguas cosmogonías tenían un concepto cíclico del tiempo. El universo nacía, se desarrollaba y al final del Gran Año era destruido por una horrible catástrofe, provocada por la depravación humana, para renacer de nuevo y repetir el mismo ciclo indefinidamente. Más tarde, la idea judeocristiana de la Creación desplazó en Occidente al mito del Eterno Re-

torno, y el tiempo circular dio paso a un tiempo lineal, con un principio y un fin irrevocables. El mundo había comenzado con la Creación y terminaría con una inmensa catástrofe, como la descrita en el *Apocalipsis* de San Juan. Este fin de los tiempos estaría precedido por un período de mil años, durante el cual un Cristo Glorioso, venido por segunda vez a la tierra reinaría en compañía de los Santos que hubiesen conocido la primera Resurrección.

Como se sabe, el milenarismo, condenado ya por la Iglesia en el Concilio de Éfeso, ha resurgido después una y otra vez a lo largo de la Historia, pese a que hasta ahora han fallado estrepitosamente todas las profecías sobre la segunda venida del Señor. Desde que en el 221 Sixto Julio el Africano anunció el milenio para el año 800, se han venido repitiendo una serie de profecías similares hasta finales del siglo XIX, que es cuando empezaron a ser substituidas por hipótesis científicas más o menos fundadas y, por lo general, no tan apocalípticas como las anteriores.

La teoría del matemático Cournot sobre el «état final» de la civilización, o la teoría de Max Weber sobre la «jaula de hierro» señalan ya el comienzo de la posthistoria, una interpretación postmoderna, generalmente lúdica del fin de la Historia, que se desarrolla en la segunda mitad del siglo XX, por autores como Lyotard. Ya en las postrimerías de ese mismo siglo, de las filas de la democracia liberal surge una versión del fin de los tiempos, según la cual, al haber alcanzado su meta definitiva en el capitalismo liberal, la Historia está de más, porque fuera del sistema no hay ya ningún «plus ultra» por el que luchar. Todas las aspiraciones humanas pueden colmarse dentro de sus límites, lo cual posee, querámoslo o no, un profundo significado político, económico y militar que es menester analizar.

La teoría es algo extraña; sigue siendo lineal en un momento de complejidad que exige planteamientos no lineales, pero nunca se sabe. A la postre es una variante actual del problema del fin y de la finalidad de la Historia con el que soñaron unos griegos cuando el átomo sólo era todavía un concepto filosófico.

La trilogía de Fukuyama

En el verano de 1989, en plena euforia liberal por el colapso de la Unión Soviética, Francis Fukuyama, asesor entonces del Departamento de Estado del Gobierno de los Estados Unidos, publicó un artículo titulado «El fin de la Historia». En él sostenía nada menos que la victoria capitalista sobre el marxismo había sido tan rotunda que significaba no sólo el final de la Guerra Fría, sino la conclusión de la Historia como tal. El triunfo de la economía de mercado suponía el fin de las ideologías y el asentamiento definitivo en todo el mundo de la democracia capitalista liberal, entendida como la forma suprema de la gobernación universal y homogénea de la humanidad.

Naturalmente, el artículo levantó ampollas y desencadenó un verdadero aluvión de críticas, a las que el autor respondió unos meses después en un libro de altos vuelos teóricos, *El fin de la Historia y el último hombre* (1989), aparecido de la mano de una gran orquestación publicitaria. Fukuyama alegó frente a sus críticos que una cosa era que la Historia hubiese alcanzado ya su meta final, y otra muy distinta que el nuevo régimen fuera a resolver de inmediato todos los problemas heredados de la



El Apocalipsis, icono anónimo hacia 1500. Catedral Ouspenski, Moscú.



Detalle del Juicio Final, de Lucas Signorelli, 1499-1504. Catedral de Orvieto.

situación anterior. La democracia liberal era el mejor de los mundos posibles, y tarde o temprano acabaría extendiéndose por toda la tierra, pero no era todopoderosa. Los problemas pendientes quedaban inscritos en un orden social, económico y político capaz de darles una solución pacífica en un plazo razonable, pero nada más. Es decir, a la vez que hacía una apuesta fuerte por un futuro ideal, el autor dejaba abierto por si acaso el infalible camino de las calendarios griegos.

Seis años después, en 1995, Fukuyama lanzó un segundo libro, *La confianza (Trust)*, en evidente auxilio del primero. El problema consistía en que, mientras la economía y la tecnología se hallaban en una fase de expansión, el desorden social y la criminalidad llevaban treinta años creciendo alarmantemente en Estados Unidos y en otros países desarrollados. Robos, homicidios, drogas, cambios en la estructura familiar, disminución de la natalidad, conflictos raciales, terrorismo y no sé cuántas calamidades más se habían convertido en una pesadilla americana. Claramente, la realidad y la teoría de Fukuyama no se ponían de acuerdo. A resaltar esa flagrante contradicción contribuían también otros movimientos como la contracultura, el deconstruccionismo o el postmodernismo, entonces en auge, que tenían en su punto de mira los fundamentos mismos de la cultura occidental.

Ante semejante panorama, el autor decidió explicar a sus lectores hasta qué punto la democracia liberal y la economía de mercado poseían recursos para recuperar la confianza que parecía en trance de perderse. De suyo, argumentó el autor, la prosperidad que crea el

capitalismo liberal es el mejor caldo de cultivo para el desarrollo de un clima de confianza, capaz de anteponer la dignidad humana a cualquier otro valor. A condición, claro está, de que esas oportunidades económicas se aprovechen para acumular un capital social. Cosa que a su vez depende —y ahí es donde el argumento empezaba a padecer— de la capacidad y la voluntad de las personas para supeditar sus intereses particulares a los generales. Fukuyama recurrió al ejemplo de sociedades que habían alcanzado un nivel de solidaridad satisfactorio, como Alemania y Japón, y a muchas cosas más, pero terminó reconociendo que para lograr ese nivel no bastaban las leyes, los contratos y la racionalidad económica. Era imprescindible

la práctica real y efectiva de los valores proclamados.

En resumen, a la hora de explicar por qué en las sociedades avanzadas había cada vez más transgresores de la ley, Fukuyama no encontró ninguna teoría científica que diera razón cabal del fenómeno y permitiera controlarlo, porque «esa confianza —aclará— no obedece a una elección racional, sino a fuentes que no tienen relación con la modernidad, como la religión o las costumbres». A fin de cuentas, pues, el «know-how» necesario para reactivar la confianza quedó en el aire, y el libro sobre la confianza, en una documentada exhortación al cumplimiento de la ley.

Por último, cinco años más tarde, ya en el 2000, Fukuyama publicó un tercer libro con un título inquietante, *La Gran Ruptura*, que afortunadamente iba seguido de un subtítulo tranquilizador: *Naturaleza humana y reconstrucción del orden social*. Después, estampada a toda página, aparecía una sentencia del poeta latino Horacio, en la que se decía: «por más que se la rechace, la naturaleza siempre triunfa». Con esta frase lapidaria, que claramente tendía a reforzar el mensaje del subtítulo, se estaba sugiriendo a la vez que los desórdenes culpables de la pérdida de confianza no habían sido sino la mediación transitoria, el coste del paso de la sociedad industrial a la sociedad post-industrial, o de la información.

Una vez superado el bache, las aguas estaban volviendo ya a su cauce porque, al cabo, la naturaleza era como un cielo protector del instinto de conservación de la humanidad. Obviamente, con este juego retórico el autor pretendía abrir camino al viejo empeño liberal de naturalizar las fuerzas del mercado. Lo naturalizado en este caso no era sino la invicta «mano invisible» encargada de tejer con los variados intereses particulares un orden económico global. Una idea muy en línea con la imagen optimista, «ad usum delphini», que suelen ofrecer de Adam Smith los visionarios del liberalismo.

Ahora bien, Fukuyama no es, sin embargo, ningún visionario. Su obra se apoya en una conocida tesis de Hegel, que tenía a su propia filosofía, y al Estado prusiano que la apoyaba, por la meta definitiva de la Historia. Además Fukuyama también se ha inspirado en las ideas de un emigrado ruso, Alexander Kojév, considerado a su juicio como «el más destacado intérprete de Hegel en el siglo XX». Por los años treinta, Kojév proclamó en París que el verdadero protagonista del fin de la Historia no era en realidad Hegel, sino Stalin.

Luego, durante la II Guerra Mundial lo pensó mejor y terminó apostando por el ca-



Viene de la página anterior



pitalismo liberal y la democracia de los aliados. Y como ya hemos visto, Fukuyama también ha sabido reajustar su trilogía a los cambios habidos en el mundo desde la caída del muro de Berlín, aunque ello le haya obligado a hacer equilibrios en la cuerda floja para «salvar el fenómeno», es decir, para integrar los retoques en una red de relaciones coherentes con el sentido original de su obra, es decir, la legitimación «in aeternum» del poder de su país.

Un intelectual astuto

Pues bien, hechas estas puntualizaciones, ha llegado la hora de entrar en el fondo de la cuestión. Según sus propios partidarios, Fukuyama es un intelectual astuto, que defiende hábilmente sus ideas, y es cierto, aun cuando para ello se salte a veces ciertos requisitos del método científico, como por ejemplo, enfrentar sistemáticamente sus propias hipótesis con otras alternativas, a menos que no exista ninguna alternativa que oponer. Y justo de esta escapatoria es de la que se ha valido el autor, alegando que en el caso del capitalismo liberal no existe ninguna alternativa viable.

Yo no soy economista, pero me atrevo a decir que esta actitud de Fukuyama me resulta sorprendente. Por lo pronto, porque sólo un futurólogo irresponsable puede pretender saber cómo van a evolucionar las cosas a largo plazo. ¿Podía acaso un romano del siglo I a. C. imaginarse que Roma iba a convertirse en el centro espiritual y político de una Europa cristiana? Evidentemente, no. En rigor, lleva razón Reinhart Koselleck cuando en su libro *Vergangene Zukunft (Futuro pasado)* sostiene que el único futuro sobre el que la Historia puede pronunciarse es el que ya se ha realizado. Eso por un lado. Y por otro, porque sí existe cuando menos una alternativa a la economía de mercado, que Fukuyama sin duda conoce muy bien.

En los albores del capitalismo industrial, aún no se pensaba que la rutina era nociva. La gran *Enciclopedia* de la Ilustración (1751-1772) dedicó cierta atención al trabajo en la fábrica y Denis Diderot llegó a la conclusión de que su carácter repetitivo tenía como fundamento el hábito, un principio básico de la psicología. Sin el concurso de los hábitos, la vida sería un caos, mientras que ejercidos racionalmente confieren eficacia y armonía al comportamiento humano y pueden constituir la raíz de una evolución serena y ordenada hacia la fraternidad.

Unos años después, en 1776, Adam Smith publicó *La riqueza de las naciones*, una extensa obra en la que, ya de entrada, se daba por cierto que la rutina hacía del trabajador un ser estúpido e ignorante, sin iniciativa alguna y que, realmente, lo que constituía la clave de un trabajo industrial productivo e innovador era la libertad económica. Esta declaración dio pie a que a Smith se le considerara como el apóstol del capitalismo, aunque la verdad es que a lo largo de su extensa obra advirtió con insistencia de los graves riesgos que entrañaba el mercado libre, llevado al límite.

Se produjo entonces una profunda escisión, que aún sigue vigente, respecto al modo de concebir el trabajo, que me limito a señalar, porque es bien conocida. En un caso, se parte de unos principios racionales que los hábitos ayudan a poner por obra y, en el otro, de unas iniciativas particulares que, por tanteo, es decir, mediante un proceso empírico de «trial and error», alcanzan soluciones prácticas y creadoras a las que no llega el racionalismo.

Como es sabido, la Europa continental desarrolló un modelo de economía dependiente del Estado (el modelo Rin), mientras que los países anglosajones optaron preferentemente por una economía de mercado, al margen del Estado, y otros adoptaron sistemas mixtos. En líneas generales es cierto que el libe-



Los cuatro caballeros del Apocalipsis, de Alberto Durero.

ralismo económico ha triunfado sobre la economía dirigida, en especial sobre la mal dirigida. Pero no es menos cierto que también lo ha hecho a costa de un darwinismo social, que Heriberto Spencer definió cínicamente con una frase que hoy ya nadie se atreve a repetir en público: «Cada cual a lo suyo, y al último que se lo lleve el diablo». La frase es despiadada, pero no carece de fundamento.

De otra parte, no sólo las espadas siguen en alto, sino que esta misma dualidad de estilos que separa la economía continental de la anglosajona, la hay también en la ciencia y la política. O sea, la forma en que Fukuyama ha despachado el modelo económico continental parece un poco apresurada. Será menester esperar y ver.

Hay otro punto a considerar en la evaluación de la obra de este autor. En su primer libro, *El fin de la Historia y el último hombre*, Fukuyama daba por supuesto que el nuevo orden económico poseía unos límites estructurales, no sé si aptos para satisfacer indefinidamente las aspiraciones de la humanidad, como se dice, o para evitar que se extralimiten, que se salgan de los límites prescritos por el capitalismo liberal. El supuesto oficial es que, al no haber ya un «plus ultra» por el que luchar, la Historia se ha quedado sin trabajo.

¿Retorno al Paraíso?

La realidad es que, al detenerse la Historia, con ella se detendrían también los graves problemas que está generando el sistema. ¿Y no es eso un retorno al Paraíso? Yo me permitiría reproducir a este respecto unas líneas de Ortega, escritas hace más de medio siglo para la Unión de Naciones Latinas. La idea de un progreso ineludible, dijo Ortega, aseguraba al hombre que el porvenir no sólo le sería favorable sino cada vez más satisfactorio. Mas el volumen y la profundidad de las cosas que están hoy en cuestión son tales que «ninguna figura de hombre y ninguna concreta institución o política o filosofía del pasado es válida como orientación para habérmolas con nuestro abismático futuro». La ciencia y la tecnología tampoco, porque precisamente la gravedad de muchas de sus consecuencias imprevistas es lo que hace tan amenazador el porvenir.

Pero Fukuyama mira para otro lado cuando alguien como Ulrich plantea el problema de *La sociedad de riesgos*, o se le habla de la posibilidad de un desastre nuclear. Una guerra atómica, dice, es totalmente imposible si los contendientes emplean unos cálculos lógicos que demuestran que la victoria del vencedor sería absolutamente pírrica. ¡Como si en el hombre todo fuera lógica, y no existieran pasiones, fallos humanos o imprevistos capaces de desencadenar un invierno nu-



El Apocalipsis de Durero (1498).

clear! Fukuyama opera a veces como si de la acumulación de estadísticas sobre un asunto pudieran extraerse conclusiones categóricas. Las conclusiones de la ciencia se expresan siempre en términos de grado de probabilidad, y eso lo tenía muy en cuenta Adam Smith cuando especulaba sobre el futuro.

En fin, no es cosa de sacar a relucir ahora otros magros problemas con que habrá de enfrentarse la humanidad del siglo XXI: son, como se sabe, muchos y desconcertantes, es decir, complejos, no sólo complicados. Pero como quiera que sea, en la página final de *La Gran Ruptura*, me complace constatar que el mismo autor confiesa que, aun cuando en el campo de la economía y la política, «la historia parece ser progresiva y direccional, y a finales del siglo XX ha culminado con la democracia liberal como única opción viable para las sociedades tecnológicamente avanzadas... en el terreno social y moral la historia parece ser cíclica y el orden social aumenta y disminuye en el transcurso de las generaciones. Nada garantiza, pues, que vaya a producirse ninguna mejora en el ciclo». Y añade Fukuyama: «Nuestro único motivo de esperanza es la muy poderosa capacidad innata del hombre para reconstituir el orden social». O sea, su naturaleza. Lo cual continúa, sin embargo, siendo una de esas verdades a medias, que requiere ciertas puntualizaciones.

El problema de la naturaleza es una cuestión por la que Fukuyama ha pasado como sobre ascuas. Para empezar, el principio de que la naturaleza siempre triunfa ya no es tan cierto hoy como en tiempos de Horacio. Pero si se acepta es menester admitir también que la naturaleza, como el dios Jano, tiene dos caras: una que mira hacia la paz y otra que mira hacia la guerra. Así que aunque la naturaleza triunfe siempre, no siempre triunfa como quiere Fukuyama; a veces lo hace de forma muy violenta. Concretamente, desde que existe, la historia humana fluctúa entre la guerra y la paz. Ninguna religión, ninguna ideología, ninguna cultura ha logrado todavía erradicar la violencia. La naturaleza es amor, y nuestras

ideas del bien y del mal le son ajenas, porque surgen al hilo de la razón y la cultura.

De otra parte, Fukuyama no parece dar gran importancia al hecho de que el hombre sea el producto evolutivo de una implacable selección natural que ha dejado tras sí un inmenso reguero de cadáveres y, no lo olvidemos, una huella indeleble de esa sangrienta lucha por la vida en el cerebro emocional de nuestra especie. A la frustración, el hombre actual sigue respondiendo instintivamente con la agresión, igual que el hombre primitivo. Sin duda hoy existen medios sumamente poderosos para fomentar una cultura por la paz, pero recordemos que son los mismos con que pueden fomentarse una cultura de la guerra, y que lo reprimido siempre vuelve. No estoy haciendo ninguna apología de la guerra. He participado en dos y no se la deseo a nadie. Lo que ocurre es que la violencia humana es la misma de siempre, pero sus efectos son cada vez más devastadores, entre otras razones porque el brazo destructor de la tecnología es el que crece con más brío. Ésta es la cuestión.

Por último, pienso que el gran error de Fukuyama ha sido, a mi juicio, un error muy americano, esto es, pensar que un Imperio o una época determinada será capaz de poner puertas al campo, límites a la imaginación y a la racionalidad del hombre. Pienso que el autor de *El fin de la Historia y el último hombre* tiene una idea parcial de la razón; como por lo demás les ocurre a la mayoría de los científicos. Quiero decir que a la Razón se la reduce a una de sus dimensiones, a lo que hoy se llama razón instrumental: una «ratio» que es puro cálculo proporcional y no tiene absolutamente nada que decir sobre los problemas morales de la humanidad.

Pero la auténtica razón es mucho más. Kant la definió como la facultad de los principios que determina el interés de todos los poderes del espíritu y el suyo propio. Y justo por ello, su modo de conocer es plenamente autónomo y tiene intereses, por ejemplo, estéticos y morales. De ahí que el hombre, en lugar de verse forzado a seguir el orden de las cosas tal como aparecen, sea capaz de construir órdenes ideales a los que adaptar las condiciones de la experiencia. A la postre, el hombre es utopía, es búsqueda de una perfección inalcanzable, pero orientadora del desarrollo integral de no ser exclusivamente material. El ser humano puede ver las cosas al trasluz de un ideal, o sea, tal como son cuando las ve, pero a la vez tal como podrían o deberían ser en el futuro.

Pues bien, ese diferencial de niveles entre lo que es y lo que podría ser constituye una constante fuente de deseos, una tensión interior que mueve al hombre en pos de un más allá que se renueva sin cesar. El hombre siempre aspira a más. Es la autonomía de la razón en su integridad —de una razón que tiene Eros, que posee intereses propios y no es un mero instrumento de la voluntad del poder— la que establece sus propios fines y, justamente por ello, mientras haya hombres la Historia humana no tendrá fin. □

RESUMEN

En 1989, en pleno colapso de la Unión Soviética, un analista norteamericano publicó un artículo en el que señalaba el fin de la Historia, puesto que la victoria capitalista sobre el marxismo y, por tanto, el triunfo de la economía de mercado suponían el fin de las ideologías. Aquel artículo de Francis Fukuyama causó una gran polémica y éste desarrolló su

teoría en tres libros sucesivos. El tercero es el que comenta, y con el que más discrepa Píñillos. En su opinión, Fukuyama opera a veces como si de la acumulación de estadísticas sobre un asunto pudieran extraerse conclusiones categóricas. Para el comentarista, mientras haya hombres la Historia humana no tendrá fin.

Francis Fukuyama

La Gran Ruptura

Ediciones B, Barcelona, 2000. 405 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-4069543-8

Fernando de los Ríos: biografía no equidistante

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de *Sistema*, revista de filosofía y ciencias sociales. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Estado de Derecho y sociedad democrática*, *La filosofía social del krausismo español*, *Legalidad-legitimidad en el socialismo democrático*, *Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón* y *Curso de Filosofía del Derecho*.

El título completo, no el reducido que va arriba, de este comentario tendría que ser «Fernando de los Ríos por Virgilio Zapatero, una biografía política e intelectual contra la falacia de la equidistancia». Persona, como es bien sabido, de carácter temperado, comprensivo, que siempre confiaba en las posibilidades –no ilimitadas– del entendimiento (en los dos sentidos de la palabra), proclive desde sus ideas a buscar conexiones y mediaciones entre diferentes posiciones y planteamientos, la vida del intelectual y político socialista Fernando de los Ríos Urruti (1879-1949) no es, no fue nunca, sin embargo, una biografía de la equidistancia. Ni tampoco lo es –equidistante– la muy documentada y repensada biografía que de él ha escrito, con ese mismo talante, el profesor Virgilio Zapatero. Al contrario, una y otra son fuerte y clara reprobación de esa falacia de la equidistancia que confunde la legítima mediación, la buena comprensión y el imprescindible entendimiento, con el más cómodo y fácil neutralismo, con la ausencia elitista de compromiso, e incluso con la total asepsia e indiferencia tecnocrática respecto de fines y valores cualesquiera que estos sean.

En el entorno de la conmemoración en 1999 de los cincuenta años del fallecimiento de Fernando de los Ríos en el exilio en Nueva York, ha habido ya muy propicia ocasión para la publicación de materiales y estudios que han seguido ilustrando y debatiendo sobre líneas fundamentales y aspectos concretos de su pensamiento y acción pública. Así,

la aparición de sus *Obras completas* (ed. de Teresa Rodríguez de Lecea, 5 vols., Anthopos, 1997) de las que nos hemos ocupado por extenso, entre otros, Francisco J. Laporta, «Fernando de los Ríos, cincuenta años después» (*Revista de libros*, nº 18, junio de 1998) o yo mismo, «Fernando de los Ríos: socialismo y humanismo» («SABER / Leer», núm. 127, agosto-septiembre de 1999), donde tuvimos también muy en cuenta la bibliografía anterior sobre aquél. Habría igualmente que mencionar en dicha efeméride el importante volumen con las Actas del Congreso «Fernando de los Ríos y su tiempo», celebrado en Granada en abril de 1999 y publicado en el 2000 por su Universidad en edición y coordinación de Gregorio Cámara Villar; algunos de esos trabajos fueron adelantados en un número monográfico (152-153) de *Sistema*, en noviembre de 1999. El año conmemorativo nos ha dejado asimismo el magnífico catálogo (cerca de doscientas páginas de textos, fotografías y otros documentos) recuerdo de la «Exposición sobre Fernando de los Ríos» presentada en Granada y Madrid, todo ello dirigido por Virgilio Zapatero y Patricia Barbadillo Griñán con el patrocinio de reconocidas fundaciones e instituciones políticas y culturales. Reenvío a esas obras, junto a otros artículos aparecidos por esas fechas en diversos periódicos y revistas, de modo especial a mi citado comentario en estas mismas páginas, a fin de evitar aquí reiteraciones referidas a los caracteres generales de su filosofía y de su actuación política.



Caricatura de Bayo.

política que Virgilio Zapatero ha escrito sobre quien hace ya casi treinta años (media vida juntos) comenzó a ser sujeto-objeto de su tesis doctoral, *Fernando de los Ríos: los problemas del socialismo democrático*, publicada después por la Editorial Cuadernos para el Diálogo en 1974. Pero esta biografía –advirtamos al lector– no es para nada una mera revisión o relectura actual de aquélla: se trata, sin ruptura con ese pasado, de una obra completamente nueva construida sobre fuentes primarias, básica documentación oficial procedente de diversos archivos, así como abundante correspondencia privada, fondos de los que sólo se ha podido dis-

poner aquí con el paso a los nuevos, democráticos, tiempos. Pero además de para los materiales, el objeto, también han transcurrido estos años para el autor, el sujeto: Virgilio Zapatero, con laboriosa actividad política durante la transición, diputado en varias legislaturas, ministro en sucesivos gobiernos socialistas, hoy catedrático de Filosofía del Derecho, incorpora en esta obra de madurez (a mi juicio con mayor concordancia «fernandina» que en aquella tesis doctoral) esas ilustrativas experiencias de su propia praxis política así como sus consecuentes reflexiones intelectuales y científico-sociales sobre la tan conflictiva historia de nuestro país en este recién finalizado siglo.

Al hilo de esta espaciosa y sustanciosa, amena y bien escrita, biografía intelectual y política de Fernando de los Ríos (más de quinientas páginas, veinticuatro capítulos con cerca de un centenar de epígrafes) se lleva a cabo a su vez una sosegada narración y revisión crítica de toda esa historia contemporánea de España: la Restauración, la crisis del 98 (Unamuno), la Institución Libre de Enseñanza (Giner), la vieja política desahuciada por la generación del 14 (Ortega), el aumento de la presencia de los socialistas en la vida política e intelectual española, los desastres de la guerra (Annual) y la dictadura de Primo de Rivera (De los Ríos indefectiblemente frente a ella), las esperanzas, las realizaciones y las frustraciones de la Segunda República (don Fernando muy activo y eficaz ministro sucesivamente de Justicia, de Instrucción Pública y de Estado), la guerra civil, la defeción de los países democráticos, el exilio, la guerra mundial con la derrota de los fascismos, las renovadas esperanzas... así hasta el último epi-

grafe sobre «la traición de los Aliados y la segunda derrota»; después, la decepción final y la muerte de aquél en 1949. Biografía personal e historia colectiva vistas, como digo, por Virgilio Zapatero cincuenta años después, 1999, la España actual, desde sus propias experiencias y reflexiones, por supuesto, tampoco, todas, indiscutibles ni, quizás, definitivas. En esta no hagiografía de tal biografía, anoto para ulteriores debates algunas de las páginas donde yo señalaría discrepancias o advertiría insuficiencias; las doy aquí por si interesa su confrontación al hipotético lector de este comentario: 105, 110, 210, 212, 216, 324, 329, 332 o 449; también el injustificado olvido de Hermann Heller, como le ha recordado con razón Gregorio Peces-Barba.

Es en ese instructivo contexto de interrelación entre la biografía personal de Fernando de los Ríos y la historia colectiva española de su tiempo, aunque con dimensión metodológica más amplia y general, donde yo propondría situar como uno de los ejes fundamentales para la justa comprensión de ambas esa necesaria oposición crítica a la denominada «falacia de la equidistancia». Fernando de los Ríos nunca fue equidistante, nunca fue neutral, entre la libertad y la opresión, entre la igualdad y la explotación, entre la dignidad humana y la injusticia social, entre el debate de ideas y el dogmatismo excluyente, entre la democracia y la dictadura. Son así algunos momentos concretos, pero definitivos y decisivos de su biografía, de su personalidad, los que yo querría destacar de manera especial en esta tampoco equidistante indagación de Virgilio Zapatero, frente a injustificadas simetrías y perniciosas equidistancias presentes y frecuentes tanto en individuos como en colectividades y, desde luego, también en nuestra historia reciente aunque asimismo en otras anteriores y más viejas.

Contra las dictaduras

1.- En contraste con la «expectación benevolente», la condescendencia y hasta la colaboración con que, incluso, ciertos intelectuales y políticos liberales, también algunos socialistas, acogieron la dictadura del general Primo de Rivera en los años veinte, queriendo verla como un autoritarismo regeneracionista que ponía fin a la degradación de la vieja política restauracionista, Fernando de los Ríos (y otros liberales y socialistas) fue siempre –como es bien sabido– adversario irreconciliable de ella. La dictadura era la misma «vieja España» pero él, que tanto y tan duramente había combatido a los turnantes y caciques anteriores, no se dejó para nada engañar y arrastrar –tampoco Unamuno– por lo aparentemente más nuevo y moderno que, también en otros países europeos, se presentaba como solución terminante y eficaz al tan pregonado «ocaso del liberalismo». Como bien subraya Virgilio Zapatero, «el general con su golpe de Estado, liquidó el debate de las responsabilidades (Marruecos, Annual), cerrando el Parlamento precisamente cuando éste estaba desempeñando con toda decisión su función de control del Gobierno» (pp. 181 y 191). A pesar de todo, aunque fuese la misma vieja España (oligarquía y caciquismo) y el mismo sistema económico que él impugnaba y trataba de superar, Fernando de los Ríos no se conformaba con la equidistancia entre la nueva posible reforma democrática de la solución liberal (más abierta) y la falsa solución dictatorial que, bajo apariencia populista y popular, cerraba todo lo fundamental.

Desde ahí y en términos más generales las conclusiones también quedaban claras y con repercusiones válidas para circuns-

Biografía personal e historia colectiva

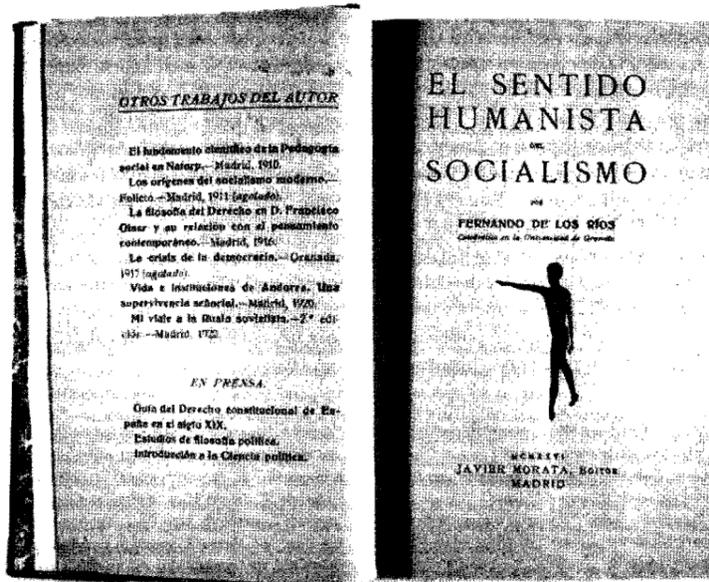
Todas esas aportaciones, aquí sucintamente recordadas, vienen ahora a completarse y enriquecerse justamente con esta detallada y muy valiosa biografía no sólo intelectual (como reza el título) sino, y de manera muy destacada, también

Fernando de los Ríos en EE UU (1936).

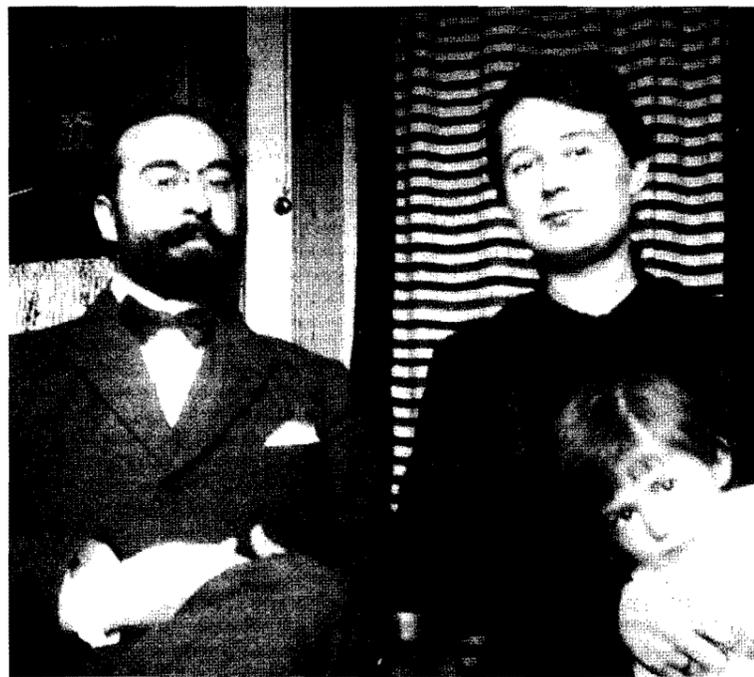
Primera edición de *El sentido humanista del socialismo*.



CORTESIA ED. PRE-TEXTOS



Viene de la página anterior



Fernando de los Ríos con su mujer Gloria Giner y su hija Laura.



Fernando de los Ríos con Miguel de Unamuno (1931).

tancias y condicionamientos teóricos y prácticos que llegan hasta hoy mismo: para la transformación/superación del régimen económico capitalista, un socialista —pensaba aquél— no tendría nunca que igualar (falacia de la identidad como expresión de tal equidistancia) los sistemas políticos liberales parlamentarios y los dictatoriales totalitarios, a pesar del alegato —cierto pero no único ni idéntico— de que en definitiva quien en ambos domina sea la burguesía. Ese fácil reduccionismo era el primer y quizás principal error a evitar. La política no era, no es (¿no debe ser?) un mero epifenómeno de la economía. Para un más amplio desarrollo de estas cuestiones reenvío a mi libro *Ética contra política. Los intelectuales y el poder*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, y, en concreto, al epígrafe sobre «Falacia de la identidad entre democracia y capital». Evitada esa falaz reducción, y rechazado también el totalitarismo comunista, no olvidemos que para él ese constitucionalismo liberal e individualista tendría que ser a su vez superado por, en su terminología, el «constitucionalismo social», con caracteres de intervención cualitativa estatal que realmente le aproximan a lo que, desde la izquierda, se entiende hoy por Estado social y democrático de Derecho.

Primera y segunda derrota

2.- De modo consecuente y con aun mucho mayor fundamento, tampoco habría para Fernando de los Ríos equidistancia, tiempos después, años treinta y cuarenta, en la República, la guerra civil y el exilio, entre quienes, a pesar de todas las dificultades y oponiéndose a las actitudes extremas y violentas, seguían defendiendo la Constitución y la democracia y aquellos que, despreciándolas, se preparaban para el alzamiento militar que habría de acabar con ellas imponiendo por la fuerza un régimen totalitario. Virgilio Zapatero lo escenifica de manera muy directa y expresiva en el contexto, ya producida la sublevación, de la despedida, en septiembre de 1936, entre Fernando de los Ríos (nombrado embajador en Washington) y Alejandro Otero, médico y diputado, comisionado de la República en París: «Algunos de sus amigos y compañeros, con los que habían compartido durante largos años la empresa de modernizar y europeizar España, comenzaban en esos días a abandonar España en una actitud de rechazo equidistante entre ambas partes de la contienda; más tarde hablarían de una 'tercera España'. Aquellos dos profesores



Fernando de los Ríos con Francisco García Lorca en EE UU (1947).

universitarios que se despedían desconsolados entendían que, con todo —advierte aquél—, no cabía equidistancia posible entre la defensa de la legalidad republicana y el apoyo al Estado totalitario; que no era legítimo buscar puntos de equidistancia entre la libertad y la dictadura», concluye con toda razón y fundamento Virgilio Zapatero (página 416).

En esa misma perspectiva hay que situar la indignación y decepción de Fernando de los Ríos, la amarga comprobación del fracaso de sus altas gestiones oficiales de carácter internacional, ante la neutralidad (equidistancia) de los gobiernos británico, americano y francés, primero en la guerra civil y después en el exilio, tras la guerra mundial, entre el régimen del general Franco y el gobierno de la República. (Véase en relación con ello, la exhaustiva y reveladora investigación de Gerald Howson, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*, Península, Barcelona, 2000.) Ésos fueron los hechos, los engaños, a pesar de las diferentes proclamas retóricas o de las matizaciones que, en unos u otros casos, quepa establecer. Señalemos que precisamente para todos estos trascendentales acontecimientos resulta del máximo interés la muy poco o nada conocida documentación de los archivos de Fernando de los Ríos durante todos esos años en Estados Unidos (de 1936 a 1939 como embajador) que ha estudiado Virgilio Zapatero y que sintetiza en los capítulos finales de su libro.

En aquellas dramáticas circunstancias, no pueden sino atribuirse a cinismo, ignorancia culpable o total (interesado) desinterés, nada menos que del mismísimo Presidente Roosevelt —lo propio podría decirse de Churchill—, las palabras que en noviembre de 1936

se atreve a decirle personalmente a aquél: «Siento enormemente lo que pasa en Madrid y espero que si el general Franco gana, como parece que va a ganar, establecerá un régimen liberal...» (pág. 419). Nada de extrañar que tras toda una serie ininterrumpida de simulaciones, de deslealtades, de promesas incumplidas, de abandonos, de traiciones las califica Virgilio Zapatero, ésta sea la triste conclusión: «Desgraciadamente —comunicaba en 1946 De los Ríos al Gobierno— ni el problema de la legalidad, la legitimidad y la constitucionalidad significan nada para estos señores» (pág. 469). Estos señores eran los gobernantes y también los dirigentes de poderosos grupos de presión (económicos, religiosos, militares) de Gran Bretaña, Francia y, principalmente en esos momentos, de los Estados Unidos de América.

RESUMEN

En este comentario de Elías Díaz a la muy documentada biografía del intelectual y político socialista Fernando de los Ríos (1879-1949), escrita por Virgilio Zapatero, se destaca ahora en su personalidad y pensamiento esa ejemplar actitud de no equidistancia, de no cómodo neutralismo, de no aséptica indiferencia ante circunstancias históricas tan dramáticas (dictadura, guerra civil,

España incluyente y España excluyente

3.- ¿Cuál era la España por la que trabajaba y tanto había luchado Fernando de los Ríos? Tenía que ser una obra de integración como pedía en 1931 para la nueva Constitución, convenciendo y no venciendo a los otros (pág. 310). Una obra de cultura, de educación, de forjar caracteres, de «ciencia y conciencia», necesaria para transformar a fondo el país. En esa tarea, «buscando el camino» (personal y colectivo) se recogen por él, no de manera acrítica y uniforme, como ya he señalado, lo más válido de la negatividad de los hombres del 98 (Unamuno, a pesar de discrepancias y rupturas), las propuestas de los regeneracionistas (Costa) y, sobre todo, la impronta de Giner y la Institución Libre de Enseñanza, pero asimismo la influencia del socialismo neokantiano alemán, del magisterio de Ortega (europeización es ciencia) y de sus competentes coetáneos de la generación del 14. «Pero —como desde el principio de su biografía (pp. 22-23) advierte Virgilio Zapatero—, a diferencia de sus compañeros de generación, Fernando de los Ríos nunca llegó a reducir el problema de España a un problema únicamente educativo» (...) «Ciertamente España tenía, como decía Giner, un problema gravísimo de educación. Pero también tenía —señala aquél— un problema de injusta distribución de la riqueza». Ahí están, desde ese programa de dieciséis puntos que propone en 1920 y que «de llevarse a la práctica haría innecesaria la revolución» (pp. 143-144), todos los capítulos que en el libro de Virgilio Zapatero se dedican a exponer el pensamiento y la acción política del socialista Fernando de los Ríos, así como sus preocupaciones y aportaciones para la reforma agraria, la mejora de las políticas sociales y la condición obrera, sus radicales críticas al sistema económico capitalista y sus propuestas de transformación democrática.

Assumiendo todo ello, optando por la ciencia y la conciencia, por la libertad y la justicia, Fernando de los Ríos no iba a ser nunca equidistante, no podía ser indiferente, entre la tradición abierta de una España de las «tres culturas» (judía, árabe, cristiana), erasmista, ilustrada, liberal, pluralista, tolerante, democrática, y la tradición tradicionalista de una España que reduce su identidad a una exclusiva ortodoxia de uniformidad religiosa y política, que expulsa a los heterodoxos y discrepantes, un dogmatismo antiliberal, intolerante, absolutista, no democrático. En definitiva, su biografía no fue, no podía ser en modo alguno equidistante, indiferente, en la historia y en su tiempo, entre una España incluyente (la Constitución y la España actual lo son, a pesar de todo, y deben serlo cada vez más), y una España excluyente, aquella que en 1949, incluso en su muerte, le negaba y se le negaba a Fernando de los Ríos. □

Virgilio Zapatero

Fernando de los Ríos. Biografía intelectual

Pre-Textos, Valencia, 1999. 514 páginas. 5.000 pesetas. ISBN: 84-8191-321-9

Vida de un biólogo

Por José Antonio Campos-Ortega

José Antonio Campos-Ortega (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las universidades de Valencia y Göttingen (Alemania); ha sido profesor extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Friburgo y, desde 1982, es profesor ordinario de Biología del Desarrollo y director del Institut für Entwicklungsphysiologie de la Universidad de Colonia. Es académico correspondiente extranjero de la Real Academia de Ciencias y miembro de la Academia Europea.

Los biólogos se enfrentan con problemas de grandes dimensiones como, por ejemplo, el origen de la vida en nuestro planeta; la evolución de las formas vivientes; el desarrollo de los organismos superiores; la organización y función del cerebro; etc. Durante siglos la complejidad de los problemas de la Biología se vio acentuada por la dificultad en definir preguntas con las que intentar su abordaje. Ello era debido, por un lado, a la actitud de los biólogos, abrumados por un pesado bagaje vitalista y frecuentemente inhibidos por causas religiosas; por otro lado, se debía también a una tecnología insuficiente. Pero los biólogos modificaron su actitud ideológica ante la vida y sus problemas, la tecnología se desarrolló suficientemente y, en el plazo de los últimos 150 años, la Biología evolucionó hasta convertirse en una ciencia de gran exactitud y precisión.

El cambio ideológico fue muy lento y requirió, en primer lugar, el desmitificar la vida para considerarla como un fenómeno natural más. Además, los biólogos tuvieron que aprender a descomponer la complejidad de los problemas, a estudiar en sus elementos constituyentes y analizar cada uno de esos elementos por separado; es decir, a utilizar en su trabajo una estrategia reduccionista. El cambio ha sido tan completo que hoy es lícito preguntar hasta que punto la Biología es una disciplina autónoma o, sencillamente, una parte más de la Física y la Química. Esa pregunta es materia de debate entre algunos filósofos de las ciencias naturales. Sea como fuera la respuesta, son pocos los biólogos que hoy defiendan que las incógnitas de la vida no puedan llegar a ser en un futuro, quizás no muy lejano, resueltas completamente en términos físico-químicos.

Los físicos y la Biología molecular

En realidad, fueron físicos y químicos, antes que biólogos, los que llevaron a cabo la revolución de la Biología. Por ejemplo, fueron fundamentalmente físicos los que crearon la llamada Biología molecular, y ello a consecuencia de los progresos que habían tenido lugar en la Física misma. Esos progresos determinaron que algunos, como Max Delbrück, buscaran en la Biología materiales y problemas con los que descubrir nuevas leyes de la Física. El término Biología molecular comenzó designando estudios estructurales (arquitectónicos) de macromoléculas que cristalógrafos llevaban, y llevan, a cabo mediante técnicas de difracción de rayos X. El término, además, implicaba un aspecto informacional, a saber, explicar cómo unas moléculas —los ácidos nucleicos— llevan información sobre otras moléculas: las proteínas. Son precisamente esos aspectos informacionales los que contribuyeron más rápida y eficazmente al progreso de la Biología.

Jonathan Weiner, un escritor norteamericano ganador del premio Pulitzer, ha dedicado un libro de 300 páginas a la vida de Seymour Benzer, uno de los físicos convertidos en biólogos. Biografías suelen ser es-



critas sobre personas que ya han fallecido; quizás el hecho de que en este caso el biografiado todavía vive hable de sus características personales. Seymour Benzer es uno de los científicos que han influido de forma global sobre el desarrollo de la Biología actual: una persona de gran originalidad, que descubre nuevos problemas allí donde todo parece estar solucionado («Seymour sees more», decían algunos), de los que abren nuevos derroteros que serán luego seguidos por legiones de epígonos. Es, además, una persona humilde, de trato muy agradable, apreciado por todos los que le conocen. Pero quizás su humildad explique que su trabajo, pese a su importancia, haya trascendido poco a la vida pública. Significativo de su persona es también que, habiéndolo merecido, no haya sido galardonado con el premio Nobel.

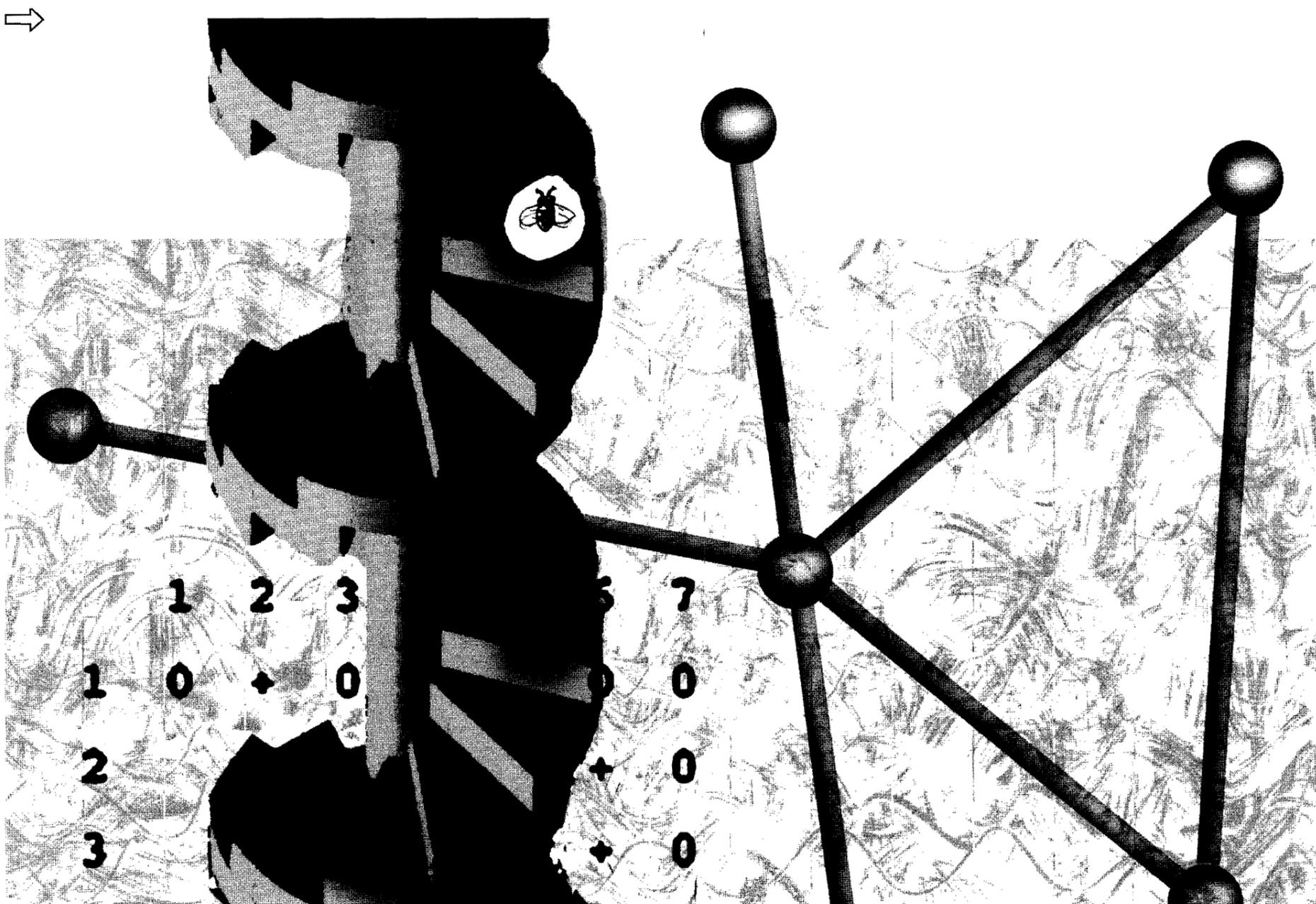
Nacido en 1921, Benzer continúa hoy trabajando activamente en su laboratorio en Caltech (la abreviatura del «California Institute of Technology», una pequeña universidad de gran prestigio). Seymour Benzer estudió Física e hizo su tesis doctoral en Electrónica trabajando sobre semiconductores de germanio —trabajos que condujeron eventualmente a la invención del transistor—. En 1946 cayó en sus manos el libro *What is life?* del físico teórico austriaco Erwin Schrödinger. La lectura de ese libro desvió su interés por la Física de cuerpos sólidos hacia los genes y la Biología en general. Schrödinger propuso allí que los genes tienen una estructura cristalina. Esa especulación se basaba en datos genéticos de Nikolai Timoféeff-Ressovsky, que dos físicos teóricos, Max Delbrück y Karl Günther Zimmer, habían analizado desde el punto de vista de la Mecánica cuántica. Los genes eran por entonces entidades abstractas; la publicación de los tres autores, que Delbrück, por el color de las cubiertas de las tiradas aparte, llamaba «el panfleto verde», los convertía en algo mensurable.

La estructura del gen

En 1953 James Watson y Francis Crick propusieron un modelo de la estructura del ácido desoxirribonucleico (ADN) como dos cadenas de nucleótidos organizados en una doble hélice. El modelo explicaba la base material de la información genética y sugería una posible explicación del código de esa información. El trabajo con que Benzer entró en 1955 en la investigación biológica permitió conectar la Genética clásica con la estructura del ADN. Basado en la famosa doble hélice, Benzer supuso que las mutaciones eran debidas a cambios estructurales de los nucleótidos. Para comprobarlo llevó a cabo un análisis extraordinariamente preciso de la llamada región rII del bacteriófago T4, un virus que infecta colibacilos. La «r» de rII procede de «rapid»: mutaciones en esa región determinan una rápida lisis de las bacterias infectadas. Mutaciones «r» originadas independientemente podrían corresponder a cambios en distintos nucleótidos. Benzer indujo cientos de ellas, llevó a cabo una serie interminable de cruzamientos entre las mismas para inducir su recombinación, y localizó con exactitud la posición de cada una de las mutaciones en el cromosoma del bacteriófago. Sus resultados condujeron al primer mapa genético de alta resolución e indicaban de modo concluyente que, efectivamente, una mutación podía corresponder a una modificación muy pequeña de la región rII, por tanto compatible con lesiones en nucleótidos individuales. Habría que esperar varios años hasta que técnicas de secuenciación de

G. MERINO

Viene de la página anterior



G. MERINO

ácidos nucleicos demostraron directamente que la conclusión era correcta.

Los trabajos que Seymour Benzer dedicó en la década de los 50 a la estructura de la región rII del bacteriófago T4 cambiaron la visión que se tenía del gen. Repito que, antes de Benzer, el gen era algo abstracto: la unidad elemental de la herencia, transmitida de una generación a la siguiente, descubierto y definido operacionalmente por una mutación. Benzer mostró que el gen tenía una estructura complicada. La unidad de recombinación (que él llamó «recon») no es el gen, sino un nucleótido; la unidad funcional (el «cistron») está compuesta de cientos o miles de nucleótidos; la unidad de mutación (el «muton») varía de un nucleótido a miles de ellos. Entre otras cosas, los mutantes de la región rII permitieron que Francis Crick y Sidney Brenner demostraran que el código genético está basado en letras de tres nucleótidos, lo que fue la base imprescindible para su desciframiento final. Existe unanimidad entre biólogos de que, por el impacto que tuvieron sus trabajos sobre rII, Benzer debió haber sido galardonado con el premio Nobel.

El comportamiento animal

Desgraciadamente, el libro de Jonathan Weiner dedica relativamente poco espacio a esa etapa de la vida científica de Benzer. Un espacio mucho mayor está dedicado a los trabajos llevados a cabo a partir de la década de los 60 hasta mediados de los 80 sobre las bases genéticas del comportamiento de «Drosophila», la mosca del vinagre. Según propia declaración, Benzer fue guiado al estudio del comportamiento al observar que sus dos hijas tenían un carácter diametralmente opuesto. Intrigado por ello, quiso averiguar los motivos de esas diferencias y se propuso elucidar las bases moleculares del comportamiento animal. Muchos interpretaron esa pretensión como muestra de ingenuidad.

Benzer escogió la mosca «Drosophila»

como objeto de estudio por dos motivos. Primero, por exhibir un patrón de comportamiento relativamente complejo que permitía analizar múltiples rasgos distintos; segundo, por las óptimas condiciones que ese organismo ofrece para el análisis genético. Su primera publicación en el nuevo campo de estudio apareció en 1967 y lleva la impronta característica del estilo benzeriano: un experimento sencillo, que no requiere de complicado aparataje, que puede ser repetido muchas veces y cuyos resultados permiten una rotunda conclusión. El rasgo del comportamiento que analizó entonces fue el fototropismo positivo, es decir, el movimiento de la mosca hacia la luz. Es posible que Benzer actuara influido por los trabajos de Delbrück, su colega en Caltech, estaba realizando sobre el comportamiento ante la luz de un hongo, «Phycomyces». Años más tarde, Enrique Cerdá Olmedo convencería a Delbrück de la posibilidad de analizar el fototropismo de «Phycomyces» con la ayuda de mutantes, e inventó las técnicas genéticas necesarias para ello. Pero eso es otra historia.

La reacción fototáctica de la mosca es el rasgo del comportamiento más sencillo de abordar experimentalmente, pues sólo requiere de una fuente luminosa y unos tubos de vidrio, éstos parcialmente cubiertos por un paño negro para mantener las moscas en la oscuridad, desde la que andan hacia la luz. Inspirado por el comportamiento de los gases, Benzer diseñó un ingenioso artificio que le permitía identificar un mutante fototáctico entre una población de varias decenas de moscas, y así poder estudiar muchas de ellas en un corto espacio de tiempo. La publicación de 1967 muestra claramente que un rasgo del comportamiento puede ser diseccionado por medio de mutantes. El nuevo programa de trabajo partía por tanto de una suposición correcta.

El título del libro que comento, *Time, Love, Memory*, alude a tres de los rasgos que Benzer y sus discípulos analizaron genéticamente. El «tiempo» se refiere al ritmo cir-

cadiano que muestran muchas de las actividades de la mosca; el «amor» al complicado cortejo que precede a su apareamiento; y la «memoria» a su capacidad de recordar. Pero éstos no fueron los únicos estudiados en esos años. No fue sencillo el definir condiciones experimentales que permitieran obtener datos cuantitativos y poder reconocer desviaciones de la norma. El ingenio de los muchos colaboradores que participaron en la empresa hizo posible el diseñar paradigmas experimentales adecuados, descubrir qué estímulos sensoriales son requeridos, inventar y construir aparatos de medición, etc. El trabajo en cada uno de los patrones de comportamiento analizados ha progresado considerablemente, si bien en unos casos más que en otros. Así, por ejemplo, se ha llegado mucho más lejos en el análisis del fototropismo y los ritmos circadianos que en el de la memoria.

Pero el análisis benzeriano del comportamiento ha trascendido también a muchas otras áreas de la Biología. Por ejemplo, muchos de los mutantes aislados resultaron de gran provecho para analizar aspectos del desarrollo y de la fisiología del sistema nervioso. Así, mutantes fototácticos permitieron,

por un lado, elucidar las bases moleculares de la fototransducción, es decir, de que modo la luz que incide en una molécula de un fotopigmento en la retina es convertida en una corriente eléctrica; y sirvieron también para comenzar el análisis del desarrollo del ojo y del sistema nervioso central.

Pese a esos grandes éxitos, el mayor mérito del trabajo de la escuela de Benzer es conceptual. Durante los últimos 20 años se ha demostrado que, sorprendentemente, los principios y los elementos de organización de muchos procesos biológicos, desde el desarrollo hasta el comportamiento, están conservados en la escala animal. A nivel molecular, una mosca, un ratón y un ser humano son mucho más similares de lo que parecen. Elementos básicos del comportamiento, producto de la actividad cerebral, están regidos y organizados por moléculas que pueden ser identificadas y sus relaciones puestas de manifiesto por medio de mutaciones, tanto en «Drosophila» como en los mamíferos. Una idea calificada por muchos de ingenua dio lugar a una línea de investigación biológica de la mayor trascendencia. De ese modo, Benzer justificó una vez más su puesto en la historia de la Biología. □

RESUMEN

Campos-Ortega recuerda cómo fueron físicos y químicos los que llevaron a cabo la revolución de la Biología y físicos en concreto los que crearon la Biología molecular. Sobre uno de estos físicos convertido en biólogo, el norteamericano Seymour Benzer, ha escrito una biografía Jonathan Weiner. No es usual que se publiquen biografías de científicos, como es el ca-

so, que están en pleno trabajo investigador, pero Benzer es uno de los científicos que han influido de forma global sobre el desarrollo de la Biología actual. Buena parte del libro está dedicada al período entre los años sesenta y ochenta, que es cuando investiga las bases genéticas del comportamiento de «Drosophila», la mosca del vinagre.

Jonathan Weiner

Time, Love, Memory: A Great Biologist and His Quest for the Origins of Behavior

Alfred A. Knopf, Publ., Nueva York, 1999. 300 páginas. 27,50 dólares. ISBN: 0-679-44435-1.

De una modernidad a otra

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es escritor y periodista. Ha sido redactor jefe en Cuadernos para el Diálogo y jefe de Opinión y de Cultura del diario El País. Es autor de *Días sin fumar*, *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y *El éxito y el fracaso*. Con *El planeta americano* obtuvo el Premio Anagrama y con *Señoras y señores* el Premio Espasa, ambos de ensayo.

Una de las características más acusadas de nuestra contemporaneidad —dice Ricardo Forster en este libro— es que no tenemos tradiciones contra las que pelearnos. No tenemos memoria histórica. Detrás de nosotros ya no queda nada por leer que consideremos como fundamental para pensar nuestra época. Ésta es la circunstancia peculiar a la que nos estamos enfrentando: nos hallamos en una época que devora todo cuanto aparece, una época dominada por los medios de comunicación que convierten en vieja la última novedad, que transforman la memoria, la historia, los libros y las ideas, en desechos.

Le resulta por tanto muy difícil a esta época, a sus habitantes, encontrar los caminos hacia esas tradiciones y espejos que ya no podemos mirar porque nos devuelven imágenes intraducibles para nosotros. Una de las alternativas frente a esa situación es vivir complacidos en el interior de la vorágine. La otra sería tratar de pensar nuestro propio tiempo recorriendo críticamente la memoria histórica, los discursos y la experiencia que lo conformaron.

Con este último propósito se ha compuesto el libro *Itinerarios de la modernidad*, un volumen formado por 16 capítulos que corresponden a las lecciones impartidas en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires por los profesores Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman durante el primer cuatrimestre de 1995. La idea de recopilar ese material didáctico y lanzarlo al mercado se justifica doblemente: primero, por el evidente interés de su contenido; segundo, por la eficacia y la claridad de su exposición, muy oportuna para explicar el cambio de época. El libro no sigue, además, como los libros de texto convencionales, una trayectoria lineal y cronológica, ni tampoco un estilo profesoral y distante, sino que va despertando zonas de curiosidad del lector como una guía apegada a las expectativas sentimentales del conocimiento. De esa manera, el receptor disfruta los capítulos atraído por planteamientos de actualidad y dirigido hacia cuestiones que complementarán su deseo de obtener sucesivas explicaciones sobre las diferentes estaciones de un recorrido que atiende a Karl Marx o Charles Baudelaire, la Viena del novecientos, el conservadurismo revolucionario de la república de Weimar, el tiempo de las vanguardias artísticas y políticas, la Escuela de Frankfurt, la rebelión cultural y política de los años sesenta, la crisis de la racionalidad moderna y los recientes tiempos



RODRIGO

«post», del post-arte a la post-sexualidad.

Nuestra época ha sido un tiempo saturado de interpretaciones sobre sí mismo, un devenir de discursos perfectamente ritualizados cuyo objeto es un preguntar insistente sobre la supuesta identidad de la contemporaneidad, distinta acaso a la que se prolongaba desde la Ilustración. Pero ha sido, además, un momento que ha generado interpretaciones a partir de la conciencia de la pérdida de algo, del fin de algo decisivo, sin que éste algo quede siempre definido. Fredric Jameson decía a mediados de los años ochenta que nuestra actualidad se caracterizaba por un milenarismo invertido en el que las premoniciones del futuro, ya sean catastróficas o redentoras, habrían sido sustituidas por la convicción del final de esto o de aquello, del fin de la ideología, del arte o de las clases sociales; la crisis del comunismo, de la socialdemocracia o el Estado del bienestar, el fin de la representación, el fin de la ciencia... Fenómenos todos ellos constitutivos de lo que en los años setenta empezó a llamarse postmodernismo.

En esa noción postmodernista, el punto verdaderamente crítico se alcanzó cuando en otoño de 1972 apareció en Binghamton la revista *Boundary 2*, expresamente subtitulada *Journal of Postmodern Literature and Culture*. Ese mismo año, además, se publicó el famoso libro de Robert Venturi sobre la arquitectura titulado *Learning from Las Vegas* y en 1979, François Lyotard escribió *La condición posmoderna*, la primera obra filosófica que adoptó la noción de postmodernismo, incluso sin saber nada de que el término se utilizaba en arquitectura y refiriéndose sólo a una corriente estética circunstancial.

Para Lyotard la postmodernidad estaba vinculada, sin embargo, al surgimiento de la

sociedad posindustrial, teorizada por Daniel Bell y Alain Touraine y la caracterizaba como una auténtica etapa diferente y destructora de la modernidad. Un año antes Jürgen Habermas, que se había introducido en el debate, pronunció en Frankfurt un célebre discurso con motivo de la recepción del premio Adorno que tituló «La modernidad, un proyecto inacabado», con una tesis contraria a la de Lyotard, puesto que para él la modernidad se encontraba todavía por realizar en muchos de sus términos, sociales, filosóficos y políticos.

Ruptura radical

La cuestión de la existencia de un nuevo tiempo postmoderno depende —según recoge el texto de *Itinerarios*— de la hipótesis de una ruptura radical que incluso, de acuerdo con algunas partes del libro, podría remontarse al final de la década de los años cincuenta o a principios de los sesenta, relacionada casi siempre con la decadencia o extinción del ya centenario movimiento moderno. Al postmodernismo lo define hoy su preferencia por la superficialidad antes que por la profundidad, por la simulación antes que por lo «real», por el juego antes que por lo serio, por la idea del fragmento antes que por la ambición de totalidad. En la modernidad estaban las chimeneas, el ferrocarril, las turbinas, las cintas transportadoras, el automóvil; la postmodernidad se representa por la vida dentro de los ordenadores: la información y las conexiones de Internet y World Wide Web, las ventanas, iconos y capas de la información personal, las criaturas en el juego de *The Sims* y las simulaciones del mundo cuántico que se utilizan rutinariamente en los cursos introductorios de la física.

Fenómeno también de nuestro tiempo postmodernista sería el desvanecimiento de las fronteras entre la cultura de elite y la llamada cultura comercial o de masas y la emergencia de obras de nuevo cuño, imbuidas de las formas, las categorías y contenidos de esa «industria de la cultura» tan apasionadamente denostada por los ideólogos de lo moderno, desde Leavis y la «nueva crítica americana» hasta Adorno y la Escuela de Frankfurt. Lo que fascina pues a los posmodernismos es precisamente todo ese paisaje «degradado», feís-ta, de series televisivas y cultura de *Reader's Digest*, de la publicidad y de los moteles, del «último pase» y de las películas de Hollywood de serie B, de la llamada «paraliteratura», con sus categorías de lo gótico y lo románico en cla-

ve de folletín turístico de aeropuerto, de la biografía popular, la novela negra, fantástica o de ficción científica: materiales que ya no se limitan a «citar» simplemente, como habrían hecho Joyce o Mahler, sino que incorporan a su propia esencia.

Pero sería erróneo considerar esta ruptura como un acontecimiento tan sólo cultural. La ruptura entre modernidad y postmodernidad se asocia con el advenimiento de otro tipo de sociedad designada frecuentemente como «sociedad de consumo» o mejor, ahora, «sociedad de la información», «sociedad del conocimiento» donde ha ido desvaneciéndose la recibida idea del progreso. La idea de que la Historia tiene un sentido progresivo y que por vías, más o menos misteriosas y guiadas por una racionalidad providencial, se acerca inexorablemente a una perfección final, estubo en los cimientos de la modernidad. Es más, puede afirmarse que constituye la esencia de la modernidad. Pero ahora ha dejado de ser así. En el pasado sólo se podía pensar que ser moderno constituía un valor (y que en cambio resultaba un desvalor ser reaccionario, retrógrado o conservador), si el tiempo era dueño de una dirección emancipadora: porque cuanto más avanzamos más estaremos en la línea de la historia, más cerca de la perfección. La misma noción artística de vanguardia que justamente ha entrado en crisis en las últimas décadas, está impregnada de esta fe progresista en el futuro. Pero la operación propia del postmodernismo es, por el contrario, deconstruir, desbaratar la visión lineal de la historia.

La más obstinada acción del postmodernismo es la disolución suave de todo sistema establecido, la descomposición de los relatos míticos que miran al origen, la anulación de los grandes relatos legitimadores que servían de vínculo integrador de la sociedad, desde el espíritu hegeliano a la unidad romántica, desde el racismo nazi hasta la organización keynesiana, desde el universalismo a la saludable idea de progreso. De igual manera, otros rasgos del postmodernismo son el rechazo de la noción de totalidad y el auge del pluralismo, la exaltación del fragmento. Como también son caracteres suyos el miedo al futuro, el interés exacerbado por el presente, la indiferencia por lo perdurable y un nihilismo que asomaba ya sus fauces aniquiladoras con Baudelaire, según expone Nicolás Casullo en el capítulo 14 de *Itinerarios*.

Finalmente, ante el cientismo naturalista, configurador de la modernidad, la postmodernidad enaltece el carácter central de lo estético, una corriente que mana a su vez del Renacimiento pero que ha inundado los medios de comunicación en la sociedad de masas desplazando a la verdad y confundiendo la cultura con la «mass cult». Es la «transes-tética» que ha proclamado Baudrillard repetidamente o el arte que hace desaparecer la verdad para reenviarnos a mundos imaginarios. Para tratar de comprenderlos, juzgarlos sin prejuicios y concretarlos críticamente ha sido construido este libro. Una obra sustantivamente pedagógica, concebida con el principal propósito de enseñar a jóvenes alumnos, pero que cumple brillantemente la función de esclarecer el debate modernidad/postmodernidad para cualquier grupo interesado de lectores. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Fernández Alba, Román Gubern, Manuel Fernández Álvarez, Álvaro del Amo, Francisco Javier Ynduráin, Olegario González de Cardedal y Antoni M. Badia.

RESUMEN

En una época como la actual, en la que la sociedad de la información tiende al desvanecimiento de las fronteras entre cultura de elite o cultura de masas, en la que no hay tradiciones contra las que pelearse, pues no hay memoria histórica, considera Vicente Verdú que libros como el que comenta, una recopilación de itinerarios de la modernidad reunidos por

tres profesores de la Universidad de Buenos Aires, son especialmente útiles, pues desde la vocación pedagógica de la que parten ayudan brillantemente a esclarecer el debate entre modernidad y postmodernidad e interesan, por tanto, no sólo a los alumnos universitarios de la capital argentina, en cuyas aulas surgieron esas charlas, sino a cualquier lector en general.

Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman

Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la Ilustración hasta la Postmodernidad

Editorial Eudeba. Buenos Aires, 1999. 376 páginas. 3.600 pesetas. ISBN: 950230789-5.

Berlín-Potsdamer Platz

Por Antonio Fernández Alba

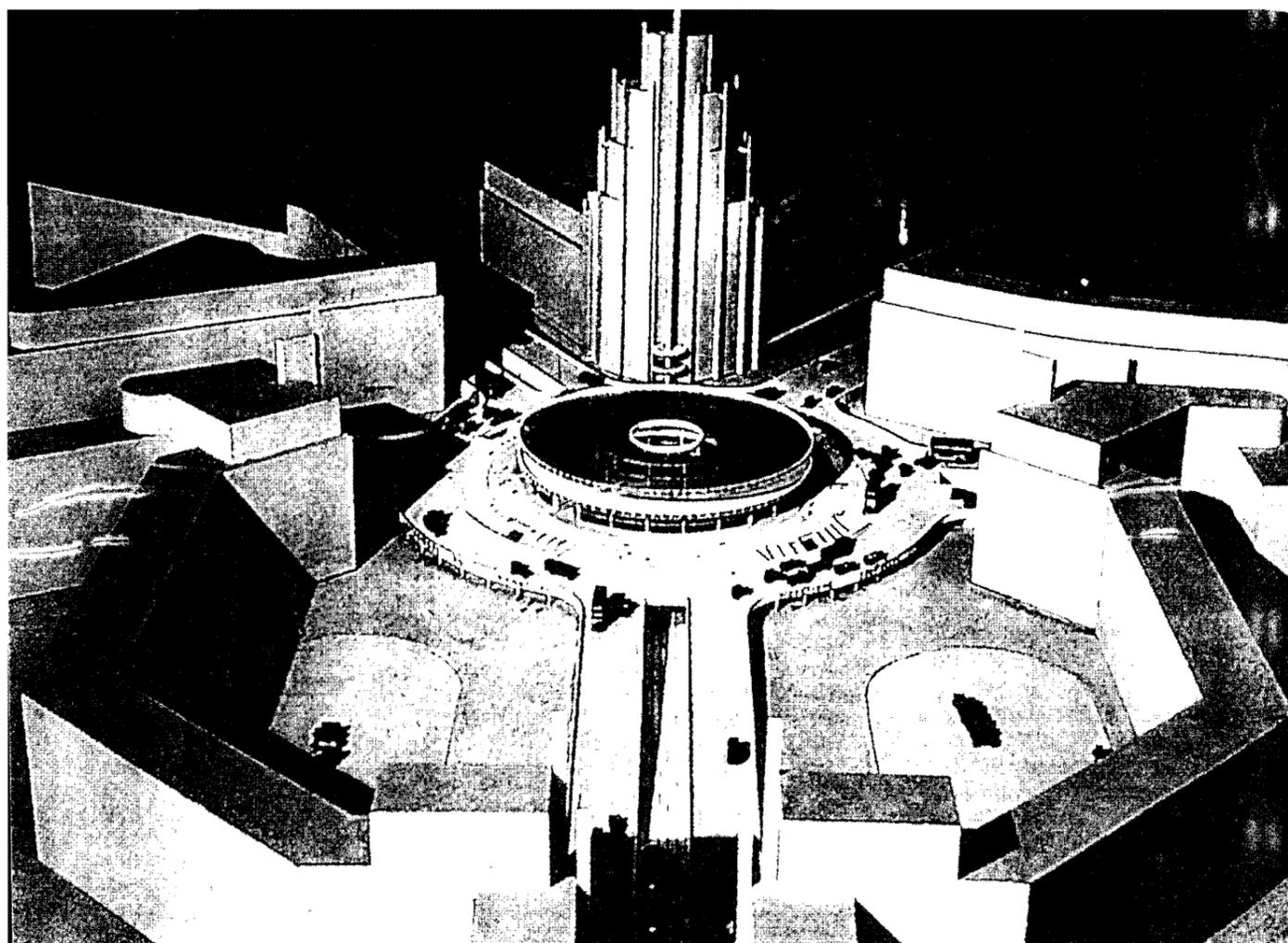
Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es arquitecto y catedrático emérito de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Su trabajo profesional como arquitecto desde 1957 lo comparte con una dilatada actividad internacional en la enseñanza y crítica de la Arquitectura. Entre sus últimos libros pueden citarse *De varia restauratione* y *Domus Aurea*, diálogos en la casa de Virgilio. Destacan entre sus últimas obras de arquitectura la *Escuela Politécnica para la Universidad de Alcalá* y el *Centro de Investigaciones Biológicas para el CSIC en la Complutense de Madrid*.

«Pero la nube sólo floreció un instante cuando volví a mirar, ya se había hecho viento»

(B. Brecht)

La idea de la ciudad en el pensamiento europeo, señalaba recientemente el profesor Carl E. Schorshe, está construida como un devenir de peregrinaciones morales y sociales de un discurso histórico al discurso anhistórico, se podía añadir también que con diferentes matices, la ciudad europea desde Voltaire a Adam Smith se ha interpretado como el recinto donde se produce y reproduce el conjunto de fuerzas productivas de la sociedad. Desde la Ilustración hasta el asalto a la razón del nazismo, desde los prolegómenos por hacer evidente la modernidad de la nueva arquitectura en las décadas iniciales del siglo XX hasta los finales metropolitanos de nuestros días, la mirada a la ciudad nos permite contemplarla como lo que es, un signo del discurso histórico y todo signo, como nos recuerda Wittgenstein, nos manifiesta su propio pasado, no nos puede extrañar por lo tanto que los signos patentes contemplados en la ciudad que aún compartimos nos inclinen hacia un sentimiento de expectativas difuminadas cuando no de esperanzas arruinadas.

Cansados estamos de escuchar los recitales críticos que durante un siglo nos animaban a sostener la utopía de la convivencia colectiva durante el período de entreguerras (1914-1945) o bien a seguir postulando desde los credos de las técnicas industriales, que la ciudad podría configurarse como un bricolaje hermético de



Propuesta para Potsdamer Platz. 1929. Martín Wagner, Felix Unglabe.

formas y funciones urbanas, distante en la mitad del siglo pasado del populismo saludable e higiénico del fulgor que acariciaban las primeras vanguardias.

La reciente publicación del profesor de la Escuela de Arquitectura de Sevilla, Carlos García Vázquez, *Berlín-Potsdamer Platz. Metrópoli y arquitectura en transición*, nos viene a recordar con un trabajo de investigación minucioso y excelente en el marco metodológico, referido al recinto berlinés de la Potsdamer Platz, que este bricolaje hermético se manifiesta de manera audaz no sólo en este fragmento histórico del Berlín recientemente suturado, si-

no que es un testimonio vivo de la evolución de las actuales ciudades europeas, atrapadas en un narcisismo autocontemplativo que tan sólo denota su incertidumbre ante el futuro, ciudades que, en el diagnóstico crítico ya iniciado en la pasada década de los noventa y ahora bien corroborado por el profesor García Vázquez, tienden a replegarse en espacios para la reacción contra los fenómenos urbanos más radicalmente contemporáneos.

Realidades en transición

Partiendo de una hipótesis analítica bien sedimentada durante todo el siglo XX según la cual los fenómenos metropolitanos, el desarrollo de la ciudad y la arquitectura que en estos recintos se construye son realidades en transición, el estudio se centra en un entorno físico concreto como es la emblemática área urbana de la Potsdamer Platz y en él se analizan mediante un pormenorizado estudio los acontecimientos urbanísticos, políticos, económicos y culturales que sobre este entorno se han producido en una ciudad tan emblemática como Berlín, desde aquellos ya lejanos días de 1900 donde se intentaban construir las premisas racionalistas de la mo-

dernidad, hasta las intervenciones del 2000 al transferir la capitalidad de Alemania a Berlín, una vez que el muro del gulag fuera abatido, lectura interesante; desde el Berlín ciudad de la modernidad, al Berlín «ciudad global» en los umbrales del siglo XXI.

Visitar hoy los trabajos que se realizan en el entorno de Potsdamer Platz es como leer una balada, que utilizando el título del conocido cuadro de Giorgio De Chirico es, o viene a ser como una balada de «Las musas inquietas» (1918). Allí podemos encontrar arquitectos que se esfuerzan en transferir los juegos de la ironía y la alusión, diseñadores de lo efímero que exhiben las gramáticas formales de la transparencia que ofrecen en sus fachadas los buenos ejercicios de especulación urbana y alejan los miedos del encuentro con la realidad, programadores de imagen dispuestos a sepultar el aroma de checa que aún se percibe en las ruinas colindantes del viejo muro, planificadores urbanos que han encontrado en la proliferación de lenguajes de la estética subjetiva de la arquitectura, y en la emblemática tecnológica de las megaestructuras los nuevos modos de la especulación planificadora, donde el vidrio, los aceros cromados, el aluminio o los cha-



En este número

Artículos de

Antonio Fernández Alba	1-2	Francisco Javier Ynduráin	8-9
Román Gubern	3	Olegario G. de Cardedal	10-11
Manuel Fernández Álvarez	4-5	Antoni M. Badia i Margarit	12
Álvaro del Amo	6-7		

SUMARIO en página 2



Berlín- Potsdamer Platz

pados de piedra formalizan edificios en cadena para la monótona vida burocrática que han de albergar estos estandarizados contenedores. Algunos ejemplos de la mejor ingeniería como la cúpula de Norman Foster, construida para la reconstrucción del derruido Reichstag, tranquilizan la mirada y rememoran los mejores ejemplos llevados a cabo por las exposiciones internacionales de arquitectura (IBA) en la dilatada historia berlinesa.

Proyectos y edificios en construcción que manejan con maestría los principios de la tecnología más depurada y resuelven desde la más estricta función las preocupaciones estéticas de sus diseñadores, contenedores administrativos o comerciales que vuelcan su atractivo formal y espacial atendiendo a los dictados más pragmáticos, estructuras resistentes, canalizaciones de servicios, edificios en fin que mantienen como código estético el protagonismo primario de los «high tech buildings».

Para entender la entrega sin condiciones efectuada a los estetas de la globalidad conviene repasar algunos de los itinerarios ber-



Potsdamer Platz. Año 2000.

lineses. La ciudad alemana no había sido objeto de consideración por los intelectuales hasta los principios del siglo XIX, Berlín se había convertido en un centro político, residencia del poder, con notable diferencia de París y Londres que integraban en su morfología espacial no sólo la centralidad del poder político sino los ámbitos donde desarrollar las actividades económicas y culturales, aunque es necesario reconocer que Berlín nunca abandonó los signos de la ciudad medieval y las cadencias que evocaban la vieja «polis» griega, incorporando la naturaleza en dilatados bosques urbanos como los que aún se conservan en la actualidad. Berlín hoy, como tantas ciudades europeas es el lugar ideal para que se cumplan los vaticinios críticos que Fichte formulaba sobre la ciudad del capitalismo individualista según los cuales, la lógica económica que construye la ciudad se estimula en la transformación del campo en suelo urbano. Hoy la razón instrumental moderna coloniza las obsoletas o derruidas zonas de la ciudad mediante la reutilización de los abandonados territorios urbanos o industriales a través de las imágenes que diseñan los nuevos estetas de esta «secesión berlinesa» de finales del siglo XX, inquietos y desorientados como las musas en el referido cuadro de De Chirico, donde lo único que se puede comprender es la irónica y heterogénea localización de las musas sin sentido.

Discurso de la ciudad

El conjunto urbano que surgirá en los entornos de la Potsdamer Platz ilustra ya en lo construido un mensaje bastante preciso del discurso de la ciudad europea, de su lógica planificatoria y de los signos reveladores del nuevo poder económico que produce y construye el espacio de la metrópoli contemporánea. Las referencias arquitectónicas que ya pueblan y redimen las ruinas de la tortura anuncian un claro distanciamiento de la na-

turalidad y una enfatización del objeto arquitectónico estandarizado y monótono, arquitecturas alejadas incluso del expresionismo tecnológico tan bien asimilado por la espacialidad germana, espacios y lugares públicos dispuestos a describir los códigos ambientales del programado hombre metropolitano, entre el ordenador y el triduo semanal de la liturgia del consumo, donde la traslúcida bruma de los distintos estereotipos arquitectónicos se alían con la riqueza semántica de los alfabetos consumistas de la comunicación.

De nuevo como en los tiempos de Zola habrá que encontrar los remedios y propuestas renovadoras allí donde se diagnostica la enfermedad, en la nueva metrópoli globalizadora. Hoy el progreso se ha transformado en desarrollo y el concepto moral y ético del desarrollo no tiene ninguna relación con el progreso, como bien se puede comprender en este apretado conglomerado berlinés. En el concepto del progreso de los principios del siglo XX, la referencia esencial estaba destinada a resolver los problemas generales del nuevo protagonista de la sociedad industrial, en el postulado esencial del

desarrollo la referencia esencial es puramente material, el hombre inaugura y contempla significados en los balances del consumo y en los anhelos de la metamercancía. No podemos presentarnos sin un modelo racional alternativo, escribía Tomás Maldonado en su análisis sobre *El futuro de la modernidad*, frente a los sistemas de poder dotados de una sofisticada racionalidad instrumental, sistema de poder de los cuales, no se ha de olvidar, depende en gran medida nuestra supervivencia (pág. 11, 1987).

La lectura de un trabajo como el que aquí comentamos nos ofrece un escáner preciso del acontecer urbano de una ciudad tan significativa como Berlín, una ciudad, donde las esperanzas de los racionalistas de los años veinte pensaban levantar la ciudad más allá del bien y del mal, allí precisamente donde el nazismo y los derivados totalitarios levantaron el muro de las lamentaciones irracionales de la sangre y de la tierra, ahora surge un brillante festival de la ficción planificadora que vive con cierto alivio la ciudad. Posiblemente seguirá teniendo razón Brecht, de las ciudades quedará solo el viento que pasaba por ellas. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Fernández Alba comenta un estudio de un arquitecto español sobre la emblemática área urbana de Potsdamer Platz, en Berlín, en el que se analizan los acontecimientos urbanísticos, políticos, económicos y culturales que se han producido en esta ciudad, que ha recuperado la capitalidad y que ha pasado de ser la ciudad de la

modernidad, a comienzos del siglo XX, a ser la ciudad global en los inicios del siglo XXI. El conjunto urbano que está surgiendo en los alrededores de la plaza ilustra un mensaje bastante preciso del discurso de la ciudad y de los signos del nuevo poder económico que produce y construye el espacio de la metrópoli contemporánea.

Carlos García Vázquez

Berlín-Potsdamer Platz. Metrópoli y arquitectura en transición

Fundación Caja de Arquitectos, Barcelona, 2000. 265 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-931388-3-5

SUMARIO

	Págs.
«Berlín-Potsdamer Platz», por Antonio Fernández Alba, sobre <i>Berlín-Potsdamer Platz. Metrópoli y arquitectura en transición</i> , de Carlos García Vázquez	1-2
«En torno a Buñuel», por Román Gubern, sobre <i>Los mundos de Buñuel</i> , de Víctor Fuentes	3
«De nuevo Carlos V», por Manuel Fernández Álvarez, sobre <i>Carlos V. 1500-1558. Una biografía</i> , de Alfred Kohler	4-5
«El planeta Hombre y sus satélites», por Álvaro del Amo, sobre <i>Mr. Peter's Connections</i> , de Arthur Miller	6-7
«Señoras y señores radioactivos», por Francisco Javier Ynduráin, sobre <i>Marie Curie y su tiempo</i> , de José Manuel Sánchez Ron	8-9
«¿Víctimas o agraciados con el futuro?», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Predicciones. 31 grandes figuras pronostican el futuro</i> , de Sian Griffiths (ed.)	10-11
«Rafael Lapesa y la lengua española», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre <i>Estudios de morfosintaxis histórica del español</i> , de Rafael Lapesa	12

En torno a Buñuel

Por Román Gubern

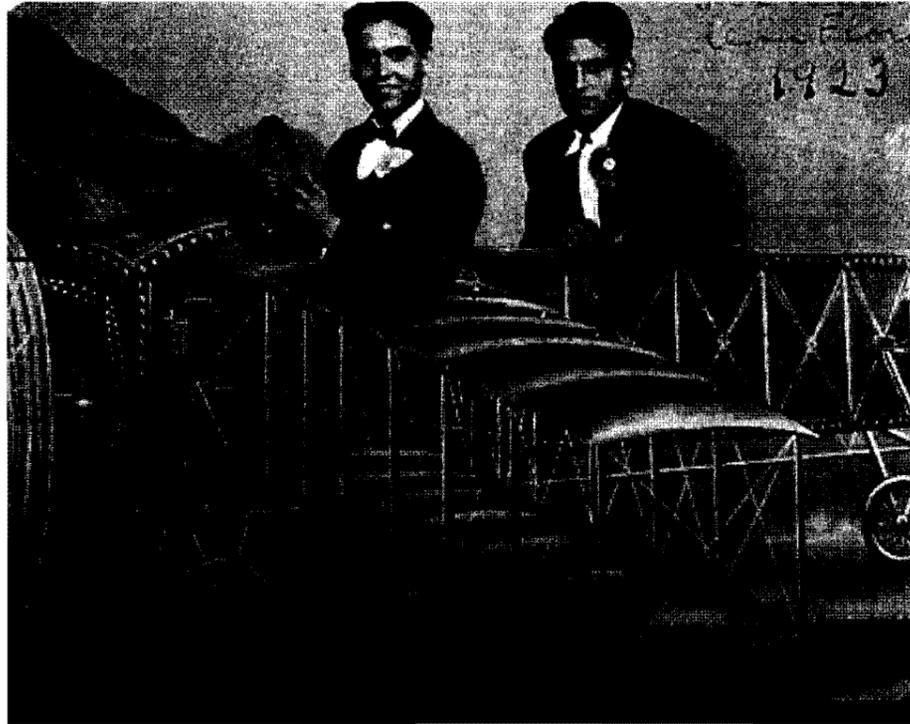
Román Gubern (Barcelona, 1934) ha sido profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Ángeles) y en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena), así como director del Instituto Cervantes en Roma. Es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona, de cuya Facultad de Ciencias de la Comunicación fue decano. Ha sido presidente de la Asociación Española de Historiadores del Cine y miembro de diversas academias españolas y extranjeras. Es autor de una veintena de guiones para cine y televisión y de una treintena de libros.

Catedrático de Literatura española moderna y contemporánea en la Universidad de California (Santa Bárbara), Víctor Fuentes había ya demostrado sobradamente su interés por las relaciones entre cine y literatura y, señaladamente, hacia la obra magistral de Luis Buñuel, sobre quien había aportado ya dos libros luminosos: *Buñuel: cine y literatura* en 1989, hoy inencontrable, y *Buñuel en México*, en 1993. Podía esperarse que en el año del centenario del nacimiento del cineasta calandino, que ha sido tan pródigo en la aparición de textos de muy desigual valor sobre su obra, Fuentes produjera un nuevo trabajo en el que ampliara el campo de estudio de su libro anterior, extendiendo su documentado análisis de la producción mexicana de Buñuel al conjunto global de su obra.

Un primer factor que avala el interés de la contribución de Fuentes radica en que se trata del estudio de un cineasta exiliado, y a quien tuvo la ocasión de entrevistar en México, efectuado por parte de un escritor e investigador de las culturas ibéricas también trasterado en el mismo continente. De esta circunstancia surge una complicidad política y cultural, que permite un acercamiento más cálido y vivo a la personalidad artística del cineasta, que en vano se buscará en la mayoría de las ya relativamente abundantes monografías surgidas de autores peninsulares, a partir del estudio fundacional que supuso en 1969 *Luis Buñuel. Biografía crítica* (Editorial Lumen), del aragonés J. F. Aranda, que vio la luz en el tardofranquismo, y que tuvo su continuación en las valiosas monografías de Agustín Sánchez Vidal en los años ochenta.

Una obra revolucionaria

Víctor Fuentes polemiza con quienes ven en la Residencia de Estudiantes la cuna luminosa de la Generación del 27 y prefiere resituarse a Luis Buñuel en un contexto político más radical, el de los ultraístas-dadaístas afines al sindicalismo y el anarquismo y los cultivadores de la novela social en las primeras décadas del siglo. De este modo, y con rotundidad, Víctor Fuentes retorna a una valoración prevalentemente política (y revolucionaria) de la obra de Luis Buñuel, en la línea que iniciaron en los años sesenta estudiosos como Freddy Buache y que se desdibujó en los análisis formalistas que aparecieron dos décadas más tarde. Es posible que este enfoque le lleve a forzar ideológicamente algunas interpretaciones, como cuando afirma que *La Vía Láctea*, surgida en el convulsivo año 1968, «puso a los jóvenes cineastas e intelectuales comprometidos ante el espejo de las nefastas consecuencias del fanatismo y de las disputas doctrinarias y sectarias» (pág. 176). Sabemos que ésta no era la intención de Buñuel, fascinado por la historia de las herejías cristianas, como luego veremos. Por las mismas razones, cuando Fuentes estudia *Belle de jour*, alinea su perspectiva crítica con el feminismo radical norteamericano, subrayando sus aspectos transgresores en el plano de la sexualidad patriarcal tradicional.

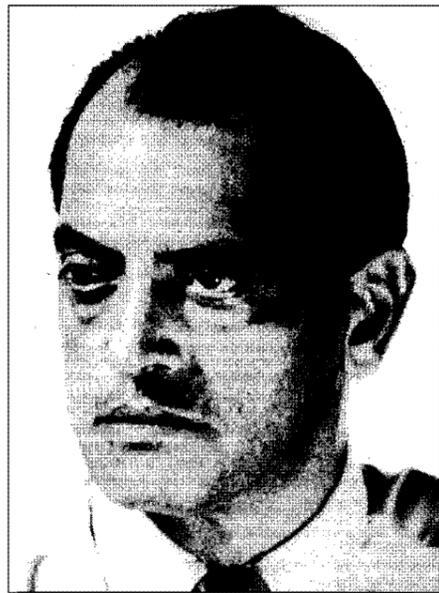


Federico García Lorca y Luis Buñuel en una foto tomada en la verbena de San Antonio, en Madrid.

Tres trayectos

Al principio del libro declara el autor que adopta, siguiendo una indicación de José Gaos, una perspectiva antropológica para entender el cine de Luis Buñuel, y que estudia su imaginario a través de las tres líneas por las que, a su entender, discurrió su cine: la surrealista, la del realismo tradicional español y la teológica. Fuentes cumple su declaración y estudia la obra de Buñuel rompiendo el criterio cronológico habitual y agrupando sus films en grupos o ciclos temáticos en razón de su parentesco o afinidades. Así, efectúa una elipsis narrativa al llegar al exilio norteamericano de Buñuel en 1938, para retomar esta etapa mucho más tarde, cuando se ocupa de sus producciones norteamericanas *Robinson Crusoe* (1952) y *La joven* (1960), que analiza consecutivamente. Y por parecidas razones agrupa *Él* (1952) y *Ensayo de un crimen* (1955), por conformar un díptico sadiano protagonizado por dos burgueses mexicanos víctimas de su deseo. Estos agrupamientos permiten examinar mejor las constantes y recurrencias de la obra de Buñuel, aunque difuminen su lógica evolutiva en el eje temporal y biográfico.

Los mundos de Buñuel contiene percepciones novedosas. Asocia el realismo del documental *Tierra sin pan* (1933), por ejemplo, con lo «real maravilloso» formulado por



Alejo Carpentier, y no duda en entroncar su producción mexicana con el «realismo mágico» latinoamericano. Concede Fuentes privilegiada centralidad a dos cintas tan distintas como *Los olvidados* (1950) —calificada como precursora de los «nuevos cines» de la década siguiente— y *El ángel exterminador* (1962), que agrupa y estudia en el mismo capítulo. Valora a *Los olvidados* como una prolongación de la marginación social presentada en *Tierra sin pan*, protagonizada por «los pobres de la Tierra», y la segunda como retablo del naufragio de la burguesía y como Apocalipsis del orden civilizatorio. Al agrupar ambos polos temáticos Fuentes cumple también una de las constantes que atribuye al cine de Buñuel (rasgo propio de la alquimia y del pensamiento surrealista, añade), a saber: la unidad de los contrarios. Es éste un rasgo insistente en el análisis de la filmografía buñuelesca, junto con algún otro, como el «fracaso de los héroes de la voluntad» (pág. 125), en contraste con el cine convencional de Hollywood.

El ciclo teológico

Tal vez la parte más innovadora del libro se halle en la exploración del ciclo teológico de Buñuel, que hace de él un «ateo cristiano», en la estela abierta por William Blake en el siglo XIX, como nos recuerda el autor. En las galdosianas *Nazarín* (1958), *Viridiana* (1961) y *Tristana* (1970), sobre todo en las dos primeras, funde Buñuel las tres vías de su cine —surrealista, teológica y realista— para alcanzar su cota más alta. Las dos primeras pertenecen netamente al citado ci-

clo teológico y la segunda es también tributaria de Galdós, como señala Fuentes, a través de la influencia de *Halma* y de los mendigos de *Misericordia*. De *Nazarín* y *Viridiana*, llega a escribir el autor que «podrían vincularse a un movimiento de redención, de avance hacia esa Encarnación postapocalíptica de la divinidad de las personas» (pág. 159). Es decir, bajando la teología al plano humano y social. Y, en concordancia con este sesgo teológico, al comentar *Simón del desierto* (1965), Fuentes señala que cuando el materialismo histórico y materialista se ha convertido en un dogma más, parece que Luis Buñuel busca cierto entronque con el espiritualismo (pág. 110). Seguramente el autor no sigue a Buñuel en su escepticismo político sexagenario y postestalinista, que le llevó de la militancia comunista en los años treinta al reino de la duda sistemática y crítica en su senelectud mexicana. Pero valora cabalmente y con comprensión esta evolución personal, aunque es de justicia recordar que el interés del ateo Buñuel hacia la teología y sus pintorescas controversias —plasmadas en *La Vía Láctea*— se remonta a su educación en colegios de curas, a la que se añadió luego las lecturas de la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo, de las vidas de santos de *La leyenda áurea*, que le descubrió García Lorca, y del materialismo filosófico y el ateísmo militante del marqués de Sade, que marcó profundamente su formación intelectual. A este respecto, es curioso advertir que dos fundamentalistas católicos franceses marcaron también profundamente su pensamiento o su obra en su etapa juvenil: el entomólogo Henri Fabre y Maurice Legendre, autor de la tesis doctoral sobre Las Hurdes que, editada en 1927, le sirvió de guía para rodar su citada *Tierra sin pan*.

La etapa final

Víctor Fuentes, que ve en *Diario de una camarera* (1964) una denuncia de «la potencialidad fascista del capitalismo», aprecia cierto formalismo o manierismo en la última etapa de la filmografía de Buñuel, sobre todo a partir de *Belle de jour* (1969), que le permitió obtener un gran éxito en el cine comercial europeo, integrado en la «sociedad de consumo». En este punto contrasta con los estudiosos —como Noel Burch y Jonathan Rosenbaum— que han visto en esta etapa la de su maestría formal y madurez estética. Y en este último Buñuel agrupa Fuentes el tríptico sobre la «tolerancia represiva» (tomando prestada una expresión de Marcuse) y que está formado por *La Vía Láctea* (1969), *El discreto encanto de la burguesía* (1972) y *El fantasma de la libertad* (1974), que supone un retorno al surrealismo originario.

Libro polémico pero muy estimulante, *Los mundos de Buñuel* recupera la dimensión política radical del cineasta de Calanda y pasa a convertirse en un texto de referencia obligada en el debate sobre su obra. □

RESUMEN

El libro sobre Buñuel del que se ocupa Román Gubern apareció en la conmemoración de su centenario, pero su autor, Víctor Fuentes, se aparta de otros textos publicados recientemente e incide en una valoración política (y revolucionaria) de la obra cinematográfica de Buñuel, que discurrió a través de tres líneas esenciales:

la surrealista, la del realismo tradicional español y la teológica. Para Gubern se trata de un libro polémico y estimulante, que reabre el debate en torno a Buñuel y que contiene percepciones novedosas, aunque también, a su juicio, esa valoración política le lleve a forzar ideológicamente algunas interpretaciones.

Víctor Fuentes

Los mundos de Buñuel

Akal, Madrid, 2000. 210 páginas. 1.955 pesetas. ISBN: 84-460-1450-5

De nuevo Carlos V

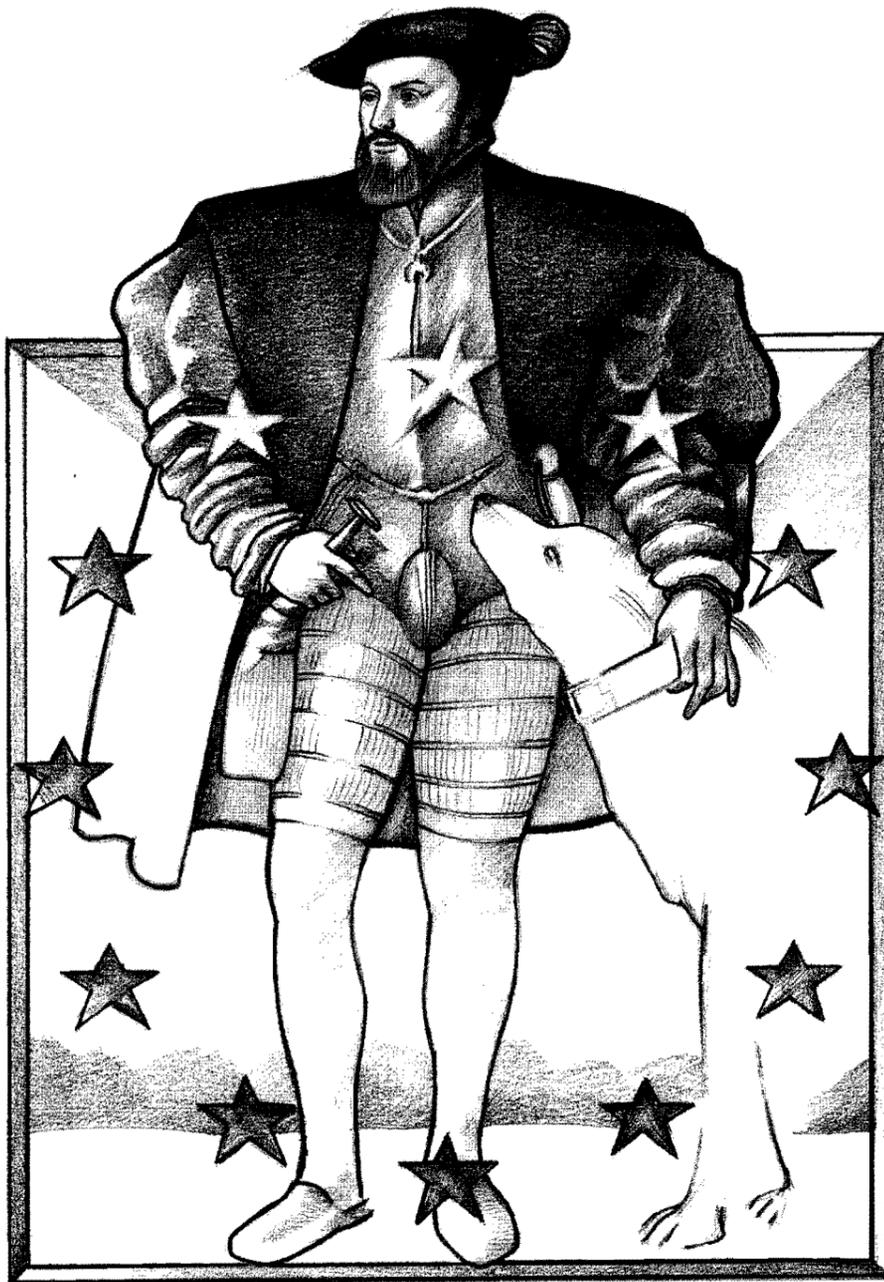
Por Manuel Fernández Álvarez

Manuel Fernández Álvarez (Madrid, 1921) es profesor emérito de la Universidad de Salamanca y del Colegio Libre de Eméritos, académico de la Real Academia de la Historia y de la Academia Portuguesa de Historia. Autor de numerosos libros dedicados al siglo XVI, dirigió el monumental *Corpus documental de Carlos V* y recientemente ha publicado las biografías: Felipe II y su tiempo, Carlos V: el César y el hombre (*Premio don Juan de Borbón 1999*) y Juana la Loca. La cautiva de Tordesillas.

Finalizado el V Centenario del nacimiento del Emperador cabe hacer un balance de lo que ha supuesto para la cultura de nuestros días. En ese sentido, hay que valorar muy positivamente la serie de exposiciones que se han dado en gran parte de la Europa occidental, sin olvidar los conciertos de música de la época y, por supuesto, los congresos en torno a la figura del César. De todo ello cabría destacar, entre las exposiciones, la magna itinerante, que partiendo de Gante, donde abrió sus puertas en el otoño de 1999, terminaría en Toledo, ya entrado el invierno del actual año 2001; y en cuanto a los congresos, a resaltar los celebrados en Granada y en Toledo, en los pasados meses de mayo y octubre. Todo ello provocando una gran expectación, contando con un apoyo no sólo de los sectores más vinculados a la cultura (como, por descontado, el universitario), sino también encontrando un eco popular.

Respondiendo a esa demanda, los modernistas nos hemos puesto a la tarea de escribir sobre el Emperador, en artículos de revistas especializadas, pero también en la misma prensa, que ha dado —como el resto de los medios de información— una amplia cobertura a ese tema. Y, por supuesto, también aparecieron libros. La mayoría, aprovechando la oportunidad, un poco atropelladamente. Pero en ocasiones, como fruto de un largo trabajo, dando lugar a libros de empeño, de esos que merecen estar en las bibliotecas públicas.

Entre ellos está el publicado por el historiador vienés Alfred Kohler con el título *Karl V. 1500-1558. Eine Biographie* (Múnich, 1999). Alfred Kohler es bien conocido por los especialistas de la Historia Moderna de Europa por sus estudios en torno al siglo XVI, y muy en particular sobre una figura española: la del emperador Fernando I, el hijo de Juana la Loca nacido en Alcalá de Henares, que las complicadas combinaciones diplomáticas y matrimoniales de la Casa de Austria, desde los tiempos de su abuelo paterno Maximiliano I, acabaron desplazando a Viena. Convertido en una figura clave de la historia de la Europa central, se comprende que despertase el interés de un austríaco como Kohler. Ahora bien, no se puede estudiar a Fernando, con cierta profundidad, sin que salte de inmediato la figura de su hermano mayor, la figura de Carlos V. De hecho, ya en 1990 dirigía Kohler una publicación de documentos sobre Carlos V (*Quellen zur Geschichte Karls V*, Darmstadt, 1990). La biografía del Emperador escrita por Kohler está dividida en 14 capítulos, precedidos de una introducción sobre la historiografía carolina y sobre generalidades en cuanto a su personalidad, y seguidos de un apartado final sobre fuentes y bibliografía. Aunque el autor no lo precisa, cabría distinguir tres partes: una primera de dos capítulos dedicados a los comienzos del Emperador y que llega hasta la elección imperial; una segunda en que se enfoca el idearium carolino y los recursos con que contó para hacerlo realidad, y una tercera en que ya se van detallando los avatares del gobierno imperial, desde la Dieta de Worms de 1521, en la que se enfrenta con el problema de Lutero, hasta su abdicación en



JOSÉ MARÍA CLÉMEN

1555 y su retirada a Yuste. Esa presentación cronológica del reinado carolino se corta con un capítulo (el octavo) dedicado a las Indias.

Básicamente estamos ante una visión del reinado de Carlos V, al hilo de sus viajes, de sus campañas militares y de sus negociaciones con los soberanos de su tiempo; ya con los papas —en particular Clemente VII y Paulo III—, ya con los reyes de Inglaterra y Portugal (Enrique VIII y Juan III), pero muy en particular con Francisco I de Francia. En esa presentación de la figura imperial Alfred Kohler tiene en cuenta la tarea de los consejeros, incluyendo entre ellos, naturalmente, a los confesores, pero donde destaca sobre todo la tarea del canceller Gattinara, con su proyecto de un Imperio europeo excluyendo a Francia.

¿Dónde queda la nota personal, el reflejo del Carlos V como hombre, su vida familiar, su intimidad, sus diversiones, incluidas las amorosas? Prácticamente en lo escrito en dos apartados del capítulo tercero; el primero dedicado al carácter del Emperador y el segundo a su trato con las mujeres. En conjunto, apenas once páginas en un total de las 400 que tiene el libro. Eso da idea de que estamos, más que ante una verdadera biografía del Emperador, ante un estudio de su quehacer político.

Es notable la visión que tiene del papel ejercido por Gattinara, como consejero de Carlos V, sobre el que había ejercido una gran influencia. Kohler estudia la autobiografía de Gattinara y considera que para el canceller piemontés lo importante era cuajar el sueño gi-

belino de un fuerte poder imperial centrado en el dominio de Italia; lo cual suponía el vencer la inevitable resistencia de Francia; esto es, siguiendo a otro estudioso, Lutz, «la destrucción de la existencia de Francia como Estado». Ésta es una consideración que quedará fuertemente grabada en la mente de Kohler.

Aunque lo veamos más tarde con más detalle, ahí radica su juicio final: la monarquía universal carolina «se basaba en la enemistad y la oposición con Francia» (pág. 398). En todo caso, y como indica su autor, no estamos ante una obra improvisada, sino sobre la que lleva más de veinte años de estudios e investigaciones.

Pero no podemos menos de señalar algunas de sus limitaciones. Ciertamente, su visión del tema desde la perspectiva de Viena puede ayudarnos a los historiadores españoles, a veces excesivamente anclados en una visión occidentalizante, como emperador del viejo y nuevo mundo. Ahora bien, siempre que no se prime en demasía esa nota de la Europa central, en perjuicio del resto de los dominios y, por ende, de las preocupaciones imperiales. Porque con eso es con lo que nos encontramos: para Kohler, la correspondencia cruzada entre Carlos V y su esposa, la emperatriz Isabel, o con sus hijos (en especial, con Felipe II), o no la conoce o carece de importancia. Puede que haya influido en él lo que indica en el prólogo: el tener que acudir, para las fuentes españolas, a la licenciada Irene New, «por su competencia en el ámbito de la hispanística»

(página 1).

Al desconocimiento de esa documentación tan valiosa hay que añadir el descuido en otras que maneja, como es el caso de las *Memorias* del Emperador. En efecto, ya en 1913 había dejado bien claro Morel-Fatio que todas las ediciones aparecidas en Europa a mitad del siglo XIX, después de la publicada por Kervyn de Lettenhove (y entre ellas la alemana que Warnkönig había sacado en Leipzig, en 1862), eran sumamente defectuosas, lo que le llevó a presentar una mucho más fidedigna. Pese a ello, y conforme a la curiosa tendencia de que los textos peores desplacen a los mejores, Kohler acude a Warnkönig y olvida a Morel-Fatio (pág. 406).

Por eso, la buena valoración del libro de Kohler queda limitada a su conocimiento de la política europea, en particular a lo que se refiere al ámbito germánico, y de su bibliografía, en especial de la obra espléndida de Karl Brandt, por él tantas veces mencionada; pero hay que insistir en que no se trata propiamente de una biografía del Emperador. No puede serlo, cuando se ignora prácticamente toda la correspondencia que Carlos V mantiene con su familia. Precisamente es lo que le lleva a errores de bulto, como a su afirmación de que tan sólo visitó a su madre, la reina doña Juana, en dos ocasiones. El mero manejo del *Corpus documental de Carlos V* (Salamanca, 1973-1981, 5 vols.) le hubiera permitido comprobar muchas más. De hecho, yo he podido registrar no dos, sino doce, lo cual resulta bastante significativo.

En definitiva, Carlos V visita a su madre, no sólo a poco de llegar a España en el otoño de 1517 —visita en la que extrema su respeto a la Reina—, sino también estas otras once veces: en los años 1518, 1520, 1522, 1523 (este año en dos ocasiones), 1524, 1534, 1536, 1538, 1539 y 1542. Y lo que es más: sólo una vez está una sola jornada; sería el 19 de noviembre de 1539, día en el que «se despidió» de doña Juana, pensando ya en el inminente viaje a Gante.

Las otras visitas serían de varios días. En 1518 llega el 16 de enero y se va el 19; en 1520, pese a que tiene tanta prisa por acudir a las Cortes castellanas, de cara a su marcha al Imperio para recibir la corona imperial, llega el 2 de septiembre y se marcha el 4, no sin celebrar funerales por su padre Felipe el Hermoso. En 1523 estará toda una semana: llega el 9 de mayo y se marcha el 15; y no contento con ello, volvería un mes más tarde, llegando el 17 de junio y saliendo el 19. El año 1524 sería especial, pues prolongaría su estancia en Tordesillas, al lado de su madre y de su hermana Catalina, más de un mes, pues alcanzando la villa tordesillana el 3 de octubre de aquel año, no se marcharía hasta el 5 de noviembre.

Luego vendría una larga etapa, cierto, en que las visitas se suspenden. Pero la causa no estibaría en la indiferencia de Carlos sino en los acontecimientos que se desencadenan: la boda del Emperador en Sevilla, el nacimiento de su hijo y los graves sucesos que obligan a Carlos V a ausentarse de España entre 1529 y 1533. Pero en 1534, de regreso a España, reanuda sus visitas a la madre, en este caso no en Tordesillas, pues un amago de peste ha obligado a la Reina a dejar la villa del Duero por la de Mojados, donde el Emperador acudiría el 20 de julio. Otra vez se ausenta Carlos V de España para acometer la empresa de Túnez, pero cuando regresa en diciembre de 1536, ordena a la Emperatriz que vaya con sus hijos a Tordesillas, pues quería pasar aquellas navidades con su madre; y, en efecto, prolongaría allí su estancia durante diez días, entre el 19 y el 28 de aquel mes navideño de 1536. En 1538 volvería a visitarla con la Emperatriz, el

Viene de la página anterior



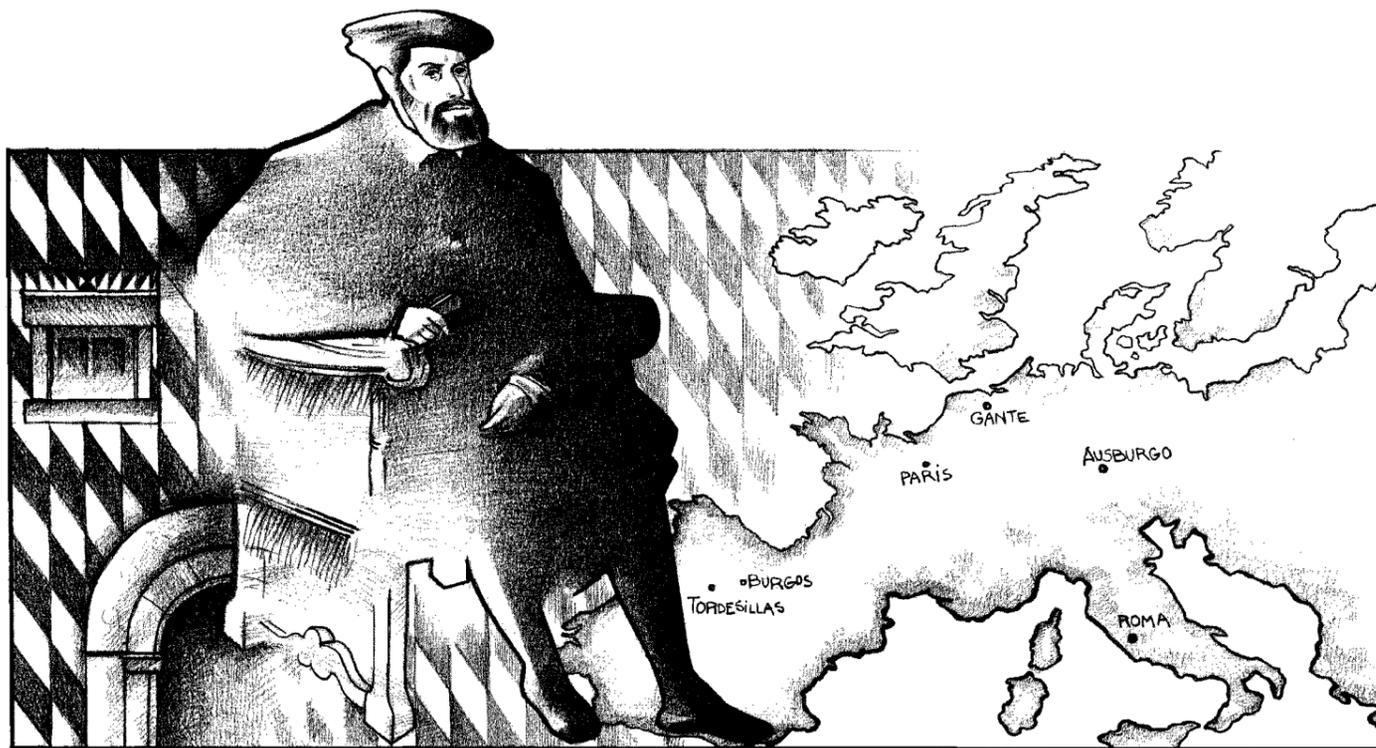
20 de septiembre; sería la última vez que lo haría con su mujer. Pero a poco de la muerte de Isabel, Carlos volvería ya solo, en aquella jornada ya comentada del 19 de noviembre de 1539, en que se despediría de su madre, con el viaje proyectado para acudir a los Países Bajos. Por último, el 23 de enero de 1542 Carlos V pasaría cuatro días en Tordesillas. Sería la última vez. Al año siguiente se iría al norte de Europa para defenderse de los ataques de sus adversarios, para no regresar hasta trece años después. Eso sería en 1556, cuando ya la vieja Reina, Juana, la cautiva de Tordesillas, había fallecido.

Tal falta de información sobre una cuestión tan importante para conocer la vida familiar de Carlos V, daña al libro de Kohler, en ese terreno de querer hacer una biografía del Emperador. Y eso se observa igualmente en otras ocasiones. Para empezar, años enteros desaparecen como sino existieran. Nada se nos dice, en efecto, de lo que ocurrió a Carlos V en 1534 ni en 1542. Y ello por una razón, porque al vivirlos el Emperador en España, Kohler hubiera tenido que acudir a más fuentes españolas de las que utiliza. Y eso mismo es lo que provoca que en otros momentos, mejor estudiados por el historiador austríaco, sin embargo se ignore la nota española, como ocurre en la crisis de 1552. ¿Dónde aparece la aportación hispana para la recuperación imperial?

Pero además, esas fuentes carolinas podrían ayudar a Kohler a conocer mejor el idearium europeo de Carlos V. Baste con observar cuál es su opinión respecto al proyecto carolino sobre Europa, que para el historiador vienés se basaba «en la enemistad y la oposición con Francia» (pág. 398). Nada más lejos de la realidad. Carlos V está siempre anhelando lograr un acuerdo amistoso con Francia. De ahí precisamente que desatienda el consejo de Gattinara, tras la victoria de Pavía, de aniquilar a su adversario. Por algo el propio Kohler considera que la repulsa de Gattinara al tratado de Madrid de 1526, era como una grave protesta a la política imperial: «No se sabe –nos dice– si Carlos reaccionó ante un hecho tan increíble y desleal por parte de su gran canciller». (pág. 185). El reiterado deseo de convertir a Francisco I en su cuñado, su viaje atravesando Francia como huésped de la corte de París en diciembre de 1539, la aceptación de ceder Milán o los Países Bajos en 1544, las mismas instrucciones a su hijo Felipe en 1548 para que tanteara su nueva boda con una princesa de Francia, son pruebas inequívocas de lo que sobre tal materia sentía Carlos V.

Símbolo de la idea europea

Finalmente unas reflexiones sobre las conclusiones a que llega Kohler en las últimas páginas de su libro. Kohler nos advierte sobre las actualizaciones políticas e ideológicas en torno a Carlos V, siguiendo la línea marcada por Peter Rassow en 1958, rechazando que Carlos V se erigiese en símbolo de la idea europea, así como de la hispanidad, aparte de que su fracaso le hacía inviable para convertirse en una referencia válida para los europeos. Por lo tanto, un Carlos V fracasado, estampa no del héroe para ensalzar, sino más bien para olvidar. Así, Kohler recoge el juicio de Rassow: «¿Quién querría erigir en líder ideal a una personalidad fracasada?». Y en ese sentido, Kohler se sorprende de que todavía actualmente naciones como Bélgica y España vean en Carlos V a un precursor de la Unión Europea. «Esta referencia es superficial –añade– y resulta problemática si se observa detenidamente, puesto que la comparación entre la Unión Europea y la monarquía universal de Carlos no puede soslayar una gran discrepancia: en primer lugar, esta *monarchia uni-*



JOSÉ MARÍA CLÉMEN

versalis se basaba en la enemistad y la oposición con Francia; además era un modelo de soberanía que chocaba con las tendencias hacia la formación de Estados monárquicos y que probablemente por eso fracasó» (pág. 398). Estas últimas consideraciones de Kohler nos prueban de nuevo su desconocimiento de una documentación carolina de primer orden, como es la correspondencia que tuvo con su mujer y su hijo, publicada en nuestro *Corpus*.

Algo verdaderamente difícil de explicar, ya que resulta duro achacarlo a su dificultad para estudiar esa correspondencia porque esté en español. ¿Qué se diría en Alemania si un profesor español se atreviese a escribir una biografía sobre Goethe sin manejar sus numerosas cartas por desconocer el alemán? Y si ésa no es la dificultad para Kohler, si el español le es tan familiar, ¿por qué no ha estudiado a fondo los centenares de cartas carolinas recogidas en nuestro *Corpus documental de Carlos V*? Porque no basta con que lo cite en la relación bibliográfica. Para eso es suficiente con dar a una tecla del ordenador. Aunque sólo fuera para leer las numerosas postdatas autógrafas de Carlos V, merecería la pena ese esfuerzo. Ni una sola vez es manejado el *Corpus* carolino por Kohler para redactar su libro: únicamente, en algunos casos, se aprecia cierto eco en algún documento que, publicado por nosotros hace un cuarto de siglo, es recogido por el historiador vienés en su *Quellen zur Geschichte Karls V*; tal es el caso de la consulta que el Consejo de Estado manda a Carlos V en noviembre de 1526, publicada por mí en 1973 y que comento tan ampliamente en mis trabajos (especialmente en el tomo XX de la *Historia de España de Menéndez Pidal*). Pero eso ocurre muy rara vez, en casos que pueden contarse con los dedos de una mano. Y uno se pregunta, ¿qué ha hecho Kohler con el resto? ¿Está ahí, en ese increíble desconocimiento de la más importante documentación que nos viene del Emperador, la clave de su negativa visión del quehacer imperial de Carlos V? Todo hace pensarlo así.

Y hay que insistir: Carlos V jamás pretendió destruir a Francia u orillarla de aquella comunidad europea que a él, como emperador, le tocaba presidir. Pero además ese fracaso suyo por enfrentarse con los nacionalismos vigentes es lo que, precisamente, le da mayor validez en nuestros días. Y es ahora cuando podemos hacernos también nosotros algunas preguntas: ¿Quién es partidario hoy en día de los nacionalismos tan agresivos, de los que curiosamente la Francia de Francisco I era el más representativo en los tiempos de Carlos V?

Pues Carlos V planteó desde los principios de su reinado, como lo hizo en mayo de 1520 ante las Cortes de Castilla, una Europa unida –cierto, él se referiría a la Cristiandad, pero esa Cristiandad tenía un territorio bien definido, y ése no era otro sino Europa–, con respeto a sus distintos reinos, presidiéndolos en paz y armonía, sin pretender nada que no fuera suyo. Por eso, con la idea de que la evocación histórica juega un papel en la configuración de nuestro presente y en la preparación de nuestro porvenir, podemos afirmar que la Unión Europea tiene su propia historia que urge precisar. Y que en esa historia, la referencia a Carlos V es de todo punto obligatoria.

Por otra parte, ¿se puede hablar de un Carlos V fracasado? ¿Fracasó por ejemplo en su defensa de Europa, cuando liberó a Viena de la amenaza turca de 1532, o cuando ahuyentó a Barbarroja de las costas del sur de Italia en 1535? ¿Se puede hablar de fracaso porque los teólogos católicos y luteranos, convocados por él reiteradamente en Alemania entre 1530 y 1540 no llegaron a un acuerdo, cuando no estaba en su mano tal decisión? Curiosamente, ese acuerdo se produciría en la ciudad alemana de Auserburgo, pero en 1999; evidentemente, eso le llegaría un poco tarde al César. Y no me extrañaría que esos teólogos se acordasen con dolor de los intentos tantas veces marcados por el Emperador medio milenio antes. Aparte de que no importa tanto el fracaso puntual, caso de que se produjera, como el mensaje que se envía. Y en ese sentido, el mensaje carolino está claro. Aquí repetiré lo que indico en una de mis últimas obras: «Podemos afirmar –decía entonces– que Carlos V fue el infatigable viajero que trató de mantener unida la Europa de su tiempo en paz y armonía, el que no se cansaba de decir que no quería nada que no fuera suyo y el que puso una y otra vez su vida en el tablero por defender aquella Europa. Todo ello con un particular sentido de

que la política no podía estar desligada de la moral. Y de ahí que Carlos V tenga tanto que decirnos a los hombres de nuestro tiempo. Porque en la historia común de esa Europa que tenemos precisión de escribir, la figura del Emperador se alza como una referencia imprescindible. Pues el que gastó toda su vida en pro de la Europa de su tiempo ya no puede ser olvidado. Siempre tiene un mensaje válido que mandarnos de coraje, de honradez y de esperanza». (V. el prólogo a mi obra: *Carlos V*, Espasa, Madrid, 2000.)

Palabras que vuelvo a suscribir. Porque esos valores que emanan del quehacer político de Carlos V bien merece la pena de ser compartidos. No lo serán para Kohler, o acaso para algunos otros; por ejemplo, la profesora María José Rodríguez Salgado lo afirmará textualmente: sus valores no son los suyos, antes bien, para ella Carlos V viene a ser, no el ideal, sino la pesadilla de Europa. Pero yo seguiré pensando que sí son los míos. Y es más: con la prueba que aporta el eco entusiasta que ha tenido la conmemoración del V Centenario del nacimiento del Emperador, creo esperanzado que son valores compartidos por buena parte de Europa.

Pues algo debe suponer para esa Europa, que le aclama, la figura carolina. E incluso para Kohler. ¿Por qué, si no, le ha dedicado tantas horas a escribir su biografía? ¿Por qué está tan orgulloso de esos veinte años destinados a estudiar al Emperador? De esa forma, aunque sea bien a su pesar, el propio Kohler nos viene a dar una señal sobre la grandeza de Carlos V. En todo caso, vuelvo a mi consideración inicial: estamos ante una obra importante, aunque no sea exactamente una biografía del Emperador. Lo que ocurre es que hasta ahora los críticos sólo han cantado sus excelencias. Séame permitido a mí, por ello, no dejar pasar por alto sus limitaciones, aunque sólo sea por esa obligación que tenemos de informar adecuadamente a nuestros lectores. □

RESUMEN

El historiador Manuel Fernández Álvarez comenta un libro sobre Carlos V, de cuyo nacimiento se ha celebrado el quinientos aniversario y del que es autor el historiador austríaco Alfred Kohler. A su juicio, Kohler más que una biografía presenta un estudio de la

obra política del emperador Carlos V, desde su punto de vista de la Europa central, que contrasta con el que suele tenerse en la historiografía española. Para Kohler, Carlos V fracasó en su intento al pretender una Europa al margen de Francia.

Alfred Kohler

Carlos V. 1500-1558. Una biografía

Marcial Pons, Madrid, 2000. 448 páginas. 3.900 pesetas. ISBN: 84-95379-07-04

El planeta Hombre y sus satélites

Por Álvaro del Amo

Álvaro del Amo (Madrid, 1942), crítico, cineasta y novelista, ha desarrollado también una actividad teatral como autor, director, editor y traductor. Su adaptación de la obra de Eugene O'Neill, *More stately mansions* se estrenará próximamente con el título de *Una espléndida mansión*.

Si la longevidad es, en sí misma, una buena noticia para el afortunado y su entorno, la edad provecha de un artista multiplica su zona de influencia cuando el excelente anciano no se conforma con continuar respirando, sino que completa su benéfica presencia en el mundo ofreciéndole nuevas muestras de su talento. La última entrega de un clásico vivo adquiere inevitablemente la calidad del acontecimiento. Tal es el caso del dramaturgo norteamericano Arthur Miller, nacido en 1915. Celebró con nuevos montajes y un éxito renovado el medio siglo de su drama más famoso, *Muerte de un viajante*, estrenado en 1949, al tiempo que publicaba una última obra, *Mr. Peters' Connections*, una depurada recapitulación sobre sus temas principales y un evidente paso al frente en la coherencia y el dinamismo de su evolución como autor de teatro.

Como se ha apuntado en estas mismas páginas a propósito de la primera obra del otro gran nombre de la escena norteamericana del siglo veinte, Tennessee Williams, Arthur Miller escribió y estrenó sus títulos más famosos en lo que podríamos considerar la primera parte de su carrera. Una muy fecunda veintena que se abre en 1947 con *Todos eran mis hijos* y se cierra en 1968 con *El precio*; en medio aparecieron *Muerte de un viajante*, *Las brujas de Salem* (1953), *Panorama desde el puente* y *Reverendo de dos lunes* (ambas en 1955), *Después de la caída* (1963) e *Incidente en Vichy* (1964).

El aficionado español ha tenido oportunidad de conocer este escogido grupo de piezas notables, estrenadas en su momento poco tiempo después de su aparición original, repuestas más de una vez, objeto también de alguna competente adaptación televisiva, e incluso publicadas en forma de libro. Desde *El precio*, Miller ha podido parecer para nuestros lectores y espectadores un autor inactivo, que sólo resucitaría, casi tres décadas después, en 1995, con *Cristales rotos*, sobre uno de los primeros alabonazos de la barbarie nazi. El estreno español, en una buena producción dirigida por Pilar Miró y con José Sacristán y Magüi Mira como protagonistas, coincidía también con una recuperación general de un dramaturgo que, aunque había seguido escribiendo y estrenando teatro (en su país y en Inglaterra, sobre todo), no había vuelto a alcanzar la resonancia internacional de su primera etapa.

The Creation of the World and Other Business (1972), *The Archbishop's Ceiling* (1977), *The American Clock* (1980) y los espectáculos formados por dos piezas cortas *Two-Way Mirror* (1982) y *Danger. Memory. Two Plays* (1987) han ido jalonando una continuidad recibida con una languidez que se animaría en la década de los noventa. *Cristales rotos* (1993) vuelve a llamar la atención sobre Arthur Miller, recordando al mundo que el artífice de *Muerte de un viajante* tenía aún cosas que decir.

Coincidiendo con el cincuentenario de su título emblemático, se rescató una comedia dramática sobre la bigamia, *Ride Down Mt. Morgan*, escrita en 1991, al tiempo que el octogenario era objeto de abundantes homenajes, las librerías de su Manhattan natal donde se había anunciado una comparecencia suya se abarrotaban de público con varias horas de antelación, se reeditaban sus obras, se publicaban recopilaciones de artículos y una miscelánea de recuerdos y opiniones; la figura alta es posible que resulte ya menos desgarbada, un es-

tómago prominente desequilibra sin quebrar del todo una elegancia y una vitalidad que no sólo se manifiestan apareciendo en la variedad de la vida festiva neoyorquina (como una exhibición de coches antiguos en el Rockefeller Center), o participando juvenilmente en «talleres de dramaturgia», sino en lo que de verdad cuenta, la aparición de una obra nueva, *Mr. Peters' Connections*, celebrada ya como un gran texto teatral.

La parentela del hombre medio

Mr. Peters' Connections, que puede traducirse por *Las relaciones del señor Peters*, ocurre en un lugar indeterminado y se desarrolla en una atmósfera de cierta irrealidad. El espacio escénico, descrito como un viejo «nightclub» abandonado en New York City, funciona como una especie de tierra de nadie donde el tiempo se ha suspendido, los muertos conversan, acuden personajes imaginarios, se presentan fantasmas con el aspecto más atractivo que lucían en vida y a lo largo del acto único asistimos a la combinación de tan variados ingredientes. Harry Peters, descrito en la lista de personajes, como piloto (de guerra y comercial) y conferenciante, se reúne en el extraño lugar con su hermano Calvin, fallecido muchos años antes. El señor Peters se encuentra en un estado peculiar de soñarra o duermevela, con instantes de invencible sopor y largos períodos de lucidez; no acaba de percatarse de que está hablando con un difunto y, al considerar retrospectivamente su vida, no sitúa con precisión en el tiempo lo que ocurrió antaño y lo que sigue deseando ahora, lo que le preocupaba entonces y sigue sintiendo el día de hoy, lo que en una época resultaba terrible o esperanzador y lo que en el crudo presente continúa siendo terrible sin que esté muy claro que exista algo verdaderamente esperanzador.

En el diálogo de los dos hermanos, que articula las dos terceras partes de la obra, intervienen también, ocasionalmente, una serie de figuras que oscilan entre lo que podría llamarse la realidad y lo que pertenece al territorio de la ficción. Son reales Charlotte, la esposa de Harry Peters, Rose, hija de Harry Peters y Leonard, novio de ésta. Aparece, pero ya no está en el mundo, Cathy-May, el amor de juventud de Harry Peters y acude preguntando por ella un tal Larry, que es un hombre inventado, imaginado por Harry Peters, como el marido hipotético de su amada Cathy-May. En una zona intermedia entre el sueño y la verdad se encuentra Adele, una prostituta negra que bebe vino directamente de la botella y sin que nadie le haga demasiado caso no deja de ofrecer, intermitentemente, sus comentarios. El señor Peters, con su mente entre el sueño y la vigilia, insiste una y otra vez en que trata de encontrar un «tema» («subject»), que le permita precisar y resumir la multiplicidad de sus experiencias vitales. Arthur Miller prescinde de los elementos clásicos del drama realista (argumento, psicología de los personajes, conflicto), organizando una original lente de observación que le sirve para recapitular, junto a su protagonista, sobre los más variados asuntos, como si él también estuviera persiguiendo un «tema» para su obra.

La lista de aspectos a los que se pasa revista es amplísima. Desde las experiencias del veterano de guerra

hasta las amarguras de la jubilación, pasando por las ilusiones de juventud, la alimentación más adecuada, los enigmas de la paternidad y la talla de los zapatos. Tal despliegue va mostrándose al lector o espectador sin caer nunca en lo farragoso, sin tropezar en la alusión fácil a la actualidad, sin que llegue a perderse una atmósfera de misterio, lo que podría calificarse un «suspense intelectual». Lo que se entiende por realidad es un enigma que ha acompañado siempre al señor Peters.

En la orquestación de sus relaciones comprobamos no sólo la complejidad de la sociedad y sus habitantes, sino también un componente trágico: todo lo que ocurre llega con el énfasis de lo inevitable, lo ineluctable. Ya va siendo hora de que te enfrentes a la realidad, le aconseja Calvin, su difunto hermano. A lo que Peters responde que no, que ya es demasiado viejo, que eso de enfrentarse a la realidad es algo que debe dejarse a los jóvenes —y añade, significativamente—: a los jóvenes que aún tienen tiempo para sortearla. Pero la realidad, que Harry pretende seguir esquivando, se impone implacablemente.

La realidad, efectivamente, irrumpe, por vías muy diferentes y sinuosas. Ataca con desagradables certezas, como la que nos obliga a aceptar que el ser humano, ya desde la cuna, será movido por un impulso expresado, dirá Peters, en «a five-letter word, g-r-e-e-d»; avaricia, codicia, avidez, términos que en nuestro idioma tienen un número de letras distinto pero que expresan un ansia insaciable que invita al pesimismo sobre la condición humana.

No todo es, sin embargo, negrura. La misma extrema complejidad de lo real invita también a ampliar nuestra perspectiva en la contemplación del mundo, aunque, paradójicamente, extender nuestro punto de vista consista a veces en una atención hacia los procesos secretos, minuciosos y ocultos de la vida. En este sentido, el desconcertante señor Peters asegurará en un momento que existe más intriga, emoción e interés en el movimiento del intestino que en unas elecciones presidenciales. Tal ejercicio de lucidez, hábilmente catapultado por el autor desde la aparente levedad de su estructura dramática, no aboca en la desesperación. El diálogo entre Leonard, guitarrista, novio de Rose, la hija de Peters, y el propio Harry ilustra luminosamente cómo la infinitud de lo que existe no oculta lo esencial.

Leonard asegura que están ocurriendo continuamente acontecimientos de todo tipo. Peters le responde que así es, pero que lo principal («the main thing») no ocurre ni parece que vaya a volver a ocurrir:

«LEONARD: And what is that?

PETERS: Redemption.

LEONARD: I never really understand that word.

PETERS: That's all right, no one understands love either, but look how we long for it.»

Leonard nunca ha entendido qué significa de verdad la palabra «redención» y Peters le recuerda que tampoco acaba de entenderse del todo lo que es el amor y no por eso dejamos de anhe-



Peter Falk interpretando «Mr Peters' Connections»

larlo. El amor, como misterio y como necesidad, es el resplandor que Arthur Miller propone como conclusión, pudorosa y enérgicamente esperanzada, para el desenlace de su última obra. Peters y Rose, padre e hija, se quedan solos, aislados por la luz en el escenario. Ella le pide que se quede, que permanezca, que continúe («Please stay»); él responde que lo está intentando. «Te quiero, papá», dice ella, y él repite que lo está intentando con todas sus fuerzas, que él también la quiere y que... está empezando a comprender que era ése «the subject», «el tema» que lleva tanto tiempo buscando.

El hombre medio, alcanzado por tal revelación, permanece durante unos segundos iluminado en solitario, hasta que la oscuridad se hace sobre la escena.

Camino de depuración

A los que conozcan el teatro de Arthur Miller y hayan seguido su trayectoria puede sorprender el giro que ha tomado su última obra. El desconcierto durará poco. La novedad del planteamiento dramático de *Las relaciones del señor Peters* se encontraba ya latente en el corpus anterior y es el fruto de un proceso dirigido por una voluntad de depuración que avanza en paralelo con la propia evolución del individuo inmerso en su medio histórico. No en vano han pasado cincuenta años desde que Willy Loman, el viajante, decidiera suicidarse, incapaz de soportar lo que él consideraba el fracaso de su existencia. El teatro de Arthur Miller ha ido transformándose sobre, o alrededor de, dos «temas», como diría el señor Peters: la culpa individual y la presión social.

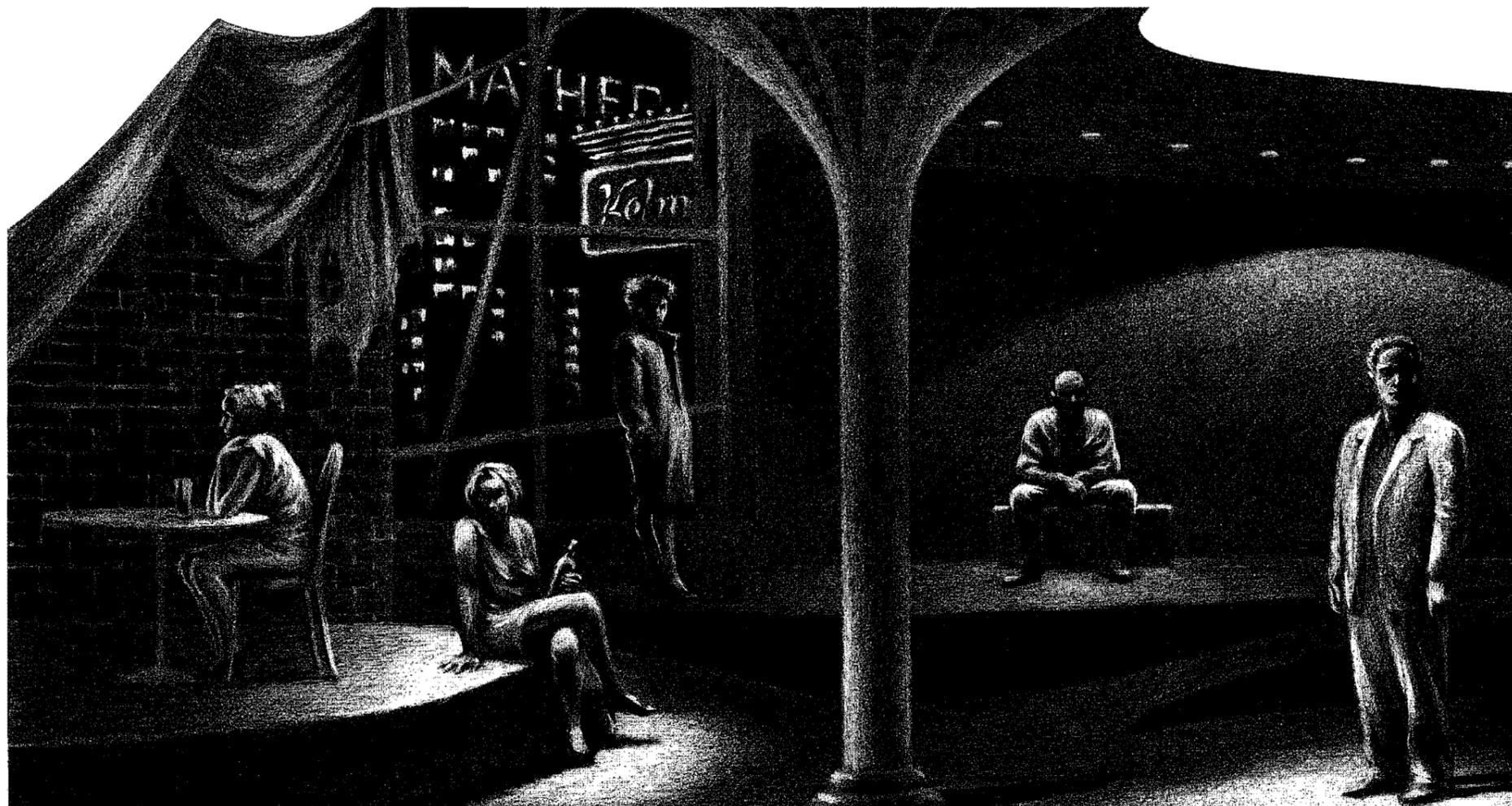
Las circunstancias externas son a menudo intolerables y el hombre se ve sometido a un acoso durísimo, agobiado por la guerra, la sociedad competitiva, la intolerancia o el nazismo. Una colección completa de tribulaciones que no exoneran al individuo del ejercicio de su albedrío. El industrial de *Todos eran mis hijos*, en plena guerra mundial, servía al ejército piezas para aviones de combate, apremiado por una situación de tensa urgencia —lo que no le eximía de su culpa al enviar a sabiendas una partida defectuosa—, que causa el accidente y la muerte de uno de sus hijos. En *Muerte de un viajante*, el trabajador incansable, el empleado que se ha dejado la piel por las carreteras al servicio de su empresa, no sólo es despedido por el hijo del patrón, sino que su propia familia le condena reprochándole su estrechez de miras y su mezquindad.

En *Las brujas de Salem*, el delirio de la comunidad que lleva a acusar de brujería a inocentes que acaban en el patíbulo salpica también a los ciudadanos que, rechazando en conciencia tal locura, la aceptan en silencio. En *Después de la caída*, la culpa se proyecta como



Arthur Miller fotografiado por su mujer, Inge Morath.

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

un caleidoscopio que todo lo contamina, desde las acusaciones de izquierdismo hasta el matrimonio con Marilyn Monroe. La culpa, una sombra o una mancha que proyecta y alcanza a los colaboracionistas de un gobierno cómplice con el nazismo (*Incidente en Vichy*), y a los miembros de una familia que han vivido largos años ahogados en su propio egoísmo (*El precio*).

Tras esta primera etapa, Arthur Miller, preocupado siempre por la presión del entorno y por las respuestas del individuo a tan cruel acoso, va comprobando que a medida que la sociedad, tras su apariencia de bienestar, se va endureciendo, el individuo tiende imperceptiblemente a difuminar sus responsabilidades. La crudeza de la culpa, parece decirnos el dramaturgo, ha perdido su capacidad corrosiva. Hoy el industrial de *Todos eran mis hijos* justificaría su envío defectuoso como una imposición del mercado que ha provocado un lamentable accidente del que no se le puede acusar a él. El Willy Loman de hoy se echaría a la espalda los reproches de su familia y suavizaría la dureza de su despido con una pensión de vejez prudentemente prevista y un programa activo de excursiones para jubilados.

Y así sucesivamente. El mordisco de la culpa aún se deja sentir, mitigadamente, en *Cristales rotos*, escondida en un sentimiento de responsabilidad social: un ciudadano honesto no puede permanecer indiferente ante la barbarie nazi. En una obra anterior, *Ride Down Mr. Morgan*, ya se anunciaba el arrumbamiento de la culpa en el baúl de los trastos viejos; el alpinista aficionado sufre un accidente en la montaña, que descubre su condición de bigamo; él no parece arrepentirse de un engaño largamente mantenido, achacable a su buen carácter, a su condición de pobre hombre incapaz de responder con energía a las tentaciones, a su sincero propósito de no hacer sufrir a ninguna de sus dos esposas.

Tal vez hemos empezado a dejar de sentirnos culpables, pero sin que ello comporte una liberación. La culpa y sus dolorosos componentes (el arrepentimiento, la rabia, la nece-

sidad de perdón, la dificultad de consuelo) no han dejado paso a una alegre serenidad. Antes al contrario. El presente aparece poblado por un pavoroso vacío que es preciso entibiar, iluminar acudiendo a la resurrección, la recomposición, la recuperación de un ramillete, modesto y vital, de esperanzas básicas: la lucidez que, aún en el duermevela, nos permita mantener la conciencia alerta; la confianza en la redención, aunque no sepamos muy bien en qué consiste; el cultivo del amor, tan difícil de definir como incrustado en nuestro interior como un anhelo perenne.

Antecedentes y coincidencias

La libertad y delicadeza del estilo de *Mr. Peters' Connections* no nace por generación espontánea. Muchas de las soluciones llevadas aquí hasta sus últimas consecuencias se encontraban ya en la obra anterior de Arthur Miller. El autor había empleado la técnica de fragmentar el drama en una serie de escenas que no respetaban el orden cronológico y que, por su carácter sintético, fueron calificadas de «cinematográficas»; *Muerte de un viajante* está estructurada así, como un peculiar rompecabezas que resume los distintos momentos de la familia Loman. Tal fragmentación permite, aparte de la mezcla y sucesión de tiempos y espacios, introducir el prisma de lo fantástico y de lo onírico. Asistimos no sólo a lo que les ocurre a los personajes, sino también a lo que ellos hubieran deseado que ocurriera o a lo que lamentan que no haya llegado a producirse. *Muerte de un viajante* prueba ya esta fórmula que llegará a conformar la totalidad de *Después de la caída*, en donde lo vivido, lo deseado, lo temido y lo soñado se van mezclando y sucediéndose en un hábil entramado.

De lo dicho se desprende una voluntad analítica, que aspira a alcanzar muy diferentes planos y que se concreta en un gusto particular por la encuesta más o menos abiertamente judicial, como el procedimiento ideal

para llegar al fondo de lo tratado después de considerar todas las aristas, el número máximo de matices. En el teatro de Arthur Miller siempre puede detectarse esta dimensión procesal, que salta a primer término en la indagación de *Las brujas de Salem* y en la exposición de *Incidente en Vichy*. No cabe, según esto, extrañarse demasiado de la forma dramática utilizada en *Las relaciones del señor Peters*. La fragmentación de escenas permanece, con la diferencia de que van sucediéndose en una secuencia continua y fluida, dentro del mismo espacio y sin señalar un salto de tiempo; no es preciso acudir a uno u otro rincón del escenario, ni tienen por qué cambiar las luces, para que la constelación que rodea al protagonista cohabite con él en una única indeterminación, cada «relación» en un espacio y en un tiempo diferentes.

De ahí que lo real y lo imaginario, lo vivido, lo soñado y lo inventado convivan amigablemente, sin que sea preciso subrayar, en cada criatura escénica, si «existe» o no. Cathy-May, la novia difunta de Harry, surge al principio iluminada como una aparición espectral, pero luego, poco antes del desenlace, se incorporará y hablará como cualquier otro personaje. La carencia de un argumento reconocible no llega a echarse en falta porque el encuentro de seres tan diversos se articula como una especie

de proceso. Mr. Peters actúa como el juez y el acusado de una vista donde acude para ser juzgado, al tiempo que él no deja de juzgar a su vez tanto su existencia como las circunstancias en que se desarrolló. La indagación no culmina en el efecto de desvelar un secreto ni conocemos una sentencia que absuelve o condena; hemos asistido a una vista, celebrada en régimen de «audiencia pública», que nos ha asomado a un caso, implicándonos en unas vidas, o unos fragmentos de vidas capaces de interpelarnos con una serie de preguntas. Cada espectador, convertido en tribunal de apelación, deberá sacar sus propias conclusiones.

La originalidad de la última obra de Arthur Miller, consecuencia de una depurada evolución personal, presenta algún rasgo en común con las propuestas de otros autores, una coincidencia que vale la pena reseñar. Harold Pinter (1930) indaga en *A Kind of Alaska* (1982) en la mente de un enfermo sometido, de un modo más severo que el señor Peters, a un proceso letárgico donde lo vivido, lo soñado y lo imaginado se alternan y confunden. John Osborne (1929-1995) recoge en *Déjà vu* (1991) los mismos personajes de su emblemática *Mirando hacia atrás con ira* (1956), para recapitular lo que ha ocurrido entre ambas fechas, en una voluntad retrospectiva equiparable a la que sirve de base a *Las relaciones del señor Peters*. □

RESUMEN

A los cincuenta años del estreno de *Muerte de un viajante*, el texto más conocido del dramaturgo norteamericano Arthur Miller, y cuando ya ha escrito lo más importante de su obra, Miller sorprende con una nueva pieza, *Mr. Peters' Connections*, que en opinión de Álvaro del Amo es una depurada recapitulación sobre sus temas principales: la culpa in-

dividual y la presión social. La obra está situada en un lugar indeterminado y se desarrolla en una atmósfera de cierta irrealidad, en una tierra de nadie donde el tiempo se ha detenido y muertos, fantasmas y personajes imaginarios acuden y conversan con seres reales, en un escenario que es una mezcla de sueño y vigilia.

Arthur Miller

Mr. Peters' Connections

Penguin Books, Nueva York, 1999. 56 páginas. 9,95 dólares. ISBN: 0-14-048245-8.

Señoras y señores radioactivos

Por Francisco J. Ynduráin

Francisco Javier Ynduráin (Benavente, Zamora, 1940), licenciado en Matemáticas y doctor en Física por la Universidad de Zaragoza, es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido profesor o investigador visitante, entre otros centros, en las Universidades de Michigan y Nueva York y en el CERN (Ginebra). Es miembro fundador de la Sociedad Europea de Física y miembro de la Real Academia de Ciencias de España y de la Academia Europea. Es autor de libros científicos como *Mecánica Cuántica y Mecánica Cuántica Relativista* y de libros de divulgación científica como *Teorías unificadas* y *constituyentes fundamentales de la materia y ¿Quién anda ahí?*

En el año 1998 el conocido historiador de la ciencia y físico teórico José Manuel Sánchez Ron escribió un libro, *Marie Curie y la radioactividad*, comisionado por el Consejo de Seguridad Nuclear para conmemorar el centenario del descubrimiento del radio y el polonio. Este libro, editado por el propio Consejo, no tuvo distribución comercial y pudo únicamente ser disfrutado por un reducido círculo de lectores. Hace unos pocos meses el autor, respondiendo sin duda (al menos en parte) a las presiones de los que, conocedores de este texto, pensaban que era una lástima que no pudiese llegar a un público más amplio, ha producido una nueva versión con el título *Marie Curie y su tiempo*, que es el objeto de este comentario. Con respecto a la «antigua» versión, la nueva ha recortado el material gráfico (la inclusión de la totalidad del contenido en ella hubiera hecho el precio del nuevo libro prohibitivo), lo que se compensa con la mayor extensión con la que se tratan ciertos temas. Entre éstos, una discusión más detallada de los distintos esfuerzos por entender la radioactividad, la relación entre radioactividad y medicina, y el papel de Marie Curie en la institucionalización de la radioactividad (por ejemplo, con la creación de revistas dedicadas al tema).

El resultado es un texto muy entretenido, accesible al gran público y que, además, es una

utilísima guía y referencia para la ciencia de la radioactividad (en un sentido amplio) en el primer tercio del siglo XX; esencialmente, hasta el inicio de la segunda guerra mundial. Con un buen criterio, el autor no se limita a una biografía de la protagonista, sino que se ocupa con detalle de otras personalidades, muy especialmente de los científicos conectados con la exploración de los fenómenos del mundo atómico y nuclear, el colectivo a cuyos miembros el gran físico alemán Pauli, en una famosa carta de 1930, se refiere como «señoras y señores radioactivos». (En este sentido, el contenido del libro hace más justicia al título primitivo, *Marie Curie y la radioactividad* que al nuevo.) Entre estas personalidades, encontramos a figuras destacadas de la física y de la química (no olvidemos que durante cierto tiempo los estudios de los fenómenos radioactivos involucraron a ambas ciencias) de la época: Rutherford y Soddy, Fermi, Thomson y Röntgen; y, por supuesto, Pierre Curie, esposo de Marie y copartícipe de sus más importantes descubrimientos, así como Irène y Frédéric Joliot-Curie, respectivamente hija y yerno de Marie, y muchos otros.

Divide Sánchez Ron el tema de su libro en tres grandes líneas, que se entrecruzan. La primera es la que podríamos denominar como historia «personal». Ésta nos lleva desde los orígenes polacos de Maria Sklodowska (nació en Varsovia en 1867) y sus primeros estudios allí, hasta la continuación de éstos en Francia, incluyendo su matrimonio con Pierre Curie; después de lo cual, y siguiendo la costumbre francesa, adoptó el apellido de su marido; pasando a utilizar el nombre de Marie Curie con el que es universalmente conocida. En este punto se funde la historia personal de Marie con su historia como científica, y ésta con la de la nueva ciencia de la radioactividad. En efecto, Marie conoció a Pierre (por aquella época ya con un cierto prestigio profesional) en 1894, colaborando científicamente y casándose con él dos años después: justo en el tiempo del descubrimiento de la radioactividad por Becquerel (1896), y a tiempo para realizar alguna de las primeras contribuciones importantes al tema, muy poco después.

Más adelante, retoma Sánchez Ron la his-

toria personal de su heroína cuando, como resultado de sus investigaciones sobre la radioactividad, Marie Curie se convierte en una celebridad mundial: el autor nos entretiene con la narración de sus apasionantes actuaciones y peripecias, unas veces más relacionadas con la ciencia y otras menos. Éstas incluyen éxitos profesionales, como sus dos premios Nobel, uno en física y otro en química, y fracasos casi simétricos: Marie Curie no fue admitida en la Academia de Ciencias de París, rechazada como química por los físicos, y por ser física por los químicos (pero en realidad, muy probablemente, por el machismo de la Academia). Y también nos cuenta el autor las aventuras sentimentales de Marie (como el «romance» con el gran físico Paul Langevin), y su actividad política: viajes a América o España, su actitud ante nuestra República o sus contactos con la Sociedad de las Naciones. La personalidad generosa de Marie, que probablemente contribuyó casi tanto como sus méritos científicos para encumbrarla a la fama, queda patente en sus actuaciones durante la primera guerra mundial cuando, al volante de un coche equipado con material radiológico para fines médicos, recorrió París en ayuda de los heridos de la contienda. Más de una vida pudo salvarse gracias a los tratamientos radiológicos, tanto rayos X como radioactividad, transportados por la «voiture radiologique».

Todo esto contribuye a hacer más real y próxima la imagen de una de las personalidades más prominentes de nuestro siglo. Pero no cae el autor en la hagiografía. Aunque es evidente la simpatía con que trata a Marie Curie, no oculta sus carencias: en primer lugar, su escasa formación teórica (comparada por ejemplo con la de un Rutherford), un mal endémico de la física experimental francesa, que hizo que la «comprensión» de los fenómenos que descubrió fuese reservada a otros; o la indudable medida en que su fama se benefició de la muerte de su marido, quedando como única representante del «tandem». Así como el origen de su mito, debido en parte a su carácter de mujer que, si bien le cerró las puertas de la conservadora Academia Francesa, la rodeó de un aura de irrealidad.

El segundo tema que se entrecruza con el

anterior es la historia del descubrimiento y estudio del fenómeno de la radioactividad, una de las empresas científicas más apasionantes de la historia, y una de las que han tenido repercusiones más impactantes en la sociedad. Haciendo justicia a la segunda parte del título de su libro, Sánchez Ron describe los trabajos de las figuras clave de esta aventura. Primero los pioneros Röntgen y Becquerel, Mendeleev y Crookes y, por supuesto, el matrimonio Curie; después los decisivos del neozelandés Rutherford y el americano Soddy.

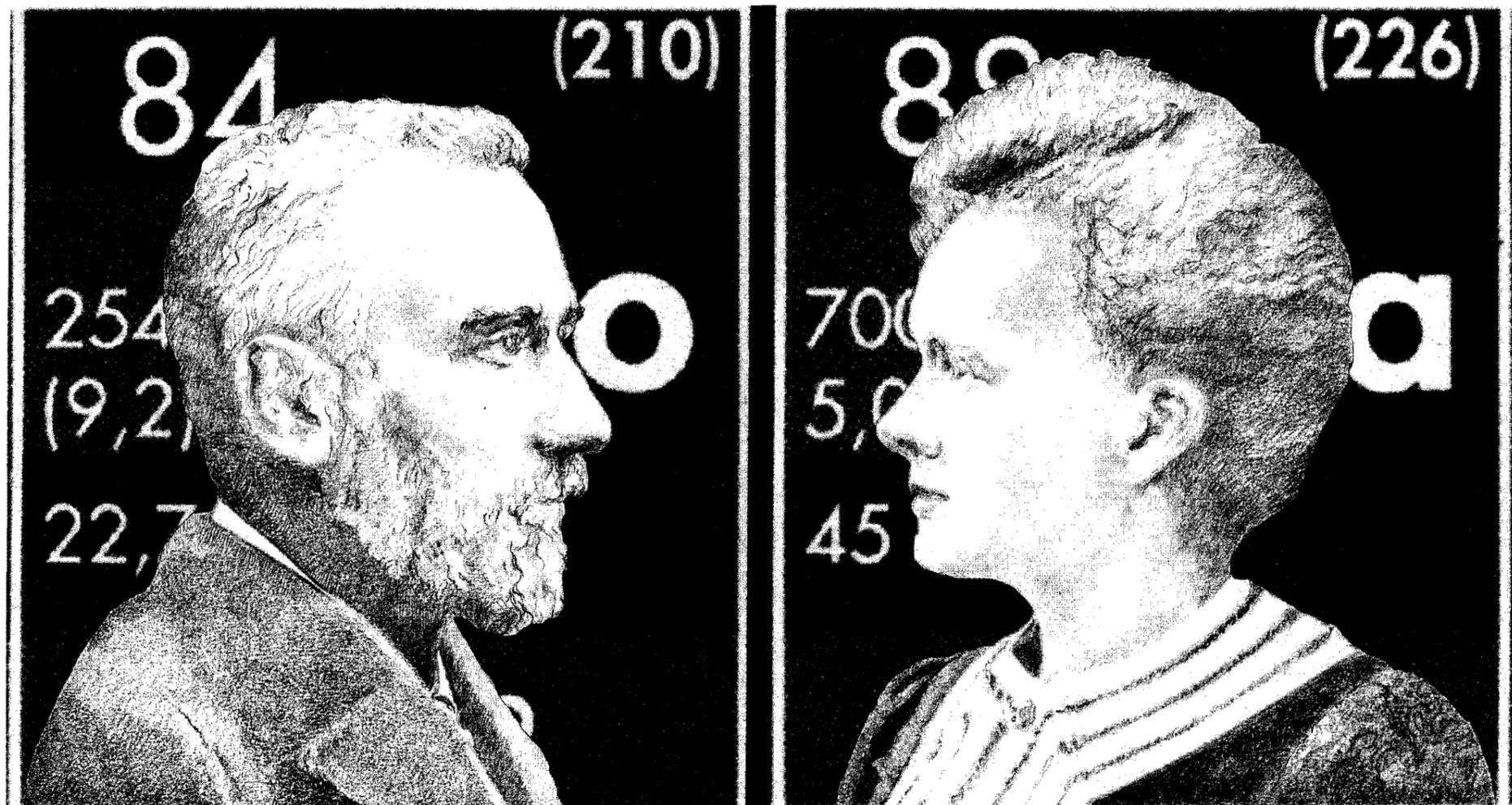
Finalmente, tenemos el último capítulo del libro, en cierto modo un epílogo. Éste se liga a los dos temas anteriores por dos vertientes: la primera porque en él se describe el desenlace de la aventura científica de la radioactividad, con su explicación y comprensión básicas a cargo de personalidades como Heisenberg, Pauli y Fermi desde un punto de vista teórico, y, desde el experimental, de Chadwick, de nuevo Fermi, y el matrimonio de Frédéric Joliot e Irène Curie. Estos dos, yerno e hija de Marie, proporcionan el segundo nexo, el personal, con las historias anteriores. Tal vez aquí se echa de menos una «coda» en la que, con la brevedad y superficialidad que fuesen necesarias, se contasen al menos las líneas básicas de los desarrollos de los estudios sobre la radioactividad después de la segunda guerra mundial: el lector, al menos el profesional, hubiera apreciado unas palabras al respecto: porque lo cierto es que la comprensión definitiva de los mecanismos de la radioactividad sólo se completó en los años 70 del siglo XX.

La radioactividad, fenómeno que, como hemos dicho, constituye uno de los «leitmotiv» del libro de Sánchez Ron, fue descubierta en 1896 por Becquerel, de forma accidental. Recordamos que consiste en que algunas sustancias (en el caso de los experimentos de Becquerel, el uranio) emiten de forma espontánea ciertas «radiaciones» que tienen la capacidad de impresionar placas fotográficas. Dos años después, los Curie descubrieron nuevas sustancias (el radio y el polonio) que también emiten radiaciones; en años posteriores, el número de sustancias radioactivas (naturales y artifi-



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

ciales) se incrementó, siendo en la actualidad de varios centenares.

En un primer tiempo la naturaleza de estas radiaciones pareció misteriosa, pero los científicos no se percataron de la revolución (las revoluciones) que su existencia iba a plantear; revoluciones no sólo científicas, sino también sociales: piénsese en las causadas por la energía atómica, explosiva o no, cuyo desarrollo forma el telón de fondo del libro *Marie Curie y su tiempo*. Durante los primeros años se intentó explicar la radioactividad en términos de esquemas conocidos: como debida a alguna reacción química de particular virulencia, y se consideró que las radiaciones emitidas podían ser similares a los rayos X, o los catódicos, descubiertos poco tiempo antes.

Sin embargo la radioactividad se fue revelando poco a poco como algo rebelde a la física y química tradicionales; de hecho, como un fenómeno totalmente distinto de los hasta entonces estudiados y, en especial, de naturaleza no química. Podemos, siguiendo —en parte— el libro de Sánchez Ron, dividir la historia de la radioactividad en etapas, a partir de la primerísima de los descubrimientos originales.

En la siguiente etapa (que podemos hacer llegar hasta los años treinta), científicos como Bothe, Chadwick, Rutherford, Soddy o el matrimonio Joliot-Curie, estudian la «composición» tanto de los rayos emitidos como de los átomos que los emiten. En particular, se estableció que el radio emite tres tipos distintos de radiación, que se denotan con los nombres de las letras griegas «alfa», «beta» y «gamma». Las radiaciones «gamma» resultaron ser idénticas a los rayos X, pero con mucha más energía. Los rayos «beta» se identificaron como electrones, de nuevo muy energéticos y, finalmente, los rayos «gamma» aparecieron como núcleos del átomo de helio. Lo sorprendente de estas radiaciones eran las siguientes características. En primer lugar tenemos el misterio del origen de las enormes energías, de hasta docenas de «millones» de electrón-voltios por partícula, producidas en desintegraciones radioactivas.

Este hecho fue utilizado por Rutherford para emplear las partículas como proyectiles y, gracias a su poder de penetración, explorar la estructura del átomo; pero su explicación no era evidente: recordemos que las energías químicas son normalmente inferiores al electrón-voltio.

En segundo lugar, cabía preguntarse de dónde provenían los electrones o las partículas alfa emitidos por las sustancias radioactivas. Y, en tercer lugar, al analizar los productos de procesos radioactivos se llegó a la conclusión de que la naturaleza química de las sustancias radioactivas se alteraba, algo en lo que se distinguió la gran escuela de radioquímicos y radiofísicos alemanes: los nombres de Hahn, Strassmann o Lise Meitner aparecen en este contexto en nuestro libro. Esta «transmutación» de los elementos contradecía la, hasta entonces, sacrosanta ley de Lavoisier de invariancia de los elementos químicos.

Parte de estos misterios pudieron desvelarse recurriendo a las nuevas mecánicas descubiertas a principios del siglo XX: así, la energía de la radioactividad se identificó muy pronto como debida a la conversión de masa según la famosa fórmula de Einstein, « $E=mc^2$ »; pero esta explicación fue en un principio insuficiente: se producía «más» energía de la que se observaba en los productos de la desintegración.

Esto nos lleva a la segunda etapa, a partir de los años 30. En esta época los físicos comenzaron a desarrollar la comprensión teórica del fenómeno y, por tanto, pudieron ir por delante de la naturaleza. Así, en 1930, Pauli explicó el problema de la energía perdida suponiendo que, en la radiación, se emite una nueva partícula además de las observadas, el «neutrino». Dos años después Fermi desarrolló la primera teoría exitosa, basada en relatividad, mecánica cuántica y la existencia de neutrinos, para las desintegraciones radioactivas de tipo «beta»; teoría que, en sus líneas básicas ha perdurado hasta los años setenta. Esta comprensión de los fenómenos radioactivos incluyó un control de los mismos, en particu-

lar la posibilidad de crear trasmutaciones o radioactividad «inducidas», abriendo con ello las puertas a la radiomedicina o la energía nuclear.

Hay aún otra etapa, la que va desde el final de la segunda guerra mundial hasta nuestros días en la que un intensivo estudio experimental y teórico de las interacciones responsables de la radioactividad, en especial de las interacciones débiles, culminó en una descripción fundamental de las mismas y que, como mencionamos, queda fuera del libro de Sánchez Ron. Lo que está compensado por el interés que el libro muestra y la amplitud con la que trata los aspectos sociales del tema, en especial las importantes repercusiones de la ciencia en la sociedad, y viceversa; así como las interacciones sociales de los propios «científicos». En especial, por supuesto, de la principal protagonista, Marie Curie, particularmente con énfasis en las relaciones que involucraron a nuestro país: lo que explica la aparición en el texto de personajes en principio tan alejados de la ciencia como Unamuno o Madariaga.

Otra cuestión en la que el autor se ha esforzado por construir un cuerpo de investigación riguroso de información que, sin duda, sorprenderá a más de un lector, es el análisis de los méritos científicos de Marie Curie, con Einstein y, en menor medida Feynman, una de

las personalidades científicas más mitificadas de nuestro siglo. ¿Hasta qué punto está el mito justificado? Porque nadie duda de la gran calidad del trabajo de la protagonista, pero, como todos los mitos, el que nos ocupa está basado en buena medida en el desconocimiento. No voy a revelar el detalle de estas consideraciones, que el lector presuroso puede encontrar resumidos en la carta de Rutherford a Boltwood (1910), citada en la página 121 del libro de Sánchez Ron. Pero, sumando todo, Marie sale muy bien parada de la biografía; tal vez más como persona que como científica.

Pero, por importantes que sean estos aspectos, en mi opinión el núcleo del libro lo constituye la parte científica. Y aquí consigue el autor un auténtico «tour de force»: hacer compatible el rigor histórico y científico con un alto grado de comprensibilidad, y amabilidad. Características estas que hacen el texto altamente recomendable para todos los públicos. Ciertamente para científicos; pero también, simplemente, para cualquier persona que posea un mínimo de curiosidad intelectual.

No cabe duda de que *Marie Curie y su tiempo* es un libro excelente, en mi opinión uno de los más logrados de un autor prolífico y que nos tiene acostumbrados a un alto nivel en sus producciones. □

RESUMEN

Francisco J. Ynduráin escribe en torno a una biografía sobre Marie Curie, en la que su autor, José Manuel Sánchez Ron, sin descuidar los aspectos personales de su biografiada, ha ido más allá de la vida de su protagonista y el resultado así es un texto accesible al gran público y una útil guía y referencia para la ciencia de la radioactividad (en un sentido amplio) en el pri-

mer tercio del siglo XX. Sánchez Ron divide su libro en tres partes: la primera la dedica a la historia personal de Marie Curie y procura huir de la hagiografía; en la segunda, se explica la historia del descubrimiento y estudio del fenómeno de la radioactividad; y una tercera, a modo de epílogo, en la que se describe el desenlace de la aventura científica de la radioactividad.

José Manuel Sánchez Ron

Marie Curie y su tiempo

Crítica, Barcelona, 2000. 240 páginas. 2.600 pesetas. ISBN 84-8432-055-3.

¿Víctimas o agraciados con el futuro?

Por Olegario González de Cardedal

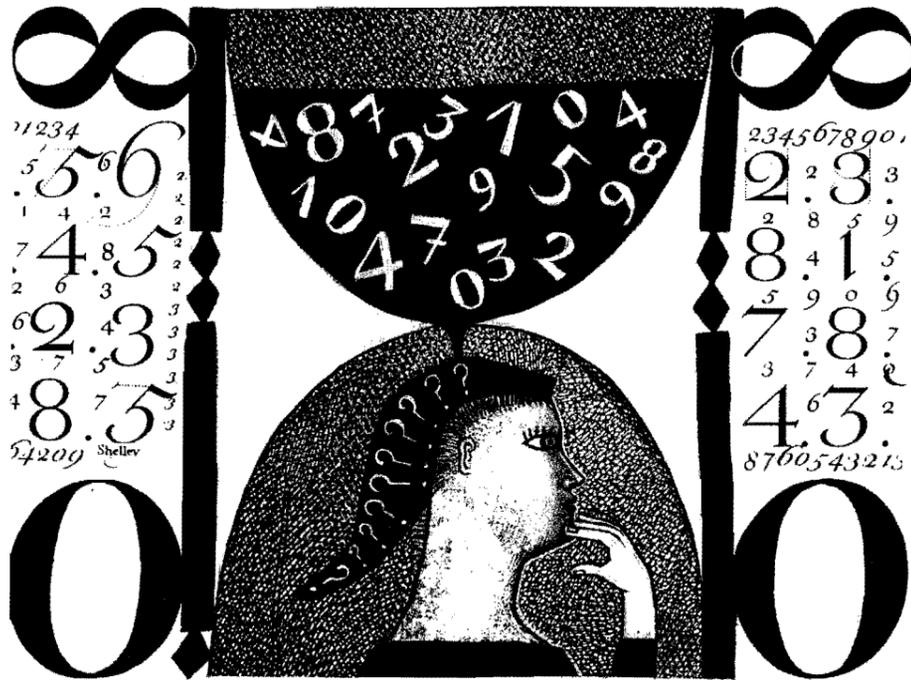
Olegario González de Cardedal (Lastra del Cano, Ávila, 1934) es doctor en Teología por la Universidad de Múnich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Cuatro poetas desde la otra ladera*, *La entraña del cristianismo*, *Cristología* y *La palabra y la paz*.

La llegada a un límite temporal (fin de año, de siglo, de milenio) pone al hombre inexorablemente ante la pregunta sobre su límite real: existencia, poder, deseo. Se percata de que es «ser en el tiempo» (Heidegger), «espíritu en el mundo» (Rahner). En un segundo momento el tiempo y el mundo pueden aparecerle como los trampolines hacia una posibilidad radicalmente nueva o como el cerco insuperable de su finitud, que lo avoca a la muerte y hace de su corta duración la antesala, en que pasa unos días sin saber en qué tren ha llegado, en la que aguarda sin saber qué tren lo recogerá y, si al recogerlo, lo llevará al paraíso de la vegetación eterna o a las cámaras de gas, Auschwitz o Dachau definitivos. Por ello la mirada y pregunta por el futuro son constitutivas de la vida humana, ya que todo fragmento del durar reclama como condición de su sentido contar con lo siguiente como benevolencia consumadora, ahuyentando el fantasma de la insignificancia o de la nada.

El título y el contenido de este libro están en una cierta contradicción. El título habla de predicciones. En cambio a los colaboradores se les preguntó algo más sencillo y accesible: «¿Qué gran avance científico quisieran ver producirse antes del 2100 y cuál podría ser su impacto en la sociedad?» (pág. 9). Ambas cosas confieren al volumen su elemento de objetividad y de magia, convirtiéndolo en resultado del deseo a la vez que de la reflexión más rigurosa («Wishful thinking»). El libro refleja así lo que es la polivalente actitud humana ante el futuro: es al mismo tiempo esperanza secreta del corazón y programación técnica de la inteligencia, real anticipo de lo previsible y secreto susto ante lo indomeñable. Por ello, tantas predicciones, presagios, presentimientos, premoniciones y pronósticos. Sabemos que tenemos que anticipar y preparar el futuro, que no podemos quedarnos ingenuamente inermes ante sus sobresaltos. La anticipación es una grave responsabilidad, pese a ser conscientes de que lo más hondo y necesario de ese futuro se nos escapa. Anticipación obligada en la libertad responsable y real sustracción son las dos características del futuro.

La hipótesis sustentadora de las preguntas y respuestas de este libro es la siguiente: el siglo XXI será el resultado de cinco experimentos que están en marcha, se supone irreversibles y de los que se sospecha que cambiarán las formas y condiciones presentes tanto de la sociedad como de la existencia personal. Estos experimentos son: la explosión demográfica, el calentamiento global, el progreso tecnológico, el progreso de la evolución y lo que el biólogo estadounidense E. O. Wilson llamó «consilience», palabra inglesa acuñada en el siglo XIX para designar la unión de conocimientos ofrecidos por las diferentes ramas del saber humano (ciencias, artes, humanidades, ética, religión, cuyo resultado sería una nueva comprensión de todas las cosas, y en alguna medida un logro del saber total, definitivamente aclarador del mundo y del sujeto, del fundamento y sentido de todo).

Este género literario de libros escritos por científicos, que se esfuerzan por extender sus saberes especializados a la masa general de lectores, está creando un nuevo interés a la vez que una secreta fascinación. Se cree que el científico con el saber tiene el poder sobre la realidad y, en definitiva, sobre el futuro. Por eso



VICTORIA MARTOS

se espera de él la respuesta a las cuestiones técnicas y científicas en la implícita convicción de que éstas llevan consigo inmediatamente la solución de las cuestiones humanas. Esto es verdad en cierta medida, lo mismo que es verdad que las mutaciones cuantitativas terminan siendo también mutaciones cualitativas. Sin embargo, en última instancia es un engaño mortal: toda la materia no responde al enigma de una libertad personal, toda la historia del universo no dice nada sobre la muerte de la persona amada, toda la serie de generaciones prepara y desemboca en un destino individual. La gesta de un hombre en la adoración o en la blasfemia son un inicio y un fin absolutos en sí mismos. El salto cualitativo que se suele dar en tales reflexiones aparece ya explícitamente formulado en otro libro parecido al que presentamos: M. Kaku, *Visiones. Cómo la ciencia revolucionará la materia, la vida y la mente en el siglo XXI* (Madrid, 1998). Su punto de partida es que las tres grandes revoluciones ante las que hoy estamos (la informática, la biomolecular, la cuántica) crearán un universo nuevo. Así se explican las tres preguntas que este autor formula: «¿Quedará obsoleto el ser humano?» (159-182). «¿La genética de un mundo feliz?» (321-350). Ya puestos en este desfile hacia el límite, la pregunta siguiente es inevitable: «Jugar a ser Dios» (295-320). Recientemente una Universidad organizó unas sesiones de biomedicina que concluyeron con esta mesa redonda: «Por fin, ¿puede el hombre llegar a ser Dios?». He ahí la interacción inevitable entre cuestiones científicas, éticas y religiosas.

En cada uno de los capítulos de este libro la primera parte hace una semblanza del científico, filósofo o economista respectivo, describiendo su trayectoria vital, su inserción social, su aportación científica y a veces dejando aparecer sus actitudes últimas ante las cuestiones éticas y religiosas. La segunda parte, mucho más breve y en la mayoría de los casos sólo dos o tres páginas, es una respuesta precisa de los colaboradores a la pregunta por los resultados que su ciencia aportará en el próximo siglo y en qué medida transmutará la situación del hombre. Los participantes provienen de los campos más diversos; la mayoría son científicos en el sentido usual de ciencias puras (biología, genética, cosmología, astronomía, informática...), las ciencias sociales (economía, sociobiología...), la filología con sus expresiones más actuales (hermenéutica, estructuralismo...) y finalmente representantes de los movimientos sociales como pueden ser la liberación de los países del Tercer Mundo

o la emancipación de la mujer. En la edición original inglesa eran sólo 30 los colaboradores. Dado que todos ellos son ciudadanos del mundo cultural anglosajón (en él incluyen personas pertenecientes a Australia, Nigeria, Bangladés), uno supone que el colaborador nuevo es Fernando Savater, a quien se presenta transcribiendo unas declaraciones suyas: «He tenido la fortuna de ser de los pocos intelectuales españoles que no ha sido ni cura ni comunista» (pág. 263). Desde que hace un siglo Emile Zola alzara su palabra en el caso Dreyfus, reclamando el derecho y la responsabilidad de los escritores, esos tipos humanos («intelectuales») han sido los oráculos de la vida pública. No sé si después de cien años ese gremio no ha cambiado de lugar y credibilidad. Sus glorias y traiciones han ido tan mezcladas, en la actitud que tomaron ante los poderes dominantes desde Hitler a Stalin, y su fascinación ante las utopías ha sido tanta, que hoy hay que discernir en cada caso el grano de la paja.

Cautos y sobrios

Sorprende que casi todos los colaboradores son cautos y sobrios a la hora de predecir resultados concretos. Hablan de lo que en sus respectivos campos se investiga. Sin disimular dificultades de transferir a la masa lectora los saberes específicos de su área, se esfuerzan por mostrar la repercusión humana de esos descubrimientos científicos. La mayoría son conscientes de la diferencia entre proyecto técnico y problema humano, pero raras veces se pararán a formular las cuestiones éticas, espirituales y religiosas que van implicadas en su reflexión. Caídas al azar quedan las preguntas de fondo. Así por ejemplo Noam Chomsky afirma: «Una pregunta que tal vez pueda responderse en este siglo es si los seres humanos son una especie de mutación letal» (55). Aquí aparece una discordancia respecto de la alegre ideología del progreso que parece sostener el libro, como si la historia humana fuese sólo un desfile de glorias y conquistas hacia la felicidad y plenitud de vida. ¿Y si la aparición del hombre hubiera sido un salto hacia el poder de introducir la muerte en el mundo, como ninguno de sus predecesores en el reino de la animalidad lo había hecho antes? ¿Quién y cómo ha aparecido la muerte en la historia humana: vale la respuesta de Darwin, al afirmar el instinto de supervivencia y la lucha por anular con la fuerza al otro más fuerte? ¿Y de dónde el miedo a no prevalecer y el

acoso al otro cómo posible enemigo en vez de real prójimo?

El mismo autor diferencia lo que es el orden de la inteligencia, respecto de la cual tenemos la seguridad de que vivimos en un avance infrenable mientras que otros factores cruciales, como la voluntad humana, están fuera de nuestro alcance. Repetidas veces aparece la afirmación: ni filósofos ni científicos saben cómo el cerebro se convierte en experiencia subjetiva. «No creo que se vaya a resolver el problema de la conciencia» (193). ¿Por qué ante una rosa cada hombre tiene una reacción diferente y nadie tenemos la misma percepción ante las olas del mar, que para unos llegan acariciadoras y para otros arrastran consigo hacia el abismo? «En el siglo XXI me gustaría ver resuelto al menos uno de los grandes misterios 'originales'. Me refiero: al origen del Universo; al origen de la vida; al origen de la conciencia humana» (Paul Davies) (81). En las palabras de este autor aparecen las cuestiones últimas: el lado subjetivo de la conciencia humana (lo que técnicamente se designa como los «qualia»), la distinta percepción de cada hombre ante el correr del agua, el tañido de una campana, la sonrisa de un niño. No es extraño que este autor haya reasumido como título de uno de sus libros la exclamación de Einstein: «Lo que yo de verdad anhelo conocer es la 'mente de Dios'; todo lo demás son minucias». El anhelo supremo de conocer la 'mente de Dios' explicita por un lado la convicción que está en el punto de partida de toda ciencia: el universo es inteligible y el hombre es inteligente. Ambas cosas son el presupuesto tanto de la existencia como de la ciencia. Son 'presupuestos', 'datos', en el doble sentido de 'hechos' y de 'dones'. Y la pregunta se hace inevitable: si el absurdo, sin sentido y sin contenido no puede ser superior al hombre, porque entonces el hombre carecería de dignidad y libertad últimas, quedando la existencia trivializada en su empeño, entonces ese orden y belleza, ¿no reclaman un principio generador, sustentador y consumidor? Los científicos no siempre se atreven a pronunciar la palabra de Dios, pero sus rodeos y afirmaciones indirectas al nombrar un principio de sentido y un origen de inteligibilidad o cuando Clarke dice que 'hay algo superior que se preocupa de nosotros', están remitiendo a lo que los creyentes llamamos Dios. (Sobre esta cuestión ha escrito páginas luminosas A. Fernández Rañada, *Los científicos y Dios* (Oviedo 2000.)

Eso es exactamente lo que hacía Santo Tomás en sus clásicas 'vías', casi siempre malentendidas y degradadas a argumentos, cuando no quieren ser otra cosa que lo que su nombre indica: caminos que reclaman ser andados. El caminar da saber y el viajar («Fahrt») da experiencia («Erfahrung»). Ellas, llevando al viandante hasta el final, le sitúan en un borde, donde su experiencia interior como hombre y la lógica exterior convergen. Santo Tomás no dice que demuestran a Dios —sobrehumana tarea—, sino que esa realidad inferida nos excede, pero a la vez nos precede, acompaña y llama: «Et hoc omnes intelligent et nominant Deum = Y todos entienden y llaman a esta realidad Dios» (*Summa Teologica* I q 2 a 3). En este libro la pregunta por Dios o las posibles respuestas nunca aparecen explícitamente. En realidad, Dios no es primariamente una cuestión científica sino metafísica y religiosa.

Hay cuatro preguntas que hay que diferenciar siempre para evitar hundirse en tremedales y piélagos de los que después no hay salida. 1) ¿'Cómo' es el mundo en su estructura y en el desarrollo de los elementos verificables que lo constituyen? A esta pregunta responde la 'ciencia'. 2) ¿'Qué' es el mundo en cuanto realidad, cuál es la relacionalidad que une



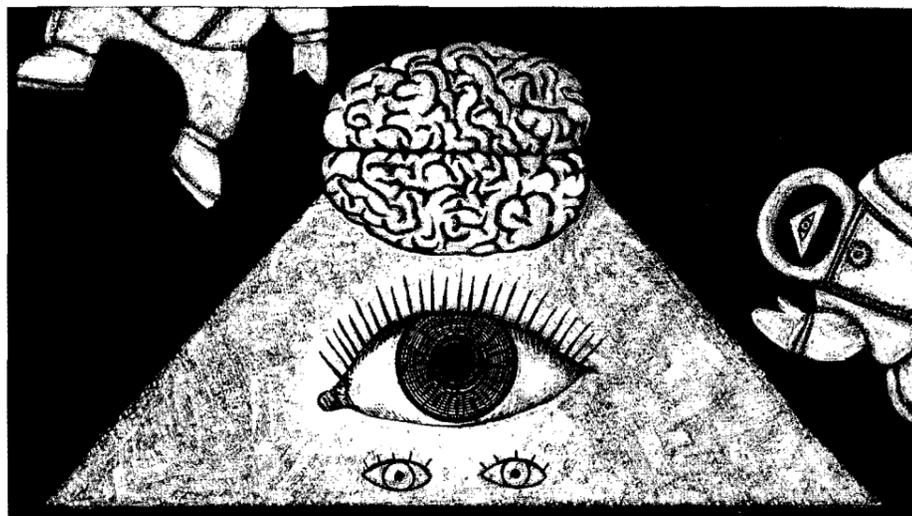
Viene de la página anterior



al hombre con él, y cuál es la función de éste en medio de las cosas? A esta pregunta responde la 'filosofía'. 3) ¿'Cómo tiene que comportarse el hombre' en el mundo y cuál es la relación de fines, ideales, valores e imperativos, de forma que la justicia, dignidad y perfección de cada uno de los seres que lo componen sean realizables? A esta pregunta responde la 'ética'. 4) ¿'Por qué' es el mundo, pudiendo no haber sido, por qué hay ser y no hay más bien nada, por qué existo yo en medio de todo, ignorando mi origen y siendo incapaz de construir mi futuro, en cuanto sujeto de conciencia, libertad y amor? A esta pregunta responde la 'religión', explicitada por la teología. La diferenciación de estos campos es la condición previa de toda comunicación científica y de toda ciencia responsable. La conciencia de las posibilidades y responsabilidades por un lado y de los métodos y límites por otro es la condición de toda creatividad, si no queremos sucumbir a un terrorismo intelectual que surge cuando una única ciencia reclama tener la solución para todos los problemas del hombre, cuando afirma que sólo hay un método para llegar a la verdad, cuando instaura por ello una soberanía que surgiendo de unos saberes reales y legítimos se extiende ilegítimamente a campos distintos. El método viene dado por el objeto y, tanto en ciencia como en fe, a lo desconocido hay que ir por caminos desconocidos, de forma que hay una complejidad de actitudes científicas e intelectuales diferentes, que nunca pueden ser contrapuestas y que el hombre tiene que conjugar. La ciencia es verdadera cuando asume y responde preguntas científicas; la filosofía cuando se enfrenta con cuestiones de realidad y de sentido; la religión cuando plantea las cuestiones de primer origen y último sentido, de salvación personal y de consumación trascendente. Y mientras caminamos hay que aceptar el dolor de la penumbra y la incertidumbre de la niebla. No podemos apoderarnos de nuestro origen y asegurarnos nuestra meta: lo contrario es la tentación de Adán y Prometeo, la hybris o el pecado original.

En algunos colaboradores de este libro, bien es verdad que en los menos, aparecen sin embargo las dimensiones morales y las responsabilidades sociales de la ciencia, que no puede olvidar en medio de qué necesidades y esperanzas de los hombres trabaja. Así dos economistas se plantean explícitamente la relación entre producción y equidad, entre abundancia y sentido, entre minorías ricas e inmenso mundo pobre, los continentes de privación y las islas de opulencia. J. K. Galbraith escribe: «El desarrollo económico y social que más me gustaría ver en este siglo es algo que aborde con firmeza lo que he contemplado en el siglo que ha terminado. Se refiere a la pobreza y cuenta con dos manifestaciones claras. En las grandes ciudades de los países industriales aún existen islas de privación y esto es especialmente cierto en Estados Unidos. La desigualdad es una característica básica... En el futuro debería existir algún procedimiento por el cual unas fortalecidas Naciones Unidas suspendan la soberanía en países cuyos gobiernos estén destruyendo a sus súbditos. No podemos en conciencia seguir aceptando las décadas de crueldad como las experimentadas y aún vigentes en el Congo. Y también en otros lugares. En términos más generales deberá haber una ayuda preparada y copiosa desde las naciones afortunadas hacia las naciones más pobres» (162-163). Estas perspectivas son acentuadas especialmente por otro premio Nobel, Amartya Sen aquí y en sus obras clásicas: *Elección colectiva y bienestar social* (Madrid, 1976); *Development as Freedom* (Nueva York, 1999).

El número de mujeres que participan en este libro no es muy elevado pero significativo en dos líneas: las que han desarrollado una labor científica de primer orden y reclaman su presencia con serenidad en medio de los varones; las que han levantado la bandera del fe-



VICTORIA MARTOS

minismo. Es la revolución más importante que ha estallado en el siglo XX: sabemos su legitimidad fundamental, pero no sabemos cuál debe ser la desembocadura, cuáles las mutaciones que exige, cuál la reordenación de la familia, sociedad, educación y economía que ella lleva consigo. Andrea Dworkin establece una comparación iluminadora y sobrecogedora: lo mismo que el exterminio y Holocausto de los judíos no ha cesado hasta que éstos han logrado un Estado de Israel con soberanía, así las mujeres no serán libres hasta que no conquisten su propio Estado de Israel. ¿Costará tanta muerte entre los dos sexos la conquista de esa tierra personal, anhelada y necesaria a las mujeres, como está costando la libertad a ambos dueños de Palestina? A la luz de la situación mundial de la pornografía, compra de niñas y mercado de sexo en el mundo las reflexiones de esta mujer, airada y provocativa, deben ser releídas con atención especial. En el capitalismo occidental y en el Islam fundamentalista, las mujeres tienen todas que tomar la palabra en favor de su dignidad y los varones deben entrar en una fase consecuente de reflexión para encontrar caminos de personal reconocimiento en la igualdad social, y de común dignidad en la diferencia sexual. El cristianismo tiene en su origen dos textos normativos, no silenciados: «Dios creó el ser humano a su imagen; hombre y mujer los creó» (Génesis 1, 27). «Ya no hay judío ni griego; esclavo ni libre; hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3, 28).

El futuro del hombre

Libros como éste dejan al lector, a la vez que informado, profundamente insatisfecho. Habla mucho de conciencia en sentido psicológico «Bewusstsein», pero casi nada de conciencia en sentido moral «Gewissen»; mucho del futuro colectivo pero apenas del destino personal, de su felicidad futura, de la soledad del individuo, de su muerte segura. Se da por supuesto qué es el futuro y se pregunta cómo adivinarlo o construirlo. Pero, ¿cuál es el contenido del futuro: el trastiempo o la eternidad? ¿Hay alguna forma de previvir o prepararse a esa novedad total, que muchas mentes preclaras han designado como «vida eterna», operante anticipativamente ya en el tiempo? En la reunión de Cristianos y Marxistas, celebrada en Salzburgo el 1 de mayo de 1965, Karl Rahner tuvo una ponencia, que pasará a la historia del espíritu humano: «Utopía marxista y futuro cristiano del hombre» (en: *Escritos de Teología*. Madrid, 1969. VI, 76-86). Allí distinguía lo que son futuros categoriales y futuro absoluto. Aquellos son fragmentos del mañana como la transposición construible desde el hoy. Son fabricables por el hombre; más aún, nos están encargados y su anticipación teórica es un deber.

Ahora bien, lo que en su última entraña le preocupa al hombre es el Futuro Absoluto, el indomeñable, el que nos adviene como don y libertad, exigencia y promesa. Ese Futuro absoluto es otro nombre para el Misterio, para Dios. En este libro nos sorprende una cierta ingenuidad científica, no acompañada por la correspondiente seriedad moral. Y esto desde el principio: ¿cómo se puede dar como primer y más fundamental experimento para el siglo XXI la explosión demográfica del siglo XX, sin cuestionarla en ningún sentido y sin advertir que en nuestro mundo occidental el problema más grave y amenazador de la misma pervivencia, de la sociedad y de su cultura es la implosión demográfica, lo que en el libro clásico P. Chaunu llamó la 'repulsa de la vida'? (*Le refus de la vie. Analyse historique du présent*. París, 1975). La vida exige decisiones y nos pone ante imperativos. Las posibilidades científicas no son ingenuas, ni asépticas; abren abismos y crean responsabilidades. La explosión demográfica y la posterior implosión son resultado de la medicina: vacunas en un sentido y anticonceptivos en otro. Pero su uso y distribución deriva de proyectos económicos y culturales. El inventor de la píldora Carl Djerassi, refiriéndose precisamente a Italia y España, los países que tienen tasas más bajas de fertilidad, afirma que son la cultura y las convicciones lo decisivo, más que los laboratorios, ya que ninguno de los dos países se encuentra entre los principales consumidores de la píldora.

Las dos cuestiones supremas que tiene planteadas Occidente hoy son: la repulsa de la vida (no engendrar por angustia ante el futuro o egoísmo ante el presente) y la represión de la muerte (no querer saber de ella ni preguntarse cómo se integra con la vida, olvidando que sólo quien tiene una palabra verdadera sobre la muerte tiene una palabra clarificadora y consoladora sobre la vida). El presente sólo se esclarece hasta el fondo uniéndose al amor del presente, la memoria del pasado y la esperanza del futuro. Goethe afirmó que quien no sabe darse razón de 3000 años, no sabe donde está, y quien no tiene un proyecto para su

futuro no construye un humano vivir. Me hubiera gustado ver en este libro una reflexión mínima sobre las formas que tiene el hombre para enfrentarse con el futuro: la proyección evolutiva (Darwin), la decisión revolucionaria (Marx), la programación científica (ciencia), la espera humana (ética) y la esperanza personal (religión). Y que a la vez se hubieran tipificado las posturas que existen en nuestra sociedad ante él: magia, ilustración y ciencia, resignación, pesimismo escéptico, utopía, esperanza en el cristianismo y otras religiones. Nuestros místicos y poetas, desde San Juan de la Cruz a Unamuno y Machado, han explicitado la conexión entre memoria y esperanza, diferenciando el aguardar y el esperar. Machado escribe: «Al borde del sendero un día nos sentamos. / Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita / son las desesperantes posturas que tomamos / para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita» (A. Machado, *Soledades XXXV*).

La ciencia de nuestro siglo es una expresión admirable de la gloria del hombre y de su capacidad creadora como imagen del Dios creador. Junto a su potencia afirmadora está su potencia negadora. El hombre necesita lo útil y lo bello, lo eficaz y lo gratuito, la inteligencia y el amor, la seguridad de un cosmos que no lo destruya u ofenda, pero a la vez la promesa de un Futuro absoluto que lo acoja. Necesita el Don y el Per-Don. Por ello la religión nunca es alternativa a la ciencia; ella abre a otro horizonte necesario al hombre: la promesa y la esperanza. Ese Futuro absoluto, ¿no se habrá anticipado ya al hombre en un porvenir viiente y no le habrá dejado en la historia signos de la benevolencia con la que espera al hombre, a cada hombre, viviente y muriente hoy, quien por tanto no puede remitir su personalísimo destino presente al éxito científico o técnico del futuro? En una palabra, ¿el Futuro no habrá advenido ya de algún modo a nuestro presente y la Trascendencia no habrá accedido a la Encarnación entre nosotros? ¿Podremos confiarnos a la promesa de alguien? ¿No habrá hombres que sean iconos de ese Futuro, quienes nos anticipen el acogimiento absoluto que Dios hace del hombre? Un libro que lleva en su título también la palabra 'pronóstico del futuro' y está escrito por uno de los grandes especialistas de la historia cuantitativa se cierra con este párrafo: «Si el mundo no constituye el ser en sí, si tanto el mundo como el hombre que lo habita tienden a un fin, son objeto de un plan y un designio trascendental, es decir del orden de un más allá en el principio como en el fin, nos importa que dentro del mundo haya testigos inútiles de lo inútil, que es precisamente lo esencial, y que tales testigos se mantengan respetuosos y tranquilos».

Ser santo significa ser aparte, y esto a su vez es afirmar el derecho al sentido y a la diferencia. El mundo tiene necesidad de que se guarde, modesta pero fielmente, la memoria de la Trascendencia y de la Encarnación». (P. Chaunu, *El pronóstico del futuro. Crisis de nuestro tiempo. La memoria y lo sagrado*, Barcelona, 1982, pág. 315.) □

RESUMEN

Recuerda Olegario G. de Cardedal cómo la mirada y la pregunta por el futuro son constitutivas de la vida humana, al comentar cómo lo encaran una treintena de personalidades de diferentes campos de la cultura (científicos, economistas, sociólogos, filólogos y hasta representantes de movimientos sociales). Todos se muestran sobrios y cautos a la hora de

predecir resultados concretos y se esfuerzan por mostrar la repercusión humana de los descubrimientos científicos. Para el comentarista, libros como éste dejan al lector a la vez que informado profundamente insatisfecho, pues hablan mucho de conciencia en sentido psicológico pero casi nada de conciencia en sentido moral.

Sian Griffiths (ed.)

Predicciones. 31 grandes figuras pronostican el futuro

Taurus, Madrid, 2000. 395 páginas. 2.900 pesetas. ISBN: 84-306-0376-X.

Rafael Lapesa y la lengua española

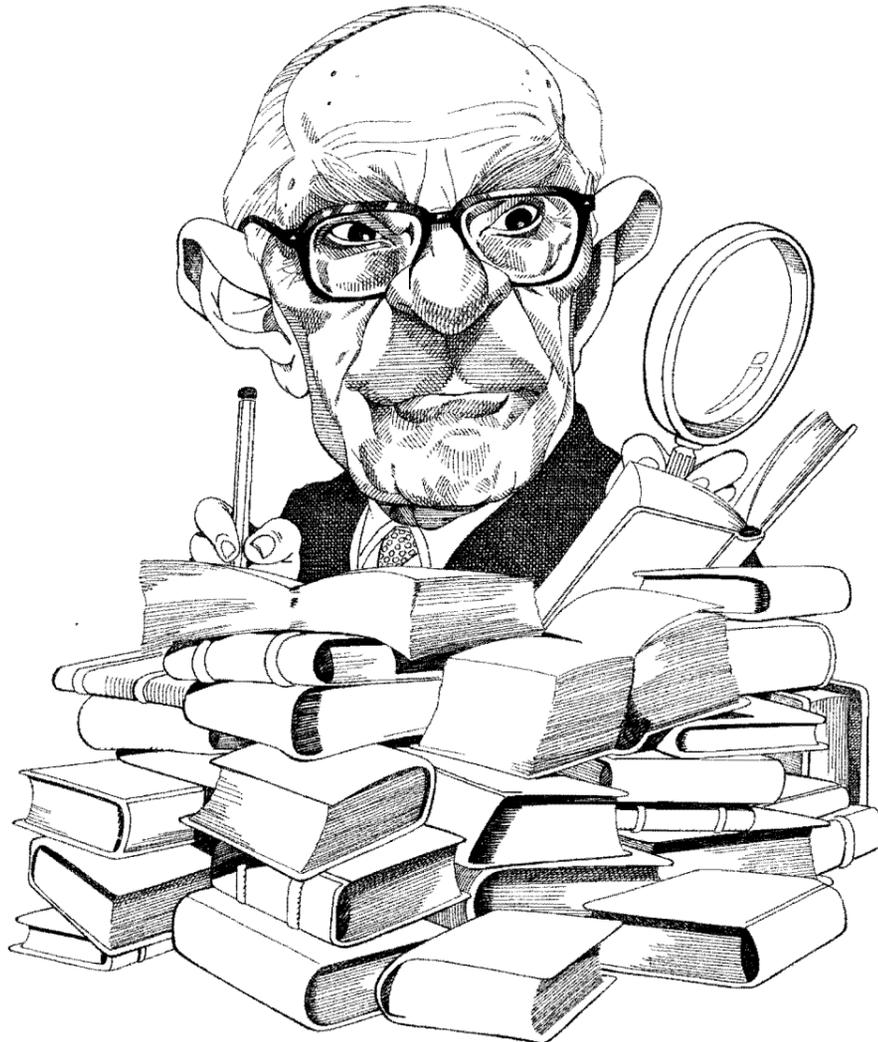
Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

Cuando comuniqué a la dirección de esta revista mi intención de comentar el último libro de Rafael Lapesa, poco imaginaba yo que mi artículo iba a tener mucho de homenaje «in memoriam amici, collegae et magistri». No olvidaré nunca que le vi en Chamartín, hace escasamente tres años, el día que él alcanzaba la honrosa condición de nonagenario, entre aquellas paredes que recuerdan al visitante la vida y la obra de Menéndez Pidal y que a la sazón albergaban a uno de sus discípulos más ilustres. Lapesa, ya muy tocado por el duro paso del tiempo, atendía, con su proverbial cortesía un tanto petrificada, a cuantos le rodeaban. Después supe de los altibajos de su salud y de sus esfuerzos porque madurasen, con la ayuda de discípulos incondicionales, nuevos —y viejos— frutos de su certera vocación. Uno de ellos, esos dos densos y atractivos tomos de morfosintaxis histórica del español. La lectura de las dos notas preliminares que firman los editores Maite Echenique y Rafael Cano me estremeció. Y más, después de releerlas ahora, al disponerme a pergeñar los presentes renglones. Por supuesto, este comentario va a ser muy distinto de lo que hubiera sido, escrito antes del tránsito. Pero no dejaré de cumplir con el compromiso contraído: hablar del último libro de Rafael Lapesa.

Las casi mil páginas que llenan los dos tomos de la obra han sido preparadas, con una dedicación ejemplar, por quienes figuran como sus editores. Además, ellos han recogido, de generosos colaboradores (de Valencia y Sevilla, respectivamente, y de otros centros universitarios) cuyos nombres constan, las ayudas oportunas para conseguir que el ilusionado proyecto se tornara reconfortante realidad. Digo ilusionado: las aludidas notas preliminares rezuman por doquier el afán de conseguir, para los textos que se incorporaban a la obra, las versiones más dignas del maestro, las que él mismo habría establecido si su estado de salud se lo hubiese permitido. Ilusión que los que vemos desde fuera el resultado obtenido, se trueca en segura satisfacción de los propios editores, quienes han de reconocer, por su evidencia, que el fruto de sus esfuerzos no es amargo, sino de dulce madurez.

Veamos en qué consistía el proyecto. La estructura del libro fue acordada en reuniones a las que asistía el propio Rafael Lapesa. Se trataba de recoger, por un lado, sus trabajos sobre sintaxis histórica aparecidos en un dilatado lapso de tiempo (a grandes rasgos, entre los años cincuenta y los noventa), corregidos, ampliados y mejorados y, por el otro, una versión escrita de su renombrado *Curso de morfosinta-*



O. PÉREZ D'ELÍAS

xis histórica del verbo español, que durante muchos años el maestro impartió como curso monográfico de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid (cuyo texto ha habido que componer a base de notas y apuntes de asistentes al mismo). Sabido es que Rafael Lapesa soñó largamente con la elaboración de una sintaxis histórica de la lengua española, la cual debía ser una obra de conjunto que superara las pocas existentes y que se alimentara de los innumerables trabajos y monografías que la bibliografía de más de un siglo ha ido acumulando. Lapesa era la persona más preparada para acometer tamaña empresa. Sin duda su aportación al tema en el libro que comento será decisiva para quien tome el relevo y se lance a realizar lo que él en buena hora inició (en datos, en métodos, en interpretaciones).

Aparecen en esta obra las características y las cualidades que definían a Rafael Lapesa. De entrada, su proceder profesional éticamente impecable. Maite Echenique cuenta que Lapesa bautizó su libro con el título de *Estudios de morfosintaxis histórica del español* (y no toleró el de *Morfosintaxis histórica del español*, que también se barajaba), porque «su conocida honestidad científica le hacía considerar que no había trabajado de forma homogénea todas las parcelas de la morfosintaxis histórica, lo que no debía conducir, en su opinión, a la publicación de una obra cuyo título genérico fuese» el desechado (pág. 7). En esta misma línea, «le

preocupaba, sobre todo, el hecho de no haber publicado suficientes trabajos relacionados con la morfosintaxis histórica del verbo» (ibidem). De ahí el interés de los editores en poder disponer de una versión completa y correcta del mencionado curso de doctorado (para las medidas tomadas al efecto, págs. 12-13). Como discípulo de Menéndez Pidal, sumamente fiel a la persona, a la ideología y a la metodología del maestro, en los *Estudios* que comento Rafael Lapesa hace patentes en grado sumo dos propiedades que en todo momento han caracterizado a los estudiosos pertenecientes a la escuela de don Ramón, que él ha asumido celosamente a lo largo de su vida y que realzan el valor de su libro: la documentación textual y la información bibliográfica. No se menciona ningún rasgo sintáctico que no vaya acompañado de ejemplos significativos ni se omite nunca la menor referencia a artículos en los que se trate del tema en cuestión. Permítaseme la ingenuidad de hacer pública mi satisfacción por encontrar en los textos lapesianos la mención de algunas de mis modestas aportaciones a ciertos aspectos de sintaxis histórica española. Ello viene a confirmar el prurito de no olvidar las publicaciones de referencia, aunque no sean de lectura indispensable para conocer bien el rasgo que se expone.

Otra nota distintiva de la obra es la claridad en la exposición. Corrijo: esa claridad expositiva no es propia de este libro de sintaxis, es inherente a todas las publicaciones del autor, aún las más especializadas. Como punto de referencia propongo la *Historia de la lengua española* (primera edición: 1942), que se ha difundido por todas partes y que, objeto de nuevas ediciones cuidadosamente puestas al día, se ha convertido en un clásico en la materia. La *Historia* no rehuye adentrarse en aspectos técnicos de la gramática histórica (que siempre suelen requerir un cierto aprendizaje profesional para su comprensión). Pues bien, ya es proverbial que cualquier lector interesado, clasificado como «de cultura general», pero carente de una formación lingüística y filológica, puede seguir y asimilar el libro «entero» sin dificultades mayores. Es que eso depende de una firme vocación didáctica que en Rafael Lapesa era consubstancial con el oficio: para él, «in-

vestigar» no se concebía sin «enseñar». Que esta cualidad era una constante en nuestro filólogo vuelve a ponerse de manifiesto en el libro que comento, el cual no en vano está compuesto de artículos escritos en épocas a veces muy distantes dentro de su única vida de investigador y destinados a instituciones y a públicos no menos distantes entre sí respecto a sus niveles de intereses y de cultura. Lapesa era así y no podía abandonar unos hábitos que ya habían pasado a ser notas constitutivas de su persona. Más, todavía: la prosa científica lapiesiana no sólo destaca por su claridad expositiva, sino por una amenidad atractiva por la cual quien empieza a leer un capítulo no puede abandonar su lectura a no ser que se produzca algún factor externo dirimente. Es obvio: al escribir, Lapesa tenía en cuenta sin cesar que, además de contribuir al progreso de la ciencia que cultivaba, hacía un servicio al lector. Todos sus textos transpiran esa deferencia al lector.

A propósito: ¿a qué tipo de lectores va dirigida la obra de Rafael Lapesa? No vacilo en responder: a todos, sin acepción de personas. Vamos a verlo prácticamente. Dentro de la gran variedad de temas que son tomados en consideración en los *Estudios de morfosintaxis histórica del español*, y pese a que todos retratan la dinámica evolutiva de la lengua, 1) los hay que ya viven y actúan en el momento en que el romance se constituye como lengua (del tipo de «ser» y «estar»), y que en el curso de la historia se modifican y se interfieren; 2) otros que, nacidos por alteración de los usos propios de la base etimológica (como el «leísmo», el «laísmo» y el «loísmo»), no han cesado de modificarse; 3) no faltan temas que se han convertido en rasgos específicos de la lengua (como la preposición «a» ante el complemento directo de persona) y se extienden y se consolidan; 4) tampoco faltan los que, partiendo de precedentes remotos, han ido imponiéndose a sus antiguos paralelos y competidores (como la llamada «pasiva refleja»); 5) nadie desconoce los cambios experimentados en el uso de los modos indicativo y subjuntivo (muy distintos de lo que eran en latín y de lo que son o han sido en los demás romances, e incluso dentro de la propia lengua española); 6) no olvidemos tampoco los orígenes y el desarrollo del llamado «voseo» hispanoamericano. Acabo de señalar media docena de rasgos sintácticos del español que dibujan curvas evolutivas particulares y que hoy singularizan la lengua. Repasando el índice, se ve que nada costaría aumentar la lista en algunas docenas. Ahora bien, ¿quién osaría separar los que no sean aptos para lectores no formados en lingüística y filología?

El libro de Rafael Lapesa es una obra de interés general. Lo que ocurre es que suscita dos clases de lecturas: los especialistas en temas gramaticales comprenderán las razones últimas de los cambios idiomáticos y acrecentarán su acervo de cara a futuras investigaciones, mientras que las personas cultas de otros medios profesionales verán satisfecha su curiosidad intelectual y se sentirán más seguros en el cultivo de la lengua común a todos. Nos ha dejado Rafael Lapesa. Ello no obstante, la memoria de su magisterio eficaz y de su aportación científica queda asegurada por una pléyade de discípulos activos y perseverantes y por un conjunto de publicaciones de alta categoría, como el libro que acabo de presentar, cuya reciente publicación fue el anuncio profético de unas exequias dignas de su paso por este mundo. □

En el próximo número

Artículos de Manuel Perucho, Miguel de Guzmán, Tomás Marco, Francisco Rodríguez Adrados, Vicente Palacio Atard y Rafael López Pintor

RESUMEN

El comentario de Antoni M. Badia a los dos volúmenes en los que dos discípulos de Rafael Lapesa han recogido todo lo que el ilustre filólogo escribió sobre morfosintaxis histórica del español se convierte, tras su fallecimiento a principios de este año, en un homenaje a su persona y también a su obra, al autor de ese tex-

to fundamental que es Historia de la lengua española. Para Badia, la claridad expositiva de todos sus trabajos, hace que éstos sirvan por igual a los especialistas como a las personas cultas de cualquier profesión que busquen en ellos satisfacer su curiosidad intelectual por la lengua común de todos los españoles.

Rafael Lapesa

Estudios de morfosintaxis histórica del español

Edición de Maite Echenique y Rafael Cano, Gredos, Madrid, 2000. 945 y 475 páginas. 6.500 pesetas los dos volúmenes. ISBN: 84-249-2254-9

La ciudad bajo la ciudad

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de honor de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Éste es el título del libro, o mejor dicho, de los dos libros espléndidamente editados, en inglés y griego, por el Ministerio de Cultura de Grecia y la Fundación Gulandris y que sirven de catálogo a una exposición sobre los hallazgos arqueológicos que se han producido en las excavaciones realizadas con motivo de la construcción del metro de Atenas. «Antigüedades procedentes de las excavaciones del metro», es el subtítulo.

La obra, publicada bajo la dirección de Liana Parlama y Nicholas Chr. Stampolidis, es importante, de una parte, para conocer cómo se ha llevado a cabo esta sensacional excavación, rodeada de dificultades. Pero es importante, sobre todo, para conocer infinitos datos sobre el urbanismo, la vida, el arte y la muerte en Atenas desde el tercer milenio antes de Cristo hasta el fin de la Antigüedad. Pues aunque la excavación nos da datos que llegan a nuestros días, los autores se detienen en ese punto.

De los en torno a los 30.000 objetos encontrados seleccionan unos quinientos: ya por su valor artístico, ya por su carácter representativo de los distintos aspectos de la vida de la ciudad. Y el libro no se limita, ni mucho menos, a ofrecerlos en bellas fotografías: añade comentarios ilustrativos y eruditos a los objetos uno a uno, pero también visiones generales sobre temas urbanísticos, religiosos, artísticos y otros.

Atenas era, en proporción a lo que es hoy, una ciudad pequeña; su casco antiguo, no tocado por la excavación, se amplió en época de Adriano, se redujo sensiblemente al fin de la Antigüedad (cuando se erigió el muro de Aureliano tras la invasión de los Hérulos) y durante la época turca, creció otra vez cuando con el rey Otón, llegado a la ciudad en 1833, se convirtió en la capital de Grecia. Arquitectos daneses y alemanes crearon un plano que desborda por todas partes la ciu-



Una estatua de mármol, posiblemente del siglo I a. de C.

dad antigua. Y últimamente, unida al Pirco y expandida en todas direcciones, es una megalópolis ruidosa, contaminada y con muy deficientes comunicaciones.

Un pasado ilustre

Un crecimiento de la red del metro, una línea sólo, se hacía inevitable. Pero presentaba graves problemas: sobre todo, el de conjugar lo que era una necesidad vital con el debido respeto a un pasado ilustre. El mismo problema que se presenta en Roma. Aquí fue resuelto de modo excelente, el libro que comento lo cuenta. El metro tenía que ir profundo y tenía que quedar fuera del casco más antiguo. Sobre la marcha se solucionaron problemas que se presentaban: el metro hubo de ser desviado del Cerámico. Y se aprovecharon las obras para acometer excavaciones ur-



Vista general de los jardines de Zappeion

gentes allí donde era posible. De ahí los múltiples hallazgos, que aumentarán sin duda: sólo una pequeña parte del nuevo trazado ha entrado en funcionamiento. Pero muchos objetos proceden de estaciones aún no abiertas y de pozos de aireación, que son fotografiados y estudiados en el libro.

No pude ver la exposición a que el libro se refiere, pero estuve, casualmente, en Atenas el día en que se inauguró el metro, en enero de 2000. Un metro amplio, limpio, respaldado de mármoles. Y con algunas estaciones, concretamente las de Panepistimíou y Síndagma, convertidas en pequeños museos: se puede ver la estratigrafía desde el micénico o antes al momento actual; y en vitrinas se muestran los objetos más bellos o más curiosos.

Ese día de la inauguración el metro era gratis. Un millón de personas, familias con sus niños, se descolgaron allí. Era una fiesta, miraban admirados. Algunos, sin duda, nunca habían visitado un museo: ahora lo tenían próximo y familiar.

Pero vuelvo al libro. Tras la presentación de los ministros de Cultura y Medio Ambiente, la doctora Liana Parlama, directora de Antigüedades Prehistóricas y Clásicas, cuenta cómo tuvo lugar la excavación; y el profesor Stampolidis, director del Museo de Arte Clásico, habla de la exposición. Luego el libro se organiza por las estaciones y pozos de que proceden los objetos; dentro de cada lugar, por temas (tumbas, calles y edificios, mosaicos, pozos y depósitos de materiales de relleno, conducciones de agua,

etc.); dentro de cada tema, por orden cronológico aproximado.

La parte excavada, fuera como dije del muro antiguo, corresponde sobre todo a cementerios: empezaban, al Este, en la plaza Síndagma (el muro cortaba Ermoú a la altura del Ministerio de Educación) y seguían hasta una cierta altura de la calle Panepistimíou, hasta la calle Korai, entre ella y Stadiou; y, al Oeste, ampliaban la zona hasta ahora excavada del Cerámico. Se han publicado en la prensa noticias de las dos tumbas públicas de los guerreros muertos al comienzo de la guerra del Peloponeso, yo mismo me ocupé del tema en mi libro *Peregrinaciones y recuerdos* (Madrid, 2000).

Pero no sólo hay cementerios. También conducciones de agua: del siglo VI, atribuida a Pisístrato y del V, por no hablar de las posteriores; y zonas urbanizadas, sobre todo por obra de Adriano en la zona del Zappeion (hay allí unas termas romanas) y del estadio. Y hay múltiples elementos romanos posteriores allí y en otros lugares. Notable es también la reconstrucción del curso del Iliso y del Erídano encontrados aquí y allá, en parajes que eran idílicos y fueron alcanzados luego por la marea urbanística.

Desde el micénico, a partir del siglo XVII, ninguna laguna existe. Y está la inmensa variedad de cerámica, en la que destacan los lecitos propios del culto funerario: no se ve si son más bellos los de fondo negro y figuras rojas (o al revés) o los de fondo blan-



En este número

Artículos de

Francisco Rodríguez Adrados	1-2	Tomás Marco	6-7
Miguel de Guzmán	3	Vicente Palacio Atard	8-9
Manuel Perucho	4-5	Rafael López Pintor	10-11-12

SUMARIO en página 2



La ciudad bajo la ciudad

co. Allí están las flautistas y las escenas báquicas y orgiásticas: la vida unida a la muerte.

Restos de vida privada

Y las joyas y los juguetes infantiles (el caballito de arcilla, el sonajero), los útiles de trabajo y los de lujo u ornato (espejos, joyas), las estatuas de mármol y bronce de significado religioso, los restos arquitectónicos y viales, los mosaicos y los vidrios romanos, los talleres de fundición y de cerámica, las puntas de flecha que nos recuerdan la guerra (son del comienzo de la del Peloponeso), un mármol con las cuentas de la anfictionía de Delos, las monedas, las estelas en honor de los muertos: la más notable, la que, bajo un bello relieve de un jinete luchando con dos infantes, da los nombres de los caballeros atenienses muertos en Tanagra y Espartolo, también en la guerra del Peloponeso, la terrible guerra civil de Grecia. Pero también

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

hay otras estelas funerarias de la vida privada, llenas de melancolía.

Ciertamente, no se añaden grandes obras de arte, aunque una figura trimorfa de Hécate recuerde a Alcámenes y mármoles helenísticos o neoáticos reproduzcan prototipos de Apolo o Afrodita; o una cabeza de bronce, empotrada en un muro como signo apotropaico, nos recuerde el arte del Peloponeso de comienzos del siglo V.

Pero sí bellos bronceos, mármoles y cerámica: algunos aludidos, no quiero olvidar el bello joven desnudo, copia romana de un atleta o un dios que se relaja cansado, a la manera praxitelica. Está en la cubierta del libro. Y, sobre todo, muestras de la vida en todas sus facetas, de la infancia y el juego al trabajo, al ocio y a la muerte.

La descripción comienza por la estación de la Acrópolis, en la calle de Macryianni, en una zona fuera de la Atenas del siglo V. Contiene restos desde fines del tercer milenio. Y hay tuberías del V, de la traída de aguas, y joyas y juguetes, y una placa de marfil con un Dioscuro (¿aplique a un libro?) y la estatua de Hécate, y un trozo del friso del pórtico de Eumenes, y objetos de las labores domésticas (un mortero de piedra) y un doble Hermes... Una mezcla sorpresiva de edades y de temas. Una parte está expuesta allí, en la estación.

Un lugar rico en hallazgos

Tras varios pozos y estaciones (en el de Petmeza hay «choes», los bellos jarritos entregados a los niños en esa fiesta), llega la estación de Síndagma: también un pequeño museo. Se ha encontrado allí el curso del Erídano, del que nos dan noticias los escritores antiguos: de allí iba al Cerámico, donde todavía se ve. Y múltiples objetos, desde joyas de oro a una bella cabeza femenina de mármol del siglo IV, de tipo helenístico, tras el joven desnudo de que hablé.

En el pozo de Herodes Ático se halló la cabeza de bronce antes mencionada, así como el acueducto de Pisístrato. En la estación

de Panepistimíou hay pozos y cisternas con toda clase de objetos; y cementerios. Pero éstos son mucho más extensos en el Cerámico. Aquí hay un taller de cerámica y objetos arcaicos, de los siglos VII y VI a. C. (una copa preciosa, con animales funerarios, leцитos de figuras negras) y otros clásicos (terracotas, entre ellas la de una diosa en su trono; calderos, leцитos preciosos, una sirena funeraria, la estela de mármol del siglo IV en que la muerta se despide). Es el lugar que más hallazgos ha procurado, y eso que la excavación se interrumpió como arriba dije.

En fin, del pozo de Paleólogo viene la estela de los caballeros muertos.

Atenas, una ciudad única

Éste es el libro, cerrado con una bibliografía. Hay en él un testimonio admirable de lo que puede ser un trabajo conjunto de especialistas diferentes que buscan, al tiempo, hacer una obra útil y necesaria y evitar los desastres que muchos preveían.

Y hay un estudio muy cuidadoso de unos materiales ricos y varios, que procuran una imagen de la vida en una ciudad ilustre y privilegiada, pero víctima también de catástrofes, a lo largo del tiempo y del espacio. La ciudad crece, se encoge, sufre guerras y desastres,

nuevos pueblos la conquistan. Pero hay una continuidad en la vida.

Atenas es una ciudad única. ¿Quién podría imaginar cuando el rey Otón llegó a ella que aquel villorrio miserable, del que casi toda la población había huido, iba a ser la megalópolis de hoy? Pues bien, ello lo debe a la antigua Atenas: sólo su recuerdo hizo que Atenas se convirtiera en la capital de Grecia (a falta de Constantinopla). Era la Atenas antigua una ciudad más pequeña: el turista apresurado que transita por Omonia, Síndagma y las tres calles que las unen ignora que está pisando antiguos cementerios que vienen del micénico, a ratos baños romanos o edificios públicos.

En la exposición recogida en el libro, en los pequeños museos de las estaciones del metro, en los depósitos que sin duda acogen el inmenso número de otros materiales, puede hallarse un eco de esa vida múltiple y lejana. Interrumpida o disminuida a veces, pero perenne. Con su mezcla de lo público y lo privado, la alegría y la muerte, lo civil y lo militar, lo sagrado y lo profano. Todo nos suena a conocido, tiene un aire de familia.

Pero en su múltiple y abigarrado conjunto da una imagen que a veces se nos olvida cuando nos agarramos a la puramente clásica o, al contrario, a la conflictiva y trágica de tantas luchas que Atenas vivió. □

RESUMEN

En el catálogo de la exposición que se montó en Atenas con los hallazgos arqueológicos producidos con motivo de las obras del metro y que comenta Rodríguez Adrados, se recogen infinidad de datos sobre el pasado de la ciudad. De entre los 30.000 objetos encontrados se seleccionan unos quinientos, ya sea por su valor ar-

tístico o por su carácter representativo de lo que fue Atenas en la Antigüedad. Una obra de futuro, el trazado del metro, ha permitido encontrarse con un pasado ilustre, dando testimonio de una vida múltiple y lejana, pero perenne, donde todo se mezcla: lo público y lo privado, lo civil y lo militar, lo sagrado y lo profano.

Liana Parlama y Nicholas Chr. Stampolidis (eds.)

The City beneath the City. Finds from excavations for the Metropolitan Railway of Athens.

Greek Ministry of Culture, Museum of Cycladic Art, N. P. Goulandris Foundation, Atenas, 2000. 414 páginas. ISBN: 960-7254-88-0.

SUMARIO

	Págs.
«La ciudad bajo la ciudad», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>The City beneath the City</i> , de Liana Parlama y Nicholas Chr. Stampolidis (eds.)	1-2
«El quehacer matemático, eficacia y belleza», por Miguel de Guzmán, sobre <i>The Heart of Mathematics. An invitation to effective thinking</i> , de Edward B. Burger y Michael Starbird	3
«Una vida apasionante», por Manuel Perucho, sobre <i>A Passion for DNA: Genes, Genomes and Society</i> , de James D. Watson	4-5
«Tiempo y espacio como funciones musicales», por Tomás Marco, sobre <i>Temps musical / espace musical comme fonctions logiques</i> , de Costin Cazaban	6-7
«Psicohistoria de los Austrias españoles», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>Historia personal de los Austrias españoles</i> , de Francisco Alonso-Fernández	8-9
«Los usos de un diccionario electoral», por Rafael López Pintor, sobre <i>Diccionario Electoral</i> , de autores varios	10-11-12

El quehacer matemático, eficacia y belleza

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Ciencias. Ha sido Presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática desde 1991 hasta 1999. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas sobre los que ha publicado diversas obras.

Se piensa muy frecuentemente que el quehacer matemático consiste, más o menos, en una mera manipulación de números y otros objetos matemáticos. El que así piensa está tan equivocado como el que juzga que la expresión musical es una mera manipulación de las notas. La creación musical es algo que va tomando forma en el fondo de la personalidad del artista y que se expresa de una manera muy peculiar a través de sonidos que corresponden de alguna manera misteriosa a esa percepción del artista y que transmiten a otros, al menos en parte, esa misma emoción interna. Por supuesto que la expresión musical, como la pintura, la danza, o las distintas formas de creación literaria, precisan de las técnicas consagradas por el tiempo y que van siendo modificadas y enriquecidas a lo largo de él, pero es claro que en ninguno de estos campos puede resultar una obra de arte del mero dominio manipulativo de las técnicas respectivas.

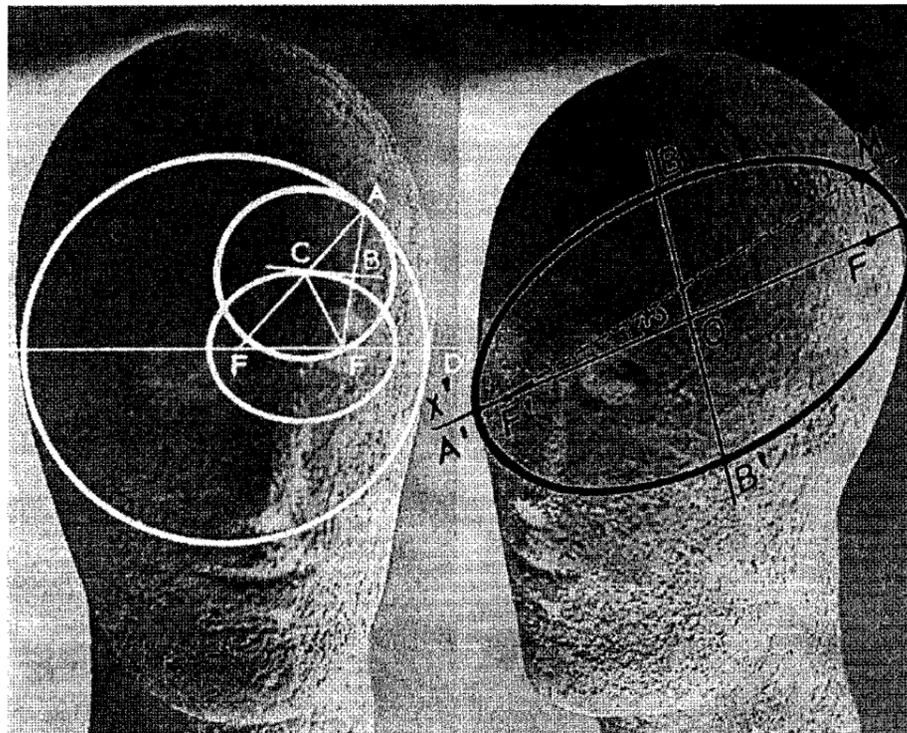
De modo semejante las grandes creaciones matemáticas de la historia y las que van surgiendo del quehacer matemático en la actualidad están muy lejos de ser el producto del ejercicio diestro de lo que se pueden denominar técnicas matemáticas. La percepción de la armonía y belleza que se despliega en la creación matemática de valor es algo que ha de estar presente en el espíritu del matemático, que lo percibe de una manera no fácilmente explicable, pero que es captado más o menos inmediatamente por quienes están inmersos en el mismo tipo de quehacer. Y es claro que es posible, es necesario, ir acercando a tal percepción a quienes se introducen en el campo para que ellos mismos sean capaces con el tiempo de proseguir esa misma labor creadora de belleza.

Entre quienes tratan de explicarse la profunda influencia de la matemática en la ciencia y en la cultura humana hay quienes ven en ella un lenguaje y un instrumento extraordinariamente eficaz para analizar los datos que la observación de los fenómenos naturales, sociales, etc... arroja. Tal vez con ello se expliquen algunos el inmenso esfuerzo que la comunidad científica y técnica lleva a cabo constantemente en el desarrollo matemático en el mundo actual. La matemática sostiene ciertamente de muy diversas formas el llamativo progreso científico y tecnológico de nuestra civilización.

Y, sin embargo, quien está embarcado activamente en el quehacer matemático, aun reconociendo y alegrándose extraordinariamente de los beneficios que de la matemática se pueden extraer, sabe que ni fue eso lo que fundamentalmente le atrajo hacia ella inicialmente y que no es tampoco sólo eso lo que ha originado y sostenido en su constante dinamismo el edificio majestuoso de la matemática a lo largo de los tiempos y hoy mismo.

Como Hardy, uno de los grandes matemáticos del siglo XX, afirmaba al explicar la naturaleza artística de la matemática, «los procesos del matemático, como los del pintor o el poeta han de ser bellos; las ideas, como los colores o las palabras, han de ensamblarse de una forma armoniosa. La belleza es el primer test. No hay lugar permanente para una matemática fea».

Para quien observa la matemática desde fuera puede resultar interesante conocer unos cuantos elementos del tipo de belleza



JUSTO BARBOZA

que, a mi parecer, constituyen componentes bastante significativos en la actividad matemática. Una forma de belleza matemática consiste en el orden intelectual que ante hechos, en un principio aislados y aparentemente inconexos, comienza a aparecer. Al modo como un paisaje contemplado desde lo alto de la montaña se va descubriendo al disolverse la bruma que lo ocultaba, todo el objeto matemático contemplado aparece en conexión y la unidad lo invade. Objetos aparentemente diversos que surgen en contextos diferentes resultan ser el mismo o estar ligados por una estructura armoniosa. La contemplación fácil de esta unidad es sin duda una de las fuentes de gozo estético presente en la contemplación de muchos hechos matemáticos. Un ejemplo claro de este tipo de belleza se da en la unificación, realizada por Félix Klein a finales del siglo XIX, de los diferentes tipos de geometría hasta entonces existentes, a través de la teoría de grupos, con la que todos ellos se pueden contemplar como aspectos de una misma actividad exploratoria.

Otro tipo de goce estético presente en la matemática consiste en la realización de una ampliación de perspectivas con la que de una visión parcial se llega a la contemplación total de un objeto mucho más esplendoroso, en el que nuestro cuadro inicial queda englobado ocupando su lugar justo. En la exposición actual de la teoría de los números naturales, enteros, racionales, reales, complejos, se resume toda una aventura apasionante del espíritu humano que, a través de varios milenios de historia escrita, ha tenido sus callejones aparentemente sin salida, sus idas y venidas, sus paradojas.

Otro elemento estético presente muchas veces en la creación matemática consiste en la posibilidad de una contemplación descansada e inmediata de una verdad profunda, inesperada y llena de implicaciones. Como ejemplo extraído de la matemática elemental pueden citarse alguna de las muchas demostraciones gráficas del teorema de Pitágoras (comenzando con la que aparece en el libro de *Los Elementos* de Euclides) para cuya comprensión no se requiere más que posar la mirada sobre ellas.

¿Qué características debe presentar un hecho matemático para que se pueda calificar como bello? La belleza matemática parece incluir cualidades tales como seriedad, generalidad, profundidad, inevitabilidad, economía de pensamiento, transparencia, sobriedad, adecuación... La seriedad se mani-

fiesta en las ideas que pone en conexión, que normalmente dan lugar, en su desarrollo, a una buena porción del campo matemático en que tal hecho se encuentra, ya sea porque el método que lo crea es la clave que ilumina dicho campo, ya sea porque el hecho en cuestión es el germen mismo de todo ese cuerpo matemático. La generalidad se ha de dar con una cierta mesura. La generalización por sí misma no es en muchos casos más que el producto de una manía, sin gran valor. Pero es cierto que un hecho demasiado concreto no despierta una gran admiración. Los matemáticos suelen calificar un método de «elegante» para indicar el tipo de sobriedad, economía de medios y transparencia que a veces se encuentra en la demostración de tal o cual teorema o hecho matemático. El proceso diagonal de Cantor, el método de dualidad en geometría proyectiva son ejemplos característicos de esta cualidad.

Allí donde hay belleza matemática, ésta no se agota y su contemplación nunca cesa de producir ese sentimiento de satisfacción, adecuación y acabamiento que una obra arquitectónica perfecta produce en el ánimo de quien la contempla.

Manifestando la belleza y eficacia de la matemática

En la necesaria tarea de presentar convenientemente este mundo del quehacer matemático, a la vez bello y eficaz, a quienes se aproximan a él, han aparecido recientemente diversos instrumentos que adoptan múltiples formas. La obra que vamos a comentar se encuadra entre ellos. Su título, *The Heart of Mat-*

hematics. An invitation to effective thinking («El corazón de las matemáticas. Una invitación al pensamiento eficaz»), alude a la denominación que Paul Halmos, un matemático actual de prestigio e influencia, ha hecho del ejercicio central de las matemáticas, que es el de la resolución de problemas. Pero los autores, Edward B. Burger y Michael Starbird, que son excelentes didactas y expositores de la matemática, se han esforzado por presentar, junto con la eficacia del pensamiento matemático, la belleza que en su ejercicio se presenta.

Para ello han escogido multitud de ejemplos concretos muy interesantes y bien concatenados, a modo de una exposición sosegada de joyas de la matemática de todos los tiempos. Su presentación material, orden didáctico, figuras que acompañan la exposición, explicaciones complementarias, actividades concretas propuestas, son modélicos.

En el mundo actual de fuerte competencia entre el libro y otros tipos posibles de presentación, los elementos de visualización que la obra impresa contenga, muy en especial en un libro como el que comentamos, tienen una gran importancia. *The Heart of Mathematics* constituye un buen ejemplo de presentación visual y dinámica en un libro. Su estilo de exposición está fuertemente influenciado, a mi parecer, por las presentaciones ágiles, variadas, llenas de figuras, gráficas y otros elementos visuales que se pueden lograr en otras formas de presentación, por ejemplo en Internet. De hecho una introducción a modo de sumario de la obra misma se ofrece en EE UU (no en la distribución para los compradores en otros países) en forma de CD-ROM con el kit que acompaña el libro. Pero el libro mismo se acerca en algunos aspectos al hipertexto, especialmente a través de la profusión de figuras elaboradas y presentadas con gran esmero y mediante referencias internas.

El lector al que la obra se dirige explícitamente es una persona que desea absorber activamente, lápiz en mano, los temas, en muchas ocasiones bien serios y profundos, que a veces a modo de contemplación y otras con espíritu de juego y de humor se le presentan, a fin de participar de modo personal en el placer de la actividad matemática y de experimentar en sí mismo la eficacia del modo de pensar matemático. La contemplación de la belleza matemática es mucho más satisfactoria cuando se da esta participación directa por parte de quien se acerca a ella.

Los temas son agrupados en torno a seis grandes focos de la matemática de todos los tiempos (números, sobre el infinito, joyas de la geometría, ejemplos de topología, caos y fractales, probabilidad y estadística) que conducen al lector hasta el desarrollo de temas de plena actualidad también por las aplicaciones a las que han conducido. Les precede un capítulo bien construido en el que se exponen las estrategias de uso más frecuente en la resolución de problemas matemáticos, que serán explícitamente puestas en práctica y completadas a lo largo de la obra. □

RESUMEN

La obra que comenta Miguel de Guzmán no se presenta como un desarrollo sistemático al modo de un libro de texto, pero bien podría servir como un magnífico y atrayente complemento de muy diversos cursos de matemáticas, por ejemplo a un nivel del final de una

formación secundaria o principios de una enseñanza universitaria. Si bien es claro que un lector cualquiera que desee experimentar el atractivo peculiar de la actividad matemática tiene aquí un instrumento muy bien elaborado.

Edward B. Burger y Michael Starbird

The Heart of Mathematics. An invitation to effective thinking

Key College Publishing, Emeryville (California)/Springer Verlag, Nueva York, 2000. xxvi + 646 páginas. 79.95 dólares. ISBN: 1-55953-407-9

Una vida apasionante

Por Manuel Perucho

Manuel Perucho (La Roda, Albacete, 1948) es doctor en Ciencias Biológicas. Ha trabajado en Alemania y Estados Unidos, en donde ha sido profesor de Bioquímica en la Universidad del Estado de Nueva York. Actualmente es director de Investigación en el California Institute of Biological Research, La Jolla, California.

Puede que no haya científico con más razón para sentirse satisfecho que Jim Watson. Junto con Francis Crick, desveló en 1953 el misterio de la vida al descubrir la estructura de doble hélice del DNA. Cincuenta años más tarde, la secuencia completa del genoma humano ya está prácticamente descifrada, en gran parte gracias a la iniciativa, la visión y el empuje de Jim Watson. ¿Qué podría ser más gratificador que sentirse protagonista de estas dos conquistas de la ciencia moderna con un impacto tan directo en nuestra comprensión de la naturaleza de la especie humana? El mismo Watson así lo confesó en 1988, al aceptar el puesto de director del Proyecto Genoma Humano: «[Acepté porque...] sólo iba a tener una vez la oportunidad de que mi vida científica abarcara el trecho desde la doble hélice hasta los tres mil millones de peldaños del genoma humano». Estos dos hitos científicos sin parangón constituyen una parte importante del último libro de Watson *A Passion for DNA: Genes, Genomes and Society*.

Hace varios años tuve la idea de reunir en un volumen los comentarios de Jim Watson, que aparecían como introducción a las memorias anuales del laboratorio de Cold Spring Harbor del que era director y ahora presidente. Porque esta serie sucesiva de ensayos representa un termómetro bastante fidedigno de las tendencias de la investigación biológica puntera. Pensé que la compilación de estos ensayos supondría una herramienta valiosa para los estudiantes de la historia de las ciencias biológicas en la segunda mitad del siglo XX. Watson tuvo una visión clara de los derrotados que iban a tomar las ciencias de la vida en el fin del milenio y previó su evolución a la biotecnología, que se va a convertir probablemente en la ciencia prototípica del siglo XXI, lo mismo que la informática ha sido la del que acaba de terminar.

Aunque mi idea no fructificó por falta de tiempo para empujarla, en cierta manera se ve ahora plasmada en *A Passion for DNA*. Aquí la selección de ensayos anuales no sigue su curso cronológico, sino que se agrupan por temas, entremezclados con otros ensayos de Jim Watson publicados en periódicos y revistas. Como dice Watson en la introducción, la selección de temas se fundamenta en aquellos «avances científicos que podrían beneficiar al público en general, además del mundo de la biología. La guerra al cáncer, el DNA recombinante, y el Proyecto Genoma Humano, todos ellos eran temas que previsiblemente iban a cambiar positivamente la sociedad humana. Y en cada caso, generaron controversias que se difundieron desde la comunidad científica a las columnas de los diarios y revistas prominentes». Esta sentencia define la estructura del libro y el talante filosófico de Watson, optimista empedernido y defensor apasionado del progreso científico por su impacto beneficioso en la sociedad.

Los primeros capítulos son de carácter autobiográfico ('Autobiographical flights'). Jim Watson no se arredra ante la controversia, como ya demostró en su famoso libro *The Double Helix* y el lector ávido de cotilleos no queda defraudado. Watson cita varias anécdotas y revela secretos que sorprenden incluso al lector más preparado. Una primicia es que la continuación de *The Double Helix* se está pergeñando en su ordenador, y nos da la pista más interesante, el título: *Calculated Madness* («Locura calculada»). Estos capítulos relatan algunos avatares de Jim Watson durante su juventud y la etapa del descubrimiento de la doble hélice.



ALFONSO RUANO

Por ejemplo, Watson describe que en una reunión científica poco después del descubrimiento, cuando Sidney Brenner propuso el concepto de RNA mensajero, cuya evidencia experimental por entonces era más bien escasa (o inexistente), Brenner adujo esa cualidad «mercurial» para apoyar el bautizo del «messenger RNA», ya que Mercurio era el dios que transmitía los divinos mensajes Olímpicos en la mitología griega. A esto, Erwin Chargaff, en la audiencia, le espetó que si no sabía que Mercurio era también el dios de los ladrones.

La doble hélice

Según Watson, Chargaff fue el único que buscó pelea. Es famoso su desdén hacia los descubridores de la doble hélice, a la que llamó «el símbolo todopoderoso que ha reemplazado a la cruz como firma del analfabeto en biología». Chargaff descubrió la constancia en la proporción entre bases del DNA (A=T y G=C) independientemente de las variaciones en su contenido en DNA de distinto origen. Esta observación, que requirió la labor bioquímica paciente y tediosa de Chargaff, permitió el descubrimiento por Watson de la complementariedad de las bases, crucial para construir el modelo de doble hélice del DNA, al darse cuenta de que estos pares de bases se acoplaban entre sí por los puentes de hidrógeno (A con T y G con C) como piezas de un rompecabezas. A Chargaff le sentó muy mal que en la publicación de la estructura del DNA en *Nature*, Watson y Crick no le dieran todo el crédito que él creía (con razón) merecer.

Pero ya se sabe que las relaciones personales son a menudo determinantes en los eventos que rodean los grandes descubrimientos. Porque Watson a su vez resintió que Chargaff no le tratase con el respeto que él creía (con razón) merecer, debido a su ignorancia de los detalles estructurales de las bases. Pero, según Watson, ¿para qué ocupar una parte del cerebro en memorizar estos detalles, si se podían encontrar en los libros de texto? En una charla reciente, Watson no pudo reprimir su tirria contra Chargaff y durante la narración de su encuentro (¡hace casi 50 años!), después de una pausa por no encontrar la palabra adecuada, le llamó por dos veces 'despicable man' (hom-

bre despreciable) mientras se le contorsionaba la cara en un gesto tragicómico.

En sus memorias tituladas *Heraclitean fire*, Chargaff acusó a Watson y Crick de haber transformado la biología en otra clase de ciencia en donde «la realidad sólo sirve para corroborar las predicciones; y si falla se la reemplaza por otra realidad». Palabras amargas de un gran científico, que se negó a reconocer el cambio irreversible que el descubrimiento de la estructura del DNA supuso en nuestra concepción de la realidad biológica. Lo cual no deja de ser triste, pues las palabras de Chargaff son una descripción bastante exacta de la industrialización de la investigación en biología que se produjo en la segunda mitad del pasado siglo: «El estudio ordenado y cuidadoso de la vida se reemplazó por una investigación acelerada y ruidosa, de golpes de efecto y 'break-throughs'». Pero esta evolución era necesaria para absorber el crecimiento de la comunidad investigadora biomédica. Es más, la tendencia se agudizará en las próximas décadas, y la investigación pasará a ser en gran medida una actividad rutinaria y de producción en gran escala, como lo ha demostrado ya el Proyecto Genoma Humano.

En el capítulo con las notas biográficas y necrológicas de Hershey, Luria, y Pauling, Watson expone su admiración, respeto y cariño por estos científicos ilustres, el primero de los cuales fue su mentor oficial, el segundo, un colaborador íntimo y el tercero, un competidor en la carrera hacia la doble hélice. Con unas simples pinceladas, Watson describe con claridad las contribuciones científicas de estos galardonados con el Nobel. La nota cariñosa sobre la jubilación prematura de Al Hershey es un detalle revelador: «Me desazonó que una mente tan centrada e inventiva pudiese voluntariamente cesar de hacer ciencia...». Aunque más adelante concede que Hershey «no se retiró demasiado pronto, porque el DNA recombinante estaba al llegar, y pronto habría competidores por todos lados».

Esto sirve de introducción al tema de los siguientes capítulos, dedicados a «Recombinant DNA Controversies». Watson reconoce su error inicial al respaldar la recomendación consensuada por parte de un grupo de investigadores de paralizar temporalmente esta experimentación de 'ingeniería genética' por posibles

riesgos de salud pública. Esto tuvo consecuencias negativas pues la creación de comités asesores condujo a una demora de la investigación («committees never move fast»), que no pudo evitar Watson una vez se dio cuenta del peligro que suponían. «Esa miopía, de la que yo soy también culpable, nos perseguirá por mucho tiempo.»

En una de sus apariciones ante el Congreso Americano, Watson fue contundente: «it was a national disgrace that we were wasting our time with untestable speculations...». La manera de Watson de empujar sus opiniones no puede ser más explícita y gráfica. Ante la protesta de uno de los abogados defensores de los grupos de presión del medio ambiente, que exigió de Watson prueba irrefutable de que la experimentación con DNA recombinante era segura, Watson replicó: «¿Y cómo sé yo que usted no es un asesino a sueldo pagado por los comunistas para destruir nuestra ciencia?».

La impaciencia de Watson por «ir adelante con la máxima velocidad», ciertamente ayudó a que eventualmente las restricciones en este tipo de experimentación se relajaran y hoy en día no suponen mayor obstáculo para la experimentación en ingeniería genética, salvo casos extremos que conllevan el uso de material altamente patógeno.

La convicción de Watson se basa en el siguiente razonamiento: en ausencia de datos sobre el riesgo hipotético que supone la experimentación con DNA recombinante, no hay otro remedio que tirar adelante. Y cruzar los dedos y confiar que si algo sale mal, haya suficientes recursos para salir del atolladero. Cualquiera otra decisión sólo redundaría en perjuicios. («Ya que no existen datos que permitan una decisión racional sobre si debemos preocuparnos o no, los Comités Asesores Recombinantes no deberían existir en absoluto.») No es fácil entender esta postura que, sin embargo, resultó ser la correcta. Todavía está por reportarse el primer desastre biológico por manipulación de DNA recombinante. Watson se ayuda para visualizar el asunto con un ejemplo gráfico: «piénsese lo absurdo que sería que, tras una sequía de seis meses, se planease una estrategia que nos llevase a morir de hambre, por miedo a que estuviésemos entrando en una década sin lluvia».

Dentro del conjunto de capítulos sobre la ética en la ciencia («Ethos of Science»), un ejemplo de lo apuntado al principio sobre la visión de Watson en los temas candentes en biología lo da el dedicado al hombre clónico. Es sorprendente que este artículo lo escribiese en 1972. En él trata de los problemas éticos de la clonación, y de la experimentación con embriones humanos, de tanta candencia actual. Ya previó entonces Watson el negocio de los huevos humanos, floreciente en la actualidad. En curioso contraste con la oposición oficial a financiar la experimentación con embriones humanos para obtener células madre pluripotentes («stem cells»), al ser catalogada como una actividad «nazi» por algunos miembros del Congreso americano.

Otros capítulos dignos de mención son los dedicados a la diseminación de los resultados antes de su publicación, y a las máximas a seguir para triunfar en investigación. En el primero, Watson revela sus esfuerzos para sobresalir de la mediocridad a base de desdeñar los convencionalismos. «Así, no tuve ninguna duda de que había logrado formar parte de la clase más elevada de realización humana, a años luz de distancia de los prejuicios ignorantes de los pobres, o de la autosatisfacción insensible de los ricos educados.» Más adelante, una confesión desarmante: «Ahora, 25 años después, todavía tengo la sensación de estar en ese campo de juego algo loco pero singularmente maravilloso de mi juventud, donde el objetivo era la verdad, no el dinero, y donde la decencia



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

siempre tenía preferencia sobre la astucia». Estos capítulos son una delicia para leer y una mina de consejos para los jóvenes investigadores.

La siguiente sección trata de la lucha contra el cáncer que fue el eslogan que definió la estrategia global del gobierno de Richard Nixon en los setenta («War on cancer»). Watson apostó por la investigación de los virus tumorales de DNA, por su convicción de que los problemas complejos hay que empezar a tratarlos estudiando sistemas simples, siguiendo su formación en el grupo del fago, pionero en la biología molecular, que había fundado Max Delbruck. Esta apuesta se refleja en una estructura en el tejado de los edificios a manera de símbolo del Laboratorio de Cold Spring Harbor, que pasa inadvertida para la mayoría de los visitantes: la estructura icosaédrica del Adenovirus.

En la búsqueda de los genes responsables del cáncer (oncogenes), Watson no cayó en la trampa de suponer que éste estaba producido por virus infecciosos, como era la creencia generalizada en la década de los setenta, y en una comparecencia ante el Congreso, denunció la «Guerra al Cáncer», como «lunacy». Sin embargo, su apuesta por los virus tumorales de DNA, resultó errónea en primera instancia, ya que estos virus no poseen genes similares a los oncogenes humanos, que resultaron ser homólogos a los de los virus tumorales de RNA (retrovirus).

Pero a la larga, la visión de Watson resultó correcta, y un avance importante en la comprensión de los mecanismos subyacentes al cáncer fue el descubrimiento de que los virus tumorales de DNA ejercen su función oncogénica a base de neutralizar las proteínas celulares codificadas por los genes antagónicos de los oncogenes, es decir, los antioncogenes o genes supresores de tumores. Mientras el descubrimiento de los oncogenes al comienzo de los 80 representó un gran avance, la década de los noventa trajo el importante descubrimiento y aislamiento de los antioncogenes.

Finalmente, están los capítulos reunidos bajo el título general de «Implicaciones Sociales del Proyecto Genoma Humano», que son los de más actualidad, por coincidir con la publicación del mapa y la secuenciación del genoma humano. Aquí es donde se ve mejor la labor de Watson en la propulsión del progreso científico, y su actitud combativa incansable contra una serie sorprendentemente diversa de obstáculos que surgieron en el camino. Por ejemplo, en el primer capítulo de la serie, «Moving on to Human DNA», escrito en 1986, Watson hace una diatriba elocuente en contra de los activistas de los derechos de los animales, que supusieron, y siguen suponiendo, un obstáculo a la investigación. Este artículo está escrito con motivo del simposio de Cold Spring Harbor so-

bre la «Biología Molecular del Homo sapiens», y coincidió por una afortunada casualidad con la presentación por Kary Mullis de su invento de la reacción en cadena de la polimerasa (PCR), que hizo posible completar el Proyecto Genoma Humano en un plazo mucho más corto de lo anticipado, al permitir definir con rapidez la localización de muchos marcadores (loci) cromosómicos.

Desgaste y desperdicio de energía

El tema relacionado con la PCR es interesante por lo que de ilustrativo tiene sobre la actitud de Watson. Así, por un lado impulsó de manera definitiva la candidatura al premio Nobel de Kary Mullis, al reconocer el gran impacto que esta técnica tendría en el Proyecto Genoma Humano, sin importarle un ápice lo atípico de la personalidad excéntrica de Mullis. Como postura coherente con su rebeldía en contra de los convencionalismos, ya mencionada anteriormente. Por otro lado, Watson fue enemigo encarnizado de las restricciones que quisieron aplicar las compañías poseedoras de la patente de la PCR. Estas prohibiciones fueron vistas por él como una obstaculización inadmisibles a una nueva investigación con impacto inmediato en el diagnóstico, y por consiguiente en la prevención potencial de una multitud de enfermedades hereditarias. El que estas restricciones se levantaran eventualmente fue en parte gracias a la oposición de Watson.

La lectura de estos capítulos genera un cierto desencanto, no exento de exasperación, al ver el desgaste y desperdicio de energías de Watson, que se podrían haber visto canalizadas de una manera mucho más productiva. Me refiero a las dificultades que tuvo que ir sorteando habilidosamente para conseguir que el proyecto Genoma Humano fructificase. Esto incluye su pelea con Ruth Kirchstein, directora del Instituto Nacional de Medicina General de los Institutos Nacionales de la Salud (NIH), en los inicios del Proyecto (1987). Y después con Bernadine Healy, directora del NIH, con Watson ya director del Proyecto, y que condujo a su dimisión en 1992 ante la presión política a la que se vio sometido. Claro que Watson tomó venganza, y en el simposio de conmemoración de los 50 años del descubrimiento de la doble hélice, en Cold Spring Harbor, la aniquiló con un escueto comentario en público: «completely incompetent». Poco después Bernadine Healy era relevada de sus funciones.

Francis Collins fue elegido en 1993 director del Proyecto Genoma Humano como sucesor de Watson. Collins era políticamente más correcto, pues había manifestado reiteradamente no ver conflicto alguno entre ciencia y religión,

al tratar la primera de los fenómenos naturales, y la segunda de los sobrenaturales. Esto no resulta sorprendente en Estados Unidos, donde la regresión cultural está tomando un incremento alarmante. En una reunión donde expuse esta tendencia, se me tachó de exagerado, y de ser este ejemplo una excepción típica de brotes fundamentalistas. Quizás, pero entonces habría que incluir entre los sectores fundamentalistas no sólo a Collins, sino también al 84% de la población estadounidense, que cree en milagros divinos según una encuesta en abril del 2000 de *Newsweek*. Aquí también podría incluirse al ex-presidente Clinton, quien en el preanuncio del borrador del Genoma Humano en junio del año pasado afirmó que el genoma «nos revela el idioma con el que Dios creó la vida». Sidney Brenner replicó que «quizás podamos ahora ver la Biblia como el lenguaje por el que el hombre creó a Dios».

Pero lo más sorprendentemente desalentador de *A Passion for DNA* son los últimos capítulos. Desalentador porque descubren la obsesión de Watson por sortear las fuerzas reaccionarias que él preveía iban a ser inevitables en el Proyecto Genoma. Watson tuvo que hacer muchas concesiones para empujar el Proyecto con su brío característico, y al tiempo no ofender a fuerzas políticas poderosas que inmediatamente levantaron un clamor por el peligro hipotético de que de todo esto resultase una repetición de las aberraciones eugenésicas de la primera mitad del siglo XX.

Para presionar más persuasivamente a algunos gobiernos europeos, en particular el alemán, para que contribuyeran a la financiación del Proyecto Genoma, Watson desveló hechos sobre el programa de eugenesia americano de principio de siglo que no son muy conocidos. En el Estado de Virginia (y otros 29 estados), fueron esterilizados más de 60.000 personas en contra de su voluntad, y se declararon ilegales los casamientos entre blancos y no blancos. De esta manera Watson pudo atacar el movimiento de eugenesia de la Alemania de Hitler. Y así,

por un lado, apeló al sentimiento de culpabilidad alemán, y por otro les hizo más fácil tragar la píldora.

Este aspecto particular de la repercusión social del Proyecto Genoma Humano se ve reflejado en algunos titulares con motivo de su publicación reciente en *Science* y *Nature*. Las pequeñas diferencias encontradas en la secuencia entre individuos de diferentes razas se anunciaron con bombo y platillo como una demostración de la ausencia de desigualdad racial. Y el número de genes del genoma, menor del previsto, se interpretó como evidencia de indeterminismo genético y reafirmante de la libertad individual. Éstos son magníficos ejemplos de despropósitos periodísticos, y reflejo de la histeria que ha rodeado al Proyecto Genoma por sus implicaciones ideológicas.

Lo sorprendente es que la situación social americana actual es tal que quienquiera que abrace la ciencia de la genética en todas sus consecuencias corre el peligro de ser llamado «nazi». Watson lo resume así: «Aquellos de nosotros que nos aventuramos en el ruedo público a explicar lo que la genética puede o no puede hacer por la sociedad, de una manera aparentemente inevitable nos encontramos con individuos que creen que somos los equivalentes modernos de Hitler». La hipocresía de la clase puritana y políticamente correcta americana, en su preocupación por distanciarse de la eugenesia y de cualquier otra forma de discriminación social, y que llega a extremos absurdos como cambiar la denominación de los propietarios de animales domésticos de «dueños» a «tutores» o «guardianes» («pet guardian» en lugar de «pet owner»), contrasta con el hecho aterrador de los más de 550 casos de ejecuciones capitales que han tenido lugar desde 1990 en los Estados de la Unión. Colofón desgraciadamente sombrío a un libro de tanta sustancia y con tantos argumentos optimistas para un progreso racional de la humanidad en este nuevo milenio como es *A Passion for DNA* de Jim Watson. □

RESUMEN

Considera Manuel Perucho que quizá no haya científico con más razón para sentirse satisfecho como el norteamericano James Watson, quien, junto a Francis Crick, desveló en 1953 el misterio de la vida al descubrir la estructura de doble hélice del DNA; cincuenta años más tarde, la secuencia completa del genoma humano ya está prácticamente descifrada, en buena parte gracias también al propio Watson. En un volumen, del que se ocupa el comentarista, Watson ha recogido artículos, conferencias y textos varios que testimonian toda una vida dedicada con optimismo a la ciencia y en el que se muestra defensor apasionado del progreso científico por su impacto beneficioso en la sociedad.

James D. Watson

A Passion for DNA: Genes, Genomes and Society

Cold Spring Harbor Laboratory Press, 2000. 250 páginas. 20 dólares. ISBN: 0879695811

Tiempo y espacio como funciones musicales

Por Tomás Marco

Tomás Marco (Madrid, 1942) es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y ha sido, entre otros cargos, director general del Instituto Nacional de Artes Escénicas y de la Música. Su actividad como compositor, escritor y organizador ha sido premiada en múltiples ocasiones. Es autor de óperas, ballets, seis sinfonías, música coral y de cámara, y varios libros.

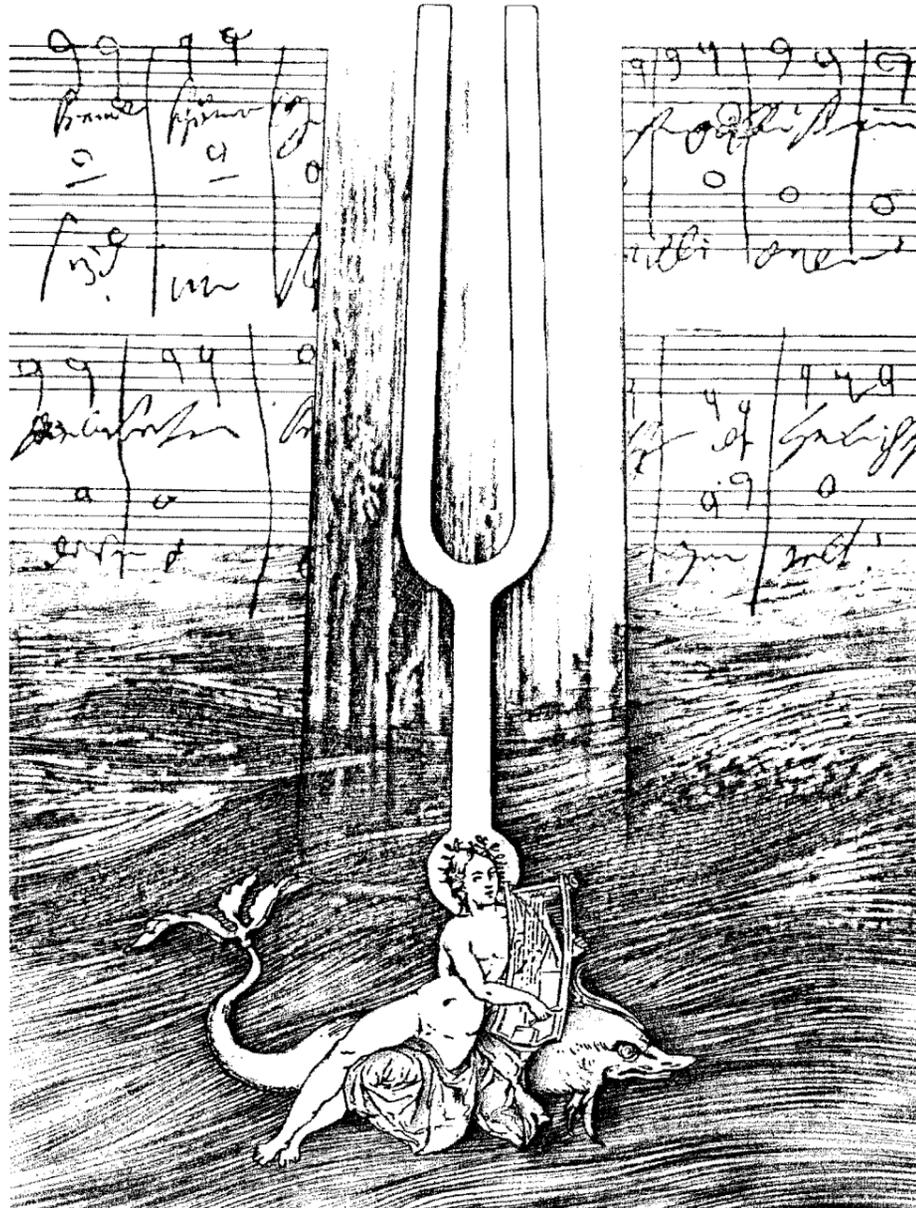
No es tan frecuente, por desgracia, la aparición de estudios que aborden la música con una profundidad estética y científica grandes y que, además, lo hagan desde el más riguroso presente. Por eso la reciente aparición del libro de Costin Cazaban sobre el tiempo y el espacio musicales como funciones lógicas me parece de gran importancia. Cazaban es doctor en estética y profesor universitario en París pero es también un excelente compositor. En resumen, es alguien que conoce a fondo la materia de la que habla, que tiene algo que decir sobre la misma, y que lo hace muy bien.

La especulación sobre el tiempo en música es casi tan antigua como la música misma y, desde luego, está ya en los inicios, mucho más modernos, claro, de la estética musical. En cambio las referencias al espacio son muy posteriores, aunque de la lectura del libro se desprende que «de facto» son igualmente antiguas por más que se expresaran de otra manera.

De una manera un tanto espectacular, el autor declara que, desde un punto de vista epistemológico, el fin del siglo XIX (entiéndase, del pensamiento decimonónico) tiene lugar en 1931 cuando Kurt Gödel enuncia su famosísimo teorema de la incompletitud. En realidad, a lo que esto alude es al fin de la ciencia clásica de base newtoniana o a aquella que creyó siempre, junto con Leibnitz, que fue quien lo enunció, que toda proposición verdadera es demostrable, exactamente lo contrario que propone Gödel. La alusión no es impertinente, pues el autor cree, y me parece que tiene razón, que los contactos de la estética con la ciencia son antiguos y en el presente se hacen indispensables. La esencia del hecho artístico es lo indecible y lo imprevisible, algo para lo que Cazaban echa mano de teorías científicas actuales que van de Arnold a Prigogine y que, en un plano estético, estaba claro en lo que hace ya años Federico Sopena llamaba misterio.

Se trata de una materia en la que los términos antagónicos se dan la mano, lo definible y lo indefinible, lo concreto y lo inasible, términos que tienen que convivir y que, en buena dialéctica hegeliana, deberían llegar a una síntesis, pero Cazaban rechaza expresamente la dialéctica y critica su uso en Adorno por lo que nos abstendremos de usarla en lo que a su libro se refiere. Aún así, nos hallamos ante la vieja dicotomía insoluble que muy finamente señalaba Valéry cuando decía que artísticamente dos son los peligros que nos amenazan: el orden y el desorden.

Nuestro autor sigue expresamente el pensamiento de un filósofo poco conocido entre nosotros, Stéphane Lupasco (1900-1988) y emplea no pocas páginas en explicarnos el pensamiento del mismo, tanto en lo que a estética se refiere como a su principio de equivalencia entre materia y energía o su empleo de la contradicción como conjunción estructural de los antagonistas. Pero, como el enunciado del propio título es que el tiempo y el espacio musicales son funciones lógicas, lo que más usa de Lupasco es su lógica. Y ésta se inserta con mucha naturalidad en la línea de las llamadas lógicas formales, lógicas matemáticas o lógicas simbólicas, es decir, se encuentra en una perspectiva que parte seguramente de Frege y que, a través de la matemática de Hilbert, llega hasta varias pro-



PEDRO GRIFOL

posiciones actuales.

Sin embargo, y pese a su reconocimiento de una deuda metodológica con Lupasco, hay que decir que las ideas que desarrolla nuestro autor, al menos en lo que a aplicación a la música se refiere, son enteramente suyas y originales. Y además reciben otras influencias. No en vano se conmueve ante la impresionante proposición 1.1 con que se abre el *Tractatus Logico-philosophicus* de Wittgenstein: «Die Welt ist die Gesamtheit der Tatsachen, nicht der Dinge» («El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas»). En cambio elude cuidadosamente, pese a alguna cita de pasada que hace de Husserl, aplicar la fenomenología a la música, campo en el que se ha demostrado muchas veces fructífera.

No cabe duda de que el tiempo es un elemento de primera importancia en la música y que incluso una de las definiciones mejores de la misma lo incluye plenamente («el arte de ordenar los sonidos en el tiempo»). Pero está claro que el tiempo no es aquí simple duración ni menos una referencia al tiempo del reloj, sino un elemento que para mí tiene una gran componente psicológica aunque Cazaban huye también del psicologismo para adentrarse en las funciones lógicas. Pese a su formación francesa (él es de esta nacionalidad pero de origen rumano), nuestro autor se mantiene a prudente distancia de la concepción bergsoniana del tiempo que tanto influjo ha tenido en el pensamiento francés y no sólo en él. Y analiza a fondo la concepción temporal de una autora francesa que fue una reputada teórica de la música nueva hace ya años. Se trata de Gisèle Brelet, cuyo estudio sobre

el tiempo musical, aunque no esté enteramente vigente hoy, es uno de los mejores del pasado siglo XX. Incluso me parece más certero que los estudios posteriores, más reputados por más estructuralistas, de un Daniel Charles, a quien Cazaban también cita, y no digamos nada del apóstol del estructuralismo bouleziano militante que es Jean Jacques Nattiez.

Tiempo y espacio

Enfrenta nuestro autor las concepciones temporales en la música de Brelet y Adorno aunque la impresión que tengo es que se trata, más que todo, de alejamientos metodológicos y de distintos significados de las palabras. Y la conclusión a la que finalmente llegamos es que cuando hablamos aquí de tiempo estamos hablando de procesos diversificativos mientras que el espacio se reserva para la fijación musical.

Naturalmente, cuando nos referimos al espacio en música no estamos hablando ni del espacio físico en el que la música se produce (al igual que el tiempo no es el tiempo físico en el que transcurre) ni tampoco de ciertos intentos de espacialización física en cuanto a la localización de la fuente de sonido que han tenido lugar en el último tercio del pasado siglo aunque con antecedentes que se alejan hasta el Renacimiento. Son ciertamente aspectos que tienen importancia en la composición musical y que podrían tratarse en un estudio generalizado sobre el influjo de lo espacial en la escritura, realización y escucha de la música. Pero aquí no hay que perder de vis-

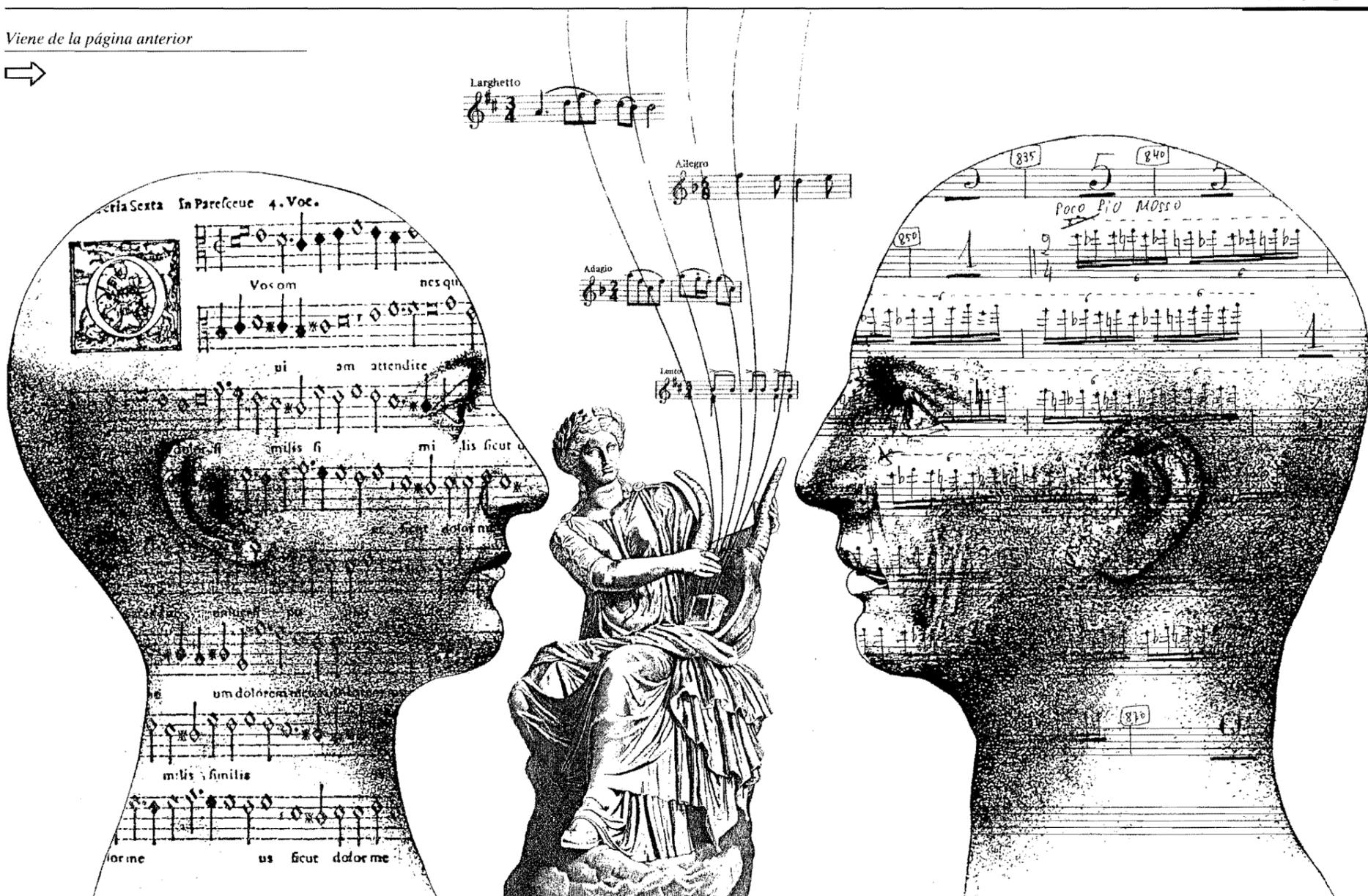
ta que hablamos de tiempo y espacio musicales como funciones lógicas y que por tanto, el funcionamiento del tiempo es en el interior de la composición musical misma y otro tanto ocurre con el espacio.

Para Cazaban, y creo que hay que darle la razón, la mayor expresión musical de espacio en la concepción newtoniana, es decir, el de la física que llamamos clásica, es la sistematización que hace Rameau de la armonía tonal funcional. Ésta conquista un espacio propio por el desarrollo que en la música de Occidente tiene la escucha vertical o armónica. Por mi parte añadiré que esta escucha de acordes es única en la música occidental frente a cualquier otra de cualquier cultura que, en el mejor de los casos, conocerá la heterofonía pero no la armonía acórdica y, por tanto, ésta es una de las pocas aportaciones enteramente originales que nuestra cultura ha hecho a la generalidad del mundo. Tan importante es la sistemática acordal de Rameau en cuanto a la creación y fijación de un espacio musical que Cazaban cree, y está bien fundamentado, que Schönberg inventó la serie porque la atonalidad libre le había dejado en una especie de flotación temporal perpetua y él, de alguna manera, necesitaba una compensación espacial, que tiende a ser lo mismo que una proposición formal. La serie tiende a espacializar la música aunque su poder es en este aspecto, según el autor del libro, muy inferior al de los principios tonales. El por qué es tan complejo como sutil y me parece que tiene bastante que ver con la evidente fascinación que sobre él ejerce Xenakis.

Elementos antagónicos

Efectivamente, Xenakis hace que incluso algo de la metodología profunda del libro vacile un instante. Si he entendido bien las tesis en él contenidas, las funciones temporales y espaciales son elementos antagónicos que hay que conjugar y ciertamente el mayor peso de una puede ir en disminución, que no tanto en detrimento, de la otra, pero resultaría imposible anular una de ellas. Esta posición parece quebrarse cuando acepta la crítica que Xenakis hizo del serialismo, como heredero del dodecafonismo, en la cual puedo seguirle, pero no en su afirmación, en la que siempre se mantuvo, de que existen estructuras «fuera del tiempo». Me he pasado mi vida compositiva investigando sobre el tiempo, y en especial de la percepción psicológica del mismo (que es algo que queda fuera de este estudio), y creo firmemente que no existe nada musical que pueda estar «fuera del tiempo». Para Xenakis son estas estructuras «lo que queda de la música si se quita el tiempo», ya que cree que la música no pasa en el tiempo porque la memoria es la negación del tiempo, ya que lo fija. Para mí, esto no es real y me suena a utópico. La memoria no fija el tiempo, únicamente permite que lo percibamos pues de otra manera la música sólo sería una sucesión de instantes incomunicados e inconexos. La memoria los conecta, pero no sólo no los fija sino que tiende a modificarlos, no sólo en su aspecto temporal sino también espacial. En realidad, la memoria afecta más que al tiempo, al espacio. ¿Por qué? Porque al final, cuando hablamos de espacio, como reconoce Cazaban, hablamos de estructuras, de repeticiones y de simetrías. Y eso es precisamente lo que la memoria fija (aunque de manera no muy fiable). Creo que nos hallamos ante una trampa tendida por la costumbre de escribir la música. Incluso lingüísticamente componer equivale hoy día a escribir música perdiendo de vista que la escritura musical es una manera de fijar los comporta-

Viene de la página anterior



PEDRO GRIFOL

mientos sonoros, pero ni mucho menos es la música misma que sólo existe realmente mientras suena. Las estructuras «fuera del tiempo» son estructuras escritas, no sólo en el acto sonoro.

En realidad, la función espacial en la música tiene una orientación predictiva, el espacio se manifiesta como secuencia y como límite. En un libro también bastante reciente sobre el estilo musical, que tiene tanta calidad como peligro involutivo implica su pensamiento, el musicólogo norteamericano Leonard Meyer afirma que «hay significación musical cuando un acontecimiento musical hace esperar otro dentro de un estilo determinado». Hay aquí una justificación, que es también explicación, de las formas clásicas y románticas (que son en realidad las únicas que Meyer comprende y probablemente que gusta). Significación que en este contexto equivale a espacio. No en vano Cazaban afirma en varias ocasiones que la música repetitiva americana, que él, con buen criterio, sitúa como paradigma en la de Philip Glass, es un intento de reintroducir un elemento predominantemente espacial tras la temporalización de la música anterior, tan diversa en acontecimientos. Afirma también reiteradamente que no se trata de una música neotonal aunque use acordes perfectos. Ahí no le sigo del todo, porque si bien es cierto que la gran música tonal es casi por definición funcional, el uso de su léxico, aunque sea desfuncionalizado, de lo único que habla es de un empleo elemental y hasta chapucero de la tonalidad pero no implica que no sea tonal. Puede ser tonal de baja calidad, pero eso es, seguramente, otro asunto.

Hay un elemento que Cazaban trata poco, aunque con un magnífico criterio, que permite eludir muchas de las elucubraciones espaciales y nos sumerge en un mundo azaroso pero estimulante de temporalidad: el timbre. En realidad, este elemento, cada vez más importante desde principios del siglo XX, tiene como característica principal según nuestro autor, y estoy plenamente con él, el no poseer intervalos mensurables. Es decir, no hay ninguna gradación de timbres como la hay entre las notas, entre los ritmos y hasta entre las dinámicas. El timbre es así un elemento no sistematizable o, por lo menos, no con los mis-

mos criterios que los demás parámetros musicales. Hasta ahora, y por muchos estudios que sobre él hayan realizado la electrónica, la física y, por supuesto, los compositores, el timbre es un material sonoro que hay que tratar empíricamente. Ocurre que ha acabado por obtener una preponderancia grande en el terreno de la creación de estructuras, es decir, en el aspecto de la función lógica del espacio, pero como resulta que es imprevisible, introduce una nueva dimensión temporal que se va realimentando.

Dimensión temporal de la música

Podría decirse que, según el libro que comentamos, la dimensión temporal de la música la da la proliferación de acontecimientos y su impredecibilidad, mientras que repetición, estructuras y simetrías son espaciales. Ocurre que, según piensan algunos compositores, entre los que yo mismo me cuento, en la música los elementos del contenido y de la forma son los mismos y que ambos conceptos tienden a coincidir si es que no son directamente lo mismo. En realidad, el verdadero rasgo genial de la obra de Cazaban es identificar el espacio como una especie de semántica musical y, sobre todo, postular como necesaria la conjunción contradictoria de ambas funciones. Otro logro verdaderamente interesante es la constatación no sólo de la relación de las funciones sino de cómo éstas acababan teniendo un influjo no sólo entre sí, sino sobre el universo estético de la obra musical, pues no debemos perder de vista que de lo que realmente estamos hablando es de un libro sobre estética, musical, desde luego, pero sobre esa materia y no sobre otra cualquiera.

Cazaban concluye que a causa del espacio, el tiempo estético difiere del tiempo mecánico y del tiempo psicológico. En cuanto a lo primero no tengo nada que oponer, sobre lo segundo sí podría apostillar algo pero nos llevaría muy lejos del objeto de este artículo que no es otro que glosar un libro muy concreto. Seguramente mi concepto de tiempo psicológico musical, que yo no sabría separar bien del tiempo estético, difiere del de nuestro au-

tor, pero ello no tiene ahora mayor importancia en la significación de un libro que es de los más lúcidos ensayos jamás escritos sobre las cuestiones del tiempo y el espacio desde el interior de la música misma y no de sus aspectos exteriores. Por eso me parece bien que no malgaste tiempo en las consideraciones espaciales (que lo son, aunque aparentemente pudieran creerse temporales) del ritmo que es a estos efectos un elemento exterior. Sí, en cambio, dedica alguna atención a las concepciones instantaneas de John Cage a las que, en alguna ocasión, acerca hasta músicas tan antagónicas de él como puedan ser las de Xenakis. La razón está en que la música de Cage se desliga del tiempo porque se desliga de la continuidad, y en ese sentido, y creo que sólo en ese, podríamos conectarlo con los esfuerzos por musicar «fuera del tiempo» del grecofrancés. Pero está claro que la posición cagiana, por interesante que pueda ser en otro contexto filosófico, tiene poca cabida en lo que Cazaban analiza.

El tiempo es en este ensayo diversificación mientras que el espacio es identificación. Esto no está mal visto a condición de no exagerar. Recabar para la función espacial todo lo que es estructura y, por consiguiente forma, es negar al tiempo su función formal que, a mi juicio, existe. Para ello tendríamos un buen aliado en el timbre y todo lo que anteriormente he dicho sobre él, un elemento temporal que juega un papel de primer orden en los conceptos estructurales de la música de los tiempos presentes. En realidad es el tiempo lo que acaba por aludir directamente a la

estética y precisamente por eso podemos afirmar como arriba que Cage se desliga del tiempo, porque él acaba por negarle a la música toda dimensión estética o, más bien por no creer prácticamente en la existencia del hecho estético. Pero Cazaban cree en él, muchos otros también lo hacemos, y por eso surge este libro.

Más allá de su dependencia del sistema lógico de Lupasco, que implica también una cierta dependencia de su estética y hasta de su ontología, el presente libro es muy útil para comprender mucho sobre esos dos elementos, que muy posiblemente sean dos caras de la misma cosa, y que se han convertido en las bases reales y prácticamente únicas de la composición musical. Tiempo y espacio acaban por ser el contenido de la misma estructura que entre ambos crean. Y eso es precisamente la forma, que equivale a su significado, de la obra musical.

En el primer acto del *Parsifal*, de Wagner, el caballero Gurnemanz, que no desperdicia momento para alligir con largas parrafadas al protagonista de la historia, le dice: «Du siehst, mein Sohn, zum Raum wird hier die Zeit» («¡Ves, hijo mío, cómo aquí el tiempo se convierte en espacio»). Ignoro si Wagner estaba queriéndonos dar una definición de la música, más aún, de la forma musical. Sospecho que no y que la expresión tiene más que ver con el sentido místico (o místicoide) de la obra. Pero, queriéndolo o no, nos ofreció una magnífica definición de la música y de la realidad de las dos funciones lógicas que se estudian en el libro que hemos glosado. □

RESUMEN

Aunque piense Tomás Marco que su concepto de tiempo psicológico musical difiere del de Costin Cazaban, el autor del ensayo que comenta, considera que éste es uno de los textos más lúcidos jamás escritos sobre las cuestiones del tiempo y del espacio desde el interior de la música misma y no de sus aspectos exteriores. El li-

bro de Cazaban es muy útil para comprender mucho sobre esos dos elementos que quizás sean las dos caras de la misma cosa y que se han convertido en las bases reales y prácticamente únicas de la composición musical. A su juicio, tiempo y espacio son el contenido de la misma estructura que entre ambos crean.

Costin Cazaban

Temps musical / espace musical comme fonctions logiques

L'Harmattan, París, 2000. 264 páginas. 160 francos. ISBN: 2-7384-9383-1

Psicohistoria de los Austrias españoles

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de la Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

Estamos ante un libro que a muchos parecerá sorprendente. Es un conjunto de estudios psicobiográficos que no se atiene a los contenidos habituales de la biografía clásica, sino que trata de penetrar en la explicación de los comportamientos y no en el relato o interpretación de los sucesos en los que fueron protagonistas los biografiados. Por decirlo con palabras del autor, se trata de indagar en la «personalidad». El psicohistoriador no ha de valorar al personaje en cuanto gobernante, aunque el estudio de la personalidad permita entender mejor la conducta del gobernante.

El autor, académico de la Real de Medicina y catedrático emérito de la Universidad Complutense, ha publicado obras importantes de su disciplina, como *Fundamentos de la psiquiatría actual* y algunos trabajos de interpretación psicohistórica sobre Kafka o Goya.

Psicohistoria y biografía

La biografía como género histórico decayó al mediar el siglo XX, desplazando el interés de los historiadores a estudiar los llamados «sujetos colectivos» que reclamaban las tendencias historiográficas en boga en aquel tiempo. En esa época otoñal en Europa, todavía España produjo dos historiadores cuyos magistrales trabajos conservan hoy toda su frescura: el estudio sobre Cambó de don Jesús Pabón, modelo de estudio biográfico político sobre Cambó que ha sido objeto muy recientemente de una nueva edición, y los grandes estudios de don Gregorio Marañón sobre el Conde-duque de Olivares y sobre Antonio Pérez. El doctor Marañón como médico internista y endocrinólogo supo adentrarse en el estudio de la personalidad de sus biografiados, aplicando su ciencia y su experiencia médica a la interpretación de los personajes históricos, a los que despojaba de los atributos arcangélicos o demoníacos que apologistas o detractores atribuían, para reducirlos al nivel de lo simplemente humano.

Hoy en día el cultivo del género literario de la biografía clásica está de nuevo en alza entre los historiadores, recuperando el papel que en la historia desempeñan los protagonistas individuales. Pero, he aquí que emerge con paralelo empuje lo que algunos llaman «nueva historia parahistórica» de la psicohistoria, que parte de considerar la dimensión biográfica de los estudios de la psiquiatría. El doctor Alonso-Fernández es uno de los más atentos cultivadores españoles, que conjugan a la vez los saberes médicos e históricos para avanzar en esa ciencia cuyo objeto es comprender el comportamiento de los hombres singulares del pasado y extrayendo de las ciencias psíquicas un método que había que aplicar al personaje histórico. No es una tarea fácil para acertar en la interpretación. Porque si no es fácil interpretar la red de conexiones de sentido que envuelven el comportamiento de los hombres vivos, a los que podemos ver y con los que podemos hablar, menos fácil resulta encaramos con los personajes de otros tiempos, de los que tenemos informaciones menos precisas y hasta contradictorias.

Las fuentes de esta nueva ciencia, o si se quiere de este nuevo género psicohistórico-



FUENCISLA DEL AMO

biográfico, están en los documentos y toda clase de testimonios directos, y la primera cualidad del psicohistoriador será decantar con rigor y precisión los datos que puedan servir de base a la investigación sobre el sujeto biografiado. Pero también será preciso dominar el contexto histórico-cultural del tiempo en que el biografiado vivió, para que los datos del individuo adquieran su exacta valoración.

Una reina loca

Este libro comienza con el estudio de la reina Juana «la Loca», que por su matrimonio con Felipe de Habsburgo fue madre del primer rey español de la Casa de Austria. Algunos biógrafos han querido ver en la enfermedad y reclusión de Juana un instrumento manejado políticamente. Otros reducen la locura a una «locura de amor». Pero nuestro autor hace un seguimiento clínico de todos los datos disponibles, que en este caso son muchos e incontrovertibles.

No es preciso descargar la explicación sobre la herencia genética de su abuela portuguesa. En su infancia se reveló como una niña normal, aplicada en los estudios, que tocaba el espinete y que mereció los elogios de Erasmo. Era la joven realmente bella y her-

mosa que pintó Juan de Flandes. Los trastornos empezaron en lo que el doctor Alonso-Fernández llama una esquizofrenia nupcial. Los hechos son de sobra conocidos. El estadio inicial de la enfermedad revela lo que clínicamente se llama «delirio de celos». Una sintomatología paranoide se acentuará con los primeros postpartos. El curso clínico de su enfermedad acusa un grave empeoramiento en 1503, cuando se ve separada de su marido y de sus hijos, mientras viaja a Castilla para ser reconocida princesa de Asturias.

Es entonces cuando ocurre aquel terrible enfrentamiento con su madre en Medina del Campo. Éstas y otras reacciones incongruentes las considera el autor manifestaciones de un «delirio de persecución». La secuencia celómana más violenta ocurrió en su regreso a Bruselas, cuando agredió e hirió con unas tijeras a una dama de la Corte, a la que suponía ser amante de su marido. De este modo sigue el autor paso a paso la sintomatología de la enfermedad y es quien más datos precisos ha tenido en cuenta. Durante los diez años de matrimonio la sintomatología delirante paranoide se solapaba con síntomas psicomotores catatónicos. Cuando falleció Felipe aparece su conducta necrófila por creer que su marido no estaba muerto, sino embrujado y que reviviría. Sólo cinco años

más tarde, cuando había perdido el recuerdo de su marido, pudo ser trasladado el cadáver de Tordesillas a Granada. El confinamiento en Tordesillas agravó el proceso psicótico. El autor recuerda que en Valencia, en 1410, a iniciativa del religioso mercedario padre Gilbert Jofre, se creó el primer hospital psiquiátrico del mundo, y que a lo largo del siglo XV se crearon hospitales análogos en Zaragoza, Sevilla, Valladolid y otras ciudades, y lamenta que Juana no hubiera sido internada en alguno de ellos. El cuadro psicopatológico lo resume así: psicosis esquizofrénica de tipo catatónico-paranoide, «cuadro clínico que presentó una intensa movilización polimorfa de síntomas a lo largo del curso», hasta que falleció a los 75 años de edad y que presentó grandes fluctuaciones con intervalos de lucidez y episodios depresivos, propios de «una psicosis mixta adscrita a los trastornos esquizofrénicos». La organización defectuosa de su personalidad pudo potenciar los influjos genéticos morbosos acrecentando la vulnerabilidad individual. Y la corona familiar de personajes que el autor recuerda es verdaderamente impresionante.

Un padre depresivo y un hijo «empadrado»

La historia clínica de Carlos V se inicia con las microlesiones del sistema nervioso ocasionadas al nacer por un parto rapidísimo, que en una primera fase le produjeron algunas crisis epilépticas luego desaparecidas. La interrupción de su matrimonio feliz al fallecer su esposa le produjo una primera crisis depresiva. Pero fue en 1553, después de la traición de Mauricio de Sajonia y del fracaso militar en el sitio de Metz, cuando entró en un fuerte estado depresivo. Su idea imperial, con el alto sentido de sus obligaciones y responsabilidades, le había llevado a la guerra contra Francia y contra los turcos. El problema luterano se complicó con la política de los príncipes territoriales que impidió reformar el gobierno del Imperio para hacer de él una monarquía moderna. De varias maneras sucesivas quiso hacer frente a ese problema (edicto de Worms, imposición legal, diálogo con los luteranos, apelación al Concilio y, finalmente, la guerra). Pero en 1553 no había vencido ni a los franceses ni a los turcos, y había fracasado con los protestantes. No tiene nada de extraño que cayera en un estado depresivo, sólo aliviado por el matrimonio de su hijo Felipe con María Tudor. Pero tampoco este matrimonio dio los frutos apetecidos y es entonces cuando, acosado además por la gota, se manifestó en él un sentimiento de culpabilidad depresivo, con una sintomatología compleja en las cuatro dimensiones de esa enfermedad. Las extensas explicaciones del doctor Alonso-Fernández se leen con interés porque descubren algunos velos para contemplar con mejor luz el fondo del alma de Carlos V, y se comprenden mejor sus comportamientos coherentes a veces en lo que parecen sus contradicciones. El estado depresivo y el sentimiento de autoculpabilidad por haber sido débil con los protestantes y haber consentido su expansión es el final. El retiro a Yuste le parece al autor una «autoinmolación», una especie de suicidio espiritual y civil. Pero al buscar el retiro con los frailes jerónimos, sus compañeros de oración, parece demasiado rotundo imputarle «remordimientos delirantes». No sólo le acompañaban en Yuste los frailes, sino también la colección de relojes, los instrumentos geométricos, los mapas. Sorprendentes compañeros para mitigar unos remordimientos delirantes.

El Estado depresivo final impactó fuertemente en su hijo Felipe II. Ya el doctor Ma-



Viene de la página anterior



FUENCISLA DELAMO

raón había dibujado el perfil psicótico del rey Felipe: un tímido con inmenso poder y exacerbado sentido de la responsabilidad. Lo que algunos contemporáneos e historiadores estimaron como «prudencia» era más bien la indecisión del tímido. La táctica de desconcertar a los interlocutores (el famoso «so-segaos») era un modo de preservarse de los otros. La aplicación desmesurada al trabajo no era sino efecto de la desconfianza hacia los demás.

Pero el doctor Alonso-Fernández introduce muchos matices en la compleja personalidad del hijo de Carlos V, complejidad que constituye uno de los desafíos más comprometidos de los estudios de psicohistoria.

Las anomalías de la personalidad obsesivo-compulsivas de Felipe II explican muchos errores cometidos y también algunos rasgos de su carácter, como el perfeccionismo o la falta de flexibilidad. La personalidad anancástica del rey se desarrolló a partir de la severidad de su educación y de la prematura iniciación como gobernante a los 15 años. La dinámica personal muestra pocos cambios desde los 20 años, por lo que el estudio psico-biográfico puede seguir el perfil transversal sincrónico, a diferencia del perfil longitudinal o diacrónico de su padre. Los rasgos obsesivos aparecen, según el autor, en los cinco exponentes básicos de su identidad personal: la intimidad, la interacción con los demás, el manejo de los utensilios, la distribución del espacio y la organización del tiempo. El seguimiento de este perfil es quizás la parte más penetrante del trabajo. De estos rasgos obsesivos nunca se pudo librar. Por otra parte, el padre y el hijo eran personalidades antagónicas que sólo coincidieron en su pasión religiosa.

Los comportamientos de Felipe II en los temas de sexualidad y de la violencia fueron los «secretos» que el rey trató de guardar mejor. Los excesos eróticos podía reconocerlos como pecado, pero los comportamientos crueles o criminales por razones de Estado no le producían remordimiento. Su desenvoltura con las mujeres flamencas o su conducta licenciosa con Inglaterra sorprende en una personalidad tímida y contrasta con su inhibición ante hombres de alcurnia. Al tratar inevi-

tablemente el caso del príncipe don Carlos, un psicópata grave, de quien el doctor Alonso-Fernández hace un estudio riguroso, libra al rey de todas las interpretaciones de la leyenda negra.

Los Austrias menores

Felipe II murió sabiendo las limitaciones de su sucesor. Enfermizo desde niño Felipe III, y con evidentes muestras de debilidad física y mediocridad mental, son datos que reflejaban ya la alta dosis de consanguinidad que se manifestaban en sus rasgos físicos, y que sitúa a Felipe III casi en los umbrales de la oligofrenia, lo que le hacía fácil para ser manipulado por otras personas. Su comportamiento abúlico era propicio a caer en la superchería y sortilegios, a despecho de su sincera religiosidad. El autor nos remite al retrato literario que hizo Quevedo del rey. Siempre fue un niño grande, el gran perezoso, pereza que se reforzaba con la ludopatía adictiva a los naipes. Al final de su no muy larga vida (murió a los 42 años) cayó en un estado melancólico.

Felipe IV no es precisamente abúlico como su padre, no sufre la parálisis de la voluntad, según entiende el autor rectificando a Marañón. Opina que las dos claves de Felipe IV, presentes casi siempre en su vida, son la sexoadicción a las mujeres y la dependencia o subordinación a otra persona, características de una personalidad inmadura, inmadurez adquirida a través de los influjos ambientales.

La estructura básica de su personalidad estaba compuesta por factores genéticos hereditarios, acumulados por la consanguinidad, pero el «empeoramiento hereditario progresivo es una hipótesis excluida de la ciencia», según afirma el doctor Alonso-Fernández.

Sobre la plataforma hereditaria se superpone el estrato superior adquirido a lo largo de la vida, y los trastornos de Felipe IV corresponden más a los estratos adquiridos que simplemente a la herencia biológica. Ésta es la originalidad mayor del dictamen psicohistórico del autor. Es muy ilustrativo el

contraste del rey con su hermano el Cardenal-Infante don Fernando.

La sexoadicción de Felipe IV le proporcionó entre treinta y dos y cuarenta hijos bastardos, de los cuales uno fue reconocido, don Juan José de Austria. Del primer matrimonio tuvo seis hijas (de las que sobrevivió María Teresa, futura esposa de Luis XIV) y el príncipe Baltasar Carlos, muerto en su primera juventud. De los seis hijos del segundo matrimonio con Mariana de Austria sólo sobrevivió la infanta Margarita María (la de «Las Meninas» de Velázquez) y el desgraciado Carlos II. ¿Se pueden contrastar los efectos de consanguinidad en las descendencias legítimas e ilegítimas? Probablemente faltarán datos seguros probatorios.

Felipe IV tuvo también algunos episodios depresivos, que no faltó quien los interpretaba como causados por hechizos. Pero uno de esos episodios depresivos, acompañado de sentimiento de culpabilidad, con el añadido de la presión de dos mujeres que ejercían sobre él gran influencia, provocó la caída de Olivares. Además de la reina Mariana, cuya relación afectiva amorosa con el rey era evidente, la influencia de la otra mujer, Sor María de Ágreda, se debía a motivos religiosos.

Por fin aborda el autor la personalidad de aquel despojo humano que fue Carlos II. Las profundas insuficiencias físicas y mentales del último Austria español se manifestaron desde el principio de su vida: catarros, diarreas, escaso desarrollo corporal

propio del raquitismo. Hasta los cuatro años se le mantuvo la lactancia y a esa edad no sabía andar. Hasta los quince años tuvo frecuentes episodios epilépticos. El autor compara el cuadro clínico de Carlos II con el del desgraciado don Carlos, el hijo de Felipe II, que ofrece algunas analogías aparentes, pero que difieren en aspectos fundamentales.

El envejecimiento prematuro le dio pronto el aspecto decrepito, que contrastaba con su mentalidad infantil. La iconografía del rey es un buen testimonio para su historial clínico. Desde los treinta años el proceso de senescencia se agudizó rápidamente, mientras le aplicaban purgas, sangrías y otros recursos médicos. La impotencia sexual hizo inútiles los dos matrimonios para tener descendencia, aunque es muy sabido el recurso a los hechizos para explicar la situación del rey.

El autor diagnostica el síndrome de Klinefelter, enfermedad en la que cuenta un cromosoma X supernumerario. Los factores de riesgo de esa enfermedad provienen en un 40 por ciento del padre y un 60 por ciento de la madre. La bárbara consanguinidad de los Austrias españoles multiplicaba los efectos cromosómicos. El desconocimiento de la genética (y no la preocupación por la pureza de la raza) indujo por motivos políticos a esos matrimonios consanguíneos.

El doctor Alonso-Fernández concluye con una pregunta que nada tiene que ver con la psicohistoria: ¿Cómo se las arregló España con un rey incapaz de gobernar? □

RESUMEN

El historiador Vicente Palacio Atard se ocupa de un libro que puede parecer sorprendente y que se aleja de los contenidos habituales de la biografía clásica para buscar la explicación de los comportamientos de los personajes biografiados, los reyes españoles de la Casa de Austria en este caso; más que los sucesos históricos

que aquellos monarcas protagonizaron importa indagar en la personalidad de cada uno de ellos. El autor de este ensayo, el doctor Alonso-Fernández, es uno de los más atentos cultivadores españoles que conjugan saberes médicos e históricos y el resultado más que con el género biográfico tiene que ver con la psicohistoria.

Francisco Alonso-Fernández

Historia personal de los Austrias españoles

Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000. 287 páginas. 2.280 pesetas. ISBN: 84-375-0494

Los usos de un diccionario electoral

Por Rafael López Pintor

Rafael López Pintor (Fernán-Núñez, Córdoba, 1942) es catedrático del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director del Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS, fundador de Demoscopia y consultor electoral de Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales en numerosos países. Es autor, entre otras obras, de *La opinión pública española del franquismo a la democracia*, *Votos contra balas* y *Electoral Management Bodies as Institutions of Governance*.

Acaba de aparecer la segunda edición, revisada y ampliada, del *Diccionario Electoral*, preparado y publicado por el Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH) y su Centro de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL) en San José de Costa Rica. La primera edición, pionera internacional en su género, es de 1989, año emblemático en la experiencia democrática mundial por acontecimientos diversos, muy especialmente la «caída del muro», el referéndum de independencia y elecciones en Namibia supervisadas por las Naciones Unidas, el fin de la guerra en Nicaragua y preparación de elecciones también en presencia de una misión ONU.

El Diccionario ilustra y refleja especialmente la problemática electoral del mundo iberoamericano (incluidos España y Portugal) y, en general, la cambiante realidad de las democracias emergentes al final de la guerra fría en el mundo. Ofrece un instrumento útil de consulta, me atrevería a decir de necesario uso para investigadores, estudiantes, profesionales de la administración electoral y la asistencia internacional así como de observadores electorales nacionales e internacionales. En especial será valorado por quienes se ocupan de elecciones —tanto su estudio como ejecución— con perspectiva internacional. La edición del Diccionario ha estado facilitada con el apoyo del Ministerio del Interior de España y la ayuda de la Agencia Española de Cooperación Internacional. Tanto por los autores como por el énfasis temático, se trata de un producto esencialmente iberoamericano y de recíproca complementariedad con su gemelo anglosajón *International Encyclopedia of Elections*, cuya primera edición

apareció el mismo año que la segunda del Diccionario, el 2000.

Odres nuevos para vinos jóvenes

Aunque los diccionarios temáticos y las enciclopedias gozan de una larga tradición, sin embargo en el ámbito electoral están conformando una nueva literatura, que se nutre y abriga en las corrientes de democratización universal del último cuarto del siglo XX, sobre todo su década final. Vienen a ayudar a satisfacer la creciente necesidad de conocer mejor y poder colaborar en la práctica electoral de las democracias emergentes. Se trata de problemas planteados ante las nuevas administraciones electorales ya sea por los actores políticos en liza (gobierno y oposición), ya por los agentes de la comunidad internacional (organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales de cooperación, asistencia técnica y observación electoral, países donantes, medios de comunicación) para no hablar ya de la clientela tradicional de la investigación electoral, la comunidad académica, que sin duda se halla también involucrada en el fenómeno abordado.

Enormes y sorprendentes han sido los cambios de las últimas décadas en materia democrática por todo el mundo, especialmente desde la emblemática caída del muro de Berlín en noviembre de 1989. Contándose el siglo XX entre los más cruentos de la historia, ha terminado bajo el impulso de la fortuna en una oleada de democratización sin precedentes con gobiernos popularmente elegidos en más de dos tercios de los estados nacionales. En 1974, cuando la «revolución de los claveles» de Portugal, sólo había 39 democracias en todo el mundo. A principios de 1996, veinte años después de la transición española, se habían celebrado elecciones competitivas en 117 países. En estos momentos existen alrededor de 150 democracias y apenas queda un 15% de países donde todavía no se han celebrado elecciones libres. Aun reconociendo que en muchos países la nueva democracia apenas trasciende la fase electoral y cabe incluso hablar de «seudodemocracias», es incuestionable que estamos ante una explosión de libertad sin precedentes; pudiéndose contar más éxitos que fracasos en la instauración de un régimen de

libertades y del estado de derecho.

La «tercera ola» democrática comenzó en el sur de Europa en los años setenta con la redemocratización de Grecia, Portugal y España —las dos oleadas anteriores a finales del XIX y después de la II Guerra Mundial— para arrastrar en los años ochenta a la mayor parte de los países latinoamericanos y algunos del Sudeste Asiático como Corea del Sur, Taiwan, Filipinas. En la década de 1990, tras la «caída del muro», la ola llega con intensidad diferente a Rusia, Europa del Este, Asia Central y Nórdica (Mongolia) y casi toda África. Hoy siguen debatiéndose en sus respectivas transiciones la mayor parte de los países de Asia Central y el Cáucaso; y otros como Tailandia, Sri Lanka, Malasia e Indonesia en Asia o como Nigeria, Zimbawé, Costa de Marfil y Liberia en África. En muchos países de América Latina y algunos del Este de Europa, Asia y África se trataba de recuperar la democracia perdida en anteriores crisis de régimen. Por el contrario, en la mayor parte del mundo la experiencia democrática exhibe su primera edición.

El Diccionario responde a una demanda suscitada por las nuevas realidades. Hasta época reciente la investigación académico-científica de las elecciones estuvo limitada a dos áreas. Por una parte, el comportamiento de los votantes (nivel de participación y distribución del voto) viene siendo estudiado desde los años 40 en los Estados Unidos y más tarde en Europa, con la excepción temprana de André Siegfried y su «geografía electoral» en Francia. Por otra parte, desde los años 60 sobre todo, se estudian los sistemas electorales entendidos como reglas del juego por las que se convierten los votos en escaños o posiciones institucionalizadas de poder; más concretamente se han investigado los efectos de las diferentes fórmulas electorales (representación proporcional o mayoritaria) sobre el sistema de partidos, el grado de representación política y la formación de mayorías. Sólo muy recientemente se está abriendo la puerta académica a una nueva problemática: en realidad, antigua pero con nuevas y masivas manifestaciones. Tal es la relativa a organización y gestión de las elecciones mismas, sobre todo pero no exclusivamente en las democracias emergentes. Los sucesos de las últimas elecciones presidenciales en los Estados Unidos han puesto de manifiesto que la importancia de tal realidad no es fenóme-

no nuevo, sino que tan sólo había dejado de ser apreciada, en la medida en que no se presentaban crisis políticas de grandes proporciones a partir de los resultados electorales. En las democracias antiguas, los comportamientos rutinizados de los votantes y las silenciosas maquinarias de las administraciones electorales, protegidos por la libertad de prensa y la pluralidad de partidos, habían hecho olvidar que el ejercicio del derecho al voto demanda en todas partes un esfuerzo titánico y altamente sincronizado de una masa de funcionarios y de personal político voluntario, sin cuya solvencia técnica y ética se pone en peligro el edificio entero del régimen democrático.

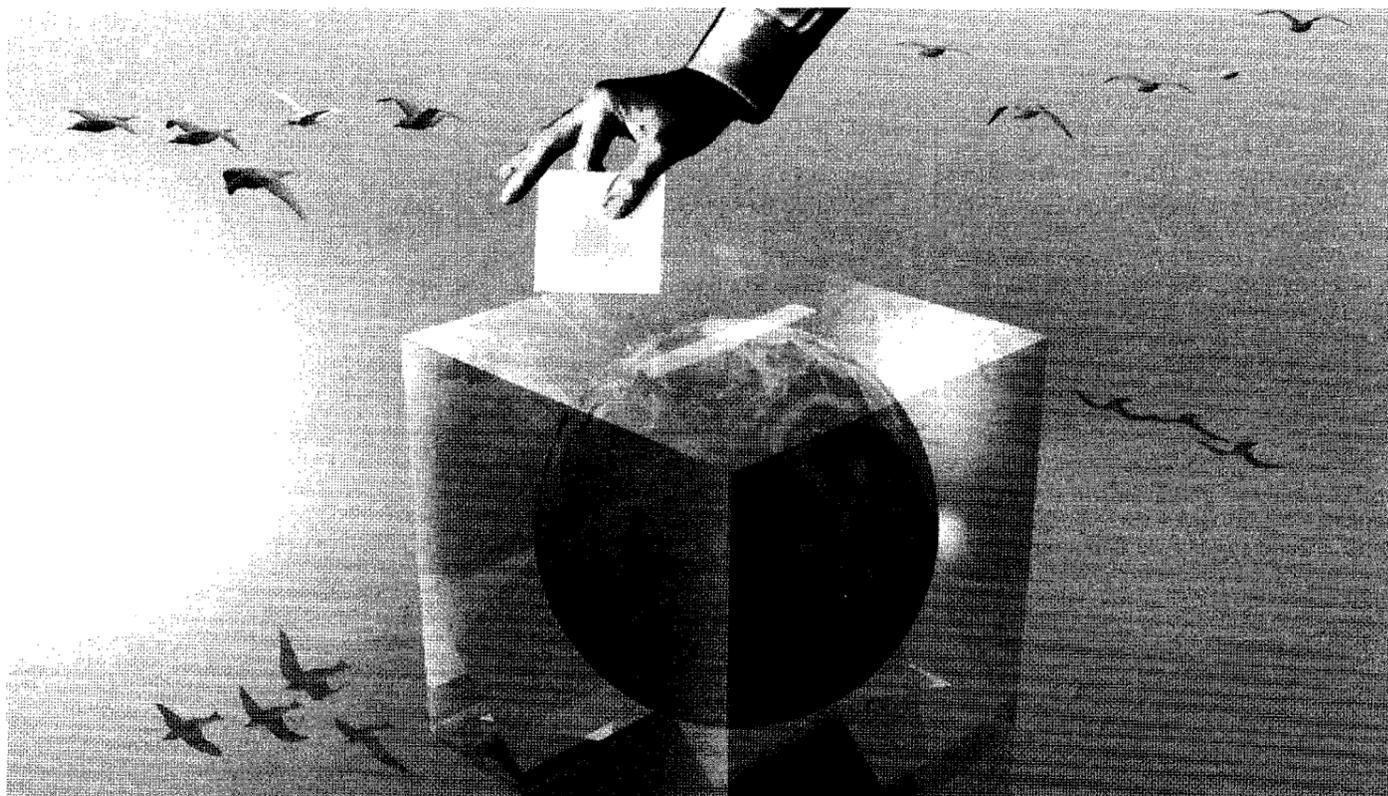
El *Diccionario Electoral* incorpora las nuevas realidades al acervo tradicional de conocimientos técnico-científicos en la materia. La investigación básica y publicación del Diccionario es resultado del esfuerzo conjunto del IIDH y la Agencia Española de Cooperación Internacional. Este último aspecto debe resaltarse por cuanto se trata de una de las no demasiado numerosas acciones de cooperación internacional de España en materia de democratización. Hablando siempre, claro está, en términos relativos o de comparación con el rol de otros países tanto más potentes que España (EE UU), de parecido nivel (Canadá) o de menor potencia (Suecia). La dirección académica es el producto de un convenio de cooperación entre el IIDH y la Universidad de Costa Rica.

La producción del Diccionario se hizo en varias etapas. Se estableció un comité editorial formado por diez expertos de distintos países, España incluida, y diferente afiliación institucional: autoridades electorales, académicos y profesionales de las elecciones. Este equipo internacional llevó a cabo una evaluación de la primera edición del Diccionario con el fin de determinar qué voces debían ser actualizadas y qué otras incorporadas «ex novo» como consecuencia de los cambios ocurridos en los últimos años. Como consecuencia de esta evaluación se decidió que 86 vocablos fueran reelaborados, 18 permanecieran intactos y fueran incorporados unos 49 vocablos nuevos. En general, la reelaboración fue realizada por los mismos autores de la anterior versión. En una segunda etapa, el comité editorial llevó a cabo una revisión de los textos producidos, como es habitual en este tipo de trabajo, a fin de asegurar la simetría formal de los textos y minimizar en lo posible las duplicidades o repeticiones en el tratamiento de las diferentes voces.

Autores de 22 países y media docena de profesiones

Un total de 97 autores de 22 países participaron en el tratamiento de las 145 voces del Diccionario. Aparte de los orígenes nacionales, la «radiografía» del conjunto de autores muestra una gran variedad de actividades profesionales y afiliaciones institucionales: juristas, historiadores, politólogos, magistrados de tribunales y comisiones electorales y expertos de agencias nacionales e internacionales de asistencia y observación electoral. Tan variado plantel indica en cierto modo por sí mismo los posibles usos del Diccionario; una herramienta de consulta no sólo para el estudioso, sino para el agente de intervención social electoral.

Por países de origen, la mayoría de los autores proceden del mundo iberoamericano, con mayor frecuencia de Costa Rica, la cuna del Diccionario (12); España, país patrocinador (10); Argentina, Colombia, México y Perú (8 cada uno); Chile y Uruguay (6 cada uno); Gua-



ÁLVARO SÁNCHEZ



Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

temala y Venezuela (5 cada uno); otros diez países, incluidos dos participantes de Brasil, uno de Portugal y otros dos de países no iberoamericanos. La contribución española incluye a la mayor parte de los investigadores en el ámbito del Derecho y la Ciencia Política, que se han ocupado de elecciones en Latinoamérica en las últimas décadas (Alcántara, Aragón, Alcubilla, Fernández Segado, González Hernández, Gutiérrez Casillas, López Guerra, López Pintor, Ruiz Navarro) y al principal representante de la administración electoral española (Félix Marín). Los autores no iberoamericanos ni españoles son Dieter Nohlen de la Universidad de Heidelberg y una larguísima trayectoria investigadora y académica en España e Hispanoamérica, sobre todo en el campo de los sistemas electorales; y el ya fallecido Ciffton White, fundador y primer presidente de la Fundación Internacional para los Sistemas Electorales (IFES) cuyo centro de documentación en Washington lleva su nombre.

Esta mezcla de personal académico y de la práctica profesional da una calidad especial al diccionario por sus contenidos teóricos y la aplicabilidad de los conceptos. Resulta hasta cierto punto admirable la combinación de tal variedad de experiencias y perspectivas. De especial interés me parece la contribución, junto al personal académico, por parte de magistrados electorales en ejercicio de más de ocho países, algunos de ellos con situaciones político-electorales difíciles y complejas (v.g. Chile, Colombia, México o Perú). Por otra parte, no han faltado las aportaciones de experimentados profesionales en la gestión internacional electoral por parte de las Naciones Unidas (v.gr. Horacio Boneo) o CAPEL (Luis A. Cordero), la agencia de asistencia internacional del propio IIDH; así como del mundo de las asociaciones de la sociedad civil especializadas en seguimiento electoral (v.gr. Mónica Jiménez, de Chile).

La participación femenina en el conjunto de autores no es desdeñable (10%), habida cuenta de la tradicional masculinidad profesional del mundo jurídico y político, en general y en Iberoamérica, así como la novedad del campo de la asistencia electoral internacional, donde las mujeres se han ido incorporando como observadoras en mucho mayor proporción que como expertas y gestoras internacionales. De las nueve coautoras del Diccionario, la mayor parte de ellas juristas, tres son argentinas, dos costarricenses, una chi-

lena, una brasileña, una hondureña y una dominicana.

Las diferentes voces del concierto electoral

El Diccionario contiene 145 voces, abriéndose con «abstencionismo electoral» y cerrándose con «voto en el extranjero». Se dice en la introducción que el Diccionario en su segunda edición responde a una nueva realidad histórica en que la dinámica social y política mundial ha generado innumerables cambios jurídicos, administrativos y organizativos en el funcionamiento político de numerosos países. Tanto los marcos jurídicos como administrativos de los procesos electorales poseen características que recogen todo un nuevo modo de administrar elecciones. Consecuentemente nuevos conceptos han sido incorporados al léxico de la administración electoral.

Sólo la mención de algunas de las voces del Diccionario da idea de la medida en que éste recoge las nuevas realidades electorales de la época. He aquí una muestra:

Administración electoral
Asistencia electoral internacional
Asociaciones de funcionarios electorales
Auditoría electoral
Calidad de la democracia
Consolidación de la democracia
Corrupción electoral
Corrupción política
Defensoría del pueblo
Delitos electorales
Educación electoral
Encuestas electorales
Financiación de los procesos electorales
Financiación de los partidos políticos
Fraude electoral
Funcionarios electorales
Faltas electorales (irregularidades)
Informática electoral
Justicia electoral
Nulidad de elecciones
Observación internacional de elecciones
Observación nacional de elecciones
Proceso electoral
Registro electoral
Transición a la democracia
Volatilidad
Voto en el extranjero

Por tratarse de un fenómeno con rasgos

muy novedosos en las democracias emergentes, reproduzco un par de párrafos de la voz «administración electoral», un tema sobre el que, por encargo de Naciones Unidas, he sido autor del primer libro que se publica: «Aunque no hay dos países con el mismo tipo de administración electoral [véase el cuadro incluido en esta misma página], los organismos electorales pueden clasificarse en cinco categorías según su relación y grado de dependencia institucional del poder ejecutivo. Por orden de frecuencia, primero están las comisiones o tribunales electorales, independientes del ejecutivo y con plena responsabilidad sobre dirección y gestión del proceso electoral... éste es el caso más común en las nuevas democracias y desde antiguo en América Latina. Una variante del modelo anterior incluye diferentes órganos, separados entre sí e independientes del poder ejecutivo. Normalmente se trata de dos instituciones electorales, una encargada de la administración de las elecciones y la otra con competencias reguladoras, de supervisión y judiciales. Tal es el caso de países como Barbados, Chile, Co-

lombia, Perú, Botswana y Mozambique. La tercera categoría, aunque segunda en número de casos, abarca los casos donde las elecciones están organizadas por el gobierno (Ministerio del Interior o equivalente), aunque bajo supervisión de un órgano colegiado integrado por jueces u otros miembros de las profesiones jurídicas, representantes de los partidos políticos, o una mezcla de ambos, con ciertas competencias reguladoras, de supervisión y judiciales. Es el denominado 'modelo francés', vigente en media Europa Occidental y parte del Este, muchos países del África sobre todo francófona, y en algunos países de otras regiones del mundo (Argentina, Japón, Nueva Zelanda, Turquía, Israel). En el caso de Francia misma, las elecciones las organiza el Ministerio del Interior, pero son supervisadas por el Consejo Constitucional y el Consejo de Estado, según el tipo de elección de que se trate. En España, la actuación del Ministerio del Interior es supervisada por la Junta Electoral Central en el ámbito nacional, un órgano



Diferentes modelos de administración electoral por región del mundo (porcentajes)

Modelo Institucional	Región del mundo						TOTAL (%)	Número de casos de cada modelo institucional
	Norte América y Europa Occid. (%)	América Latina y Caribe (%)	Asia y Pacífico (%)	Oriente Medio y Magreb (%)	Europa Central y Este (%)	África Subsahariana (%)		
El Gobierno hace las elecciones	43	12	30	45	-	8	20	29
Gobierno bajo un organismo supervisor	43	18	7	33	33	39	27	40
Comisión electoral independiente	14	70	63	22	67	53	53	79
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	
Número de casos por región	21	34	30	9	18	36	148	148

Fuente: Adaptación de Rafael López Pintor, Electoral Management Bodies as Institutions of Governance. Nueva York: PNUD, 2000, p. 25.

Viene de la página anterior



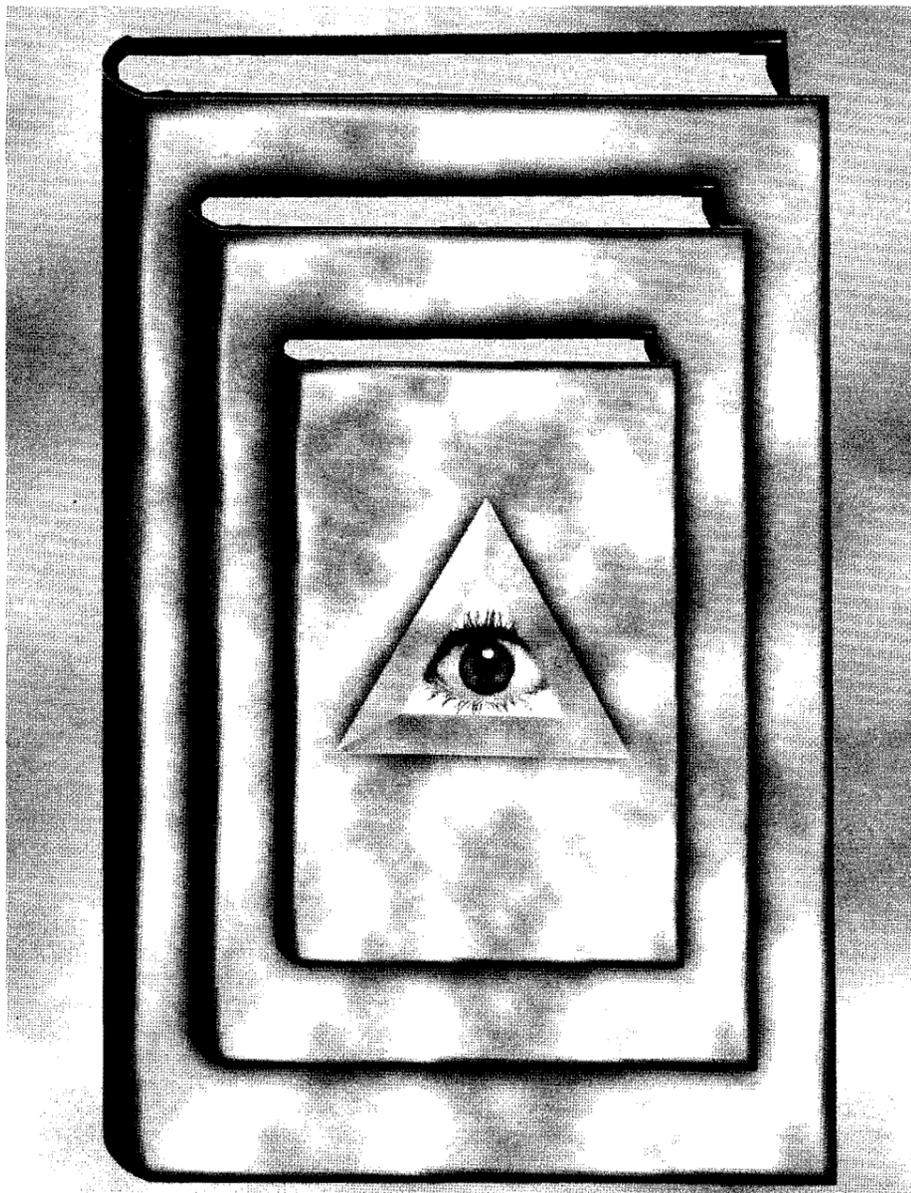
Los usos de un diccionario electoral

permanente ligado al Parlamento, y por juntas provinciales y municipales en ámbitos inferiores. En un cuarto grupo están los países donde la gestión electoral corre exclusivamente a cargo del gobierno. Tal es el caso en la otra mitad de Europa Occidental y en un cierto número de países del Caribe, Asia del Sur y el Pacífico, África y Oriente Medio. Finalmente, en un quinto grupo de países las elecciones se realizan bajo un sistema de administración fuertemente descentralizado, bajo la limitada coordinación o supervisión de alguna entidad nacional, que puede ser independiente del gobierno (Elecciones Canadá, La Comisión Federal Electoral en los Estados Unidos), forma parte del poder ejecutivo (Cancillería Federal en Suiza, Comisión Federal en Alemania) o se trata de una asociación profesional de empleados electorales (Reino Unido, Irlanda). El cuadro adjunto resume una estadística sobre el particular, con 148 países, elaborada por encargo del PNUD. Por razones de claridad interpretativa, las cinco categorías anteriores se han reducido a tres modelos básicos. De un lado, se incluyen como un sólo modelo los países regidos por una comisión electoral y los que tienen varios organismos electorales independientes. Por otra, Estados Unidos, Reino Unido e Irlanda se han agregado al grupo de países donde el gobierno se hace cargo de las elecciones bajo una autoridad supervisora exterior al mismo». (Nota de última hora: en el año 2001, Inglaterra y Suecia acaban de establecer una Comisión Electoral Nacional.)

Valor añadido de la obra

Cabe preguntarse por la aportación de esta obra a la producción internacional en el campo electoral; sus méritos desde una perspectiva comparada; con qué otros productos de la nueva literatura electoral compite. La respuesta es decididamente positiva, pues ciertamente se trata de una herramienta difícilmente sustituible para quien tenga un interés comparativo internacional, más aún si incluye al mundo iberoamericano; con tan ilustrativas experiencias democratizadoras desde finales del XIX, incluidas algunas de las democracias más estables del mundo o cuyas crisis de régimen no han sido más severas que las de algunas de las democracias más antiguas del mundo noroccidental (Uruguay, Chile, Costa Rica).

En primer lugar hay que reconocerle al Diccionario un carácter pionero internacional con su primera edición de 1989; seis años anterior a la enciclopedia de Lipset y once a la de Rose, que describiré enseguida. Si bien estas dos últimas obras —ni más extensas ni completas que el Diccionario pese al título enciclopédico— responden a una llamada de la misma época y al hecho de que cada vez más gente se ve envuelta en procesos electorales ya sea como autoridades y funcionarios elec-



ÁLVARO SÁNCHEZ

torales ya como agencias de asistencia técnica, organizaciones internacionales de verificación, y, desde luego, como votantes.

La excepcional vitalidad del maestro norteamericano Lipset le ha permitido en su avanzada edad organizar un atractivo volumen sobre democracia y democratización bajo el ambicioso título de enciclopedia —Seymour M. Lipset (ed.). (1995). *The Encyclopedia of Democracy*. Londres: Routledge—. Sin embargo, el interés de esta obra en el campo específico electoral resulta muy limitado. De sus 422 voces solamente 14 se refieren a la práctica electoral y esto desde una perspectiva más bien clásica (v.gr. ciudadanía y derechos de los votantes, fórmulas electorales, candidatos, campañas electorales y educación ciudadana). El volumen recoge la experiencia democrática histórica básicamente desde tres ángulos: países y regiones del mundo, lí-

deres políticos más relevantes y grandes analistas de la democracia. Por otra parte, la inmensa mayoría de los autores son anglosajones con la excepción de cuatro hispanoamericanos, tres italianos y un español.

También en el mundo anglosajón, esta vez bajo la batuta de un británico y con un contenido exclusivamente electoral, se ha publicado una enciclopedia electoral el mismo año que el Diccionario de IIDH —Richard Rose (ed.). (2000). *International Encyclopedia of Elections*. Londres: McMillan—. Aunque el título también me parece un poco ambicioso, se trata de una obra rigurosa, comprensiva y bien sistematizada, conteniendo 147 voces entre las que se recogen las instituciones y problemas específicos de las democracias emergentes. Son 392 páginas de gran formato, comenzando por la voz «absentee voting» y terminando en «Women: Representation and Electoral Systems». La mayor parte de los problemas específicos de las nuevas administraciones electorales se encuentran allí recogidos, tales como registro de electores, financiación electoral, observación de elecciones o voto en el extranjero. Sin embargo, la mayor cantidad de información es relativa a las elecciones de las 10-15 democracias antiguas más estables, en mayor número dentro del mundo anglosajón. Y aparte de esto, no se recogen algunas de las más recientes experiencias de alcance internacional y a las que el Diccionario iberoamericano de IIDH da amplia acogida, tales como asistencia electoral internacional, auditoría electoral, justicia electoral y asociaciones de funcionarios electorales.

Frente a la compilación de Rose, el mayor valor del Diccionario no radica tanto en recoger voces que aquella no trata, sino en in-

roducir con detalle dentro de la problemática electoral la variada realidad del mundo iberoamericano, no obstante el alcance general de la obra. En este sentido, el Diccionario y la Enciclopedia constituyen productos complementarios —el primero abundando en el mundo iberoamericano, el segundo en el anglosajón—, si bien el uso de ambos por una misma persona requiere poder trabajar en inglés y español pues ninguno de ellos ha sido traducido todavía a la otra lengua. Agregaré aquí que para los lectores de habla hispana, la información disponible sobre normativa y administración electoral en el mundo latinoamericano resulta completísima si agregamos la todavía fresca compilación de Dieter Nohlen, Sonia Picado y Daniel Zovatto, *Tratado de derecho electoral comparado de América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 1998, 856 págs.).

Recomendaciones

Como producto de conjunto, el Diccionario recoge las nuevas realidades del mundo democrático, por una parte, y por otra ofrece un material de usos múltiples, sin descartar el estímulo a la investigación científica en el campo nuevo —por olvidado— de la administración electoral. Recomendable especialmente para los profesionales de las elecciones en ámbitos y niveles diferentes. Primero, los funcionarios electorales sobre todo de las nuevas democracias. Segundo, los profesionales de la asistencia electoral internacional y los observadores internacionales (procedentes especialmente de Naciones Unidas, OSCE, Unión Europea, OEA, Unión Interparlamentaria). Tercero, personas involucradas en proyectos de asistencia técnica, que pueden involucrar un componente electoral (diplomáticos, ONGs, funcionarios internacionales). Cuarto, los observadores voluntarios nacionales de la sociedad civil, que cada vez son más numerosos. Finalmente, los reporteros y columnistas atentos al fenómeno electoral en los medios de comunicación nacionales e internacionales.

En otro orden de cosas, aunque directamente vinculadas a los posibles usos, creo que el Diccionario merece ser traducido al inglés y la Enciclopedia al español. Tanto por su contenido general como iberoamericano, una traducción del Diccionario al inglés sería bienvenida por parte de tantos expertos alrededor del mundo, que dominan el inglés como lengua general, están interesados en el mundo de habla española y no necesariamente leen con soltura en nuestra lengua. En cuanto a traducción a otros idiomas, me parecen prioritarios el ruso y el francés, en este orden; tanto en razón de la frecuencia de transiciones a la democracia iniciadas y no consumadas, por un lado, como de la carencia de literatura adecuada para la práctica profesional y política por otro. En cuanto al mundo de la «francophonie», llama la atención el hecho de que los franceses no sean particularmente activos en la actividad electoral internacional y la producción escrita correspondiente. En cuanto al ruso, toda Europa Central y Asia Central atraviesan por transiciones políticas, con éxitos y fracasos, al régimen de libertades. □

En el próximo número

Artículos de Francisco López Estrada, Joaquín Vaquero Turcios, Juan Velarde Fuertes, José María Mato, Ramón Pascual y Patricio Peñalver Gómez.

RESUMEN

La publicación por parte del Instituto Interamericano de Derechos Humanos de la segunda edición ampliada del Diccionario Electoral (la primera y pionera es de 1989) ilustra y refleja la cambiante realidad de las democracias emergentes sobre todo con el final de la guerra fría, a la vez que ofrece un instrumento de consulta útil para investigadores, estudiantes, profesionales de la administración

electoral y la asistencia internacional, observadores electorales nacionales e internacionales y, en general, quienes trabajan en el ámbito electoral en perspectiva internacional. Para López Pintor, tanto por los autores como por el énfasis temático, se trata de un producto esencialmente iberoamericano y de recíproca complementariedad con su gemelo anglosajón International Encyclopedia of Elections.

AA. VV.

Diccionario Electoral

Instituto Interamericano de Derechos Humanos, San José de Costa Rica, 2000. 1.292 páginas, dos volúmenes. ISBN: 9968-778-63-X

La recepción crítica de Lope de Vega, hoy

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid; enseñó también en las de La Laguna y Sevilla, y en otras americanas. Es autor de estudios sobre la literatura medieval y de los Siglos de Oro en España, en especial sobre la literatura pastoril y morisca, y sobre la Utopía. Entre sus ediciones figuran Fuenteovejuna y El remedio en la desdicha de Lope de Vega. En la literatura moderna se ocupó de Bécquer, Rubén Darío y los hermanos Machado.

Abundaron en estos últimos tiempos los estudios sobre Calderón. Conferencias y cursos removieron la crítica sobre sus obras y su condición humana. Representaciones audaces suscitaban discusiones. Y los libros sobre don Pedro fueron creciendo. Son lecturas de diversa especie que habrá que ir asimilando y que en general afirman y matizan lo que más o menos sabíamos. Y frente a esta suma calderoniana me ha llegado la obra que comento, referente al otro autor, Lope de Vega, con el que se asocia en cualquier aspecto de la concepción y creación consecuente del teatro magistral de los Siglos de Oro. El libro de Enrique García Santo-Tomás me ha sorprendido porque pronto noté que se aparta de las líneas de la investigación comúnmente transitadas, referentes a un autor de esta categoría literaria. Y esto me hace renacer un cuidado que experimenté en mis muchos años de enseñanza literaria. Y es que, después de acabar con las lecciones sobre el teatro español de esta época, que culminaban en estos dos autores porque eran los que suelen oponerse en características y sumarse en la sucesión temporal, a veces solía preguntar a mis alumnos: «¿A quién prefieres? ¿A Lope o a Calderón?» Y si eran sinceros, en la respuesta intuía un atisbo de lo que pudiera ser su vida. Y cerca quedaba Cervantes, pero en otro orden de comunicación literaria. Los tres, Lope, Cervantes y Calderón, acaban siempre por reunirse y oponerse en cuanto a las preferencias que van formando el gusto de los que tienen que conocer la época áurea.

Pero aquí el caso resulta más complejo. Nos hallamos ante la obra de García Santo-Tomás, joven profesor de Literatura, poeta también, que demuestra su afán profesional



OSVALDO PÉREZ D'ELÍAS

enfrentándose con una ardua cuestión. Y lo viene haciendo en las universidades americanas en las que predominan los estudios de especialización y, por otra parte, los alumnos tienen un entorno cultural distinto del nues-

tro. García Santo-Tomás tuvo su inicial formación literaria en España y la ha ampliado por su experiencia americana valiéndose del servicio de nuevos medios bibliográficos y de relaciones muy diversas sobre el enjuiciamiento del hecho poético, siempre de orden creativo en la diversidad de los géneros, y que aquí ha aplicado al estudio del teatro español. Y señalo que esto demuestra que el autor no sintió temor ni reparos al enfrentarse con un estudio de tan gran complejidad. El desarrollo de la obra sobrepasa en relación con Lope los límites biográficos y los específicos sobre una obra o un grupo de ellas, y se sitúa en un propósito para el que se requiere una experiencia en las lides de la crítica que contrasta con la juventud del autor.

Y lo digo porque algunas de las cuestiones que plantea me han ocupado (y preocupado) desde hace muchos años. «Crea-

ción» es término complejo. Representa el proceso (y el esfuerzo) por crear la obra y, una vez lograda, establecer su proyección sobre un público que la rechaza (y olvida en las bibliotecas, si llega a ellas) o la acepta en un juicio determinado hasta el logro de una consagración en los grados del prestigio literario. Se trata de la gran cuestión fundamental, la de la «percepción» de la obra, sin la cual ésta carece de entidad poética, pues siempre se requiere que la obra tenga siempre quien la perciba y la «valore» en consecuencia, contando con la variedad de valores aplicables a cada caso. ¿Es el perceptor un oyente, un lector o un espectador? Aquí la obra es de Lope, y de orden teatral, al que hay que situar en su tiempo, entre los otros autores que se proponen lo mismo. Y así autor y obra, juntamente y en unidad, quedan inmersos en el tiempo, que propiamente es una sucesión de apreciaciones, desde el pasado en su origen, hasta el nuestro, en la actualidad, desde una escritura inicial, establecida con los fines de una representación que se ha de repetir cuantas veces ocurra esa conjunción de circunstancias que son necesarias para lograr la realidad dramática en la escena teatral.

Así las obras avanzan hacia un futuro en el que estas circunstancias cambian según los ambientes históricos. Sigue y prosigue la suma de receptores y la formación de los públicos necesarios para lograr la entidad poética que sostiene la realidad perceptiva de la obra dramática. Y entonces ocurre este proceso que persigue García Santo-Tomás. ¿Por qué alguna se alza y llega al éxito, se considera ejemplar, alcanza la condición canónica y sube, con el consentimiento general, al grado de clásica? Las más de las veces este proceso se ha dado como un hecho consabido, se ha eludido su persecución o se ha resuelto con apreciaciones, a veces personales, del crítico. Pues bien, en este libro se examina el curso de este proceso estableciendo las condiciones en que se manifiesta la estética de la recepción en el teatro de Lope, desde la escritura de la obra (lo más estudiado) y a través del curso de las representaciones (realidades escénicas más difíciles de testimoniar), hasta la consideración diversa de la misma en la que por ella se tuvo a Lope en la sucesión de los públicos y en la consideración de los juicios que mereció. Por otra parte, la crítica literaria desde los primeros tiempos testimonia este proceso, en cada tiempo a su manera, y establece la distinta aceptación del público que asiste a la representación, y la categoría de su recepción.

Desarrollo del libro

Para plantear el libro, García Santo-Tomás hubo de disponer de una extensa bibliografía, parte de la cual recoge en el libro (págs. 396-425); alguna de ella es inglesa, sobre todo la relativa a los principios estéticos aplicados, y otra se refiere a estudios espe-



En este número

Artículos de

Francisco López Estrada	1-2	José María Mato	6-7
Joaquín Vaquero Turcios	3	Ramón Pascual	8-9
Juan Velarde Fuertes	4-5	Patricio Peñalver Gómez	10-11-12

SUMARIO en página 2



La recepción crítica de Lope de Vega, hoy

cíficos sobre el autor y sus obras, más abundante en España. La importante función de Lope es asegurar la textura de la «comedia nueva» española con la práctica de su extraordinaria creación y en la teoría de un «Arte» también nuevo en cuanto a la intención estética. Y esta actividad creadora convirtió a Lope en el Fénix de los ingenios, expresión en la que se recoge el juicio de sus contemporáneos que reconocieron en sus comedias un canon o suma de normas donde quedó establecido el orden de la comedia de la época. García Santo-Tomás reúne los tres factores necesarios para una consideración total: la obra, a la que precede la elaboración dentro del canon logrado por Lope. Después, trata de la labor de la representación, que une a otros factores (actores y cuantos intervienen sobre la escena para crear el espacio teatral y la realidad figurada en este espacio). Y luego se refiere al público, a los que asisten al espectáculo y establecen la percepción de la obra, de la cual depende su fortuna, seguida de la enunciación del juicio de los críticos que

la recogen y comentan.

Lo común es que hoy conozcamos las obras por los textos en donde intentamos identificar los elementos de la creación y reunimos en grupos las obras. Persigue la percepción de la obra y sus efectos en las diferentes épocas, en las representaciones, en las cercanas al autor y en las que siguieron, y sus motivos y consecuencias literarias, fundamento de las consideraciones estéticas. Estos últimos factores son los que se habían tratado menos en los estudios del teatro. Y éste es un punto en el que García Santo-Tomás insiste en su libro, prolongando el estudio de la obra lo que sea necesario.

Este planteamiento requiere, en primer lugar, el conocimiento del propósito del «Arte nuevo» (cap. II). Y después el autor elige, para cada época, una comedia característica sobre la que apoyarse para el desarrollo de su estudio. Para el siglo XVIII escogió *El perro del hortelano*, y los datos reunidos muestran que la percepción del canon de la comedia de Lope estuvo más viva de lo que se suele creer. A continuación sigue con el ejemplo de *El mejor alcalde, el Rey* (cap. IV), considerado en el Romanticismo, en el que se pretende restaurar el impulso creador del sentimiento. En estos exámenes, los críticos de estas otras épocas actúan como unos reformadores de los textos (que a veces pretenden conservar en su pureza original o que reforman convenientemente a sus propósitos) y así la obra se presenta de otra manera ante el público. El cap. V, orientado hacia la época moderna, sobre el siglo XX y su agitada historia, la comedia elegida es *Fuenteovejuna*, la obra que ha producido un impacto más acusado por cuanto la versión de la historia en que se basa fue objeto de diversas interpretaciones de orden político y social. Es la comedia que probablemente se percibió con más distintos y acusados criterios. El caso de la predilección que García Lorca sintió por ella es significativo, sobre todo en cuanto a la labor renovadora en lo que toca al esfuerzo de su representación en busca de nuevos públicos y percepciones de orden distinto a los habituales en los teatros de la época. El ca-

pítulo VI se extiende desde 1939 hasta nuestros días, periodo en el que la vieja comedia nueva se abre a nuevos órdenes de comunicación que se realizan con otros medios que los considerados estrictamente dramáticos: radio, cine, televisión y lo que los avances técnicos nos traigan en cuanto a la percepción de los espectáculos teatrales. Y este futuro se insinúa en el libro.

Ampliación de la perspectiva del estudio literario

El libro de García Santo-Tomás nos pone sobre aviso de que el estudio de un autor o de una obra (o de un grupo de ellas) no termina ni con la biografía ni con el estudio de las fuentes ni con la edición de los textos. La condición de la obra teatral implica también el estudio de las cuestiones de la recepción de la obra en el curso de su representación ante el público. Hay que contar con la manera como se interpreta y se recibe como una creación artística con una significación estética. En esta percepción intervienen las más diferentes cuestiones de orden social y político, y también de orden personal (que es decir humano). La crítica literaria acompa-

ña a las obras y a veces orienta este proceso. Y este libro que comento es un ejemplo de cómo se puede aplicar esto a la producción dramática de Lope de Vega, autor de tantas obras teatrales y que obtuvo ya en vida la alta consideración de Fénix, y de qué manera afirmó y aseguró la «comedia nueva» con su obra, y qué ocurrió después con el paso del tiempo y los cambios en su consideración literaria en la sucesiva recepción e interpretación del caudal de su creación. El libro de García Santo-Tomás nos obliga a pensar otra vez en tantas cuestiones como se nos han presentado a los que hemos estudiado algún aspecto de la extensa producción dramática de Lope. Y lo digo por mi experiencia recogida en 1965 en mi estudio de la *Fuenteovejuna*, establecido en un medio universitario (Sevilla), en donde recogí cuanto pude hallar (y sentir) en relación con lo que era la *Fuenteovejuna* que encontré buscando el origen inicial de la creación de Lope y su proceso, para luego aprovecharlo en mi edición de la obra. Por eso leí con afán esta obra, y pienso que les puede ocurrir a otros que por otros motivos muy diversos se acerquen a una consideración actual y completa de cualquiera de las muchas, muchas comedias de Lope de Vega. □

Qué es

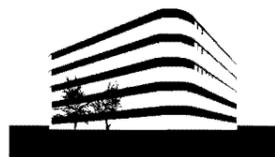
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Enrique García Santo-Tomás expone un estudio sobre la obra teatral de Lope que resulta innovador en cuanto establece la consideración de la manera como fue acogida la misma desde su origen hasta hoy. Lope, creador de la «comedia nueva» y teórico de su arte, aseguró el canon de un orden teatral que fue recibido y aceptado por el público de su época, y por esto fue tenido por Fénix del ingenio. El estudio que comenta López Estrada establece, basándose fun-

damentalmente en tres comedias escogidas, de qué manera la recepción de su obra traspasó la época del mismo autor, y a través del siglo XVIII, el Romanticismo y después en el siglo XX y en el presente revive con un efecto recreador en el público y en la crítica que va valorando las obras en relación con la historia, la política y la sociología sucesivas, y en relación con cada circunstancia que rodea al espectador, y así la renueva en su apreciación estética.

Enrique García Santo-Tomás

La creación del Fénix. Recepción crítica y formación canónica del teatro de Lope de Vega.

Gredos, Madrid, 2000. 430 páginas. 3.369 pesetas. ISBN: 84-249-2269-7.

SUMARIO

	Págs.
«La recepción crítica de Lope de Vega, hoy», por Francisco López Estrada, sobre <i>La creación de Fénix. Recepción crítica y formación canónica del teatro de Lope de Vega</i> , de Enrique García Santo-Tomás	1-2
«A vista de pájaro», por Joaquín Vaquero Turcios sobre <i>Mirando a través. La perspectiva en las artes</i> , de Javier Navarro de Zuñillaga	3
«El reto y la realidad nueva de Europa», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>Economía europea. Crecimiento, integración y transformaciones sectoriales</i> , de Rafael Myro (dir.), M ^a Josefa García Grande y Carlos M. Fernández-Otheo	4-5
«Genomanía», por José María Mato, sobre <i>Chance, Development and Aging</i> , de Caleb E. Finch y Thomas B. L. Kirkwood	6-7
«Las siestas de Mr. Tompkins», por Ramón Pascual, sobre <i>The New World of Mr. Tompkins</i> , de George Gamow	8-9
«¿Qué será España?», por Patricio Peñalver Gómez, sobre <i>España frente a Europa</i> , de Gustavo Bueno	10-11-12

A vista de pájaro

Por Joaquín Vaquero Turcios

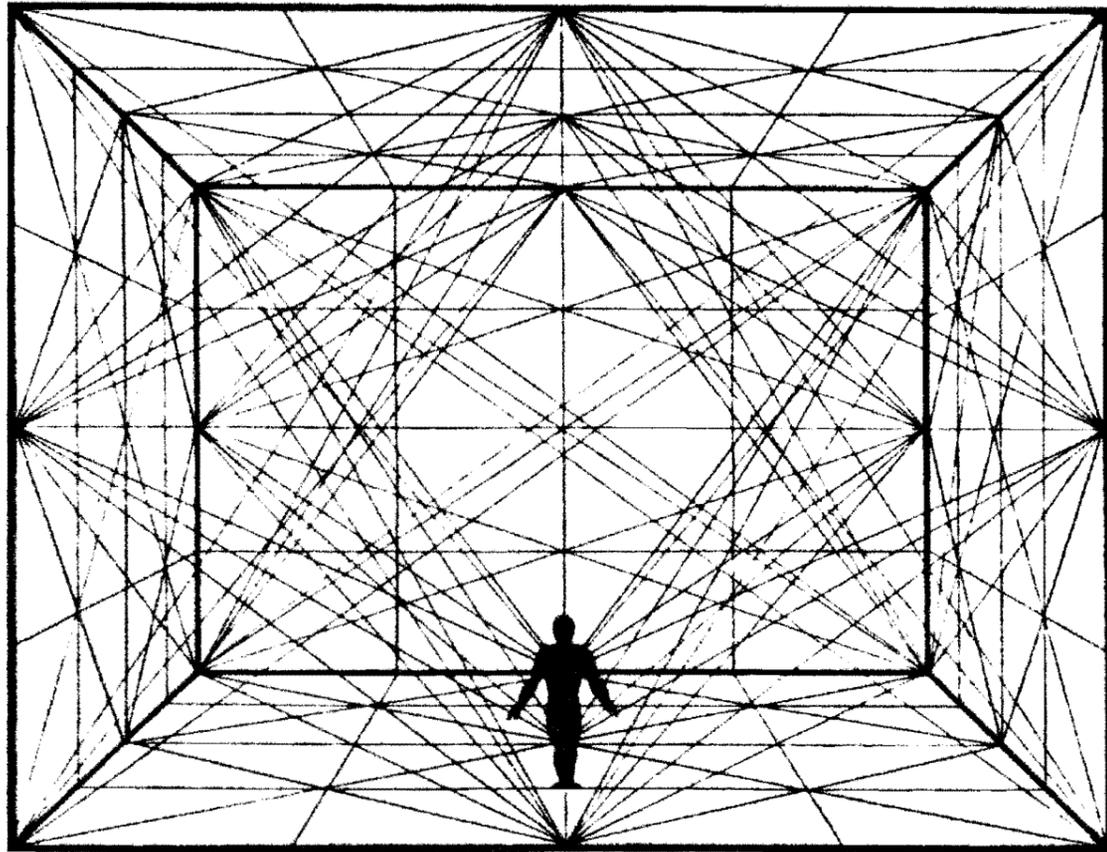
Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933) es pintor y escultor. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en la arquitectura.

Le llamaban «pájaro» porque le gustaba dibujar aves. Sin duda envidiaba su capacidad de poder mirarlo todo desde lo alto y luego, volando, cambiar continuamente de puntos de vista. Estoy hablando de aquel florentino, nacido en los últimos años del «Trecento», cuyo verdadero nombre era Paolo Doni, pero al que todos conocían como Paolo Ucello. Fue uno de los esforzados héroes de la perspectiva, descubrimiento científico, geométrico, filosófico, casi místico, que puso en sus manos y en las de Filippo Brunelleschi, Piero della Francesca, León Bautista Alberti y otros gigantes, la anchura, la altura y la profundidad del aire, la llave del espacio por el que poder planear seguros, todavía más alto y más lejos; la imagen del mundo; el secreto de las formas volteando en el vacío: un verdadero milagro.

Pero no fue fácil. Por ejemplo, Piero dejó de pintar cerca de veinte años para escribir sus dos libros, *De prospectiva pingendi* y *De quinque corporibus regularibus*, hasta que perdió la vista, probablemente a causa de los esfuerzos a los que la sometió en los complicados y minuciosos trazados. Por su parte, Paolo —a pesar de que vivió mucho— no dejó una obra tan grande y homogénea como hubiera podido por dedicarse incansablemente a profundizar en el mundo mágico de las líneas y los puntos de fuga. En su interior se encontraban ingenuas leyendas campestres de milagros y pelcas entre frailes y demonios traviesos, buenas para decorar arcones, pero de su mente surgieron también, de pronto, duras figuras pétreas o metálicas, inmóviles sobre fondos tierra roja, presas del encantamiento de geometrías inmisericordes que tiran de ellas hacia el horizonte como lo haría una extraña fuerza de gravedad horizontal. Sus miradas son inolvidables, absorben cada una en su propio punto de fuga lejísimo.

Más tarde, florecieron de sus manos tres tablas que constituyen para mí una de las cimas del placer de la pintura: las batallas de San Romano. Sobre un suelo como un Mondrian, en el que las líneas son lanzas rotas colocadas ortogonalmente, se recortan los caballos y los caballeros, los naranjos y los limoneros, los estandartes y las ballestas blancas como gaviotas; se extienden sin cielo los campos monocromos, rayados como cuadros de Stella; cocea el caballo opulento color de rosa; atraen la vista los «mazzocchi» con su ajedrezado blanco y negro; ondean banderas «op» que pudiera haber diseñado Bridget Riley y, allá al fondo, huyen las liebres de los galgos y de los muchachos que corren.

Todo eso, lo quiso ciertamente virtual, mental. Paolo Ucello, explorador del espacio, astronauta de la geometría, se abrió camino en ese largo y silencioso paseo espacial que fue su vida intentando encontrar un sistema válido para representarlo todo. Se ha llegado a decir que incluso trató de lograr en su pintura —no sabemos cómo habría que mirarla— efectos de estereoscopia con relieve tridimensional aparente, dando para el punto de vista de cada ojo del observador una perspectiva distinta. Sin embargo, nunca fue esclavo de sus propios hallazgos y su sabia libertad «naïf» resulta sorprendente. En su monumento ecuestre al «condottiero» John Akwood, fresco pintado en la catedral de Florencia en 1436, ofrece puntos de vista distintos para el basamento, visto de abajo arriba, y para el corcel que sostiene. De este, mirando hacia lo alto, se debería ver mucho la panza, y del jinete, la suela del zapato. Pero el pintor, los hace girar de lado como si el caballo tuviera bisagras en los cascos, para poder presentarlos frontalmente a la vista del



OSKAR SCHLEMMER

espectador. La imagen del conjunto resulta, gracias a ese «collage», mucho más comprensible, aunque sea absurda siguiendo la gramática de la representación espacial. No fue el único que se atrevió a hacer cosas como esa. Mantegna llega a conclusiones y transgresiones análogas. En el escorzo del *Cristo muerto* en el Brera, por ejemplo, reduce el tamaño lógico de los pies según la perspectiva elegida, del mismo modo que lo había hecho antes Paolo en el caballero muerto, caído de bruces, de la batalla de San Romano de Londres. Por su lado, Masaccio, en su *Trinidad* de Santa María Novella hace lo mismo que Ucello con su monumento ecuestre, inclinándolo hacia el espectador las figuras de Cristo en la cruz y de Dios Padre.

Amor a la perspectiva

Esas contradicciones arriesgadas, anticipadoras también de los ensamblajes de puntos de vista del Cubismo, nos meten de lleno en los campos de batalla de sus ideas, en las sutiles «emociones que corrigen la regla», con hipótesis, descubrimientos e intuiciones todavía no consolidados en el interior de su cerebro. Tras una vida dedicada intensamente a construir modelos de jaulas ideales, Paolo Ucello, a la hora de usarlas para su obra, acaba rompiéndolas y usando sus palitos rotos para construir con ellos un nido a su medida, y volar libre sobre él. Todo este largo —y cálido— homenaje personal a un pintor que amó tanto la perspectiva, viene a cuento a propósito de un libro. *Mirando a través*, tal es su título, lleva otro complementario: «La perspectiva en las artes». Su autor forma también parte de la selecta bandada de los que vuelan por el espacio y saben mirar a través de él, de los que conocen y aman esa «dulce cosa» que es la perspectiva.

Javier Navarro de Zuvillaga padece todos los síntomas y posee todos los méritos para ello. Es arquitecto, formado en la E. T. S. A. M. de Madrid y graduado en Teoría del Diseño, nada menos que por la Architects Association School of Architecture de Londres. Es, además, escenógrafo, con importantes obras en ese campo y con una docencia continuada a otros

escenógrafos, actores y directores. Y la escenografía proyectada y realizada constituye, por excelencia, el terreno ideal para el ejercicio mágico de la perspectiva. Como arquitecto ha hecho y proyectado teatros y ha inventado otros, premiados y expuestos en importantes muestras internacionales como inventos revolucionarios en ese campo. Es un escritor de prosa diáfana, con la que conduce al lector con paso seguro a través del laberinto de conceptos y líneas. Tiene una larga labor de articulista en revistas especializadas de arte, arquitectura y teatro, con ponencias y conferencias en múltiples congresos. Sus principales libros giran alrededor de la perspectiva y, anterior y distinto al que comentamos hoy, destaca el espléndido volumen publicado por Siruela hace cinco años, titulado *Imágenes de la perspectiva*. Javier Navarro es también profesor. Lo ha sido en la Escuela de Arquitectura de la Politécnica, y ahora es catedrático en el Departamento de Diseño y Artes de la Imagen de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense, ambas de Madrid.

Mirando a través es un libro que recorre el amplio panorama de la implicación de la perspectiva en las artes plásticas. Se analizan en él todos los problemas principales del tema, desde la ilusión —y la desilusión— ópticas, a la representación del movimiento, la huella del tiempo o la expansión del espacio. Entra luego Navarro de Zuvillaga en la profundidad

y el espesor del plano del cuadro y en su interior, en la dualidad dentro-fuera y sus límites, en los espejos y también en los espejismos que se ven a través de las ventanas. Desmonta en piezas las claves de la perspectiva en el plano y las entrega al lector que, aunque sea ajeno a este mundo, empezará enseguida a manejarse entre líneas de fuga y puntos de vista, ángulos de visión y esos exigentes agujeros negros que son los puntos de fuga. Abre a continuación las puertas de la arquitectura como origen y soporte de la perspectiva y examina las fingidas, las fingidoras, las dibujadas, las pintadas o las iluminadas, con sus respectivas características.

Nos conduce después a la escenografía, tema muy poco transitado incluso por los buenos conocedores aficionados o profesionales de la pintura y la arquitectura. Nos lleva entre bastidores de escenarios antiguos y modernos, y también de los del futuro, y nos enseña, entre otras cosas, los muchos modos diversos de ósmosis espacial entre esos escenarios y la sala. No abandona el autor a su lector sin darle todavía dos brevísimos apéndices. En el primero ofrece un resumen de nociones básicas de perspectiva, y en el segundo, otro sobre el inquietante tema del espejo. El libro se remata con un glosario y un extenso índice de nombres. Un recorrido tan detallado podría parecer abrumador. Pero, por el contrario, visitaremos, llevados de la mano, estancias y paisajes reales o pintados que siempre habíamos visto de reojo, descubriendo en ellas sentidos ocultos, revelaciones inesperadas, falsedades y, a veces, verdades dolorosas. Iremos conociendo de verdad muchas de aquellas obras que admirábamos sin saber muy bien por qué, y también razones de nuestro rechazo a otras. Sabremos, entre muchas otras cosas, cómo se las arreglaba Houdin para hacer aparecer fantasmas intangibles en el escenario e, incluso, qué es lo que refleja el espejo que vemos en el fondo de *Las Meninas*. Tendremos que pensar en el complejo y apretado nudo que forman el arte, el tiempo y el espacio, y quizás decidamos, con Fiedler, que los artistas no tienen que expresar ningún contenido del tiempo, y que su tarea es, ante todo, darle un contenido. Paolo Ucello nos sonreirá desde el aire. □

RESUMEN

Para comentar un libro sobre la perspectiva en las artes, Joaquín Vaquero Turcios eleva la vista hacia el artista florentino Paolo Ucello que fue uno de los esforzados héroes de la perspectiva, ese descubrimiento científico, geométrico, filosófico, casi místico, que permitió, a él y a otros artistas, acceder a la anchura, a la altura y a la profundidad del ai-

re. El autor del libro comentado, Javier Navarro, arquitecto y escenógrafo, recorre el amplio panorama de la implicación de la perspectiva en las artes plásticas, analizando todos los problemas principales, desde la ilusión óptica a la representación del movimiento, la huella del tiempo o la expansión del espacio.

Javier Navarro de Zuvillaga

Mirando a través. La perspectiva en las artes

Serbal, Barcelona, 2000. 243 páginas, 396 ilustraciones en blanco y negro y 42 en color. 5.800 pesetas. ISBN: 84-7628-291-5

El reto y la realidad nueva de Europa

Por Juan Velarde Fuertes

Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid. Es también miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1992), Premio Jaime I de Economía (1996), Premio de Economía de Castilla y León «Infanta Cristina» (1997) y autor, entre otros libros, de Política Económica de la Dictadura, Economía española contemporánea. Primeros maestros, 1900-2000 Historia de un esfuerzo colectivo y Fraga o el intelectual y la política.

Como señala el profesor García Delgado en el prólogo a este libro, Europa se ha sentido, a lo largo del siglo XX, como un reto: era una «culminación y compendio de un programa reformador que tiene en la escuela, la despena, la obra pública y la industrialización sus otros componentes de referencia... Cien años atrás ya se quería decir con ello acercamiento a los niveles de bienestar de los países más prósperos del continente, y también deseo de compartir con éstos novedades y conquistas en el plano científico y tecnológico. De suerte que ha sido una meta, un objetivo que, por un lado, ha concitado ambición en los dominios de la actividad productiva y la creatividad intelectual y, por otro, ha sido contrafuerte ante las pulsiones involucionistas o defensivas» (prólogo, pág. 13). Pero hoy ese reto se disuelve. Un largo caminar ligado precisamente a ese talante de reto, que se inició el 9 de febrero de 1962 con la carta de Castiella, había concluido el 2 de mayo de 1998, al convertirse España en uno de los once países fundadores de la Unión Económica y Monetaria.

España, con todo eso, de modo voluntario, a lo largo de esos treinta y seis años, ha dejado de tener, definitivamente, una economía nacional; ahora ésta es comunitaria, lo que significa plantear todas sus cuestiones desde un punto de vista diferente, del mismo modo que, cuando se produjeron la Revolución Industrial y Liberal, en el paso del siglo XVIII al XIX, nuestra economía dejó de ser imperial para reducirse a, exclusivamente, el ámbito nacional.

Por otra parte, Europa también ha caminado. Como indica Rafael Myro en la introducción (pág. 17), «sólo ahora, con la adopción del euro como la moneda común de once de los países comunitarios, parece avanzarse de forma definitiva, aunque con lentitud, hacia la formación de una conciencia de unidad europea, casi cincuenta años después de la constitución de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero, en 1951».

Bajo esta doble perspectiva —la española y la europea— es como conviene leer el libro dirigido por Rafael Myro, coordinado por María Josefa García Grande y Carlos M. Fernández-Otheo, elaborado por veintidós investigadores diferentes, y titulado *Economía europea. Crecimiento, integración y transformaciones sectoriales*.

Los retos y las convergencias

Con lo anterior como base, el primer reto es el de la convergencia. Lo que contemplamos de la mano del profesor Myro, en el capítulo «Crecimiento económico», en primer lugar, es que Europa en su conjunto, desde finales del siglo XIX, se retrasa claramente respecto a los Estados Unidos. En la llamada «Edad Dorada» —los veinte años que transcurren desde mediados de los cincuenta a mediados de los setenta del siglo XX—, aunque «el aumento del PIB per capita se aceleró en Estados Unidos, ...no alcanzó el mis-



ARTURO REQUEJO

mo ritmo que en la Europa comunitaria, de forma que tuvo lugar un cierto proceso de convergencia en renta per capita entre las dos áreas mencionadas... aun cuando se mantuvo la distancia absoluta en torno a 5.000 ecus de 1990» (pág. 26) hasta final de siglo. Por otro lado, Japón, «país que partía de un nivel de PIB per capita inferior al europeo hacia 1960, pero al que logró superar ya en 1980, acercándose a paso rápido al de Estados Unidos hasta el comienzo de 1990» (pág. 28), pierde progresivamente interés. La crisis «en que se adentró su economía desde entonces ha paralizado por completo dicho avance, perdiendo casi toda la ventaja que había logrado respecto a la Unión Europea» («ibidem»). Como los problemas japoneses son estructurales y no parece que surja la voluntad de superarlos de verdad, no es verosímil que en bastante tiempo se alteren las cosas. En el resto del mundo asiático ha surgido, en 1997, a partir de la crisis del baht en Tailandia, una conmoción muy profunda. Por supuesto que parece superada, pero, con análisis más finos, da la impresión de que aún no se han saneado suficientemente estas economías. Los economistas occidentales —Barro en cabeza— estaban fascinados por ellas y las ponían como ejemplo. Hoy son muchísimo más cautelosos.

La consecuencia, pues, es que el rival económico serio y permanente de Europa son los Estados Unidos. Puestas las cosas así, como señala el profesor Myro, «la cuestión más importante respecto (al)... modelo europeo reside... en saber si junto a las oportunidades de empleo que ha sacrificado, también se han perdido oportunidades de crecimiento» (pág. 30), dado que la diferencia entre el modelo comunitario y el norteamericano «es difícil de explicar si no es atendiendo a la mayor rigidez de los mercados europeos y en particular del mercado laboral» (pág. 29). Hay que convenir con Myro (págs. 30-37) que «la respuesta es clara: si el volumen de empleo, medido respecto al de población (empleo por habitante) hubiese crecido en la Unión Europea hasta alcanzar el valor que hoy posee en Estados Unidos y Japón (50%), el crecimiento a nivel de la renta per capita europea habría sido casi un punto superior al estadounidense, y se habría repartido entre productividad y empleo de una forma más equilibrada. Téngase

en cuenta que en 1960 el empleo per capita europeo era del 43%, superior al estadounidense (38%) e inferior al japonés (47%); actualmente es inferior en diez puntos al de ambos. El menor crecimiento de la población europea justifica, en cierta medida, la menor ocupación per capita en la Unión Europea actual, pero no por completo. Por lo demás, resulta sorprendente que el viejo continente redujera su tasa de ocupación también durante la 'Edad Dorada' de los años sesenta y primeros setenta».

En esta Europa que ha entrado en esta difícil lid con los Estados Unidos, ¿cuál es, a su vez, el comportamiento de España? También aquí Myro es claro: «España e Irlanda poseían en 1960 una renta per capita sólo algo superior a la mitad de la renta media comunitaria, mientras que Portugal y Grecia se encontraban por debajo de ella. Hoy Irlanda supera la renta per capita media, y tanto España como Portugal se encuentran bastante más próximos a ella. Sólo Grecia se mantiene aún a una distancia considerable» (pág. 38). Conviene, en este sentido, agregar a los datos que se ofrecen en esta obra los más actuales del trabajo de Julio Alcaide Inchausti y Pablo Alcaide Guindo, *Magnitudes económicas provinciales. Años 1985 a 1999* (Fundación de las Cajas de Ahorros Confederadas [FUN-CAS], Departamento de Estadística Regional, diciembre 2000), donde se observa, con aun más claridad si cabe, ese proceso de convergencia, a partir del momento —año 1985— en que nos convertimos, definitivamente, en un país comunitario más. En el año 1985 sólo una provincia superaba la media comunitaria —Baleares, con un índice 111'86—; en 1990 son cuatro provincias las que superan la media comunitaria —con 105'40, Álava; 120'89, Baleares; 109'16, Gerona; y 101'54, Madrid—; en 1991, ya tenemos seis provincias por encima de la media: Álava, con 110'87; Baleares, con 129'52; Barcelona, con 104'82; Gerona, con 117'36; Madrid, con 107'08, y Tarragona con 103'21. La crisis que se inicia en 1992 como consecuencia de un mal planteamiento español de la política monetaria y de cambios, hace que ese año sólo cinco provincias superen la media comunitaria: Álava, con 108'17; Baleares, con 127'08; Barcelona, con 102'35; Gerona, con 113'79, y Madrid, con 105'52. Finalmente, en

1999, tras la mejoría que viene de 1996, ya tenemos ocho: Álava, con 109'63; Baleares, con 128'02; Barcelona, con 106'95; Gerona, con 124'80; Madrid, con 115'92; Navarra, con 102'85; La Rioja, con 100'31, y Tarragona, con 102'12. Con el 95% o más, lo que supone, para todo el que se haya acercado a estas cuestiones, en realidad el 100%, habría que agregar a Castellón (99'82%) y Zaragoza (97'02%). Luego la convergencia más fuerte con Europa se observa en el Nordeste, en el Valle del Ebro, ampliado a Barcelona, Gerona y Castellón, con el complemento muy próximo de Madrid y Baleares. Si agregamos las siete que, además de las anteriores, superan el porcentaje de la convergencia nacional española —Burgos, Guadalajara, Huesca, Lérida, Valencia y Vizcaya—, la consolidación de la España convergente con Europa, y situada en el Nordeste, se acentúa.

Convergencia real de España con la Unión Europea (EUR 15) (Índice PIB precios de mercado por habitante)

Años	Índice	Años	Índice
1985	71'60	1993	81'00
1986	72'20	1994	79'10
1987	75'60	1995	80'10
1988	76'60	1996	81'20
1989	78'60	1997	81'80
1990	79'50	1998	83'60
1991	83'90	1999	85'90
1992	81'50		

Fuente: Alcaide.

Conocer los motivos de esta respuesta positiva es difícil, como se observa en los apartados «Factores determinantes del crecimiento de las economías comunitarias» y «La política de crecimiento a largo plazo» (págs. 42-48), pero la creciente intercomunicación de los mercados es importante. No sólo se trata de esta región del Nordeste. Simplemente al estar situada en la raya de Portugal motiva que, de las diez provincias que más crecieron en el periodo comunitario de España —o sea el que transcurre de 1985 a 1999—, cuatro estén situadas sobre ella: Cáceres, con el 16'5%; Salamanca, con el 16'3%; Orense, con el 15'0%; y Zamora, con el 9'1%. Gerona y Castellón son otras dos de fuerte crecimiento —con el 6'0% y 12'1%, respectivamente— y están localizadas en el Nordeste; y otras tres son limítrofes de las que constituyen ese núcleo del Nordeste rico español: Soria, que crece el 16'7%; Teruel, que lo hace en el 8'1%; y Cuenca, en el 6'7%. La décima es la que aceptó una actividad agroalimentaria intensiva y exportadora: Almería, con un importante crecimiento: el 11'5%. Me parece que si agregamos el juego del enlace y ampliación del mercado, como nos aconsejó Allyn Young buscando, en 1928, antecedentes en Adam Smith, las cosas pasan a quedar mucho más claras.

Simultáneamente, gracias a un excelente análisis de Rafael Llorca Vivero y José Antonio Martínez Serrano —«Fluctuaciones cíclicas y políticas macroeconómicas»— podemos saber, en primer lugar, que «la magnitud del ciclo económico es menor en la Unión Europea que en Estados Unidos y Japón» (pág. 58). También que «cuando los países industriales se enfrentan a una perturbación común —pensemos, por ejemplo, en los dos sucesivos 'choques petrolíferos'— ... la respuesta es muy similar. La evidencia disponible para los tres grandes bloques industriales... indica la existencia de una clara conexión entre sus ciclos económicos, ya que las perturbaciones que afectan a la economía de Estados Unidos tu-

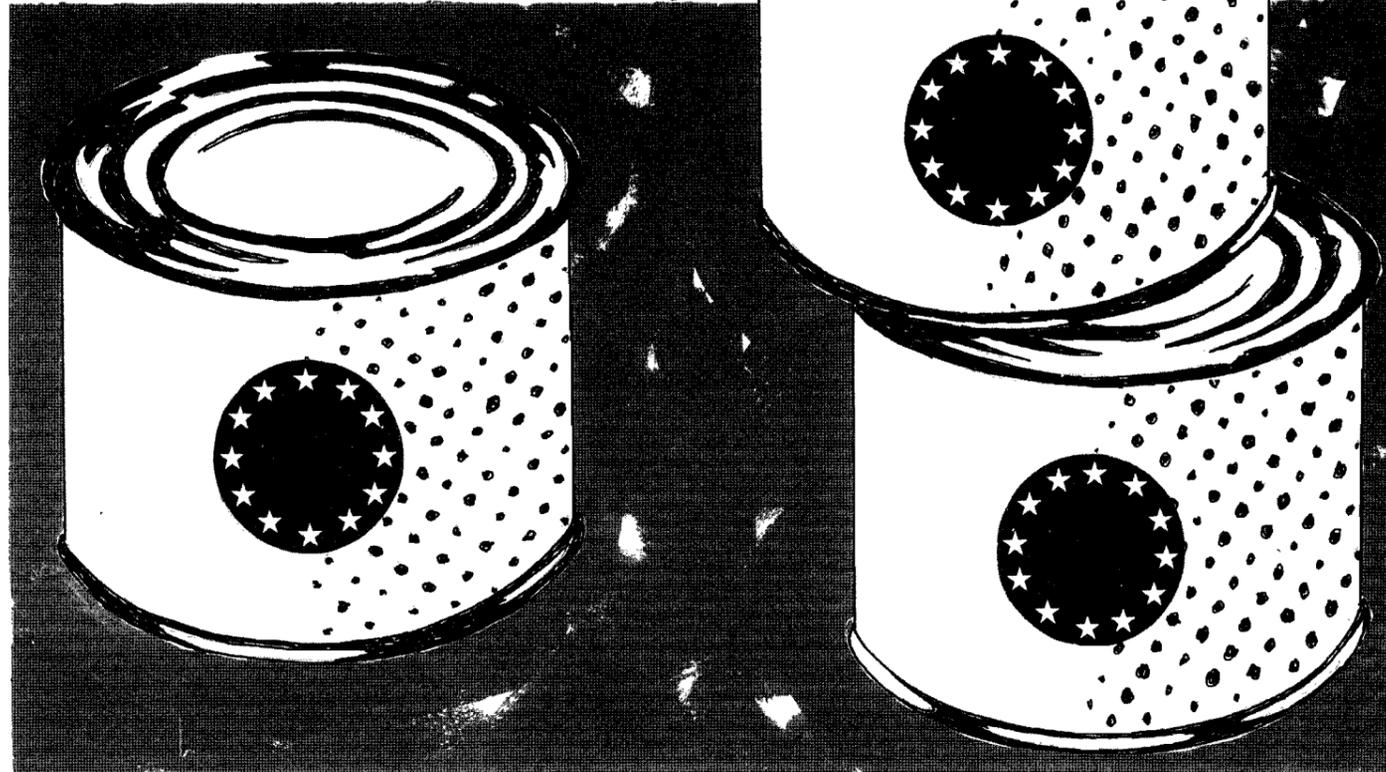


Viene de la página anterior



vieron un fuerte impacto tanto en Europa como, posteriormente, en Japón, aunque las investigaciones no detectan ninguna influencia en el sentido inverso». La Unión Europea sí parece ser afectada por los choques que experimenta Japón, «aunque en menor medida» («ibidem»). Por otro lado los fenómenos derivados de la globalización motivan que «las expectativas de los agentes se puedan generalizar con relativa facilidad». Añadamos que, a causa de la incorporación europea, «España es el país que en mayor medida se ha aproximado al ciclo económico del resto de los países europeos, presentando a partir de 1986 una correlación muy elevada con Alemania, Francia, Italia y Portugal» (pág. 64). También, pues, en la coyuntura se experimenta una notable convergencia española.

Todo lo dicho tiene explicaciones en otras partes del libro. La excelente investigación de Rosario Gandoy Juste y Carmen Díaz Mora en el capítulo 4, «Integración económica: efectos comerciales» nos permite observar que la constancia en el «indicador de similitud» de España respecto a la Unión Europea, «oculta que ha sido uno de los países que más ha modificado su patrón comercial respecto a la media comunitaria, como apunta el índice de cambio estructural. Desde mediados de los años ochenta —o sea, desde nuestra incorporación comunitaria— ha ido disminuyendo la histórica especialización comercial de nuestras manufacturas en actividades tradicionales, debido, sobre todo, al menor peso relativo de las ramas metálicas básicas, textil, vestido, cuero y calzado, y papel y artes gráficas, por lo que el patrón comercial español tendería a asemejarse al comunitario. Paralelamente es mayor la presencia relativa de los minerales no metálicos y material de transporte; prácticamente se duplica, en las manufacturas españolas, el peso relativo de ambas producciones en el total de las exportaciones comunitarias. De hecho, la especialización comercial española en manufacturas de carácter intermedio se explica exclusivamente por el considerable peso de las exportaciones de material de transporte. Estas dos tendencias contrapuestas, de convergencia estructural y especialización sectorial, se concretan en que, desde 1989, el patrón comercial de España se ha ido paulatinamente separando del existente para el conjunto de países de la Unión, en una cuantía similar al distanciamiento de Irlanda, anulándose de este modo las ganancias en convergencia de los años anteriores. Podría afirmarse, por tanto, que España ha incrementado suavemente su especialización de carácter interindustrial en la década de los noventa» (pág. 118). Todo lo cual, en el fondo, indica que España ha aceptado, con todas sus consecuencias, el reto comunitario, pero no a través de lo que se profetizó —como señalan Gandoy y Díaz-Motta en su artículo «Recent models on international trade and distributional gains from integration. With reference to the case of the EEC internal market» (en *Rivista Internazionale di Scienze Economiche e Commerciali*, 1990, vol. 37, n.º 8) y Paul Krugman en su libro *Geografía y comercio* (Antoni Bosch, Barcelona, 1992)—, sino en forma de una especialización intersectorial. Concretamente, como se señala en este trabajo, España se encuentra en el grupo de países cuyos patrones de exportaciones muestran una elevada semejanza «entre sí y respecto al conjunto de la Unión Europea. Francia adopta un papel central, tanto porque comparte rasgos comunes con el resto de los países como por ser el país con una distribución de las exportaciones más parecidas a la del conjunto. Los dos subgrupos incluidos (en éste) son: Reino Unido, Alemania y Francia, con una mayor orientación relativa de sus exportaciones hacia las producciones de demanda y contenido tecnológico alto y medio, y Bélgica y España, con una estructura



ARTURO REQUEJO

comercial muy parecida a la francesa, aunque con una presencia relativamente mayor de las manufacturas tradicionales» (pág. 116).

Las nuevas realidades

Importante es lo que, de la mano de este libro dirigido por Rafael Myro, podemos averiguar sobre el gran reto europeo y español desde que emprendemos la Revolución Industrial tras la muerte de Fernando VII y la liquidación de la Primera Guerra Carlista. España marchó mal desde la Guerra de Sucesión. En lo económico, el siglo XVIII podría calificarse de «Centuria perdida», al contrario de lo que sucedía con las otras potencias europeas. Jovellanos fue el que comprendió y expuso esto a la perfección en su célebre Oda titulada *Manifestación del Estado de España bajo la influencia de Bonaparte en el Gobierno de Godoy*. Sólo ahora, desde mediados del siglo XX, es cuando nos ponemos en camino de superar el atraso, pero para que tan magnífica noticia se consolide, es preciso que nos adaptemos a las nuevas realidades comunitarias. Todo ha pasado a ser diferente, así, para nuestra nación y sin trabajar en esta situación totalmente diferente, se navegaría sin rumbo.

Siete grandes panoramas se abren ante nosotros para entender estas nuevas realidades. La primera es la comercial; la segunda, son los flujos de inversiones directas extranjeras; la tercera, es la nueva realidad monetaria y sus consecuencias; la cuarta es la agricultura europea; la quinta es, naturalmente, la industria; la sexta, son los servicios; y la séptima, el comportamiento del mercado del trabajo. Es riquísima la información que sobre estas siete novedades se ofrece. La Unión Europea, como dicen Mariam Camarero y Cecilio R. Tamarit, no sólo es en el mundo «el mayor bloque comercial en cuanto al volumen de mercancías intercambiadas. Lo mismo ocurre cuando se considera el comercio de servicios... El comercio extracomunitario... no ha hecho sino aumentar, posibilitando que la Unión Europea se mantenga desde los años sesenta como el bloque comercial más abierto con una mayor orientación hacia el exterior» (pág. 129). Por otro lado, gracias a Carlos Manuel Fernández-Otheo, esto se puede completar agregando que «la Unión Europea pasó a ocupar el lugar central como emisor y receptor de inversión directa en el último quinquenio de los años ochenta» (pág. 172).

Los capítulos 7 —de José María López— y 8 —de Álvaro Anchuelo Crego— han de considerarse conjuntamente y como complemento de lo anterior, de cara a los antecedentes y realidad actual de la «cultura de la estabilidad macroeconómica». Todo ha de enlazarse con lo que Juan Carlos Jiménez (págs. 331-333) aporta sobre los mercados financieros y con lo que Isabel Vega Mocoora (págs. 355-378) nos indica sobre el sector público.

Es imposible que quien estudie en adelante la PAC y sus consecuencias deje de tener en cuenta ese análisis perfecto que aquí despliega M^a Josefa García Grande (págs. 225-249). La industria, de la mano de Francisco J. Ferraro García y M^a Elisa Álvarez López, tiene un denominador común larvado que, en la pág. 275, declaran, por fin, sus autores: la comprobación «de que la pérdida de competitividad de la industria europea en los mercados internacionales, especialmente en los sectores tecnológicamente emergentes, ha ido acentuando y diversificando la política industrial de cara a fortalecer los factores que determinan la competitividad». Por lo que se refiere a los servicios no puede por menos de destacarse la frase de Andrés J. Picazo y Cipriano Quirós de que «la evolución de la importancia de los servicios en los países de la Unión Europea desde los años ochenta muestra una tendencia hacia la convergencia, aunque de intensidad moderada, en el sentido de que la participación de las actividades terciarias ha crecido más rápidamente en las economías que partían de niveles más reducidos. Este acercamiento de estructuras productivas es, no obstante, más notable en términos de empleo, y países como España, Portugal e Italia, que al inicio de los ochenta contaban

con los porcentajes más bajos de ocupación en los servicios, son los que han mostrado un incremento más destacado» (págs. 289-290).

Finalmente en esta realidad europea no se podía dejar a un lado lo que sucede en su mercado del trabajo. El análisis que efectúa Gemma García Brosa de las características específicas europeas en los procedimientos de negociación salarial, protección al empleo, subsidios en la situación de paro, regulación del tiempo de trabajo, regulación del empleo a tiempo parcial, salario mínimo, peso de las cotizaciones para la seguridad social y gasto en políticas activas de empleo (págs. 319-323), aclara muchas cosas.

Eran necesarios dos complementos. Uno es el de Antonio Calonge Velázquez, sobre las instituciones europeas (págs. 379-398); otro, el de Rafael Bonete Perales, sobre la perspectiva histórica del proceso (págs. 75-99). Sobre ambas cosas era difícil superar las aportaciones de Ramón Tamames que se escalonan desde su primera, y espléndida aportación, «Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo» (Iber. Amer, 1965) —que en buena parte se recoge actualizado en las págs. 223-270 del libro de Ramón Tamames y Begoña G. Huerta, *Estructura Económica Internacional* (19ª edición, Alianza, 1999)—, hasta la obra posterior de Tamames, *La Unión Europea*, 4ª edición, Alianza, 1999, aparte de sus otras aportaciones sobre la cuestión. Pues bien, se ignoran en absoluto. En el terreno científico esto sólo puede hacerse cuando se demuestra que aquello que los estudiosos reputan bueno no lo es. Y ni Calonge ni Bonete, al mantener un absoluto silencio sobre Tamames, demuestran que tienen motivos para desecharlo. □

RESUMEN

En la obra de la que se ocupa Juan Velarde Fuertes un total de veintidós profesores de once universidades españolas se plantean dos cuestiones fundamentales: por una parte, de qué modo se comporta la economía europea y por otra parte, de qué manera la economía española, al fundirse cada vez más íntimamente con ella, pa-

sa a ser absolutamente diferente de la que existía antes de comenzar esta aproximación. Por eso conviene examinar de qué modo todo eso se ha acabado por estructurar en estos momentos de consolidación del sistema globalizado, y muy en particular si realmente está en marcha, o no, la denominada convergencia con la Unión Europea.

Rafael Myro (director), M^a Josefa García Grande y Carlos M. Fernández-Otheo

Economía europea. Crecimiento, integración y transformaciones sectoriales

Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid y Civitas, Madrid, 2000. 402 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-470-1502-5

Genomanía

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, hepatólogo, doctor por la Universidad de Leiden, ha sido Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y miembro del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO. Es profesor de investigación del CSIC, profesor ordinario de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación de Ciencias de la Salud. Ha recibido los premios de investigación Kok (Holanda, 1977), Novo (España, 1987), Morgagni (Italia, 1988), Lenox K. Black (Estados Unidos, 1994) y Lectureship Award del Research Center for Alcoholic and Pancreatic Diseases USCLA-UCLA (Estados Unidos, 1999).

Con la finalización, por dos grupos independientes de investigación, el pasado mes de febrero, de la secuencia de dos versiones del genoma humano y el acceso público a esta información, la humanidad ha recibido una impresionante herramienta para desvelar los secretos de nuestra herencia genética. La secuenciación del genoma humano ha sido comparada con otras impresionantes hazañas de la humanidad, como la fisión del átomo o el aterrizaje en la Luna; por ello, es importante recordar que el conocimiento de la secuencia del genoma humano representa no el final, sino más bien el comienzo de una nueva era de la investigación biológica.

El genoma humano contiene toda la información necesaria para construir un individuo. Como es bien conocido, los genomas están escritos con un código de cuatro letras, A, C, G y T, que representan las bases adenina, citosina, guanosina y timina. En una molécula de DNA cada gen está especificado por una cierta secuencia de pares de bases. El genoma humano está formado por unos tres mil millones de pares de bases que codifican un número aún indeterminado de genes; posiblemente alrededor de 30.000. El genoma humano es un inmenso paquete de información. No sólo lleva la información necesaria pa-

ra construir un individuo, sino que contiene también otras instrucciones que permiten, por ejemplo, que el DNA se duplique, que el individuo resultante se desarrolle —desde la formación del embrión hasta que envejece—, o instrucciones para ayudarlo a sobrevivir, lo que llamamos instinto, como por ejemplo la información necesaria para aprender o desarrollar un lenguaje. Poder leer el genoma humano facilitará comprender nuestros orígenes y evolución, nuestro comportamiento, por qué enfermamos y cómo envejecemos. El estudio del genoma humano es, sin duda, el mayor reto de la biología en el comienzo del milenio y ha dado lugar a una nueva disciplina: la Genómica Funcional. Saber que no hay otros componentes genéticos que puedan proporcionar una explicación alternativa a las observaciones experimentales ha supuesto ya un cambio radical en la forma de llevar a cabo la investigación biológica. Numerosas empresas y centros de investigación se encuentran ya dedicados al estudio del genoma humano con la esperanza de descubrir, basándose en este nuevo conocimiento genético, nuevas y mejores medicinas, determinar el riesgo individual de padecer enfermedades, cómo vivir más y mejor, etc.

El principal riesgo de esta nueva era genómica es el enorme énfasis que los medios, y también algunos investigadores, están dando al genoma humano. El éxito durante las últimas décadas de la biología molecular y la genética nos han llevado a tener una opinión casi exclusivamente genética de la biología y de nosotros mismos. Se está produciendo un fenómeno en la sociedad que podríamos llamar la «genomanía», que consiste en colocar a los genes como los únicos responsables de lo que somos y, también, del aspecto que tenemos. Y a menudo nos olvidamos de que los genes son sólo el andamio con el que se va construyendo un individuo; que el aspecto o la personalidad de una persona dan pocas o ninguna pista sobre la secuencia que tiene en cualquier gen. Dice George C. Williams¹, que «en biología, cuando hablamos sobre cosas como genes, genotipos y conjuntos de genes, estamos hablando de

información, pero no de una realidad física objetiva. Son modelos». El genoma de dos personas no relacionadas entre sí coincide en aproximadamente el 99%; es decir, sólo se diferencian en una base de cada cien. Así las cosas, lo verdaderamente sorprendente y para lo que aún no tenemos explicación es, que cómo siendo tan parecidos genéticamente, en ningún momento y en ningún lugar haya dos individuos idénticos.

Azar y medio ambiente

Si hace sólo unas décadas los genetistas tenían que defender el concepto de que no sólo el ambiente sino también los genes inflúan sobre el desarrollo de cualquier especie, la situación actual ha cambiado radicalmente, hasta el punto de que haya que defender que el medio ambiente y el azar influyen, de forma fundamental, sobre el riesgo de padecer enfermedades comunes, sobre la personalidad o sobre el envejecimiento. Frente a esta visión de la biología dominada, desde la fecundación hasta la muerte, por los genes en *Chance, Development and Aging*, Caleb Finch y Tom Kirkwood, dos biólogos que investigan el envejecimiento, revisan y valoran los respectivos papeles que desempeñan en este proceso los genes y el medio ambiente por un lado y, de otra parte, el azar.

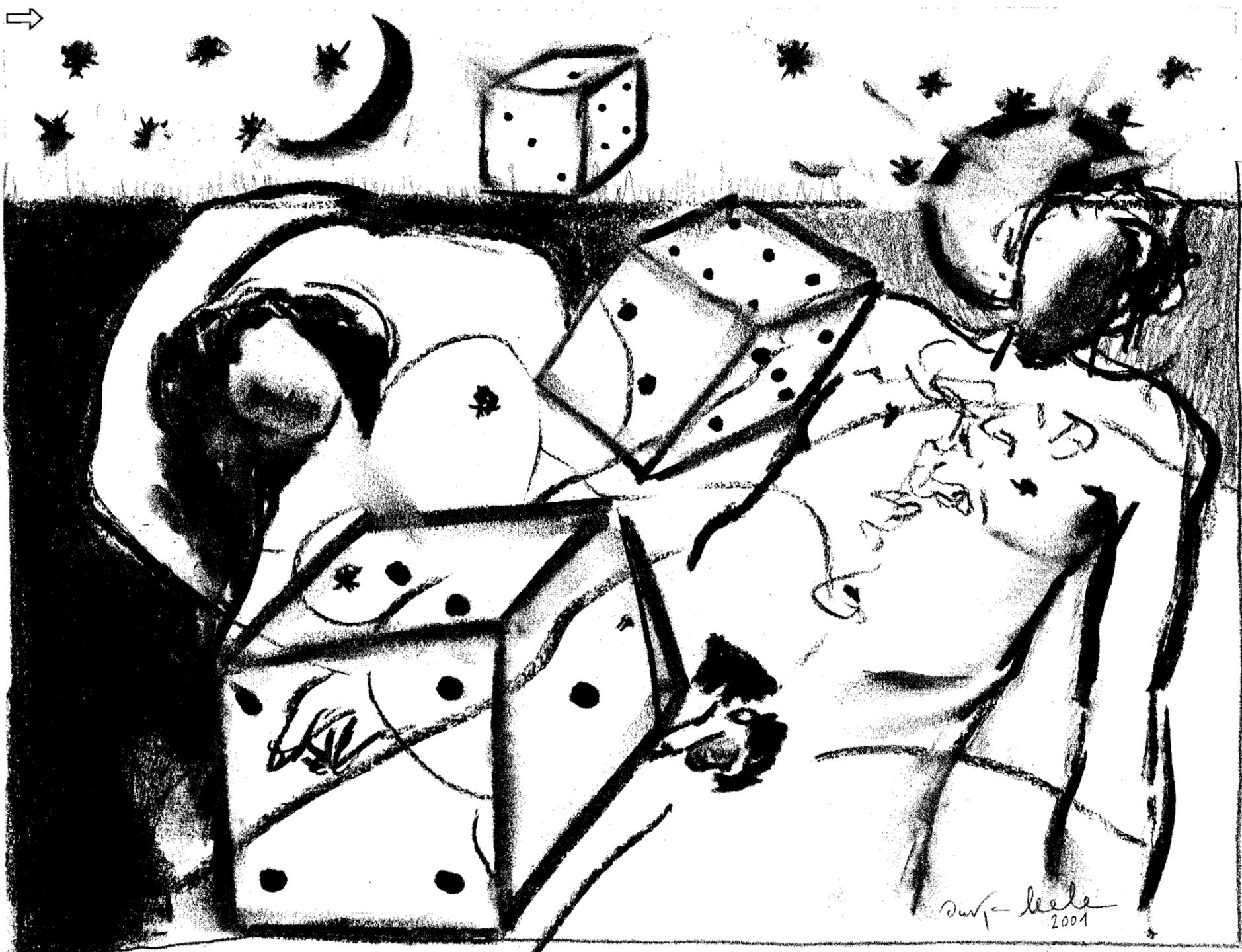
Finch y Kirkwood comienzan su libro recordándonos que los gemelos que derivan de un único óvulo fertilizado, y consecuentemente son genéticamente idénticos, y los animales de laboratorio, que son genéticamente muy similares o idénticos, no envejecen igual y además presentan grandes diferencias en la duración de sus vidas. Estas diferencias en la forma de envejecer, principalmente en el caso de los animales de laboratorio, no pueden atribuirse fácilmente a factores ambientales o a diferencias genéticas. Así, mientras que en el ámbito celular el gusano «*Caenorhabditis elegans*» está controlado estrictamente por la información del genoma, y cada individuo de esta especie está constituido exactamente por el mismo nú-

mero de células somáticas (959), conociéndose con precisión el origen y la evolución de cada una de ellas desde la formación del embrión hasta que el organismo se hace adulto, las variaciones que muestra durante el envejecimiento son enormes. Como nos recuerdan Finch y Kirkwood, la duración de la vida de gusanos «*C. Elegans*» genéticamente iguales, crecidos en el laboratorio en condiciones ambientales idénticas, varía ampliamente: algunos viven 10 días mientras que otros sobreviven 30 días o más. La causa de estas variaciones en el envejecimiento del gusano «*C. Elegans*» es desconocida pero, definitivamente, no es genética.

La hipótesis principal del libro es que ciertos acontecimientos que están dominados por el azar y que ocurren durante el desarrollo prenatal influyen de manera fundamental sobre cómo se desarrollará posteriormente la vida adulta del organismo y su envejecimiento. Frente al modelo convencional, que sitúa a los genes como los principales determinantes de la vida, Finch y Kirkwood añaden el azar. Consideran estos autores que características individuales, inducidas por el azar, repercuten directamente durante la diferenciación embrionaria en el número de células de un organismo, sobre las conexiones entre células y su destino, dando lugar así a variaciones fisiológicas individuales que aparecen durante el desarrollo y que van a jugar un importante papel durante la vida adulta de un individuo y el envejecimiento. En *Chance, Development and Aging* no se cuestiona la supremacía de los genes en los seres vivos, sino que se lleva a cabo un escrutinio sobre cómo, en consecuencia con las fuerzas evolutivas, el envejecimiento no está controlado con el mismo rigor que se controlan otros momentos más tempranos del desarrollo. Para estos autores, ciertas «variaciones motivadas por el azar y que aparecen durante el desarrollo prenatal pueden tener escasa importancia durante las fases tempranas de la vida, pero sus efectos pueden contribuir de manera sustancial a la aparición de importantes va-



Viene de la página anterior



OUKA LELE

riaciones individuales durante la edad adulta y el envejecimiento». *Chance, Development and Aging* indaga sobre el concepto de que la duración de la vida tiene un modesto componente hereditario, revisando exhaustivamente la literatura científica existente en dos modelos de mamíferos (humano y ratón) y dos modelos de invertebrados (la mosca «*Drosophila melanogaster*» y el gusano «*C. Elegans*»). Finch y Kirkwood revisan en su libro la existencia de diferencias morfológicas y fisiológicas que se observan al nacer y que no son atribuibles a variaciones genéticas—como variaciones en el número de óvulos en animales genéticamente similares o idénticos, o en el número de neuronas y sus conexiones— y cómo estas variaciones influyen sobre la edad a la que se produce la menarquia o la menopausia, el envejecimiento y la expectativa de vida.

Nuevas formas de vida

El azar no es un elemento nuevo en biología; el azar es el mecanismo mediante el cual se crea novedad durante la evolución, pero también es el mecanismo mediante el cual un organismo se degrada y corrompe. Sin la aparición, al azar, de errores en el proceso de copiado del material genético no se producirían nuevas formas de vida. Si bien estas mismas mutaciones, que ocasionalmente pueden producir novedades ventajosas, también producen innumerables anomalías genéticas. Durante la vida de un individuo las mutaciones somáticas pueden dar lugar al desarrollo de enfermedades autoinmunes y cáncer. Esta doble función de las mutaciones del DNA es bien conocida; lo que sin embargo no está tan ampliamente reconocido es la fun-

ción del azar a otros niveles de organización de un organismo: desde la morfogénesis y el desarrollo, a la función de las células y los órganos.

La biología molecular, a través del estudio directo de los genes, ha desarrollado un concepto determinista de la biología que descansa sobre el principio de la especificidad. Según este concepto, que ha sido fundamental para entender la función de los genes y las proteínas, a un conjunto de moléculas le corresponde una única estructura tridimensional, es decir un único fenotipo. ¿Cómo puede, entonces, producirse diversidad de fenotipos a partir de un único genotipo? Lo que ocurre es que la especificidad es un término cualitativo y abstracto. En biología, las interacciones entre moléculas (DNA, RNA, proteínas, lípidos, etc.) se caracterizan no por la exclusividad, sino, al contrario, por la multiplicidad de posibles interacciones entre unas moléculas y otras. A diferencia del DNA, las proteínas sufren múltiples modificaciones—pueden fosforilarse, metilarse, glicosilarse, acetilarse, farnesilarse, etc.— y la función de una proteína depende del tipo de modificaciones que presente en un determinado momento. Además, un único gen puede codificar más de una proteína, mediante splicing alternativo del transcrito de mRNA, o variando el sitio de iniciación o de finalización de la transcripción. Todas estas posibilidades dan como resultado que el tamaño estimado del proteoma—el conjunto de proteínas de un organismo— sea un orden de magnitud mayor que el del genoma. Así que, si como se piensa, el genoma humano codifica unos 30.000 genes, el tamaño del proteoma será de alrededor de 300.000. Además, las proteínas funcionan cambiando de compartimento celular (del citoplasma al núcleo, por ejemplo),

partiéndose en dos, modificando su estabilidad o uniéndose a otros componentes (otras proteínas, DNA, RNA, lípidos, pequeñas moléculas). Finalmente, una única proteína puede estar implicada en más de una función biológica y, contrariamente, dos proteínas distintas pueden llevar a cabo la misma función. Cada una de estas posibles modificaciones, interacciones, funciones tiene una cierta probabilidad de realizarse y una estabilidad diferente. La cuestión es ahora saber cuáles de estas posibles interacciones van a llevarse a cabo en un determinado momento y, por consiguiente, cómo se produce un organismo único de entre todos los posibles. Para ello es necesario que en cada instante se produzca una selección sobre el conjunto de modificaciones, interacciones y funciones posibles de las moléculas biológicas, un proceso en el que intervienen tanto el medio ambiente como el azar.

Desde esta perspectiva, el ser humano

no es ya la realización de un programa genético lineal, sino más bien el resultado de un proceso abierto en el que la individualidad resulta de las interacciones de esa información genética con otras existentes en ese momento. Esta teoría, a la que Jean-Jacques Kupiec y Pierre Sonigo² han denominado la teoría de la «libertad biológica», permite comprender, cómo a partir de un único genoma es posible la formación de múltiples estructuras, y cómo el medio ambiente y el azar van seleccionando, en cada momento, de entre todos los posibles fenotipos uno de ellos. □

¹ George C. Williams. «A Package of Information». En *The Third Culture*, John Brockman, Touchstone, New York, 1995

² Jean-Jacques Kupiec y Pierre Sonigo, *Ni Dieu ni gène: pour une autre théorie de l'hérédité*, Editions du Seuil, Paris, 2000

RESUMEN

Para José María Mato se está produciendo un fenómeno en la sociedad que podríamos llamar «genomanía», que consiste en colocar a los genes como los únicos responsables de lo que somos y del aspecto que tenemos. El libro que comenta nos recuerda que los genes son el andamio con el que se va construyendo un individuo, y que el aspecto o la personalidad de un individuo dan pocas o ninguna

pista sobre la secuencia de cualquiera de sus genes. Desde esta perspectiva, el ser humano no es ya la realización de un programa genético lineal, sino que es el resultado de un proceso abierto en el que la individualidad resulta de las interacciones de esa información genética con otras existentes en ese momento, entre las que el azar y el medio ambiente tienen una importancia especial.

Caleb E. Finch y Thomas B. L. Kirkwood

Chance, Development and Aging

Oxford University Press, Nueva York, 2000. 278 páginas. 25 dólares. ISBN 0-19-513361-7

Las siestas de Mr. Tompkins

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que fue rector (1986-90). Fue Director General de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-83). Es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, vicepresidente de la Comisión Promotora del Laboratorio del Sincrotrón y representante del Senado en el Consejo de Universidades.

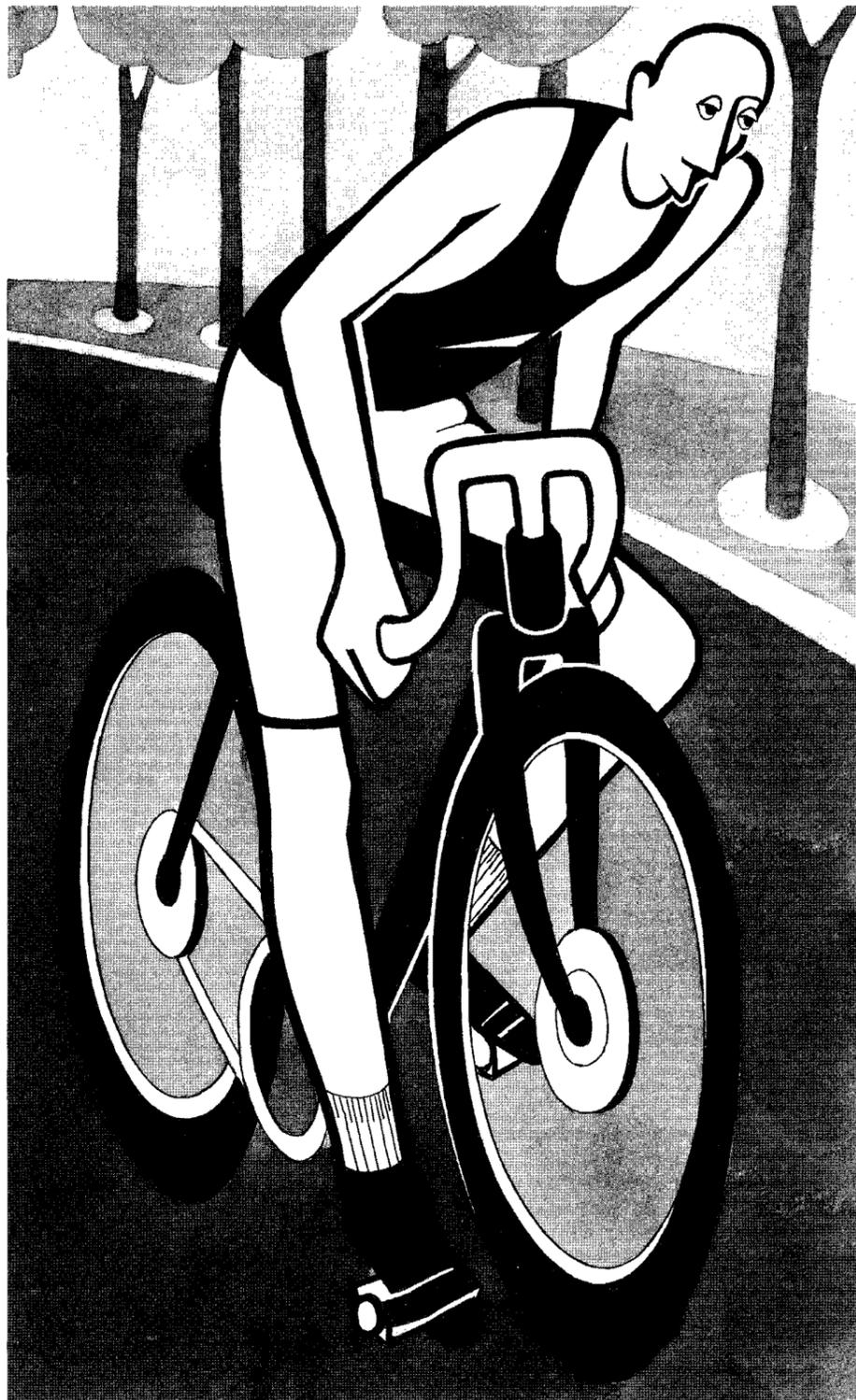
Hace unos meses comenté en esta revista una obra de Richard Feynman, uno de los premios Nobel más conocidos y con más carisma. Hoy el libro que comento es de otro físico importante y con mucho carisma que no recibió el Nobel, pero sí estuvo detrás de algunas de las ideas más importantes de la física actual: la de los aceleradores de partículas o la del modelo de la Gran Explosión (el «Big Bang») como origen del universo. De hecho, el recibir o no el Nobel tiene un componente de azar: Robert Noyce, que con Jack S. Kilby inventó los circuitos integrados, los «chips», falleció diez años demasiado pronto, en 1990, con lo que se quedó sin su parte del Nobel del año 2000, adjudicado a Kilby. También se rumoreó que John S. Bell (ver mi comentario a *Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica*, de John S. Bell, en «SABER/Leer», enero 1992), el de las desigualdades de Bell de la mecánica cuántica, cuya comprobación experimental parece dar la razón a Bohr sobre Einstein, y uno de los responsables del resurgimiento del interés por la fundamentación de la mecánica cuántica, murió en septiembre de 1990, unos meses antes de recibir la distinción.

Muchas generaciones de físicos han disfrutado con uno de los libros más conocidos de George Gamow, su *Biografía de la Física*, cuya edición en la colección RTE aún conservo y que mucho más tarde tuve el gusto de prologar en una de las nuevas ediciones españolas. Y muchos físicos y no físicos han disfrutado leyendo las aventuras de Mr. Tompkins, el gran personaje de Gamow, cuando se encuentra en regiones del universo en las que los parámetros importantes de la física alteran su valor.

El físico ruso

George Gamow (1904-68) fue un físico ruso establecido en los Estados Unidos de América, tal como él mismo ironiza en la versión original del libro que comentamos cuando, en el capítulo titulado «La ópera cósmica», después del aria que entona Georges Le-maître en defensa de su teoría sobre el origen del universo, aparece en escena el propio Gamow como «el físico ruso que ha estado de vacaciones en los Estados Unidos durante los tres últimos decenios». Inició su carrera científica después de su graduación por la Universidad de Leningrado en 1926 y se adhirió al estudio de la recién creada mecánica cuántica, intentando extender el éxito que ésta tenía en la explicación de los átomos al funcionamiento de los núcleos atómicos. Uno de sus éxitos fue el descubrimiento del efecto túnel de la mecánica cuántica, a la vez que lo hacían Condon y Gurney, y su aplicación a la comprensión de la radiactividad alfa de los núcleos. También se le debe la imagen de los núcleos como gotas líquidas que, posteriormente, condujo a las actuales teorías de la fisión nuclear.

Los estudiantes de física nuclear también saben de las transiciones de Gamow-Teller de las desintegraciones beta de los núcleos atómicos, fruto de su etapa de colaboración con Edward Teller (1908) en la Universidad George Washington, entre 1934 y 1956. Su co-



MARISOL CALÉS

laboración con Teller no evitó que en la obra que comentamos aparezca un tal Dr. Tellerkin, un curioso personaje que suelta algunas frases en húngaro, que se mueve entre el Pentágono y la Casa Blanca y que no se preocupa en absoluto por los efectos nocivos de la radiactividad. Teller, de origen húngaro, es tan conocido por su carácter de «halcón» como por sus importantes contribuciones a la física. Después de testificar contra Oppenheimer, ha sido uno de los paladines del proyecto de escudos antimisiles (la «Star War», conocida en castellano como «guerra de las galaxias») promovido por la administración Reagan y parece que ahora resucitado por la nueva administración norteamericana. También en esta etapa de su carrera Gamow contribuyó a explicar la combustión y la evolución de las estrellas, incluido el papel de los, por entonces, aún no detectados neutrinos, y el origen estelar de los elementos químicos (en un trabajo famoso con su discípulo Ralph Alpher y con Hans Bethe, aún ahora activo a sus más de noventa años).

Gamow asumió y propagó la idea de Le-maître de un origen del universo a partir de un estado extraordinariamente pequeño, caliente y denso. La detección por Hubble de

la expansión del universo provocó un intenso debate entre los proponentes de un modelo de universo estático con creación continua de materia, Gold, Bondi y su gran promotor Fred Hoyle, y los partidarios de la idea de una gran explosión inicial, entre los cuales estaba Gamow. El término «Big Bang» fue acuñado despectivamente por Hoyle en una entrevista en la BBC, pero su sonoridad lo convirtió en su gran éxito. Gamow estimó que un tal modelo supondría un universo inmerso en una radiación de fondo, una especie de baño maría, equivalente a una temperatura de unas decenas de grados, lo que se comprobó en 1965 al descubrirse la famosa radiación de fondo de microondas, correspondiente a 2,7 grados Kelvin.

Hacia 1954 Gamow dirigió sus intereses hacia el campo de la biología y, más en concreto, hacia el problema de la transmisión de información en las divisiones celulares, en lo que llamó el «código genético», fundamental en la biología moderna. De esta manera Gamow se añadió a los físicos que en algún momento se interesaron por cuestiones biológicas y publicó un artículo con el sugerente título «Possible Relation Between DNA and the Protein Structure» y, en 1961, otro titu-

lado «What is life?», como la famosa obra de Erwin Schrödinger de 1948. Según se cuenta, los campos de interés de Gamow eran vastísimos y no se limitaban a la ciencia pura, sino que se extendían a sus aplicaciones, aspecto que se concretaba en su papel de consultor en laboratorios gubernamentales e industriales, incluidos los relacionados con la defensa.

La gran actividad científica de Gamow, concretada en más de un centenar de artículos de investigación, le dejó tiempo para escribir obras de más o menos alta divulgación, como, por ejemplo, una docena de artículos en *Scientific American*, y de casi una veintena de libros, además de algunos otros que tenía en preparación. En la Universidad de Colorado, donde estuvo entre 1956 y 1968, se mantiene viva la memoria de Gamow con las conferencias anuales que llevan su nombre y por las que, desde 1971, han pasado los más eminentes científicos.

La historia del libro que comentamos empezó cuando Gamow tuvo la idea (¿quién no la ha tenido?) de escribir artículos de divulgación e ideó el personaje C. G. H. Tompkins, cuyas iniciales se asocian a la grandes revoluciones de la ciencia moderna: la «c» de la velocidad de la luz (la relatividad restringida); la «h» de la constante de Planck (la mecánica cuántica); y la «g» de la constante de la gravitación y de la relatividad general, cuyos intentos de cuantificación han resistido el paso del siglo XX. Tras varios intentos fallidos, la revista *Discovery* le publicó un primer artículo sobre el personaje. La aceptación fue suficiente como para que el editor le pidiera más originales y para que, en 1940, publicara un conjunto de artículos referentes a la relatividad con el título *Mr Tompkins in Wonderland* y en 1945 otro sobre la teoría atómica, *Mr Tompkins explores the Atom*. Las 16 ediciones del primero y las 11 del segundo aconsejaron a Cambridge University Press realizar, en 1965, una edición conjunta con el título *Mr Tompkins in Paperback*, del que se han hecho más de 20 ediciones en inglés, las últimas con un prólogo de Roger Penrose. El paso del tiempo y el progreso de la física aconsejó a la editorial poner al día la obra con el libro que hoy comentamos, *The New World of Mr Tompkins*.

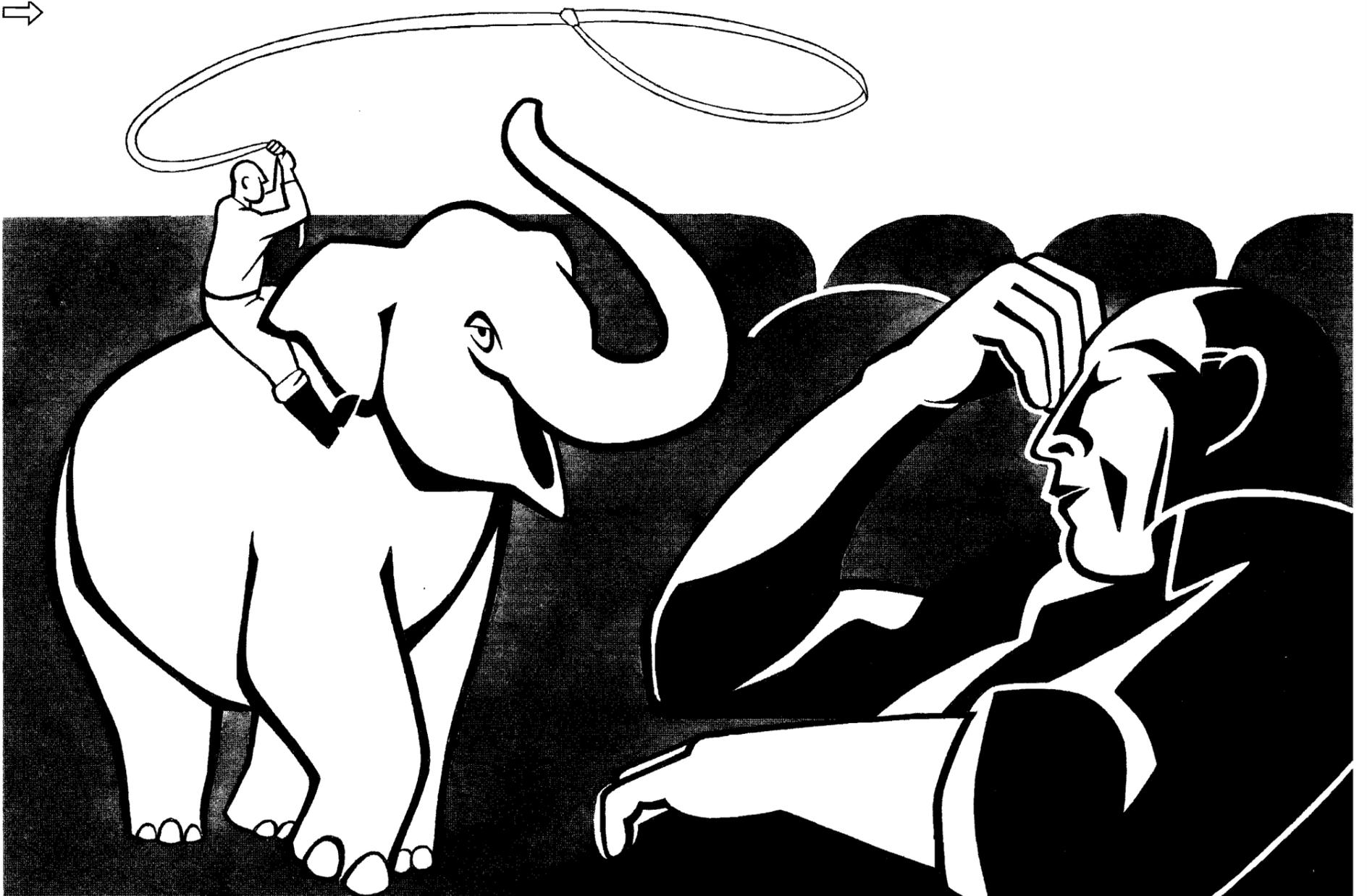
Los sueños de Mr. Tompkins

Mr. Tompkins es un empleado de banco que detesta «all this Hollywood stuff» y que, al no encontrar otro tipo de entretenimiento para un día festivo, decide acudir a una conferencia de física de un acreditado profesor universitario sobre la teoría de la relatividad de Einstein, en la que no tarda en quedar dormido. En su sueño, antes de ser despertado por el conserje para cerrar la sala, imagina un mundo en el que la velocidad límite, la velocidad de la luz en el vacío, es pequeña para nuestros estándares, con lo que los efectos relativistas, sólo apreciables cuando las velocidades relativas de los sistemas son del orden de la velocidad de la luz, afectan a la vida diaria: ve a un ciclista larguirucho debido a la contracción de Lorentz; presencia el encuentro de un joven que se apea de un tren con una viejecita que resulta ser su nieta, a causa de la dilatación de los tiempos; etc.

Los capítulos que narran los sueños de Mr. Tompkins se alternan con alguna de las conferencias del profesor que, inevitablemente, le adormecen e incluso le hacen roncar. Después del primer capítulo, las conferencias del profesor incluyen la relatividad restringida y general y algunas incursiones sobre la gravitación y el origen del universo. Ello le permite soñar, en la versión original, con



Viene de la página anterior



MARISOL CALÉS

un universo en sucesivas expansiones y contracciones, en el que la vida del universo se concentra en un período de media hora y en el que el enfriamiento y la expansión provocan un espectacular desplazamiento hacia el rojo. Los encuentros reales de Mr. Tompkins con el profesor y con su hija Maud, con la que acaba casándose, propician que algunos de los sueños se produzcan en el propio hogar.

Otro sueño nos introduce en un mundo cuántico, en el que la constante de Planck, que en unidades usuales es extremadamente pequeña, aumenta su valor de manera que los fenómenos cuánticos invaden la vida diaria. Las conferencias sobre la estructura de los átomos y de los núcleos se alternan con las imaginaciones de un macrocosmos cuántico en el que se describe, por ejemplo, un billar cuántico o la cacería de un tigre a lomos de un elefante, pasando por un caso macroscópico del efecto túnel. En la descripción del movimiento de los electrones en el átomo Gamow describe al padre «Paulini» como garante de la moral electrónica, según el Principio de Pauli, que vigila que no más de dos electrones sigan un mismo camino, y evita los «ménage à trois» que siempre «gives a lot of problems, you know». El pobre Mr. Tompkins se encuentra desaparejado en un átomo de sodio hasta que el fraile le orienta hacia un átomo de cloro para aparejarse y formar una molécula de sal, lo que le despierta en forma de enlace iónico.

La revisión de la obra ha corrido a cargo de Russell Stannard, autor de una trilogía sobre un personaje llamado «Uncle Albert» (*The Time and Space of Uncle Albert, Black Holes and Uncle Albert, Uncle Albert and the Quantum Quest*). La nueva edición añade algunos capítulos que, ciertamente, Gamow hubiera introducido en una reedición de la obra. Describen, supuestamente en el mismo estilo, los avances de la física desde la muerte de Gamow. Los nuevos capítulos se refieren a los quarks, al modelo estándar de las partículas elementales, a las supersimetrías, etc.

El nuevo texto quita una cierta frescura al original. Podríamos decir que lo hace más políticamente correcto. Por ejemplo, Stannard

cambia el título original de uno de los capítulos: «The Gay Tribe of Electrons», por el de «The Merry Tribe of Electrons» (lo que, dicho sea de paso, nos recuerda la rápida variación del sentido de algunas palabras). Otro ejemplo es la sustitución de la caza del tigre por la matanza de un insecto, cuya piel no es tan codiciada; o la sustitución de expresiones como «By Jove!» por un más correcto «Ah!».

La revisión también elimina algunas de las referencias más o menos jocosas a muchos científicos. Por ejemplo, las ya mencionadas referencias a su colaborador Teller. O la representación de Hoyle en un capítulo titulado «La Ópera Cósmica», en la que el gran defensor de la producción continua de materia que supone el modelo del universo del estado estacionario, surge de la nada. También la nueva edición elimina algunas imágenes no del todo correctas desde el punto de vista científico. Teller atribuye a Bethe la estimación de que los libros de divulgación de Gamow son un 90% correctos y se pregunta cuántos libros superan tal porcentaje, sospechando que un grado de corrección superior podría ser terriblemente aburrido. La verdad es que yo he disfrutado más releendo la obra original, con toda su frescura, que la nueva edición.

Cromodinámica cuántica

Es curiosa la imagen de las cargas eléctricas que propone Gamow cuando presenta a un fabricante de partículas en madera («The Woodcarver») que las distingue pintándolas de colores: rojas las positivas, como los protones, verdes las negativas y blancas las neutras, como los neutrones, según la teoría de los colores de Goethe, que considera dichos colores complementarios. Stannard, en una versión más moderna, sustituye el verde por el cian, su verdadero complementario. Se estaba aún lejos de la aparición de la actual cromodinámica cuántica, que atribuye colores a las cargas fuertes de los quarks en una imagen muy adecuada, ya que los quarks tienen tres colores, como tres son, para los físicos, los colores fundamentales. La nueva edi-

ción elimina la cajita de neutrinos que sus amigos teóricos regalaron al constructor y que éste no sabe si está llena o vacía, en referencia a los neutrinos propuestos por Pauli y aún no detectados por entonces. En cambio, añade un neutrino al proceso en que un neutrón blanco se transforma en rojo, un protón, y expulsa una manchita verde, un electrón.

En mi opinión hubiera sido mejor que Stannard hubiera dejado intacta la mayoría de los capítulos, limitándose a recordar al lector moderno la fecha en que fueron escritos y hubiera incluido los capítulos necesarios para actualizar el texto a los nuevos conocimientos. En este sentido es lógica la inclusión de un capítulo referente a agujeros negros y a la muerte térmica del universo, pero hay menos razones para sustituir el «universo pulsante» original por un nuevo «universo cerrado». Las mayores adiciones se hacen al final de la obra, donde se dedica un nuevo capítulo a describir la visita a un acelerador de partículas, ampliando y actualizando la breve referencia de la obra original. Manteniendo la mezcla entre parte de una visita real y otra imaginaria, Tompkins tropieza, cae y pierde el conocimiento, reapareciendo como el Dr. Watson ayudando a Sherlock Holmes en la búsqueda de la partícula Omega menos, la confirmación experimental del modelo SU(3). Una última conferencia del profesor, un epílogo y un glosario completan la actualización de la obra.

RESUMEN

Ramón Pascual comenta las aventuras de Mr. Tompkins, un personaje de ficción y a través del cual el físico de origen ruso George Gamow (1904-1968), quien no recibió el Premio Nobel pero sí se encuentra detrás de algunas de las ideas más importantes de la física actual, contribuyó a la divulgación de la ciencia en el mun-

do anglosajón, donde es muy popular. La puesta al día del personaje y su revisión, en el libro que comenta, ha corrido a cargo de otro conocido divulgador, Russell Stannard, quien, a juicio de Pascual, debería haber dejado la mayoría de los capítulos tal como se compusieron en su día.

George Gamow

The New World of Mr Tompkins

Cambridge University Press, 1999. 12 + 258 páginas. 12.44 libras esterlinas. ISBN: 0-521-63009-6

¿Qué será España?

Por Patricio Peñalver Gómez

Patricio Peñalver Gómez (Sevilla, 1951) es catedrático de Filosofía en la Universidad de Murcia y director de Programa en el Collège International de Philosophie. Es autor, entre otros libros, de *Márgenes de Platón*, *Del espíritu al tiempo*, *La deconstrucción*, *La mística española*, *Del silencio de Auschwitz a los silencios de la filosofía* y *Del Argumento de Alteridad*.

Con seguridad, no es casual la rica multiplicación de ensayos hoy sobre el «problema de España» (una expresión ya ella misma por cierto sin un átomo de neutralidad, cargada ya de prejuicios hermenéuticos, y de toda una retórica): hoy, en los últimos «circa» diez años. Como suele pasar, esta riqueza, desde luego que no sólo cuantitativa, lleva consigo su patología: proliferación compulsiva de libros, artículos y comentarios, muchas veces peor que prescindibles, o incluso claramente ruidosos, y desde luego un perceptible oportunismo en algunas de las maneras en que intelectuales y «scholars» de muy diverso pelaje se han venido enganchando al foro de una cuestión que, en cambio, en los ochenta y primeros noventa había estado poco menos que prohibida. La hipérbole escocerá a algunos, pero no exagero tanto: se releerá con provecho ahora, para medir la agresividad del contexto político-intelectual de entonces contra el planteamiento mismo de este tema, una inspirada columna de Francisco Umbral por aquellos años, titulada con mucha puntería: «A Felipe González no le gusta Unamuno».

Una cuestión o un problema, éste de España, que ahora, insisto, y en un nuevo viraje del péndulo, suscita pasiones ciudadanas, genuinas o reactivas, reaccionarias a veces si se quiere, y que en cualquier caso concita interés, intereses, subvenciones, audiencias, público y dineros. Pero la parte patológica no debe impedirnos ver la parte esencial, o si se quiere «sana», del fenómeno ya en sí mismo notabilísimo de un verdaderamente nuevo, y no sólo renovado, interés por la vieja, que no envejecida, cuestión de la esencia de España: la pregunta por qué es España, por qué será España (en lo que el cómplice lector habrá oído tanto el indicativo futuro como el implícito subjuntivo de interrogación). Cuando me-

nos ése sería mi diagnóstico sumario, como lector aficionado de esa literatura, casi un género literario, el «ensayo sobre España»: pasa por un buen momento, o también, y en el mejor sentido, por un momento «crítico». Es decir, por un momento de su evolución con suficiente fuerza como para permitir justamente que uno se atreva a tentarse las propias creencias, o a afrontar alguna «crisis de fundamentos» al respecto.

La esencia de España

Descreemos del apotegma hegeliano de la lechuza de Minerva, o de la vulgaridad goethiana de la teoría gris: no hace falta que algo se acabe, o pierda el verde de la vida, para que pueda uno ponerse a saber sobre eso con rigor teórico y solemnidad académica. La esencia de España en crisis, sometida a juicio crítico, el caso de ahora, no significa en lo más mínimo «adiós a España», previamente ésta metida en el saco del fácilmente denostable nacionalismo español; sino acaso enclave para alguna nueva aventura: nueva aventura del saber, y también, por qué no, nueva aventura histórica, social y política. Me atrevo a conjeturar al respecto, y sin poder entrar ahora en esto, que las causas de esta nueva reflexión, y de esta nueva inquietud, muy diversas en sus códigos, sus formatos, y sus tendencias, remiten a planos muy profundos de nuestro presente histórico, nacional, internacional, y mundial.

Sería no ya frivolidad sino en la mayor parte de los casos mendaz ideología manipuladora intentar explicar en términos de meros motivos coyunturales, esta nueva pasión, no sólo intelectual, no sólo política, de muchos y muy diversos españoles, ahora como nunca curiosos (es y no es la palabra) por qué será eso de España, y claro, también de paso por qué será de España. No vendrían, pues, al caso, o sólo poco, como explicación de esta «hispanomanía» reciente de intelectuales españoles, que contrasta con la hispanomanía británica evocada ahora en el libro de Burns, motivos coyunturales o relativamente superficiales: como las preparaciones y los ecos y el propio curso de la celebración ambigüísima del Quinto Centenario (del «Encuentro de las Culturas», del comienzo de la «Conquista de América», o del Genocidio), o la ocasión más

reciente, hace un par de años, del centenario de un momento emblemático, si es que no «fundacional», del género filosófico-literario «ensayo sobre España». Y a planos profundos del ser histórico español remiten también a su vez las actuales, sólo en parte coyunturales, tensiones políticas de superficie entre la nación española y los varios nacionalismos peninsulares.

Un elemento más que hace pensar, o que obliga a pensar el sentido y la posible singularidad, ya en su génesis pero también en su estructura, de aquella nación: la primera en surgir de entre las «naciones canónicas» europeas, suelen aceptar los historiadores. No sería muy desatinado interpretar aquellas tensiones centrífugas (que la Constitución del 78 quiso conjurar al mismo tiempo que legitimar hasta cierto límite), como tensiones derivadas de conflictos múltiples entre grupos de españoles aproximadamente conscientes de serlo, y grupos de otros españoles que dicen muy fuerte que no son/no quieren serlo, o que dicen que quieren serlo pero decididamente de otro modo (se ha hablado de nacionalismo «accidentalista»), o que están dispuestos a «conllevar España» (Rubert de Ventós) desde una «civilizada», y flexible, y orgullosa, conciencia periférica. A no ser que estas tensiones ligadas en su origen inmediato a una cierta coyuntura (digamos, el postfranquismo y la España de la Constitución, un parto con cesárea, traumático y «precoz», no digo que no indicado clínicamente) entre grupos de españoles que, en diferentes grados de intensidad, quieren y no-quieren serlo, se las interprete, como parece legítimo, como expresión de tensiones de estructura.

Ese componente reactivo y reaccionario, que interviene, es lo menos que se puede decir, en la discusión sobre los nacionalismos, o entre los nacionalismos, o más directamente en este caso frente al tópico de la ideología cosmopolita, que ve sumariamente en los nacionalismos irredentos el azote político de nuestro tiempo, viene mentado con donaire en el arranque del libro del mencionado Rubert de Ventós, *Nacionalismos* (Espasa, 1994), un esfuerzo explicativo y taxonómico al que quizá no se ha echado suficiente cuenta: «Miente es perezosa y reactiva-literalmente reaccionaria. Ella tiende a seguir un curso disperso y ondulado mientras ninguna irritación fuerte la sacude o altera. Pero es precisamente

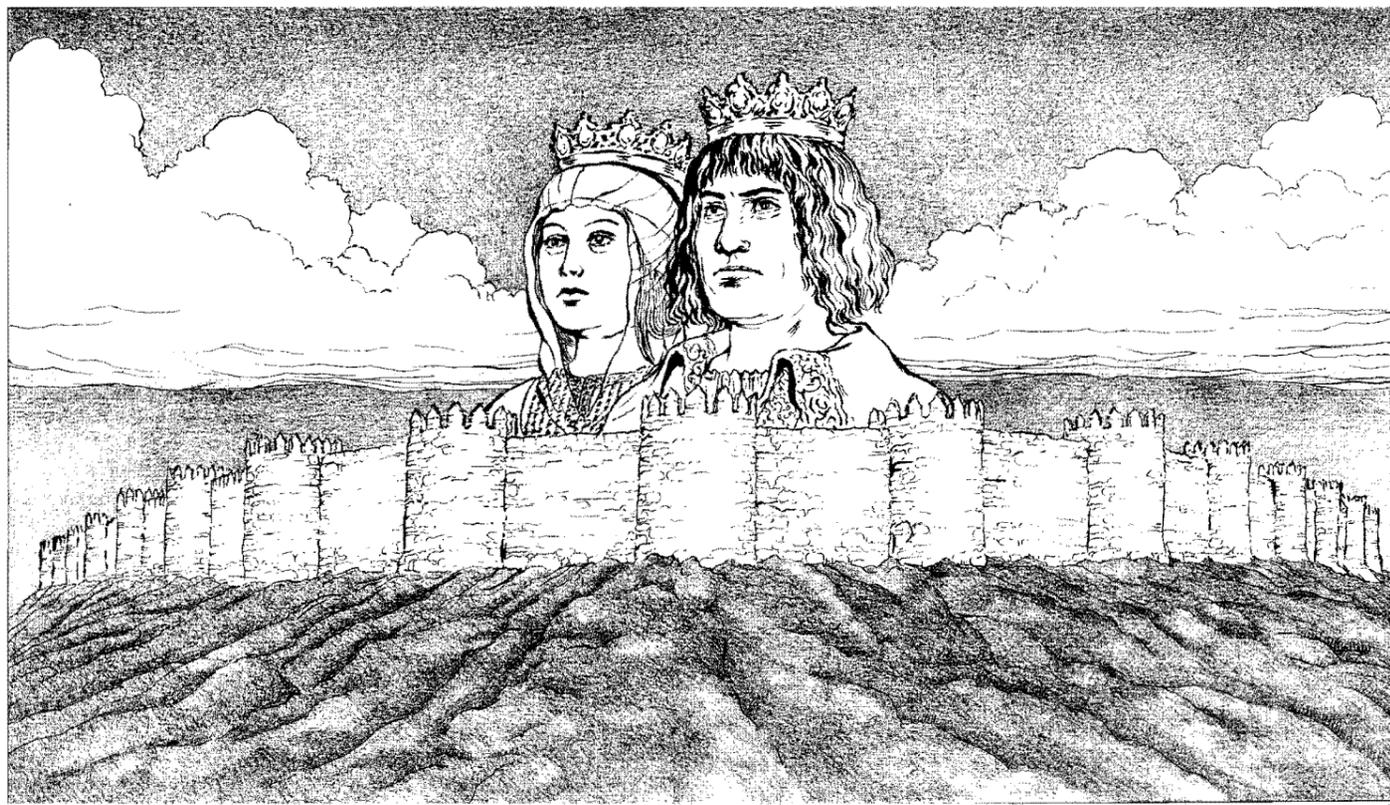
una irritación de esta naturaleza la que sienten cuando oye repetir hasta la saciedad algo que es estricta, rigurosamente falso; algo que difumina el perfil de las cosas e invierte el orden de las causas. Cuando oye, en efecto, que «el gran peligro y azote de nuestra época es la proliferación de nacionalismos irredentos, de etnias xenófobas, de fundamentalismos mesiánicos»».

Esas tensiones, fenoménicas y de estructura o de fondo, habrán sido, en suma, ocasión así de acercarse, sin demasiadas anteojeras especulativas o facilidades retóricas, a la cuestión esencial de la esencia de España. Pero este lenguaje enfáticamente ontológico, que de entrada asumo con todas las consecuencias, nos lleva ya al —consideramos— importante libro de Gustavo Bueno, que por lo demás se sitúa en las antípodas, desde más de un punto de vista, del pathos especulativo, moral y político del ensayista catalán.

Vengo diciendo esencia de España con todas las letras y con todo el énfasis filosófico-técnico en la latinización «realista» de la «ousía» y el «eidos» «idealistas» griegos, y con un oído puesto en sus armónicos con el «Wesen» germánico histórico y concreto; digo que vengo recurriendo lo más consciente de lo que digo que puedo, a lo que mucho oído entenderá como barbarismo, o como pedantería, o, algo peor, como caída en algún esencialismo metafísico, para así acercarme ya a mi preocupación principal en este comentario. A saber: dar cuenta y razón mínimamente, y con la reserva de algunas preguntas inquietas, de la legitimidad teórica y la pertinencia política de una propuesta formalmente filosófica acerca de la susodicha esencia de la odiada y amada, de la amado-odiada España en torno al 2000.

Ciertamente, de entrada habría que subrayarlo: son en alto grado problemáticas, discutibilísimas, tanto la «decisión» teórica del profesor Bueno aquí (sobre todo a propósito del concepto de «ortograma imperial» como concepto metódico para exponer la esencia de España), cuanto la toma de posición en política internacional (frente al europeísmo, frente a los ahí llamados «nacionalismos fraccionarios», pero también «a favor» de una Hispanidad intercontinental). Tesis discutibilísimas las de este libro (desde luego muy coherente, pero que no hay por qué «aceptar» en todos sus movimientos, ni desde luego en sus momentos de más combativa retórica, especialmente en la durísima requisitoria contra todos los herederos intelectuales, morales y sentimentales de Bartolomé de las Casas en el reexamen del Descubrimiento de América), sí. Pero lo menos que puede uno reconocerle a esta obra audaz es que merece una larga atención sostenida (digamos, hasta el final de sus densas 474 páginas, y claro está sin «saltarse» las más filosóficas: ontológicas, gnoseológicas, de Filosofía de la Historia y de Filosofía política).

No es éste el momento de subrayar una obviedad, subrayar la exigencia de este trámite de lectura. Muchos condenan de lejos ya el libro como restauración de la ideología imperial nacional-católica, y hasta «falangista» de un Hispanismo irredento. El caso es que aunque esta obra, como en general las del profesor Bueno, ha encontrado un público lector considerable, de hecho ésta es ya la segunda edición, el eco que ha encontrado en las páginas «culturales» de los medios de comunicación, o en revistas de opinión, se parece mucho a una especie de silencio, se diría a veces que inducido más que por simple indiferencia. Silencio inducido quizá también, ya en esa hipótesis, por el temor al «radicalismo» con que Bueno obliga, como suele, a tomar posición. Desde luego, muchas páginas



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

de este texto trasgreden, con libérrima «paresía», las pautas de lo políticamente correcto; muchas páginas, pero véanse por ejemplo, sobre todo, las que zarandean sin piedad (y yo creo que con una dosis suplementaria de «humor») los ideogramas del europeísmo corriente, no quita que sean procedentes de discursos tan venerados como los de Husserl, Heidegger u Ortega, o de Laguna, filósofos del «europeísmo sublime».

Discursos, autores, éstos, venerados, sobre todo en sus solemnes gestos de europeidad universalista y espiritualista; ¿venerables? Puede uno hacerse la pregunta, y no simplemente por meter el palo en la rueda de la integración de España en las instituciones europeas. Por ejemplo, a propósito de la idea de Europa del último Husserl, una idea a la que se le suele poner música celestial cuando se la expone, uno puede hacerse algunas preguntas, o legítimamente inquietarse. El que se considera a veces último gran racionalista europeo dio carta de legitimidad filosófica, en sus célebres conferencias vienesas, y ya en el momento del nazismo ascendente, a la «exclusión» de Europa del pueblo gitano, sobre la base de la incapacidad digamos estructural de éste para dejarse iluminar por la antorcha del fuego de la razón revelada al pueblo griego. Y se recordará que un estudioso reciente de Husserl (Miguel García Baró, en *Vida y mundo*) ha podido encontrar en aquél, junto a una espléndida fecundidad intelectual, en algunas de sus decisiones o de sus cegueras filosóficas, el síndrome autorrepresor del judío fanáticamente asimilado a la cultura germánica.

Dicho esto, *España frente a Europa* pertenece y no pertenece al contexto de esa nueva inquietud intelectual y política que evocábamos más arriba. No habrá que insistir en lo primero. Esta obra cabe situarla primeramente en el espacio contextual intensamente polémico de los últimos diez años. Ahí se desarrolla, en efecto, con un aparato conceptual complejo, pero también con una interpretación muy comprometida y detallada en ocasiones de los enclaves históricos decisivos del devenir de España, una hipótesis que, al menos en el formato en que está expuesta, resulta dedidamente novedosa. En suma, es la hipótesis de que España no es originariamente

una nación, que su esencia histórica requiere que se la reconstruya en términos de «ortograma imperial». El cual se habría generado en los siglos medievales, al hilo de la Reconquista, precisamente con vistas a recubrir el Imperio Islámico, y que se habría vertebrado como Imperio efectivo, a partir del Descubrimiento y Conquista de América, en la Monarquía Hispánica de los siglos XVI al XVIII, y que seguiría dejando su huella en lo que a partir del siglo XIX, y en paralelo con las demás naciones canónicas europeas, se constituye como nación española.

¿España contra Europa?

Y al contexto de novedosas inquisiciones y debates sobre una tan zarandeada como saludabilísima «esencia» de España pertenece también, y aunque sea en términos de una fortísima polémica, la decisión, hasta cierto punto «justificada» en el libro de Bueno, de poner, si cabe decirlo así, España frente a Europa, si es que no contra Europa (pero en todo caso sería una cierta Europa, la que se modela según las sociedades marcadas por la modernización calvinista, la Europa protestante, que encontró sus mayores aliados en el mito de la conciencia privada, en el imperialismo colonial depredador holandés e inglés, y en el industrialismo posibilitado por las materias primas robadas en partes indefensas del planeta). A este respecto, la hipótesis sobre la esencia imperial de España se vincula con una reelaboración de la esencia histórica del Catolicismo, y con una energía, aquí y allá alguien dirá que hiperbólica, inédita desde Unamuno.

Seguramente parte de ese suplemento de «exageración», o de lo que otros llamarían «radicalismo», en la cuestión España frente o incluso contra Europa, nace de que desde el 98 más o menos ha devenido poco menos que dogma intangible en nuestros parajes la ideología según la cual España a lo más que puede aspirar es, si acaso, a ser «problema», pero que la «solución» es Europa (incluso muchos nacionalistas de los que llama Bueno «fraccionarios», no «canónicos», pueden coherentemente ver Europa, la Europa de las

regiones y las nacionalidades, como «solución» a sus problemas con España). En el momento en que aquella fórmula se expuso por primera vez a primeros del siglo pasado, en un contexto regeneracionista, se trataba de una tesis con una parte de audacia, y en aquel momento seguramente políticamente útil. Pero en los últimos 25 años, el sentido, intelectual, económico y político, del europeísmo ideológico, se ha desplazado, se sitúa en otras coordenadas. Ese europeísmo tiene un formato que podríamos llamar teleológico-coercitivo: España debe ser/será/es Europa, donde Europa se entiende en clave de club de Estados europeos configurados según la Modernidad protestante. Y cabría matizar que ese europeísmo ideológico y sumiso no podría registrar las profundas tendencias intelectuales europeas de algunas de las más genuinas tradiciones españolas, las que ha mostrado recientemente el libro de José María Beneyto *Tragedia y razón* (1999), en continuidad metódica con la *España inteligible* (1985) de Julián Marías.

Pero sugería ya anteriormente que este libro desborda al mismo tiempo el contexto de las discusiones intelectuales, historiográficas y políticas sobre la esencia histórica de España. Se trata, en efecto, de un libro nítidamente filosófico, en el sentido crítico-académico de la Filosofía. Se trata de una filosofía de la historia de España: una interpretación y una explicación de la esencia histórica de España a partir de la hipótesis del «ortograma imperial». (El concepto de «ortograma», como «materia formalizada» capaz de actuar como programa en la conformación de un material, lo introduce Bueno en *Cuestiones cuodliberales*, 1989, en el marco de una discusión sobre la idea de «falsa conciencia».) Una interpretación y una explicación filosófica, y en el código de Bueno esto significa algo muy preciso: un saber que construye críticamente y dialécticamente Ideas (como «Nación», «Estado», «Imperio», «Historia Universal», ...), diferenciadas metódicamente de las Categorías propias de las ciencias regionales.

Un historiador «ad usum» pondría seguramente de entrada fuertes objeciones a un enfoque como éste: no sólo en referencia, digamos, a cómo interpreta concretamente Gus-

tavo Bueno por ejemplo la evolución del ortograma imperial desde la Edad Media, o el significado, según él relativamente menor, del erasmismo (sobreevaluado en virtud de la «erasmomanía» de la legión de estudiosos del siglo XVI encuadrados bajo la batuta de Bataillon), o las tensiones político-teológicas que desata el Descubrimiento de América; sino ya acaso también o sobre todo tal típico historiador pondría objeciones al tipo general de discurso que se presenta como filosofía de la Historia de España. Tanto más porque ese discurso trata sin muchas contemplaciones las debilidades teóricas de algunos historiadores muy celebrados.

Así, por ejemplo, y en las primeras páginas, a propósito de Henry Kamen en su libro sobre *Felipe de España*. Ahora bien, lo relevante aquí es que el paso a un plano propiamente filosófico (que nada tiene que ver con las conjeturas «ocurrentes» del estilo de las de Ortega sobre el fracaso del feudalismo en España) viene dado no por una decisión teórica «lógica» (en el sentido aristotélico). Más bien es que a dar ese paso vendría obligado (lo sepa o no, lo dé mal, bien o regular) todo estudioso «físico», material, de la esencia histórica de España, o de alguna parte o fase lo suficientemente relevante de aquélla. Y habrá incurrido en filosofía, en lesa positividad científica si se quiere, incluso aquel que repita solemnemente y vacuamente el tópico perezoso antiesencialista frente a toda «especulación». Y así, para explicar el sentido del concepto de «identidad» en una expresión tan ineludible, por problemática que sea, como «identidad española» —y al margen de la interpretación material que se le dé a esa identidad, o incluso, eventualmente, al margen de los argumentos para deslegitimar, por presunta falta de referencia, algo así como una «identidad española»—, se requiere una conceptualización propiamente filosófica o con una parte de filosofía. Como también la requiere explicar un concepto crucial de todo pensamiento político: el concepto de nación.

De hecho Gustavo Bueno dedica unas páginas muy elaboradas a la determinación del concepto de nación y a sus cuatro sentidos:



Viene de la página anterior



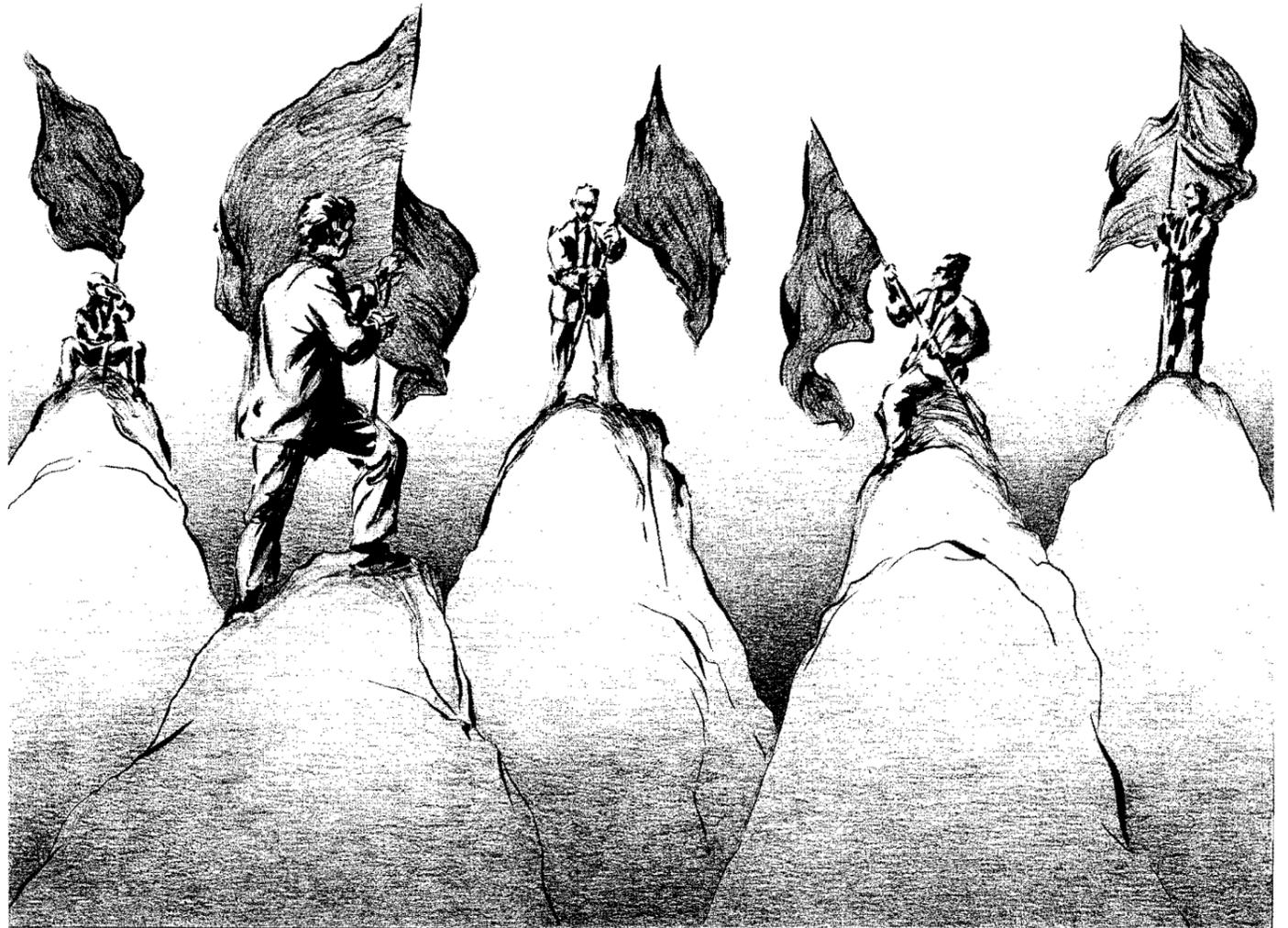
¿Qué será España?

biológico, étnico, político, y «fraccionario». En la argumentación del libro esa explicación viene exigida para precisar en qué sentido, y si bien la realidad social hispánica habría llegado a constituirse desde luego como una nación política «canónica» en el curso del ascenso histórico de la burguesía y de la constitución del «pueblo» como base del Estado moderno, sin embargo, y como reza el título del largo capítulo II (pp. 77-171), «España no es originariamente una nación». Pero es que ya de entrada, el «fenómeno» masivo de España —si cabe hablar así— sugiere la exigencia de un desbordamiento de las categorías puramente historiográficas. Se diría que tratar España como un ejemplo entre otros de nación política, canónica, europea, moderna, o incluso, en hipótesis más económica, como una de las Naciones Estados integradas en el marco jurídico internacional de la ONU, supone una coerción, una distorsión. De ahí que ya desde las primeras páginas, y esto parece funcionar como una especie de premisa intuitiva, la identidad de España se sitúa de entrada en la perspectiva de la Idea de Historia Universal (en un sentido muy manifiestamente hegeliano), una Idea básica (y crítica, o posiblemente crítica) de la Filosofía de la Historia.

Viejo litigio

De manera que este libro podría leerse como un texto que reedita muy novedosamente el viejo litigio que enfrenta a filósofos e historiadores en un marco conceptual muy marcado por el ideograma historicista del «todo es histórico». Viejo litigio, tan viejo que podría remontarse a Aristóteles, al «dictum» de la *Poética* (precisamente ampliamente estudiado por el mismo Bueno en *El individuo en la historia*, 1980), y según el cual la poesía es más «sabia», más científica, o más filosófica, que la historia: un «dictum» que se presta, curiosamente, al equívoco de una lectura anacrónica en clave irónica. Por otra parte, el hilo de esa argumentación filosófica en polémica no tanto con la Historiografía cuanto con el uso acritico de conceptos filosóficos por parte de aquélla (uso que habría, lo reiteramos, también en el caso de que se proclame el nominalismo más intransigente), cabe ponerlo en conexión con el hilo de una reflexión de tipo filosófico-político.

De hecho, el libro permite una cierta puesta a punto, y aplicación en un ámbito histórico preciso, de los conceptos desarrollados en forma más teórica en el poco leído *Primer Ensayo sobre las categorías de las «Ciencias Políticas»* (Logroño, 1991), un ensayo que se propone explicar la estructura de la «sociedad política» como una organización nunca homogénea (constituida por partes diferenciadas), que requiere un nivel de complejidad (las tres capas: conjuntiva, basal, y cortical), y cuyo fin sería la «eutaxia», en un sentido que generaliza y rectifica el sentido



FRANCISCO SOLÉ

contextual del término en Aristóteles (*Política*, VI, 6).

Para precisar el alcance, y la virulencia, de esta teoría de España hay que añadir que el horizonte estructuralmente filosófico de la pregunta (que a muchos parecerá, frívolamente, retórica, o etérea) «¿Qué es España?», remite al mismo tiempo a un horizonte práctico, proléptico: «La pregunta “¿Qué es España?”», en el contexto de la Historia Universal, la entendemos, por tanto, como una pregunta práctica por su identidad, que comprende en sí a otras muchas preguntas trascendentales: ¿Qué es España en su realidad histórica? ¿Qué será de España en el conjunto de otras identidades que amenazan su realidad, o que, por el contrario, pueden ayudarla? ¿Merece la pena —a los españoles, y también acaso a otros que no lo sean— actuar en el sentido de procurar mantener la identidad de España en los siglos venideros?» (p. 33).

Queda desde luego el reconocimiento abierto del interés intrínseco y la riqueza intelectual del libro (interpretación comprometida de todos los enclaves decisivos del devenir de la identidad de España, clarificadora actividad taxonómica, pero también una documentación fuera de lo común) no podría,

no debería minimizar las dudas, las considerables preguntas inquietas que suscita a muchos la lectura de esta obra. Destacaría al menos tres, y formuladas en su esquema mínimo. El primero sería el problema del español «mulsmán»: la parcialidad de la Edad Media española propuesta por Bueno no sería sólo un elemento de la propia consecuencia con que se afirma la tesis del ortograma imperial supuestamente constituido en la Reconquista; sería también, quizá, parcialidad que afecta gravemente, se diría «a priori», al alcance cognoscitivo de la explicación, y no sólo de la Edad Media.

¿Cómo podría inscribirse, o reinscribirse, en el libro que comentamos, por ejemplo, el material histórico tratado en una obra como la *Historia del Reino de Granada* (desde 1246 a 1833) (reseñada por Domínguez Ortiz en las páginas de «Saber/Leer», nº 142, febrero 2001)? O bien, y por plantear la dificultad a lo Borges: ¿es que no significa nada en el siglo XVI español el historiador arábigo Cide Hamete Benengeli? ¿O el Calderón autor de *El Tuzaní de la Alpujarra*? Segundo problema: el dilema relativismo cultural/ absolutismo cultural, así como la opción abierta por el segundo ejercida con todas las consecuencias (pp. 324-357, 370-386) a propósito de la expansión imperialista a América de la Monarquía hispánica, parecen insuficientes para interpretar, filosóficamente, si se quiere, el choque entre civilizaciones, por más que efectivamente «asimétricas», que tuvo lugar en el proceso de construcción de un Imperio que esencialmente habría sido «no depredador», sino «generador».

El formidable tema de la traducción, sobre todo de los textos neotestamentarios a las lenguas amerindias, no podría omitirse. Y desde luego, la crítica a las reivindicaciones retóricas de un Las Casas sentimental no basta para darle la razón a un «racionalista» Sepúlveda. La fulminante refutación «ad hominem» de Sánchez Ferlosio (autor del no citado, incluíble sin embargo, «Esas Yndias

equivocadas y malditas», in *Ensayos y artículos*, II, 1992) hace poca justicia, es lo menos que cabe decir, a una tentativa de clarificación que no puede resumirse en términos de simple «relativismo cultural», y que orienta decisivamente el ensayo de Fernández Buey sobre Las Casas (*La gran perturbación*). Y en fin, pero ya lo anterior lleva a un tercer problema, más estructural, sería el suscitado por la necesidad de una reflexión de segundo nivel acerca de esta tesis sobre España, una reflexión que proyectara sistemáticamente en todo el material de análisis del devenir de España la dialéctica emic/etic, que el mismo Bueno ha expuesto en *Nosotros y ellos* (1990). Ese opúsculo magistral proponía «in fine» una ontología dialéctica, y una perspectiva evolucionista y diamérica, que habría que aplicar a la esencia histórica hispánica en el trance de la confluencia turbulenta de las culturas diferentes.

Preguntas inquietas que se alimentan, se ve, en buena medida, del espacio teórico generado por el filósofo de Oviedo. Seguido por muchos, pero acaso no lo suficiente por quienes más debieran, por volver al punto del injusto relativo no-eco inmediato de este libro en algunos medios. Si cabe por una vez pasar de la categoría a la anécdota: en una reciente conferencia dada en una Facultad de Filosofía por Bueno sobran varios dedos de una sola mano para contar los profesores asistentes de ese Centro, en una sala, eso sí, llena de atentísimos estudiantes de Filosofía y de profesores de otras Facultades. □

RESUMEN

En opinión de Patricio Peñalver, en la tradicional polémica histórica, sobre el problema de España y su esencia, la pregunta ya no es qué es España sino qué será España (y por parte de algún ensayista qué será de España). En este contexto destaca un trabajo de Gustavo Bueno que rescucita el viejo litigio entre filósofos e historiadores y en el que tercia polémicamente en la cuestión. Su obra, que es nitidamente fi-

losófica, parte de la hipótesis de que España no es originariamente una nación, sino que su esencia histórica requiere que se la reconstruya en términos de «ortograma imperial» (para Bueno el ortograma es la «materia formalizada» capaz de actuar como programa en la conformación de un material) y poniendo a España frente a Europa, si es que no contra Europa.

Gustavo Bueno

España frente a Europa

Alba Editorial, Barcelona, 2000. 474 págs. 3.200 ptas. ISBN.- 84-89846979

En el próximo número

Artículos de Ignacio Sotelo, Javier Tusell, Valeriano Bozal, Antonio Córdoba, Juan Ortín y Medardo Fraile.

El concepto de globalización desmenuzado

Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran *Sociología de América Latina*, *Del leninismo al estalinismo* y *El socialismo democrático*.

Desde comienzos de los noventa tal vez el concepto más manido, y desde luego más confuso y peor entendido, ha sido sin duda el de globalización. El que Guillermo de la Dehesa en un libro escrito con claridad meridiana y abundante información, proveniente de fuentes bibliográficas muy bien seleccionadas, haya desmenuzado este concepto en sus diversas significaciones y contenidos —se trata primero de entender— y luego desde una dimensión crítica haya estimado sus consecuencias, subrayando los elementos positivos para el crecimiento económico y la convergencia mundial, pero también los negativos, en cuanto tiende a «fragmentar la producción, los mercados laborales, las entidades políticas e, incluso, las sociedades» (pág. 13), constituye una hazaña que merece ser resaltada.

Con el término de globalización se alude a fenómenos distintos, aunque interrelacionados, como la expansión del comercio internacional, las inversiones directas de empresas multinacionales por todo el planeta, la rapidez con que se traslada de un país a otro un capital financiero especulativo. Globalización es un concepto reciente para describir fenómenos que realmente ocurren desde hace mucho tiempo; en rigor, desde la expansión ultramarina de Europa a comienzos del siglo XVI con el primer capitalismo comercial, y en un sentido más preciso, desde finales del XIX con el capitalismo industrial ya plenamente desarrollado, aunque con la interrupción que hasta la caída del muro de Berlín impuso la primera guerra mundial. Se podrá criticar el concepto —se han utilizado otros, como mundialización, internacionalización de la economía—, pero lo que no se puede hacer es meter la cabeza debajo del ala e ignorar lo que está sucediendo, guste o no guste. En suma, aunque todavía queden muchas barreras que restringen los mercados de trabajo, bienes y servicios, la globalización da



JUAN RAMÓN ALONSO

cuenta de la creciente libertad económica que caracteriza al mundo en que vivimos. Ciertamente que una progresiva desregulación conlleva un grado superior de integración mundial, pero también desfases y fragmentación con costes altos para algunos sectores sociales. Al subrayar tanto la interconexión de los procesos productivos, que permite deslocalizar la producción en tramos según las ventajas que ofrezca cada país, como sobre todo la unificación de los mercados financieros, el concepto de globalización implica bastante más que la adaptación de la economía a un solo mercado mundial, mundialización, concepto este último que se maneja desde finales del siglo XIX.

Importa desde un principio subrayar que la globalización, como concepto que acoge distintos fenómenos reales que convergen en la apertura de los mercados de capitales, bienes y servicios, en estos últimos años ha conseguido tal preeminencia, debido, en primer lugar, a la última revolución tecnológica con

las posibilidades que ofrecen los nuevos medios de transporte y sobre todo de telecomunicación que, al abaratar los costes de una manera espectacular —«el coste de una llamada telefónica de Nueva York a Londres era de 300 dólares en 1930, de 50 dólares en 1960 y de menos de un dólar hoy» (pág. 19)—, han convertido el planeta en una pequeña aldea en la que todos están intercomunicados. En segundo lugar, se ha extendido con tal rapidez gracias al derrumbe del mundo comunista, lo que explica que el concepto de globalización se haya extendido, precisamente, en la década de los noventa. Llama la atención, sin embargo, que el autor no mencione este hecho capital, sino sólo su consecuencia, que haya aumentado la liberalización de los intercambios, gracias a las negociaciones multilaterales en el GATT, la OMC, la OCDE o el FMI. El que China esté a punto de entrar en la OMC no se concibe sin la desaparición del bloque comunista, que es, en definitiva, el factor decisivo para que se diera una liberalización a nivel mundial. La confluencia de estos dos factores, la revolución tecnológica y el desplome del comunismo —ambos tal vez más relacionados entre sí que lo que a primera vista se piensa— explica la importancia que la globalización ha adquirido en la década de los noventa. Pero importa tener muy presente que no es causa, sino más bien consecuencia de lo ocurrido. Una tasa de desempleo alta y la crisis del Estado de bienestar no son productos de la globalización, como pretenden muchos de sus críticos, sino de los dos factores, la revolución científico-tecnológica y la desaparición del bloque comunista, que han facilitado la globalización. No es que la glo-

balización sea el origen de la desregularización, sino, a la inversa, porque la revolución tecnológica y la desaparición del comunismo han favorecido la desregularización, la globalización ha podido reforzar la tendencia liberalizadora.

Hegemonía mundial

El libro de Guillermo de la Dehesa explica bien los hechos económicos, menos los sociales, aunque alude claramente a los perdedores en nuestros países, el sector agrícola y los obreros no cualificados, pero deja de lado los políticos, de modo que apenas se menciona la hegemonía mundial de Estados Unidos como uno de los factores determinantes de los fenómenos que subyacen en la noción de globalización. Por ejemplo, no se pregunta por la relación que existe, en el caso de que todavía exista, entre supremacía militar y económica. Las Fuerzas Armadas norteamericanas, contando con capacidad operativa para intervenir en cualquier rincón del planeta, no tienen un rival a su altura, de modo que la militar es la globalización más plena y cabal de las existentes. Como no podía ser de otra forma, el capítulo que dedica a la globalización de la industria cultural y su influencia sobre las distintas culturas nacionales, gira en torno a la supremacía estadounidense, hasta el punto de que cabría preguntarse si la globalización no sería más que la americanización del planeta en una sola cultura que se expresa en inglés. El autor reconoce ob-



En este número

Artículos de	
Ignacio Sotelo	1-2-3
Javier Tusell	4-5
Valeriano Bozal	6-7
Antonio Córdoba	8-9
Juan Ortín	10-11
Medardo Fraile	12

SUMARIO en página 2



El concepto de globalización desmenuzado

viamente el dominio norteamericano en la industria del ocio –hubiera sido interesante que hubiera señalado también la preeminencia americana en otros servicios no relacionados con el turismo y el tiempo libre–, pero aunque muy consciente de las reacciones que este dominio desata, no cae en las exageraciones de Samuel Huntington sobre los choques entre las culturas, y apuesta por su sobrevivencia. Coincide así con Umberto Eco que vislumbra para el nuevo siglo lo que ya ocurrió en el helenismo, que en vez de imponerse el latín, que es hoy el inglés, prevalece el multiculturalismo. «El modelo del milenio será san Pablo, que nació en Persia, de una familia judía, que hablaba el griego, leía la Tora en hebreo y vivió en Jerusalem, donde hablaba el arameo y cuando se le pedía el pasaporte era ciudadano romano» (pág. 198). Si a veces se simplifica demasiado, al confundir la globalización con la primacía norteamericana en el mundo, el libro que comento, en cambio, adolece de no entrar de manera directa en la relación existente entre globalización y he-

gemonía norteamericana, aunque señale claramente las ventajas inmensas que la dolarización creciente, en buena parte resultado de la globalización, reporta a Estados Unidos (págs. 144-145).

También ha dejado fuera –tal vez para una publicación posterior– el análisis de las tendencias que se oponen a la globalización, entre ellas la regionalización, así como las distintas formas de movilización social que provoca. El error consiste en extrapolar la tendencia actual al futuro, sin tomar en consideración la reacción que produce. Por lo pronto, la regionalización está actuando en sentido inverso, al configurar regiones económicas altamente integradas, como la Unión Europea, el Tratado de Libre Comercio en Norteamérica o Mercosur en Sudamérica, capaces de resistir mejor las presiones exteriores, y en la que los Estados siguen desempeñando un papel decisivo. Ni que decir tiene que el proceso de integración europea o sudamericana plantean otros y más peliagudos problemas a los Estados que la globalización, al exigirles un mayor grado de transformación interna. Algunos Estados, como Alemania, descubren en el liderazgo de estas organizaciones regionales el instrumento adecuado para actuar en el mundo. Globalización y regionalización son así fenómenos contrarios, pero complementarios. A su vez la izquierda socialista intenta rehacerse del desastre que para ella ha significado el derrumbe del «socialismo real», señalando como adversario principal a la globalización. Y lo hace, paradójicamente, desde un marxismo que contradice al Marx que vió en la expansión mundial del capitalismo la condición necesaria de la revolución socialista, que sería mundial o no sería. En todo caso, la globalización confirma el análisis que del capitalismo hizo Marx, como la fuerza que unificaría al planeta. Por consiguiente, oponerse a la globalización sería enfrentarse, no sólo al sentido de la historia, sino a la condición indispensable para una posible revolución socialista.

El libro descuella por la claridad con que expone problemas tan candentes como el im-

pacto de la globalización sobre la distribución de la renta; las razones económicas de que en un mundo global aumenten las compañías multinacionales, con tendencia a convertirse en globales; la incidencia que la globalización tiene sobre el empleo y la migración. El lector agradece una exposición breve y sobre todo tan comprensible como convincente de problemas intrincados, sin que se omitan, como suele ocurrir entre los liberales fundamentalistas, las consecuencias negativas que la globalización tiene para los países más pobres y para algunos sectores sociales de los países ricos. En 1850, antes de que empezara el proceso de globalización, la diferencia entre los países más ricos y los más pobres era de 4 a 1; en 1913, al final de la primera etapa de globalización, la diferencia era de 10 a 1.

Diferencias entre países ricos y pobres

En esta segunda fase, las diferencias entre países ricos y pobres crecen con mayor rapidez. En 1960, la diferencia entre los países de la OCDE y los más pobres era ya de 30 a 1; en 1997, de 74 a 1. De la misma manera, en el interior de los países, la riqueza se acumula en un sector cada vez más pequeño de la población. «Hoy las 200 personas más ricas del mundo acumulan una riqueza total equivalente a la renta anual generada por el 45 por 100 de la población mundial, 2.400 millones de personas» (pág. 52). En Estados Unidos la diferencia media entre el salario de un obrero y el sueldo de ejecutivo se ha multiplicado por 6 entre 1990 y 1998. Los sueldos de la población mejor preparada tienden a subir, mientras que disminuyen los salarios de los trabajadores. A lo largo del siglo XX hasta 1973, habían crecido a una media del 1,9 por 100; a partir de esta fecha han bajado a una media del 0,4 por 100. El descenso más significativo alcanza a los salarios de los obreros no cualificados. En suma, los países ricos son cada vez más ricos y los más pobres, todavía más pobres. A su vez en los países más adelantados mejoran las rentas de la po-

blación preparada y disminuyen las de la masa laboral no cualificada, tal como había pronosticado Marx que ocurriría con la expansión mundial del capitalismo. El aumento vertiginoso de la desigualdad es un fenómeno mucho más amplio y de mucho mayor calado que la globalización, pero indudablemente está conectado con ella, al ser la forma que adopta el despliegue del capitalismo.

Lástima que en el espacio disponible no podamos entrar en el capítulo, enormemente interesante, que trata de las crisis que ha arrastrado consigo la globalización financiera, un tema, no lo olvidemos, del que también se ocupó Marx el primero. Este capitalismo de casino, como con razón se le ha llamado, efectivamente plantea problemas serios, al ser corresponsable de algunas crisis financieras, la de México de 1994 o la asiática de 1997, pero no hasta el punto de que haya eliminado la capacidad de respuesta de los Estados, al menos, no de todos los Estados. Por grande que sea la confluencia global del capital financiero, aun así, el precio del dinero varía de país a país, así como los coeficientes de ahorro y de inversión, lo que indica que las variables nacionales, mentalidad, formas de comportamiento, así como las institucionales, siguen jugando un papel decisivo.

El autor se distancia de un liberalismo a ultranza que incluso pone en tela de juicio la misma pervivencia del Estado. El Estado habría servido en una etapa del capitalismo que ya habría finalizado; nadie le quita méritos en el proceso, ya agotado, de desarrollar un capitalismo que se movía dentro del territorio estatal. El Estado ciertamente proporcionó al capitalismo el marco jurídico que lo hizo viable, a la vez que intervenciones continuas de su parte evitaron o recondujeron conflictos sociales que hubieran podido desembocar en una revolución social. Pero después de la caída del comunismo, con la experiencia trágica que ha dejado como única herencia –un terrorismo de Estado, mezclado a una gran ineficiencia– la época de las revoluciones pertenecería ya indefectiblemente al pasado, y

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«El concepto de globalización desmenuzado», por Ignacio Sotelo, sobre <i>Comprender la globalización</i> , de Guillermo de la Dehesa	1-2-3
«La bomba atómica y las relaciones internacionales», por Javier Tusell, sobre <i>Cold War Statesmen confront the Bomb. Nuclear Diplomacy since 1945</i> , de John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May y Jonathan Rosenberg	4-5
«Goya en la tradición española», por Valeriano Bozal, sobre <i>Goya. Tradición y modernidad</i> , de Fred Licht	6-7
«Las Matemáticas en el Siglo de las Luces», por Antonio Córdoba, sobre <i>Introductio in analysim infinitorum</i> , de Leonhard Euler	8-9
«El hombre y los virus: historia de una relación», por Juan Ortín, sobre <i>The invisible enemy. A natural history of viruses</i> , de Dorothy H. Crawford	10-11
«Un bombón de novela», por Medardo Fraile, sobre <i>The Discovery of Chocolate. A Story of Love, Chocolate and a Greyhound called Pedro</i> , de James Runcie	12

Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

el capitalismo, sin una alternativa en el horizonte que pueda competir con él, precisaría en estas circunstancias ya mucho menos del Estado.

Al poner énfasis en la impotencia del Estado ante una economía globalizada, de lo que se trata en el fondo es de justificar la supresión de las obligaciones sociales del Estado, con una política de desregulación general que llegue a privatizar, no ya sólo a las empresas públicas, por definición poco eficaces, sino hasta la política social: sustituir la sanidad pública por la privada, y que cada cual se asegure según valore su salud; una educación privada, que la pague el que se aproveche de ella; organizar privadamente las pensiones, pagando las cotizaciones pertinentes a una entidad aseguradora privada, por principio, mucho más barata y eficaz, y un largo etcétera. Propuestas todas ellas basadas en el mismo supuesto dogmático: eficiencia de lo privado frente a la ineficacia de lo público, dogma que no se discute, pero que revela los intereses subyacentes. Claro que con una privatización generalizada de los servicios sociales, algunos quedarían fuera, incapaces por diversos motivos de asumir sus responsabilidades, pero para ellos ya están las iglesias y la beneficencia. La solidaridad no es una categoría económica, como Von Hayek ha insistido mil veces; y ya sabremos cumplir con nuestras obligaciones humanitarias en el plano que corresponde, que es uno estrictamente personal. Pero, por confundir el ámbito económico con el moral, no se puede arriesgar el dejar de ser competitivos en el mercado mundial.

Desmantelar el Estado

Con la privatización de las que se consideraron competencias exclusivas del Estado, como la seguridad ciudadana, hasta aquellas que consiguieron legitimarlo, la sanidad, la educación, la seguridad social, asistimos a un vaciamiento de las funciones del Estado. Pues bien, la última razón a la que se apela para justificar este desmantelamiento es la globalización. Tenemos que competir con países que no conocen nuestro Estado benefactor. El misterio de que tengamos crecimiento sin creación de empleo tendría una explicación muy sencilla: los salarios son demasiado altos, a los que todavía se añaden unos costes sociales excesivos. Desregulemos el mercado de trabajo, y habrá trabajo para todos. Ciertamente, para muchos los salarios, sin costes añadidos por despido y otras zarandajas, serán más bien bajos, pero en una sociedad competitiva a cada cual se paga según su rendimiento. Con salarios mí-

nimos establecidos por el Estado, no se podrá emplear sino a los más cualificados. En una economía global, también el salario habría roto las fronteras nacionales, y así como existe un mercado mundial de capitales, se estaría configurando un mercado mundial del trabajo. Y ante tal hecho, el Estado sería por completo impotente.

Guillermo de la Dehesa se distancia críticamente de la ideología liberal dominante y no acepta como oro de ley la opinión, cada vez más extendida, de que los Estados, al ser cada vez más débiles ante la globalización, no tendrían otro remedio que cumplir con las directivas de las multinacionales o de algunos organismos internacionales, que tanto da, es decir, la única salida en la actual coyuntura sería simplemente claudicar. Pero, ¿acaso es tan frágil el Estado? El dato contundente es que, a pesar de la globalización, el peso económico del Estado no ha hecho más que crecer. «En los países de la OCDE, el gasto público ha pasado de un 9 por 100 del PIB a principios de siglo a un 48 por 100 del PIB en 1999» (pág. 112). Por mucho que el liberalismo predique la reducción del Estado, mientras que la población tenga algo que decir en elecciones libres, habrá que garantizar a sus ciudadanos una vida digna, libre de los impactos negativos que provengan del exterior. De ahí que como medio de frenar el gasto público y aplicar políticas que contengan la inflación los Estados de nuestro entorno hayan transferido a la Unión Europea las competencias económicas más importantes. Ahora bien, con el traspaso de la política macroeconómica a los órganos comunitarios, los Estados miembros no se quedan sin tareas económicas, sino que simplemente son otras. Ahora el acento recae en las políticas institucionales y microeconómicas. Adquiere así un papel preponderante la educación —el nivel cultural de la población es el primer factor económico— y sobre todo, las políticas de apoyo a la investigación: la verdadera riqueza de un país consiste en el nivel científico y tecnológico alcanzado. La globalización no reduce el papel del Estado, sino que le da una nueva dimensión. Ello implica una consecuencia práctica de enorme trascendencia. Ante la globalización, los Estados no tienen que cruzarse de brazos, como predica el liberalismo, asumiendo pasivamente las políticas que les impongan desde fuera, sino que, como escribe Guillermo de la Dehesa, es preciso avanzar en «la reforma del Estado para adaptarse a las nuevas tendencias de la globalización que exigen una mayor dedicación a las políticas microeconómicas y, al mismo tiempo, una creciente colaboración entre el Estado y la so-

ciudad civil» (pág. 121), todo un programa político que tanto puede aplicar el centro-derecha como el centro-izquierda.

En suma, qué duda cabe de que estamos asistiendo a cambios importantes, a los que los Estados tendrán que adaptarse, y que unos sabrán hacerlo, saliendo robustecidos del empeño y otros quedarán sometidos a intereses foráneos, privados o públicos. Algo así ya se observa en el lejano Oriente: a unos, como Japón, Corea y Singapur les ha sentado hasta ahora mejor la globalización que a otros, como a Tailandia, Indonesia o Filipinas. Que es lo que, por otro lado, ya ocurrió en la primera expansión del capitalismo industrial a finales del siglo pasado; unos países salieron fortalecidos y otros degradados a la categoría de protectorados. Según la capacidad de acoplarse a circunstancias muy variables que muestren los distintos Estados, se produce un trasiego continuo de poder. Unos se hacen más fuertes y otros más débiles, hasta el punto de desaparecer. Unos nacen y otros mueren. Ahora bien, el que desaparezcan Estados no supone que lo haga el Estado.

Los Estados ciertamente sufren transformaciones profundas, de modo que dejan de ejercer determinadas actividades y competencias, que en el pasado parecieron esenciales, como la defensa y la seguridad interna, y empiezan a desempeñar otras que nadie hubiera considerado propias del Estado. Max Weber estaba cargado de razón cuando a principio de siglo se negó a definir al Estado, como hasta entonces era uso, por las funciones que desempeña, convencido de que eran muchas —en principio, todas— pero variando con el tiempo. Ahora bien, si definimos al Estado por las funciones que ha dejado de ejercer, estamos abocados al peligro de sacar la falsa conclusión de que el Estado estaría a punto de evaporarse, cuando lo único que se

volatiliza es la noción de Estado que llevamos en la cabeza.

Para el lector español tiene un interés especial las observaciones que hace el autor respecto al surgimiento de pequeños Estados, gracias a las condiciones que ofrece la globalización. En 1946 había 74 Estados y hoy ya se acercan a los 200. En una primera fase este aumento inusitado del número de Estados se debió a la descolonización de África y Asia, pero a partir de 1989, al impulso nacionalista, aunque la disolución de la Unión Soviética en buena parte haya también que interpretarla como una forma de descolonización. Las colonias rusas no perdieron este carácter por el hecho de configurar un continuo geográfico. Se explica esta proliferación de pequeños Estados —«en el mundo existen hoy 85 países de menos de cinco millones de habitantes, de los que cinco tienen menos de 2,5 millones de habitantes y 35 menos de medio millón» (pág. 108)— porque la globalización —el comercio y las finanzas internacionales— no sólo los hacen viables, sino a muchos de ellos incluso prósperos. «En un mundo cada vez más globalizado y más abierto es más fácil que se den situaciones de desintegración política. La globalización va a tender a favorecer los procesos de separatismo» (pág. 109). Exactamente lo contrario de lo que pregonan los periódicos españoles: el nacionalismo separatista no tendría sentido ni lugar en un mundo globalizado. Los gibraltareños quieren ser independientes de España a toda costa, porque sólo el carácter estatal les garantiza una forma de sobrevivencia en el sector de servicios bancarios o comerciales. La globalización, en vez de eliminarlos, favorece los localismos. Es algo que se debe tener muy presente, si se quiere entender lo que está ocurriendo en el mundo y, particularmente, en España. □

RESUMEN

Para Ignacio Sotelo, el ensayo de Guillermo de la Dehesa sobre la globalización está escrito con claridad meridiana y dimensión crítica, señalando las ventajas e inconvenientes de un fenómeno social, político y, sobre todo económico, que tiene su origen en el capitalismo industrial del siglo XIX, pero que ha adquirido su verdadero rostro tras la caída del comunismo. La globalización ha producido una drástica de-

sigualdad entre países ricos y pobres y el temor de llegar a una posible desmantelación de los Estados, lo que no es cierto del todo, pues la globalización no reduce el papel del Estado, sino que le da una nueva dimensión. Para el autor del libro, y lo subraya el comentarista, la globalización paradójicamente tiende a la creación de nuevos Estados, favorece los localismos y, por tanto, los procesos separatistas.

Guillermo de la Dehesa

Comprender la globalización

Alianza Editorial, Madrid, 2000. 248 páginas. 2.625 pesetas. ISBN: 84-20643858.

La bomba atómica y las relaciones internacionales

Por Javier Tusell

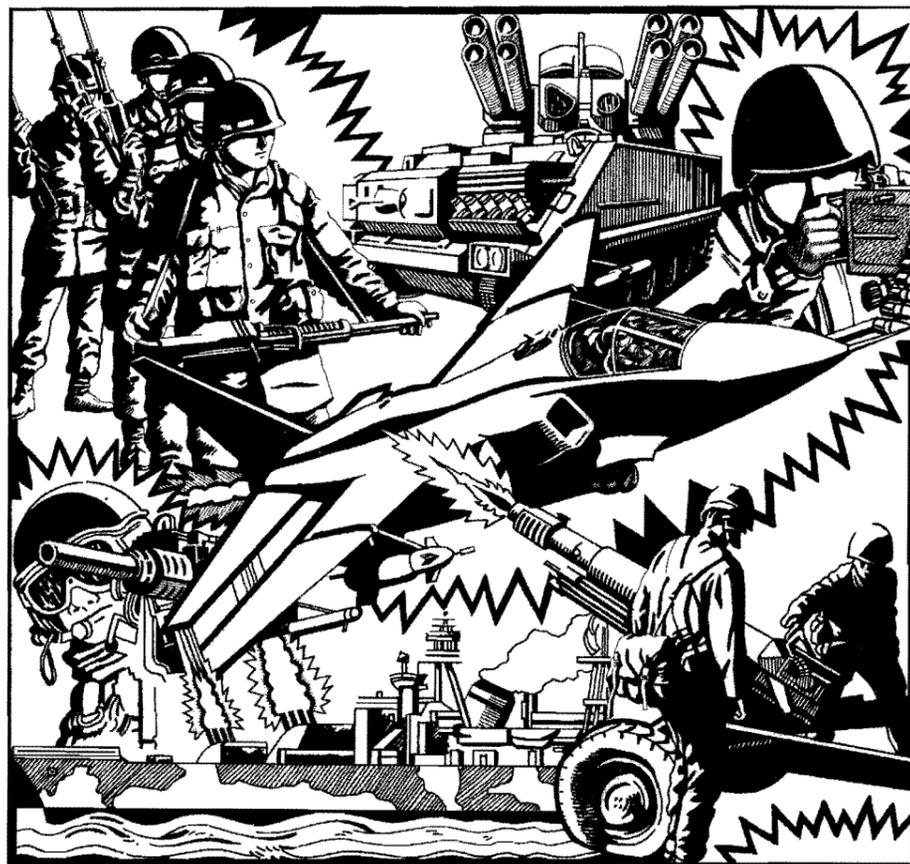
Javier Tusell (Barcelona, 1945) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ha publicado más de sesenta libros sobre la historia política española del siglo XX obteniendo, entre otros, los Premios Nacionales de Literatura (en sus modalidades de Ensayo y de Historia), el Premio Espejo de España y recientemente el Conde Godó de Periodismo.

Ahora que ha concluido la guerra fría y que los archivos soviéticos empiezan a ser accesibles podemos conocer de forma más exacta las percepciones que los dos grandes antagonistas tuvieron uno del otro a lo largo del período 1945-1990. Sobre el particular la existencia del arma nuclear jugó un papel de primera importancia. Los historiadores se han preguntado, en efecto, si la bomba atómica resultó determinante acerca de la conducta política de los dirigentes mundiales. Para algunos resultaría que habría jugado un papel decisivo de modo que se habría convertido en apropiada la frase de Churchill de acuerdo con la cual «la supervivencia se habría convertido en el hermano gemelo del aniquilamiento». En un determinado momento la bomba atómica por su propia capacidad destructiva habría paralizado la posibilidad de un conflicto mundial. Para otros, en cambio, la propia brutalidad de la guerra por medios convencionales, sin necesidad de nuevas armas, habría hecho imposible una guerra mundial después de la primera de no ser por una personalidad como la de Hitler, capaz por sí solo de provocarla. El arma nuclear habría sido, por tanto, irrelevante.

Los años cuarenta y cincuenta

En este interesante libro se plantea este interrogante a través del estudio de las sucesivas posiciones de los principales dirigentes mundiales. Fue Truman el único de ellos que la empleó para liquidar la resistencia japonesa. Para él concluir la guerra rápidamente era esencial y era muy consciente de que le podía ser reprochado el mal empleo de los fondos públicos por los enormes gastos en que se había incurrido al fabricarla. En un principio pudo verla como un testimonio de la potencia norteamericana y de la superioridad sobre el adversario: cuando se pensó fabricar un nuevo escudo presidencial por un momento pensó poner al águila norteamericana con el resplandor de una bomba atómica. No tardó, sin embargo, en pensar que la civilización no podría sobrevivir al estallido de una guerra nuclear. De ahí que insistiera en el control internacional de la energía nuclear y en el uso pacífico de la misma hasta 1948. El ataque comunista a Corea del Sur le hizo convencerse de que la URSS era una potencia carente de cualquier tipo de capacidad de colaboración y de la necesidad de tener una clara superioridad en este campo. Pero esto, a su vez, tuvo como consecuencia que los soviéticos siguieran la escalada nuclear.

Stalin murió cinco meses después de la primera explosión norteamericana de varios megatones y tan sólo cinco meses antes de la explosión del primer artefacto soviético transportable. El papel que para él tuvo el arma nuclear dependió de estas realidades cronológicas pero también de sus planteamientos de principio. Para él la paz y la guerra no eran tan claramente distinguibles porque el enfrentamiento entre socialismo y capitalismo era inevitable. Por eso se preparaba para la guerra siempre y en tiempo de paz trataba de conseguir las mejores condiciones posibles para la URSS. Tras la segunda guerra mundial lo que le interesaba era una paz durable y es-



J.M. CLÉMENT

table. Por eso sólo tras la victoria del comunismo en China consideró que era posible tatear en la misma zona una nueva expansión en Corea sin tener él mismo un protagonismo decisivo. Durante la guerra mundial no había prestado atención al desarrollo del arma nuclear hasta el momento de Stalingrado. Pero aunque lo hubiera hecho no habría tenido capacidad para crearla; sólo los Estados Unidos podían gastar 2.000 millones de dólares en ese proyecto durante el período bélico. La bomba norteamericana fue utilizada antes y con mayor potencia de lo esperado por Stalin, que en ningún momento había tratado de ganar la carrera a los norteamericanos.

A pesar de haber simulado considerarla irrelevante, cuando Truman le comunicó la existencia de la nueva arma, Stalin puso en marcha el proyecto propio de fabricarla con toda rapidez y sin escatimar medios. Probablemente la bomba soviética costó mucho más que la norteamericana y hubiera sido inconcebible que nadie excepto un dictador con todos los poderes concentrados en sus manos hubiera ordenado y conseguido construirla en un país como la URSS. Él mismo siguió el proyecto con toda detención y durante el tiempo en que no dispuso del arma nuclear, Stalin procuró no hablar de ella. Durante la segunda posguerra mundial se apresuró a fomentar la creación de movimientos destinados a la prohibición de la misma pero, al mismo tiempo, se negó a todo tipo de inspecciones del territorio soviético para comprobar que no la fabricaba. Fue, en fin, muy consciente de que los norteamericanos no tenían el propósito (ni tampoco la capacidad, porque de momento el arsenal nuclear era muy menudado) para lanzar un ataque sorpresa masivo. Por más que Truman durante la guerra de Corea esgrimiera el arma nuclear, lo cierto es que ni las autoridades políticas norteamericanas pensaron seriamente en la posibilidad de utilizarla ni tampoco los soviéticos lo temieron.

Extraño caso fue el de John Foster Dulles, el secretario de Estado norteamericano durante la etapa de Eisenhower. Su diagnóstico puede ser descrito como el de una «esquizofrenia» nuclear puesto que por un lado mostró una auténtica inquietud moral ante la bomba y sus consecuencias, en un primer

momento, cuando se utilizó en Hiroshima. Fue probablemente el único político importante que hizo algo parecido. A diferencia de Truman, que nunca se hizo interrogantes de fondo, se preguntó, desde su perspectiva cristiana, acerca del estallido de la bomba y llegó a pedir que se interrumpiera la campaña de bombardeos nucleares. Resultó, además, una de las personas que más tiempo persistió en el mantenimiento del programa de uso pacífico de la energía nuclear (Plan Baruch). Con posterioridad, no obstante, acabó por mostrarse partidario de una política de amenaza de masiva respuesta nuclear, si fuera necesario, frente al adversario soviético. En realidad nunca elaboró una verdadera doctrina sobre esta cuestión, pero la guerra de Corea le llevó a la convicción de que el adversario era un aventurero que podía poner en peligro la convivencia hasta el extremo de exigir ese tipo de bravatas. Con posterioridad, al frente de la política exterior norteamericana como Secretario de Estado, cambió considerablemente de criterio, incluso de semana a semana. Tanto él como Eisenhower amenazaron con el uso de armas nucleares y, desesperados por no poder detener la guerra de Corea, incluso pensaron en algún momento en la posibilidad de usar armas nucleares tácticas, a lo que el mando militar pretendía empujarles. Pero, al mismo tiempo, querían evitar la escalada del armamento nuclear y de las tensiones relacionadas con él, lo que explica el plan destinado a mantener los cielos abiertos para la inspección de este nuevo tipo de armas.

El caso de Eisenhower resulta también extraordinariamente paradójico. Fue la persona más competente en materia de asuntos de seguridad elegido para la presidencia norteamericana a lo largo del siglo XX, pero en absoluto puede ser considerado como un militar belicista, pretoriano o imperialista. Para comprender sus puntos de vista hay que remitirse a su experiencia durante la primera guerra mundial. No había sido un estudiante valioso, pero en Panamá en 1922 inició un aprendizaje de las doctrinas estratégicas que le convirtió en excepcional dentro del Ejército norteamericano. Se convirtió, además, con el paso del tiempo, en uno de los expertos fundamentales del país en materia de movilización de recursos materiales y humanos. De

todos estos factores derivó su idea estratégica fundamental: para él la superioridad material norteamericana era el elemento esencial para una victoria; por lo tanto no era necesario mantener un ejército muy poderoso ni proseguir una carrera armamentista enloquecida. Durante la segunda guerra mundial no hizo otra cosa que ratificar sus puntos de vista previos. Fue consciente de la necesidad de lograr la coordinación de las diversas armas y de una perfecta organización logística. Pero no tuvo nunca una pasión infantil por la guerra, como el general Patton. Nunca pensó tampoco que Stalin estuviera dispuesto a una ofensiva generalizada contra los Estados Unidos. Por otra parte durante los años de la posguerra nunca imaginó que el arma atómica pudiera resultar decisiva. El plan estratégico «Off-tackle», aprobado durante su presidencia, se basaba en la idea de que el arma nuclear serviría como procedimiento para retrasar el avance soviético a partir de unas bases previas en el viejo Continente hasta que fuera posible restablecer la situación mediante un desembarco.

Pero, poco después de llegar a la presidencia Eisenhower, los Estados Unidos hicieron explotar su primer ingenio termonuclear, que suponía unas quinientas veces la potencia de deflagración de la bomba de Hiroshima. Estas nuevas armas nucleares, tan poderosas, proporcionaron a Eisenhower el método para resolver sus problemas fiscales y de compromisos exteriores. Por una parte, habiendo disminuido su coste, podían evitar que crecieran los presupuestos de defensa pero, además, servirían como disuasoras del adversario. Tanto en Corea como en el momento de la crisis de las islas Quemoy y Matsu, Eisenhower sugirió la posible utilización del arma atómica, pero siempre lo hizo a partir de un criterio defensivo y además usó este arma para convencer a Chiang Kai Shek de que renunciara a invadir la China continental sin su permiso.

Por otra parte, en 1955 tuvo lugar el estallido de la primera bomba termonuclear soviética, de potencia comparable a las norteamericanas. El impacto de esta noticia fue tal que Eisenhower empezó a pensar que la guerra nuclear era una guerra que no podía ser ganada por ninguno de los dos contendientes. No obstante, al mismo tiempo fue consciente de que esas armas debía tenerlas incluso por razones de carácter psicológico. Dijo, en este sentido, que dos tercios de los gastos en el arma termonuclear estaban destinados a que la opinión pública fuera consciente de que el gobierno se tomaba en serio la defensa nacional. Pero en el fondo se sentía profundamente inquieto por la nueva situación. Eisenhower llegó a sentir nostalgia del tiempo pasado en el que Estados Unidos podía ser el arsenal de la democracia, es decir un país que podía permitirse el lujo de permanecer a la defensiva con un Ejército reducido en la seguridad de que su enorme fuerza material se imponería a medio plazo. Ahora, ante la posibilidad de un ataque nuclear, ya no era posible esta estrategia ni tenía sentido esta caracterización, porque podía ser aniquilado por sorpresa mediante un ataque adversario.

Los años sesenta

Sobre la etapa presidencial de Kennedy hay todavía muchas fuentes que permanecen cerradas; por su temprana desaparición no escribió ningún libro de memorias y los de sus colaboradores no son por completo fiables. Su pensamiento, sin embargo, puede ser reconstruido y de él su primer rasgo evidente es que evolucionó mucho. Esencial en su forma



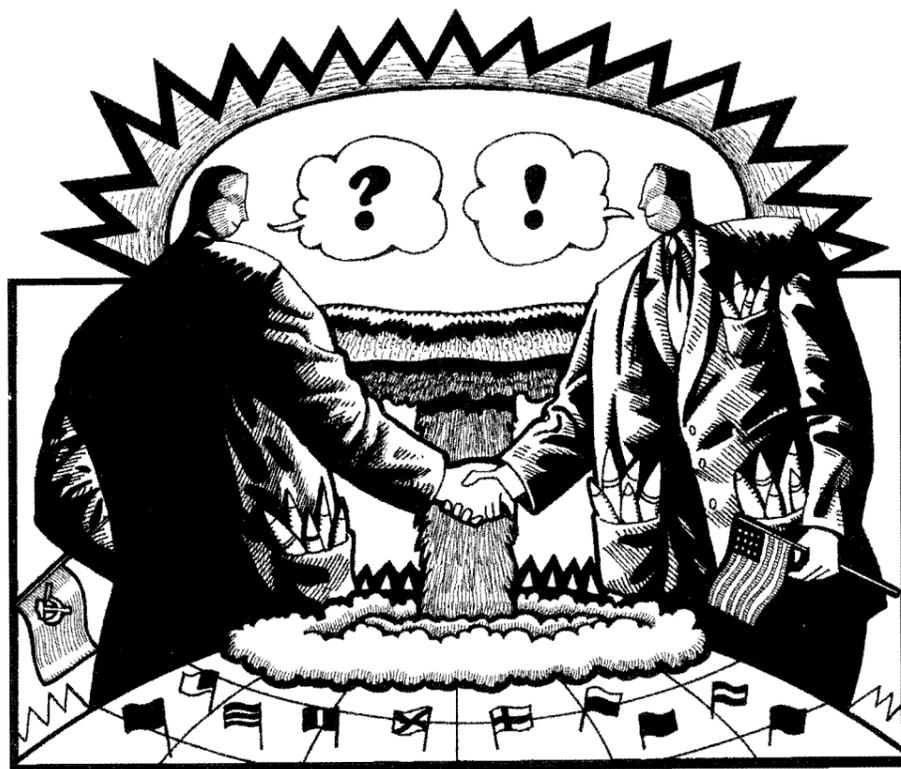
Viene de la página anterior



inicial de abordar la relación con la URSS fue la afirmación de que se debía estar preparado para la confrontación y negociar desde la fuerza. El lanzamiento del primer Sputnik y la aparición de algún libro nuevo dedicado a materias estratégicas nucleares, como el de Taylor en 1959, había acuñado de forma sustancial sus percepciones. Kennedy insistió, por un lado, en que era necesaria la superioridad nuclear, que los éxitos espaciales soviéticos parecían poner en duda, pero también acusó a Eisenhower de hacer poco por el control y el desarme. Por un lado consiguió un incremento del 68% en misiles estratégicos pero también jugó con la «respuesta flexible» y de ahí la insistencia en las fuerzas convencionales especiales. Nunca pensó en utilizar el arma nuclear pero, al mismo tiempo, no pareció tener en cuenta el probable efecto de su posición armamentista en su adversario. No pensó utilizar el arma nuclear en la crisis de Berlín y apenas lo hizo en la de Cuba: en esta última utilizó frente al adversario más las zanahorias que los palos. Sacó la lección de la crisis de 1962 de que era esencial en casos parecidos tener tiempo para llegar a un acuerdo entre los contendientes y evitar un desenlace fatal para la Humanidad: de ahí que se llegara al acuerdo de instalar el «teléfono rojo» entre Moscú y Washington. Se estableció, de hecho, un duopolio entre potencias y es posible que hablara con los soviéticos de un ataque preventivo conjunto contra China.

De los dirigentes soviéticos Kruschef fue el primero en darse cuenta de que estaba obligado a la coexistencia pacífica, pero en un principio sólo estaba seguro de la absoluta necesidad de tener un arsenal nuclear semejante al adversario. Tuvo una inicial etapa de entusiasmo desbocado por el arma nuclear y los años entre 1953 y 1962 fueron los de mayor desarrollo de este arma durante la Historia soviética. En realidad no fue él sino Malenkov el primero en llegar a la conclusión de que la bomba podía suponer la desaparición de la raza humana sobre la tierra; esta posición les sirvió a sus contrincantes —entre ellos el propio Kruschef— como argumento para desplazarle. Pronto, sin embargo, el vencedor fue consciente de que sus adversarios en todo el mundo estaban tan aterrizados por el posible uso de la bomba como los propios soviéticos. Pero, de momento, este descubrimiento contribuyó a que una y otra vez insistiera en la utilización de los procedimientos del bluff. Como político optimista e incansable que era Kruschef no dejó de utilizar los avances soviéticos como arma propagandística a pesar de que no estaban lo bastante consolidados. Pero al mismo tiempo hubo también en él contención: los norteamericanos perdieron 130 hombres en los viajes de los aviones espía U-2 sobre territorio soviético, pero Kruschef no aireó haberlos derribado para evitar una confrontación peligrosa.

La fuerza nuclear soviética de carácter estratégico sólo comenzó en 1959 y muy pronto, como sucedía en Estados Unidos, se enfrentó con la conciencia de que la alternativa era la rendición o el suicidio. En realidad gran parte de las medidas adoptadas por Kruschef fueron defensivas: si pretendió amenazar con su poder nuclear en Berlín, por ejemplo, fue porque era consciente de hasta qué punto se deterioraba la situación en Alemania del Este. «Anadyr» —la operación de instalación de misiles en Cuba— fue una apuesta arriesgada para aumentar su capacidad nuclear frente a los norteamericanos que, por otro lado, a través del espionaje, eran conscientes de la limitada capacidad de desarrollo, por el momento, del arma nuclear soviética. También influyó en los soviéticos el temor a ser desplazados en su influencia en Cuba por parte de los chinos. De cualquier modo, la crisis que estalló tuvo un enorme efecto educativo sobre ambas potencias, en especial so-



J.M. CLÉMENT

bre la URSS, por lo que tuvo de riesgo y de humillación en la retirada. En adelante Kurchatov, el más prestigioso de los científicos soviéticos, logró una indudable influencia sobre Kruschef, pero su temprana muerte imposibilitó que pudiera «educar» por completo en materia nuclear al líder soviético; Sajarov nunca tuvo tanta influencia. Sin embargo los propios científicos convencieron al dirigente soviético de que ya no eran necesarios los ensayos nucleares y eso contribuye a explicar que acabara firmándose un tratado sobre prohibición de ensayos en la atmósfera. Pero si el aprendizaje de la limitación del valor del arma nuclear había comenzado, no llegó a convertirse en total. Tras la desaparición de Kruschef, sus sucesores mantuvieron el programa nuclear junto con el mantenimiento del Ejército convencional, con lo que provocaron una acumulación de esfuerzos que resultó grave desde el punto de vista económico.

Arma nuclear y segundas potencias

La bomba jugó también un papel muy importante y variado en el pensamiento de otros estadistas no pertenecientes a las dos grandes superpotencias. Merece la pena referirse a cuatro de ellos.

Churchill siempre tuvo afición al mundo militar e interés por los grandes planteamientos estratégicos. De ahí nació su posición iconoclasta antes de 1939. El desarme, declaró en 1933, no llevaría más a la paz que un paraguas ahuyentaría la lluvia. No tuvo problemas morales a la hora del empleo de la bomba atómica: descaba concluir la guerra y esto le hizo ser partidario de utilizarla. Desde 1942 los británicos fueron conscientes del poder de la bomba y estuvieron determinados a fabricarla, pero fueron sustituidos por los norteamericanos debido a sus mayores recursos. En la etapa final de la segunda guerra mundial Churchill estuvo también muy interesado por el potencial impacto disuasorio de la bomba sobre la URSS, al mismo tiempo que era consciente de hasta qué punto Gran Bretaña, reducida a la condición de potencia de segundo orden, necesitaba con urgencia disponer de ella. Puso, por tanto, las bases para su fabricación aunque sólo se llevaría a cabo durante la etapa laborista. Mientras el monopolio nuclear occidental duró, Churchill fue partidario de una política de confronta-

ción con la URSS. Pero cuando volvió al poder, empezó a darse cuenta de hasta qué punto las armas habían cambiado la política internacional y en su última y muy sonada intervención parlamentaria en 1955 afirmó que las armas nucleares disuasorias se habían convertido en padres del desarme.

En el otro extremo del mundo, cuando los comunistas chinos llegaron al poder, sus tropas consistían sobre todo en infantería ligera. Mao no percibió en un primer momento la diferencia sustancial entre las armas convencionales y las atómicas; ponía el ejemplo de que el ejército alemán había lanzado más explosivos sobre la URSS que esas bombas y, sin embargo, ésta había resultado vencedora. La guerra de Corea contribuyó a que diera más importancia a los avances técnicos en materia militar por la enorme destrucción causada por la aviación norteamericana entre sus tropas. A la altura de 1954, con la crisis de las islas Quemoy y Matsu, los chinos empezaron a temer la utilización de la bomba atómica por los norteamericanos y eso les hizo ser conscientes de que la necesitaban. El choque con los soviéticos contribuyó también a que la ansiasen con urgencia. La primera prueba se hizo en 1964 y China se convirtió en una defensora entusiasta de que todos los países, incluidos los más pequeños, tuvieran su propia bomba nuclear.

La concepción de De Gaulle del mundo internacional muy pronto quedó definida basándose de forma primordial en el hecho de que las naciones tienen sus intereses propios y no hacen caso nada más que de ellos. En octubre de 1945 creó el comisariado de la ener-

gía atómica. Aunque estaba dirigido a su utilización pacífica, en realidad este comisariado, llevado por gaullistas, tenía como objetivo también el arma nuclear. En torno a 1950 el general francés temió el estallido de la guerra mundial. A finales de la década tendía ya, no obstante, a pensar más bien que el empleo norteamericano de la bomba era improbable y que los soviéticos quizá tampoco lo llevarían a cabo en ningún caso. De Gaulle siempre se alineó de forma decidida con Occidente en todas las crisis con la URSS pero, al mismo tiempo, siempre estuvo convencido de que un mínimo de disuasión nuclear le era imprescindible a su país desde el punto de vista del logro de una influencia universal. De ahí que le dedicara el 50% del presupuesto militar. La bomba, por otra parte, no cambió las concepciones de De Gaulle sobre política internacional, pero sí las reforzó. Para él «las naciones sin bombas eran satélites»; la bomba no reforzaba la seguridad nacional pero sí el status propio. Incluso se puede decir que para los franceses el arma nuclear fue una especie de terapia psicológica colectiva que les libraba de las depresiones surgidas por la descolonización. No hay documentos que prueben que la fuerza nuclear francesa tuviera otro papel que éste.

Finalmente la posición de Adenauer fue probablemente la más cambiante de todos los líderes mundiales. Siempre trató de conseguir las posibilidades más amplias para su país: cuando renunció voluntariamente a fabricar la bomba atómica no renunció, sin embargo, a la posibilidad de adquirirlas y tampoco decidió que esa postura fuera permanente. No fue tampoco partidario de suscribir el tratado de no proliferación nuclear. Por lo tanto, en paralelismo con De Gaulle, a Adenauer le movió más realzar el papel que le debía corresponder a Alemania en el mundo que una verdadera reflexión sobre el impacto del arma nuclear en el mundo.

En suma, da la sensación de que a partir de un determinado momento la guerra nuclear fue considerada como inconcebible por los líderes mundiales. La ocasión decisiva en el cambio en la percepción de la bomba tuvo lugar a mediados de los años cincuenta, en los que se produjo el paso de las bombas de fisión a las de fusión con el aumento exponencial de la capacidad destructiva. Ahora bien también cabe pensar que si la bomba no hubiera sido inventada es probable que el resultado hubiera sido el mismo. En realidad la guerra ha sido durante mucho tiempo considerada como algo habitual. El cambio histórico fundamental se produjo en la primera guerra mundial y no como consecuencia del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima en 1945. La guerra de 1914 se produjo después de un siglo de paz y produjo una mortandad hasta entonces inconcebible. La bomba atómica no tuvo como resultado un cambio tan importante pero lo convirtió en definitivo. En ese sentido se puede decir que no fue por completo irrelevante. □

RESUMEN

Javier Tusell se ocupa de un libro sobre la bomba atómica y las relaciones diplomáticas tras el fin de la segunda guerra mundial y el comienzo de la guerra fría. Buena parte del ensayo está dedicado, como es lógico, a la pugna entre las dos grandes potencias, EE UU y la URSS, embarcadas en una carrera armamentística que pronto se vio que sólo podría ser disuasoria dado el riesgo de una confrontación nuclear. Fren-

te a las dos potencias, y a sus diferentes gobernantes, esta obra recoge también la postura que, en aquellos años, mantuvieron los líderes de otros países como Churchill, Mao, De Gaulle y Adenauer. Todos coincidieron, a mediados de los años cincuenta, en que la bomba atómica les concedía poder, pero todos coincidieron también en la imposibilidad de su utilización, dado su efecto devastador.

John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May, Jonathan Rosenberg

Cold War Statesmen confront the Bomb. Nuclear Diplomacy since 1945

Oxford University Press, 1999. 408 páginas. 25 libras. ISBN: 0-19-829468-9

Goya en la tradición española

Por Valeriano Bozal

Valeriano Bozal (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado diversos libros de historia y teoría del arte, entre los que destacan: Los primeros diez años. 1900-1910, Los orígenes del arte contemporáneo, El gusto y Pinturas negras de Goya.

En los últimos años la bibliografía sobre Francisco Goya ha aumentado de forma considerable; sin embargo se mantiene la vigencia de libros que ya debemos considerar clásicos. Esto es lo que sucede con la obra de Fred Licht *Goya: the origins of the modern temper in art* (1979), cuya traducción castellana aparece ahora, revisada y con un importante texto epilogoal, «Goya en la tradición española», que no sólo resume la posición del autor, sino que ofrece una visión general de sus tesis centrales sobre el arte español.

Entre las obras recientes dedicadas al pintor aragonés cabe destacar las de Janis A. Tomlinson —*Los cartones para tapices y los comienzos de su carrera en la corte de Madrid y Goya en el crepúsculo del Siglo de las Luces* (ambas de 1993)—, los diferentes y siempre rigurosos trabajos de Nigel Glendinning —en especial sus estudios sobre los *Disparates*, *Caprichos* y retratos— y René Andioc, el muy erudito y esclarecedor libro de José Luis Ona sobre *Goya y su familia en Zaragoza. Nuevas noticias biográficas* (1997), el de J. Blas, J. M. Matilla y J. M. Medrano sobre los *Caprichos* —*El libro de los Caprichos* (1999)—, que debe completarse con los estudios de J. M. Serrera, Glendinning, Jesusa Vega y J. Carrete en la excelente edición de las estampas realizada por la Calcografía Nacional (1996); Carrete es, además, autor de *Francisco de Goya. Ermita de San Antonio de la Florida* (1999), de obligada lectura, y está en el centro de las «empresas» que han contribuido a un mejor conocimiento del artista. Recientemente ha aparecido *El último carnaval. Un ensayo sobre Goya* (1999), de Víctor I. Stoichita y Anna María Coderch, y yo mismo me ocupé en su momento de las *Pinturas negras* y de la obra de Goya y el gusto moderno.

Las numerosas exposiciones realizadas y los catálogos producidos, la edición del llamado *Cuaderno italiano* (1994), la revisión de guías y catálogos —entre los que destaca *Goya y la pintura española del siglo XVIII* (Madrid, Museo del Prado, 2000), bajo la dirección científica de Manuela Mena—, los volúmenes colectivos aparecidos, en especial los publicados por la asociación de Amigos del Museo del Prado, son otras tantas aportaciones al mejor conocimiento del artista aragonés.

Las orientaciones metodológicas —estéticas e historiográficas— perceptibles en esta bibliografía son muy diversas. Encontramos ejemplos de la que suele llamarse «historia positiva», también manifestaciones del iconologismo, estudios de carácter técnico y documental, etc. Todo ello permitiría pensar que la obra de Licht —publicada originalmente en 1979— hubiese quedado desfasada. Nada más lejos de la verdad. Se lee con atención y placer, se sigue aprendiendo con ella, es fresca y sugerente en su aproximación a las obras de Goya, que nos permite ver mejor. El trabajo ahora añadido, «Goya en la tradición española», además de aclarar algunos extremos que podían haber quedado confusos o incompletos ofrece tesis generales de enorme interés.

Vaya por delante que el libro de Licht no se pliega a las pautas habituales de la historiografía al uso, no hace investigaciones iconológicas —aunque no las elude— y no se limita a los estudios positivos —aunque no prescinde de ellos—. En un momento en el que domina la investigación fragmentaria y singular, ofrece una interpretación general —algo que era habitual en los años sesenta, no ahora (¡o no has-



Retrato ecuestre del Conde Duque de Olivares (grabado de Goya).

ta ahora!)— y no evita, bien al contrario, la asume como propia y original, una tesis de carácter global sobre Goya y la pintura española. Creo que éste es el punto más polémico de su libro, también el más relevante.

La tesis de Licht se articula en dos puntos fundamentales: Goya marca el origen de la modernidad, y no sólo pictórica o artística, en lo que ésta tiene de complejo y contradictorio, de luz y sombra (pero especialmente de sombra); Goya, segundo, se inscribe en la tradición de la pintura española, y precisamente por eso —a su pesar— juega ese papel en el origen de la modernidad (de otra manera: la tradición de la pintura española «no está reñida» con la modernidad). Adelantaré que estoy plenamente de acuerdo con la primera parte de la tesis —en ocasiones por las mismas razones que aporta Licht, otras por razones diferentes— y que la segunda me parece mucho más problemática.

Goya se aparta de la tradición europea de corte neobarroco y rococó ya en los cartones para tapices. En su viaje a Italia ha conocido la pintura entonces dominante y en sus primeros encargos sigue las mismas pautas, pero ya en los cartones se distancia notablemente introduciendo una serie de rasgos que le diferencian del decorativismo al uso propio de este género. Goya está lejos de Boucher y de Fragonard, el nivel más alto del arte ornamental. Conoce esta tradición, se apodera de ella y la «destruye» (pág. 32). En *El quitasol* (1777), por ejemplo, rechaza la composición figurativa tradicional, se resiste a la concepción ornamental, sitúa a las figuras en un plano muy próximo al espectador y las dota de inmediatez y crudeza... De esta manera, escribe Licht, *El quitasol* no se percibe como un cartón para tapiz, como una pieza decorativa, sino como una pintura que tiene valor en sí misma. Un tipo de planteamiento que encuentra también en *El bañal herido* (1786-87), que compara con obras afines de Hubert Robert y de Giambattista Tiepolo, o en *La boda* (1791-92). En todos estos casos Goya representa

acontecimientos concretos, figuras concretas —que chocan con las que eran habituales en la decoración palaciega—, y no alegorías más o menos heroicas, ideales, hermosas... Por esta razón, los cartones «representan no ya la última fase de un arte agonizante, sino la degradación deliberada de la actitud predominante con respecto al arte y la sociedad» (pág. 29).

Paso importante en esta dirección es el que da Goya con sus pinturas religiosas, ámbito en el que contrastan con fuerza el *Cristo Crucificado* (1780) de la Academia y las dos pinturas sobre san Francisco de Borja que se conservan en la Catedral de Valencia, en especial *San Francisco de Borja asistiendo a un moribundo impenitente* (1787-88). Licht no sólo destaca la representación de los monstruos que esperan apoderarse del alma del moribundo, sino ante todo el tratamiento material, físico, de éste, de su cuerpo, el aparente fracaso del exorcismo, que no ha logrado sus efectos, y el ambiente general. Todo ello le conduce a afirmar que «en esta pintura Goya se revela por primera vez como un pintor decididamente español y deja atrás el internacionalismo de su obra anterior» (pág. 66).

La tradición pictórica española

¿Qué quiere decir «pintor decididamente español»? Licht lo explica con detenimiento en el texto epilogoal que enriquece esta edición. Goya tuvo muy presente la tradición pictórica española, la de Velázquez —algunas de cuyas obras trasladó a la estampa y que está presente en el mencionado *Cristo crucificado* o en *La familia de Carlos IV* (1798)—, pero también la de Murillo, Ribera y Zurbarán. Para precisar los rasgos centrales de esta tradición parte Licht de un análisis de la escultura policromada, muy concretamente de Salzillo. Distingue entre imagen y efigie, la primera «refleja las sensaciones que produjo en el pintor la realidad en el momento de realizarla y nos induce a compartir

sus reacciones», conlleva siempre la conciencia de ser una representación de la realidad, pero nunca la realidad misma. «La efigie, por el contrario, es un sustituto de una realidad que de otro modo sería inaccesible» (pág. 352). Sustitutos de la realidad son las «imágenes de vestir», con su acentuada temporalidad y su capacidad para estar entre otras figuras reales. «La escultura policromada y de vestir dirige nuestras oraciones a Cristo o a un santo intercesor, cuya 'efigie' es un sustituto (y no una idealización) de la presencia real de Cristo, de la Virgen o del santo, aunque no sea una materialización de los mismos» (pp. 355-356).

No entraré ahora en un análisis más detenido de estas tesis de Licht —y de las que con ellas conectan—, por sí solas necesitarían una argumentación aparte. Sólo deseo señalar que esta pretensión de realismo que la efigie pone de relieve con contundencia marca la trayectoria del arte español, hace de su pintura religiosa una pintura profundamente verista, de tal modo que en muchos de los cuadros de Ribera, en *El martirio de san Felipe* (1639) por ejemplo, «no hay una sola pista que indique que estamos presenciando un acontecimiento sagrado» (pág. 368). En el mismo sentido, la objetividad de las cosas, el «puro estar ahí», es rasgo velazqueño por excelencia, «estar ahí» inserto en una temporalidad en la que todo momento es «momento de verdad». Es también nota que caracteriza a la obra de Zurbarán, en especial sus naturalezas muertas, en las que «cada objeto está representado como si estuviera solo en el universo» (pág. 389).

Fueron éstas las características que establecieron un nexo entre el arte español y la pintura moderna. Como es bien sabido, tras el saqueo napoleónico y la creación de la Galerie Espagnole en el Louvre —un tema que ha estudiado con rigor Ilse Hempel Lipschutz—, la pintura española del Siglo de Oro suscitó un notable interés, del que la obra de Manet es el más expresivo testimonio. No fue un hecho casual, «la necesidad de especular sobre la naturaleza de la realidad (una especulación que nunca antes había sido necesaria) creó una afinidad inmediata entre el arte moderno (es decir, el de principios del XIX) y la pintura española, pues los pintores españoles se habían interesado siempre por la naturaleza impasible e impenetrable de la realidad visible y tangible» (pág. 399).

Goya en la tradición

Goya ocupa un lugar central en la articulación de esta afinidad. No sólo porque su obra sigue las pautas de esa tradición, sino porque la desarrolla en una dirección que marca con nitidez la condición del mundo moderno. Dos excelentes análisis de Licht nos permiten abordar la cuestión, lo hacen en términos pictóricos: los que hace de *La familia de Carlos IV* y de los *Caprichos* (1798). Por lo que hace al primero, enfrenta la cuestión a partir de la explícita referencia a *Las meninas* (1656) que la obra de Goya contiene. Destaca, primero, la diferencia entre la pintura del artista aragonés y lo que era habitual en los retratos de monarcas, la ausencia de elementos decorativos o de cualquier tipo de idealización en los miembros de la familia real, la pérdida del empaque regio. Bien al contrario, la estancia se representa muy sobriamente, cerrado el fondo con un muro del que cuelgan pinturas, se alinea a la familia, sin ocultar la fealdad de algunos de sus miembros, y el pintor se retrata a sí mismo a la izquierda, tal como lo hizo Velázquez, ante el lienzo que está pintando. Todos, incluido el artista, nos miran.

¿Dónde está el espejo que en *Las meninas* reflejaba a los reyes y se convertía en cla-

Viene de la página anterior



«Aquellos polvos»



Autorretrato de Goya



«Esto es peor»



«El sueño de la razón produce monstruos»

ve de la escena? A diferencia del cuadro de Velázquez, aquí el espacio es mezquino y empuja a las figuras hacia delante. ¿Por qué nos mira, puesto que ellos lo son todo y nosotros no somos nadie? ¿A quién pinta el artista, detrás del grupo, que le vuelve la espalda? ¿A nosotros...? seguro que no. Licht aventura una arriesgada hipótesis: toda la familia está ante un espejo que la refleja, es el espejo al que todos miran, Goya también. No somos nosotros los mirados, es el espejo, equivalente de la pintura, clave de la pintura. Licht extiende esta hipótesis a otro retrato de grupo anterior, *La familia del infante don Luis* (1784), aunque quizá en este cuadro con una convicción mucho menor.

No entraré a debatir ahora lo acertado o desacertado de la hipótesis, lo que sí deseo señalar es lo acertado de las conclusiones que a partir de ella se extraen: Goya no pinta a los miembros de la familia de Carlos IV tal como él los ve, sino tal como ellos se veían a sí mismos (pág. 102), de ahí su aceptación de una pintura sorprendente por el verismo, una obra en la que los miembros de la familia real, emparezando por Carlos IV y su esposa, salen bien parados. «En *La familia de Carlos IV*, Goya renuncia inesperadamente al derecho de interpretar el mundo visible y se limita a presentar la escueta realidad. El oficio de pintar ha dejado de ser un acto de ennoblecimiento y se ha convertido en un acto de reconocimiento» (pág. 109).

El comentario de Licht establece una relación muy estrecha entre esta pintura y el desarrollo del arte moderno, las obras de Manet, Degas, Seurat, etc. La crisis del retrato, también la del retrato de grupo, abrió las puertas a una concepción de la pintura en la que el intérprete –en tanto que «sujeto que opina»– desaparece, un espejo lo sustituye. La cuestión es tanto más compleja cuanto que los *Caprichos* se han entendido muchas veces –y ya en su tiempo– como una interpretación personal. *El sueño de la razón produce monstruos* así parece indicarlo; sin embargo conviene atender a la argumentación de Licht. Contra lo que es habitual en las estampas satíricas –marco en el que pueden situarse los *Caprichos*–, Goya no introduce alternativa alguna al mundo aquí representado. «Goya pasa de ser un hijo de la Ilustración al que exasperan los errores y los vicios humanos, a ser el primer portavoz del punto de vista del hombre moderno, un hombre que no confía en nuestra capacidad intelectual, que ha dejado de creer que nuestro destino tenga una nobleza y un propósito esenciales y que se ha-

lla perplejo en un mundo oscuro en el que la ley, el orden y la dignidad han dejado de ser ideales visibles o asequibles» (pp. 132-133). Cuando Hogarth muestra a la mala madre, a la madre borracha, todos los que contemplamos su estampa somos conscientes de que puede haber buenas madres; nada parecido sucede en Goya: las brujas no son la contrapartida de las mujeres piadosas, ni las prostitutas y celestinas de las señoras decentes. El mundo del artista aragonés está poblado de esos sueños (verdaderos) de la razón, ése es el mundo.

El análisis de la visualidad

Llegados a este punto conviene que nos detengamos un momento para responder a una pregunta que, con toda seguridad, el lector lleva formulando largo tiempo: ¿cuál es el fundamento de las tesis de Licht? ¿Se trata de una opinión más o menos ensayística sobre la temática goyesca, de una especulación? Nada más lejos de la realidad. El análisis de *La familia de Carlos IV* ponía de relieve cuáles son las razones esgrimidas por Licht, el estudio de los *Caprichos* las corrobora. Licht se aproxima a las obras con un profundo sentido visual, no elude los motivos simbólicos y alegóricos, tampoco los anecdóticos que en ellas pueda haber, pero es el significado de su visualidad el extremo que más le llama la atención y que mejor domina. Su análisis del espacio y de la luz en las estampas resulta magistral, su referencia al sentido dramático y muchas veces angustioso del espacio, su indefinición –en la que la técnica del aguatainta es responsable principal–, la falta de seguridad y la dificultad de encontrar una orientación precisa (pág. 148), son, todos, puntos fundamentales de su estudio. Se trata de rasgos que aparecerán en los *Disparates* y en las *Pinturas negras*. «El verdadero asunto, mostrado en germen en los *Caprichos* y desarrollado más tarde hasta su plenitud en las *Pinturas negras* y en los *Disparates*, es la incapacidad del aparato intelectual y sensorial del hombre para comprender el mundo y para conocerse a sí mismo» (pág. 149).

Si por idioma universal se entiende aquel que todo permite comprenderlo –ésa era la pretensión cosmopolita y racionalista de la Ilustración–, entonces Goya no lo encontró nunca, pero, si se trata de un idioma universal que nos permite hacer patente la perplejidad

dramática ante lo que se ve –*Yo lo vi*, dirá más tarde, *Aún aprendo*, afirmará después–, entonces la universalidad de este idioma que «ensaya» en las estampas es completa. Y es rasgo de modernidad.

Los acontecimientos históricos, la invasión napoleónica, la guerra civil que es la de Independencia, la crueldad y la violencia, la represión absolutista, el papel jugado por la Iglesia y por la Inquisición..., son motivos que acentúan esa perplejidad y explican los tristes presagios de los *Desastres*. Convertidas las estampas en el testimonio más atroz de la infancia universal, darán paso a esa reflexión desesperanzada que tiene en los *Disparates*, las pinturas religiosas y las *Pinturas negras* su manifestación mejor. A propósito de estampas y pinturas, de los dibujos –que Licht sólo aborda en contadas ocasiones– es posible hablar de secularización: Goya seculariza motivos de naturaleza religiosa. Ahora bien, tengo la sensación de que «secularización» es un concepto en exceso limitado. Seculariza David cuando pinta *Marat asesinado* (1793), secularizan Füssli y Flaxman, pero Goya va más allá. No sustituye un mundo por otro, sino un mundo por un interrogante. Ante muchos de los sucesos representados parece que sólo el arte fuera una defensa posible, sólo representándolos puede comprenderse, sólo así hay luz para aproximarnos a ellos.

Los retratos, la tauromaquia, los trabajadores, los toros de Burdeos, las escenas del dos y el tres de mayo de 1808..., son otros tantos asuntos que pasan por las páginas del libro de Licht. Algunos se analizan mejor que otros –no creo que retratos y tauromaquia estén entre los mejores–, sobre todo destaca el

que Licht hace de *La junta de la Compañía Real de Filipinas* (1815), un análisis que se ha convertido en clásico dentro de la literatura sobre Goya.

Clásico, lo dije inicialmente, el libro. Es posible que pertenezca a un género que carece de apoyos entre los historiadores positivistas o entre los aficionados a la iconología, pero a medida que pasa el tiempo y se aprecia con mayor claridad el papel jugado por la obra de Goya en los orígenes y desarrollo de la modernidad, se hace más evidente su calidad y su importancia. Tal como escribe el autor –y es rasgo relevante en los *Disparates*, la *Compañía Real de Filipinas* y las *Pinturas negras*–, la oscuridad no es la simple ausencia de luz, es una cualidad real que el artista aragonés supo pintar con mayor rigor que ningún otro: una cara en exceso olvidada del mundo moderno.

No hay duda de que algún lector, yo mismo, torcerá el gesto al fundamentar explicaciones en una eventual tradición española, sobre todo porque este concepto puede inducir a pensar en una identidad casi de naturaleza metafísica –lo que no es, por otra parte, la intención de Licht (como su referencia a los hechos históricos pone de manifiesto)–, pero el análisis que de Goya se hace aquí, su inserción en la cultura europea y su relación con nosotros son cuestiones abordadas por el autor con una fecunda lucidez. Al margen de que aceptemos o no la existencia de esa tradición, de que la aceptemos en los términos en los que la plantea Licht, o en la función y con el perfil que éste dibuja, su estudio de Goya, de su relación con la modernidad, es de un rigor extremo. □

RESUMEN

A pesar de lo mucho que recientemente se ha publicado sobre Goya, la monografía que Fred Licht le dedicó en 1979 sigue pareciéndole a Valeriano Bozal modélica y un clásico que, ahora, al ser traducida al español, se enriquece considerablemente con un epílogo sobre «Goya en la tradición española»; en él se resume la posición del autor y se da una visión general

de sus tesis centrales sobre el arte español. Licht ofrece una hipótesis de carácter global sobre Goya y la pintura española, articulada en dos puntos fundamentales: el pintor aragonés marca el origen de la modernidad y, a la vez, se inscribe en la tradición de la pintura española: precisamente por eso, mantiene Licht, juega ese papel en el origen de la modernidad.

Fred Licht

Goya. Tradición y modernidad

Encuentro Ediciones, Madrid, 2001. 420 páginas. 14.500 pesetas. ISBN 84-7490-611-3

Las Matemáticas en el Siglo de las Luces

Por Antonio Córdoba

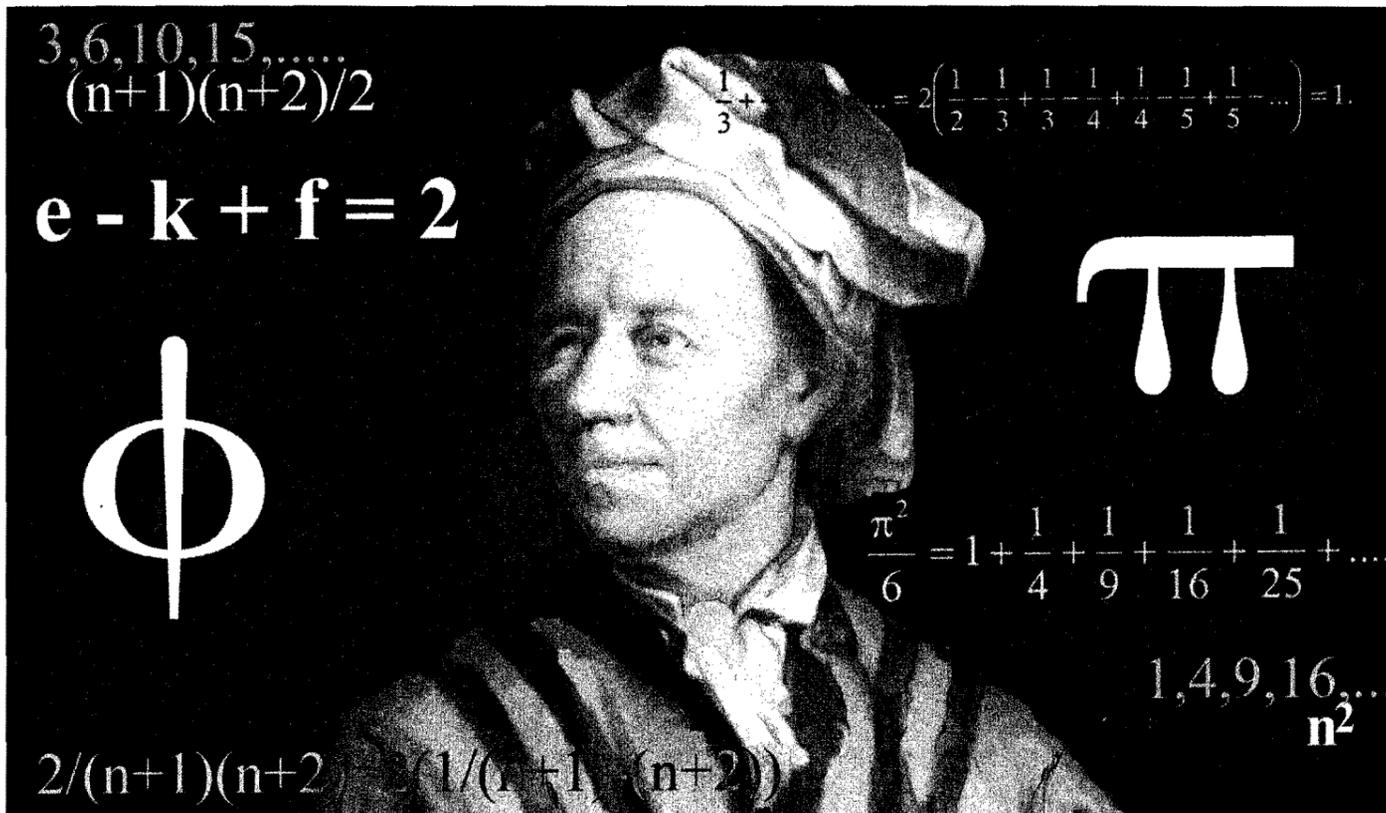
Antonio Córdoba (Murcia, 1949) es matemático. Ha publicado artículos de investigación en *Análisis Armónico*, *Teoría de los Números*, *Ecuaciones Diferenciales* y *Física Matemática*. Doctor por la Universidad de Chicago y catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, ha sido profesor de la Universidad de Princeton y miembro del *Institute for Advanced Study*. Fundó la *Revista Matemática Iberoamericana*.

Leonhard Euler y Joseph L. Lagrange son los dos grandes matemáticos de la Ilustración. En sus obras, el cálculo infinitesimal de Newton y Leibniz se convirtió en una poderosa máquina analítica, capaz de llevar a cabo tareas tan ambiciosas como fue la modelización de las diversas ramas de la Mecánica. En ambos se da también un delicado equilibrio entre las varias caras de las matemáticas: como parte de la ciencia, como herramienta para otras ciencias y como un estudio con su propia dinámica, fines y criterios. Si de Lagrange hay que destacar su *Mécanique Analytique* (1786), dentro de la obra proteica de Euler ocupa un lugar preeminente *Introductio in analysim infinitorum*. Se trata del libro que hoy nos ocupa comentar, por cuanto la Real Sociedad Matemática Española y la Sociedad Andaluza de Enseñantes de Matemáticas han patrocinado una espléndida edición de su primer volumen, que consta de dos tomos: el primero es una versión facsímil del ejemplar de la primera edición, escrito en latín y fechado en 1748, que se conserva en el Real Instituto y Observatorio de la Armada en San Fernando, Cádiz; el segundo tomo es una muy cuidada traducción al castellano de José Luis Arantegui; junto a tres ensayos sobre la ciencia del período ilustrado, la vida de Euler y la propia *Introductio*, escritos, respectivamente, por los profesores Javier Ordóñez, Mariano Martínez y Antonio Durán. De este último autor es también la colección de notas a pie de página, que sirven para precisar el origen y el desarrollo ulterior de los conceptos y los resultados contenidos en el libro.

Según la Historia, primero fueron la Aritmética y la Geometría, que florecieron entre los griegos clásicos. Luego vino el Álgebra de los árabes y los matemáticos del renacimiento. Pero hay que esperar al barroco para que se desarrolle el Cálculo, para que el hombre aprenda a sumar infinitos sumandos y a multiplicar infinitos factores. Ese gran salto dado por Newton y Leibniz, los hermanos Bernoulli y tantos otros, nos hizo pasar de la infancia a la juventud matemáticas. *Introductio in analysim infinitorum* es un libro donde se muestra ese vigor juvenil, atrevido, chispeante y divertido. En él se detecta enseguida la sagacidad y la intuición insuperada de Euler en la manipulación de las series, las funciones y las identidades numéricas. Pero también rezuma el gusto de su autor por contarnos sus descubrimientos y mostrarnos los poderes del nuevo método.

Mediado el Siglo de las Luces, aún no existía una exposición sistemática del Cálculo. La trilogía euleriana (*Introductio in analysim infinitorum*, dos volúmenes, 1748; *Institutiones calculi differentialis*, dos volúmenes, 1755; e *Institutiones calculi integralis*, tres volúmenes, 1768-70), constituye un tratado completo. Tanto de lo obtenido por autores anteriores, como de las aportaciones originales del propio Euler.

Introductio está escrito en un estilo pedagógico, pero ágil y de una claridad exquisita. Comienza con una definición de función basada en expresiones analíticas que abarca los polinomios, las funciones trigonométricas, las series de potencias, las exponenciales, los logaritmos y sus inversas, junto con otros ejemplos de funciones trascendentes. Años más tarde, especialmente a partir de su polémica con



ANTONIO LANCHO

D'Alembert sobre la ecuación de la cuerda vibrante, Euler se dio cuenta de que no era una definición satisfactoria, por lo que al final de su vida desarrolló otra noción más general de función o correspondencia. Empero, haber puesto el énfasis en la idea de función, en vez de en la de curva o en la de magnitud dinámica, fue un hito en el desarrollo conceptual del Análisis. *Introductio* es importante también por sus aportaciones al lenguaje y al desarrollo de la notación matemática. El uso de π para designar la razón de la circunferencia al diámetro, de la letra e para la base de los logaritmos neperianos, de i para el número imaginario $\sqrt{-1}$, de la letra Σ para designar una suma (finita o infinita), y de la expresión $f(x)$ para una función de la variable independiente x , son notaciones felices que se consolidarán tras su aparición en esta obra. Se trata de un magnífico primer libro de texto de análisis matemático y un monumento de la Ciencia Ilustrada: exhibe la maestría de su autor en el manejo de las series y de los productos infinitos; contiene la solución de un problema de Leibniz y Jakob Bernoulli que fue un objeto del deseo durante muchos años; establece tanto la teoría de las fracciones continuas como la de las particiones; perfecciona el lenguaje y crea una notación que impulsará el desarrollo de las matemáticas y que perdurará hasta nuestros días. En versos de Jorge Guillén:

Es el redondeamiento
del esplendor: Mediodía.
Todo es cúpula. Reposo
central, sin querer, la rosa,
A un sol en cenit sujeta.
Y tanto se da el presente,
que el pie caminante siente
la integridad del planeta.

La fascinación de los números

Con respecto a lo que ocurre en otras disciplinas, los matemáticos estamos en cierta desventaja. Los médicos, los abogados, los arquitectos, e incluso la mayoría de los físicos, pueden describir su trabajo a los profanos. Quizá no podrán explicar completamente los problemas más profundos, pero sí encontrar las metáforas adecuadas para, al menos, hacer notar lo que hay en la superficie de los proyec-

tos que los mantienen ocupados y subrayar algunas de sus consecuencias. Nada de esto ocurre en nuestra ciencia. Habrá que tener vocación de aguafiestas, o quizá no estar demasiado sobrio, para intentar atraer la conversación hacia las matemáticas en una reunión social. Una dificultad radica en el lenguaje, claro y preciso, sin duda, que puede constituir una barrera para los no iniciados. Pero que resulta ser necesario, por lo menos en dosis pequeñas, para poder apreciar realmente las astucias de la razón y la belleza de la concatenación de las ideas que suele haber detrás de un resultado matemático genuino. Pongamos por caso que hablamos de la razón áurea: del número de oro; del rectángulo más esbelto según los clásicos griegos; de las proporciones de la fachada del Partenón; de las espirales de las conchas de ciertos moluscos; o del cociente entre la altura total de la Venus de Botticelli y la de su celebrado «omphalós». Podríamos hablar y divagar durante mucho tiempo. No obstante, al cabo de un rato, resulta imprescindible saber quién es ese tan afamado número de oro. Pues bien, se trata de la raíz cuadrada de cinco, más uno, partido todo por dos:

$$\phi = \frac{\sqrt{5}+1}{2}$$

Suele decirse que la introducción de una fórmula matemática en un texto reduce a la mitad el número de sus posibles lectores. Seguramente hay algo de cierto en ello, pero observemos que la fórmula para ϕ , además de ser precisa y corta, nos permite deducir una gran cantidad de propiedades que serían mucho más difíciles de obtener sin ella. Por ejemplo: $\phi^2 = \phi + 1$, que podemos también escribir como $\phi = 1 + 1/\phi$, e iterar en la forma $\phi = 1 + 1/(1 + 1/\phi)$... Lo que constituye un ejemplo notable del algoritmo de las fracciones continuas, tratado y sistematizado por Euler en el capítulo XVIII del libro que comentamos.

Aún a riesgo de sufrir las consecuencias del pronóstico que antes hemos mencionado, me parece que cualquier glosa de *Introductio* tiene que versar sobre sus matemáticas, y no sólo de cuestiones en torno a ellas. Centremos por un momento nuestra atención en los Pitagóricos de los siglos V y VI antes de nuestra era, quienes tuvieron la idea revolucionaria de que los números están detrás de las explicaciones más profundas de los fenómenos del universo, y se dedicaron a investigar sus

propiedades.

Representándolos por medio de piedras (cálculos) sobre la arena encontraron muchas sucesiones notables. Tales como:

a) La sucesión de los números triangulares: 3, 6, 10, 15, ..., cuyo término general es $(n+1)(n+2)/2$.

b) La sucesión de los números cuadrados: 1, 4, 9, 16, ..., cuyo término general es n^2 .

Y muchas otras. Pero avancemos en el tiempo hasta 1672 y fijémonos en Leibniz, que era entonces un joven abogado en visita diplomática a París, con la misión de disuadir a Luis XIV para que cesase en sus proyectos de invadir territorios alemanes. Allí conoció a Huygens, recién nombrado director del observatorio astronómico, quien le propuso el problema de evaluar la suma de los recíprocos de los números triangulares. Leibniz lo resolvió con la sencilla observación de que $2/(n+1)(n+2) = 2(1/(n+1) - 1/(n+2))$, por lo que

$$\frac{1}{3} + \frac{1}{6} + \frac{1}{10} + \dots = 2 \left(\frac{1}{2} - \frac{1}{3} + \frac{1}{3} - \frac{1}{4} + \frac{1}{4} - \frac{1}{5} + \frac{1}{5} - \dots \right) = 1$$

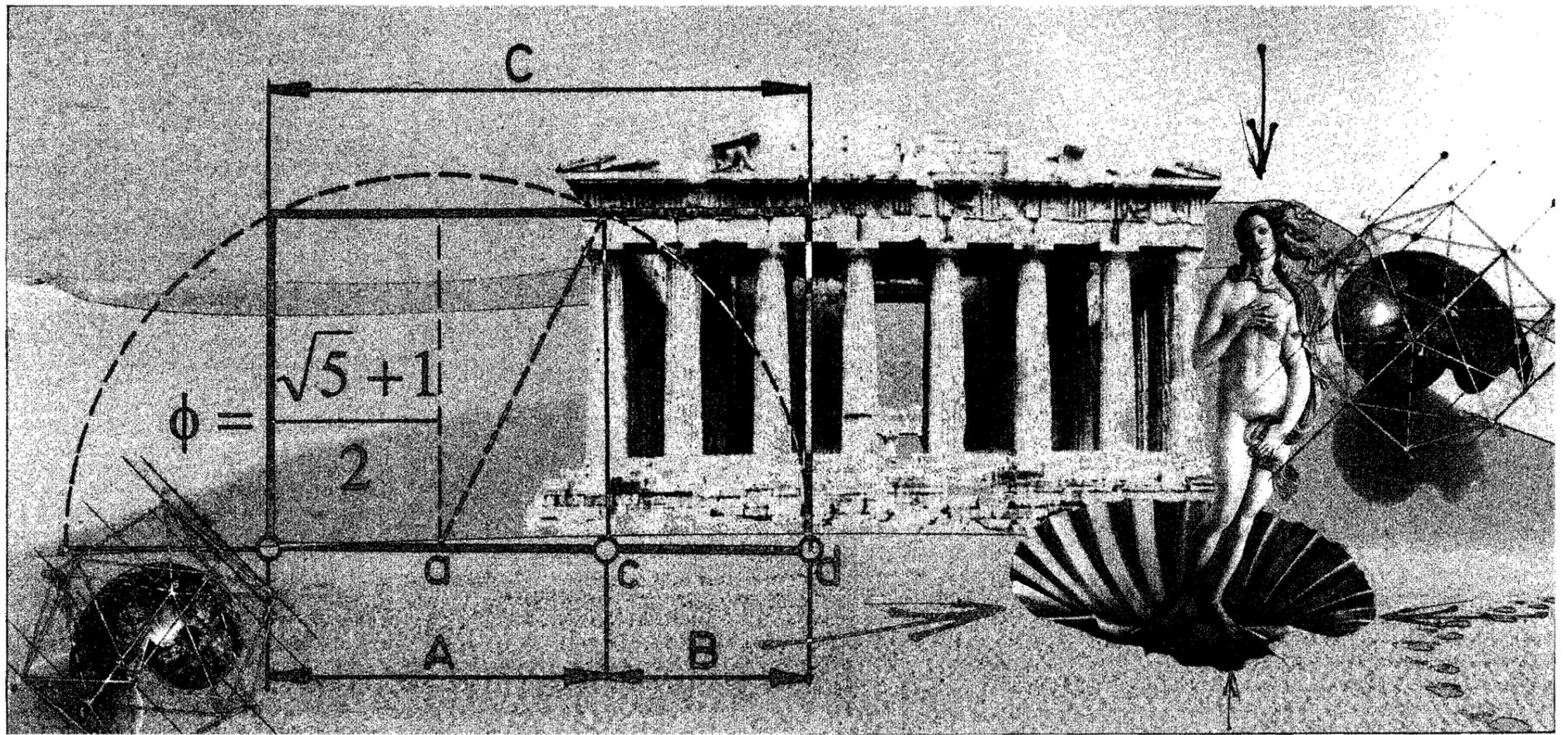
Conseguir esta solución tan simple, pero tan ingeniosa, afectó tanto a Leibniz que le indujo a dedicar una buena parte de su tiempo a las matemáticas. Lo que le llevó a descubrir el cálculo infinitesimal y a ejercer una profunda influencia en su desarrollo posterior través de una serie de notables matemáticos, entre los que cabe citar a los hermanos Jakob y Johann Bernoulli. Precisamente Jakob, el mayor de los Bernoulli, se obsesionó con la suma de los recíprocos de los cuadrados. Pero fue Euler, antiguo discípulo de su hermano Johann, quien obtuvo su valor:

$$\frac{\pi^2}{6} = 1 + \frac{1}{4} + \frac{1}{9} + \frac{1}{16} + \frac{1}{25} + \dots$$

Identidad que encontramos en el capítulo X y que es una de las cimas de *Introductio*. Resulta que la suma de los recíprocos de los cuadrados involucra al número π la razón de la longitud de cualquier circunferencia a su diámetro, esa constante que los griegos clásicos supieron detectar, pero que no fue bien aproximada hasta varios siglos después, cuando el gran Arquímedes obtuvo sus primeras cifras decimales: $\pi \approx 3.1415...$ y del que Euler, en *In-*



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

truductio, da más de cien. La irracionalidad de π fue demostrada rigurosamente por Lambert, un contemporáneo de Euler, pero hubo que esperar al año 1882 para que Lindemann probara su trascendencia, es decir, que no es raíz de ninguna ecuación polinómica cuyos coeficientes sean todos enteros. Y de esta manera conocimos finalmente que no es posible construir, con regla y compás, un cuadrado de área igual al círculo de radio unidad. Es decir, la solución del famoso problema de la cuadratura del círculo formulado por aquellos maravillosos griegos de la época de Pericles. Que los cuadrados de los enteros se relacionen con el número π a través de esa identidad de Euler es algo tan misterioso que bastantes generaciones de matemáticos posteriores a él han producido su propia interpretación y demostración. Sin ir más lejos, el autor de este ensayo obtuvo, hace aproximadamente un año, una prueba especialmente directa y sencilla. Pero la demostración que Euler dio en *Introductio* es una joya que muestra el talante de aquella época prodigiosa, y la maestría insuperada de su autor en el arte de obtener las cancelaciones ocultas que permiten sumar muchas series numéricas.

Euler relacionó la serie de los recíprocos de los cuadrados con la sucesión de los números primos, a través de su celebrado producto infinito para la función zeta. De la que supo calcular los valores que toma en los enteros pares, lo que también podemos leer en el capítulo X de *Introductio*. Empero, la naturaleza de los valores que toma en los impares sigue siendo «terra incognita». Luego vino Riemann, quien extendió la función al campo complejo y describió todo un proyecto de investigación que aún nos tiene ocupados: ¿dónde estarán los ceros de la función zeta? Se trata, quizá, de la pregunta, o problema abierto, más famoso de las matemáticas en estos comienzos del siglo XXI.

Urbi et Orbi

Euler es un ejemplo de la maravillosa universalidad de las matemáticas. Aunque no fue un profesor universitario, ejerció una gran influencia en la organización del oficio. Y no sólo por su descomunal obra, que ocupa más de

cien volúmenes y cuya recopilación no ha sido completada todavía. De carácter afable, fue considerado el maestro de todos los matemáticos. Un ejemplo es Lagrange, quien fue animado e inspirado por Euler (algunos años mayor) en sus investigaciones sobre el Cálculo de Variaciones, cuyas ecuaciones fundamentales denominamos hoy de Euler-Lagrange. Es una época en la que se están creando instituciones (Academias de Ciencias y revistas científicas especializadas) y procedimientos, como la elaboración de tesis doctorales. Por lo que no debe resultarnos extraño que el árbol genealógico académico de una parte importante de los matemáticos de nuestro tiempo tenga su origen en el tándem Euler-Lagrange.

Nacido en Basilea, Suiza, en el año 1707, Euler vivió la mayor parte de su vida entre San Petersburgo y Berlín (Rusia y Prusia), cuyas academias de ciencias rivalizaron para tenerlo como miembro distinguido. Su vida resalta en estos comienzos del siglo XXI cuando todavía se dan tantas vueltas a las peculiaridades nacionales, que tantos problemas artificiales plantean y tan escasas soluciones encuentran. Su obra tiene también un carácter universal. Su contemporáneo D'Alembert clasificó las matemáticas en «Puras» y «Mixtas», englobando con esta segunda denominación a casi todo el resto de las ciencias. Euler hizo contribuciones fundamentales a la mayoría de ellas. Un ejemplo notable fue la Mecánica de Fluidos, donde hay un antes y un después de que formulara sus ecuaciones, que son un hito en la modelización de la física de los medios continuos. ¿Fue Euler un matemático puro o mixto? ¿Analista, geómetra o algebrista? Seguramente que él sonreiría y mostraría su perplejidad ante semejantes preguntas. Y, sin embargo, aún hay a quien le gusta polemizar en torno a si existe realmente una matemática aplicada o tan solo aplicaciones de las matemáticas. En muchas universidades nos encontramos con departamentos de Álgebra, de Geometría, de Análisis, de Matemática Aplicada y de Probabilidad y Estadística que parcelan la docencia, a menudo, de manera artificial. Y se han creado asociaciones de matemáticos que se llaman aplicados, para diferenciarse de otros supuestamente más puros.

En el caso particular de España, tenemos además el grave asunto de la llamada «endo-

gamia universitaria». Habiéndose organizado programas para «recuperar» a los «cerebros nacionales» que ejercen por otras latitudes. Aunque sin más efecto, nos tememos, que propiciar una tímida movilidad interna.

En fin, parafraseando de nuevo a Jorge Guillén:

Y se nos pasa la vida
ganando velocidad
como piedra en su caída.

Genio e ingenio

Las biografías de Euler suelen subrayar su carácter afable. Al parecer, tan sólo en una ocasión participó en una polémica un tanto agria. Fue en defensa de la prioridad de Maupertuis, entonces presidente de la academia de Berlín, sobre la paternidad del principio de la mínima acción. En ella se tropezó con Voltaire, quien destiló varios comentarios ingeniosos, irónicos y punzantes sobre su escasa habilidad en cuestiones filosóficas. Pero no parece que a Euler le afectasen demasiado (aunque sí le dolieron algo más los desdenes del emperador Federico II), e incluso confió a sus allegados que, efectivamente, tendría que haber estado mejor preparado en las sutilezas del lenguaje filosófico, y en la maestría de las respuestas rápidas y brillantes, antes de haber polemizado con Voltaire. Seguramente se debió a su proverbial buen ca-

rácter que no sólo pasara por el episodio sin irritarse sino que, incluso, le hiciesen cierta gracia los agujonazos que le prodigó el escritor y filósofo. No obstante, también es cierto que un hombre de obra tan fecunda, que abarcó a todas las matemáticas y parte de la física de su tiempo, y que descubrió las ecuaciones que rigen los movimientos de la atmósfera y los océanos, es decir, matematizó los dominios de Eolo y de Neptuno, no iba a enfadarse, o siquiera sentirse molesto, por ser objeto de las bur-las del ingenioso Voltaire. En un artículo publicado hace unos pocos meses en el diario *El País*, el afamado novelista Mario Vargas Llosa, como ya lo hiciera antes Graham Greene, se preguntaba, creo que con cierta ligereza, por las escasas aportaciones suizas, reloj de cuco aparte, a la gran cultura universal. ¿Qué contestaría Euler o los también suizos Jakob, Johann y Daniel Bernoulli? Da la impresión de que ya sea por activa o por pasiva, no ha tenido nuestro gran matemático ilustrado una buena estrella literaria.

Pero volvamos a *Introductio in analysim infinitorum*. Han pasado más de doscientos cincuenta años y todavía se lee con gusto y con facilidad. Podríamos seguir usándolo como libro de texto, y quizá debiéramos hacerlo. En cualquier caso, sigue estando plenamente justificada la conocida cita de Laplace:

¡Leed a Euler, leed a Euler!

Él es el maestro de todos nosotros. □

RESUMEN

El matemático Antonio Córdoba sabe bien lo difícil que es hallar un lenguaje con el que presentar nítidamente al profano el misterio de las matemáticas. No es fácil, se lamenta, hallar las metáforas precisas con las que abrir el candado que encierra a esta ciencia. Y, sin embargo, intenta adentrar al no especialista en la importante obra del matemático suizo del siglo

XVIII Leonhard Euler, un hombre que abarcó todas las matemáticas y parte de la física de su tiempo, que descubrió las ecuaciones que rigen los movimientos de la atmósfera y los océanos, y del que se acaba de publicar, en edición facsímil del original latino y su correspondiente traducción, una de sus obras fundamentales, *Introductio in analysim infinitorum*.

Leonhard Euler

Introductio in analysim infinitorum

Real Sociedad Matemática Española/Sociedad Andaluza de Enseñantes de Matemáticas, Sevilla, 2001. Dos volúmenes: edición facsímil y traducción, 320 y 406 páginas. 14.000 pesetas. ISBN: 84-923760-2-3

El hombre y los virus: historia de una relación

Por Juan Ortín

Juan Ortín (Madrid, 1946) ha sido becario de EMBO y de Alexander von Humboldt Stiftung, y director del Instituto de Biología Molecular del CSIC; actualmente es profesor de Investigación del CSIC y jefe de grupo en el Centro Nacional de Biotecnología. Sus actividades científicas están centradas en la transcripción y replicación del genoma del virus.

Los virus son parásitos intracelulares obligatorios que podemos considerar en la frontera entre lo que llamaríamos materia inerte y materia viva. En la sociedad de la información en que vivimos, es obvio usar la analogía entre los virus y los programas informáticos. Aquellos, como éstos, no son más que conjuntos de instrucciones que permiten llevar a cabo ciertos procesos. En el caso de los virus los procesos que codifican en su genoma incluyen la replicación de éste en la célula infectada y su transmisión hasta nuevos huéspedes. Los virus dependen completamente de las células que infectan en lo que se refiere a la generación de energía y a las maquinarias biosintéticas que necesitan para su replicación y transmisión, y tienen dos estados claramente diferenciados en su ciclo vital: Intracelularmente aparecen como «vivos» en cuanto sus genes son expresados como los de las células que infectan, mientras que extracelularmente son partículas inertes que podemos incluso cristalizar.

En la naturaleza existen virus que infectan todo tipo de organismos vivos, desde las bacterias hasta la especie humana, sin olvidar las plantas, pero en el libro que nos ocupa hoy, Dorothy H. Crawford se limita a los virus humanos y hace un análisis histórico-evolutivo de nuestra relación con los virus que nos infectan.

Equilibrio entre infectividad y patogenicidad

Los virus usan, y a veces abusan, de las maquinarias biosintéticas celulares para su propia replicación y como consecuencia de ello frecuentemente afectan la viabilidad celular. Las alteraciones que inducen en la célula infectada y la propia presencia de proteínas virales provoca la apoptosis celular y/o la respuesta citotóxica del sistema inmune, con el consiguiente riesgo de abortar la generación de progenie viral. Por ello los virus han evolucionado de manera que en muchos casos bloquean, retrasan o limitan estas respuestas del huésped. Tal y como la autora nos describe de manera sencilla y precisa, los virus han desarrollado evolutivamente estrategias para asegurar su pervivencia como especie. Algunos lo hacen a base de generar enormes cantidades de partículas infecciosas, lo que facilita su eventual transmisión a nuevos huéspedes, mientras que otros establecen una íntima asociación con el individuo infectado, en el que residen de por vida. Por ello tienen múltiples ocasiones de transmitirse a otros huéspedes, sin necesidad de generar una descendencia muy abundante. Ejemplos de la primera de las estrategias son los virus de la gripe, que se replican en el tracto respiratorio del hombre y se transmiten vía aerosol, o bien los de la poliomielitis, que se producen en enormes cantidades en el intestino del individuo infectado y se transmiten por vía fecal-oral. La segunda estrategia tiene como modelo típico los virus herpes, que nos infectan una vez y establecen una infección latente, imperceptible, en el sistema nervioso, desde la cual originan reactivaciones ocasionales. En todo caso, se establece un equilibrio evolutivo entre la capacidad del virus para infectar y replicar en el individuo y la patología que genera en éste. En otras palabras,



los virus tienden hacia su persistencia, bien sea en el individuo o bien en la población de susceptibles.

Co-evolución del hombre y los virus que le infectan

En su camino hacia la persistencia, los virus y sus huéspedes evolucionan conjuntamente hacia una «coexistencia pacífica». Indudablemente, los virus son sistemas biológicos mucho más flexibles que sus huéspedes, dado que su genoma es mucho más pequeño, su tiempo de generación mucho más corto y la frecuencia con que su genoma muta es muy superior. A pesar de estas diferencias, la evolución de la interacción virus-huésped no sólo termina por eliminar las funciones virales que resultan más patogénicas para el organismo infectado, sino que al tiempo se seleccionan positivamente los huéspedes más resistentes a la infección. Este concepto de co-evolución está claramente reflejado en el libro que nos ocupa y D. H. Crawford nos propone como paradigma de este fenómeno el resultado de la introducción del virus de la mixomatosis en Australia, en un intento de controlar la explosión poblacional de conejos europeos en aquel continente. Inmediatamente después de la introducción del virus se produjo una enorme mortandad de conejos, pero poco tiempo después pudo observarse que una fracción de éstos no moría de la infección, al tiempo que los virus circulantes habían perdido parte de su patogenicidad. Como resultado, la población de conejos volvió a incrementarse explosivamente. Una situación parecida ha podido constatarse durante la introducción del virus de la viruela por individuos infectados durante la conquista de América. A pesar de los estragos que el virus produjo en los nativos, la mezcla genética entre los españoles y los indios permitió la transferencia de los genes de resistencia que las poblaciones europeas habían seleccionado, limitando así las consecuencias de la infección. La ausencia de cruce entre los europeos y los indios en Norteamérica tuvo como consecuencia una mayor incidencia de la viruela en esa población indígena.

El hombre dispone de sistemas de defensa frente a las infecciones virales tanto a nivel celular como a nivel del organismo. La respuesta celular es inespecífica y está determinada por el sistema de interferón. Cuando una célula resulta infectada por un virus se produce por lo general RNA de doble cadena, una macromolécula ausente en las células normales, que dispara la expresión de interferones. Estas moléculas inducen un bloqueo general de la expresión genética en la célula infectada y, además, son secretadas al medio externo, induciendo un bloqueo similar en las células circundantes. Esta primera línea de defensa sería suficiente para detener la expansión viral, pero los virus han adquirido una variedad de genes que contrarrestan la actividad de interferones, bien inhibiendo su inducción o bien bloqueando algunos de los pasos efectores. De hecho, cuando manipulamos los genomas virales para eliminar sus genes anti-interferón, las cepas virales resultantes son infecciosas pero están fuertemente atenuadas.

La segunda línea de defensa antiviral está constituida por el sistema inmune. Esta respuesta es específica en su mayor parte, depende de la expresión de proteínas virales y requiere la activación y selección en el individuo de clones específicos de linfocitos. El sistema inmune es muy versátil y está seleccionado hacia la diversidad no sólo durante la evolución de nuestra especie sino también durante la vida de cada individuo, mediante la mutación somática y selección de variantes de los genes efectores en los linfocitos. Es decir, el sistema inmune está permanentemente en evolución, del mismo modo que los virus que nos infectan, y contrarresta en parte la flexibilidad genética de éstos. Del mismo modo que con la respuesta a interferón, los virus han adquirido funciones que limitan o anulan la efectividad de la respuesta inmune. En algunos casos infectan células clave en esta respuesta, en otros expresan proteínas que simulan receptores específicos del sistema inmune y a veces bloquean la expresión de los antígenos de histocompatibilidad, que son necesarios para que el sistema inmune reconozca las proteínas virales como extrañas.

Con una perspectiva evolutiva, las infecciones virales tienden hacia un equilibrio

delicado e inestable en el que el individuo infectado proporciona los medios y el ambiente adecuados para la replicación viral y reacciona para tratar de eliminar la infección, mientras que el virus contrarresta esta reacción y evoluciona hasta establecer una interferencia mínima en el huésped que le permita mantener la población de susceptibles a su disposición.

Relaciones virus-huésped

A pesar de la co-evolución de los virus y la especie humana, existen circunstancias por las que el equilibrio alcanzado se rompe parcialmente y se producen efectos patológicos en el individuo. En una parte del libro que comentamos, la autora nos presenta las interacciones del hombre con virus que inducen la aparición de cánceres. De hecho, la primera identificación de un virus que presenta características oncogénicas data de principio del siglo XX, cuando Rous aisló el virus que lleva su nombre y produce sarcomas en pollo. En el caso de los virus humanos, la identificación de virus oncogénicos tuvo que esperar hasta mediados del siglo XX, cuando se identificó el virus de Epstein-Barr (EBV) como asociado al linfoma de Burkitt, un tumor que es frecuente en las regiones tropicales de África. Curiosamente, cuando se estudió la distribución de EBV en el mundo, se encontró que la mayor parte de la población había sufrido infección, que en general es asintomática y que sólo ocasionalmente produce la mononucleosis infecciosa. Esta baja incidencia en la inducción de tumores es típica de los virus oncogénicos humanos, entre los que se encuentran los papilomavirus asociados a carcinoma cervical, los virus de la hepatitis B y C que se asocian a los hepatocarcinomas y los HTLV-1 que inducen ciertos linfomas. Para todos estos virus, las infecciones son mucho más prevalentes que los tumores a los que se asocian. La infección viral es un agente, entre otros, de los desencadenantes del tumor, por lo que se constituye normalmente en requisito necesario pero no suficiente para la patología.

Otro ejemplo que ilustra muy gráficamente lo fácil que es romper el equilibrio infección-patología a que se llega en la co-evolución virus-huésped es el de la poliomielitis. Esta enfermedad fue esporádica en las sociedades poco desarrolladas pero adquirió un carácter epidémico cuando los niveles de higiene pública mejoraron como consecuencia del desarrollo socio-económico de los países. Este aparente contrasentido se explica porque poliovirus infecta de manera casi asintomática el intestino de los niños pequeños y produce infección del sistema nervioso y parálisis sólo ocasionalmente. Por contra, cuando mejora el nivel higiénico de la sociedad, el virus infecta a individuos de mayor edad en forma de brotes epidémicos en los que es mucho más frecuente la enfermedad paralizante.

Salto de virus entre especies huésped

Si los pequeños cambios ambientales, como la edad a la que se produce la primera infección por poliovirus, pueden alterar de manera dramática el resultado de la interacción virus-hombre, otras alteraciones ecológicas de mayor calado son las causas de la aparición de lo que llamamos «nuevos virus». Dentro de esta categoría de virus, a los que D. H. Crawford dedica un capítulo, podemos incluir tanto aquellos que aparecen como nuevos patógenos en la historia de la Humanidad como los que son viejos conocidos pero nos visitan reiteradamente con formas cambiantes. Además, de-



Viene de la página anterior

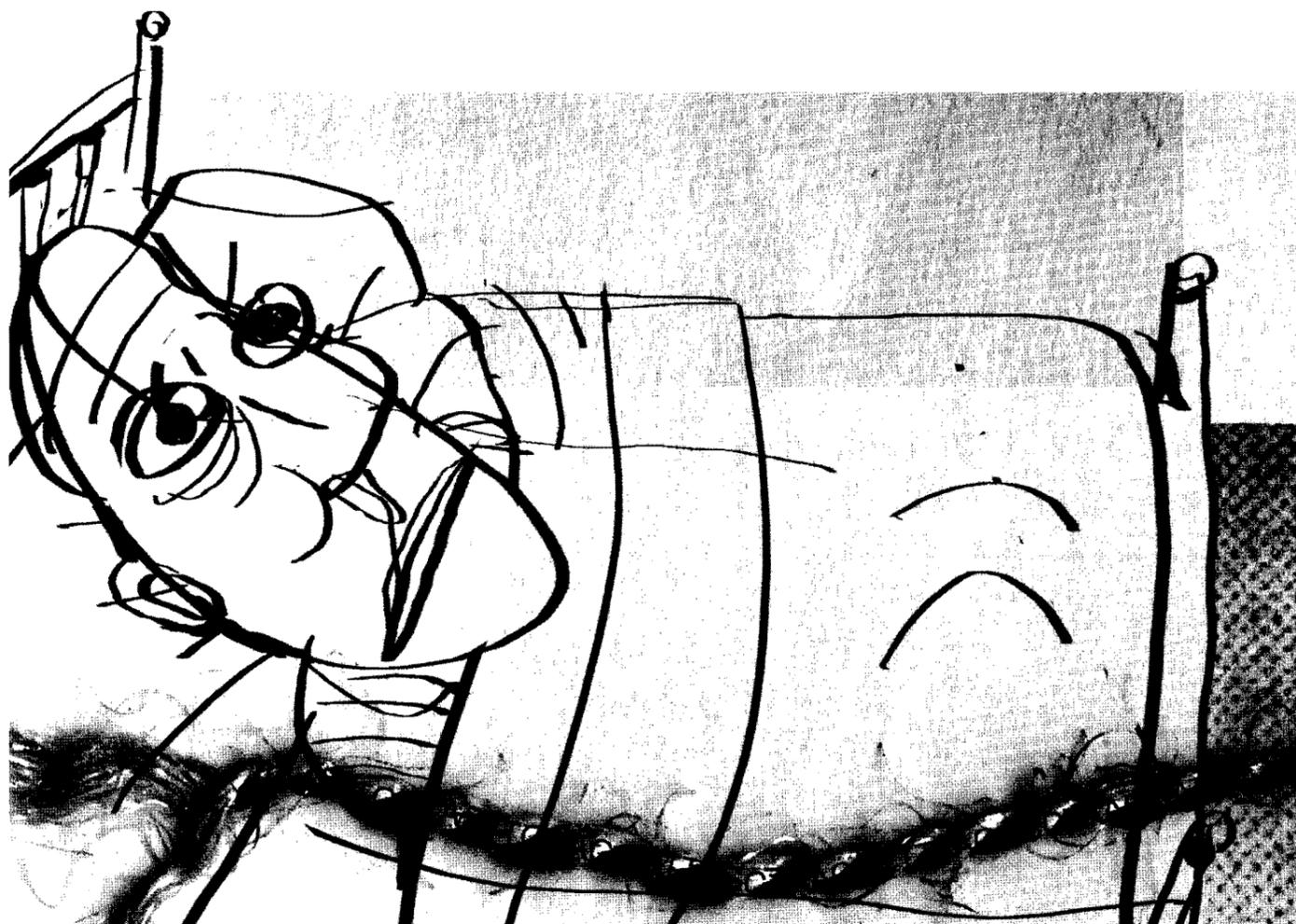


bemos incluir también los virus que siempre han estado con nosotros pero no habían sido identificados todavía.

La autora hace especial hincapié en los Hantavirus, causantes de fiebres hemorrágicas y en el VIH, causante del SIDA. En ambos casos se trata de saltos al hombre de virus de otras especies animales, en las que no ocasionan patologías apreciables, como consecuencia de la invasión de espacios previamente no habitados. Las infecciones por Hantavirus descritas en el hombre provienen de los virus de roedores silvestres y hasta el momento no ha habido más que un caso descrito de transmisión de estos virus entre personas. Distintos Hantavirus que infectan persistentemente a diferentes especies de roedores silvestres pueden infectar al hombre causando afecciones renales y pulmonares que ocasionalmente incluyen hemorragias generalizadas. Estas infecciones presentan considerable mortalidad y constituyen un peligro permanente para la salud humana, ya que un paso adicional de adaptación de alguno de estos Hantavirus a nuestra especie, que permitiera su transmisión entre individuos, podría dar lugar a una nueva plaga para la Humanidad.

Precisamente este tipo de adaptación parece haber sido la causa de la aparición del VIH y del SIDA en la segunda mitad del siglo XX. En efecto, los estudios de epidemiología molecular de los virus VIH y de sus relacionados que infectan a simios han permitido establecer que los VIH-1 y VIH-2 derivan de virus circulantes en dos subespecies distintas de chimpancés («Pan troglodites») que habitan regiones separadas de África central. Se supone que el contacto entre el hombre y estos simios, en particular su caza para alimentación, habría permitido el paso de los virus precursores del VIH al hombre. De hecho, estudios seroepidemiológicos permiten proponer que los primeros casos de SIDA en África se remontan a los alrededores de la segunda guerra mundial. Probablemente la enfermedad permaneció inadvertida en la región hasta su salto a USA en los primeros años 80. En tan sólo 20 años, la infección, que se transmite por contacto sexual y por falta de higiene entre los drogadictos intravenosos, se ha extendido a todo el mundo. Actualmente se calcula que 56 millones de personas han sido infectadas, de las que 20 millones han muerto de la enfermedad. El SIDA adquiere sus tintes más dramáticos en África central, donde el subdesarrollo, la pobreza y ciertas costumbres ancestrales han favorecido su transmisión hasta el punto de que esta enfermedad es causante de reducciones dramáticas de la esperanza de vida en la región y amenaza con paralizar el desarrollo de ese continente.

Sin embargo, la autora no incluye los virus de la gripe entre los nuevos virus, a pesar de que constituyen los casos mejor estudiados de transmisión de especies virales animales al hombre. Dentro de los virus de la gripe tipo A existen más de 100 subtipos, en función de la combinación de antígenos de superficie que presentan, y dentro de cada subtipo coexisten innumerables cepas que tienen variaciones más sutiles, pero apreciables en estos antígenos. Estos virus son endémicos en diversas poblaciones de aves silvestres, en las que no causan patología apreciable, pero pueden infectar diversos mamíferos, incluido el hombre. Cuando ocurre un salto de este tipo, la población humana está desprotegida inmunológicamente y se produce una pandemia con consecuencias graves para la salud humana. Desde finales del siglo XIX hemos conocido seis pandemias entre las que destaca por sus efectos la que tuvo lugar en 1918-1919. El virus causante de aquella pandemia fue especialmente patógeno, afectó a más de la cuarta parte de la población mundial con una mortalidad de alrededor del 10% de los infectados. Sus consecuencias fueron tan devastadoras



G. MERINO

que la esperanza de vida en EE UU descendió 12 años como consecuencia de la gripe. Los efectos fueron equivalentes a los acumulados por la pandemia del SIDA hasta la fecha: aunque las estadísticas son menos fiables que las actuales, se calcula que hubo entre 20 y 100 millones de muertos por la infección en aquel año. ¿Podría repetirse una pandemia de tales proporciones en el futuro? Aunque nuestro conocimiento del virus y de cómo prevenirlo son infinitamente superiores hoy día, no se puede descartar una pandemia análoga. De hecho, en 1997 ocurrió en Hong Kong un brote epidémico debido a un virus gripal de pollo que nunca había infectado al hombre, en el que se describieron 16 casos de los que la mitad fallecieron, a pesar de su hospitalización. Afortunadamente, el virus no se transmitió entre humanos, pero un peligro de ese estilo está permanentemente con nosotros.

La lucha del hombre contra sus virus

Para introducir el tema de la terapia antiviral, D. H. Crawford nos presenta el descubrimiento de la penicilina como primer antibacteriano. Es un comienzo muy apropiado porque el desarrollo de los antivirales ha sido muy incipiente hasta fechas recientes. Existen dos tipos de problemas para el desarrollo de buenos compuestos antivirales: por una parte, la identificación de dianas efectivas en el virus, ya que su replicación tiene lugar en el interior de nuestras células, usando muchos de los mecanismos moleculares y metabólicos de éstas. Por otro lado, la enorme plasticidad genética de los virus, debida a su elevada tasa de mutación y su enorme tamaño poblacional, que tiene como consecuencia la rápida aparición de variantes virales resistentes al antiviral. De hecho, el aciclovir, que se usa para el tratamiento de herpes, ha sido el único antiviral efectivo durante muchos años. La situación ha cambiado completamente desde el advenimiento de la pandemia del SIDA. En muy pocos años, ante la amenaza que supone el avance de una infección con mortalidad esencialmente del 100% en ausencia de tratamiento, se ha avanzado enormemente en el conocimiento de la Biología básica del VIH y se han usado esos conocimientos en la identificación de dianas apropiadas y en la búsqueda de compuestos antivirales efectivos. Además, el problema de la aparición de virus resistentes ha sido abor-

gado eficazmente por el uso de varios antivirales dirigidos contra dianas independientes (terapia múltiple). Con todo ello, ha sido posible tratar los individuos infectados y evitar que progrese su enfermedad, aunque no se ha logrado de momento erradicar el virus del enfermo, y este abordaje ha quedado como un nuevo paradigma en la lucha antiviral. Evidentemente, estos tratamientos múltiples tienen el coste de unos efectos secundarios considerables, aceptables en el caso del SIDA pero no en otras infecciones virales, y un fuerte coste económico que los hace accesibles sólo en el mundo desarrollado. Su aplicación en África central y meridional, donde los recursos son escasos y la epidemia del SIDA es más dramática, depende de acciones políticas decididas que han empezado a florecer recientemente.

A pesar de los avances prácticos que han tenido lugar en materia de antivirales, la prevención de las infecciones virales es una medida mucho más eficaz en la lucha contra estos agentes infecciosos. Desde que Jenner marcó la pauta con la técnica de «vacunación» con las pústulas del poxvirus de vacas para prevenir las infecciones de viruela en humanos, los progresos de la prevención inmunológica de las infecciones virales han sido espectaculares. Prueba de ello es la erradicación de la viruela en 1976, la casi completa erradicación del virus de la polio, y la drástica disminución de la incidencia de los virus del sarampión, paperas, rubeola, etc., en los países desarrollados. Un camino similar, aunque todavía en etapas más tempranas de desarrollo, está siguiendo la prevención vacunal de los virus de la hepatitis A y B y del papiloma. No sólo es más eficaz la prevención que la terapia antiviral, sino que es mucho más eco-

nómica y por tanto más accesible a los países en vías de desarrollo.

A pesar de estos avances, hay infecciones virales particularmente insidiosas, para las que el desarrollo de vacunas eficaces no ha tenido éxito por el momento. En algunos casos, el problema reside en la asombrosa diversidad genética y por ende antigénica que presentan ciertos virus. Así, las vacunas frente al virus de la gripe han de ser actualizadas cada año en función de las cepas virales prevalentes en la temporada anterior. Por ello, aunque las vacunas son razonablemente eficaces frente al virus inmunógeno, frecuentemente aparecen cambios en las cepas sucesivas que disminuyen la eficacia real de la vacuna. En el caso del VIH, además de los problemas de diversidad antigénica citados, el virus se establece como parte del genoma de la célula que infecta y ha evolucionado para replicar en presencia de una fuerte respuesta inmune. Así, utiliza mecanismos de evasión como atenuar la expresión de los antígenos de histocompatibilidad, esconder de la respuesta de anticuerpos los dominios de sus proteínas que son funcionalmente relevantes y lanzar señuelos antigénicos. Son necesarios enormes esfuerzos en investigación básica y en ensayos clínicos para asegurar que en el próximo futuro dispongamos de una vacuna eficaz para prevenir el SIDA, que está causando estragos en países en desarrollo en África y Asia.

Mirando todavía más hacia el futuro, sería conveniente desarrollar vacunas frente a virus emergentes como los Hantavirus o los virus gripales de pollo antes citados, o el virus de Ebola, que aún no han dado lugar a plagas comparables al SIDA pero permanecen entre nosotros como un serio peligro potencial. □

RESUMEN

El libro del que se ocupa Juan Ortín constituye un acercamiento claro, ameno y bastante preciso al tema de la Virología en los aspectos relativos a la salud humana. Empieza remarcando las diferencias entre virus y bacterias, no siempre claras en escritos divulgativos, y aborda las interacciones entre los virus y el hombre

incluyendo conceptos esenciales como la evolución entre ambos, las estrategias de persistencia viral y las consecuencias patológicas de las infecciones. Entre las limitaciones del texto cabría citar cierta dispersión de temas entre los capítulos, que en ocasiones hace difícil ver la continuidad de los argumentos básicos.

Dorothy H. Crawford

The invisible enemy. A natural history of viruses

Oxford University Press, Oxford, 2000. 6.275 páginas. 5.050 pesetas. ISBN 0-19-850332-6

Un bombón de novela

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como Cuentos completos, Autobiografía y Entre paréntesis; y editor de Cuento español de posguerra.

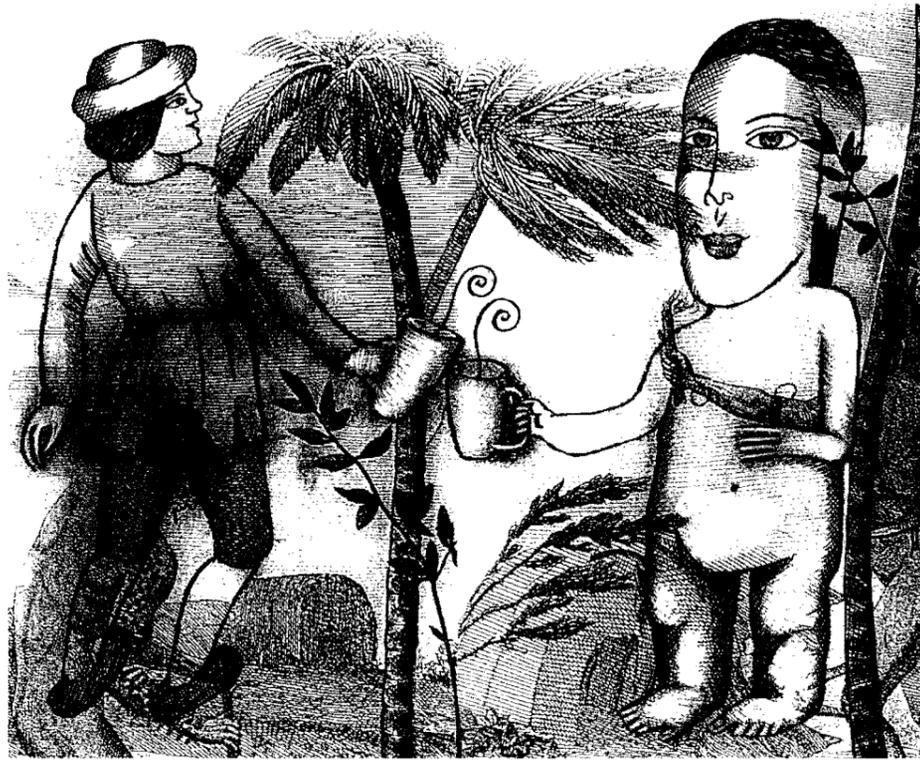
Por ventura para los lectores, hay primeras novelas que no tienen nada de primerizas y exhiben toda la bienaventuranza de un relato maestro. El autor de *The Discovery of Chocolate*, James Runcie, es articulista y crítico en publicaciones importantes —*Daily Telegraph*, *The Observer*, *The Evening Standard*, etc.—, con un reconocido prestigio en el mundo del cine y el teatro, dentro y fuera de ese cajón de sastre de valores que es la televisión.

La novela de Runcie es «una historia de amor, chocolate y un galgo llamado Pedro» y, como cualquier buena novela que se precie, su historia puede ser tildada de sencilla y de complicada a la vez. Para mí, este inglés ha escrito una alegoría del amor a México que hemos sentido los españoles a través de los siglos, desde 1519. Un amor atrapado en lo sensorial, lo telúrico y misterioso y la gracia, ingredientes que pone en juego esta novela desde la primera página que, por cierto, no descuida la garra y la sabiduría para atraer al lector, ya que su protagonista comienza a hablarnos así: «Aunque es verdad que he sido considerado un lunático muchas veces en los últimos quinientos años...»

El protagonista, en principio, fue un personaje real, Diego de Godoy, escribano del emperador Carlos V, que acompañó a Cortés y levantó acta de sus hazañas, fundó la villa del Espíritu Santo con Gonzalo de Sandoval y fue teniente de la de Natividad y capitán de Puerto Caballos. Godoy anduvo a cuchilladas en Chiapas con Bernal Díaz del Castillo y, en general, puede calificarse de hombre prescindible, o sustituible por cualquier otro, en la conquista de Nueva España. Y aunque para el propósito de la novela y las consideraciones del lector resulte irrelevante, James Runcie le atribuye la hazaña que llevó a cabo otro conquistador del mismo nombre y mucho más valor, Diego de Orgaz, que fue el que escaló la cumbre humeante del Popocatepec.

Por las veredas de la Historia

Uno de los encantos de esta novela para el lector hispano es el paso por ella, generalmente a tiempo y, alguna vez, a destiempo, de seres reales que transitaban por las veredas de la Historia, como doña Marina, el alférez Antonio de Villarreal, el piloto Antón de Alaminos, el intérprete Jerónimo de Aguilar, el cirujano de Narváez maestro Juan, el car-



VICTORIA MARTOS

pintero de ribera Andrés Núñez y el carpintero «de lo blanco» Alonso Yáñez, Ortiz el músico, la presencia improbable de Gonzalo de Sandoval en Sevilla de comensal en un banquete celebratorio del día de Santiago o el liberal mercenario Fray Bartolomé de Olmedo, «gran cantor de misas cantadas», «hombre entendido y teólogo», con el que Runcie traza una convincente escena erótico-piadosa con admirable diálogo entre el joven Godoy y el disciplinado en Cristo fray Bartolomé.

Los personajes reales reinventados —el marqués de Sade, Sigmund Freud o Gertrude Stein—, continúan apareciendo con extraordinaria verosimilitud en otros países y en otros siglos, ya que Diego de Godoy ha sido la gustosa y exclusiva víctima de un elixir amatorio —compuesto, que sepamos, de cacao, chile, pimienta y cardamomo— con el que una bellísima sirvienta de Moctezuma asegura la perpetuidad del amor mutuo que se profesan y quizá el encuentro de ambos en el futuro con amplia sala de espera para la muerte. Como es natural, él ignora el poder de la pócima y, una vez bebida, le da a lamer el pomo contenedor a Pedro, su galgo inseparable, y la evidencia de esa situación anormal para el hombre y el perro se hará notar después de pasar un siglo.

Pero vamos por partes. Diego está en Sevilla embobado en el logro de un amor que podía conducirle a zascandileos cortesanos muy de la época. Ama, o le parece que ama, a Isabella de Quintallina (metátesis indudable por Quintanilla), y ella le pide, para corresponderle, «a love-token», una señal de amor, que tiene que ser espectacular y única, con la promesa de esperar dos años hasta que él aparezca con

su prenda amorosa, y le regala a Pedro que es, según ella, lo que más quiere en el mundo. En busca de algo espectacular y único, Diego atraviesa el Atlántico en 1518, desembarca en Cuba, se enrolla en las huestes de Cortés, entra, con los demás, en Tenochtitlán y allí un mundo al alcance de la mano y totalmente nuevo, pleno de oro, plata, flores, especias, colores, aromas y sabores le hacen conocer otro amor tan satisfactorio, dulce, suave, incansable, desconocido, misterioso y rico como el chocolate que el gran Moctezuma bebe en jarras rebosantes de espuma: el amor de una muchacha india de Chiapas, Flor de Lluvia (Quiauh-xochitl), a la que dan el nombre de Ignacia, porque «ignis» es latín por fuego. Tiene un puestecillo en el mercado y, con el cacao, hace malabarismos reposteros, habilidades que Diego ofrecerá más tarde al lector, en mil recetas, a lo largo del libro de su vida. Los granos de cacao, además, sirven de moneda en el mercado y ellos van a constituir el «love-token» para la ya borrosa Isabella.

Diego regresa a Sevilla con los ojos y el pensamiento en América y la artificiosidad picajosa y aristocrática de la ciudad del Betis le hace sentirse ajeno y perdido, como les ocurrió, en realidad, a tantos españoles que vivieron la experiencia virginal del Nuevo Mundo (recuérdese lo que cuenta el Inca Garcilaso de la Vega del soldado Hernando de Segovia y de otros). Rotas sus relaciones con Isabella vuelve a Chiapas, pero Ignacia, al parecer, ha muerto: nadie sabe quién es, y la toma por los españoles de Tenochtitlán ocurrió un siglo antes. Tras una serie de aventuras involuntarias a cuenta de su obsesión chocolatera (que es su recurso para recordar a Ignacia), un pirata francés aborda la nave que le lleva a Sevilla y, cuando ve la ropa anticuada que usa y oye lo que él le cuenta de su vida, le toma por loco y va a parar con sus huesos a La Bastilla. Es el año 1788 y reina en Francia —por poco tiempo ya—, Luis XVI. El chocolate y sus variantes son el oro, el incienso y la mirra de su culto a Ignacia y, por él, conoce en la prisión al marqués de Sade, que intenta hacer de las suyas con el pobre Pedro, estimulado por las jicaras de chocolate que le prepara Diego con coñac de frambuesas, nata y azúcar.

Desnortado, testigo de todas las historias de la Historia, sin la esperanza de morir ni gusto por la vida y favorecido siempre por su gran pericia en la elaboración del chocolate, va a Viena, donde se deprime y comienza a beber y un doctor innominado —Freud— le somete a

extrañas curaciones de relajamiento y monólogos recordatorios tumbado en un diván. En Viena, idea el bombón moderno moldeado en los pezones de una prostituta elegante, Claudia, y allí conoce a un inglés con los utensilios necesarios para crear el chocolate sólido, la barra de chocolate. Claudia exclama: «¡Es el producto del futuro: Chocolate para todo el mundo, no sólo para los privilegiados y los ricos!» «Lo preocupante —le dice él— es que el placer sea demasiado rápido». «¿Como el sexo sin amor?» —pregunta Claudia. «Así». Trabaja, por fin, en Bristol, donde, además de beber, se entrega al juego y donde Pedro muere, en su papel de galgo corredor, por librar de deudas a su amo. Se embarca luego para ir a Filadelfia, via Nueva York y, en la travesía, entabla amistad con miss Gertrude Stein y su secretaria miss Toklas que, enteradas de su historia, le espolean con razonamientos estimulantes o afrodisíacos para que su amor consiga un «happy-ending». En Nueva York, el antiguo conquistador de Nueva España es ahora un pobre emigrante, que va a trabajar en Filadelfia con un americano más interesado en amasar dólares que chocolate. Eso y la proximidad de México le hacen marcharse a Chiapas, donde arrostrará peligros antes de encontrar la paz al lado de Ignacia, que no ha muerto y sólo representa, como él, unos cincuenta años y, tras las recriminaciones y explicaciones de rigor —para elucidación del lector y entre ellos— se disponen a morir, inseparables, cuando lo quiera Dios...

El relato de Runcie, que despegó en 1518, quiere ser leal a dos géneros novelescos de aquella época, el sentimental y el bizantino, y quizá sea el humor y una documentación precisa magistralmente dosificada, lo que le den el «quid» indiscutible de modernidad. Si aceptamos —y el autor lo consigue— el efecto de longevidad indefinida que tiene en los amantes y en Pedro el elixir de Ignacia, el resto es real y verosímil y pudo ser —aunque no lo fuera— como el narrador lo cuenta, acercándonos el relato en primera persona y en variedad de escenarios para darle más veracidad. Runcie alista al final de su novela una veintena de libros (cinco sobre chocolate) que le han servido de información y referencia, entre cuyos autores figuran Bernal Díaz del Castillo, Francisco López de Gómara y Hernán Cortés. Es evidente a lo largo de la novela cierto grado de familiaridad en el autor con la cultura española. Aparte de las crónicas de la Conquista, se menciona el *Libro de Buen Amor*, se alude al *Quijote* (el chocolatero americano despide a Diego con estas palabras: «Tú eres mi auténtico Caballero de la Triste Figura y mereces hallar a tu Dulcinea»), y hay frases y refranes en español que, como el primero que cito, se convierten en «leitmotiv» en las páginas del libro: «Quien bien ama, tarde olvida», o el quizá más apropiado «Al cabo de los años mil, torna el agua a su cubil», y otros. Runcie brilla en los retratos —muy breves—, en los diálogos y en la economía expresiva y es, sin duda, un minucioso observador de lo que escribe, alerta siempre ante lo que pueda sonar a improbable, exagerado o ridículo. Sabe bien lo que el artista le debe al artesano y ha logrado una cándida novela de fidelidad y amor, entretenida y culta, en esta era de multividiosos e inflación novelesca de trucaje y falsilla. □

En el próximo número

Artículos de *Carlos García Gual*, *Joseph Pérez*, *Emilio Lorenzo*, *José-Carlos Mainer*, *Xesús Alonso Montero*, *Manuel García Doncel* y *Carlos Sánchez del Río*.

RESUMEN

Considera Medardo Fraile que la primera novela que publica el periodista y crítico inglés James Runcie no tiene nada de primeriza y sí, en cambio, rozca la perfección. Relato sencillo y complicado a la vez, que transcurre a lo largo de quinientos años a partir de personajes reales reinventados, el comentarista lo considera como una alegoría del amor que por México

sienten los españoles desde el siglo XVI. La califica también de cándida novela de fidelidad y amor, entretenida y culta, en la que el chocolate, como refinado placer, adquiere un sorprendente protagonismo a lo largo de esos cinco siglos de verosímil narración y en la que los granos de cacao se utilizan como señales de amor de una trama que se pierde en el tiempo.

James Runcie

The Discovery of Chocolate. A Story of Love, Chocolate and a Greyhound called Pedro.

Harper-Collins, Londres, 2001. 250 págs. 12,99 libras. ISBN: 0-00-710782-X

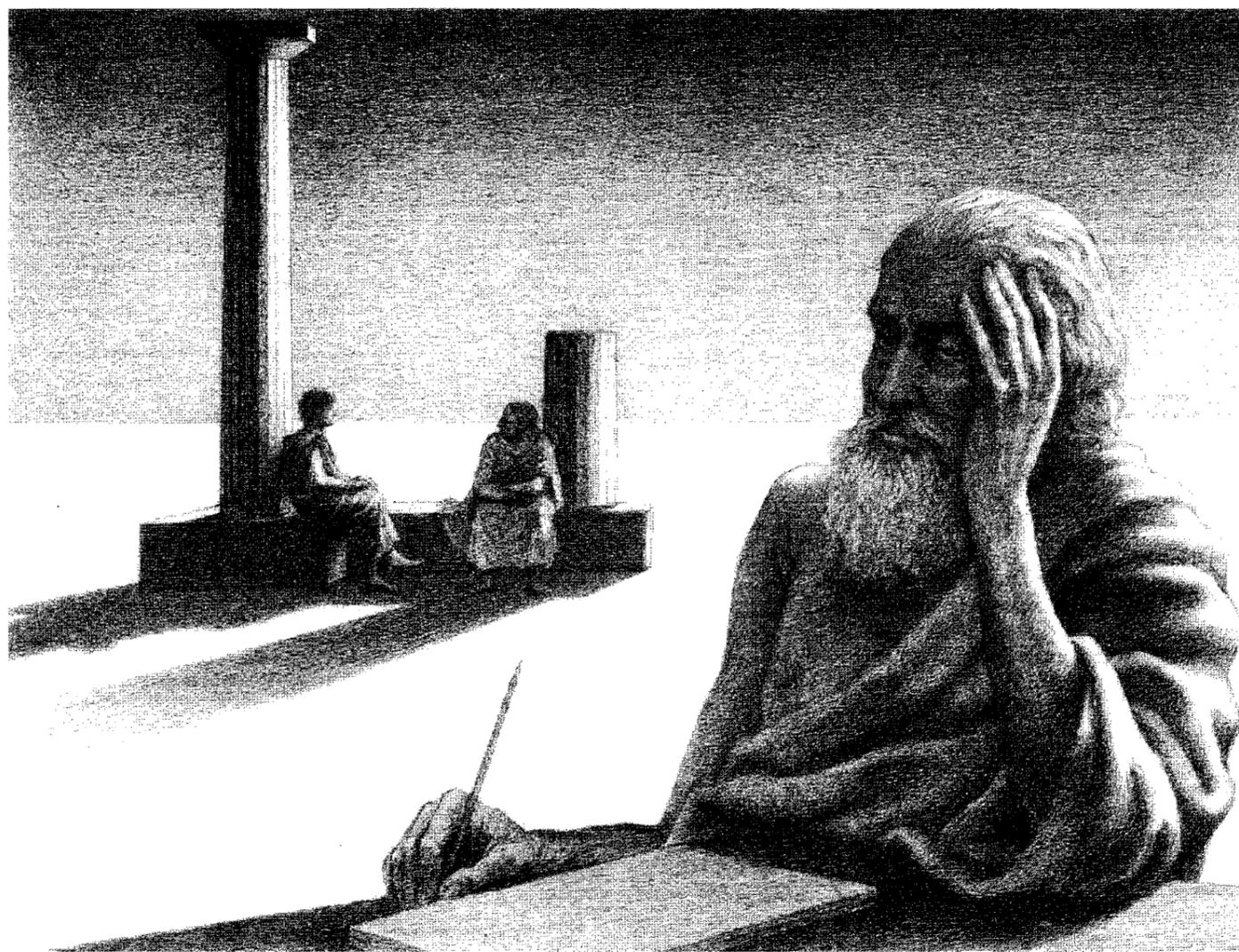
El último gran empeño político de Platón

Por Carlos García Gual

Carlos García Gual (Palma de Mallorca, 1943) es catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense. Fue presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Autor, entre otras, de obras como *Los orígenes de la novela*, *Mitos, viajes y héroes* e *Introducción a la mitología griega*.

Platón murió frizando los ochenta años y por entonces, se cuenta, andaba concluyendo la escritura de *Leyes*, en el año 347 a.C. *Leyes* es, en efecto, la última obra del pertinaz escritor y filósofo. También es el más largo de sus *Diálogos* (pues con sus doce libros supera los diez de la *República*) y el más descuidado seguramente desde el punto de vista del estilo. Es, por otra parte, una obra considerada como muestra de la tendencia más reaccionaria del viejo filósofo. Lo vemos retornar en ella al gran tema de la constitución de una ciudad, en buena medida utópica, pero mucho más contaminada de realismo en múltiples detalles, con una configuración más austera y rígida que la de la *República*, como si aquí renunciara ya el octogenario Platón a su programa más audaz (al régimen de los filósofos-reyes) y a su tenaz idealismo, para aproximarse a una constitución arcaizante y conservadora, en la sombra de una legislación un tanto totalitaria, ensalzada por tres viejos contertulios: un ateniense, un cretense y un espartano. Es, además, un coloquio en el que no está ya presente Sócrates, el escéptico Sócrates que, como apuntó sutilmente Cornford, a buen seguro habría sido condenado a muerte por el Consejo Nocturno de la Ciudad, órgano severo de una dura censura religiosa.

Quizás por todo ello *Leyes* ha quedado un tanto marginado o preterido en los estudios platónicos hasta años recientes. La bibliografía sobre este larguísimo texto está, en efecto, muy por debajo de la abundantísima existente sobre los grandes diálogos anteriores. Pero en los últimos años parece que se remedia ese descuido y se vuelve a prestar renovada atención a este último gran empeño político de Platón. Y una clara muestra es este coloquio internacional celebrado en Salamanca, a fines del 98, coordinado y editado ahora por Francisco Lisi, reciente traductor del diálogo y muy experto conocedor



FUENCISLA DEL AMO

de su temática. En estas *Actas* se han seleccionado veinte textos de otros tantos especialistas en el pensamiento platónico. Entre ellos hay tres platonistas españoles: Tomás Calvo, Álvaro Vallejo Campos y el editor ya citado del volumen.

Es una breve, pero muy digna representación de los actuales estudios sobre la filosofía de Platón en España, ya que estos tres profesores universitarios se han ocupado a fondo de algunos textos muy importantes del filósofo, y de algunas obras aristotélicas. Po-

demos recordar que T. Calvo es el traductor de la *Metafísica* y el *De anima* de Aristóteles (ambas en la «Biblioteca Clásica Gredos»); A. Vallejo ha publicado un libro sobre *Mito y persuasión en Platón* (Sevilla, 1993) y traducido el diálogo *Filebo* (BCG, 1992); y F. Lisi ha publicado, como dijimos, una muy precisa y bien anotada versión de las *Leyes* (también en la BCG, 2 vols., Madrid, 1999). Hacen muy buen papel, pues, dentro del grupo de estudiosos que aquí replantean la situación de *Leyes* como última pieza del vasto «corpus platonicum» y comentan sus largos ecos en la tradición filosófica posterior.

La filosofía platónica

Sería largo y prolijo intentar un análisis de los veinte ensayos aquí reunidos, pero sí que me parece conveniente señalar los apartados en que se distribuyen, porque eso da una cierta idea, aunque sea esquemática, del conjunto de las cuestiones abordadas. «Ley, diálogo y persuasión»; «La filosofía política de las *Leyes*»; «El Estado de Magnesia»; «Las *Leyes* y su contexto histórico»; «La

recepción de las *Leyes* de Platón»; y «La tradición textual», son los seis apartados del libro, seguidos luego de un par de útiles índices. El conjunto está muy equilibrado, y podemos advertir en él dos tendencias esenciales: de un lado, a señalar la persistencia en esta última obra de las líneas básicas del pensamiento platónico, y, de otro, a subrayar lo que *Leyes* tiene de original, frente a las obras anteriores y frente a la legislación política de su tiempo.

Quien contempla la evolución de la filosofía platónica con especial atención a su ideología política –unida y orientada por su concepción global del ser humano y su destino espiritual– no puede dejar de ver *Leyes* como una última etapa, marcada por un cierto pesimismo. Mucho antes, desde el *Gorgias*, pero sobre todo en la *República*, Platón había unido su crítica radical de la democracia ateniense (paradigma, sin más, de cualquier «politeía» democrática) y su desconfianza en la masa de ciudadanos, con la fe en una reeducación del individuo mediante la conversión ascética y la dedicación permanen-



En este número

Artículos de			
Carlos García Gual	1-2	Xesús Alonso Montero	8-9
Joseph Pérez	3	Manuel García Doncel	10-11
Emilio Lorenzo	4-5	Carlos Sánchez del Río	12
José-Carlos Mainer	6-7		

SUMARIO en página 2



El último gran empeño político de Platón

te de los mejores a la práctica de la filosofía.

En la utopía de su *República* el gobierno de los filósofos se presentaba como la mejor solución para realizar el sueño de la ciudad justa, alejada del torpe e ignorante régimen democrático. Años más tarde, en el *Político*, Platón volvía a plantear el programa del gobernante ideal sobre nuevas premisas, pero manteniendo la idea de que el individuo excepcional, sabio y justo, debía regir la polis con su saber bien orientado, para el bien de todos. Ahora en *Leyes*, en un marcado contraste, el viejo filósofo prefiere depositar el poder en unas normas legales situadas por encima de todos los individuos, incluso de los mejor formados filosóficamente. Como si desconfiara del saber humano individual y prefiriera la seguridad de las leyes aprobadas colectivamente y aseguradas mediante una serie de procedimientos conservadores.

No deja de ser curioso notar cómo el mismo Platón que antes, en el *Fedro*, había criticado a fondo el valor de la escritura, afir-

ma aquí la autonomía perenne de las leyes escritas, y que lo haga poniendo sus argumentos en boca de este anciano ateniense y de sus contortulios dorios. ¿No era acaso la escritura un medio de transmisión del saber muy inferior a la palabra del verdadero filósofo? Pero ¿dónde están aquí los filósofos? En este segundo programa para la constitución de una ciudad justa, y por ende feliz, Platón parece haber renunciado a sus ideas más revolucionarias. Si él mismo calificó este proyecto tardío como «segunda navegación», un *deúteros plous* —es decir, una navegación más lenta y segura, a remos y sin confiar las velas al viento—, es porque es consciente de su rebaja utópica. Magnesia resulta un proyecto cívico mucho más posible que la ciudad clasista dirigida por los filósofos reyes o los reyes filósofos, desde luego. Pero a costa de importantes desvíos del programa idealista.

La persuasión de los oyentes

No obstante, la renuncia no es completa. Platón sigue usando el diálogo como forma propia para exponer sus tesis. Es decir, acepta por principio la discusión de sus propuestas, y busca siempre la persuasión de los oyentes con razones lógicas y con argumentos filosóficos. No es un pensador dogmático, sino, como antaño, un maestro dialogante, aunque menos irónico y menos metafórico. Por lo demás, en algunos terrenos y aspectos *Leyes* supone un avance político sobre temas tratados en la *República*. El viejo maestro tiene aún mucho que decir sobre leyes y costumbres. Aquí vemos perfilarse nuevas e interesantes instituciones educativas.

También se introducen algunos cambios significativos en su plan pedagógico. Aquí la mitología tradicional no es objeto de un rechazo tan drástico como en la *República* (donde los poetas quedaban expuestos al destierro como educadores perversos y equivocados). Los mitos tradicionales sirven a la educación programada por el Estado, sólo

que circularán censurados por razones políticas y morales. En la ciudad vela el Consejo Nocturno, que parece un prelude de la Inquisición, atento a mantener la religiosidad común, persiguiendo a escépticos y castigando con la pena de muerte a los pertinaces ateos. Todo muy organizado según normas muy firmes.

En fin, estas observaciones de conjunto se han dicho muchas veces a propósito de *Leyes*, obra de claroscuros y de recovecos, de tesis conservadoras en general, pero en algunos aspectos también novedosas. Pero es especialmente interesante releerlo tan bien matizado en estos ensayos, que tienden a subrayar los valores positivos del texto. Así, por ejemplo, una clara muestra del aprecio positivo que pueden suscitar algunas ideas del diálogo lo podemos ver en la contribución de Ada Neschke-Hentschke sobre el concepto de «ley natural» definido por el viejo Platón frente a la ley política («Loi de la nature, loi de la cité. Le fondement transcendant de l'ordre politique dans les Lois de Platon et chez John Locke», en pp. 255-273). Al insistir Platón en que la ley escrita debe basarse sobre la verdadera ley natural, al destacar que es la ley de la naturaleza, *to physei díkaion*, la que con carácter ejemplar ofrece un fundamento transcendente a la ordenación política, Platón habría anticipado muy suge-

rentemente el principio del Estado de Derecho que luego desarrollará John Locke. «Recordamos pues de la lectura de las *Leyes* que, en este diálogo poco apreciado por la modernidad, Platón ha presentado una primera formulación del constitucionalismo, rasgo característico de la teoría política de esta misma modernidad, como se verá en la obra de John Locke», escribe A. Hentschke en ese artículo muy interesante y sugestivo. No deja de resultar paradójico que en un diálogo considerado tantas veces como reaccionario se apunte el fundamento de una doctrina que, recogida por Cicerón, Agustín, Calcidio y Santo Tomás, será luego la base del iusnaturalismo cristiano y liberal de Locke.

Esta colección de ensayos demuestra el permanente interés de *Leyes*, y es una buena incitación a leer y a releer este último y largo diálogo de Platón, desconfiado ya de su utopismo idealista, fracasado en varios empeños políticos, que ya no quiere apostar por el gobierno de los filósofos, pero que sigue todavía, medio siglo después de la condena a muerte de su escéptico maestro Sócrates, desconfiando de la democracia, enfrascado en su meditación crítica sobre la política y la felicidad cívica, empeñado en dialogar aún, por escrito, acerca del camino mejor hacia la ciudad mejor y más ecuánime, renovando sus ideas de largo aliento y honda impronta. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Leyes fue el último gran empeño político de Platón, la obra en la que estaba trabajando cuando murió ya octogenario el filósofo griego. Es una obra que, por muy variadas razones, ha quedado marginada tradicionalmente en los estudios platónicos. Un coloquio internacional celebrado en Salamanca en 1998, y cuyas actas ahora publicadas dan pie al comentario de Car-

los García Gual, prestó interés a este postrero y, por otro lado, el más extenso de los diálogos platónicos. Las Actas recogen las intervenciones de veinte especialistas en el pensamiento de Platón, entre ellos tres españoles, que son, a juicio del comentarista, una muy digna representación de los actuales estudios sobre la filosofía del pensador griego en España.

Francisco Lisi (ed.)

Plato's Laws and its Historical Significance.

Selected papers of the International Congress on Ancient Thought, Akademie Verlag, Sankt Augustin (Alemania), 2001. 351 páginas. 110 marcos. ISBN: 3-89665-115-3.

SUMARIO

	Págs.
«El último gran empeño político de Platón», por Carlos García Gual, sobre <i>Plato's Laws and its Historical Significance</i> , de Francisco Lisi (ed.)	1-2
«Elogio del jacobinismo», por Joseph Pérez, sobre <i>Histoire, Nation, République</i> , de Claude Nicolet	3
«El anglicismo, nocivo y fecundo», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Diccionario de falsos amigos. Inglés-Español</i> , de Marcial Prado, y <i>Anglicismos léxicos en el español coloquial</i> , de Juan Gómez Capuz	4-5
«Jean Cocteau en España», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Cocteau y España</i> , de autores varios	6-7
«Lorenzo Varela: poeta en el exilio», por Xesús Alonso Montero, sobre <i>Poesía completa</i> , de Lorenzo Varela	8-9
«Neurociencias, persona, socialidad y religión», por Manuel García Doncel, sobre <i>Neuroscience and the Person: Scientific Perspectives on Divine Action</i> , de R. J. Russell, Nancey Murphy, Theo C. Meyering y Michael A. Arbib (eds.)	10-11
«Fraudes en torno a la ciencia», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Ciencia o vudú. De la ingenuidad al fraude científico</i> , de Robert L. Park	12

Elogio del jacobinismo

Por Joseph Pérez

Joseph Pérez (Laroque d'Olmes, Francia, 1931) ha sido catedrático de *Civilización de España y América Latina en la Universidad de Burdeos* y director de la Casa de Velázquez. Ha publicado varios estudios sobre la España moderna: *La Révolution des «Comunidades» de Castilla (1520-1521)* (1970; traducción española, 1977), *Isabelle et Ferdinand, Rois Catholiques d'Espagne* (1988; trad. española, 1988), *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España* (1993), *Histoire de l'Espagne* (1996; trad. española, 1999), *L'Espagne de Philippe II* (1999; trad. española, 2000), y *Carlos V* (1999).

A Claude Nicolet se le conoce sobre todo como uno de los mejores historiadores de la Roma antigua. Se sabe menos que es también un ciudadano preocupado por la evolución política de su país. Los artículos recopilados en el libro que comentamos son representativos de esta doble vocación: son estudios sobre temas de historia y ensayos sobre problemas políticos. Lo que une los unos y los otros es la relación que establece el autor entre el poder y el saber, entre la política y la historia, una relación que le lleva a cuestionar la evolución sufrida desde hace algún tiempo por unos conceptos tan profundamente enraizados en la historia de Francia desde 1789: el Estado-Nación y la idea de república.

En Francia, la república no es simplemente una forma de gobierno distinta de la monarquía. El concepto implica la idea de una nación que no se define a partir de sus elementos étnicos ni geográficos ni lingüísticos ni religiosos, sino sobre unas bases jurídicas y políticas. El Estado viene a ser la organización y el conjunto de servicios necesarios para que pueda funcionar la república; es la expresión de la soberanía popular, pero a condición de que esta soberanía siga conformándose a la justicia y a los principios de la república. Por eso, el Estado no puede ser solamente, como quiere el liberalismo, el garante de los contratos individuales. El Estado republicano tiene que ser un Estado fuerte porque representa el interés de todos los ciudadanos contra los intereses particulares y contra los feudalismos de toda clase —económicos o regionales—.

A esta concepción del Estado-Nación se la suele desprestigiar como forma de un jacobinismo anticuado y superado. Ahora bien, el jacobinismo significó históricamente el fin de los estamentos y de los privilegios y el inicio de una sociedad de ciudadanos —no ya de súbditos o de vasallos— iguales en derecho, sean cuales fueren sus diferencias étnicas, regionales, sociales o religiosas. Son muchos, en Francia, los que nunca han aceptado plenamente los principios de 1789; su ideal implícito es volver a los estamentos, a los feudalismos, a las antiguas provincias. Esta corriente de opinión exalta la «sociedad civil» —o sea lo que hasta hace poco se llamaba élites sociales o notables—, una sociedad civil que sus apologistas presentan como base de todas las virtudes —espontaneidad, eficacia, libertad...—, que sacraliza las «leyes del mercado» y sugiere que la economía debe seguir su propio curso sin que el Estado tenga que intervenir para corregir sus excesos y sus injusticias. Se afanan por remontarse a los «orígenes», a las «raíces», a las «identidades». A una república que garantiza la igualdad de derechos y deberes, la libertad de conciencia para todos los ciudadanos, cualesquiera que sean sus orígenes y sus convicciones, se pretende sustituir una sociedad compuesta por comunidades fundadas sobre regiones, etnias, culturas y cultos. A esta evolución se opone la auténtica idea republicana: es preciso respetar las diferencias individuales y las culturas minoritarias, pero ello no justifica que se proclame una diferencia

de derechos entre los hombres según sus orígenes raciales, geográficos o ideológicos. Como escribía José Álvarez Junco en una opinión publicada en *El País* (25 de marzo de 2001), «un sistema político libre no puede basarse en la identidad, sino en la ciudadanía, no en rasgos culturales, sino en la integración en un marco jurídico. La democracia liberal tiene que partir del reconocimiento de los derechos de 'todos', cualquiera que sea su raza, lengua, género o religión, con la única condición de que acepten las normas —aprobadas por todos— que rigen la convivencia».

Contra la evolución hacia el multiculturalismo, sinónimo de retorno al Antiguo Régimen, con sus castas, su Estado débil y su derecho heterogéneo que cambia según la «identidad cultural» de cada uno, reafirma Nicolet la inspiración profunda de la Revolución francesa: la nación se define por la adhesión a valores universales que superan las diferencias étnicas, religiosas o regionales. En la cumbre está el Estado con su misión específica: garantizar la supremacía de la ley, fundamento de la igualdad entre todos los ciudadanos, y propugnar el «servicio público»; como brazo secular de la nación, el Estado debe disponer de cierta iniciativa y proceder con cierto voluntarismo para corregir la pretendida espontaneidad y el discutido fatalismo de las leyes económicas.

Apunta Nicolet cómo, hoy en día, en Francia, se está intentando de forma hipócrita destruir este Estado republicano desde dentro —por medio de los regionalismos e intereses particulares— y desde fuera —tratando de disolver la nación en una comunidad superior, Europa—. Lo que preocupa a Nicolet no es que las derechas procuren acabar con la idea republicana —al fin y al cabo, son coherentes con ellas mismas—, sino que varios sectores de la izquierda apoyen aquellos proyectos, exaltando las diferencias y las identidades regionales en detrimento del Estado, garante de la igualdad y de la fraternidad entre ciudadanos. Como señala Michel Vovelle (*Les Jacobins. De Robespierre à Chevènement*, Editions La Découverte, París, 1999), no hay que confundir el jacobinismo con el centralismo, que es más bien una creación de inspiración napoleónica. El jacobinismo es perfectamente compatible con una descentralización administrativa. Lo que no admite el jacobinismo es la descentralización política, es decir, un federalismo interno que convertiría a cada región en una unidad política autónoma, sometida a los notables, a los grupos de presión, tal vez a unas mafias. Este tipo de federalismo significaría la desaparición del Estado-Nación creado en 1789 y la vuelta a los feudalismos del Antiguo Régimen, unos feudalismos dominados ahora por los intereses económicos. No será de menos recordar que estas ideas no son exclusivas del jacobinismo. Un Tocqueville, que se considera como un típico pensador del liberalismo, venía a escribir algo muy semejante: «No puedo concebir que una nación viva y sobre todo prospere sin un gobierno fuertemente centralizado; en cambio, opino que la centralización administrativa no sirve más que para debilitar los pueblos» (*Democracia en América*, parte I, capítulo V).

Estas ideas presentan coincidencias con las que expone Philip Pettit (*Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*). Para Pettit, el republicanismo descansa en la idea de libertad: ser libre es no estar sujeto al arbitrio y al capricho —o a la dominación— del otro, no sentirse coaccionado fuera de las normas de derecho instituidas en la sociedad y este ideal debe aplicarse, no sólo en el campo de la democracia política, sino también en el económico.

Tampoco es incompatible el jacobinismo con la idea de Europa. Estaría dispuesto a renunciar a la soberanía nacional en beneficio de una soberanía europea siempre que aque-



OSVALDO PÉREZ D'ELÍAS

lla soberanía europea desempeñara el mismo papel a nivel europeo que el Estado republicano a nivel nacional: ser un poder político que defiende y acrecienta los servicios públicos esenciales. La Europa que se está desdibujando no es precisamente ésta, sino un espacio económico que, lejos de superar las competencias entre naciones, procura solamente organizarlas conforme a las llamadas leyes del mercado, lo cual dista mucho de lo que serían las exigencias republicanas y las preocupaciones de un auténtico progresismo.

Los trabajos científicos que Claude Nicolet incorpora a su libro permiten aclarar muchos de los conceptos en torno al republicanismo francés. Más que Grecia, fue Roma la que inspira a muchos políticos del siglo XIX. Con Napoleón Bonaparte y, sobre todo, con su sobrino Napoleón III nace el cesarismo, o sea un concepto de «dictadura democrática» en el sentido de que los Césares se apoyan en el pueblo para llegar al poder, pero usan luego de aquel poder de una manera absoluta. Se trata de una interpretación «sui generis» del imperio romano como necesidad histórica destinada a corregir los fallos de las repúblicas y el peligro que suelen acarrear: la anarquía. Ya había aludido a ello Lucien Bonaparte, hermano de Napoleón, en un curioso folleto, *Pa-*

ralelo entre César, Cromwell, Monk y Bonaparte. Pero es Napoleón III, autor de un libro, *Julio César*, publicado en 1865-1866, quien desarrolla el concepto de dictadura democrática, inaugurando así una corriente de pensamiento —el bonapartismo— que desde entonces nunca ha dejado de cultivarse en Francia, desde el general Boulanger hasta el general De Gaulle.

Profundizando las aportaciones de Nicolet, uno no puede menos de reflexionar en la evolución —y la perversión— de algunas de aquellas ideas en el ámbito hispánico. De Francia, el concepto de cesarismo pasa a América latina por medio de las doctrinas positivistas. En aquellas naciones nuevas, enfrentadas con problemas económicos y sociales tremendamente graves, el pensamiento positivista ofrece un proyecto de autoridad que imponga orden para salir del caos, pero que sea también generador de modernidad. El positivismo venezolano, por ejemplo, recomienda una suerte de tutela de pueblos como la que proponía Joaquín Costa en España, pero que debe mucho más al positivismo de la «Action Française» de Charles Maurras. Tal es, por ejemplo, el alcance de la obra maestra de un Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), intitulada precisamente *Cesarismo democrático*. Para Valle-

nilla Lanz, Bolívar sería un positivista «avant la lettre»: antes de que Augusto Comte publicara su *Política positiva*, Bolívar entendió que las nuevas naciones surgidas de la emancipación necesitaban de un presidente que fuera un César o un caudillo. Cuando los americanos de Venezuela, Argentina u otras naciones instituyen caudillos para gobernarlos, no hacen más que acatar su constitución natural, la que está conforme con sus instintos democráticos e igualitarios y al mismo tiempo la preserva de los males de la anarquía. El caudillismo viene a ser la forma latinoamericana del cesarismo europeo: supone la dominación de un soberano llevado al poder por la democracia y revestido de una autoridad absoluta. El caudillo no se proclama rey; sigue llevando el título de presidente constitucional; no suprime la constitución, pero la interpreta conforme a las necesidades de la nación. El cesarismo democrático es una dictadura de origen popular o que descansa en el consentimiento tácito del pueblo. Este régimen, según los positivistas, sería el más apto para garantizar la paz social y el progreso. No hace falta decir que el cesarismo —aunque se autoproclame democrático— se sitúa en las antípodas de la idea republicana francesa, tal como la expone Claude Nicolet. □

RESUMEN

Claude Nicolet, el autor del libro, es miembro de la Academia francesa de Inscripciones y Bellas Letras, ex catedrático de la Sorbona y ex director de la Escuela Francesa de Roma y ha sido también asesor de políticos destacados como Pierre Mendès France o Jean-Pierre Chevènement. En la recopilación de artículos que comenta Joseph Pérez, Claude Nicolet se propone reflexionar sobre la política a partir

de la historia, remontándose hasta los orígenes de la idea republicana en Francia. Estos trabajos son representativos de su doble vocación: son estudios sobre temas de historia y ensayos sobre problemas políticos. Esta relación le lleva a cuestionar la evolución sufrida por dos conceptos tan enraizados en la historia de Francia como el Estado-Nación y la idea misma de república.

Claude Nicolet

Histoire, Nation, République.

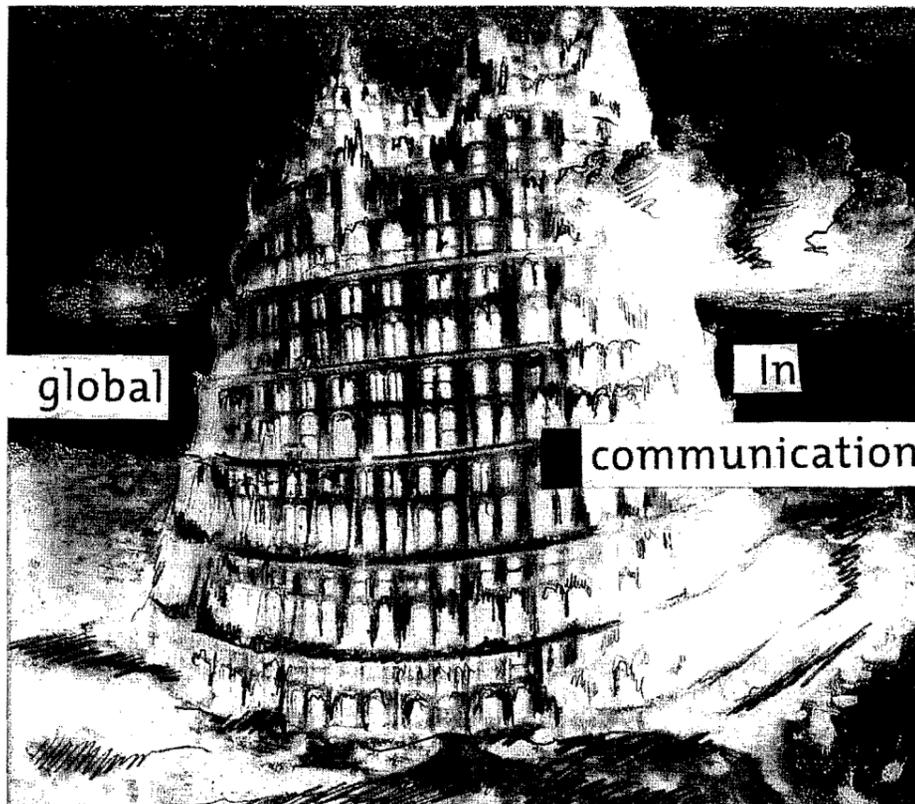
Editions Odile Jacob, París, 2000. 342 páginas. 160 francos. ISBN: 2-7381-0854-7

El anglicismo, nocivo y fecundo

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de *El español de hoy, lengua en ebullición*, *El español y otras lenguas* y *El español en la encrucijada*.

En esto de la globalización/mundialización, fenómeno que hoy parece despertar previsible respuestas, pero que al ciudadano corriente, impresión personal, no le quita el sueño, no es frecuente que los analistas modernos o los sabios de estilo antiguo se planteen, ni para bien ni para mal, la cuestión del instrumento de comunicación que suele encauzar su expansión. Acaso no sea el lenguaje, como cabría suponer, el principal medio de difusión, pues probablemente la gran mayoría de los seis mil millones de semejantes son inmunes a cualquier influencia lingüística de carácter general, aunque no al cine ni a la televisión. Pero a diferencia de estos medios, cuya huella en el receptor es a menudo imperceptible, una lengua dominante —ya oral, ya escrita— impregna a quienes la oyen o la leen, provocando una de dos reacciones: o incorporación pacífica o rechazo traumático. En este proceso de transculturación, nos ha tocado a los terrestres la suerte —o la desgracia— de estar sometidos desde hace unos decenios a la avasalladora presión del inglés. No vamos a analizar las causas. Los hechos —globalización de mano de la anglicización universal— están ahí; para unos son los destructores de las lenguas minoritarias; para otros, anticipo de una lengua única para la humanidad, el regreso a la venturosa época prebabiliana. Ya hemos comentado hace años que los recelos frente a la expansión del inglés se ven desvirtuados por la mera existencia y vitalidad de ese «peligro». No hace falta saber gramática histórica para comprobar que esta lengua teutónica o germánica es un ejemplo de bastardía secular, primero por su trato con el latín, luego por su coexistencia con el francés y modernamente con todas las lenguas del mundo. No hay que asustarse, pues, si otras lenguas de prestigio y sólida constitución física se sienten humilladas y desvalidas ante los constantes avances de la primera lengua internacional del planeta. Basta recordar que esa posición hegemónica la ha conquistado el inglés aceptando y asimilando sin aspavientos cuantos elementos de comunicación consideraba enriquecedores y no impurezas degradantes. Con ese mismo criterio cabe saludar muchos de los anglicismos de toda índole que impregnan, fecundan, culturas de tradición menos propensa a las innovaciones. ¿Podríamos prescindir hoy en español de «intrusos» más o menos aclimatados como *club*, *filmear*, *estresante*, *folclore*, *aparcar*, *esmoquin*, *bar*, *linchamiento*, *whisky*, *líder*, *chutar*, etc? Claro que hay propuestas muy acertadas como equivalentes autóctonos, pero aparte de que las importaciones hayan adquirido perfiles semánticos nuevos, queda siempre en pie el hecho de que al matiz puramente semántico de cambio de significado se une la nota extralingüística de exotismo real y esnobismo conferida por el usuario. Podemos decir *disparar* por *chutar*, mas ¿qué tiene que ver con el inglés la expresión *va que chuta*? ¿Hay algún equivalente inglés de *las folclóricas*? ¿Han intentado los hoteles de varias estrellas ofrecer al cliente *güisqui*, con la grafía académica, en vez de *whisky*? No vamos a hacer ahora la apología de *test*, *guerra fría*, *bunker*, *marketing*, *líder*, *airbag*, *concreto* 'hormigón', *jeep*, ni *recordman*, etc. Tampoco vamos a condenarlas. Lo que está claro es que no todas coinciden con su «equivalente» inglés y sería inútil tratar de recomponerlas restituyéndoles su forma y significado originarios.



STELLA WITTENBERG

Los dos libros que comentamos hoy, fruto de años de lecturas y reflexión sobre el complejo problema del anglicismo en español, no deben tomarse como alegatos contra la aparente anglicización del español —no más intensa que la experimentada por el francés, el alemán, el italiano o cualquier otra lengua de cultura—. El de Marcial Prado, como se verá, es una estupenda guía para profesionales indolentes de la traducción, víctimas de urgencias editoriales; el de Gómez Capuz es un excelente análisis del impacto, hasta ahora poco conocido, del inglés en la lengua hablada en una zona culta de España. Marcial Prado tiene ya en su haber un *Dictionary of Spanish False Cognates* (National Textbook Company, Chicago, 1993), que anticipa en cierto modo el publicado ahora en España, iniciado, según el autor, en 1992.

Así como el título de su antecesor inglés es perfecto, me temo que don Marcial, a la hora de buscar un equivalente español, haya caído en las redes de la paronimia, término aséptico que calca del francés la expresión «faux amis» y propone uno nuevo, «falsos cognados», que me resulta difícil de aceptar, pues en español correspondería etimológicamente a «falsos cuñados» o en adaptación moderna del grupo gn = ñ, un neologismo fácilmente rechazable. Entre las dos opciones creo que «parónimos engañosos» o «calcos erróneos» podrían ser soluciones plausibles, valga el reciente anglicismo, aunque tardías, para desplazar el galicismo. Todos ellos parecen parónimos auténticos (Parónimo = «cada uno de dos o más vocablos que tienen entre sí relación o semejanza, o por su etimología o solamente por su forma o sonido», *DRAE*) en cuanto a la forma, pero debido a su evolución semántica, se han distanciado en sus denotaciones hasta significar, a veces, cosas muy divergentes (cf. ing. *suburb* 'zona residencial' /esp. *suburbio* 'arrabal, barrio bajo' —recuérdense las «colectas para los suburbios» de la posguerra—; ingl. *casualty* 'víctima', esp. 'casualidad'; o ing. *jesuit* 'hipócrita, intrigante'; que no entendería bien San Ignacio). La necesidad de una obra de este carácter es evidente. Los miles de especialistas o aficionados que hoy se enfrentan en todo el mundo, desde las perspectivas del español, con la lengua inglesa, tienden por comodidad a resolver estas semejanzas formales confiriendo a la voz española el significado de la inglesa. Así han ido surgiendo y, a la larga, tomando carta de naturaleza, todos esos significados, algunos

inextirpables, que venimos denunciando hace casi medio siglo, tales como *concreto* 'hormigón', *administración* 'gobierno', *drástico*, *crucial*, *usualmente*, *educacional*, *columnista* (de prensa), *seriales* de la radio, exiguos anticipos de lo que se nos venía encima en los albores del nuevo milenio, cuando a los descatos individuales de un solo vocablo se han unido frases más o menos complejas y calcos sintácticos a los que la tradición de los traductores hispanohablantes no ha buscado o encontrado remedio. Sin alardear de ello y proclamarlo a grandes voces, pero con argumentos irrefutables y una documentación excepcional Marcial Prado nos ofrece con modestia ejemplar una amplia y nada improvisada muestra de soluciones que ha de agradecer quien se acerque con sentido de la responsabilidad al complejo mundo de las equivalencias interlingüísticas. Y no lo hace echando mano de los diccionarios bilingües usuales, que han mejorado mucho en los últimos decenios, sino extrayendo información de su propia experiencia de lector exhaustivo. El diario *Los Angeles Times* debería otorgarle un premio de lealtad y confiarle una edición en español para la comunidad hispánica más numerosa de los EEUU.

Aciertos y yerros

El despliegue que nuestro autor hace de las posibilidades de aciertos y yerros en las voces comentadas no tiene ni remoto paralelo en la bibliografía española. Prado no se conforma con señalar la gama de acepciones y matices del término inglés comentado; al contrario, sin que lo exija el título del libro, y aprovechando los datos de su obra anterior —*Spanish False Cognates*— nos ofrece, a modo de contrapartida, las opciones que presenta el inglés ante las voces españolas mencionadas. Así, encontramos en *control* una veintena de posibles traducciones al español, desde *remote control* 'mando a distancia', *control board* 'tablero de mando', hasta *to lose control* 'perder los estribos'. En la entrada *pass* se nos exhibe la riqueza léxica que puede originar el uso de las preposiciones, desde *to pass out*, para 'desmayarse o morir', *pass away* 'morir', *pass over* 'sobrevolar', *pass through*, *pass down*, etc.; pero también le resuelve al eventual consultante de habla inglesa los equivalentes del verbo *pasar* que no tienen en su propia lengua correspondencia: Así *yo pa-*

so = count me out, *pasar hambre = go hungry*, *pasarlas canutas/moradas = to go through hell*, *pasarlo bien = to have a good time*, *pasarse de listo = to be too clever by half*, etc. Naturalmente, este planteamiento del problema se hace más instructivo en el caso de los «falsos amigos» usados como ilustración tradicionalmente. Incluso los principiantes saben que *actually* no es 'actualmente', ni *to incense* es 'incensar', ni *to ignore* 'ignorar'; pero nuestro autor no se limita a censurarlas, sino que propone un abanico de posibilidades fácilmente aceptable, incluso por quienes se empeñan en negar la equivalencia, a veces no exacta, entre el original y la traducción condenada. Claro que *to incense* puede ser, en casos muy concretos, 'incensar', pero Prado propone en primer lugar por su frecuencia, 'irritar, exasperar, sacar de sus cabales', opciones que ha de agradecer el traductor, al que también se le aclara el concepto con otros dos sinónimos ingleses, en sentido figurado, *flatter* y *overpraise*. El uso de *roca* por *pedra* o *Peñón* es claramente un angloamericanismo; hay ejemplos de «rocas», en fotografía, que caben en una mano; la Roca de Gibraltar (*Rock of Gibraltar*) que menciona más de un periódico, es el Peñón de Gibraltar.

En casos concretos, no todo el material inventariado responde al subtítulo de la obra —inglés-español—. Aparte del sustrato románico de los abundantes galicismos e italianismos del inglés, se comentan otras voces, ya incorporadas al inglés, que no son estrictamente anglicismos, como *boutique*, *début*, *cuisine*, *negligé*, del francés; *influenza*, del italiano; *marmalade*, del portugués. No hay duda de que una larga experiencia ha agudizado en Prado su capacidad observadora para detectar matices de significado normalmente ausentes en los diccionarios bilingües, pese al progreso alcanzado por éstos en los últimos años; hay neologismos recientes de otras lenguas extranjeras, como los ya citados, a los que cabe añadir *crayon*, *début*, *limousine* del francés; *virtuoso*, *maestro*, del italiano; *veranda(h)*, del portugués; latinismos como *asylum*, *apparatus*, *flux*, *focus*, *defunct*, *notorious*, *egregious*, *ubiquitous*, *fastidious*, *gratuitous*, *moratorium*, etc.; e hispanismos que, durante su exilio en tierras angloparlantes, cambiaron de significado, como *embargo*, *cargo*, *junta*, *lasso* 'lazo' (verbo y sustantivo), *rodeo*, *vigilante*, *tortilla*, *tornado*, etc. Hemos anotado sutiles aciertos en el comentario de parónimos aparentemente inocuos como *fine*, *fresh*, *traduce*, *deception*, *fiery*, *fabricate*, *destitution*, *derogatory*, *plausible*, etc.

Prado no pretende hacer etimologías y alguna vez, rara, por deficiencias de sus fuentes de información, puede parecer incurso en ignorancia, pero las etimologías son a menudo fluctuantes y se prestan a la confusión. *Cartel/cártel*, como *bunker*, que hemos comentado hace años, tienen una filiación compleja que se refleja, tanto en español como en inglés, en una polisemia muy alejada del valor primitivo del it. *cartello* o del inglés *bunker*. No son, por tanto, extrañas las discrepancias cuando la palabra llega al español a través del inglés, del italiano, del francés o del alemán.

Concienzudo en el manejo y aprovechamiento de antecedentes y estudios previos, observa el autor exquisita moderación y elegancia a la hora de juzgar las decisiones académicas o los fallos de sus predecesores, como el del «inventor» del verbo *to incorporate* para explicar el uso español de su parónimo en el sentido de 'encarnar, personificar' cuyo equivalente inglés sería *to embody*, que claramente invita a lo que en español calca es *incorporar*. También observa respetuosa prudencia al juzgar ciertas omisiones, algunas ya salvadas en la próxima edición del *DRAE*, de voces bien documentadas en la América hispanohablante como *chance*, *pulover*, *crayón*, *faxear*, pero también en España



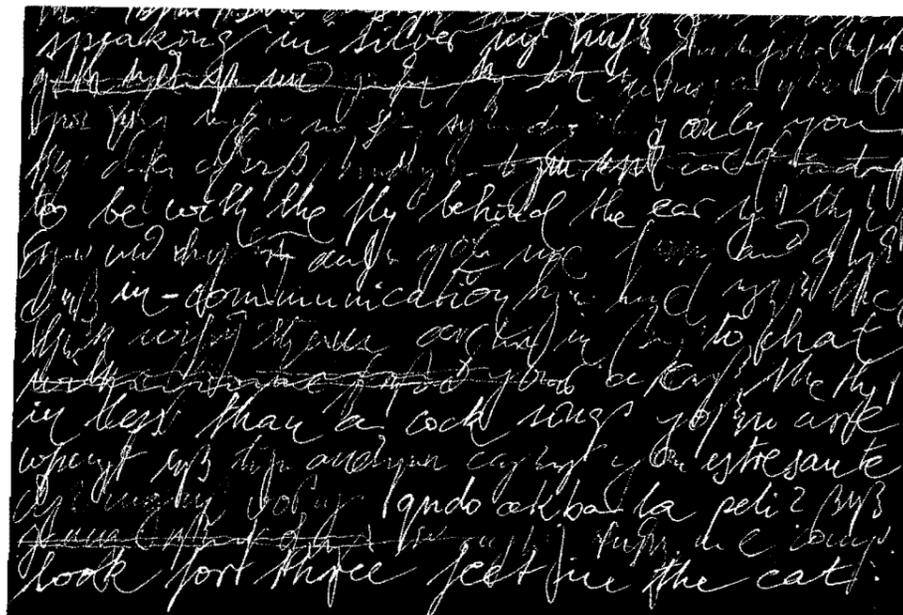
Viene de la página anterior



(cf. CLAVE s.v.). Rara vez adopta el tono catagórico para juzgar un testimonio, como cuando dice que no está de acuerdo con la calificación de «despectivo» para *gringo* («definitivamente –falso amigo, muy frecuente, por decididamente– no lo es en México... ni en el Caribe»), contra la valoración de diccionarios bilingües como el de Oxford, los de Collins y Langenscheidt o CLAVE. Hay que destacar esta virtud del autor, pues no es corriente que, disponiendo de los abundantes y rigurosos datos a su alcance se limite, como máximo correctivo, a mencionar que «el plural inglés de *dandy* no es ni *dandis*, ni *dandys*, como pretenden algunos periodistas que creen saber inglés».

También suena a correctivo el comentario a la solución académica del 'plural de champú', *champús* «corresponde a la realidad», *champúes* «es puramente académico». Críticas semejantes –suaves todas– le merecen ciertas discrepancias semánticas nacidas de la evolución de parónimos en naciones y culturas diferentes. Entre los más «falsos amigos» «que comparten la misma etimología» incluye, con la salvedad de que «no son peligrosos» las parejas *rope* 'soga' / *ropa* 'clothes' y *bigot* 'intolerante' / *bigote* 'mustache', que no entrarían, según mis fuentes, en esa categoría de «falsos amigos» por no tener la misma etimología. Si la tienen, en cambio, los nombres con que más de un español inculca que bebe en fuentes anglosajonas designa al río que separa México de los EEUU, llamado río Grande al norte y Bravo al sur de la frontera. ¿Sería éste un caso de «falsos amigos»? Más grave se me antoja el caso de *sobrio*, que tuvo ocasión de comentar hace veinte años. La acepción de 'no borracho', incluida por la Academia en su *Diccionario Manual* (1989), explicable por la indigencia léxica de traductores apresurados, priva a nuestra lengua de una de los rasgos que les conferían nobleza a sus hablantes: *sobrio* se construía con el verbo *ser*, como cualidad permanente; ahora, con el verbo *estar*, es sólo situación transitoria.

No sería acaso admisible incluir en estas características los calcos sintácticos y clichés culturales que amenizan el uso figurado de lenguas de larga tradición. Sabido es que el modelo permanente grecolatino impregna a lo largo de los siglos con fórmulas comunes a las lenguas de cultura occidentales, sean románicas o germánicas: *lágrimas de cocodrilo* = *crocodile tears* = *larmes de crocodile* son frases atestiguadas en varias lenguas, pero *castillos en el aire*, es variante obvia de lo que en inglés se llama *castles in Spain*, calcado del francés *châteaux en Espagne*, igual que *luna de miel* es calco del inglés *honeymoon*, a través del francés y *lucha por la vida* es la versión española de *struggle for life*, como *guardameta* o *rascacielos* por *goal-keeper* y *skyscraper*. En su día, con el desarrollo de la aviación, se tradujo *rizar el rizo* para el inglés *looping the loop*. Más recientes, sin precisar fechas, resultan *estado del arte* 'el último grito, lo más moderno' (< *state of the art*) y el omnipresente «políticamente correcto» (< *politically correct*). No resulta, en cambio, fácil rastrear el origen, si salimos de lo inglés, de los usos modernos españoles de los sintagmas *halcones* y *palomas*, *viernes* y *trece*, *fellow travellers* 'compañeros de viaje, simpatizantes', *in other words* 'es decir, dicho de otro modo', *verano indio* 'veranillo de S. Martín', *heroes and villains* 'héroes y villanos = buenos y malos' etc, con que nos atosigan traductores apremiados por fechas y contratos e incluso escritores al parecer inmunes a los contagios del inglés. Mal traducidos al español, modismos como «el momento de la verdad» (< *moment of truth*) calcado de la expresión taurina «la hora de la verdad», se aceptan por su cobertura castellana. Lo mismo pasa con *aire acondicionado*, que nadie critica, pero que es mala versión de *air conditioned* 'acondicionado por aire'. Algo parecido podría decirse del neologismo *zapear* 'cambiar de programa televisivo' que ya estaba registrado en



STELLA WITTENBERG

el DRAE con dos valores próximos, 'espantar y ahuyentar'. El matiz informal que tiene *to chat* en las tertulias de Internet, parece recoger el uso, registrado en diccionarios de argot, como el de Oliver, 'tomar chatos de vino, alternar con los amigos'. Con mayor o menor fidelidad al original abundan hoy en español calcos plurimembres de este tipo cuya permanencia no nos atrevemos a pronosticar. Algunos ya parecen tenerla asegurada: *directorio telefónico* 'guía de teléfonos' (< *telephone directory*), *zona de desastre* 'zona catastrófica' (< *disaster area*) en Hispanoamérica, *policy of the stick and carrot* 'política del palo y la zanahoria' (= 'política de incentivos y amenazas,' *Oxford Bil.*), sin olvidar al engañoso beneficio de la duda (< *benefit of (the) doubt* 'presunción de inocencia') o el rebuscado amor a primera vista (< *love at first sight* 'flechazo').

Aunque no son estrictamente «falsos amigos» incluye este diccionario, para mayor abundancia informativa, varios ejemplos de abreviaturas que no siempre tienen equivalencia en español. Si resultan semejantes las de *prof.* 'profesional, profesor', no lo son tanto *prom.* 'promenade'; *tux.* 'tuxedo, esmoquin'; *doc.* 'doctor'; *demo.* 'demonstration' 'manifestación'; *deb.* 'debutant(e)' presentada/o en sociedad'; *vet.* 'veterano, ex combatiente'; *semi.* (elemento compositivo de varios vocablos: *semitrailer* 'semiremolque', *semicolon* 'punto y coma'); *mum* 'chrysanthemum', ausentes o infrecuentes en español. *Bus*, por *ómnibus* o *autobús*, en Hispanoamérica, y *pub*, por *public house*, en España, parecen copiar sus equivalentes ingleses.

Tratamiento aparte merecen ciertos calcos sintácticos que con vestidura semejante o idéntica a la del inglés se filtran con el mayor desenfado en el habla o escritura de los hispanohablantes: *ciencia ficción*, *fútbol club*, *bocata house*, sin olvidar la reducción de posibilidades que representa el uso casi exclusivo de la pasiva con ser, cuando el español dispone de una docena de expresivas opciones que enriquecen la lengua. Ya hemos dedicado a este empobrecimiento varias páginas.

Redactadas las líneas anteriores, recibo, enviado por su autor, Juan Gómez Capuz, en junio de este año, un ejemplar de libro, segunda parte de su tesis doctoral, defendida en 1997 que me ha parecido oportuno comentar con el de Marcial Prado, pues ambos representan dos vertientes distintas del fenómeno de transculturación que en el plano de las relaciones humanas globales tiene por protagonista la lengua inglesa.

Este estudio, anuncia el autor, «tiene como objetivo básico el análisis léxico-semántico de los anglicismos empleados en el registro coloquial durante el período 1988-1996». Los materiales del estudio constituyen un corpus de lengua oral recopilado y en parte transcrito y

analizado por investigadores de la universidad de Valencia.

Pero uno de los méritos sobresalientes de este trabajo, apenas destacado por el autor, es la abundante bibliografía manejada y puesta al servicio de la tesis. Contra lo que se pudiera objetar en intentos de esta índole, fruto de consultas en bibliografías brindadas por la «Red», Gómez Capuz demuestra haber leído lo que cita y comenta lo que le ofrecen estas bibliografías, de origen anglosajón y reciente. Uno no puede menos de recordar «das unphilologische Volk der Amerikaner», con que un filólogo alemán se refería a ellos hace más de medio siglo. La bibliografía anglosajona ha pecado con frecuencia de endogámica (Gómez Capuz no incurre en el pecado), más aún si la competencia viene de un enemigo vencido. Faltan nombres en esas fuentes que uno, sensible a sus primeras lecturas, lamenta echar de menos, sobre todo en el capítulo 3, marco teórico del análisis del préstamo lingüístico. Pionero en la identificación y clasificación de estos préstamos, Werner Betz, profesor de Bonn y de Múnich, a quien tuvo la suerte de tratar, ofrecía ya en 1949 el primer intento serio de distinguir entre las múltiples variedades del fenómeno, sin contar precedentes, ya en 1888, de préstamos en antiguo inglés, citados en la traducción de Américo Castro (1926) de la *Lingüística románica* (Castro traduce «Lehnwort» y «Entlehnung» por 'palabra advenediza') de Meyer-Lübke. Yo las recuerdo en mi libro *Anglicismos hispánicos*, que Gómez Capuz, al parecer, avanzada su tesis doctoral, no tuvo ocasión de aprovechar a fondo. En él examino los antecedentes españoles del problema y hago una valoración de ellos, no todos (algún otro lo ninguneo, por estar inédito entonces o por irrelevante). Pero el propósito del investigador se ha cumplido

con creces, pues ha dispuesto de un abundante y moderno aparato bibliográfico –¿es todo pertinente?– aparte de un corpus inédito que abarca unas cien horas de un banco de datos y diez del programa *Inocente, inocente*, corpus que se resume en un total de 233 anglicismos base y 922 empleos (también llamados ocurrencias). Esta cuantificación, muy útil, se refleja en cuadros donde, por orden de frecuencia, se enumeran los anglicismos tabulados, el total de veces en que aparecen, la cifra de informantes que los usan y el número de conversaciones. Así, el primer cuadro, que abarca los anglicismos léxicos patentes o integrales, formalmente bímembres, y de etimología anglosajona, escandinava o del antiguo francés, consta de 87 anglicismos base, reflejados en 492 empleos en el corpus estudiado. Contra lo que cabía esperarse, se presentan como de uso frecuente voces que consideraríamos ajenas a la lengua coloquial, como *batch* y *spray* (12 veces) *test* (16), *póster* (15) *rockabilly* (7), *junky* (7) frente a otras que creíamos incorporadas, al parecer, al habla cotidiana y apenas se manifiestan, como *bacon*, *ticket*, *corner*, *donut*, *light*, *sexy*, *sheriff* (2 veces) *boxear*, *jazz*, *gangster* (1 vez). *Güisqui*, contra nuestra suposición, aparece triunfante con 19 empleos, mas recuérdese que se trata de lengua hablada y los investigadores han optado por la grafía académica. Resulta sorprendente la frecuencia de un grupo bímembre como *file server* (9) 'servidor de ficheros' según la traducción de G. Aguado (9), pero no la de *cacacola* (25) ni la de ciertos «pseudoanglicismos» españoles autóctonos como *water* (14), *camping* (11), *parking* (10), por *water closet*, *camping ground*, *parking lot*. También como pseudoanglicismos autóctonos figuran los variados significados de *flipar*, a cuya progenie dedica el autor media docena de páginas, los usos mutilados de *heavy* (*metal*), 17, *basket* (*ball*), 8, o *compact* (*disc*), 7. Los materiales aportados y estudiados son acaso insuficientes para establecer conclusiones sobre el comportamiento lingüístico de una comunidad culta y abierta a las innovaciones como se evidencia en los resultados del ambicioso trabajo. No todos me parecen concluyentes ni favorecen el aplauso indiscriminado, pero sin duda son demostración de un empeño bien concebido y logrado por el tesón, la competencia y el rigor empleados. Las lagunas y discrepancias que podríamos aducir aquí son innecesarias, pues mis puntos de vista sobre la cuestión, expuestos hace un lustro, impugnables o aceptables, están al alcance de cualquiera para rebatirlos o aplaudirlos.

Como dice el autor en sus «conclusiones» se ha intentado ofrecer una visión general de los numerosos problemas lingüísticos (en especial, semánticos) que suscitan los anglicismos léxicos en el español peninsular actual, centrando nuestra atención en el registro coloquial, una de las variedades más olvidadas en el análisis de la influencia angloamericana en nuestra lengua. □

RESUMEN

En el proceso actual de transculturación, los hablantes, recuerda Emilio Lorenzo, están sometidos a la avasalladora presión del inglés. Pero esa posición hegemónica la ha conseguido esa lengua aceptando y asimilando cuantos elementos de comunicación consideraba enriquecedores y, a su vez, muchos anglicismos im-

pregnan y fecundan otras culturas. El comentarista se ocupa de dos trabajos que son fruto de años de lecturas y reflexión sobre el complejo problema del anglicismo en español y que no deben considerarse como alegatos contra la aparente anglicización del español, no más intensa que la experimentada por otras lenguas.

Marcial Prado

Diccionario de falsos amigos. Inglés-Español

Gredos, Madrid, 2001. 510 páginas. 7.146 pesetas. ISBN: 84-249-2267-0

Juan Gómez Capuz

Anglicismos léxicos en el español coloquial

Universidad de Cádiz, 2000. 297 páginas. 2.700 pesetas. ISBN: 84-7786-914-6

Jean Cocteau en España

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: Falange y literatura, La Edad de Plata (1902-1939), La doma de la Quimera, La corona hecha trizas (1930-1960), De postguerra y los ensayos de teoría literaria Historia, literatura, sociedad (y una coda española) y La escritura desatada. El mundo de las novelas.

Si la vanguardia se asocia a la rebeldía y la iconoclastia, no hay duda de que fue un vanguardista contumaz. Pero si se piensa que el arte nuevo adoró lo irracional y lo espontáneo, Cocteau dismantela toda nuestra construcción al respecto porque fue inteligente y calculador, lúcido y consciente. De hecho, su aportación de más relieve a la historia del vanguardismo fue, precisamente, haber formulado en 1923 *Le rappel à l'ordre*. Llamamiento que, no lo olvidemos, constituyó su comunicación al Collège de France, leída el 3 de marzo de 1923, en que proclamó que «une époque n'est confuse que pour un esprit confus». Y él no lo era, ni quería serlo. Allí había declarado que sus dos maestros fueron Erik Satie y Pablo Picasso, dos genios de la revuelta que supieron regresar del cubismo y de la música jocosa a la disciplina del dibujo y a las formas neoclásicas. En 1928, su libro *Le mystère laïc* saludó en Giorgio de Chirico el final de la pintura metafísica y su vuelta a una figuración inquietante, de corte no menos gregorromano. Y en 1955, al borde de la setentena, Cocteau ingresó en la Academia Francesa, donde contestó a su discurso André Maurois, casi en sus antípodas literarios.

El clasicismo de Cocteau venía de muy lejos. Enlazaba, sin duda, con una rica tradición francesa de literatura racionalista, analítica y psicológica, no forzosamente moralizante, que había alimentado cosas tan dispares como el teatro de Corneille y los discreteos de los «précieux», la narrativa de Diderot y las obras de Laclous, la obra de Proust y los relatos de André Gide. A ese mundo había pertenecido de forma natural su amigo y amante, Raymond Radiguet, y por emularlo Cocteau había escrito sus espléndidas novelas: *Le grand écart* (1923) y luego, muerto su compañero, *Les enfants terribles* (1929), que fue una suerte de Werther de los años veinte. Pero sobre Cocteau gravitó además la sombra grata de un pasado burgués vinculado a su infancia y a la que todavía llamamos «belle époque». Y no hubo mejor vacuna contra el esnobismo vanguardista que el recuerdo sentimental de tantos esnobs como había visto en su niñez. Si hay dos libros inolvidables sobre ese periodo tan vulnerable y tan risueño, tan suavemente hipócrita y tan capaz de todas las aventuras, uno es *1900*, de Paul Morand, y otro es *Portraits-souvenir*, de Jean Cocteau; ambos autores fueron buenos amigos y más clasicistas que vanguardistas, aunque amaron el jazz, los viajes en expresos y grandes paquebotes, las luces eléctricas deslumbrantes y los bajos fondos. Y escribieron su testimonio en 1930 y en 1935, respectivamente, cuando ya empezaba a quedar tan poca cosa del mundo de su infancia. En el libro de Cocteau resulta difícil olvidar las páginas que dedica al Nouveau Cirque y a su olor peculiar que —de modo muy poco proustiano— mezclaba los de «rotin de cheval, de tapis-brosse, d'écuries, des sueurs bien portantes». En ese recuerdo se engarza su primera referencia española: unos falsos «toreadores» sobre la pista, aunque al niño Cocteau ya le interesaba mucho más el «cake-walk» danzado por los negros. Al ámbito de la casa familiar, corresponde, sin embargo, otro precoz encuentro con nuestro país: el violinista Pablo Sarasate visita a sus abuelos y, al gesti-



CORTESÍA EDITORIAL

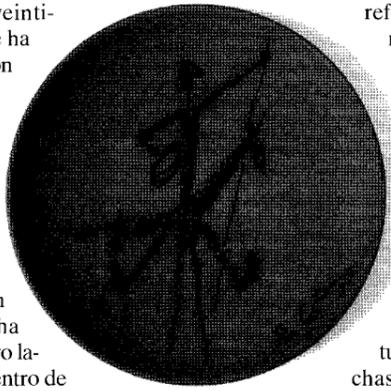


Jean Cocteau y Pablo Picasso (h. 1959). Colección Annie Guédras. (A la izquierda) Flamenco. Estudio para Flamenco. Marbella, 1961. (Arriba)

cular ante sus amigos, deja caer en un bocado de cerveza el colgante que representa un violín en miniatura, con su estuche, regalo de Isabel II. Y el niño malintencionado recuerda la voz profunda del atribulado concertista que, «roulant les », se lamentaba: «Le violon de la Reine! Le violon de la Reine!».

Del vanguardismo español

La historia de la vanguardia en España es uno de los temas de estudio que ha experimentado más y más benéficos cambios en los últimos veinticinco años. De entrada, se ha manumitido de su condición de mero apéndice del estudio de la generación literaria de 1927 que, a su vez, ha venido a disolverse —nunca del todo, afortunadamente— en una atmósfera global que la explica. La recuperación de la noción misma de «vanguardia» ha venido a demostrar, por otro lado, la fecundidad del encuentro de disciplinas diferentes y cumple reconocer que los historiadores del arte han hecho al propósito bastante más que los de la literatura. Cierta es que algunos de éstos replantearon por vez primera el significado de la recepción del surrealismo o las posibilidades manifiestas que abría el estudio cabal de una revista como *La Gaceta Literaria*, pero los estudiosos de las artes plásticas hicieron mucho más. ¿Cómo olvidar, entre 1974 y 1978, aquellas exposiciones de la madrileña Galería Multitud? La titulada «Orígenes de la vanguardia española (1920-1936)», cuyo comisario fue Jaime Brihuega, nos deslumbró en noviembre de 1974; vinieron luego las dedicadas a «La Barraca y su entorno teatral» (marzo de 1975), «Surrealismo» (abril de 1975) y «Cubismo» (junio de 1975), organizadas todas por Ángel González García y Francisco Calvo Serraller... Al borde mismo del final de la dictadura franquista, recuperar el recuerdo de aquellos años demostraba que un trabajo de investigación, si vale la pena, no es nunca ajeno al sople de la historia. Más adelante, ese hábito lo sintieron otros. La renovación del panorama literario de la vanguardia ha debido mucho a las ya imprescindibles indagaciones biográficas, al uso habitual de la hemerografía



Don Quijote azul, 1958.

ya y al rescate de epistolarios: han sido los tres ingredientes decisivos. Y el resultado es que pocas veces se ha podido trazar una cartografía más completa de un periodo artístico y pocas veces hemos estado más cerca de esos dones de simultaneidad y multiplicidad, de capacidad evocadora y novedad hermenéutica hermanadas, que hoy exige —o debiera exigir— la historia literaria que quiere ser calle habitada y no avenida de cementerio.

A Juan Manuel Bonet se debe mucho de todo esto. No hay nadie en nuestro país que conozca mejor el mundo del arte nuevo (en España y en Francia, que es la otra referencia obligada) y de su pluma vino un trabajo imprescindible que, en cualquier lugar del mundo, hubiera sido obra de un equipo completo. Me refiero, por supuesto, al *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)* (1995) que no se trata sólo de una síntesis imprescindible: es además todo un abanico de sugerencias de futuras investigaciones. Entre muchas otras, hallamos allí una entrada, «Cocteau, Jean», que —como tantas veces— es el germen remoto de la exposición y el catálogo que ahora comentamos, *Cocteau y España*, celebrada entre el 6 de febrero y el 16 de abril del presente año y organizada por Lucía Ybarra. Sin demérito alguno de la comisaria Lucía Ybarra —que acredita sus conocimientos en un trabajo preliminar, «El escenario español de Jean Cocteau»—, no parece exagerado atribuir impulso e idea al actual director del Centro Reina Sofía quien no oculta su propósito de reconstruir, paso a paso, la historia completa de la vanguardia española. Y de hacerlo sin perder de vista la dimensión casi poliédrica del empeño: cine, arquitectura, diseño y hasta actitudes, sin olvidar, por supuesto, la literatura. Recordemos que, cuando el propio Bonet organizó la bella exposición «El poeta como artista», Centro Atlántico de Arte Moderno, abril-mayo de 1995, algunos echamos de menos a Cocteau, que no figuraba entre los artistas expuestos aunque sí en el concienzudo estudio preliminar. Lo organizado ahora es una buena respuesta a aquella ausencia.

Bonet ha denominado con acierto esta muestra «una exposición de gabinete». No es, por supuesto, una panorámica de la obra plás-

tica de Jean Cocteau, ni una evocación de su tránsito por el arte moderno —cine, escultura, pintura y lo que el llamó siempre poesía: «poésie de roman», «poésie de théâtre», «poésie critique»...—, sino un minucioso recorrido documental a lo largo de un episodio de su vida. Una de esas exposiciones que se miran de cerca y despacito, comprobando aquí una fecha, hallando allá una nota que nos parecía reservada, reconociendo algo y descubriendo mucho. No está hecha para quienes cumplen el ritual de visitar una sala detrás de otra y desplazarse arriba y abajo en los espectaculares ascensores de metacrilato. Son exposiciones para quienes después adquieren el catálogo que es, una vez más, espléndido; la presente muestra recuerda —por el conjunto de objetos y por la brillantez del texto— otra inolvidable que Bonet presentó en Valencia, cuando era director del IVAM: *Erik Satie: del Chat Noir al Dadá*, IVAM Centre Julio González, otoño de 1996.

Y es que el tema da mucho de sí. Quizá no hay otro vanguardista que fuera tan familiar a los españoles como Jean Cocteau. La contribución del propio Juan Manuel Bonet al catálogo —«Jean Cocteau en el cóctel español de los años veinte»— lo propone paladinamente, con más intención de sumario vertiginoso que de estudio. Hay traducciones y algunas notables: Corpus Barga vertió *Orfeo* que se representó con decorados de Bartolozzi. Habló de él Guillermo de Torre en su imprescindible *Literaturas europeas de vanguardia* y Ramón lo conoció en París, en casa de los Delaunay. La huella del encuentro está en un largo artículo para la *Revista de Occidente*, «Retrato de Jean Cocteau», y en el capítulo «Serafismo», de *Isomos*, ambos con fecha de 1931 (pero poco antes Ramón había vivido unos meses en París, huyendo de las consecuencias del desastroso estreno de *Los medios seres*; Nigel Dennis ha exhumado en su edición de París, 1986, una estupenda crónica de 1930 donde Gómez de la Serna cuenta una cena con nuestro personaje —«recién salido de su último colegio de niño prodigio, del sanatorio de la desintoxicación»— en casa de madame Hugo y sus impresiones del estreno de *La voix humaine*). Pero lo que más nos importa son las sugerencias que el estudio de Bonet suscita: ¿imitó García Lorca los dibujos de Cocteau en los suyos propios? ¿Cuánto adeuda la plástica de Rafael Alberti y su temprana pasión por los marineros a la influencia del francés? ¿Fueron fuente de

Viene de la página anterior



los aforismos de Bergamín —*El cohete y la estrella*— los deslumbrantes fuegos de artificio de *Le coq et l'arlequin*, de 1918? A lo que aún cabría añadir otra sospecha: ¿cuánto debe *La deshumanización del arte* a dos ideas predilectas de Cocteau, la expulsión del sentimentalismo romántico (cierto que Ortega la había avanzado ya en «Musicalia», artículo de 1916) y, sobre todo, la convicción de que el arte moderno divide a las gentes entre los que lo entienden y los que no lo entienden? (Al asistir al estreno de *Le sacre du printemps*, de Stravinski, en 1913, Cocteau había adquirido la certidumbre de su verdadero lugar: entre los muchos que silbaban y los poquísimos que aplaudían, él estaría siempre con los últimos).

Cocteau y España

Cocteau conoció tarde España. A los efectos, importa poco su temprana admiración por Picasso a quien vio por primera vez en su taller y en 1915, cuando el joven escritor estaba movilizado. La historia del arte nuevo retendrá siempre una fecha capital, el 18 de mayo de 1917, porque en ella se produjo el estreno de *Parade*, un ballet concebido para el inevitable Diaghilev y sus ballets rusos y al que contribuyeron Cocteau como libretista, Satie como músico y Picasso como escenógrafo. En 1919 escribió una «Ode à Picasso» y cuando, en 1923, realizó la edición definitiva de *Le rappel à l'ordre*, juntó allí cuatro textos muy importantes: *Le coq et l'arlequin* (1918), que ya hemos mencionado, era un manifiesto en favor de una nueva música —más allá de Debussy e incluso de Stravinski y, por supuesto, en contra del wagnerismo residual— que será primer punto del credo del «Grupo de los Seis», formado en 1920; *Le secret professionnel* es la profesión de su fe artística; *De l'ordre considéré comme une anarchie* es un texto capital del que también se ha hablado más arriba; y *Picasso* es una apasionada exégesis de su pintor predilecto.

Pero el Picasso de Cocteau no tiene nada de español: «Voici donc un espagnol, pourvu des plus vieilles recettes françaises», escribe, y a continuación subraya lo que le parecen sus deudas con Chardin, Poussin, Le Nain o Corot. En las notas de la segunda edición, remachó la idea: «Je n'insiste pas sur l'Espagne. Picasso est de chez nous»... Seguramente, tenía mucha razón el Cocteau de 1923 al negarse a apreciar el ascendente hispánico del pintor malagueño. La pertenencia a un territorio cultural no es un sentimiento espontáneo, una emanación telúrica, como quisieran los nacionalistas; es, más bien, una construcción ideológica y (en los peores casos) una adhesión que se decide. El propio Picasso acabó asumiendo —a medias entre la autocomplacencia y la mitificación— una peculiar forma de ser español. Seguramente, a la altura de 1950, se había consustanciado con ella y, sin duda, era una forma de seguir pensando una España auténtica que enlazara con la derrotada en 1939 y que borrara la miseria ingrata de la España real de entonces.

No fue el único. Algún día habrá que estudiar la sangrante paradoja de un país que sobrevivía en el lazareto político que Franco garantizaba, emplazado en la cola de Europa por lo que tocaba a todas las magnitudes económicas, y que, sin embargo, captó a tantos vagabundos intelectuales del momento. Los españoles de fila llegaron, sin duda, a aborrecer la imagen de Orson Welles o de Ernest Hemingway acodados en la barrera de una plaza de toros, la de Jean Cocteau paseando con sus amigos por la feria de Sevilla enfundado en una capa española, o la de Ava Gardner ensayando unos pasos de flamenco en un tablao. Pero también estaba el omnipresente Walter Starkie, el director irlandés del British Institute, amigo de todos, y las menos populares ins-



Cocteau ante el lienzo *El Gitano* en el estudio de Milly-La-Fôret (h. 1952). Fotografía de Michel Sima. Asociación de amigos del Museo Jean Cocteau de Milly-La-Fôret

tantáneas que nos muestran a Paul y Jane Bowles, quizá con Truman Capote, comiendo en una tasca madrileña a punto de salir para Tánger. Sus imágenes servían a la propaganda franquista para mostrarnos una España que, precisamente por ser como era, los extranjeros se veían obligados a admitir y a admirar. Les solían acompañar amigos españoles que, muy a menudo, eran puros parásitos interesados pero que también, a veces, resultaban figuras intelectuales relevantes y de inequívoco antifranquismo. Tantos años después, valdrá la pena saber algo de aquellos acompañantes que, por un momento, compartían una vida más libre y, sobre todo, querriamos saber más de aquellas soledades —piadosamente veladas por las gafas de sol— que unos cuantos visitantes exóticos vinieron a pasear entre nosotros: la fuente de la eterna juventud no estaba aquí, pero algo de sol, de vino, de toros y flamenco, todo más barato que en Italia, podían suscitar la impresión de un regreso al paraíso. Especialmente después de una guerra...

El esbozo cronológico de Pierre Caizergues y el excelente trabajo de Juan Carlos Jurado han reconstruido los pasos de Jean Cocteau en España. Llegó por vez primera en julio de 1953, tras una primavera muy movida: en marzo había recorrido Italia, en abril había presidido el jurado del festival de cine de Cannes y en mayo había regresado a Roma (para hablar de Picasso). Bajó del avión en Barcelona donde su acompañante fue el industrial Alberto Puig Palau, un mecenas demasiado olvidado que gestó y pagó un semanario, *Revista*, que merece una monografía. Comió en «Los Caracoles», el restaurante del pintoresco señor Bofarull; vio varias corridas y oyó flamenco a los numerosos gitanos del Somorrostro, además de encontrarse con Tennessee Williams. En Madrid se alojó en el Palace y le escoltaron el director de teatro Luis Escobar, el torero Dominguín y el escritor y cineasta Edgar Neville. En Toledo visitó el cigarral de Gregorio Marañón y, desde allí, realizó un amplio raid andaluz: Sevilla (donde presenció la función de toros que inmortalizaría en *La corrida du 1^{er} Mai*), Granada, Jerez (donde firmó una barrica) y la costa malagueña que todavía no se llamaba Costa del Sol. Regresó en noviembre del mismo año. La primera plana de *Informaciones* del día 10 recogió su visita a un Salvador Dalí que estaba cada vez más empeñado en ser un bufón menor del régimen franquista. Asistió en Madrid a una proyección de su filme *Orfeo* y padeció un cólico nefrítico, cuyo recuerdo muy mitificado pasó al prefacio de *La corrida*... En abril y mayo de 1954 regresó de nuevo: más to-

ros y un encuentro con Dionisio (de quien Caizergues ha olvidado el apellido, seguramente como Cocteau: era Ridruejo, por supuesto).

En 1960 el viaje tuvo como destino Cádiz. Le acompañaron José María Pemán, tan dicharacho y tan señorito andaluz, y Álvaro Domecq, que era rejoneador de postín y presidente de la Diputación Provincial (en su entorno soñaban con una Provincia de Jerez emancipada de la de Cádiz). Fue el momento en que comenzó a escribir *Cérémonie espagnole du Phénix* que publicó a finales de año, seguido de *La partie d'échecs*. En 1961 hay dos excursiones españolas. La de marzo a mayo se inició con los peores augurios en Las Palmas (no soportó el Hotel Santa Catalina y su «absurda» estética canaria que procedía de la escuela de Néstor) pero acabó muy bien en Marbella, donde pintó los paneles de la tienda de Ana de Pombo (la pieza de mayor tamaño que se expuso en la muestra). El viaje de julio empezó también mal pues se le denegó la entrada en el país (Cocteau había firmado un manifiesto por la libertad política en el mes de marzo) pero, a la postre, pudo pasar en su predilecta costa malagueña los meses de agosto y septiembre. No regresó nunca más. En Francia, siguió trabajando con intensidad, aunque enfermo, y le afectaron muy duramente la muerte de seres muy próximos: en diciembre de 1961 falleció su hermano Paul, en enero de 1963, François Poulenc, y a primeros de octubre, Edith Piaf. Murió el día 12 de aquel mismo mes.

Cocteau no quiso ser un cultivador de la «españolade». En el arranque de *La corrida du 1^{er} Mai* escribió: «Il serait tout à fait ridicule de considérer l'Espagne comme un lieu poétique et pittoresque. Elle n'est ni l'un ni l'autre. Elle est davantage. Elle est un poète (...).

RESUMEN

José-Carlos Mainer, al comentar el libro-catálogo de la exposición que sobre las relaciones entre Jean Cocteau y España se montó en Madrid, en el Centro de Arte Reina Sofía, se acerca a este singular hombre de cultura, vanguardista y clásico a la vez, y cuya obra fue muy conocida entre los cultivadores de la vanguardia española tal como se reflejó en la mues-

AA. VV.

Cocteau y España

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, 2001. 236 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-8026-972-3.



Poemas de Federico García Lorca (ilustración de Cocteau), 1956. Estuche original con dos discos. Asociación de amigos del Museo Jean Cocteau de Milly-La-Fôret

Livrons les touristes au coups du pittoresque et vénérons cette Espagne qui, de période en période, met le feu à celle qu'elle adore, ce Phénix qui se brule lui-même pour vivre». Pero, a despecho de tan buenos propósitos, la España de Cocteau es el país que recuerda a Manolete y donde las bailaoras —Pastora Imperio— hacen conjuros para aliviarle los dolores de un cólico renal. Y su imagen resulta inevitablemente típica: «La nuit de Madrid pleine de rondes enfantines. Et Barcelonne prise dans les chevelures de Gaudí et les barrières de Yerez où dort le sang ferrugineux des Rois (...). Málaga qui nous regarde avec l'oeil égyptien de ses barques. Grenade la pâle qui sèche ses linges au clair de la lune (...). Et les carabiniers de Carmen qu'un plumier en cuir bouilli coiffe». Luce y sombras... No busquemos, por supuesto, a nuestro país entre ellas. Busquemos más bien a Cocteau en esas fotografías donde, un poco ausente, parece él mismo buscar algo indefinido. O busquémoslo en sus dibujos de vendedores de Coca-Cola que imagina como faunos, o en el lienzo que representa a un gitano al que toca con un velo blanco y pone una argolla en la nariz. Cuando ya se sentía asediado por la «Dame Blanche» y quizá desamparado de su ángel Heurteville, toreros, bailaoras y muchachos de desabrochadas camisas blancas fueron su último sueño. Cocteau no tenía la culpa de que, además, estuvieran infraalimentados... No le importaba mucho. Consigné que a Franco «on le respecte sans amour» y que «on le voudrait flamenco» (pero, aclara a sus lectores, es un gallego triste, algo así como un bretón). Esta estupenda exposición sobre Cocteau y España contiene, de añadidura, el estimulante regalo de preguntarnos más cosas de aquellas (y son muchas) que nos contesta. □

tra que el director del Reina Sofía Juan Manuel Bonet, uno de los autores del libro-catálogo, califica como «una exposición de gabinete», pues no se trata de una panorámica de la obra plástica de Cocteau, ni una evocación de su tránsito por el arte moderno, sino más bien de un minucioso recorrido documental sobre su relación con España.

Lorenzo Varela: poeta en el exilio

Por Xesús Alonso Montero

Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928) es catedrático emérito de Literatura Gallega en la Universidad de Santiago de Compostela y miembro numerario de la Real Academia Gallega. Autor de estudios de sociolingüística gallega y libros sobre Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Otero Pedrayo, Luis Seoane y Celso Emilio Ferreiro, sus trabajos más recientes versan sobre la literatura gallega de la II República, la guerra civil y el exilio.

Se llamaba Jesús Manuel Lorenzo Varela Vázquez pero todos le decían Lorenzo Varela, el nombre que él utilizó habitualmente, como escritor, desde muy pronto. Nacido en agosto de 1916, publica sus primeras páginas (de crítica literaria) en 1935, a los 19 años de edad. En los tres años de la guerra civil española, Lorenzo Varela, espada y pluma al servicio del Ejército republicano, se descubre como poeta, sobre todo como poeta civil (y aun beligerante) y publica no pocos poemas en revistas muy diversas, desde *El Mono Azul* a *Hora de España*.

Hoy, fuera de Galicia, al poeta Lorenzo Varela se le conoce muy poco, casi nada, y, en cuanto a la prosa (ensayo, crítica literaria, crítica de arte...), la ignorancia es total. Sus páginas en prosa tampoco se conocen en Galicia, donde los «lletraferits», y solo éstos, leen y aprecian su poesía, más la gallega que la castellana.

Pero hace muy pocos meses, a finales del año 2000, el corpus más completo de su poesía (gallega y castellana) se publicaba en una colección destinada –creemos– a difundir y consolidar la voz y la pluma de los escritores republicanos españoles transterrados: la Biblioteca del Exilio.

Biblioteca del Exilio: acta de nacimiento

A finales del año 2000 y en las primeras semanas del presente año la Biblioteca del Exilio hace su aparición con cuatro títulos: *Poesía completa*, de Lorenzo Varela (en edición de X. L. Axeitos); *Fábula y vida*, siete relatos de Juan Chabás nunca reimpresos desde 1955 (en edición de Javier Pérez Bazo); *Artículos y ensayos*, de Juan Rejano (en edición de Manuel Aznar Soler); y *En aquella Valencia*, novela de Esteban Salazar Chapela (en edición de Francisca Montiel Rayo). El Comité Editorial que creó y gobierna, con algunos asesores, esta colección lo componen Manuel Aznar Soler, Isaac Díaz Pardo, José Esteban y Abelardo Linares, todos, moral e intelectualmente, muy vinculados a los escritores del exodo republicano de 1939, algunos, como Díaz Pardo y Aznar Soler, especialmente vinculados. Sabido es que el profesor Manuel Aznar Soler dirige, desde hace años, el colectivo GEXEL (Grupo de Estudios del Exilio Literario, Universitat Autònoma de Barcelona), y debiera saberse que el empresario e intelectual Isaac Díaz Pardo dirige y financia en Galicia colecciones donde se han exhumado o recuperado muchas y muy importantes páginas del exilio literario gallego (Castelao, *Cancioneiro da loita galega*, *Nova Galiza*, *Nueva Galicia*, *Correo Literario*, *Galicia Emigrante*...).

La Biblioteca del Exilio va a acoger –ya lo hace, en parte, en esta primera entrega– textos en las cuatro lenguas de España, y, hasta donde conozco su estrategia, se propone insistir en aquellas voces menos asistidas por la crítica y por ciertas políticas editoriales. En efecto, al lado de nombres como los de Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Castelao y Carles Riba, hay otros, muchos otros, que estando o no muy próximos en valía a éstos, exigen de estudiosos y editores un esfuerzo que les devuelva el rango y la importancia que el



Lorenzo Varela.

franquismo, primero, y, después, los militantes de la desmemoria han desdibujado o marginado. Los cuatro volúmenes con que se inaugura esta oportuna empresa intelectual y de salud civil expresan, a su modo, los criterios y los objetivos de la Biblioteca del Exilio.

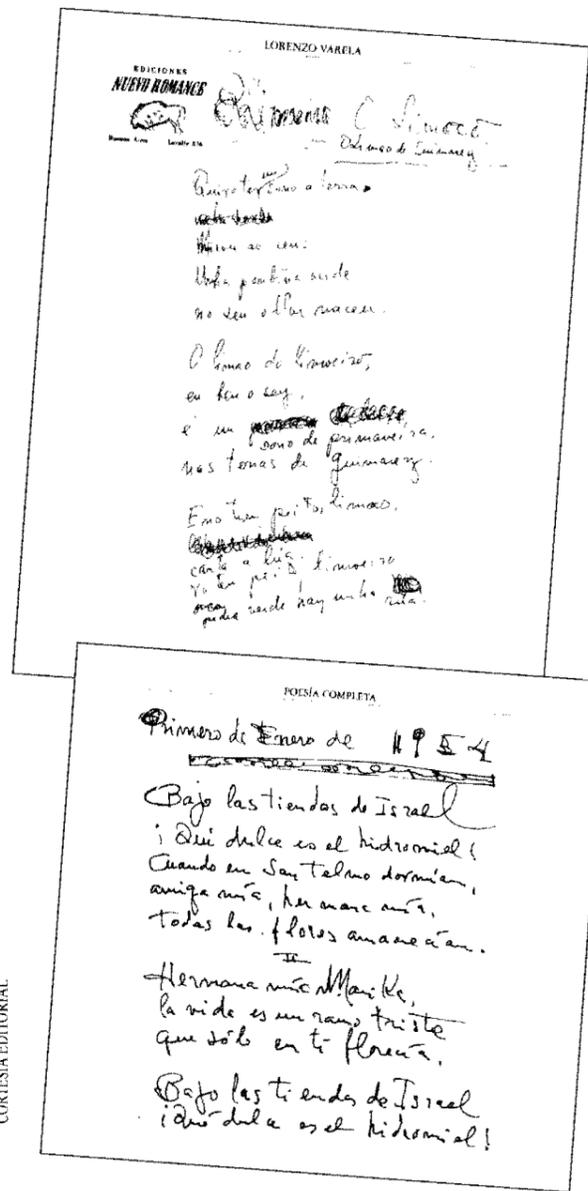
Lorenzo Varela: emigrando siempre

Hijo de gallegos, nace en la diáspora, en Cuba, el 10 de agosto de 1916, pero no, probablemente, en La Habana sino en el mar, en el vapor *La Navarre* que aún no había llegado a puerto. Muy niño, otro barco lo lleva, con sus padres, a Buenos Aires, donde hará los estudios primarios. Su principal biógrafo, Fernando Salgado (1995), precisa que a los quince años ya está en la tierra de los suyos, en Monterroso, y que en ese año, 1931, inicia el Bachillerato en el Instituto de Lugo, ciudad en la que, con ideas trotskistas, se relaciona con los galleguistas (Ramón Piñeiro, Ánxel Fole). En 1935, con ímpetus revolucionarios y vagos afanes literarios, emigra a Madrid. Inicia los estudios de Filosofía y Letras, colabora en *El Sol* y en la revista *P.A.N.*, vive el Madrid convulso previo y posterior al 16 de febrero de 1936 y, cuando suena la hora de defender la República, este izquierdista gallego se alista en el V Regimiento (con Enrique Lister) y se afilia al Partido Comunista. A él perteneció, no sin serios problemas en un hombre de conciencia pura y muy crítica, hasta su muerte, si bien, durante muchos años, ajeno a actividades concretas dignas de mención.

El final de la guerra civil significa, en su vida, duros éxodos, como para tantos republicanos que combatieron hasta la primavera de 1939: campo de concentración en Francia y odisea rumbo a Méjico en un barco que

sirve de emblema a la Biblioteca del Exilio, el *Sinaia*. En la ciudad de Méjico funda, con Antonio Sánchez Barbudo y otros escritores, *Romance*, revista en la que surgen, muy pronto, problemas de muy diversa índole. A fines de 1941 vuelve a emigrar a la Argentina, a Buenos Aires, donde no tardará en conseguir un cierto reconocimiento como crítico literario y de arte. Pieza importante de grandes revistas del exilio, como *Correo Literario* (1943-45), pertenece a la nómina ilustre de los exiliados españoles que fueron contortulios del café Tortoni (Alberti, Luis Seoane, Rafael Dieste, Otero Espasandín, Arturo Cuadrado, Antonio Baltar...), no pocos de ellos, gallegos. Pertenece Lorenzo Varela, quizás, a esos escritores que no llegaron a realizarse debidamente porque carecieron de las oportunidades que, en muchos casos, son exigidas para emerger con la verdadera voz.

Exiliado, comunista y muy joven (con muy poca obra aún), era casi imposible encontrar, en aquel tiempo y en aquel lugar, colocación intelectual consonante con sus necesidades y su ambición literaria. Al final, Varela despilfarra parte de su talento en crónicas radiofónicas, en noticias de prensa, en críticas para amigos, en trabajos que, no siendo indignos, son tareas «pro pane lucrando». A veces, consigue el tiempo y el ánimo necesarios para escribir una página de reflexión verdaderamente suya o un comentario literario para decir toda su verdad. De vez en cuando, Lorenzo Varela escribe poemas, páginas que, estando ajenas al oficio de comer, expresan el oficio de vivir, pero son páginas, en cierto modo, dispersas. Lorenzo no trabaja en el taller del verso día tras día, lectura tras lectura; no es un profesional continuado de la poesía. De hecho, en su accidentada biografía de poeta, hay prolongados silencios. Silencios que preocupaban a Ernesto Sábato, que le dice en una



Textos manuscritos del poeta gallego.

carta de 1963 (o comienzos de 1964): «Sos tan magnífico poeta como generoso ser humano; y esta generosidad tuya es tan grande y tan rica que en esa comparación que hago conscientemente te estoy dando también los atributos de tu poesía. ¿Qué sino adverso, qué cosa temperamental tuya, qué abandono, qué carajo, en fin, es el responsable de este silencio que te rodea?».

El profesor Axeitos, en la edición que nos convoca, ilustra muy bien este comentario de Sábato con unos versos del propio Lorenzo, barco desarbolado por la guerra civil: «Desde entonces ya somos el cuerpo de un destino, / una muerte ambulante sin tumba señalada, / y tenemos mirada de perro peregrino, / sin familia, sin dueño, sin senda ni morada. / Y nos llaman artistas, o locos o poetas, / y a veces asustamos como asusta la nada». En esta situación, hay momentos, no pocos, en que Varela tiene problemas con Baco, con Venus, con el Partido y, casi siempre, con los mil infortunios diarios y con la escasez, a veces extrema, de dinero. Vida destrozada en tantas ocasiones, nunca ha salido de su pluma, sin embargo, una palabra que mancillasen sus banderas de combatiente y exiliado republicano, y tampoco las de su lealtad ideal a la causa de los pobres del mundo.

Creuyendo que hay lugares menos adversos, cruza el Río de la Plata y vive algún tiempo en Montevideo con Estela Canto (tormentosa relación); intenta ir a los Estados Unidos, país que niega el visado a los comunistas, y en 1960, en un gesto desesperado, llega al puerto de Vigo con la intención de quedarse pero no desembarca. En 1976, tiempo de amnistía, el emigrante regresa: enfermo, cansado y desconocido. Intenta en periódicos y



Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

editoriales aducir su nombre, más de escritor que de soldado de la libertad, que no sueña. Y se deja morir poco a poco, no muy poco a poco, en un apartamento madrileño cedido por la generosidad de Isaac Díaz Pardo, que creía y cree en la gesta, en el pensamiento y en la literatura de tantos y tantos exiliados, gallegos o no. Era el día 25 de noviembre de 1978.

Poesía y recuperación

En un principio, en el Madrid de la guerra y en otras trincheras republicanas, Lorenzo hace poesía en castellano, sólo en castellano. El escritor pone a prueba su lira de bronce y, poeta de circunstancias, como es poeta de verdad, a veces trasciende la circunstancia, canta a la luchadora Lina Odena o llore la muerte de García Lorca («Al mar, al mar va el poeta, / barquero de soledades»). Lorenzo colabora en la colectánea *Poetas en la España leal* (1937), donde se dan cita voces consagradas (Antonio Machado) y voces ya muy importantes (León Felipe, Alberti, Cernuda, Miguel Hernández...). Un crítico tan exigente como Luis Cernuda —exigente, incluso, en el fragor de la guerra— enjuicia los tres poemas de Lorenzo con estas palabras: «... gallego de origen, muy joven todavía, en cuyos poemas se advierte una serenidad inicial de espíritu, encauzada a cantar la nobleza del hombre». En esas fechas, en efecto, Lorenzo Varela era muy joven: en agosto de 1937 cumplía 21 años.

Lorenzo Varela llega un poco tarde a la poesía en lengua gallega, a los 28 años. De 1944 son sus *Cuatro poemas pra catro grabados*, con los que ilustra, literariamente, cuatro figuras de su gran amigo Luis Seoane. A él debe Lorenzo, sin duda, su acercamiento a la lengua gallega como lengua poética. No extraña, pues, que el título posterior, su único libro en gallego, *Lonxe* (1954), fuese ilustrado, plásticamente, por diez grabados en madera de Luis Seoane, uno para cada poema. Breve volumen constituido por diez poemas, decálogo —si se me permite— de sus mejores musas: la del emigrante («Lonxe»), la que evoca su infancia y su adolescencia gallega («O galo», «Lugo»), la vitalista («Romaría»), la que reflexiona, sentimentalmente, sobre realidades significativas del país dejado («Dolmen», «Os bois») y la que aún llora a los «compañeiros da miña

xeneración mortos ou asesñados». El libro parece una antología de toda su obra, la castellana incluida, muy superior en número de páginas.

Al lector de este volumen el profesor Axeitos le ofrece, a pie de página, la traducción cástallana de cada poema, hecha, con el debido decoro, para ayudar al lector del texto gallego. Lorenzo escribió algunos otros poemas gallegos, que hoy, merced a las pesquisas de X. L. Axeitos, dejan de ser dispersos, como cuatro de ellos dejan de ser inéditos.

Como poeta en castellano dos son los libros esenciales de Lorenzo Varela: *Torres de amor* (Buenos Aires, 1942) y *Homenaje a Picasso* (Buenos Aires, 1963). En realidad, el primer título de nuestro poeta es *Elegías españolas*, opúsculo de 31 páginas editado en Méjico en 1940 y, en gran parte, acogido en *Torres de amor*, como señala oportunamente el profesor Axeitos. Este volumen ofrece poemas tan distintos como «Canciones del novio», «Desagravio del vino tinto», «A Perpetua, mi madre» y «Muerte del héroe». En muchas de sus páginas, escritas a pie de obra, el poeta intuido por Luis Cernuda está muy presente. Ya era hora de que se ofreciesen juntas, y anotadas, las páginas poéticas de quien, como poeta en castellano, dentro y fuera de Galicia, casi no existe.

Un luchador regala una palabra

Los exiliados españoles de Buenos Aires —lo han contado algunos— tardaron en deshacer las maletas, en la creencia de que el régimen que los derrotó en la guerra civil caería ante cualquier embate. No fue así, y menos cuando el ejército nazi, en 1942, parecía invencible. Es el momento en que Rafael Alberti, Castelao y el propio Lorenzo Varela deshacen sus maletas. Algunos empezaron a hacerlas, a prepararlas para el retorno meses después, al compás de la música de Stalingrado y Normandía, dos argumentos que cuestionaban, muy en serio, la invencibilidad de Hitler, el protector de Franco. Así las cosas, el 25 de agosto de 1944, las tropas francesas (con no pocos maquis españoles) liberan París, es decir, recuperan, para la causa de la democracia, aquella simbólica ciudad, aquel ilustre nombre. En Buenos Aires un grupo de intelectuales gallegos, que

dirige y hace la revista *Correo Literario*, decide dedicar un número, el 22 (correspondiente al 1 de octubre de 1944), a Francia, y, en el número, una página especial, la 3, ilustrada por Luis Seoane, al acontecimiento de la reconquista de París. En esa página colaboran, con sendos poemas, tres altas voces del destierro: Juan Gil-Albert, Arturo Serrano Plaja y Lorenzo Varela, quien, mientras, esperanzado, rehace sus maletas, escribe «Ofrenda a los franceses», poema original donde los haya. En él, el autor, Lorenzo Varela, está tan agradecido a las tropas liberadoras —lo están liberando también a él y a tantos exiliados españoles—, como dádiva —como «ofrenda a los franceses»—, les ofrece una palabra: el topónimo «Cairón», monte de la comarca de sus padres, la de Monterroso, donde nuestro poeta, muy joven, jugó, pastoreó y soñó: «yo, que no tengo nada, os doy esta palabra: / la palabra Cairón. / Y con ella, la entraña y los huesos de mi alma».

Nadie, ni pobre ni rico, había ofrendado, en un poema, nada parecido. Lo hizo Lorenzo Varela, voz vigilante del exilio, también en los tiempos de esperanza, poco duraderos, por cierto. En 1945, los aliados ganan la guerra, pero no tardará en iniciarse la guerra fría en cuya estrategia, a Franco —el de la División Azul— se le define como un baluarte contra el comunismo. Los demócratas españoles del exilio deshacen las maletas de nuevo. También Lorenzo Varela, que, en un momento de esperanza, había regalado a los soldados franceses que entraron en París el tesoro de una

palabra, de un topónimo entrañable.

El exiliado y sus derechos literarios

El singular poema, «Ofrenda a los franceses», lo edité yo en 15 idiomas (el francés uno de ellos) para presentar en el acto inaugural del «Congreso para o estudio do exilio republicano» (Santiago de Compostela, marzo de 1999), cuyas *Actas* estuvieron al cuidado, en Ediciós do Castro, de Charo Portela y X. L. Axeitos, el profesor que edita, prologa y anota esta *Poesía completa* de Lorenzo Varela y que en estos momentos (mayo de 2001) ya ha concluido la edición de la prosa de nuestro escritor, volumen sorprendente por la calidad de algunas de sus páginas. Lo acogerá, en breve, la Biblioteca del Exilio, colección comprometida también con las voces que, literariamente, no han tenido la suerte a que tenían derecho. Estas voces, no siempre «menores», están reclamando la erudición y el entusiasmo que en este tema —y en otros de nuestro exilio republicano— posee el profesor Xosé Luís Axeitos. En efecto, no todos nuestros poetas exiliados se llaman Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, Rafael Alberti o León Felipe, pero a su lado hay voces —una de ellas, la de Lorenzo Varela— que construyeron un interesante discurso literario, además de un noble discurso moral, al que urge hacer justicia. La palabra, en buena parte, la tiene la Biblioteca del Exilio. □

RESUMEN

Xesús Alonso Montero, en este comentario de la *Poesía completa* de Lorenzo Varela, saluda la aparición de la *Biblioteca del Exilio*, colección que se propone recuperar y estudiar las voces del exilio republicano español, especialmente las de aquellos escritores con los que la crítica y las políticas editoriales no han sido justas. Es el caso, en parte, del poeta Lorenzo

Varela, autor de valiosas páginas en gallego y en castellano. La presente edición, la más rica en textos, cuidada y anotada por el profesor X. L. Axeitos, debería constituir una reparación y una excelente ocasión para aproximarnos a la poesía de Lorenzo Varela, hombre de nobles ideales nunca traicionados y vida atormentada que no siempre favoreció su creación literaria.

Lorenzo Varela

Poesía completa

Edición de X. L. Axeitos. Ediciós do Castro, Sada, A Coruña, 2000. 328 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-7492-989-X.

Neurociencias, persona, socialidad y religión

Por Manuel García Doncel

Manuel García Doncel (Santander, 1930) es catedrático jubilado de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona, en la que ha fundado un Centro de Estudios de Historia de las Ciencias, es profesor emérito del Instituto de Teología Fundamental de la Facultad de Teología de Cataluña y es miembro de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido visitante de l'Institut des Hautes Études Scientifiques de Bures-sur-Yvette (París) y del CERN de Ginebra. Actualmente se dedica al moderno diálogo entre la teología y las ciencias.

El Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza (CTNS) de Berkeley y el Observatorio Vaticano (VO) coeditan el cuarto volumen de su investigación teológico-científica (fechado «1999», pero aparecido a mediados del 2000). El tema teológico de la acción de Dios en el mundo se enfoca esta vez sobre las modernas neurociencias y el concepto de persona. (Sobre los tres volúmenes anteriores véase *SABER/Leer*, n.º 85, págs. 10-11; n.º 103, págs. 10-11; y n.º 131, págs. 8-9.)

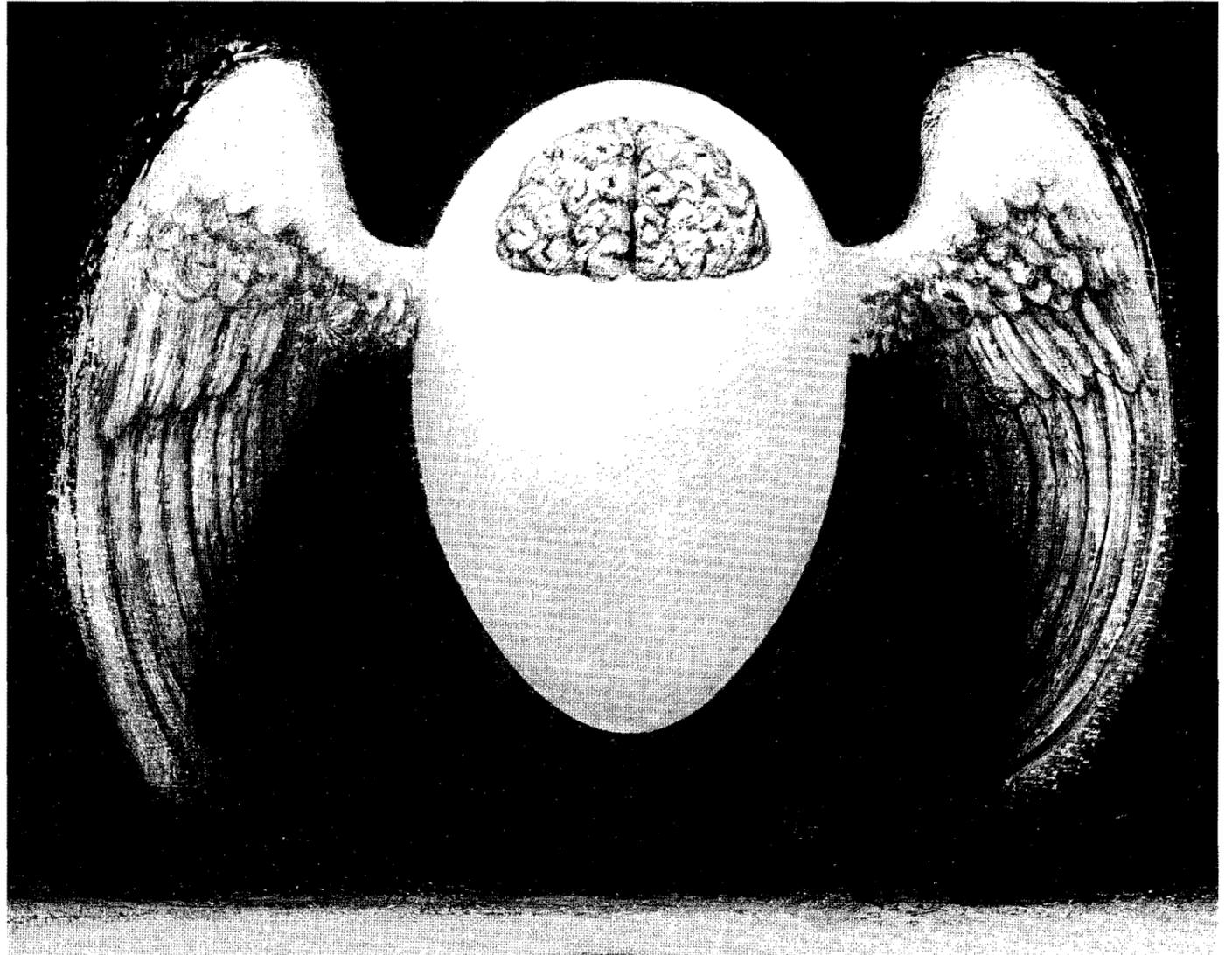
Tras la presentación de la coeditora Nancy Murphy, la primera parte contrapone, como «recursos» nuevos, las nuevas reflexiones bíblico-teológicas sobre la persona con las nuevas técnicas experimentales de las neurociencias. Estas son brevemente divulgadas por tres especialistas: Joseph LeDoux (Centro de Neurociencia, Universidad de Nueva York), Peter Hagoort (Instituto Max Planck de Psicolinguística y Universidad de Nimega) y Marc Jeannerod (Instituto de Ciencias Cognitivas, CNRS, Bron, Francia). Desde experimentos diversos —sobre las emociones en el cerebro, la arquitectura neural del lenguaje humano y el proceso cognitivo de la acción muscular, respectivamente— los tres presentan las mismas técnicas de registro por imagen: la tomografía de emisión de positrones (PET) y la imagen funcional de resonancia magnética (fMRI). Ambas permiten registrar gráficamente la localización neuronal correspondiente a fenómenos mentales, detectable por las variaciones del flujo y de la oxigenación de la sangre que rodea a esas neuronas. Pero seleccionaremos ya tres temas centrales, de entre los muchos que aparecen en las tres partes ulteriores del volumen, dedicados a reflexión filosófica, antropológica y teológica.

El escollo reductivista

Un primer escollo a salvar en este brumoso periplo de la neurociencia en torno a la relación mente-cerebro es el de que, fascinados por tales técnicas experimentales, lleguemos a reducir lo mental y subjetivo a puros procesos de fisiología neuronal. El escollo amenaza a todos los niveles de profundidad, desde los superficiales experimentos científicos a las profundas teorías filosóficas.

Así el mismo neurocientífico LeDoux, en su segunda comunicación «Emociones: una visión a través del cerebro», distingue bien entre una emoción —como la de miedo ante un peligro— junto con las reacciones que produce, y los sentimientos («feelings») subjetivos que bajo ella experimentamos los humanos. Y subraya lo problemático de suponer «que los sentimientos son las funciones de los sistemas emocionales en el cerebro» (pág. 101). Tras dar la descripción actual del proceso cerebral de la emoción, intenta explicar los sentimientos asociados, que corresponden a una experiencia consciente, asociada a «la memoria funcional» (pág. 117).

Pero el escollo del reductivismo es abordado en nuestro libro en sus niveles profundos por una serie de filósofos, algunos de los cuales parecen alardear de aproximarse todo



ALFONSO RUANO

lo posible, evitando el naufragio. William Stoeger (jesuita astrofísico del VO, Tucson, Arizona) presenta un buen cuadro sistemático-conceptual en su aportación: «El problema mente-cerebro, las leyes de la naturaleza y las relaciones constitutivas». Ya en el primer párrafo se pregunta: «Los estados mentales ¿son puramente ciertos tipos especiales de estados cerebrales altamente complejos...? Y, si es así, ¿qué... los diferencia de los que no son estados mentales?» (pág. 129). Buscando esa diferencia, distingue cuidadosamente la «reducibilidad ontológica» (las entidades mentales son organizaciones complejas de las cerebrales, y sólo éstas se requieren, junto con sus relaciones e interacciones entre sí y con el ambiente) de la «reducibilidad mereológica» (las características y comportamiento del todo son reducibles a las de sus partes) y aun de la «reducibilidad causal» (las causas fundamentales funcionan en el cerebro y en último término determinan las de la mente, y no al revés). Se aproxima al escollo al conceder la reducibilidad ontológica, «apoyada por serias indicaciones tanto de la ciencia como de la filosofía» (págs. 138-139), y guarda prudente distancia al defender la irreducibilidad mereológica y la causal. Ya la primera de ellas supone cierta «emergencia» de propiedades. Pero para Stoeger es a través de las dos irreducibilidades, la mereológica y la causal, como ha de entenderse la «superveniencia» de que hablaremos enseguida.

Nancy Murphy (profesora de filosofía cristiana en el Seminario Fuller de Pasadena, California) desarrolla atrevidamente el tema de la «Superveniencia y la eficacia descendente de lo mental», desde su actitud de «fiscalismo (o materialismo) no-reductivista». La idea de «superveniencia» (en inglés «supervenience») no significa identificación ni determinación causal, sino una especial dependencia lógica que en nuestro caso podemos expresar así: las propiedades mentales supervienen a las neuronales,

si la modificación de aquéllas exige la modificación de éstas, pero no al revés, pues la misma propiedad mental puede supervenir a diversas propiedades neuronales («realizabilidad múltiple»). Murphy, tras presentar la historia y la evolución lógica de ese concepto, formula así su propia definición actual: una propiedad mental M superviene a una propiedad neuronal N si, y sólo si, el que cierto X ocasione («instantiate») M, ocurre «en virtud de» que X ocasione N, y de estar «bajo la circunstancia C» (pág. 150). Elaborando esta sofisticada definición Murphy pretende justificar la irreducibilidad causal de su superveniencia, y aun explicar la causalidad descendente (de la mente al cerebro) mediante complejos mecanismos de retroalimentación, en que intervienen en el nivel mental circunstancias «C» provenientes del ambiente, incluso del ambiente socio-cultural.

Theo Meyering (Departamento de Filosofía, Universidad de Leiden), ya desde el título de su aportación «La mente importa: Fiscalismo y autonomía de la persona», parece reaccionar contra los que se aproximan demasiado al escollo. Así, al distinguir diversos tipos de «fiscalismo», afirma: «Mientras los llamados 'materialistas no-reductivos' se "prometen" con toda seguridad que sus argumentos establecen una forma robusta de anti-reducionismo, su actitud puede ser en realidad la de un simple planeta dentro de un fuerte campo gravitacional de fiscalismo radical» (pág. 166).

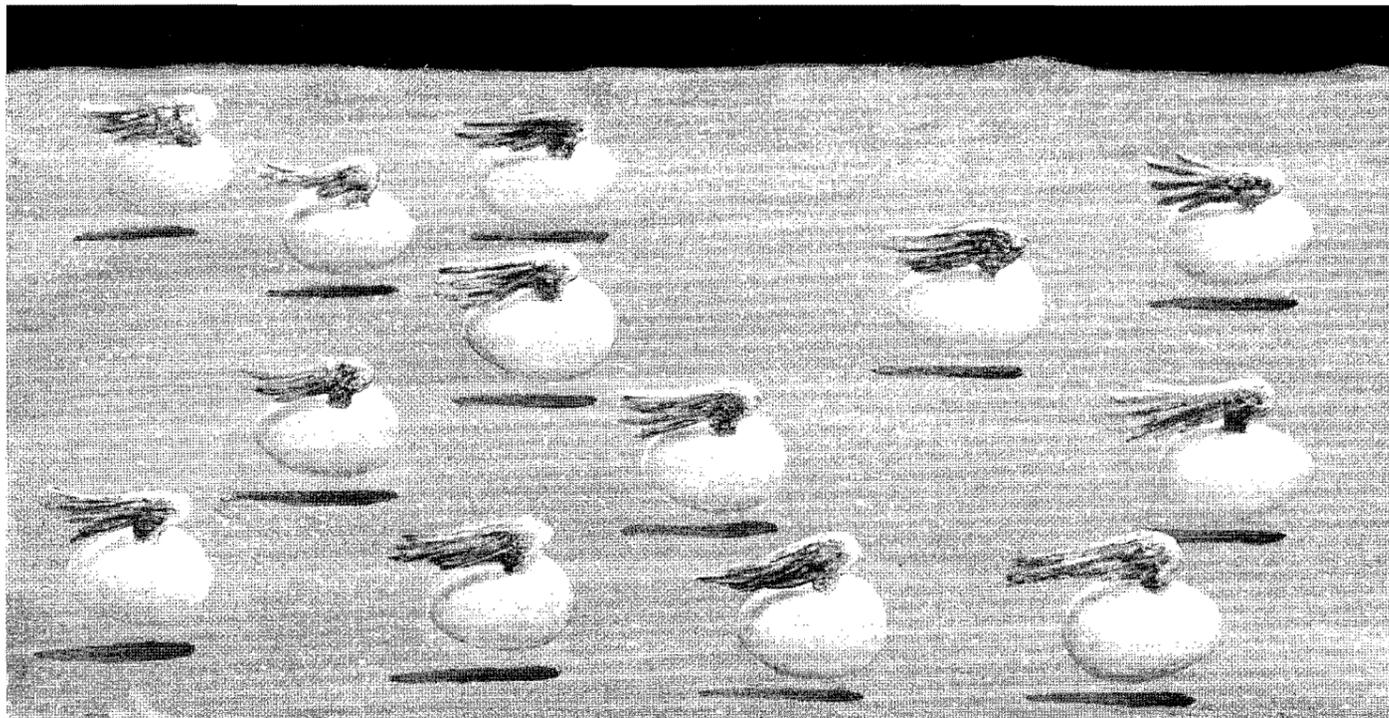
Philip Clayton (Departamento de Filosofía, Universidad de California en Sonoma), en su aportación antropológico-teológica sobre «Neurociencia, la persona y Dios: Una presentación emergentista», toma ciertamente sus distancias respecto al escollo reductivista. Comienza enumerando diversas concepciones del «impacto de la neurociencia en la teología». La primera, a la que denomina el «credo de Ar-

bib», profesa: «todos los datos sobre la persona humana se explicarán mejor en términos neurocientíficos», «la teología no tiene poder explicativo propio» y «las neurociencias nos proporcionan suficientes razones para abandonar las pretensiones explicativas tradicionales de la teología» (pág. 185). Clayton le contrapone su «tesis de la insuficiencia», la cual «predice que la neurociencia "no" será suficiente para explicar todo lo que vamos a conocer», que se necesitará «algo más» (pág. 188). Por ello defiende una «superveniencia emergentista», coherente con su «fe en la causación mental: en que hay causas mentales genuinas, que no son el producto de causas físicas... y que el resultado de los sucesos mentales no está determinado sólo por fenómenos del nivel físico» (pág. 200). No acepta la etiqueta de «fiscalismo», pues en teología «la doctrina bíblica de la "imago Dei" [Génesis 1,27] sugiere que algo de la naturaleza espiritual de Dios está reflejado en la naturaleza de los seres humanos» (pág. 212).

Ian Barbour (profesor emérito de física y de religión en Minnesota) aporta amplias reflexiones teológico-filosóficas para acercarse a «la neurociencia y la inteligencia artificial». Busca los rasgos bíblicos del «yo» —un yo encarnado, emotivo, social, imagen de Dios—, y los encuentra consistentes con los actuales descubrimientos de la neurociencia. Al vislumbrar el escollo, toma una clara postura contra la llamada «reducibilidad causal», razonando: «Si los sucesos a un nivel superior no tienen eficacia causal, se ven como menos reales, o quizá incluso como epifenómenos». Y se proclama «emergentista», porque «la "emergencia" es la reivindicación de que en la historia evolutiva y en el desarrollo del organismo individual, se dan formas de orden y niveles de actividad



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

que son auténticamente nuevos y cualitativamente diferentes» (pág. 271).

Stephen Happel (Universidad Católica de América, Washington), en su trabajo «Alma y neurociencia: Posibilidades para la acción divina», guarda también sus distancias al escollo. Tras indicar la novedad de los experimentos neuronales, se embarca en un amplio recorrido histórico, que se detiene especialmente en Husserl y su análisis de la conciencia del tiempo, para contrastarlo con una lectura neoescolástica del tema clásico del alma y la memoria. Sólo después de ese periplo intenta contactar con la neurociencia y sus tipos de memoria, sin experimentar aparentemente ningún tropiezo. Su conclusión es que «una antropología neurocientífica y filosófica que 'deje espacio' a los sujetos humanos es una condición crucial para una teología cristiana» (pág. 303). Especialmente crucial es que «los sujetos humanos se experimentan a sí mismos como don, como seres contingentes en el mundo, originados en Otro» (pág. 304).

Consonancia social

Otra temática, ésta pacífica, es la del carácter social de la persona humana. Ya en la primera parte, entre los «recursos» nuevos se subraya este carácter. Joel Green (decano de la Escuela de Teología, Wilmore, Kentucky), en su defensa bíblica de una «antropología holística y social», motiva así el que seamos «imago Dei»: «Reflejamos la comunidad del Dios triuno, no como individuos, sino como la comunidad humana... cuya vida común brota de y encuentra su fin en el abrazo de Dios» (pág. 7). Y concluye: «Si hubiésemos de articular una descripción de la persona humana que tome con toda seriedad los documentos bíblicos, hablaríamos muchísimo menos de la existencia o importancia de 'almas' y mucho más de la capacidad y vocación humanas a formar una comunidad con Dios y con la familia humana» (pág. 22). También Fergus Kerr (Universidades de Oxford y Edimburgo) en su aportación sobre «La moderna filosofía del yo en la teología reciente», subraya la necesidad de introducir en ella una experiencia trascendental de carácter social (págs. 26-27).

Esto tiene una clara consonancia con lo que, como científica, desarrolla Leslie Brothers (Instituto de Neuropsiquiatría, Universidad de California en Los Ángeles) en su «Perspectiva neurocientífica sobre la socialidad humana». En sus experiencias con primates, descubre complejas relaciones sociales, e investiga los centros cerebrales de reconocimiento y respuesta social. La socialidad humana tiene también una base neuronal, «emerge de las operaciones de cerebros especialmente equipados para la participación social» (pág. 73).

Marc Jeannerod comienza su segunda comunicación sobre «Los límites de la naturalización de estados mentales» con estas afirmaciones: «Los humanos son seres sociales. Toda teoría del yo tiene que tomar en cuenta su naturaleza esencialmente social, que hace el entender a otros yoes y comunicar con ellos una característica básica del comportamiento humano» (pág. 119). Y enfoca la relación mente-cerebro «en el contexto social». Ataca pues el problema de «cómo los estados mentales... pueden ser entendidos por otros y cómo el yo puede distinguir entre sus propios estados mentales y los de otros» (pág. 121).

Mencionemos, por fin, el artículo de Ted Peters (Seminario Teológico Luterano del Pacífico, Berkeley): «¿Resurrección del alma bien encarnada?» Propiamente no trata del tema de la socialidad, sino de la corporeidad del hombre en relación a la escatología. Rechaza en detalle ciertos ataques lanzados desde las neurociencias contra una «teología de paja», que desde un dualismo cartesiano hablara de un al-

ma desencarnada, y de su inmortalidad. Y concluye: «Aunque, en ciertas épocas, la teología cristiana haya empleado el vocabulario del alma inmortal, sobre ella en sí misma no se ha definido una salvación. La salvación consiste siempre en la resurrección del cuerpo» (pág. 326).

Experiencia religiosa

Un tercer tema, ampliamente tratado en este volumen y de especial interés para nuestro diálogo, es el de la posibilidad de la experiencia religiosa. El tema es de nuevo polémico, al menos en dos artículos importantes.

Uno de ellos es el de Wesley Wildman (profesor de teología, Boston) en colaboración con Leslie Brothers, de la que acabamos de hablar. Su extensísimo artículo se titula «Un modelo neuropsicológico-semiótico de las experiencias religiosas». Pero esas «experiencias religiosas» las denominarán muy pronto con la «frase más vaga e inclusiva, 'experiencias de ultimidad' ('ultimacy')...», apropiada incluso a «religiones no-teístas» (pág. 350). Tales experiencias son indefinibles; sólo cabe describirlas mediante diversos tipos de «marcadores». Introducen así, los marcadores fenomenológicos e introducen en paralelo los neurocientíficos, socio-psicológicos y ético-teológicos. Pero al investigar las causas de esas experiencias, presentan su «modelo filosófico-semiótico» de transformaciones de signos, que inter-relacionan únicamente lo psicológico, lo social y lo neuronal. En ese flujo de signos estamos inmersos y en él se realizan las experiencias de ultimidad. Lo ético-religioso –nos dicen– «puede ser semióticamente entendido por generalización de lo que acabamos de decir sobre el ambiente social en relación al sujeto individual» (págs. 406 y 416). Y añaden: «Incluso un mundo en que todas las creencias religiosas y las atribuciones de acción divina sean fundamentalmente falsas, no deja de ser sorprendente, intrigante y aterradorante que continúe exigiendo al menos la riqueza semiótica... No insistimos con ello en que las creencias religiosas son falsas, sino en que nos incita a ponderar su "utilidad, aunque fuesen falsas", una reflexión sobre el flujo semiótico en el que los seres humanos vivimos, nos movemos y existimos» (págs. 406-407). Pretenden elaborar así un modelo, neutro respecto a la existencia de un Dios personal, en el que pueden recogerse todos los datos de experiencias de ultimidad, que todo modelo ontológico deberá explicar (pág. 410).

El otro artículo polémico es el de Michael Arbib (Universidad de California del Sur en Los Ángeles), coeditor del volumen, y al que conocemos por el «credo de Arbib» del que nos hablaba Clayton. En un primer artículo, «Hacia una neurociencia de la persona», había expuesto su teoría general de los esquemas (de percepción, neuronales y sociales), que le lle-

van a concebir el yo como «una enciclopedia de esquemas». En él aclaraba que denomina «teología», en sentido amplio, al «estudio de la creencia humana en Dios» (respetable para los no creyentes como él), y mencionaba que sus teorías excluyen las creencias religiosas en la inmortalidad (págs. 81 y 100).

Pero es en su segundo artículo más extenso, «Cerebro crusioniano: de soledad y sociedad», donde, tras aplicar su teoría de los esquemas al proceso de formación del lenguaje humano, lo aplica también a la ideología y a la religión. Allí plantea la pregunta de si Dios es algo real como «la gravitación», o más bien como «la vergüenza» o «el estilo de una ciudad», que no existirían si no existiesen hombres. A partir de ella desarrolla su «construcción social de Dios», en viva discusión con otros participantes (págs. 442-445). Concluye mencionando el pluralismo y la oposición entre religiones como prueba de su origen social, y animando a los teólogos a utilizar la teoría de los esquemas para explicar ese origen, como él acaba de hacerlo con el lenguaje. El procedimiento es análogo al del artículo anterior: una teoría neutra, inspirada por la ciencia –el modelo del flujo semiótico, o la teoría de esquemas– se absolutiza e impone como transcendente. No hay que admirarse de que luego no aparezca más que un dios subordinado a ella. Pero eso no es consecuencia de la neurociencia, sino de prejuicios metafísicos, difícilmente compatibles con el diálogo teología-ciencias.

En contraposición a esa actitud, podemos leer el trabajo de George Ellis (profesor de matemática aplicada en la Universidad de Ciudad del Cabo): «Intimaciones de trascendencia: relaciones de la mente y Dios». Encuentra tales intimaciones en diversos dominios científicos y humanos: el milagro de la creación, los temas morales y éticos, la creatividad, la belleza como revelación, el amor y el gozo, y la búsqueda de espiritualidad. Confiesa que «apreciaciones de este tipo de esquemas amplios sólo pueden tener lugar dentro de una comunidad de fe, precisamente porque se trata de decidir sobre temas que están fuera de la competencia de la ciencia» (pág. 462). Hace también serias re-

flexiones sobre la total consistencia de la neurociencia con esas «teorías 'fuertes' desde el punto de vista religioso, por tomar en serio la experiencia religiosa», y sobre su consistencia con la revelación divina (pág. 469).

Otro delicioso artículo sobre la consonancia científico-teológica es el de Frasser Watts (profesor de teología y ciencias de la naturaleza, Universidad de Cambridge, Inglaterra): «Neurociencia cognitiva y conciencia religiosa». Su aportación más valiosa es sin duda el presentar la acción de Dios en el hombre como estable e interactiva, como actividad, presencia influyente, que realiza la providencia especial en el seno de la general. Watts la ilustra con la metáfora herciana de «la resonancia» y «la sintonización» con el Espíritu Santo: Ella sugiere receptividad (el 'habitar' con los creyentes de Juan), acción de tipo suave (dejando libertad de responder o no) y carácter interactivo (entre Dios y las personas humanas). Esa capacidad de resonancia puede también ser potenciada (pág. 343). A propósito de las intuiciones morales y religiosas, concluye Watts: «Lo que se ha sugerido no es la inserción por parte de Dios de pensamientos particulares en las mentes de la gente, sino un proceso más general, en el que las personas pueden dejarse arrastrar a una manera de pensar que está de acuerdo con la mente de Dios» (pág. 346).

Interesante es también el sistemático artículo de Arthur Peacocke (ex-profesor de biología en Oxford y pastor anglicano), en el que pretende «dar cuenta de forma inteligible de cómo Dios puede comunicar personalmente con los seres humanos, en un mundo que es coherente y consistente con las descripciones que dan de él, a otros niveles, las ciencias naturales y humanas» (pág. 245). Lo titula «El sonido del silencio puro», aludiendo al momento álgido de la manifestación de Dios a Elías en el Horeb (*Reyes*, 19,12).

Resulta pues –no lo ocultamos– un volumen duro y a veces polémico, pero muy enriquecedor, y digno de estudiarse y discutirse en profundidad. Esperemos que también lo será el último volumen anunciado, sobre *Física cuántica y teoría cuántica de campos*. □

RESUMEN

El profesor García Doncel admira esta cuarta etapa (de las otras tres ya ha dado cuenta en esta revista) del diálogo teología-ciencias organizado conjuntamente por el Observatorio Vaticano y el Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza de Berkeley, que está centrada

en el tema científico de la neurociencia y la persona. Recoge ideas de los diecinueve participantes en el diálogo, en torno a tres de sus problemas centrales: el peligro reduccionista de la neurociencia, el carácter social de la persona, y la posibilidad de la experiencia religiosa.

R. J. Russell, Nancey Murphy, Theo C. Meyering y Michael A. Arbib (eds.)

Neuroscience and the Person: Scientific Perspectives on Divine Action

Vatican Observatory Publications, Estado del Vaticano, The Center for Theology and the Natural Sciences, Berkeley, California, 1999. 496+xxxv páginas. \$ 24.95. ISBN: 0-268-01490-6.

Fraudes en torno a la ciencia

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Un libro de reciente aparición, dedicado a denunciar los engaños que se producen por la falsa ciencia, es buena ocasión para comentar los fraudes que por desgracia acompañan a la justificada confianza que todos tenemos en la ciencia y quienes la cultivan. Dejando aparte la utilización de la ciencia con fines políticos, que pudiera estar justificada en ocasiones, se pueden clasificar los fraudes en torno a la ciencia en cuatro tipos que están relacionados con la ignorancia, las ideologías, la codicia o la inmoralidad.

Consideremos en primer lugar la ignorancia. Es sorprendente la abundancia de inventos de máquinas para producir energía sin gasto alguno. Hace ya más de ciento cincuenta años que se estableció el principio de conservación de la energía, pero la ilusión de conseguir algo a partir de nada aguzó el ingenio de quienes imaginan artilugios en los que de algún modo se consiga que un peso descienda elevando al mismo tiempo un peso mayor. Esto es obviamente absurdo; es el famoso «perpetuum mobile» cuya imposibilidad estaba ya clara en el siglo XVIII. Hay también inventos milagrosos de carácter análogo que no son puramente mecánicos. Hace sesenta años fue famoso en España el método de hacer funcionar un automóvil con agua en lugar de gasolina; se dijo entonces que la demostración fue presenciada por las más altas autoridades.

En fecha tan reciente como 1989 se conmocionó el mundo científico con el anuncio del descubrimiento de la llamada «fusión fría» por parte de unos químicos de la Universidad norteamericana de Utah. Según ellos se podía producir la fusión de núcleos de deuterio, y el correspondiente desprendimiento de energía, en una celda electrolítica sin necesidad de conseguir las muy elevadas temperaturas (muchos millones de grados) que se necesitan para reproducir las reacciones nucleares que tienen lugar en el interior del Sol. En pocas semanas científicos de otros países confirmaron variantes del invento. Fue todo una alucinación en gran escala que se tardó meses en aclarar. Recuerdo muy bien el caso porque, siendo entonces Decano de la Facultad, no pude negarme a presentar ante centenares de estudiantes universitarios las noticias que iban llegando de todas partes y no me pareció prudente afirmar que era todo un fraude, por la muy sencilla razón de que si fuera verdad que habían producido la energía de origen nuclear en la cantidad que afirmaban, ambos sabios deberían estar muertos por efecto de las radiaciones recibidas.



PEDRO GRIFOL

En el campo de la medicina alternativa también son muy abundantes los fraudes debidos a la ignorancia. En los tratamientos homeopáticos es frecuente la dilución de la sustancia activa mediante la toma de la décima parte de una muestra que se disuelve en una cantidad de agua idéntica a la inicial y se repite el proceso docenas de veces. Basta un cálculo que puede realizar cualquier estudiante de química para comprobar que al cabo de veinticinco diluciones haría falta beber miles de litros para tomar una sola molécula de la sustancia activa. Es por tanto evidente que un tratamiento de esta clase no produce ningún efecto positivo, pero tampoco dañino y puede ser beneficioso porque deja actuar a la naturaleza sin los efectos colaterales de otros fármacos.

En relación con las ideologías, el fraude más llamativo ocurrió en la antigua Unión Soviética hace ya muchos años. La doctrina oficial sostenía que durante la construcción del socialismo se produciría un cambio en los ciudadanos que perderían sus inclinaciones egoístas y quedarían preparados para la sociedad comunista en la cual espontáneamente cada uno ofrecería su esfuerzo a los demás según sus posibilidades y recibiría de los otros según sus necesidades. Esto supone admitir la herencia de los caracteres adquiridos lo cual sabemos que no sucede, pero hubo un «sabio» llamado Lysenko que defendió esta posibilidad, fue protegido por Stalin, y acabó con la excelente escuela genética rusa.

Los fraudes ideológicos pseudocientíficos más importantes en nuestra sociedad actual provienen de los ecologistas. Antes de seguir adelante conviene distinguir entre la ecología —que es una parte muy respetable de la biología— y el movimiento ecologista o verde que es el refugio de pasados radicalismos hoy insostenibles. No pondré aquí ejemplos de las falacias estadísticas ni de las previsiones catastrofistas de estos individuos fanatizados

que curiosamente reciben con frecuencia interesado apoyo de políticos aparentemente serios. Y ello porque no deseo suscitar polémicas. Pero mencionaré un caso que sucedió hace algún tiempo. Se anunció que si hubiera una conflagración con armas atómicas se produciría un «invierno nuclear» con una bajada de la temperatura de no recuerdo cuántos grados que produciría males sin cuento. Pues bien, el primer estudio se basaba en un modelo matemático de los procesos meteorológicos en una sola dimensión; dicho de otro modo, el cálculo —mediante ordenador por supuesto— ignoraba que existen vientos y mares y montañas y... muchas cosas más. Pero parece que actualmente basta afirmar que un pronóstico procede de un ordenador para que resulte indiscutible aunque baste el sentido común y un mínimo bagaje científico para mostrar su inconsistencia. Pero es inútil hacerlo porque no es políticamente correcto.

Campos magnéticos y cáncer

En este breve recorrido por los fraudes en torno a la ciencia no se pueden ignorar los que tienen su origen en la codicia. Hace años, un periodista desaprensivo publicó en la revista *New Yorker* una serie de artículos sobre un estudio epidemiológico que supuestamente probaba una relación entre la proximidad de los cables que conducen la energía eléctrica y un ligero aumento de la incidencia de un tipo raro de tumores en niños. Como los cables crean campos magnéticos la conclusión era que dichos campos producen cáncer; curiosa consecuencia teniendo en cuenta que otro fraude frecuente consiste en vender imanes con fines terapéuticos. Aunque los estudios más serios y escrupulosos posteriores no han podido detectar una correlación entre campo magnético y cáncer la duda interesada persiste y sigue dando lugar a querellas contra las compañías suministradoras de energía eléctrica por supuestos efectos dañinos para la salud. Es más, se ha llegado a plantear un litigio a causa de la pérdida de valor de una casa próxima a una línea de alta tensión por la supuesta peligrosidad.

Contrasta este temor a los campos magnéticos con la despreocupación por el efecto que pueda producir la radiación electromagnética que genera un teléfono móvil y que incide de lleno en la cabeza del usuario. A mí no me parece que tales teléfonos provoquen daños físicos (aunque produzcan perjuicios económicos y psicológicos), pero desde un

punto de vista científico estaría más justificado desconfiar de una radiación que deposita energía en la cabeza, al modo de un horno de microondas, que de un inofensivo campo magnético casi estático. Pero a nadie preocupa el posible peligro ni nadie piensa en querellarse contra las compañías que tan abusivamente les cobran sus conversaciones telefónicas. Y es que el intercambio de frivolidades a través del teléfono justifica los supuestos riesgos.

El problema con los estudios encaminados a comprobar los posibles efectos nocivos de cualquier cosa es doble. Por una parte es imposible demostrar que algo es totalmente inocuo del mismo modo que no se puede probar que una casa jamás se caerá, ni de ella se desprenderá un fragmento que cause algún daño. Lo único que se puede afirmar es que no hay ningún dato que indique la existencia del efecto nocivo. Y aquí es donde interviene un nuevo elemento que es el interés de los investigadores en que su campo de estudio, y la correspondiente financiación, nunca se agoten; por eso lo más frecuente es que el dictamen que asegura la ausencia de razones que justifiquen un peligro termine recomendando que se continúe investigando.

El caso es que los científicos no son ángeles sino seres humanos como los demás con sus intereses y sus egoísmos. Y no me refiero a los científicos que falsean los datos de sus experimentos (que los hay, pero son rarísimos), sino a aquellos que trabajan con rigor pero propenden a asegurar la supervivencia, y si es posible el crecimiento, de sus programas de investigación. Y para ello no dudan en utilizar argumentos que ellos mismos rechazarían si alguien pretendiese aplicarlos al discurso científico.

Es de todo punto evidente que tanto las investigaciones sobre nuestro planeta como las referidas al espacio exterior (planetas, estrellas o galaxias) se realizan mejor poniendo en órbita satélites automáticos que en estaciones espaciales tripuladas. Y ello porque los tripulantes se mueven y las máquinas que necesitan para sobrevivir producen vibraciones y consumen energía. A pesar de lo cual se justifican los vuelos espaciales tripulados con investigaciones sobre la microgravedad y otras rarezas que nadie haría en la superficie terrestre si se pudiera.

Para terminar mencionaré un recuerdo personal que ilustra sobre la moralidad colectiva (que no individual de la cual no dudo) de los científicos. Hace unos cuarenta años se proponía en el CERN (Laboratorio Europeo situado en Ginebra) la construcción de un gran acelerador que se consideraba muy costoso para la época. Un argumento a favor era no quedar detrás de los Estados Unidos donde se proyectaba una máquina semejante. Yo representaba a España en el Consejo del Organismo y tuve la imprudencia de sugerir que si el objetivo del proyecto era averiguar cómo son los protones por dentro (algo que entonces no se sabía) bastaba un acelerador, y lo sensato era construir una máquina con participación de los Estados Unidos y de los países europeos miembros del CERN. Si las miradas de reproche matasen, yo no estaría aquí. El previsible final: no sólo se construyeron los dos aceleradores, sino un tercero de peor calidad que hicieron los rusos. □

En el próximo número

Artículos de Eloy Benito Ruano, Antonio García Berrio, Luis Mateo Díez, Manuel Alonso Olea y José Antonio Melero. Índice 2001.

RESUMEN

La aparición de un libro que denuncia los engaños que se producen en la falsa ciencia le da ocasión a Carlos Sánchez del Río para comentar algunos de los fraudes existentes y que acompañan a la justificada confianza que se debe tener por la comunidad científica en

general. El comentarista clasifica los fraudes en cuatro apartados que están relacionados con la ignorancia, las ideologías, la codicia o la inmoralidad y de cada uno de ellos tiene ejemplos que recoge sucintamente en su comentario.

Robert L. Park

Ciencia o vudú. De la ingenuidad al fraude científico.

Grijalbo Mondadori, Barcelona, 2001, 326 páginas, 2.200 pesetas, ISBN 84-253-3595-7

De las guerras buenas

Por Eloy Benito Ruano

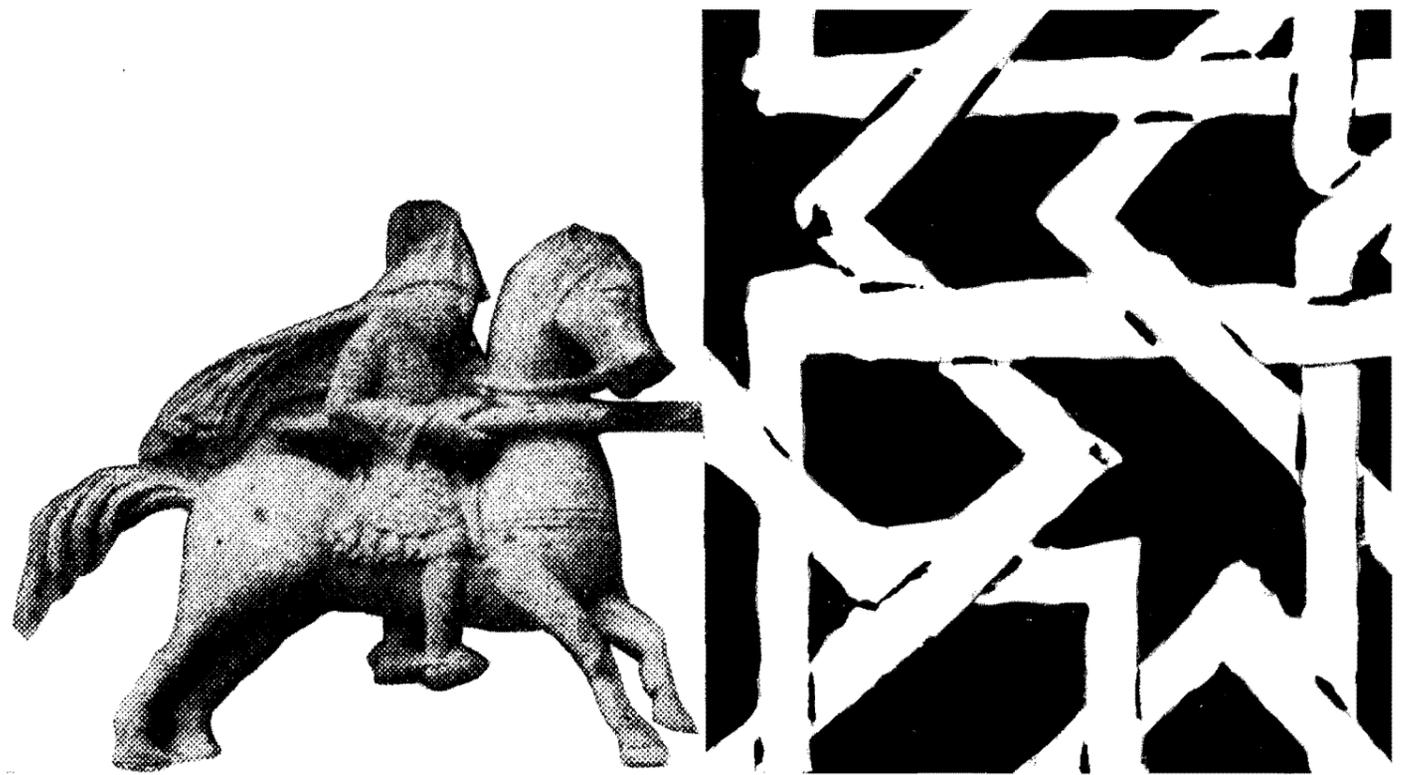
Eloy Benito Ruano (Madrid, 1921), catedrático emérito de Historia Medieval, es secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia. Entre sus trabajos afines al tema del libro reseñado figuran los titulados *España y las Cruzadas* y *Las Órdenes Militares españolas y la idea de Cruzada*.

«Las Cruzadas», así enunciadas, en plural y con mayúscula, constituyen, más que un hecho histórico, un tema historiográfico en el que, a lo largo de siglos, han venido siendo presentadas y valoradas (naturalmente desde la historiografía y la conciencia popular occidentales) como uno de los episodios históricos más grandiosos: la epopeya de la Cristiandad. Y, en efecto, por la profundidad y autenticidad iniciales de su sentimiento, por la universalidad europea de su participación, por la trascendencia de sus efectos y la duración multiseular de sus consecuencias, pocos fenómenos históricos pueden equipararse ni aun compararse.

Repetimos, conforme a su presentación por la producción histórica y, consecuentemente, la «fama» occidentales de su memoria. Como la «fama» entera de la Edad Media, su exaltación alcanzó el cenit en el Romanticismo, que convirtió en leyenda los aspectos todos de su realidad y hasta la de los sueños que le inventaron sus devotos. ¿Qué mayor gloria que la de la heroicidad al servicio de lo sublime, de lo divino?

Paralelamente, desde el comienzo mismo del siglo XIX, el progreso científico de la investigación histórica, al propiciar un conocimiento y unos criterios de valoración más efectivos —positivos—, permitió ofrecer una visión más realista y equilibrada del fenómeno cruzado. Así lo hicieron las cinco series de fuentes narrativas originales (latinas, griegas, árabes, armenias y francesas) editadas entre 1841 y 1906 por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París (*Recueil des historiens des Croisades*), 16 volúmenes, a los que seguirían otros 17 de *Documents relatifs à l'Histoire des Croisades* (París, 1946-1995), precedidos entre 1880 y 1884 de dos volúmenes de *Archives de l'Orient Latin* (1881-1884) y una *Revue de l'Orient Latin* (1893 y ss.).

La moderna continuación que el tratamiento del tema ha experimentado hasta nuestros días permite constatar la existencia de diversas fases en el desarrollo de su caracteri-



ARTURO REQUEJO

zación, al hilo de la vigésima centuria. Del positivismo inicial (de cuyos frutos maduros es imposible y resulta ridículo renunciar, como pedantescamente se ha hecho durante mucho tiempo), se pasó al materialismo, no menos imprescindible (salvo en su grado «puro y duro», impregnado de escolasticismo político), para desembocar en un lago de aguas mansas —más o menos— en el que conviven sin rubor la apreciación de los valores o factores «espirituales» y religiosos (mentalidades), junto con los supervivientes y no excluidos sociales y económicos. De esta fase, a la que sin connotaciones de grupo teoréticas, geográficas ni cronológicas nos atreveríamos a llamar «Escuela», tenemos la conciencia de haber visto nacer a finales de los años cuarenta del ya pasado siglo, manejando el libro entonces reciente del profesor suizo Paul Rousset, *Les origines et les caractères de la première Croisade* (Neuchâtel, 1945).

De entonces data, en efecto, prácticamente, la preferente orientación de la producción investigadora y exegética de la historia de las cruzadas acerca de su propio concepto y de sus ele-

mentos constitutivos. Ciertamente que ya los estu-
diosos de la etapa previamente citada, acreedora de la sistematización y depuración de las fuentes prístinas del fenómeno experimentaron la necesidad de formular una noción precisa, concreta, de su identidad, para lo que sometieron a ésta a un exhaustivo análisis de sus factores presuntamente integrantes: convocatoria y patronazgo pontificios, objetivo palestino, juramento, profesión crucisignata, indulgencias, peregrinación armada, etc.; variables y alternativos según su pureza, aplicados a tantas y tan diversas empresas como lo fueron en sus diversos tiempos. Por lo que uno de sus eruditos más esclarecidos, el conde P. Riant fundador en 1875 de la Société de l'Orient Latin, pudo definir rotundamente la Cruzada como «Guerre religieuse proprement dite, provoquée par l'octroi solennel de privilèges ecclésiastiques et entreprise pour le recouvrement direct ou indirect des Lieux Saints».

En cuanto a la naturaleza del fenómeno —su carácter y esencia—, la polémica ha venido manteniéndose en torno a los conceptos de «guerra justa», «guerra santa» (o «sacralizada») y «verdadera cruzada», enunciados que entrañan sendas realidades distintas. Y profundizando más aún en la de esta última, en la comprensión de la idea, el sentimiento, la «profesión» individual y colectiva por parte de quienes los experimentaron. Indagación que practicó a su vez por las fechas antes mencionadas el profesor P. Alphandéry en los cursos de la Sorbona que dieron origen, a través de su discípulo A. Dupront, al trascendente libro en común *La Chrétienté et l'idée de Croisade* (2 vol., París, 1954-1959; reeditado, con una «mise à point» por M. Balard en 1995).

La conmemoración entre 1995 y 1999 del

IX Centenario de la primera Cruzada ha motivado «urbi et orbi» la celebración de numerosos congresos, jornadas, coloquios, mesas redondas y demás tipos de reuniones internacionales en los que ha quedado de manifiesto, en primer lugar, el permanente interés mantenido por su materia, además de la actualización a gran escala del estado de su investigación y tratamiento.

No ha quedado España atrás ni al margen en la contribución a esta vasta conmemoración. La verdad es que, fundamentalmente, gracias a la iniciativa y al esfuerzo del profesor Luis García-Guijarro y Ramos, titular de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza, afecto a la Facultad de Huesca. A él se debe la presencia y participación de la «plana mayor» de la actual historiografía «cruzada», prácticamente mundial en las Jornadas Internacionales reunidas en Madrid y Huesca los años 1995 y 1999, bajo los sugestivos títulos de *La primera Cruzada novecientos años después* y *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalén*, respectivamente. Más unas terceras celebradas en Teruel (capital y provincia) los días 19 a 25 de julio último, en las que los más caracterizados especialistas (profesores J. Riley-Smith, J. Richard, K. Elm, J. Cowdry, A. Forey, J. O'Callaghan, etc.) han contribuido a presentar, junto con otro numeroso grupo de historiadores españoles, los resultados de *Medio siglo de estudios sobre las Cruzadas y las Órdenes Militares (1951-2001)*. Es de señalar que el propio profesor García-Guijarro ha expuesto recientemente una detallada información acerca de «Las conmemoraciones intelectuales de la primera Cruzada, 1995-1999» en la revista *Medievalismo*, Bole-



En este número

Artículos de

Eloy Benito Ruano	1-2-3	Manuel Alonso Olea	8-9
Antonio García Berrio	4-5	José Antonio Melero	10-11
Luis Mateo Díez	6-7	ÍNDICE 2001	12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



De las guerras buenas

tin de la Sociedad Española de Estudios Medievales (vol. 10, 2001, pp. 174-205), en la que quedan reflejados los principales resultados de las específicas reuniones del Clermont-Ferrand, Londres, Piacenza, Düsseldorf, Toulouse, Roma, Jerusalén, etc.

Actual inquietud historiográfica

A uno de los más destacados asistentes a los cónclaves españoles y europeos reseñados, el profesor Jean Flori, director de investigaciones del CNRS francés, miembro del Centro de Estudios Superiores de Civilización Medieval de Poitiers, pertenece el libro al que, como fruto notable de esta actual inquietud historiográfica, deseamos prestar atención.

Autodeclarado con orgullo el autor discípulo del antes citado profesor Paul Rousset, ha venido a ser de hecho –aunque con plena autonomía intelectual– continuador de la obra de su referido maestro en las dos fundamen-

tales directrices objeto de su cultivo: la significación histórica de los fenómenos de la Caballería y la Cruzada, por un lado, y el objetivo y la metodología histórica de las mentalidades, por otro.⁽¹⁾

Verdadera «institución», «verdadera revolución doctrinal» comienza afirmando desde su Introducción al libro el profesor Flori, la Cruzada como movimiento constituye «una nueva Era», inaugurada por la convocatoria de Urbano II tras el Concilio de Clermont en 1095. Alma de esa nueva Era, que muy bien puede identificarse, a partir de dicha fecha –y así lo hace el autor– con la plena Edad Media occidental, su vivencia se manifiesta no sólo en las famosas ocho expediciones antonómicas, sino en la omnipresencia de su influjo caracterizador en los aspectos todos de su tiempo. Pero es sólo a la «prehistoria» (quizá fuese más exacto denominarla «protohistoria») de ese ambiente a la que el autor ha consagrado su actual trabajo. Aun cuando, por los antecedentes y por las consecuencias de aquél, bien podemos apreciar que su estudio ilustra un espacio temporal harto mayor. Desde el punto de vista teórico, moral, es dado ya encontrar los primeros en la doctrina agustiniana, al justificar ésta la guerra como el «mal necesario», preciso para oponerse al «mal absoluto» que según el obispo de Hipona significan en su tiempo el paganismo y la infidencia encarnados en las invasiones bárbaras. Principio de legitimidad que se trasvasa al imperio de Carlomagno y sus sucesores y que habrá tenido clara manifestación fáctica (al menos así se interpretó en la historia francesa) en la victoria de Carlos Martel sobre «los árabes» en Poitiers, el año 732.

Tempranas promesas de salvación a quienes mueran en defensa de Roma, sede de la Iglesia de San Pedro, frente a las nuevas invasiones de sarracenos, húngaros y normandos son acordadas ya por el papa León IV (847-855). Y es en una carta del pontífice Juan VIII datada en 878 donde, ante la amenaza musulmana por tierras meridionales de la península italiana se aplica, acaso por primera vez, la palabra indulgencia como promesa de salvación, no sólo a los defensores de la Iglesia, sino a la «res publica» y a la «Patria» equivalentes a la ciudad de Roma y a la Santa Sede.

¿Tendremos, pues, una verdadera «bula de cruzada» «avant la lettre»? se plantea el historiador francés. Quien, tras ardua matización del caso, y con el apoyo de autorizados especialistas, lo niega, invocando verdaderos ar-

gumentos de precisión que en este género de debates funcionan, no reconociendo según ellos en este caso las condiciones de «guerra santa» que pudieran justificarlo.

La superación de los más clásicos tópicos imputados a la Edad Media: los terrores del año mil, la anarquía feudal, los tiempos oscuros, la época de la barbarie y de la ignorancia..., en suma la negación inherente a la imagen de un siglo décimo «de hierro», permite al autor, con la presentación de hasta trece acuerdos comunales recaídos en sínodos, concilios, asambleas, etc., entre el elemento eclesiástico y el señorial y entre 975 y 1054, establecer en tierras francesas unos principios de «guerra justa» y «paz y tregua de Dios», éticamente controlados (en teoría) por el supremo poder espiritual y no debidos a movimiento político social alguno, como ha venido durante mucho tiempo manteniéndose.

Consecuencia del reconocimiento de esta facultad a la Iglesia y sus ministros del uso de los recursos violentos es su empleo «a lo divino», por santos guerreros o guerreros santos (y mártires) de especial devoción «nacional» o local. (Entre los cuales, por cierto, no hemos visto consignada la figura de nuestro Santiago Matamoros y sí la de un Saint-Roland, héroe de Roncesvalles.) El estudio de cuyos signos, símbolos, lugares, reliquias, «huellas» en general compone aquí un verdadero e interesante capítulo de hagiografía.

El *Vexillum Sancti Petri* y su gonzaloniero comienzan a sonar en el vocabulario de mediados del siglo XI como resonancias de las pretensiones de poder temporal y territorial mantenidas por Gregorio VII, consecuencia de la supuesta «donación constantiniana». E incluidas en su reivindicación soberana las tierras de España, el Papa ofreció al parecer instalar en ellas como vasallo al noble francés Eble de Roucy, a quien para ello encomendaría la organización de un ejército que en 1073 o 1074 debería ocupar comarcas subpirenaicas en poder de «los moros». De esta expedición se conocen los preparativos, pero de su realización no se han conservado testimonios, aunque sí, en cambio, del espontáneo vasallaje tributario rendido al Papa por el monarca aragonés Sancho Ramírez, en 1068. En los tres últimos capítulos del libro, así como en su conclusión, la materia histórica hispana es objeto de un tratamiento comparativo cuya intensidad no es frecuente encontrar en obras extranjeras afines al tema.

Hay en primer lugar una atenuación de la

radical trascendencia tradicionalmente asignada por la historiografía francesa a la ya aludida batalla de Poitiers en cuanto símbolo de la contención de la oleada islámica sobre Occidente. Reducción ya establecida, por otra parte, por el profesor E. Mercier en su definitivo trabajo aparecido en 1878 en la *Revue Historique* («La bataille de Poitiers et les vraies causes du recul de l'invasion arabe», atribuible naturalmente a los famosos «ocho siglos» de la «Reconquista» española).

Hay después de una aguzada descripción, tanto del concepto como de la imagen que llega a convertirse en caricatura de los musulmanes, tanto de Oriente como de Occidente, forjados por la Cristiandad medieval; y a quienes se imputa la apocalíptica perspectiva de la «abominación de la desolación» y se presenta como castigo de la maldad cristiana, desviación además de la propia creencia verdadera. Se exalta, por el contrario, la resistencia heroica hasta el sacrificio de «los mártires de Córdoba» (851-859), materia de cuyo reciente tratamiento internacional el profesor Flori da muestra de un perfecto conocimiento. Y es que –repetimos– de una actualísima revaloración histórica e historiográfica vienen siendo objeto ciertas viejas categorías de la medievalística hispana que por algunas promociones nacionales (y en menor grado, extranjeras) han imperado con prurito «desmitificador».

Entre ellas, el concepto «Reconquista» ha venido siendo considerado retrógrado a lo largo de décadas recientes y, por consiguiente, proscrito de nuestro medievalismo, sobre todo del de cierto matiz político; mientras que, conservada y ulteriormente reavivada su vigencia por el medievalismo general, pervive como eficaz instrumento sistematizador del conocimiento e interpretación de la Edad Media española y de su propia realidad. El doble contenido, religioso y político, de esta clase de «instrumenta» permite formular la elocución «guerra santa». Y a partir de aquí, precisamente desde este enclave de historia española, comienza el libro a desentrañar y disociar las diversas fibras integrantes de los conceptos «guerra justa», «jihad», «guerra santa» y «cruzada». Concretamente, desde la toma de la ciudad de Barbastro (Huesca) en 1064 por una hueste cristiana de composición aragonesa y ultrapirenaica, obediente a la convocatoria del papa Ale-

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«De las guerras buenas», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>La guerre sainte. La formation de l'idée de croisade dans l'Occident chrétien</i> , de Jean Flori	1-2-3
«Grandeza y servidumbres del ensayo», por Antonio García Berrio, sobre <i>Pasión intacta y Nostalgia del Absoluto</i> , de George Steiner	4-5
«La ascética del sentimiento», por Luis Mateo Díez, sobre <i>La herencia de Eszter</i> , de Sándor Márai	6-7
«De la Revolución Industrial, una vez más», por Manuel Alonso Olea, sobre <i>Understanding the Industrial Revolution</i> , de Charles More	8-9
«Nuestros últimos cien mil años», por José Antonio Melero, sobre <i>Genes, Peoples and Languages</i> , de Luigi Luca Cavalli-Sforza	10-11

ÍNDICE 2001

12

Viene de la página anterior



jandro II. Pero, circunscribiéndonos a los aspectos puramente discursivos y no episódicos de los conceptos antes enumerados, la tesis mantenida y desarrollada por J. Flori no es que la «guerra santa» derive de la «guerra justa», evolucionando después en «cruzada», según se ha atribuido a San Agustín. «Ce serait plutôt l'inverse», mantiene nuestro autor. Entre otras razones porque el obispo de Hipona —dice— jamás elaboró una noción de «guerra justa», pese a que admitió la validez de la guerra como el mal menor, siempre que dimane directamente del servicio de Dios y, eso sí, sea ejercida humanamente por la Iglesia, y sólo en nombre de ésta, por el poder temporal.

Atribuciones de la consagración como «guerra santa» a concretas iniciativas bélicas son expuestas a partir de «la "reconquista"» (sic en el original) espagnole qui est probablement le meilleur exemple avant l'appel d'Urbain II en 1095. Sin ignorar que muchos de los acontecimientos de este género posteriores a su temprana «prehistoria» (es decir, a partir del siglo X) persiguieron objetivos claramente temporales o materiales. Aunque invocando la sacralidad de sus intenciones. Y a este respecto es citado el trabajo «Reconquista y Cruzada» del profesor José Luis Martín, publicado en las *Actas del Concilio di Piacenza e le Societe* (Piacenza, 1996, págs. 247-271).

Otra pequeña, pero jugosa monografía constituyen las páginas 278 a 284 del libro en examen, dedicadas a la famosa y efímera conquista cristiana de Barbastro en 1064, campaña tenida casi popularmente por «una cruzada antes de las Cruzadas»; y episodio que, al admitirse al menos como de probable promoción por Alejandro II, cabe considerar como un espécimen de «guerra santa» o sacralizada. Es también especialmente interesante para el medievalista español la impregnación ideológica que el autor presenta de la mente del «inventor» de las Cruzadas, Urbano II, en el ambiente de las conquistas de Toledo (1085) y Tarragona (1089). Ciudad ésta para cuya toma el Papa había conmutado a los participantes los beneficios espirituales de los peregrinos (penitentes o piadosos) a Jerusalén. «C'est donc bien —concluye aquél— assimiler la "reconquista" à la croisade dans le cadre général d'une seule et même reconquête chrétienne... Il s'agit donc bien, semble-t-il, d'un "vœu de croisade" que le pape commu, osons le dire, en "vœu de reconquista"». Añadiendo: «Quoi qu'il en soit, le but visé par Urbain II est à l'évidence de faire renoncer les Espagnols à leur vœu de croisade en Orient et de le commuer en combat méritoire contre les Sarrasins en Espagne... L'assimilation des deux luttes armées sur le plan des mérites est pleinement réalisée dans la pensée du pape». Práctica que, por otra parte, los Pontífices habían ejercido antes (Alejandro II, Gregorio VII) y continuarían haciéndolo después de Urbano II en todos los procesos de «guerra santa» y «reconquista» occidentales: Francia (Provenza), Italia del Sur, Sicilia e incluso en el norte de África.

El paso de la «guerra santa» a la cruzada «stricto sensu» se consumará cuando a las características hasta aquí anotadas de la primera se agregue otro esencial objetivo: «¡Jerusalén!». Y en su seno, el Santo Sepulcro. En efecto, destruido éste por los turcos en el año 1009, se ha planteado la duda de una propuesta de rescate y restauración, ya al año siguiente, por el entonces Pontífice Sergio IV (1009-1012), para la que éste habría tratado de conseguir la cooperación y esfuerzo de los reinos de la Cristiandad. Lo que sí pretendió realizar Gregorio VII para contener la oleada seldjúcida, luego de su victoria frente al Imperio bizantino en Mantzikert (1071), pero presentando el proyecto como un «servitium Sancti Petri» a realizar por todos los pueblos cristianos bajo su mando y gobierno. Lo que no dejó de traslucir las ambiciones de poder temporal férreamente mantenidas por el papa. Es decir, una



ARTURO REQUEJO

«guerra santa»... pero al servicio de la conocida ideología política gregoriana. Lo que Urbano II proclama el 27 de diciembre de 1095 en Clermont, asumiendo la defensa de Constantinopla, solicitada por su Emperador Alejo I Comneno, es otra cosa: «La "guerre sainte" par excellence [desde luego]; mais aussi un phénomène nouveau et unique pour lequel il faudra créer un néologisme»: La Cruzada.

Incorporado ya al anterior concepto el citado nuevo factor «Jerusalén», se plantea en el análisis historiográfico de los elementos del resultante el papel del factor «iter». No simple desplazamiento o viaje, sino propiamente peregrinación. Y peregrinación no sólo penitencial o piadosa, sino armada: Guerra santa en peregrinación para liberar —reconquistar— territorios cristianos: inicialmente en este caso, del Imperio de Oriente; pero especialmente, los Santos Lugares.

Este último punto, el de Jerusalén y el Santo Sepulcro, es el que pone la almendra en el factor entusiasmo, ardor —¿histórico, fanático?— despertado en las masas anónimas por un «tribuno popular, inspirado» (o iluminado): Pedro el Ermitaño, personaje clave en la mentalidad cruzada a quien el autor ha consagrado todo otro volumen (*Pierre l'Ermitte et la première croisade*, París, 1999). De la sacralidad de la empresa no cabe dudar en estos participantes y devotos porque hasta santos del cielo y camaradas muertos en la lucha (= mártires), algunos cabalgando en blancos caballos (nuestro Santiago mencionado, como hemos dicho, no entre los primeros), vuelven a la lucha para conducir a la victoria a los cruzados. «Estas cosas deben ser creídas porque muchos de entre nosotros las vieron», afirman por partida doble el autor de la *Crónica anónima* de la primera cruzada y el cronista autodeclarado testigo de estas grandezas Pierre Tudebode. Una tregua o «paz de Dios» es el bien que además impone la cruzada entre los feudales, suspendiendo o aplazando sus contiendas, canalizando sus bríos hacia la guerra santa y transformando a los simples caballeros (y a nobles y soberanos) en verdaderos «milites Christi».

La conclusión de la obra comporta dos co- tejos definitivos y definitorios: el de «Cruzada y guerra santa» y el de «"Jihad" y Cruzada». A la incorporación del expresado rasgo de «Jerusalén» al concepto de «guerra santa» para transformar a ésta en Cruzada se agregan ahora otros varios factores que intensifican su diferenciación. El principal de ellos es el componente escatológico y profético, deducible del Antiguo Testamento y del Evangelio que asegura la salvación última de la Cristiandad, pe-

se a sus ocasionales fracasos frente al Islam. Respecto a la confrontación «"Jihad" y Cruzada», es evidente que, aun existiendo en ambas formulaciones y en sus respectivos campos, rasgos comunes, existen también entre ellas notables diferencias. La primera es la de que el «jihad» tiene por finalidad la expansión e imposición de la creencia islámica, es decir, la conquista, no la recuperación o «reconquista» de un espacio ilícitamente sustraído a sus legítimos dueños. La segunda, que el propio islamismo, al proceder de un tronco común con las creencias judía y cristiana, se permite ejercer sobre ambas una especial tolerancia («le mot est impropre, mais on n'en a pas d'autre»), mientras que por parte de los cristianos la desviación mahometana es equivalente de paganismo y, consecuentemente, merecedora de total rechazo. Por último, el «jihad» es un principio fundamental básico de la doctrina musulmana, en tanto que la guerra santa es sólo un recurso defensivo, perfeccionado en «Cruzada» cuando la agresión enemiga se ha agravado, como hemos dicho, con la destrucción de su hogar sagrado por excelencia.

En conclusión, el autor propone la necesidad de un reexamen de la definición misma de «Cruzada»: «Más que sobre el voto, el signo de la cruz, la corona del martirio, la remisión de los pecados, incluso la indulgencia; elementos todos que se encuentran ya o que se encontrarán en las guerras santificadas contra paganos, heréticos o tenidos por tales, es sobre su fin [su objetivo] donde es preciso apoyarse para definirla.» (...) «En consecuencia —termina—, yo propongo esta definición simple y estimo que suficiente: la cruzada es una guerra santa que tiene por objeto la liberación de Jerusalén.» Todavía a pie de página es incorporada una nota señalando que esta definición es válida independientemente de los caminos elegidos por

sus protagonistas para dirigirse a su único y deseado término: caso preciso de las expediciones cruzadas de San Luis. En cambio, quedan exentas de ser consideradas como tales, aunque sean así denominadas, incluso por los propios pontífices convocantes, operaciones guerreras tales como las dirigidas contra los paganos de la Europa oriental, contra cristianos albigenses y demás heréticos, etc.

En su penúltimo párrafo aquí traducido, el profesor Flori ha consignado prácticamente todos los signos sensibles, preceptivos, espirituales, que los historiadores de los siglos XIX y XX han venido examinando en su análisis de componentes precisos para poder declarar propiamente «cruzada» a toda empresa bélico-religiosa que como tal pretendiese ser reconocida o lo hubiera sido de hecho. Desde el conde P. Riant en 1880 hasta el propio maestro de nuestro autor, el profesor Paul Rousset en 1983, las definiciones destiladas de sus arduas argumentaciones vienen a ser prácticamente idénticas. Lo que, en lugar de suponer un vacío, reiterado resultado, o un irresponsable plagio, acredita la validez unánime de las respectivas investigaciones. Con todo, reconociendo y admirándonos desde luego a la precisión definitoria de la figura, hemos de declarar que, conforme a la más exigente apreciación axiológica de todas las acciones denominadas históricamente «cruzadas» de entre 1095 y 1270, la única empresa «químicamente pura» acreedora al título, sería la primera. Y ésta, descontándole la orgía de sangre con que la hueste de los caballeros mancilló en el templo de Jerusalén la jornada, por lo demás gloriosa, del 15 de julio de 1099. E incluso, restando a la elementalidad y erróneo fervor de su fracción popular (la de Pedro el Ermitaño) las masacres judías de Colonia, Mainz, etc., de 1096.

(No quisiera dejar de consignar como un espléndido y práctico instrumento la valiosa bibliografía con que se cierra el volumen. Se trata de una exhaustiva actualización de la producción sobre la historia de la idea, el concepto, la mentalidad, etc., de la Cruzada; facetas todas preferidas por los actuales especialistas. Y digno complemento de las sucesivas sistematizaciones heurísticas de Atiya, Mayor, Runciman...)

Post scriptum.— La presente reseña fue ultimada el 16 de agosto del presente año. Algunos de sus lectores —todos, naturalmente, posteriores al 11 de septiembre último— pueden echar de menos una mayor alusión al fenómeno «jihad», en cuanto paralelo al objeto del libro reseñado (la Cruzada). Más de doce títulos sobre aquél, casi todos recientes, han sido, sin embargo, invocados por el autor del mismo, para quien, por supuesto, no era esencial su específico tratamiento. Lo que sí puede mantenerse es que el principio de «la guerra santa» islámica (no «islamista») no impone el degüello «a lo argelino», incluso de mahometanos de ajena ortodoxia o estirpe, ni la abstracción «a lo talibán» de todo derecho a la mitad femenina del género humano.

⁽¹⁾ Una excelente y emotiva presentación de la persona y la obra de su proclamado maestro ha ofrecido el profesor Jean Flori en el ya citado boletín *Medievalismo*, núm. 9, 1999, pp. 179-190: «Paul Rousset, historien de la Croisade et pionnier de l'Histoire des Mentalités».

RESUMEN

La generalidad de las empresas que se pretenden nobles —bélicas y no bélicas— suelen invocar su condición de Cruzadas. En la obra reseñada por Eloy Benito Ruano se estudian las diversas denominaciones con que en la Alta Edad Media se diferenciaron las guerras autojustificadas como Cruzadas, unas con

ideales y otras con pretextos religiosos. Las Cruzadas constituyen, más que un hecho histórico, un tópico historiográfico en el que han venido siendo presentadas y valoradas, desde la conciencia popular occidental, como uno de los episodios históricos más grandiosos: la epopeya de la Cristiandad.

Jean Flori

La guerre sainte. La formation de l'idée de croisade dans l'Occident chrétien.

Aubier, París, 2001. 406 páginas. 150 Ff. ISBN: 2-7007-2318-X

Grandeza y servidumbres del ensayo

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 desempeñó la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en prestigiosas universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Teoría de la literatura: la construcción del significado poético y Forma exterior: la creación poética de Claudio Rodríguez.

Sobre todo desde sus *Presencias reales*, de 1988, el ensayista George Steiner no ha dejado de ver acrecentado el entusiasmo de sus lectores y panegiristas españoles. Sobre fundamentos no muy distintos a los de su tan celebrado desencadenamiento antideconstructivo —remitimos a nuestra reseña en *SABER/Leer* sobre *Presencias reales*, nº 60, diciembre 1992—, el gusto de sus fieles admiradores hispanos podría haberse confortado, mucho antes, también con los tempranos atrevimientos críticos de *Tolstoi y Dostoievski*, de 1959, o con sus zaratústricos análisis culturalistas en *La muerte de la tragedia* de 1961, como con sus premonitorios *Lenguaje y silencio*, del 67, y *Después de Babel*, del 75. Publicados recientemente por Siruela, *Errata* (1997), la voluminosa recolección de ensayos de *Pasión intacta* (1996) y el compendio apocalíptico *Nostalgia del Absoluto* (2001), la boyante nominación española de George Steiner se ha visto apuntalada definitivamente con uno de los más resonantes premios del Estado. Asumiendo las razonables reglas de actualidad que establecen las normas de esta publicación, he de concentrarme ahora en la última de las obras divulgadas editorialmente en nuestro país, *Nostalgia del Absoluto*; pero lo haré bajo un perfil de análisis —el ensayo literario y sus ambivalentes reglas de género— que me permitirá emplazarme en ocasiones dentro de la urdimbre literaria de la obra general de Steiner, en especial sus ensayos de entre 1978 y 1995 coleccionados en *Pasión intacta*, o sobre la oportunidad actual de sus antipostmodernas *Presencias reales*, seguramente la que habrá de quedar por algún tiempo todavía como la aportación de referencia para Steiner.

La pasión de la influencia

El último en publicarse entre nosotros de los libros de Steiner se originó, en realidad, antes que el más antiguo de los ensayos acogidos a *Pasión intacta*, «El lector indiferente», que ostenta la fecha de 1978. Los cinco capítulos que forman *Nostalgia del Absoluto* se dieron a conocer en 1974 como otras tantas charlas radiofónicas («Massey Lectures») de la CBC canadiense. Es decir —primera regla del ensayo contemporáneo—, un ejercicio intelectual brillante pero «re-conocible», que se gestó bajo condicionamientos e intereses de divulgación mayoritaria mediática. Pero ¿hemos de conjeturar que sufriría mucho con el obligado nivel divulgativo de estas «lecturas» la exigente pasión de profundidad y de exactitud científica del brillante intelectual que algunos entre nosotros llegan a celebrar incluso como el más alto crítico literario actual? Sinceramente creo que muy poco dada la vocación estricta del ensayista cultural de raza que es Steiner. Vocación y destino han ido forjando, como se sabe, la «exquisitez» de su «vasta» —según se decía hasta hace poco— cultura, al servicio de su cadena de ingeniosos diagnósticos polémicos antipostmodernos, instintivamente conservadores y, sobre todo, sólidamente parapetados en la razón social políticamente correcta del holocausto. (Son decenas las invocaciones al resolutivo lexema, que tapizan



JUSTO BARBOZA

el texto de *Nostalgia del Absoluto*.) Todo indica, al respecto, que parecen acertar las avizoradoras actitudes que, en el siglo pasado y en lo poco que va del actual, han cambiado el siempre intempestivo horario de la Complutense (hablo sobre todo de don José Ortega, claro está, el mejor de los de por aquí; pero también columbro la Bolonia de Eco, la Yale de Harold Bloom o la Cambridge de George Steiner) por las perfumadas «matinées» del cine Barceló. Y no estoy tan seguro de si una ardua y silenciosa cátedra de Filosofía, con sus encarnizados seminarios polémicos, en Heidelberg o en Marburgo no hubiera sido (sigo considerando la vivaz inteligencia de nuestro mayor pensador moderno) un negocio ruinoso para el celebrado transcurso «circunstancial» de Ortega y Gasset.

Quiero decir —y no sólo sobre la opción ensayista de Steiner— que hay una estricta frontera (quizás sólo optativa y estilística en lo causal pero nada menos que consecutivamente estilística) entre la alacre popularidad comunicativa del género ensayo y la argumentación, a la fuerza trabajosa y exhaustiva, de las tesis que aspiran (o se resignen, vaya usted a saber) a la verdad científica. Pero ese rasgo diferencial convenido ya casi como obvio —de ahí que no lo queramos elevar en este escrito a epígrafe como segunda nota genérica del ensayo contemporáneo que practica Steiner— decide lo más atractivo, sin duda, en el discurso de *Nostalgia de lo Absoluto*, al tiempo que implica por sí mismo una de sus inevitables servidumbres. El nivel de «grandeur» respira en esta obra a través de un rapidísimo desfile apocalíptico de los más resonantes temas de actualidad: la muerte de Dios, las creencias sustitutivas del marxismo al psicoanálisis o del nuevo espiritualismo milagrero de gurús y de ovnis, la temprana profecía, hace ya un cuarto de siglo, sobre el ahora recién fundado «realismo metafísico», etc...

Las servidumbres le advienen a la argu-

mentación ensayística de Steiner como reverso de esa misma acumulación de monumentales piezas temáticas. Así, la necesidad de afrontar un diagnóstico «grandiosamente» comprensivo sobre lo real histórico, como retorno de un ansia nostálgica de Absoluto, le emplaza a Steiner ante la exigencia de medirse con unas profundidades técnicas especializadas ante las que casi siempre se ve obligado a declarar, honradamente, su incompetencia: «No tengo ni interés ni competencia para ofrecer observaciones técnicas, por ejemplo, sobre la teoría marxista de la plusvalía, sobre las consideraciones freudianas de la libido o el ello, sobre la intrincada logística del parentesco y la estructura lingüística en la antropología de Lévi-Strauss. Todo lo que pretendo hacer es llamar la atención sobre ciertas características y gestos, importantes y recurrentes, de todas estas teorías «científicas». Quiero sugerir que estas características reflejan directamente las condiciones establecidas por la decadencia de la religión y por una nostalgia del Absoluto profundamente arraigada» (páginas 21-22).

Ingeniárselas con los «gestos»

Ese atreverse sólo con la epidermis de los «gestos» culturales y sin la capacidad —ni las intenciones— de profundizar en la entraña 'científica' de la musculatura y la trama nerviosa corporal que los genera (sorprende verdaderamente la frecuencia de declaraciones como la precedente. Ver págs. 38 y 49 sobre Freud; 61, 71-72 sobre Lévi-Strauss; 82 y ss. sobre todos, etc...) condena las conclusiones del discurso ensayístico, tal como lo practica la brillantez de Steiner, a la existencia bajo sospecha de sus argumentos; por lo mismo que le propician la «popularidad» unas escasamente más que sorprendentes tesis de partida y la con-

dición previsible de sus conclusiones. Respecto a las primeras, el texto antes transcrito nos asomaba al pórtico del síntoma generalizado de una nostalgia religiosa, en la que se cruzan y se identifican necesidades propias del autor con supuestos vacíos colectivos. Véase la continuación de aquellas confesiones, levemente splenglerianas, de Steiner: «Esa nostalgia, tan profunda, yo creo, en la mayor parte de nosotros, fue directamente provocada por la decadencia del hombre y la sociedad occidental, por la decadencia de la antigua y magnífica arquitectura de la certeza religiosa. Como nunca anteriormente, hoy, en este momento del siglo XX, tenemos hambre de mitos, de explicaciones totales, y anhelamos profundamente una profecía con garantías» (pág. 22). Procediendo por partes: ni es balance garantizado de pérdidas y decadencia la liberación social y política del dominio teocrático en Occidente; ni se puede dar como seguro que la Atenas de hoy, pongo por caso, consume más de mitos que la de Platón y Pericles. No, no..., pero después de todo —grandezas del género del ensayo— la desventura en la acelerada sucesión de argumentos fácilmente identificables fascina (i.e.: nos aturde y atrae desde la ágil prestidigitación de sus escamoteos) con el generalismo de sus informaciones a un amplísimo grupo social de lectores «cultivados». El nuevo tipo masivo de receptores propende a dar por óptimas estas «artes de ingenio», con tal de que, como los ensayos de Steiner, les aseguren, desde la familiaridad de los contenidos, el regocijo narcisista de «re-conocer» elegantemente desplegados —eso sí— sus propios «eidola».

Aludía antes a cómo algunas de las más influyentes lecturas españolas de estos días, han llegado a proclamar a Steiner el mejor crítico literario del momento —o del siglo, que tanto da más o menos, puestos a redondear—. Como profesional del ramo no puedo concordar, y no sólo porque todavía siguen estando en la nómina de hoy Maurice Blanchot y Harold Bloom, o porque son de ayer mismo Frye, Bajtin y Lukács (esto para citarlos de todas las tendencias y sólo de países extranjeros, que si no habría que añadir, por lo menos, de los nuestros a don Dámaso Alonso). Con esto no trato de rebajar de anfiteatro al siempre brillante Steiner, sino de ubicarlo en el suyo propio. Algunos de los mejores ensayos de *Pasión intacta*, como el de la «lectura contra Shakespeare», o aquel donde cuestiona su entendimiento del comparatismo, versan efectivamente sobre literatura. Y sobre el deber ser de la crítica literaria comprometida por el «looping» relativista y el nihilismo postmoderno se ocupaba Steiner en efecto, en sus archicelebradas *Presencias reales*. Y sin embargo ningún lector versado en los procedimientos analíticos de la crítica, ni sobre el orden habitual de la evolución estética en literatura, identificará las frecuentes apelaciones de Steiner a los nombres «estelares» de la gran literatura con el metódico ejercicio analítico, hermeneúutico y axiológico reconocible como específico en la crítica literaria. Steiner «invoca» los grandes nombres literarios con frecuencia —no por cierto en *Nostalgia del Absoluto*— al ser la literatura uno de los expositores más visibles en el gran mercado cultural. Pero ni más ni menos que los grandes nombres de la filosofía, los de la pintura y la música, o los protagonistas de la historia general. Lo que hace del suyo, absolutamente, un ensayo de signo y objeto cultural y generalista, sucesor con todos sus límites de razón y sus fascinaciones imaginativas de la gran tradición especulativa de la «Geistesgeschichte». Dentro de ella no le faltan al Steiner de *Nostalgia del Absoluto* precedentes apocalípticos, como aquel otrora famosísimo Oswald Spengler, incorporado (y prologado no sin sus habituales re-peros) por Or-



Viene de la página anterior



tega y Gasset a su colección de textos fundamentales para el pensamiento secular del XX.

En la tradición aristocrática de la «Geistesgeschichte», que por momentos se acercó en la Filosofía de la Historia y a la que se vincula ahora con ventajas innegables de origen y una inteligente economía de capacidades el «hecho» cultural de Steiner, la grandilocuente Historia de la Cultura y la tozuda «pignolería» de la Filología han reñido trifulcas constitutivas desde Vico y Hegel al petulante Spengler, recién mencionado, hasta el oportunísimo George Steiner, cuya consideración nos corresponde ahora aquí por el turno de oficio. Al menos el siglo XX se nos ha escapado a todos, sobre todo pensando en su segunda mitad predominantemente pragmática, sin la esforzada «síntesis» necesaria entre la historia literaria y la teoría poética unificada que precipita el conjunto de diseños preceptivos del Moderno. Lo más aproximado que aportaron los años finales del siglo XX a la culminante ambición de la tal síntesis, ha sido el polémico *El canon occidental* de Harold Bloom. Y en efecto la interesante, por más que parcialísima, síntesis del memorioso Bloom pecó de prisas con la filología, tanto como tenía ya ganado de principio en gracia a la originalidad y al impulsado apasionamiento eufórico (casi shakespeariano) de su autor. Steiner tal vez justificaría esas prisas, en Bloom como en sí mismo, alegando que el clima (y las ventajas tecnológicas y sociales) de los tiempos no están ya para parsimonias filológicas. Lo que parece desde luego corroborado por el inventario de bancarrotas es la empresa de unas nuevas «nupcias» (y que perdonen los tan lejanos Capella y Pico y más el alarmantemente aún próximo Leibnitz) entre Poética y Filología para constituir la pendiente Poética histórica de cuño diferencialmente moderno. Síntesis que demanda no sólo acarreo ingentes de un saber inevitablemente personalizado, cuanto también altas dosis de una imaginación aclimatada a la temperatura fantástica del Moderno. En el fondo, pudiera haber sido, incluso, el atajo que asaltó a su manera el aventurado ingenio de Umberto Eco partiendo con *El nombre de la rosa*.

Actualidad y vislumbre

No dispongo de datos para afirmar –más bien al contrario– que obedezca a cavilosa planificación editorial la secuencia cronológica de las traducciones españolas de Steiner, que hace aparecer esta *Nostalgia del Absoluto* (2001) después de *Presencias reales* (1989) y de *Pasión intacta* (1996); habiendo sido escritos los dos últimos libros mencionados mucho antes que *Nostalgia*... Sin embargo la cadencia editorial que presenta precisamente ahora *Nostalgia del Absoluto* no deja de tener su congruencia (en lo que no cabe descartar la oportuna recomendación del propio autor a la editorial madrileña que acoge, ya con éste, su tercer libro en cinco años). En efecto, las tesis generales de *Nostalgia del Absoluto* facilitan una más cabal comprensión del popular ideario antideconstructivo de *Presencias reales*. Pero sólo se podía divulgar cómodamente el conservadurismo que descubre *Nostalgia*, una vez colmada la atenuación intelectual (y el desarraigo en la moda) del nihilismo aporético postmoderno, a cuyo desgaste acudieron muy aguerridamente las exquisitas ironías de aquellas *Presencias* de Steiner en 1984, como, poco después, las sangrientas bromas «ad hominem derrideanum» de *Los límites de la interpretación* de Eco, en 1991. (De mi parte añadiría –«s'il vous plaît»– modestamente las más de setecientas páginas con razones de mi *Teoría de la Literatura*, cuya primera edición española aparecía también, como *Presencias reales*, a principios del 89.) Porque lo más cons-



JUSTO BARBOZA

tante que sostiene *Nostalgia del Absoluto* es el dañino Moloch de la descreencia moderna, fundando el vacío memorial mitificado como nostalgia en la mala conciencia del Occidente cristiano: «Es una obviedad decir [otra más avasada por Steiner] que la cultura occidental está sufriendo una dramática crisis de confianza. Las dos guerras mundiales, la vuelta a la barbarie política de la que el holocausto fue sólo el ejemplo más bestial..., todo esto ha provocado un ataque de nervios generalizado. Ya minada por el racionalismo y el punto de vista científico tecnológico, la religión organizada, y el cristianismo en particular, se demostró impotente, y realmente corrupto [el diagnóstico resulta como poco extremoso “para gentiles”], frente a la masacre de la Primera Guerra Mundial, y frente a los terrores totalitarios y genocidas después. Es algo que no se dice con frecuencia [quosque tandem...] de forma suficientemente clara. Quienes se dieron cuenta de que la misma Iglesia [sic, en singular y con mayúscula] bendecía al asesino y a la víctima, de que las iglesias [sic] se negaban a hablar con claridad y desplegaban, bajo el peor terror que jamás azotó al hombre civilizado, una política de culpable silencio, quienes conocen estas cosas, no se sorprenden de la bancarrota de cualquier postura teológica a partir de ese momento» (págs.103-104).

Constituida la problemática «obviedad» (sic) anterior en la tesis principal del ensayo *Nostalgia del Absoluto*, el contenido y desarrollo de la misma se acomoda (¿inconfortablemente?) en una dinámica entre judíos en conflicto con su propia tradición de raza: los tres personajes protagonistas de las «creencias sustitutivas» inventariadas en *Nostalgia*..., Marx, Freud y Lévi-Strauss: «Sería necesaria una gran fineza discriminatoria y una competencia mayor que la mía para evaluar de manera contrastada y en profundidad el judaísmo de Marx, de Freud y de Lévi-Strauss. De manera notoria, Marx se volvió en contra de su propio pasado étnico-espiritual. Llegó a elaborar un texto virulento sobre la cuestión judía, identificando el judaísmo con los vicios del capitalismo y pidiendo, bastante literalmente, una solución final en términos de una asimilación completa. [...] Profundamente judío en su temperamento,

judío en su forma de sentir y en su vida privada, [Freud] se esforzó en dar al movimiento psicoanalítico una amplia base étnica, una respetabilidad en el mundo gentil. [...] En Lévi-Strauss está el sentimiento obsesivo de la retribución, del fracaso del hombre a la hora de observar sus responsabilidades contractuales con la creación. Nunca tuvimos en los tiempos modernos una lectura más poderosa, más explícita, de la ruptura de la alianza del hombre con el misterio de la creación, y de su propio ser provisionalmente asumido en un mundo que debía guardar y conservar, en un jardín que debía cultivar y no destruir» (págs. 82-85).

En relación a ellos la gentilidad cristianizada comparece en la historia de Steiner como mero sujeto pasivo de la mala conciencia que ha producido en ella el anhelo moderno de Absoluto. Una inquietud radical que continuaría sobreviviendo contemporáneamente, una vez consumada la insuficiencia y el fracaso, según Steiner, de aquellas tres propuestas ensayadas –marxismo, psicoanálisis y antropología (o «entropología», ciencia del desorden anticológico en el conocido equívoco de Lévi-Strauss)–. «Así, sobre los dos primeros: Como el marxismo ortodoxo, el psicoanálisis freudiano clásico está ya retrocediendo en la historia. Ningún analista encuentra hoy en sus pacientes algo como lo descrito en

los casos de Freud... Freud trataba de desterrar las sombras arcaicas del irracionalismo, de la fe en lo sobrenatural. Su promesa, como la de Marx era una promesa de luz. No se ha cumplido. Al contrario» (págs.57-58). En cuanto a la tercera, según Lévi-Strauss: «La antropología culminará en la ciencia de la entropía, la ciencia de la extinción. Este rasgo de humor negro –concluye Steiner– lleva a la imagen culminante de la Tierra, sin la humanidad, purificada de la basura de la codicia y la autodestrucción humanas, girando fría y ausente en un espacio vacío» (pág.78). Un retablo, en fin, apocalíptico de la gentilidad culpable, irredenta pese a los esfuerzos de creencia sustitutiva de los tres grandes judíos históricos en rebelión... más Steiner.

Narraciones «políticamente correctas»

La sedación de las conciencias parece ser la norma emanada a partir de la belicosa «pax americana». Y los ensayos de George Steiner muestran la inteligente flexibilidad para sumarse al nuevo orden general sin aporías; o incluso para haberlo previsto precursoramente, tal y como parece creer la mayoría de sus incondicionales admiradores españoles (muchísimos) y extranjeros (no se conocen tantos). Con la aparición tardía de *Nostalgia del Absoluto* tenemos ocasión de desvelar, por fin, la arqueología profunda del orden argumentativo de un Steiner mucho más militante en *Presencias reales* contra el relativismo y la tradición nihilista europea, siempre sospechosa (el incómodo Heidegger tras un desarraigado Derrida y el periférico Vattimo), que estarían en un tris de trasplantar a las «reservas» de Estados Unidos otros emigrantes tan inasumibles como el desenmascarado colaboracionista Paul de Man. Junto a la tranquilizadora conclusión: «La verdad, creo, tiene futuro» (pág. 132), Steiner no deja de presentar en *Nostalgia del Absoluto* las credenciales de «corrección política» que aseguran al presente a cualquiera una recepción garantizadamente confortable; si se quiere, dos síntomas no más sobre ello (homogéneos en su diversidad aparente): la movilización continua del holocausto y la dúctil «autoridad» de Bertrand Russell (págs. 100, 113, 121). En suma, para la tarea contemporánea, que compartimos, de restaurar la normalidad tradicional de una científicidad universalista (que por lo demás no han dejado de sustentar nunca durante el siglo XX en muchos campos humanísticos, aportaciones tan decisivas como la lingüística universal de Chomsky, la sociología política de Leo Strauss, las convicciones estéticas de Gombrich etc...), el gusto bien gestionado editorialmente de un buen número de españoles parece haber escogido los ensayos generalistas de George Steiner como la compañía más amena y compartible. Seducción exquisita quiere jugar a la sinonimia, en esto, con persuasión solvente. □

RESUMEN

Aunque García Berrio no participe del entusiasmo que muchos lectores españoles sienten por George Steiner al considerarlo como el mejor crítico literario del momento y escogiendo sus ensayos generalistas como la compañía más amena y compartible, no por ello desdeña las reflexiones de este pensador contemporáneo,

como hace en este comentario en que analiza dos de sus ensayos, recientemente traducidos, *Pasión intacta* y *Nostalgia del Absoluto*, cuyas tesis generales facilitan, señala, una más cabal comprensión del popular ideario antideconstructivo de *Presencias reales*, un ensayo que en su momento ya comentó en esta revista.

George Steiner

Pasión intacta

Siruela, Madrid, 2001. 505 páginas. 4.200 pesetas. ISBN: 84-7844-366-5

Nostalgia del Absoluto

Siruela, Madrid, 2001. 133 páginas. 1300 pesetas. ISBN: 84-7844-541-2

La ascética del sentimiento

Por Luis Mateo Díez

Luis Mateo Díez (Villablino, León, 1942) es novelista. Autor de una extensa obra narrativa, por su última novela, *La ruina del cielo*, obtuvo el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Narrativa. En 2000 fue elegido miembro de la Real Academia Española.

La herencia de Eszter es la segunda novela que aparece en castellano del escritor húngaro Sándor Márai tras la espléndida acogida que tuvo la publicación hace dos años de *El último encuentro*. Escrita esta última en 1942 y aquella en 1939, ambas se desarrollan en los rescoldos de lo que fue el Imperio Austro-húngaro, ese universo tan propicio para las pasiones terminales y la sensibilidad elegíaca cuya fascinación literaria supieron captar con maestría autores como Stefan Zweig o Joseph Roth. A ese linaje, precisamente, pertenece Márai, a pesar de que su reconocimiento haya sido más tardío, y a pesar de lo mucho que difiere su arte narrativo del de estos dos escritores. Cierta comparación entre *La herencia de Eszter* y *La piedad peligrosa*, la inolvidable novela de Zweig, ambas aparecidas en 1939, me servirá más adelante para subrayar algunas peculiaridades del estilo de Márai.

Nacido en 1900, Márai, al igual que algunos de sus personajes y como tantos otros escritores de su tiempo, vivió durante toda su vida la experiencia del desarraigo. En 1948, emigró definitivamente a Estados Unidos huyendo del comunismo recién implantado en Hungría, pero ya en los años 20 hubo de exiliarse voluntariamente a Alemania y Francia durante el régimen dictatorial de Horthy. En 1989 se suicidó en San Diego, California.

Independientemente de estos datos, la minuciosidad de la construcción narrativa y de la prosa de *La herencia de Eszter* y *El último encuentro*, así como el inquietante discurrir de las dos fábulas, muestran a las claras que Márai había alcanzado su madurez como novelista antes de su exilio definitivo a Norteamérica.

De forma significativa, el mundo narrativo de Márai que se vislumbra en estas dos obras aparece ante el lector como profundamente reducido y cerrado. Ambos relatos transcurren en un único escenario, en el que deambulan seres que han quedado apresados en ciertos pasajes de su memoria y de su fantasía. Además, los paralelismos entre una y otra historia son elocuentes tanto en la atmósfera que rodea a los personajes, como en la actitud que define a éstos. Y es que el universo de Márai se compone de partidas atrabiliarias y regresos solemnes, de individuos que se difuminan en la lejanía y de otros que los esperan con obstinación, de la capacidad de quien aguarda para someter su propia existencia a una idea obsesiva y manifiestamente estéril.

De hecho, el punto de partida de sus dos novelas es semejante: la solterona Eszter y el general de *El último encuentro* reciben como huéspedes por un día, después de mucho tiempo sin verlos, a las personas que marcaron para siempre sus vidas, los «intrusos» Lajos y Kónrad, respectivamente.

El plebeyo Kónrad, a ojos del general de familia noble, no es otra cosa que la representación, casi arquetípica, del amigo que profanó todas las lealtades a las que obliga la amistad, y que ahora regresa llevado por el impulso irracional que hace al delincuente volver al lugar del crimen. El general le aguarda ansioso (lleva cuarenta años haciéndolo) para propinarle una soberana lección que haga a Kónrad tomar conciencia no sólo del carácter monstruoso e indeleble de su culpa, sino también de su inmensa inferioridad moral respecto a su antiguo amigo.

Por su parte, el embaucador Lajos ha quedado grabado en la imaginación de Eszter co-



TINO GATAGÁN

mo su único gran amor, la única posibilidad que se le presentó en la vida de escapar de los monótonos convencionalismos de su estable y próspero orden familiar. En la secuencia del pasado que Eszter rememora en primera persona, Lajos la traicionó casándose con su hermana y, transcurridos veinte años y muerta ésta, vuelve a la casa familiar en la que Eszter había quedado recluida. Tres años después de este inopinado retorno, Eszter, a modo de confesión y ante el presagio de su cercana muerte, «quisiera poner por escrito el relato del día en que Lajos vino a verme, por última vez, para despojarme de todos mis bienes».

Así pues, la circunstancia turbadora de tales regresos sirve de excusa o de acicate para que, desde una situación marcadamente teatral, Eszter y el general se entreguen a unas reconstrucciones del pasado que tienen no poco de extravagante y melodramático. La morbidez y ambigüedad con las que Márai dota a las voces de Eszter y el general constituyen las bazas más poderosas de ambas novelas; sobre ellas se va erigiendo una creación literaria en el que el lector enseguida experimenta un absorbente desasosiego.

Voces ensimismadas

Ambas novelas, en alguna medida, se superponen y, a ratos, incluso se complementan. Más allá de la situación estática, teatral y algo impostada que presentan, lo que prima en ellas es la necesidad de autojustificación de los personajes cuyo punto de vista domina la escena. Como remarca sentenciosamente el general, «las personas que entregan su alma y su destino a la soledad no tienen fe. Sólo esperan. Esperan el día o la hora en que puedan dilucidar todo lo que les ha conducido a la soledad con las personas que son responsables de ello». En la tensión de tal espera, en efecto, han permanecido por igual Eszter y el general, sumidos continuamente en la remembranza fastas-magórica de aquellos individuos a quienes consideran artífices de su propio destino.

En este contexto, la doliente voz en primera persona con la que Eszter nos desvela su tragedia particular, y el monopolio absoluto de la palabra que ostenta el general ante su interlocutor, les sirven a una y a otro para ex-

teriorizar con vehemencia la percepción malsana que han ido madurando durante su prolongada soledad.

Ahora bien, el lector no puede dejar de tener la sensación de que la abnegación ridícula y heroica de Eszter responde a una función anquiladora de la memoria. Mediante ella, sólo persigue dotar de coherencia a su brutal ensimismamiento, dar grandeza al quietismo nostálgico en el que, sin planearlo conscientemente, decidió vivir. Lajos, el embaucador, el sinvergüenza, el abyecto, es también un personaje transparente. Eszter, su hermano Laci y sus dos amigos, Endre y Tibor, saben que de su extraña visita nada bueno se puede esperar. También lo sabe, parece que más que nadie, Nunu, la fiel compañera de Eszter en su retiro, esa vieja pariente que «en medio de la bruma, invisible y húmeda, que había cubierto mi vida durante aquellos últimos años, [...] había sido como una lamparilla, como una luz tenue y suave cuya claridad me guiaba».

Y, sin embargo, todos ellos se dejan una vez más seducir. De hecho, todos están deseosos de seguir las insinuaciones ruines de Lajos para escapar, así, del tedio que les envuelve. Nadie impide el último expolio de Lajos y, muy al contrario, cada uno de ellos se deleita con el papel que éste les ha asignado en la ópera bufa que dirige.

Lajos, de este modo, pone ante un desagradable espejo la propia frustración de los miembros de una «buena sociedad» que ha quedado desvencijada. Este personaje no pasa de ejercer de mediocre buscavidas, y es la mirada de Eszter la que realmente le convierte en ese ser «dispuesto por completo para la alegría y para la tristeza», pero que «en realidad no experimentaba ningún sentimiento». O en alguien que «siempre escribía sobre la realidad, sobre una realidad imaginada que acababa de conocer y que quería hacerme conocer a mí a toda costa». «De alguna manera —remacha Eszter— todo aquello era inhumano». Y, sin embargo, el lector siente que la auténtica inhumanidad se encuentra en la voz ensimismada de Eszter, y en las voces próximas a ella que, absortas, alientan la entrega de ésta al ángel de la destrucción que, en opinión de todos, Lajos simboliza.

La fascinación por un espíritu aventurero de medio pelo y el nihilismo melodramático que cultiva Eszter quedan muy bien reflejados

en sus propias palabras cuando compara las dos fases por las que ha pasado su existencia: «En ocasiones, la vida en la casa y en el jardín parecía una vida auténtica y verdadera, una vida que tuviera sus metas, sus tareas, su estructura y su contenido. Sin embargo, no tenía ningún sentido, y yo sabía que podría vivir así durante décadas, pero tampoco me hubiera importado en absoluto que me dijeran que tendría que morirme pronto. Era una vida sin complicaciones y sin peligros. Lajos había sido siempre un fanático de Nietzsche y abogaba por vivir una vida peligrosa. [...] En cuanto a mi vida, ha estado llena de peligros, por lo menos mientras estuve cerca de Lajos. Después de que él desapareciera, me di cuenta de que no quedaba nada en su lugar: tuve que admitir que ese peligro había sido el único y verdadero sentido de mi vida».

Se podría pensar, por tanto, que el destino de heroína romántica desechada al que supuestamente Lajos empujó a Eszter, en realidad ella misma lo eligió; que fue ella la que no se atrevió a fugarse con quien le prometía una vida disoluta y excitante. Eszter habría preferido, pues, una existencia monacal, teñida de renuncia y desamor, a una prosaica pasión erigida sobre la inestabilidad y la incertidumbre. El folletinesco asunto de las cartas que Lajos le escribió con el fin de irse con ella y no con su hermana, y que la hermana supuestamente interceptó, abre, cuanto menos, esta interpretación. La estrambótica conclusión del relato de Eszter en la que Nunu, subyugada por la escritura de Lajos, le lee a Eszter tales misivas parece sugerir semejante posibilidad.

Sin lugar a dudas, ésta no es la única lectura que se puede hacer de *La herencia de Eszter*. Es más, se trata de una aproximación que parte de mi desconfianza como lector hacia la veracidad de lo que narra Eszter. No poco del interés con el que he leído la novela proviene, precisamente, de que me haya suscitado tal desconfianza. Aunque bien es cierto que *La herencia...* tal vez no me hubiera insinuado estas significaciones si no hubiese leído antes *El último encuentro*. A mi juicio, en esta segunda novela el juego de lo que el autor nos narra y lo que nos oculta está llevado a un extremo ma-



Viene de la página anterior



yor que en la primera. Hasta el punto de que ningún dato que sale de la boca del general, en la feroz requisitoria que hace a su antiguo amigo, tiene una corroboración evidente.

El último... es una novela construida de tal modo que, a partir de cierto momento, la tercera persona del narrador, que nos ha contado con objetividad los años de amistad entre el general y Kónrad, prácticamente desaparece, y sólo conocemos el punto de vista del general. Entramos entonces en una situación dramática en la que se nos ofrecen con minuciosidad el tono del discurso y los ademanes del viejo militar erigido ahora en fiscal, pero en el que las reacciones del imputado permanecen en un rincón oscuro del escenario.

En efecto, Kónrad no puede sino asistir callado a la perorata, llena de reflexiones filosóficas de una seriedad delirante, que el general le espeta. A Kónrad se le niega la palabra, con lo cual su historia queda en la penumbra; lo único que conocemos de él es que emigró a Singapur y luego a Inglaterra, y que siempre arrastró la amargura del desplazado. No sabemos si es culpable o inocente de los cargos de los que le acusa el general (seducir a su mujer, intentar matarle).

Al igual que en *La herencia...* Lajos, pese a las apariencias, no es el origen de la atmósfera mórbida que rodea la historia (dada la claridad de sus abyectas intenciones y lo sencillo que sería truncarlas), en *El último...* Kónrad no puede ser tenido sin más como el responsable de la desgracia del general. Realmente, Kónrad carece en la novela de una existencia autónoma (sus motivos y decisiones podrían, a lo sumo, proporcionar materia a otra novela, pero desde luego en ésta nos han sido vedados); en virtud de ello, su entidad como personaje queda anegada por la voz alucinada de su amigo. Y bastantes indicios hacen sospechar que, en la obsesión del general, él no es más que un pretexto.

Márai y Zweig: dos maneras de narrar

En cualquier caso, la escenificación novelesca de Márai se nutre de una forma sutil pero contundente de los artificios de la voz narrativa, de los claroscuros de información veraz y ambigüedad calculada que permite el arte de contar historias en el siglo XX. A pesar de que sus referentes, como antes anunciábamos, entroncan con los de la tradición literaria centroeuropea de un Joseph Roth o de un Stefan Zweig, Márai rompe con la herencia decimonónica de la que estos novelistas fueron magníficos y postreros representantes.

Confrontando *La herencia...* con *La piedad peligrosa* de Zweig, recientemente reeditada, se puede obtener una buena instantánea de las posibilidades de dos formas de narrar. Zweig despliega, frente a Márai, la naturalidad extrema del contador de historias. El aciago periplo del joven teniente de ulanos y la hija inválida del ennoblecido arribista Kekesfalva, recordado por aquél veinticinco años después de ocurrido, se nos da de forma directa: la verosimilitud de la narración es siempre absoluta, es decir, no hay siquiera pie para pensar que no sean ciertos todos y cada uno de los acontecimientos narrados.

La capacidad de Zweig para conmovir al lector está en la fuerza misma del relato, en el curso implacable de pasiones y de debilidad que arrastra a los personajes a hacer lo que no deben, y a sufrir de distintas maneras por ello. Y, sobre todo, en el grado de identificación del lector con el atribulado y cruel —por falsamente compasivo— personaje protagonista. No hacen falta más aderezos: en la estela de la mejor novela decimonónica, las inclinaciones y pasos de los personajes los siente el lector como suyos, la distancia entre lo que el novelista cuenta y lo que el lector vive se hace tan escasa que



TINO GATAGÁN

éste experimenta en sus carnes los avatares del relato.

Pues bien, la forma de contar de Márai impele al lector, o cuanto menos le incita, a que se distancie de la situación escenificada para analizar lo que sucede en la cabeza de unos personajes que, en algún sentido, se comportan de forma anómala.

Al igual que *La piedad peligrosa*, *La herencia...* ejemplifica un amor destructivo situado en las coordenadas de la concepción romántica del amor. Sin embargo, el carácter exterminador de la conciencia de Eszter parece actuar de manera autónoma a lo que acontece a su alrededor, como si su vocación inconfezada pero irresistible hubiese sido siempre convertirse en una voz ensimismada, que se complace en dejar como herencia la memoria de su desamparo.

Como antes sugeríamos, el expolio que hace Lajos de la vida, el espíritu y los bienes de Eszter tiene en ella (o, al menos, eso sugiere la trama recovecosa que Márai ha tejido) a su mejor colaboradora. Por el contrario, la desgracia a la que el joven teniente empuja con su falsa piedad a la inválida protagonista de la novela de Zweig conforma un destino azaroso, que se nutre de las buenas intenciones, inseguridad e inmadurez de aquél, y de la inevitable tendencia a la ensoñación de ella.

Al ponerse en la piel del compasivo teniente o de la sufriente inválida, el lector siente con pavor que daría los mismos pasos que dan uno y otra. Sintomáticamente, nada análogo le sucede al contemplar el caso de Lajos y Eszter. Aquí las fuerzas del lector se agotan en penetrar en la lucidez enfermiza de esta mujer, en comprender cómo la conciencia fascinada que posee sobre la fatalidad de su derrota la va creando ella misma a lo largo de su confesión. Lajos, y con él la materia más prosaica de la realidad novelesca, quedan inevitablemente en un segundo plano.

El tiempo de la ficción se convierte, pues, en el tiempo subjetivo de la narración de Eszter, un «tiempo que se había encargado ya de arreglarlo todo, a su manera, la única manera posible». Eszter renuncia totalmente a luchar por algún futuro, y asume estoicamente la absoluta inmovilidad de su presente y de su destino. Según ella, «uno vive, construye y destruye su vida, trata de corregirla, de remediarla, poniéndole parches; y pasado un tiempo se da cuenta de que todo el conjunto, tal cual está, lleno de casualidades y equivocaciones, ya no se puede cambiar».

Pero el lector no puede dejar de sospechar que ha sido Eszter quien, minuciosamente, ha ido manipulando su sentimentalidad con el fin de convertirse en la solitaria heroína de un me-

lodramático desamor. Abundando en algo que antes apunté, la vileza del «inhumano» Lajos posee una cualidad mucho más humana (en el fondo, demasiado humana y muy poco sublime); mientras Eszter se entrega a una ascética sentimental que le obliga a alejarse del mundo, Lajos intenta, de forma esforzada e indigna, subsistir dentro de las pasiones e intereses que gobiernan una realidad social más bien destemplada.

En cuanto a *El último encuentro*, la tortuosa fantasía del general, y lo ininteligible que queda en la novela el carácter de su amigo, ponen al lector ante una retahíla de palabras ensimismadas que parecen provenir de la ultratumba. El espacio físico y moral de la mansión donde transcurre el reencuentro, y el más amplio de la liquidación de los valores del Imperio Austro-húngaro, dejan de tener resonancias concretas, y pasan a ser nebulosas que transmiten un impreciso simbolismo.

Lo que sí se barrunta es que estamos ante un simbolismo que emana de la disección de un orden sentimental que pertenece al pasado. Sin embargo, nada hay en la novela de Márai de elegíaco. Muy al contrario, la visión que se adivina en la confrontación entre los dos personajes de *El último...* enfatiza los elementos desquiciados que habitaban en el antiguo orden, pero no por ello muestra la más mínima empatía hacia los nuevos tiempos.

La grandeza de Márai se cifra en que toda esta atmósfera es puramente literaria; es decir, la extrema artificialidad de sus novelas está al servicio de unas narraciones complejas y ambiguas, pero desde luego no promueve una ingeniosa y sofisticada reflexión de altos vuelos. No somete, en suma, a sus personajes a un sentido filosófico ni socio-histórico que trascienda sus tribulaciones. Eso sí, la soberanía del subjetivismo de los protagonistas de sus novelas obliga al lector a interrogarse y fan-

tasear acerca de los motivos y el carácter de los mismos, sin considerar de antemano como fiables ni sus observaciones sobre los demás ni sus propios autorretratos. En tan perturbadoras sugerencias reside el particular «suspense» de lo que se nos cuenta.

Por su parte, los personajes de Zweig carecen de esa enrevesada psicología que acompaña a Eszter y al general. Los roles de la buena sociedad vienesa aparecen asimismo dibujados con precisión, y sirven de contexto específico sin el cual no se darían los malentendidos que ponen en marcha la historia y la precipitan hacia un final trágico. La complejidad de la trama se consigue mediante la sencillez con la que se van superponiendo los deseos de los personajes, y las casi nunca deseadas consecuencias de sus actos. El sentido y destino de la historia que sigue el lector con compulsivo interés se van desentrañando de un modo lineal e implacable, sin espacio para ninguna consideración distanciada sobre lo que sucede.

Por ello las ideas sobre la compasión y la heroicidad que recorren *La piedad...* son más cercanas al lector que las extrañas divagaciones sobre la amistad y el amor que articulan los personajes de Márai. El mundo histórico y psicológico bien delimitado de Zweig ofrece un espejo donde es fácil reconocer los recovecos del alma humana, mientras que el escenario abstracto de Márai presenta una opacidad que nos fascina y desagrada, pero de la cual no sacamos una enseñanza diáfana. El escritor húngaro construye, así, una serie de geografías tortuosas e inasibles; como si quisiera que reparásemos en lo que queda de las relaciones humanas cuando el poder del yo las manipula en su propio beneficio, y cuando en ese yo sólo habita la memoria cautiva de un pasado irreal, la voz ensimismada, la palabra delirante. □

RESUMEN

Luis Mateo Díez comenta la segunda novela que se traduce del escritor húngaro Sándor Márai, que murió exiliado en Estados Unidos, *La herencia de Eszter* (1939), y que participa, como la anterior, *El último encuentro* (1942), de una misma atmósfera, los rescoldos de lo que fue el Imperio Austro-húngaro, ese universo tan propicio para las pasiones termina-

les y la sensibilidad elegíaca cuya fascinación literaria captaron autores como Joseph Roth o Stefan Zweig. El comentarista analiza las dos novelas de Márai y compara *La herencia...* con *La piedad peligrosa*, de Zweig, también de 1939, pues ambas ejemplifican un amor destructivo situado en las coordenadas de la concepción romántica del mismo amor.

Sándor Márai

La herencia de Eszter

Salamandra, Barcelona, 2000. 166 páginas. 1.615 pesetas. ISBN: 84-7888-567-6

De la Revolución Industrial, una vez más

Por Manuel Alonso Olea

Manuel Alonso Olea (Melilla, 1924) es catedrático emérito de Derecho de Trabajo y Seguridad Social de la Universidad Complutense, letrado del Consejo de Estado, académico de número de las Reales de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia y Legislación. Es también presidente de Honor de las Asociaciones Española e Internacional y de la Academia Iberoamericana de Derecho del Trabajo y Seguridad Social.

Una vez más, digo, se sitúa ante nuestra contemplación el panorama de la Revolución Industrial siguiendo la tradición de estudios que se han venido sucediendo durante más de un siglo. No es ya que los contemporáneos de la Revolución tuvieran conciencia de los fenómenos que estaban viviendo y los analizaran (ejemplos significativos son el *Sistema Industrial* de Saint-Simon y el *Informe al Distrito [Country] de Lanark*, ambos publicados en 1820), sino que el fenómeno mismo había sido historiado y bautizado con el nombre con el que desde entonces se le conoce, por las *Lectures on the Industrial Revolution* de Arnold (sin J.; Arnold J., su sobrino, por cierto las reeditó en 1960) Toynbee, impartidas en 1880-1881 y publicadas por primera vez, póstumamente, por sus alumnos, siguiendo las notas tomadas en sus clases, en 1888.

Historiado y vuelto a estudiar; eligiendo de una cronología espaciada a lo largo del siglo pasado, durante éste se suceden con la titulación simple de *La Revolución Industrial*, los libros de Beard (1901), Mantoux (1906 y 1928), Ashton (1948), Flinn (1966; ésta una *Introducción a ...*, de ella hay una excelente traducción española de J. de la Quintana Oriol, Madrid, 1970) y Cipolla (ed., 1986).

Quizá porque las líneas maestras de lo que la Revolución Industrial fue están ya trazadas, se nos pide ahora, digamos a partir de 1990, que la «reinterpretemos», que veamos cuáles son las «ideas modernas» sobre ella, que nos fijemos en cuál es su «presente» y cuál su «pasado» en Gran Bretaña, en Europa, en el mundo —aburrido sería apilar más referencias bibliográficas— o en el caso de More, a medias entre la modestia y la condescendencia, que la «entendamos» con su ayu-

da.

Para este entendimiento se prescinde, por decirlo de algún modo, del carácter revolucionario de la Revolución; falta por ejemplo la comparación con lo que implicaron el «invento» de la agricultura, los consiguientes procesos de sedentarización de las poblaciones antes alimentadas mediante la caza y la recogida de frutos naturales, esto es, no resultantes de cultivos, y la aparición de los primeros núcleos de población urbana; la comparación de esta revolución del Neolítico («circa» 8000 a. de C.) con la Industrial (segunda mitad del siglo XVIII) es tan frecuente desde hace tres cuartos de siglo en los libros de historia, que se echa de menos que no aparezca en el de More. Bien es verdad que tampoco aparece referencia alguna a «la más grande aventura jamás realizada, la circunnavegación del planeta» (A. Domínguez Ortiz) que protagonizaron Magallanes y Elcano; hemos tenido que esperar hasta 1993 para que, sin ambages, fuera de nuestro país se escribiera que «los navegantes de Iberia ... guiaron a la humanidad en su mayor aventura desde el Neolítico» (A. W. Crosoy, 1993; reivindicando a Elcano, «el menos pregonado de los grandes capitanes de la era de los descubrimientos»).

Antecedentes históricos

Con lo anterior, se quiere indicar no tanto el apartamiento de la forma consolidada de presentarnos el tema de la Revolución Industrial, lo que si alguna importancia tiene no es mayor, sino que aquella parece como si surgiera casi de repente sin los antecedentes históricos que hubo de tener y efectivamente tuvo, muy anteriores a 1750, fecha preferida por More para su comienzo, bien que, nos dice, «algunos encuentren factores causales siglos atrás» (págs. 2-3); de atrás en efecto vienen y no son pocos los que así lo aprecian, «factores causales», como la debilitación progresiva hasta su extinción de las relaciones de servidumbre en la Europa occidental, las mejoras preindustriales en las explotaciones agrarias ayudadas por los cerramientos de fincas rústicas, la expansión del mercantilismo y la acumulación de capitales procedentes de

los beneficios de las explotaciones ultramarinas en régimen de esclavitud, esclavos traídos de África para su uso en agriculturas de plantación; no porque los beneficios de la trata en sí misma fueran cuantiosos, sino porque lo fueron los resultantes de la baratura de los productos coloniales —el azúcar de caña aparte, un cultivo, desde luego colonial y esclavista, que en sentidos varios llamó la atención de nadie menos que el padre Mariana, Kant, Montesquieu o Adam Smith, entre muchísimos otros; el azúcar en polvo, blanca y fina que todavía en 1857 deleitaba a Madame Bovary—. La textil como industria de punta británica no es explicable sin las importaciones de algodón colonial desde Norteamérica.

Retrocediendo en la exposición, la precisión de fechas en More es característica, fijado en torno a 1750 el advenimiento de la Revolución e iniciado entonces su «período heroico», el final de éste y el comienzo de un nuevo «período de madurez» se sitúa en 1850 cuando «los ferrocarriles más importantes habían [en Gran Bretaña] acabado de ser construidos».

Por supuesto todos estos preliminares de la Revolución hay que situarlos en el contexto específico de Gran Bretaña, y More no deja de hacerlo: sus enormes reservas carboníferas; líneas costeras larguísima que facilitaron el transporte marítimo de cabotaje, mucho más barato que el terrestre, aparte de que pronto se procediera a la construcción de esclusas para la navegabilidad de los ríos; enlazando con lo ya dicho una agricultura no de mera subsistencia sino generadora de beneficios; una flota dominante de las rutas del Atlántico Norte que permitió un comercio exterior sumamente rentable; para su época, un formidable crecimiento de la población (de 7,5 a más de 20 millones entre 1750 y 1850) debido a múltiples causas que entre sí no casan («de 1820 en adelante, es casi imposible generalizar sobre las causas del crecimiento de la población»); mejoras en la nutrición y «simplemente del declive en la virulencia de las enfermedades», sin embargo, se mencionan como circunstancias favorables, contrapesadas por los hacinamientos y la insalubridad crecientes de los núcleos urbanos (págs. 75-76), que si vistos desde lejos parecían

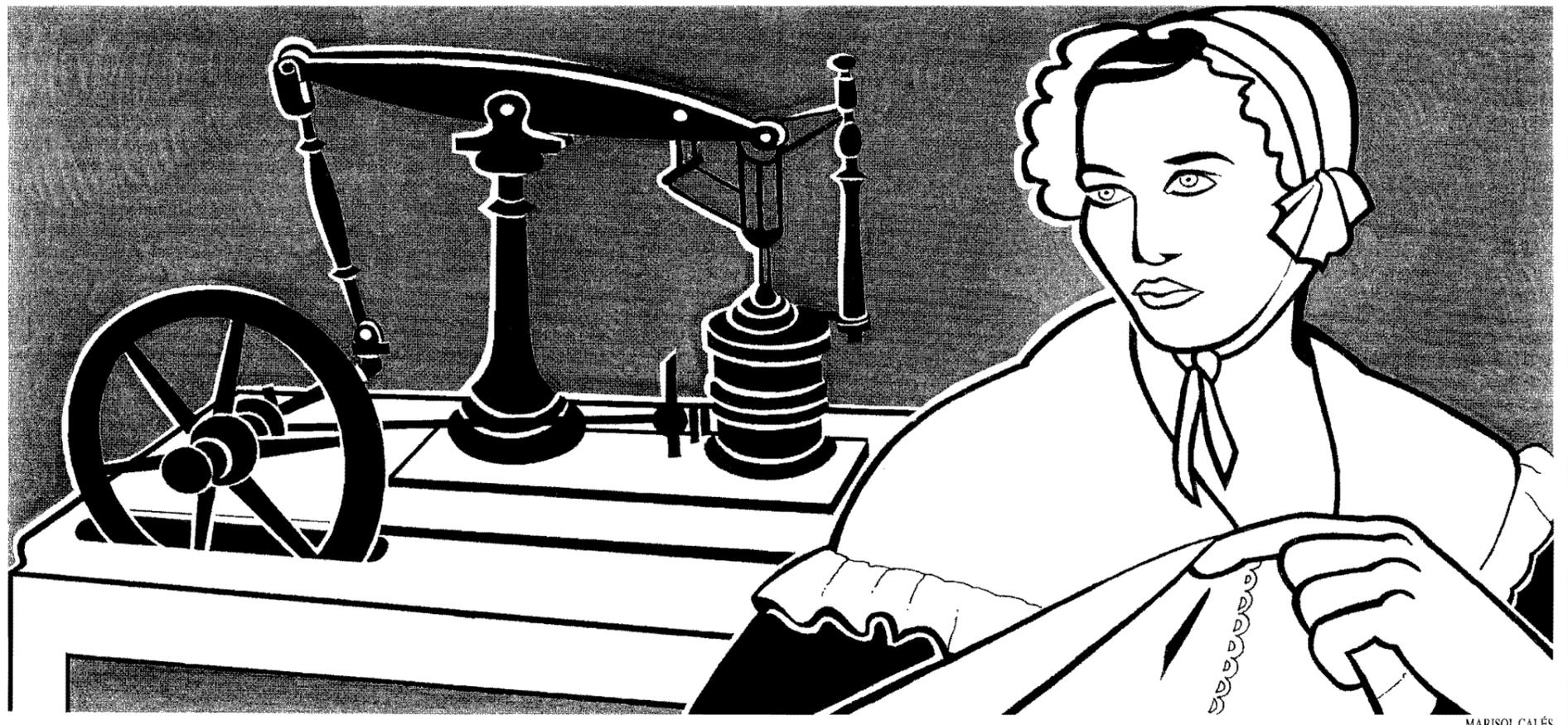
ciudades habían de serlo: «¿qué otra cosa si no aquella podredumbre embalsada, aquel horror informe de humo y hollín?» en los *Hard Times* que Dickens describiera en 1854.

Con todo, cuando se han acumulado, sin atención excesiva a sus respectivos pasados, como se dijo, los factores contribuyentes a la Revolución, aquí la cita debe ser larga: «crecimiento de la demanda, consecuencia del aumento de la población; aumento de las exportaciones; mercados de capitales eficientes y abundante oferta de los mismos, agricultura productiva; una base de conocimientos científicos y habilidades artesanas; una buena red de transportes; protestantismo en general y no-conformismo en particular (ilustrado esto con una cita perdida de Weber; a la *Ética protestante* podrían haberse añadido infinitas otras y, si se quería una británica significativa, la de *Aritmética Política* de William Petty, 1672, a saber el comercio “no está ligado a religión determinada, sino más bien a elementos heterodoxos del conjunto religioso”; tanto más cuanto que de las tesis de Petty dijo Weber que “son comunes a todas las fuentes contemporáneas sin excepción”) y un gobierno estable».

Invención e innovación

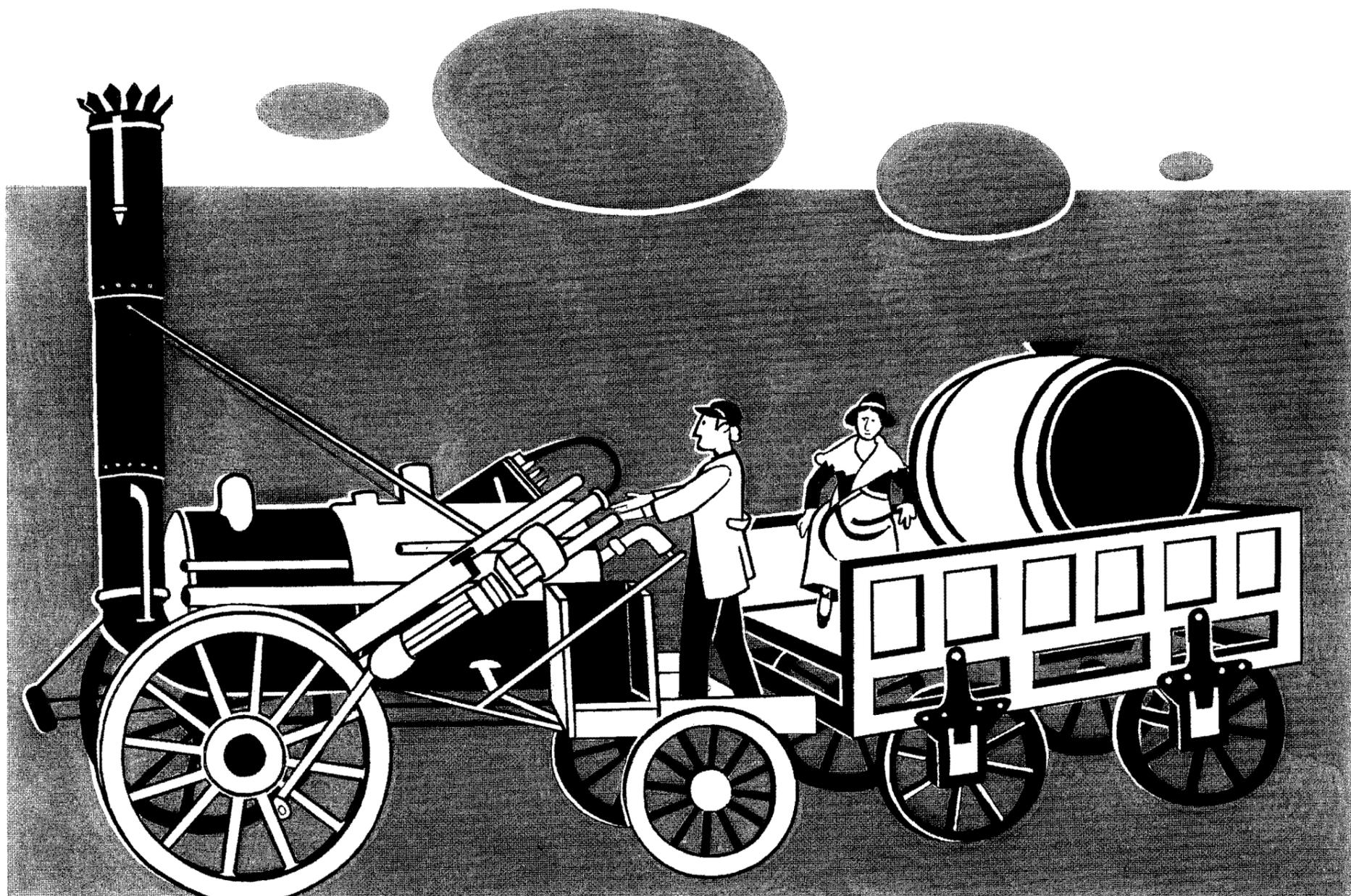
Cuando todos estos datos se han acumulado, digo, y otros se han dejado de acumular, señaladamente el cambio en cuanto a la consideración y los fines del trabajo humano, y hay que elegir los decisivos o determinantes para la Revolución Industrial, aquí More bien tradicional nos da como «las categorías más atractivas» al efecto la «invención» de una nueva técnica, o de un prototipo si se trata de maquinaria, y la «innovación», aplicación de la técnica o máquina nueva a la producción de bienes y servicios. No sólo los historiadores virtualmente en masa, sino los actuales teóricos y propulsores del I+D, éstos con un altísimo y justificado convencimiento, estarían en su momento, como hoy lo están, de acuerdo con esta tesis.

Aderezadas con una buena dosis de



MARISOL CALÉS

Viene de la página anterior



MARISOL CALÉS

schumpeterismo (Schumpeter es, y con gran diferencia, el autor más citado, a distancia del mismísimo Adam Smith, y mucho más que James Watt, protagonistas ambos, cada uno en su campo, de los fenómenos que se nos quiere ayudar a entender), destacando por tanto el raramente discutido papel jugado por el empresario, por el «hombre de negocios», y añadiendo que con alguna frecuencia inventor y empresario fueron la misma persona —ambos juntos, «Inventors» y «Entrepreneurs» se estudian en el capítulo 5º del libro—; destacando, aunque sin asignar a ello excesiva importancia, el aumento de inventos patentados (9, 29 y 65 anuales en las décadas comenzadas en 1750, 1770 y 1790, respectivamente) y los costes de la invención aceptados en numerosas ocasiones por los beneficios que de su explotación se esperaban, vista la ampliación de los mercados metropolitano y ultramarino; tras una primera referencia, que después se amplía a la industria textil, sector punta de la Revolución Industrial, subrayando en especial la importancia de las nuevas máquinas de hilar, se llega a Watt.

Se llega casi a regañadientes; tras de conceder, como excepción a que «la mayoría de las invenciones del siglo XVII se hicieron por prácticos, no por científicos», que James Watt «well versed in science...» «diseñó científicamente sus instrumentos», se añade inmediatamente que, esto, no obstante, «debía poco a la teoría desarrollando las mejoras [de la máquina de vapor] a través de su inventiva práctica» (pág. 98).

No hay que acudir a los ditirambos, si de tales se trata, de las *Schwelle der Zeiten* de Freyer («el caballo de vapor dejó atrás para siempre no sólo la diligencia sino la totalidad del mundo»), o de *La pensée sauvage* de Lévi-Strauss («la máquina de vapor seguirá siendo episodio relevante cuando la historia se narre por milenios, no por años, décadas o siglos»); basta con coincidir con la inmensa mayoría, si no con todos, de los estudiosos de la Revolución Industrial en que la máquina de

vapor, varias veces perfeccionada y patentados sus perfeccionamientos, dicho sea de paso, por el propio Watt, por su versatilidad y la posibilidad de su aplicación variadísima para proporcionar fuerza motriz a otras, es el invento clave de la Revolución, tanto que casi puede decirse que ésta comienza realmente con aquélla, lo que incluye los incrementos fantásticos de los rendimientos de la industria textil algodonera al moverse a vapor husos y telares; las explotaciones profundas mineras al posibilitar la ventilación y drenado de los yacimientos; la inyección de aire en las fundiciones para lo que muy tempranamente se utilizó; como con demora escasa se aplicó también la máquina de vapor a las de imprimir... etc., etc. Y, por supuesto, la navegación «a vapor», que dejó atrás a los veleros, como el ferrocarril «a vapor» había dejado atrás la diligencia en la imaginación de Freyer, al no tener que depender los buques de las condiciones atmosféricas, ni de los alisios para cruzar el Atlántico como hubo de esperarlos Colón y aún los esperan los veleros deportivos que se atreven al cruce.

Simbiosis ciencia-tecnología

Surgió con la Revolución Industrial en Gran Bretaña y se extendió progresivamente a toda Europa «un torrente de macroinventos al que siguió una inundación de microinventos» generándose por la conexión de ambos la muy pertinentemente llamada «simbiosis ciencia-tecnología», de forma que «el uso de la ciencia por la técnica y el progreso técnico por la ciencia» devino paradigma de las sociedades avanzadas e ideal de las que no lo son, efectivamente uniendo «los conocimientos científicos y las habilidades artesanas» de que nos habla More; o, si se prefiere, como se debe, cita de máxima autoridad y relativamente actual, «nuestra era se caracteriza por los fantásticos descubrimientos científicos y la aplicación técnica de lo descubierto», como Einstein repite una y otra vez

en sus cartas (*Briefe*, ed. de 1991; la cita es de una carta escrita en 1937).

Cabría ampliar este comentario a puntos adicionales, con mayor o menor extensión tratados en el libro comentado. Resumiéndolos, serían éstos: los relativos a los impactos inmediato y a plazo medio de la Revolución Industrial sobre la población en general y sobre los trabajadores en particular; un descenso en la estatura media y un estancamiento de las esperanzas de vida, índices de bienestar esenciales ambos, se correspondió con un abuso del trabajo infantil y con un aumento inicial sumamente lento de los salarios reales; lentísimo hasta 1812, lento hasta 1848, acelerándose a partir de entonces. De la insalubridad de la «ciudad industrial» ya se habló. La formidable emigración europea hacia Ultramar a plazo medio y largo; durante los cien años que transcurrieron entre 1820 y 1920 los europeos «poblaron el mundo». El reverso de la situación, hecho obvio, es virtualmente contemporáneo.

Obvio es también hablar de las transformaciones cuantitativa y cualitativa enormes en la sociedad y en la vida humanas que la Revolución trajo consigo; la comparación con las del Neolítico y del descubrimiento del Nuevo Mundo y la circun-

navegación del planeta no es excesiva. Pero en esto, la Revolución desbordó con mucho, como sus predecesoras, lo industrial de su apellido; fueron múltiples las causas y las consecuencias de que, como sentenció Hegel, «la técnica apareciera cuando la necesidad lo pidió». Como el económico, el determinismo tecnológico es versión parcial y, como tal, falsa de la Historia.

No es excesiva la comparación si hecha hoy. Si nos hallamos ante lo que todavía puede llamarse Revolución Industrial o ante una revolución nueva —la de la informática, la del conocimiento de las estructuras últimas materiales de la vida humana y su génesis, la de las exploraciones siderales, la de la globalización y, en tono no menor, la del aumento casi increíble de la esperanza de vida de hombres y mujeres, y la sólo aparentemente menor el muy considerable de su estatura... — todo esto está más allá del libro que se comenta y, por ello, de su comentario; que puede cerrarse expresando que en cualquier caso lo que está pasando y lo que vaya a pasar es y será inconcebible sin lo que pasó; y de lo que pasó es ingrediente absolutamente esencial la que hace más de dos siglos comenzó a ocurrir y se estudia y llama Revolución Industrial. □

RESUMEN

En el seno de la copiosísima literatura sobre la Revolución Industrial, que en 1888 se iniciara con la publicación de las conferencias de Arnold Toynbee, cuya lectura sigue siendo hoy tan válida como gratificante, sitúa Manuel Alonso Olea una de las últimas adiciones, la del británico Charles More, a dicha literatura, realzando sus méritos y criti-

cando sus deficiencias. La obra comentada puede situarse en esa «reinterpretación» que desde hace unas décadas se viene haciendo, viendo cuáles son las «ideas modernas» de la Revolución Industrial, cuál es su «presente» y cuál su «pasado», con el añadido de que Charles More pretende que se la «entienda» con su ayuda.

Charles More

Understanding the Industrial Revolution

Routledge, Londres, 2000. 188 páginas. 13,99 libras esterlinas. ISBN: 0-415184045.

Nuestros últimos cien mil años

Por José Antonio Melero

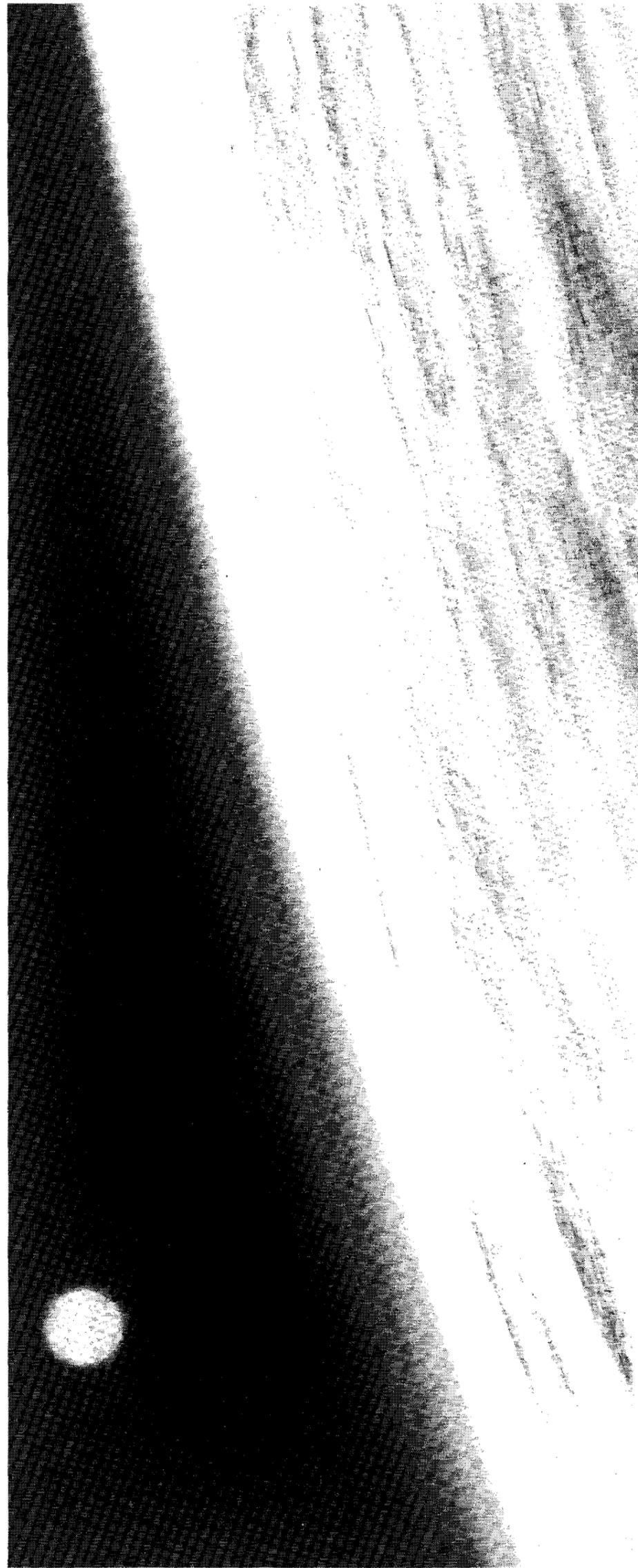
José Antonio Melero (*Fuentes de Nava, Palencia, 1948*) es doctor en Ciencias Químicas y actualmente es director del Centro Nacional de Biología Fundamental del Instituto de Salud Carlos III. Los principales temas de investigación que ha abordado han sido la transformación de células en cultivo y la variabilidad genética y antigénica de distintos virus implicados en patologías humanas.

Como comenta el autor en el preámbulo de *Genes, personas y lenguas*, este libro pretende exponer el estado actual del conocimiento sobre la historia de la especie humana basándose en estudios genéticos, lingüísticos y arqueológicos, aunque otras disciplinas (antropología cultural, demografía, etc.) no le son tampoco ajenas. Es realmente admirable que hoy en día, en que la especialización y la comercialización de la investigación son los factores dominantes, queden personajes como Luigi Luca Cavalli-Sforza. Interesado por tan dispares aspectos del saber y sus aplicaciones para entender el devenir de nuestros antepasados, hace su exposición de forma sencilla, intentando evitar los tecnicismos que, a veces, imposibilitan la comunicación entre el investigador y la gente de la calle, pero también entre distintos especialistas. Las conclusiones a las que llega tienen importantes implicaciones sociales como, por ejemplo, que las diferencias genéticas principales son entre individuos y no entre poblaciones, o «razas». De ahí la falacia del racismo. Como es lógico, entender nuestra historia más profunda puede servirnos para orientar, al menos en parte, nuestro futuro. A esto dedica, sin embargo, una mínima, pero interesante, parte del libro que se estructura en seis capítulos que resumiré brevemente.

Diversidad genética

El primer capítulo aborda el tema de la diversidad genética de la población humana desde dos puntos de vista: 1) el racismo y 2) la reconstrucción genética de nuestra historia. Cavalli-Sforza rechaza de principio las ideas racistas que, implícitamente, asumen una posición dominante de un grupo humano sobre otros. También encuentra razones científicas para rechazar esta idea. En primer lugar, porque la «raza pura» no existe, ni ha existido nunca (ni existirá) y, además, como ya se ha dicho, las diferencias genéticas entre individuos de una misma población son mayores que las que podemos encontrar entre poblaciones distintas. En segundo lugar, porque la idea de raza implica una discontinuidad entre el carácter que la define y el resto de la especie humana. Discontinuidad que no existe. En múltiples ocasiones, las diferencias en las frecuencias de un determinado gen al comparar dos poblaciones se han considerado como pruebas definitivas de esa discontinuidad.

Sin embargo, el análisis riguroso, llevado a cabo con múltiples genes (la ley de los grandes números), ha invalidado siempre esas conclusiones. La especie humana está formada actualmente por grupos sociales cuyos límites genéticos están difuminados o superpuestos. Por tanto, nos encontramos con el dilema de no diferenciar a nadie, incluyendo los aborígenes australianos de los pigmeos africanos, por poner un ejemplo extremo, o encontrar algún compromiso práctico. Al que llega Cavalli-Sforza, ateniéndose a distintas razones, es el de considerar grupos sociales de entre 5.000 y 500.000 individuos como grupos genéticamente distintos para avanzar en la reconstrucción de



nuestra historia.

Precisamente lo que plantea el segundo capítulo del libro es la posibilidad de reconstruir la historia de la especie humana mediante el análisis genético de las poblaciones actuales. Obviamente lo ideal sería disponer de muestras de material genético (DNA) de los antepasados de cada una de las distintas poblaciones para reconstruir su historia evolutiva, pero esto es imposible. Hay alguna esperanza de que, en algunos casos, se pueda conseguir alguna información mediante lo que se ha dado en llamar «paleogenética». Quizá el mejor ejemplo lo represente el análisis del DNA mitocondrial (un pequeño orgánulo presente en todas nuestras células) de un esqueleto desenterrado en los Alpes (denominado Oetzi) hace unos pocos años y cuyo cuerpo y ropas se habían mantenido en buenas condiciones desde hacía aproximadamente 5.000 años. La secuencia de nucleótidos de ese DNA era sorprendentemente muy similar a la de la gente que vive actualmente en esa área, lo que indica que esa población ha permanecido razonablemente estable durante un largo periodo de tiempo. Por contraposición, el DNA mitocondrial extraído de un fósil del Neanderthal, con una antigüedad de, al menos, 30.000 años, era completamente distinto del de cualquier población humana actual.

Sin embargo, la disponibilidad de material genético de fósiles es muy limitada. En cambio, una fuente muy accesible de DNA es la sangre de los individuos que poblamos actualmente la Tierra. ¿Es posible reconstruir nuestra propia evolución a partir del análisis del DNA de las poblaciones actuales? La observación, ampliamente contrastada, de que la distancia genética entre dos poblaciones es proporcional al tiempo que media desde que se separaron, ayuda a resolver el problema. Asimismo, la distancia genética es proporcional también a la distancia geográfica.

Un árbol filogenético

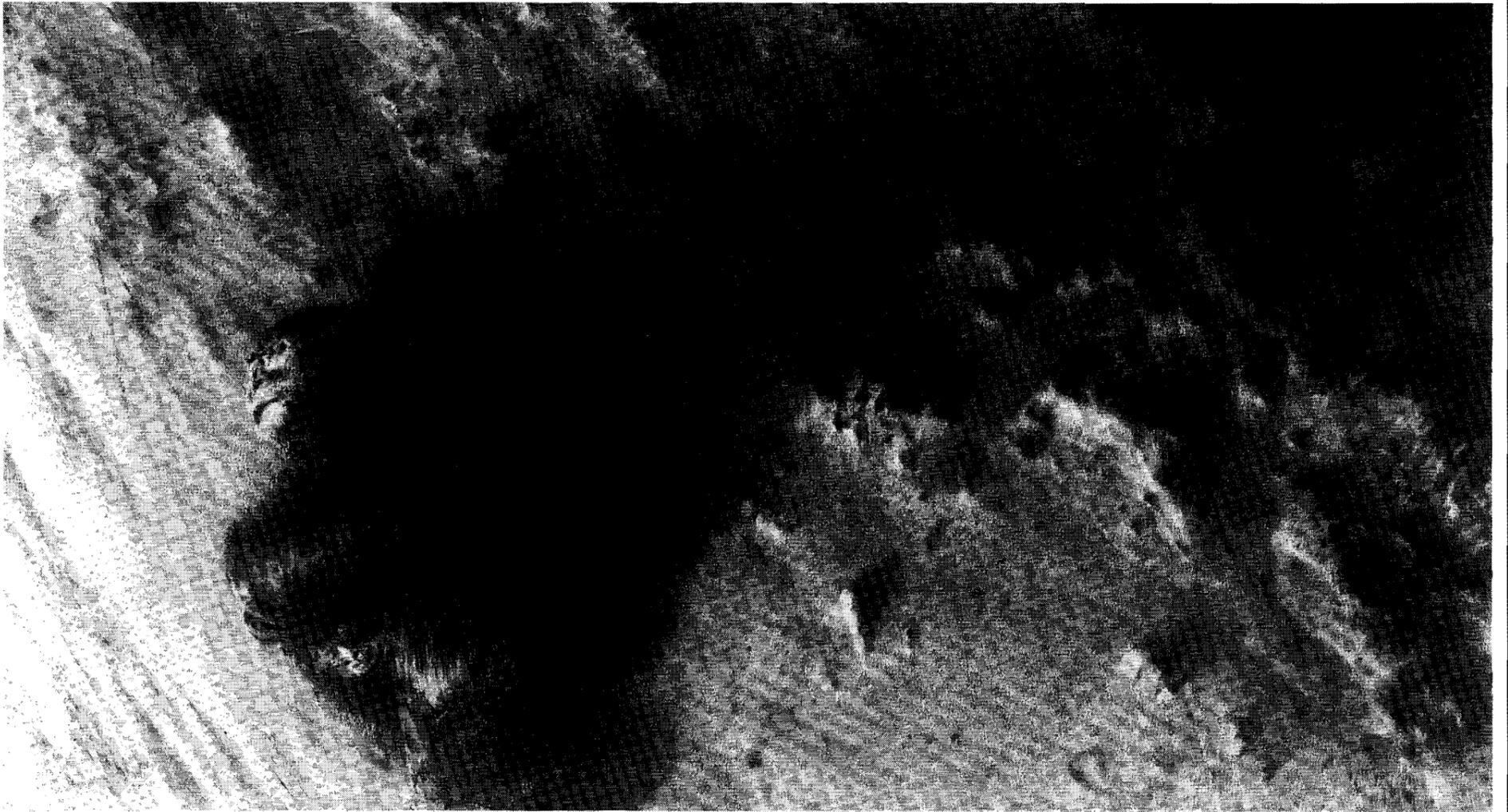
Empleando diversos métodos estadísticos para analizar los datos sobre las diferencias genéticas entre distintas poblaciones (capítulo III), se puede construir lo que se denomina un árbol filogenético de la especie humana actual. Este árbol viene a representar la historia evolutiva de las poblaciones que se analizan y estimar el momento en que las poblaciones de nuestros antepasados se separaron. Así, de manera muy general, se puede inferir que nuestros primeros antepasados emigraron de África a Asia (Oriente Medio) hace aproximadamente 100.000 años. Posteriormente, llegaron a Australia hace 55.000 años, a Europa hace 43.000 años y a América hace 15-35.000 años.

¿Concuerdan las conclusiones a las que se llega analizando los datos genéticos con las derivadas a partir de otros conocimientos? En general sí. Pero no sólo corroboran las conclusiones a las que los arqueólogos pueden llegar, sino que las extienden hacia tiempos más pretéritos y sirven para avanzar nuevos conocimientos (tema del capítulo IV). Por ejemplo, se puede establecer un mapa en el que se represente la llegada de trigo, y por tanto la agricultura, a distintas partes de Europa a partir de datos de radiocarbono. En ese mapa se observan distintas oleadas que, partiendo del Oriente Próximo bordean, primero, el Mar Negro, llegan después hasta la Europa Central y el Mediterráneo y, por último, al Norte de Europa.



RODRIGO

Viene de la página anterior



RODRIGO

Cuando se analizan las distintas poblaciones europeas actuales mediante el método de los componentes principales genéticos (demasiado complicado para explicar aquí pero que reproduce las migraciones que pudo haber) se observa una total coincidencia entre las oleadas de migraciones que han ocurrido en el periodo Neolítico y la llegada de cereales a las distintas regiones de Europa. Es decir, la extensión de la agricultura en Europa no se hizo mediante transmisión cultural desde la población que habitaba una región a otras poblaciones residentes en áreas vecinas, y así sucesivamente. Más bien, la migración de poblaciones que practicaban la agricultura y que tenían una ventaja demográfica sobre las ya residentes (con un posterior mestizaje entre ambas) fue la forma en que la agricultura llegó paulatinamente a todo el continente europeo.

Fecha las migraciones

El análisis de componentes principales ha permitido establecer un número considerable de migraciones en otras zonas geo-

gráficas para las que sólo había indicios arqueológicos o eran totalmente desconocidas hasta el análisis genético llevado a cabo, principalmente, por Cavalli-Sforza y sus colaboradores. Sin embargo, el análisis de componentes principales no permite la estimación del momento en que tuvieron lugar esas migraciones. Los datos arqueológicos, o los datos genéticos analizados mediante la construcción de árboles filogenéticos, nos permiten poner fechas a las distintas migraciones, demostrando la utilidad de estudios complementarios realizados por distintos especialistas.

El capítulo quinto trata sobre «Genes y lenguas». De nuevo es posible utilizar datos provenientes de dos disciplinas tan dispares como la genética y la lingüística para reconstruir la historia de nuestra especie. Sin duda, las lenguas evolucionan mediante la acumulación de cambios en el tiempo, de la misma manera que se van acumulando cambios en nuestro material genético. Sin embargo, los factores que determinan la evolución del lenguaje y del material genético son claramente distintos, aunque ahora no entremos en esas consideraciones. A pesar de ello, cuando se agrupan las más de 5.000

lenguas que existen actualmente en el mundo en familias o superfamilias nos sale un árbol que tiene gran similitud con el árbol filogenético que se puede construir con las poblaciones que hablan los distintos idiomas. El árbol filogenético es más refinado, como es lógico al basarse en una evolución de caracteres que es mucho más lenta que la del lenguaje. Pero, de nuevo, los datos obtenidos por especialistas de distintas disciplinas reafirman las conclusiones y aportan detalles que no se observarían sin esas comparaciones.

El acervo cultural

Pero los humanos nos distinguimos, incluso de nuestros primos más cercanos (chimpancés), por el acervo cultural que poseemos. Esta cultura también ha ido evolucionando mediante procesos de transmisión vertical (padres a hijos) u horizontal que, en cierta medida, asemejan los procesos que operan para la evolución lingüística y genética, aunque los factores determinantes son distintos en cada caso. Cavalli-Sforza hace algunas reflexiones sobre la influencia que la evolución cultural puede tener en la evolución biológica. Por ejemplo, las poblaciones de cazadores, como los pigmeos africanos, suelen tener familias pequeñas que permitan su continua movilidad en busca de nuevas presas. Esto hace que los pigmeos eviten frecuentes partos estableciendo un tabú sexual que dura tres años después del nacimiento de un hijo. Así podríamos encontrar otros muchos ejemplos pero, quizá, el más evidente sea la influencia que el aumento en la expectativa de vida ha tenido para disminuir la presión selectiva de llegar al periodo reproductor. Así, el desarrollo cultural y tecnológico ha desacelerado nuestra evolución biológica.

¿Cuál es la perspectiva de futuro para la especie humana? (Capítulo sexto). Para

Cavalli-Sforza la perspectiva genética no parece ser muy interesante. Nuestra especie probablemente no evolucione mucho más. En cualquier caso, no evolucionará tan rápido como lo ha hecho en el pasado. Sin embargo, las migraciones y la mezcla de poblaciones conducirá en un futuro más o menos próximo a difuminar las diferencias genéticas entre los grupos, pero la variación genética en el conjunto de los individuos no disminuirá. Es claro que la evolución cultural, por el contrario, aumentará su ritmo en el futuro. Habrá, al menos durante un periodo de tiempo, barreras lingüísticas que limitarán la evolución cultural, pero esas barreras también irán siendo menores con el tiempo. Pero, sobre todo, será necesario tener mayor éxito en la difusión de los valores morales, de manera que se terminen, o al menos se reduzcan, males sociales tales como la pobreza, la ignorancia, el crecimiento descontrolado de la población, el racismo, la adicción a las drogas, el crimen y otras enfermedades sociales.

En definitiva, el libro que comento aporta una visión actual de las investigaciones que desde distintas ramas del conocimiento, y sobre todo desde los estudios genéticos, se están realizando para esclarecer nuestra historia más antigua. Estos trabajos nos darán una información cada vez más precisa sobre lo que realmente somos, sin falsas arrogancias ni sentimientos de inferioridad o culpabilidad. □

En el próximo número

Artículos de *Pedro Cerezo Galán*, *Darío Villanueva*, *Gabriel Tortella*, *Antonio Domínguez Ortiz*, *José Antonio Campos-Ortega* y *Miquel Siguan*.

RESUMEN

Luigi Luca Cavalli-Sforza es uno de los expertos más relevantes sobre la genética de poblaciones humanas. Ha sido profesor de distintas universidades, tales como las de Cambridge, Parma y Pavia, y actualmente es profesor emérito de la de Stanford. En este libro que comenta José Antonio Melero Cavalli-

Sforza resume los conocimientos sobre la historia de la especie humana, partiendo de sus propias aportaciones en el campo de la genética y contrastándolas con las de especialistas en otras disciplinas complementarias, donde él mismo también ha hecho incursiones relevantes.

Luigi Luca Cavalli-Sforza

Genes, Peoples and Languages

Allen Lane, The Penguin Press, Londres, 2000. 228 páginas. 18,99 libras esterlinas. ISBN: 0-71-399486-X

ARQUEOLOGÍA

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
«La ciudad bajo la ciudad», sobre *The City beneath the City. Finds from excavations for the Metropolitan Railway of Athens*, de Liana Parlama y Nicholas Chr. Stampolidis (eds.). N° 146. Junio-julio. Págs. 1-2.

ARQUITECTURA

FERNÁNDEZ ALBA, Antonio
«Goya en la tradición española», sobre *Berlín-Potsdamer Platz. Metrópoli y arquitectura en transición*, de Carlos García Vázquez. N° 145. Mayo. Págs. 1-2.

ARTE

BOZAL, Valeriano
«Goya en la tradición española», sobre *Goya. Tradición y modernidad*, de Fred Licht. N° 148. Octubre. Págs. 6-7.

VAQUERO TURCIOS, Joaquín
«A vista de pájaro», sobre *Mirando a través. La perspectiva en las artes*, de Javier Navarro de Zuvillaga. N° 147. Agosto-septiembre. Pág. 3.

BIOLOGÍA

CAMPOS-ORTEGA, José Antonio
«Vida de un biólogo», sobre *Time, Love, Memory: A Great Biologist and His Quest for the Origins of Behavior*, de Jonathan Weiner. N° 144. Abril. Págs. 10-11.

MATO, José María
«Genomanía», sobre *Chance, Development and Aging*, de Caleb E. Finch y Thomas B. L. Kirkwood. N° 147. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

ORTÍN, Juan
«El hombre y los virus: historia de una relación», sobre *The invisible enemy. A natural history of viruses*, de Dorothy H. Crawford. N° 148. Octubre. Págs. 10-11.

PERUCHO, Manuel
«Una vida apasionante», sobre *A Passion for DNA: Genes, Genomes and Society*, de James D. Watson. N° 146. Junio-julio. Págs. 4-5.

CIENCIA

GANCEDO, Carlos
«Maximus in minimo», sobre *Many faces - Many Microbes: Personal Reflections in Microbiology*, de R. M. Atlas (coord.). N° 143. Marzo. Págs. 10-11.

GARCÍA DONCEL, Manuel
«Neurociencia, persona, socialidad y religión», sobre *Neuroscience and the person: Scientific Perspectives on Divine Action*, de R. J. Russell, Nancy Murphy, Theo C. Meyering, Michael A. Arbib (eds.). N° 149. Noviembre. Págs. 10-11.

GARCÍA OLMEDO, Francisco
«Un ecólogo en la Patagonia», sobre *Andanzas de un ecólogo en la Patagonia*, de Alberto Soriano. N° 141. Enero. Págs. 8-9.

MATO, José María
«Dolly y sus amigos», sobre *The Second Creation. The age of biological control by the scientists who cloned Dolly*, de Ian Wilmut, Keith Campbell y Colin Tudge. N° 142. Febrero. Pág. 3.

MELERO, José Antonio
«Nuestros últimos cien mil años», sobre *Genes, Peoples and Languages*, de Luigi Luca Cavalli-Sforza. N° 150. Diciembre. Págs. 10-11.

SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos
«Fraudes en torno a la ciencia», sobre *Ciencia o vudú. De la ingenuidad al fraude*, de Robert L. Park. N° 149. Noviembre. Pág. 12.

SÁNCHEZ RON, José Manuel
«Ciencia, tecnología y humanidad», sobre *El sol, el genoma e Internet*, de Freeman J. Dyson. N° 141. Enero. Págs. 1-2-3.

CINE

BARDEM, Juan Antonio
«Crimen y castigo en América», sobre *Francis Ford Coppola's the Godfather Trilogy*, de Nick Brown (ed.). N° 143. Marzo. Pág. 12.

GUBERN, Román
«En torno a Buñuel», sobre *Los mundos de Buñuel*, de Víctor Fuentes. N° 145. Mayo. Pág. 3.

DERECHO

LÓPEZ PINA, Antonio
«La filosofía alemana vuelve por sus fueros», sobre *Einführung in die Rechts- und Staatsphilosophie*, de Hasso Hofmann, y *Verfassungslehre als Kulturwissenschaft*, de Peter Häberle. N° 141. Enero. Págs. 4-5.

ECONOMÍA

ALONSO OLEA, Manuel
«De la Revolución Industrial, una vez más», sobre *Understanding the Industrial Revolution*, de Charles More. N° 150. Diciembre. Págs. 8-9.

SOTELO, Ignacio
«El concepto de globalización desmenuzado», sobre *Comprender la globalización*, de Guillermo de la Dehesa. N° 148. Octubre. Págs. 1-2-3.

VELARDE FUERTES, Juan
«El reto y la realidad nueva de Europa», sobre *Economía europea. Crecimiento, integración y transformaciones sectoriales*, de Rafael Myro (dir.), M^a Josefa García Grande y Carlos M. Fernández-Otheo. N° 147. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

FILOLOGÍA

ALVAR, Manuel
«Del latín al rumano», sobre *Du latin au roumain*, de Marius Sala. N° 142. Febrero. Págs. 8-9.

BADIA I MARGARIT, Antoni
«Rafael Lapesa y la lengua española», sobre *Estudios de morfosintaxis histórica del español*, de Rafael Lapesa. N° 145. Mayo. Pág. 12.

LORENZO, Emilio
«El anglicismo, nocivo y fecundo», sobre *Diccionario de falsos amigos. Inglés-Español*, de Marcial Prado, y *Anglicismos léxicos en el español coloquial*, de Juan G. Capuz. N° 149. Noviembre. Págs. 4-5.

FILOSOFÍA

GARCÍA BERRIO, Antonio
«Grandeza y servidumbres del ensayo», sobre *Pasión intacta y Nostalgia del Absurdo*, de George Sleiner. N° 150. Diciembre. Págs. 4-5.

GARCÍA GUAL, Carlos
«El último gran empeño político de Platón», sobre *Plato's Laws and its historical Significance*, de Francisco Lisi (ed.). N° 149. Noviembre. Págs. 1-2-3.

TRÍAS, Eugenio
«Las metamorfosis del espíritu», sobre *Nietzsche I y II*, de Martín Heidegger. N° 143. Marzo. Págs. 4-5.

VERDÚ, Vicente
«De una modernidad a otra», sobre *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la Ilustración hasta la Postmodernidad*, de Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman. N° 144. Abril. Pág. 12.

FÍSICA

GALINDO, Alberto
«En la espesura de la noche», sobre *Fearful Symmetry. The Search for Beauty in Modern Physics*, de Anthony Zee. N° 143. Marzo. Págs. 8-9.

PASCUAL, Ramón
«Las siestas de Mr. Tompkins», sobre *The New World of Mr. Tompkins*, de George Gamow. N° 147. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.

YNDURÁIN, Francisco J.
«Señoras y señores radioactivos», sobre *Marie Curie y su tiempo*, de José Manuel Sánchez Ron. N° 145. Mayo. Págs. 8-9.

FOTOGRAFÍA

CAMUS, Mario
«Cuando la fotografía llegó a España», sobre *La introducción de la fotografía en España. Un reto científico y cultural*, de Bernardo Riego. N° 141. Enero. Págs. 10-11.

HISTORIA

ANES, Gonzalo
«Símbolos de España», sobre *Símbolos de España*, de Carmen Iglesias (coord.). N° 141. Enero. Págs. 6-7.

BENITO RUANO, Eloy
«Jesús medieval», sobre *Jesús entre judíos, cristianos y musulmanes hispanos (siglos VI-XVII)*, de Mikel de Epalza. N° 142. Febrero. Pág. 12.

«De las guerras buenas», sobre *La guerre sainte. La formation de l'idée de croisade dans l'Occident chrétien*, de Jean Flori. N° 150. Diciembre. Págs. 1-2-3.

DÍAZ, Elías
«Fernando de los Ríos: biografía no equidistante», sobre *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*, de Virgilio Zapatero. N° 144. Abril. Págs. 8-9.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio
«Las destinas de un reino hispánico», sobre *Historia del Reino de Granada*, de Manuel Barrios Aguilera y Rafael G. Peinado Santaella (coords.). N° 142. Febrero. Págs. 10-11.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel
«De nuevo Carlos V», sobre *Carlos V. 1500-1558. Una biografía*, de Alfred Kohler. N° 145. Mayo. Págs. 4-5.

PALACIO ATARD, Vicente
«Psicohistoria de los Austrias españoles», sobre *Historia personal de los Austrias españoles*, de Francisco Alonso-Fernández. N° 146. Junio-julio. Págs. 8-9.

PEÑALVER GÓMEZ, Patricio
«¿Qué será España?», sobre *España frente a Europa*, de Gustavo Bueno. N° 147. Agosto-septiembre. Págs. 10-11-12.

PÉREZ, Joseph
«Elogio del jacobinismo», sobre *Histoire, Nation, République*, de Claude Nicolet. N° 149. Noviembre. Pág. 3.

PINILLOS, José Luis
«Sobre el fin de la Historia», sobre *La Gran Ruptura*, de Francis Fukuyama. N° 144. Abril. Págs. 6-7.

TUSELL, Javier
«La bomba atómica y las relaciones internacionales», sobre *Cold War Statesmen confront the Bomb. Nuclear Diplomacy since 1945*, de John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May y Jonathan Rosenber. N° 148. Octubre. Págs. 4-5.

LITERATURA

ALONSO MONTERO, Xesús
«Lorenzo Varela: poeta en el exilio», sobre *Poesía Completa*, de Lorenzo Varela. N° 149. Noviembre. Págs. 8-9.

CARNERO, Guillermo
«Guillermo de Torre: de la aventura al orden», sobre *Hélices*, de Guillermo de Torre. N° 144. Abril. Págs. 1-2-3.

FRAILE, Medardo
«Sangre azul y roja», sobre *Aiding and Abetting*, de Muriel Spark. N° 143. Marzo. Pág. 3.
«Un bombón de novela», sobre *The Discovery of Chocolate. A Story of Love, Chocolate and a Greyhound called Pedro*, de James Runcie. N° 148. Octubre. Pág. 12.

LÓPEZ ESTRADA, Francisco
«La recepción crítica de Lope de Vega, hoy», sobre *La creación del Fénix. Recepción crítica y formación canónica del teatro de Lope de Vega*, de Enrique García Santo-Tomás. N° 147. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.

MAINER, José-Carlos
«Lázaro, Guzmán y Rico, treinta años después», sobre *La novela picaresca y el punto de vista*, de Francisco Rico. N° 142. Febrero. Págs. 1-2.
«Jean Cocteau en España», sobre *Cocteau y España*, de autores varios. N° 149. Noviembre. Págs. 6-7.

MARTÍNEZ CACHERO, José María
«Giménez Caballero, vanguardia y fascismo», sobre *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, de Enrique Selva. N° 144. Abril. Págs. 4-5.

MATEO DÍEZ, Luis
«La cripta del pasado», sobre *Huida y fin de Joseph Roth*, de Soma Morgenstern. N° 143. Marzo. Págs. 1-2.
«La ascética del sentimiento», sobre *La herencia de Eszter*, de Sándor Márai. N° 150. Diciembre. Págs. 6-7.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
«Los cínicos, un mundo no tan lejano», sobre *Les diatribes de Teles*, de Pedro Pablo Fuentes González. N° 141. Enero. Pág. 12.

MATEMÁTICAS

CÓRDOBA, Antonio
«Las Matemáticas en el Siglo de las Luces», sobre *Introductio in analysim infinitorum*, de Leonhard Euler. N° 148. Octubre. Págs. 8-9.

GUZMÁN, Miguel de
«El quehacer matemático, eficacia y belleza», sobre *The Heart of Mathematics. An invitation to effective thinking*, de Edward B. Burger y Michael Starbird. N° 146. Junio-julio. Pág. 3.

MEDICINA

LÓPEZ PIÑERO, José María
«La medicina en la España del siglo XX», sobre *100 médicos españoles del siglo XX*, de Manuel Díaz-Rubio. N° 142. Febrero. Págs. 4-5.

MÚSICA

FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael
«Música y nacionalismo», sobre *Nacionalismo musical en Venezuela*, de José Peñín, e *Indígenas y cultura musical de las Reducciones Jesuíticas*, de Piotr Nawrot. N° 143. Marzo. Págs. 6-7.

MARCO, Tomás
«Tiempo y espacio como funciones musicales», sobre *Temps musical / espace musical comme fonctions logiques*, de Costin Cazaban. N° 146. Junio-julio. Págs. 6-7.

VILLA ROJO, Jesús
«John Cage: espacios en el vacío», sobre *Escritos al oído*, de John Cage. N° 142. Febrero. Págs. 6-7.

POLÍTICA

LÓPEZ PINTOR, Rafael
«Los usos de un diccionario electoral», sobre *Diccionario Electoral*, de autores varios. N° 146. Junio-julio. Págs. 10-11-12.

TEATRO

AMO, Álvaro del
«El planeta Hombre y sus satélites», sobre *Mr. Peters' Connections*, de Arthur Miller. N° 145. Mayo. Págs. 6-7.

TEOLOGÍA

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario
«¿Víctimas o agraciados con el futuro?», sobre *Predicciones. 31 grandes figuras pronostican el futuro*, de Sian Griffiths (ed.). N° 145. Mayo. Págs. 10-11.